



CIUDAD *de las* **ROSAS**
de Kip Manley

VOL. 2

EL FULGOR *del* **DÍA**

Créditos

Ciudad de las Rosas Vol II: El Fulgor del Día

Obra Original **City of Roses Vol II: The Dazzle of Day** (Copyright © 2003 - 2020, Kip Manley, CC-BY-NC-SA 3.0)

thecityofroses.com

longstoryshortpier.com

Traducción y edición: Artifacts, nov-dic 2019.

artifacts.webcindario.com

Diseño de Portada: Kip Manley.

Licencia Creative Commons

Esta versión electrónica de **Ciudad de las Rosas Vol II: El Fulgor del Día** se publica bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Licencia CC-BY-NC-SA

Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia. Usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento:** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial:** No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- **Compartir Igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales:** No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

Sobre el Autor

Kip, por supuesto, significa "habitante en la cima puntiaguda de la colina" en inglés antiguo. También es la palabra holandesa para pato; la unidad más pequeña de moneda tailandesa; una maniobra de gimnasia; una piel de vaca curtida, o paquete de la misma, así como un método para secar y preservar el pescado; notación abreviada para mil libras de presión; y un lugar para apalancarse, así como el acto de apalancarse, para pasar la noche.

Manley es de extracción irlandesa o inglesa. En cualquier caso, significa "el sotavento del hombre", aunque por un lado, es el sotavento, o el lado protegido del viento y el clima, de la Isla de Man, y, por el otro, es un pasto o prado en algún lugar no lejos de Manchester.

Pero **Kip Manley**, lejos de vivir en una colina puntiaguda en algún lugar cerca de un prado de Mancunia, nació en Sheffield, Alabama, en el noveno mes de 1968. Actualmente reside en Portland, Oregón (después de temporadas en Virginia, Kentucky, Ohio, ambas Carolinas, Illinois, Arak [Irán], Puerto Ordaz [Venezuela], Boston y el Valle de los Pioneros), se gana la vida como escritor, diseñador y cognosciente de la ecléctica marginada, con la incalculable compañía de Jenn Manley Lee, Taran Jack, y los dos mejores gatos del mundo. Su sitio web de uso general está disponible aquí (longstoryshortpier.com/); este sitio ofrece la oportunidad de auditar su gusto por la música; aquí (last.fm/user/kiplet/), tienes la oportunidad de revisar los volúmenes seleccionados de su biblioteca.

Disfrutad.

* * *

Apoya La Serie en Patreon

- [Patreon de la Serie: City of Roses](#)

Consigue los Libros en Inglés

- [Vol I: "Wake up..."](#)
- [Vol II: The Dazzle of Day](#)
- [Vol III: In The Reign of the Good Queen Dick](#)

Consigue los eBooks en Inglés

- [Vol I: "Wake up..."](#)
- [Vol II: The Dazzle of Day](#)
- [Vol III: In The Reign of the Good Queen Dick](#)

*Ciudad de
las Rosas*

VOL II: El Fulgor
del Día



Kip Manley

N° 12: Inocencia

Una habitación pequeña / Dónde si no, Qué si no

Una pequeña habitación llena de libros de suelo a techo en estantes de madera oscura iluminados por discretos focos. Más libros en montones más o menos ordenados sobre alfombras junto a un par de sillones y mesas estrechas que soportan el peso de más libros apilados, encuadernados en cuero y con sobrecubierta, algunos envueltos en plástico transparente, libros de bolsillo escondidos aquí y allá y algunos libros en blanco sin rasgos en envolturas de papel marrón liso. Un tramo de alfombra, arabescos hasta el tobillo allí donde no está ocupada por más pilas de harapientos libros, inclinados y caídos en una ola que rompe contra el ancho y alto respaldo de un sofá de cuero rojo sangre que yace ante el parpadeo de una chimenea. Un pie descalzo se alza sobre el respaldo de ese sofá, dedos de punta, apretados, la planta oscura de suciedad, un jadeo y un gruñido y el pie se estremece, los dedos se despliegan con un largo gemido gutural grave que vibra en un palabra, "Dios", y luego el pie se relaja, bajando, se acomoda, el talón enganchado en la parte posterior del sofá, la uña del dedo gordo del pie es una cresta gris muerta.

"¿Sí?", dice alguien, un hombre. Un susurro, el roce agudo de la piel sobre el cuero, un suspiro. Una mujer se ríe, "Eso es, eso ha sido", y ella jadea y su pie en el respaldo del sofá se sacude hacia arriba y retrocede levantando su temblorosa pantorrilla, "perdón", dice ella, "reacción secundaria". Más chirridos y crujidos del cuero, esa es la cabeza de ella allí apoyada en el brazo del sofá, su cabello corto y castaño oscuro a la luz del fuego. Está mirando hacia un lado, con el pie enganchando como palanca, está tirando de algo. "Espera", dice el hombre. "Jo, simplemente", y más roces, "déjalo", dice él.

Ella dice: "Necesito un minuto", y él dice: "Quiero mirarte", y ella dice "no hagas...", pero el roce se detiene.

"¿Qué es esto?", dice él.

En el otro extremo del sofá con su suave chaleco marrón, el Duque está inclinado sobre los codos, los hombros bajo el muslo levantado de Jo, el brazo en su cadera, la mano extendida sobre su vientre, acariciando las intensas líneas verdinegras de un tatuaje desde el ombligo hasta el borde del vello oscuro y rizado, algo angular, abstracto, una sugerencia de pico y ojos.

"Un tatuaje", dice Jo, recostada mirándolo hacia toda la longitud de sí misma. Su suave vestido de color jaspeado está retirado en ondas arrugadas más arriba de sus caderas mostrando su vientre hasta el regazo, hasta debajo de sus senos. Los tirantes torcidos, el sujetador negro todavía puesto debajo. Ella tiene un brazo enredado en los pliegues del vestido, sin tirar de él hacia abajo. "Bueno, sí, un tatuaje", dice el Duque y lo besa. "¿De qué trata?".

"Es un recordatorio", dice Jo. Se incorpora, se escurre hacia atrás, baja el pie del respaldo del sofá. "Espera", dice el Duque sentándose. Mientras el vestido cae sobre su regazo, Jo toma el rostro del Duque en sus manos y le besa. "Oh", dice él. En el suelo, junto al hogar, un bastón coronado por un tosco halcón, una espada en una vaina negra y lisa, una chaqueta a rayas rojas y marrones, unos boxers grises. "Ha pasado", dice Jo y le besa de nuevo. La mano de ella sobre su rodilla, la mano de él sobre su cadera bajo el vestido. "Ha pasado tiempo desde...", dice Jo. "No puedo creer que te esté preguntando esto. Pero dime que tienes una goma en el bolsillo".

"En el...", dice el Duque.

"Un condón", dice Jo.

"Sé lo que es", dice el Duque, "tienes que confiar en mí, Jo, no podría darte un hijo más de lo que podría llevarte a la Luna".

"Eso no es", dice Jo, "eso no es todo de lo que estoy...", frunce el ceño. "La música".

"No hay", dice el Duque, y Jo dice: "Se ha parado", está echando mano a la empuñadura de la espada cuando, desde otro lugar de la casa, se produce un gran crujido que sacude el sofá y hace caer los libros apilados todo alrededor. Alguien grita. Jo se encuentra abruptamente golpeando la mesa de picnic, haciendo sonar las botellas de licor alineadas sobre ella, cinco o seis botellas redondas y cuadradas, vidrio transparente y vidrio verde y marrón profundo. Con su vestido negro satinado, sus vaqueros negros y ajustados, sus manos extendidas sobre graffiti arcoiris. "¿Duque?", dice ella. "¿Leo?", grita alguien.

"Mierda", Jo se libera de la mesa de picnic y derriba una botella. El whisky cae al suelo. "¿Alguien?", viene una llamada desde más hondo, más adentro, "¿hay alguien, dónde está todo el mundo, hay alguien? ¿Aquí?".

"¿Jessie?", llama Jo por el estrecho pasillo iluminado por cuerdas de luces blancas.

"¿Hola? ¿Quién es?".

"Espera", dice Jo, "ya voy", pero detrás de ella algo golpea y alguien dice bruscamente "¡Hey!", y Jo percibe que las luces blancas resuenan con los fuertes pasos detrás de ella. "¡Hey, dama!" Jo gira con los brazos fuertemente envueltos alrededor de sí misma con una chaqueta acolchada de esquí de un sucio color, imposible de nombrar con esas sombras bajo el puente. Una manga de la chaqueta está recortada y vierte mechones de relleno blanco. "¿A dónde si no voy a ir?", dice ella. "¿Eh? Dime".

"A cualquier parte", dice el hombre del largo abrigo oscuro, más bien un chico, con hombros estrechos y encorvados alrededor de las orejas. "A cualquier parte menos aquí", un camión retumba sobre el puente y él frunce el ceño y espera hasta que pase. "Si no hubieran salido todos a buscarte, estarían aquí. Estarían dibujándote un círculo en la tierra".

"Pero no tú, ¿eh, Christian?", ella solloza, traga saliva. Su cabello es largo y oscuro, las puntas rígidas por la tierra golpean los hombros de su chaqueta mientras ella se estremece. "Lo bastante inteligente como para saber que yo volvería aquí", dice mientras su zapatilla Chuck Taylor cava en la grava, raspa la punta blanca a medio rasgar, el calcetín esta oscuro. "Me cobran impuestos", dice Jo. "¿Qué más me van a hacer?".

"Señorita, qué demonios. ¿Me oye? ¿Está bien?".

Con una mano apoyada contra una viga de madera desnuda, Jo frunce el ceño al hombre del traje gris y la camisa blanca abrochada hasta el cuello. Él tiene una mano agarrada a la muñeca de Jo y una pistola en la otra, un revólver de morro chato apuntando al suelo

entre ellos. "Suéltala", dice ella, y él lo hace. "Leir", dice. "Estoy buscando a Leir".

"Que me condenen si lo conozco", dice Jo dando un paso atrás. Él da un paso adelante. Las cuerdas resuenan un poco. Jo mira al arma que todavía apunta al suelo y da otro paso atrás. "No voy a dispararte", dice él dando otro paso hacia ella. "Esto es para él". Otro paso, las tablas crujen, las luces resuenan. "Ninguno de nosotros tiene tiempo para esto"

"No lo *conozco*", dice Jo dando otro paso atrás. Él no avanza. No la está mirando, está parpadeando rápidamente, su mirada se mueve bruscamente con la mano de la pistola colgando. Jo da un paso hacia él, se agacha y mira su cara oscura. Él está murmurando algo girando la cabeza, con la barbilla rozando el hombro de su traje. Tiene los ojos en la pistola ahora, olvidada en su puño. Su cara se contrae, tendones en su garganta saltan como si estuviera gritando a algo lejano. "¿Jo?", grita alguien desde algún lugar profundo. "¿Oh Dios, tú también te has ido?" Y el hombre del traje gris se estremece y parpadea, y Jo se sobresalta, la mano del arma se cierra en un puño y él retrocede un paso y otro. Ella se gira y avanza por el pasillo, tropieza con el único escalón frente a una puerta y la cruza cayendo antes de chocar a cuatro patas sobre las alfombras colocadas una encima otra sobre tablas sin lucir. Se arrodilla y está comenzando a erguirse, de pronto con una mano en el suelo y la otra sobre su boca. No aparta la vista del charco de vómito sobre las baldosas en blanco y negro entre sus rodillas desnudas.

Sillas retroceden. "Oh *Dios*", dice alguien, una chica rubia en una mesa a su lado. Jo levanta la vista para verlos a todos mirándola y, al final del pasillo de mesas, frente a la pizarra, un hombre con un suéter de rombos, las mejillas enrojecidas sobre su espesa barba marrón.

"¿Qué me habéis *hecho*?", dice Jo Maguire.

Agazapado desnudo / el Sr. Keightlinger se niega

Agazapado desnudo bajo el espeso humo blanco que sube rápidamente hacia el techo de la habitación, abre la chaqueta gris chamuscada y la camisa amarillenta en el interior colapsa, la ceniza blanca sale del cuello y la pajarita ennegrecida y dice "No, no", dando toques con el dedo a la calavera espolvoreada de ceniza, "cómo has podido, cómo", mientras las llamas suben por la cortina sobre la cama y ondea el humo suspendido sobre la mesa volcada. Se da una palmada en el cráneo, se aprieta la cara y se pasa las manos una y otra vez por la cabeza calva desnuda hasta que el restante rizo de cabello lacio y gris queda rígido. "No es, no fue, no debería haber *provocado* esto", se pone en pie con las yemas de los dedos cavando en las esquinas de sus ojos. "Estúpido, *estúpido*. ¿Qué estabas tramando, qué estabas *haciendo* aquí siquiera, tonto hijo de perra?" Chocando en la cama detrás de él, se sienta pesadamente. Detrás de él, una de las patas de la mesa cae estallando en llamas. El sillón en la esquina humea. "Explotaste", dice Charlock poniéndose de pie de nuevo, "¡Estúpido cabronazo, *explotaste!*", y patea la calavera soltándola de un parche de alfombra ennegrecida. Esta rueda hasta chocar contra la mesita de noche entre las camas, su mandíbula queda entreabierta.

"Explotaste", dice.

Fuera de la ventana manchada de humo hay movimiento, sombras. Un golpe en la puerta. El Sr. Charlock se levanta y camina cuidadosamente sobre el cuerpo, se agacha para levantar la calavera. "*Tú explotaste*", dice clavando el dedo medio en la cuenca de un ojo, moviéndolo, hurgando, vaciándola, limpiándose la punta de los dedos con nada más que un poco de hollín. Al dar la vuelta al cráneo en sus manos, alguien grita, "¡Hey! ¿Hay alguien ahí

dentro?" El fuego brota en un rincón del sillón y florece rápidamente.

"Llevas muerto un tiempo", dice el Sr. Charlock a la calavera en sus manos. "¿Verdad? Y yo aquí pensando que eras tú quien estaba jodiendo a mi viejo amigo y fue él desde el principio. *Él es el elegido*", cierra los ojos y besa ligeramente la parte superior del cráneo. luego lo coloca en el centro de la cama humeante. Retrocede pasando por encima del traje gris chamuscado en el suelo y deja atrás las camas hacia la alcoba en la parte de atrás, el lavabo, la silla de ruedas volcada. Alguien fuera sigue golpeando la puerta. Él se detiene en la puerta del baño, con una mano apoyada sobre su vientre redondo y duro, el pelo es rizado en su brazo, su vientre, las astas en la parte superior de sus muslos flacos se han vuelto de un gris fantasma en la brillante y limpia barra de luz. "Por lo más querido", dice mirando hacia atrás, "lo siento". Entra en el baño y cierra suavemente la puerta. Las llamas en la esquina han alcanzado el techo ahora y el humo allí se evapora. Fuera, la sirena se oye cada vez más cerca.



El automóvil negro gruñe demasiado rápido por la estrecha calle residencial, parando en seco en la esquina con un chillido de sus neumáticos. La puerta del conductor se abre de golpe con un «scuonk» y aparece la peluda cabeza marrón del señor Keightlinger. Mira a la izquierda, mira a la derecha sobre el techo del coche cubierto de formas blancas y apretadas pintadas a mano como letras. Calles tranquilas flanqueadas de coches aparcados y casas iluminadas ante la noche cada vez más profunda y nada se mueve, sin sonido, ni siquiera la lluvia. "¿Sí?", dice el Sr. Keightlinger, cayendo hacia atrás en el asiento del conductor. "Zona vacía, zona vacía junto al río, ¿a dónde ha ido el río?", se inclina hacia fuera sobre el pavimento, carraspea y escupe. Acariciando sus labios y su

barba, mira el escupitajo blanquecino que brilla a la luz de la farola, un tentáculo escupido sobresale a la izquierda. Da un portazo, acelera el motor. El coche negro gira limpiamente hacia la izquierda y sale acelerando.

La siguiente esquina es muy parecida a la anterior. Él está a punto de abrir la puerta, pero al mirar afuera por la derecha, no lo hace. El camino es brillante en esa dirección, el pavimento mojado brilla con una luz cálida y amarilla. "Ja", dice girando el volante, moviendo la palanca de cambios y embrague.

Eso llena una simple intersección, el pavimento está pintado en un gran círculo que se extiende de esquina a esquina en amarillos y blancos, un girasol que arde amargamente en toda esa luz, la luz que se refleja en las ventanas ennegrecidas de las casas asentadas en tres de las esquinas, la luz del sol brota de un agujero irregular en el aire nocturno lleno de plumas y ojos, de alas que se despliegan y baten perezosamente, de alas que tiemblan, se estiran, de ojos que parpadean y miran a su alrededor, ojos del color de la tierra sombreada y la madera pulida y la seca hierba muerta y el blanco azulado de los altos cielos del desierto. El coche negro navega bajo ese agujero, las arácnidas líneas blancas de las formas-letras se arremolinan por el capó y el techo con una furiosa y fría luz propia. El coche frena chirriando ruedas ante la cuarta esquina, donde en lugar de una casa hay una alta verja con puerta roja recién pintada y ventanas con persianas viejas suspendidas a cada lado. La puerta del conductor se abre con un «scuonk» y el Sr. Keightlinger sale raspando la vieja pintura amarilla y blanca con un zapato negro. "Fortuito", dice él. "Nada que ver aquí", dice poniéndose unas clásicas gafas de sol negras. "Nada que ver aquí, nada que ver", estampando un pie, luego el otro, sacude los brazos. La lente izquierda de sus gafas de sol está llena de arácnidas palabras pintadas con tinta blanca. Todas esas alas y ojos que se elevan sobre él se estremecen y se juntan como una gran inhalación y luego se escucha un sonido, un monstruoso estallido de gritos de águila, de leones, de una falange de trompetas mientras se avalanzan hacia la verja, hacia el coche, sólo para ser detenidos brevemente por el Sr.

Keightlinger, plantado allí con los brazos inmóviles en alto y cruzados ante su rostro con dos dedos de cada mano extendidos.

"Oh, no lo creo", dice.



"*Mierda*", dice el Sr. Charlock sentándose abruptamente en el asiento trasero con la cara en sus manos. "Oh, joder *jodido* infierno, *no tengo*", rodando sobre sus rodillas, con las palmas de las manos apretadas contra los ojos, sollozando en busca del aliento y apoyándose contra el respaldo trasero del asiento del conductor. "*tiempo para esto*", susurra. Temblando, echa mano al traje negro tendido sobre el asiento, sacando los pantalones de debajo de sí mismo, operando la hebilla del cinturón para abrirla, gimiendo una vez mientras se recuesta, un alto y delgado lamento tras dientes apretados mientras levanta sus enormes pies. los dedos estirados, las nudosas rodillas dobladas y lo clava todo a la vez en las perneras de los pantalones. "*¡Dios!*" El pecho se agita, el vientre rebota con rápidas respiraciones superficiales. Las manos trastean torpemente con cremallera, botón y cinturón. "*¡Joder!*", golpea el respaldo del asiento del conductor una y otra vez. Se abalanza sobre la chaqueta negra, la abre, rebusca en la abotonada camisa blanca bajo ella, saca de un tirón una camiseta sin mangas y se abre camino dentro de ella.

El Sr. Charlock cae fuera del coche naranja, con sus manos y pies descalzos se arrastra por el pavimento húmedo, se impulsa en una tambaleante carrera hacia la intersección pintada con un gran círculo de amarillos y blancos, apagados por el clima y el tráfico, de un girasol apenas visible en la oscuridad, iluminado sólo por farolas en tres de las esquinas. "No", está diciendo, "no, no, *¡no!*", mientras

gira en medio de la intersección pasándose las manos sobre la calva sin sombrero. Más firmemente ahora se dirige hacia la cuarta esquina oscura, hacia la alta puerta roja, hacia las vacías ventanas con persianas, hacia el oscuro espacio vacío detrás de él lleno de árboles y basura, madera desnuda, puertas descartadas, láminas de estaño y plástico translúcido. "Ya se fue", se dice a sí mismo, "ya se cayó del *maldito* infierno", se seca la boca con el dorso de la mano. "Oh, esto va... Oh, voy a desmembrar a alguien articulación por articulación por esto".

Al otro lado de la intersección, un ladrido, hay un perro, una cosilla peluda tirando de una correa. Una mujer con pantalones de chándal y un impermeable le está mirando. "¿Qué...", gruñe el Sr. Charlock. "... coño estás *tú* mirando?", golpea la acera con los pies, aplaude con las manos. "Jodidos pantalones para nada", murmura y echa la cabeza hacia atrás con los ojos muy abiertos y grita: "¡Wissenkunst, cabronazo! ¡Cuatro paredes no pueden contenerme a *mí!*",

Un tintineo de hebilla de cinturón, un aleteo blanco. La mujer del impermeable, frunciendo el ceño, deja que el perrito tire hacia la intersección, hacia el otro lado, hacia ese rincón oscuro, hacia la puerta roja. Allí, en la acera, un par de pantalones negros, una camiseta blanca, arrugada, vacía. El perrito los huele y da un saltito hacia atrás gruñendo.

"No sé cuánto tiempo más aguantará" / Jasmine se niega / un Salto; un Aterrizaje

"No sé cuánto tiempo más aguantará", dice el hombre demacrado sentado en un extremo del largo y bajo sofá.

"¿Es que va a empezar a pasar otra vez?", dice el hombre con la pistola, de pie en la puerta baja y ancha del porche. En el exterior, el viento es un sonido leve y constante, no interrumpido por ningún patrón de lluvia. La mujer acurrucada en el otro extremo del sofá dice: "¿Qué era lo que dijiste que había estacionado afuera?", Con los hombros desnudos, está envuelta en un colorido edredón, su largo cabello cae lacio, negro y suelto.

"Un ángel", dice el hombre con la pistola, y Jessie dice "Oh, Dios". Está sentada en el suelo a un lado de la puerta, bajo fotos manchadas y descoloridas de varios ángulos y esquinas de la habitación que las rodea, cada una empañada por briznas y tentáculos de humo que parecen agitarse en la luz incierta. Su chaqueta gris de chófer desabrochada, caída abierta, un trozo de relleno de encaje negro en un puño apretado. "No es por vosotros", dice el hombre con la pistola. "Estamos aquí por el hechicero. Cuanto antes lo atrape, antes nos habremos ido".

"Él no está aquí", dice Jo. Todavía con su vestido negro satinado y sus vaqueros negros junto a la barandilla del porche, apoyada en una de las ramas peladas y pulidas que hacen de columnas, con los brazos envueltos alrededor de ella.

"Él *está aquí*", dice el hombre con el arma. "Tú", gesticulando con la pistola hacia el delgaducho del sofá, que dice "Michael San Juan Lago".

"Vale. ¿Tú su esposa?", gesticulando hacia la mujer al otro lado del sofá.

"No", dice ella, y el delgaducho dice "No estoy casado".

El hombre con la pistola le dice: "¿Esta es tu casa?", a Michael.

"Sí".

"¿Coño es *esto*? ¿Qué me hizo?", los brazos cruzados ahora, el arma en la mano escondida debajo de una axila, la chaqueta gris abierta sobre la camisa blanca abotonada hasta la garganta. "A nosotros, ¿verdad? Quiero decir que vosotros lo vistéis, todos lo vimos", mirando alrededor de la habitación.

"Es una casa de té", dice Michael. "Un lugar para estar solo con tus recuerdos. O hacer nuevos, con amigos".

"Eso no fue ningún recuerdo", dice el hombre con el arma.

"Tu bastante *precipitada* llegada, desequilibró las cosas", dice Michael.

"Un ángel", resopla la mujer al final del sofá.

"Ah", dice Jo agarrando la barandilla del porche. "Estamos allí. Ya no estamos aquí".

"Yo tendría mucho cuidado en ponerle nombre a las cosas", dice Michael. Respira hondo, se rasca la frente bajo la visera de su gorra negra de la marina. "Esta casa siempre ha estado encaramada", las manos en guantes negros de punto sin puntas de los dedos. "Ahora, a falta de una palabra mejor, estamos cayendo".

"Cayendo", dice el hombre con el arma.

"La puerta de la verja", dice Michael. "La piazza. Ellos todavía están allí. Aquí. Pero tu ángel ha detenido eso".

"Pues dadme a Leir", dice el hombre con el arma mientras Jessie grita "¡Leo!", y luego, acurrucada contra la pared, "Ysabel", sin mirar al hombre con el arma. "¿Dónde están?".

"Y nuestra Lauren", dice la mujer al otro lado del sofá.

"Afuera", dice Jo.

"Supongo que ellos también se están cayendo", dice Michael, "más

allá", y niega con la cabeza de repente, "arriba, hacia más dentro. A falta de mejores palabras".

"*Cállate ya*", dice el hombre con la pistola. "Maldita sea", sus mejillas se han vuelto cenicientas, amarillentas, apretadas, como si su cara pudiera romperse. "Tú eres mago", le dice a Michael.

"De los malos, si acaso", dice Michael. "Una vez fui arquitecto. La mejor palabra para mí ahora, tal vez sea, ¿anfitrión?", Mira al hombre con la pistola. "Conozco al Sr. Leir, pero solo por su reputación. Nunca ha puesto un pie en esta casa, te lo puedo asegurar".

"Eso no fue un. *Condenado*. Recuerdo", dice el hombre con el arma, y la saca, ahora está apuntando a Michael. "Vi a mi hermano ser puesto en el *suelo*", la pistola desciende. La levanta de nuevo. "En una maldita *caja* de madera. Nos ocupamos de la obra del Señor. *Todos* los signos apuntaron aquí. *Aquí*. Él *llamó* a que bajara ese ángel, su propio. Maldito. Yo. ¡Así que dime! ¿Cómo es que eso está *ahí*, si él está muerto y enterrado? ¿Cómo podría ser? ".

El sonido del viento no ha cambiado en absoluto.

"No lo sé, John", dice Michael, mirando hacia abajo. Sus mejillas hundidas aderezadas de vello. "Si no fue un recuerdo, no tiene nada que ver con esta casa".

"Sinjin", dice la mujer al otro lado del sofá.

"Ahora no, Jasmine", dice Michael. El arma vacilante se mueve hacia ella, luego hacia él, de nuevo hacia ella. "Apunta hacia mí, John. Cuéntame más sobre Ezra".

"Ezra", dice Botella John, y el arma se aleja de Jasmine pasando por Jo para apuntar nuevamente a Michael. "¿Cómo es que sabes eso: Ezra?".

"Mal mago sería de hecho quién no pudiera oírlo", dice Michael. En el otro extremo del sofá, Jasmine se está poniendo en pie, colcha aferrada fuertemente a sí misma. "Quítatelo, Sinjin", dice ella. "No tenemos tiempo".

"Ella no tiene nada que ver con nosotros, John", dice Michael sentado, levantándose lentamente. "Ninguna de ellas. Apúntame a mí, John. Solos tú y yo", las manos en esos negros guantes de punto extendidas a ambos lados, sus finos brazos engullidos por las anchas mangas sueltas de su jersey. Jasmine se agacha, una mano sostiene el edredón en su sitio, levanta algo del suelo, un vestido, una camiseta, una Batgirl rubia estampada en ella, púrpura y gris. La deja caer. Botella John dice "No, espera", y el arma vuela de Michael a Jasmine, su edredón se arrastra sobre el suelo de tablones mientras ella camina hacia Jo junto a la barandilla y la oscuridad y el viento sibilante.

"John, John no", dice Michael, caminando junto al sofá, poniéndose entre el arma y Jasmine. "A mí, John". A los pies de Botella John, Jessie está escondiendo los pies debajo de sí misma, inclinándose, apartándose de él hacia la pared bajo esas instantáneas mientras John baja el arma de pronto y comienza. "Leir", dice. Se limpia los ojos con su mano libre. "Dame al hechicero. El ángel queda satisfecho y esto termina".

"Hablaemos de eso, John", dice Michael. "Lo prometo".

Jasmine está agarrando la barandilla del porche, le da una sacudida. Es sólida. Ella es gruesa, baja, una cabeza o así más baja que Jo. Jo está de espaldas a la barandilla, observando a Jessie levantarse lenta y cuidadosamente, rozando esas instantáneas detrás de ella.

"¿Dejarás que los demás se vayan?", dice Michael, sus manos aún a ambos lados, su voz suave, tranquila, lo suficientemente fuerte para ser oída por encima del viento. Botella John se está limpiando los ojos de nuevo con el pulgar, su arma ahora apunta al suelo. "Jasmine", dice Michael. "Llévate a las chicas. Regresa al corazón. Espera allí".

"No", dice Jasmine.

"A mí, John, a mí", dice Michael mientras aquel sube el arma. "Por favor, Jasmine, por tu bien".

"No voy a esconderme en ninguna parte mientras intentas salvar lo que puedas alcanzar, Sinjin", muestra una sonrisilla astuta a Jo a su lado. "¿Qué piensas tú? ¿Vamos a buscar a nuestros vecinos?".

Antes de que Jo pueda responder, Michael dice: "Os perderéis vosotras mismas".

"Y no se puede saber cuánto tiempo aguantará esta casa", dice Jasmine. El viento tira del edredón junto a sus tobillos. Sus pantorrillas veteadas de cabello oscuro.

"¡El hechicero!", ruge Botella John. "¡Dame a Leir! ¡Y todo esto termina!", Jasmine ha agarrado la mano de Jo entre las suyas, y Jessie se ha encogido contra esa pared, y "¡Sigue apuntándome a mí!", grita Michael, tosiendo. "Estoy completamente a tu merced", dice cuando recupera el aliento. "Deja que se vayan. Mantén el arma *sobre mí*".

La pistola apunta directamente a su pecho.

"Muy bien", dice Botella John.

"Chica", dice Jasmine después de un momento. Está mirando a Jessie. "Ven aquí", Jessie mira a Jo, y Jo, con la mano aún en las de Jasmine, asiente rápidamente, bruscamente. Jessie da un lento pasito lejos de la pared y otro, más largo, y otro, más rápido, y otro, ya medio corriendo para cuando llega a la barandilla. Botella John no la mira alejarse. No aparta la vista de Michael. Michael no aparta la vista de Botella John.

"¿Qué va a pasar?", dice Jessie tomando la otra mano de Jo.

"No lo sé", dice Jo a Jessie.

"Tres de nosotros, tres de ellos", dice Jasmine. "Esos son buenos

números". Todavía sosteniendo la mano de Jo entre las suyas, suelta el edredón de sus hombros y lo desenrolla. El viento lo arrastra en su agarre como una bandera que ondea sobre la barandilla. Ella lo deja partir.

Suelto y revoloteando, cae, sube, vuelve a levantarse, se aleja de ellas cada vez más al interior de esa siseante oscuridad. Jo, una mano en la de Jasmine y otra en la Jessie, lo observa boquiabierta, un trozo de color aleteando como una polilla en un fondo negro.

"¿Y bien?", dice Jasmine. Con una mano en la barandilla levanta una pierna sobre ella para equilibrarse, sentada incómodamente sobre ella, aún sosteniendo la mano de Jo en la suya. Jessie está mirando hacia la puerta baja y ancha, hacia Botella John parado en ella y soplando grandes respiraciones taurinas por la nariz. "Mis zapatos", dice ella mirando sus pies descalzos.

"¡Déjalos!", grita Jasmine por encima del viento. "¡No lles nada que no puedas soportar perder!", Jo ya ha pasado una pierna hacia arriba sobre la barandilla, se sienta a horcajadas, una bota negra cuelga del borde. "Vamos", le dice a Jessie.

Pero Jessie se inclina hacia el sofá, hacia Michael y John, y abre el puño apretado con el trozo de encaje negro y arroja la ropa interior sobre el vestido de camiseta arrugado en el suelo de tablones, La cara de Batgirl sonrte desde una arruga. Jessie da la vuelta y se sienta en la barandilla, aún sosteniendo la mano de Jo.

"Vuelve", dice Michael Lago.

"Deja las luces ardiendo", dice Jasmine, y salta, y Jo salta, y Jessie salta.



La gota de luz a lo lejos forma un sonido, el sonido forma un grito, una letra, la letra una boca, la boca se estira y fuerza la forma de una cara, una cara pálida, ojos entornados brillan entre las arrugas engarzadas al puente de su nariz, un único rizo de pelo gris lacio surge sobre los surcos vacíos de su frente. Esa cara arrastra a su paso un cuerpo pequeño y tendinosos brazos se extienden con las yemas de los dedos aleteando en el viento a su paso, cayendo, volando por una estrecha calle residencial más allá de los automóviles, todos anodinos sedanes grises estacionados en las sombras ante casas con tenues paredes blancas. Las mismas ventanas en blanco una y otra vez, y la luz crece a su alrededor, brillante y blanca, y su grito es respondido por una explosión de trompetas y el rugido de una hueste de soldados saludando al amanecer. Él aprieta los brazos con fuerza preparando la caída y cae rodando sobre sí mismo, cubriendo su grito con sus manos.

La puerta roja recién pintada suena y tiembla como una campana que balancea las viejas persianas de las ventanas suspendidas a ambos lados, y algo roza su base con un aullido y un golpe.

"Ja", gruñe el Sr. Keightlinger de pie junto al coche negro con los brazos aún cruzados ante su rostro, girado hacia el resplandor de todas esas plumas y ojos que se suspenden pesadamente sobre él. Se han desprendido mechones de pelo del mazo de su coleta y flotan suavemente sobre su cabeza en el aire inmóvil. Sus gafas de sol aún siguen en su lugar. No mira para ver qué ha caído.

El Sr. Charlock se pone en pie, se tambalea hacia un lado y luego hacia el otro para agarrarse a un poste de la puerta. Aferrado a él con una mano, se agarra la cabeza. "Mi *cráneo*", grita. El zapato negro del señor Keightlinger raspa la grava del pavimento cuando cambia de postura. El único otro sonido es el siseo lejano del viento que sopla. "Jodida *tectónica*", dice el Sr. Charlock, alejándose de la puerta con un impulso para renquear errante por el camino bajo ella. Está desnudo. Se balancea un poco parpadeando en la espalda del Sr. Keightlinger. "Hola a ti también", resopla.

Los tendones destacan en el cuello del Sr. Keightlinger. Dentro de su barba, sus labios se separan y agacha la cabeza con esfuerzo.

"No, no, no te preocupes por mí", espeta el Sr. Charlock. "Ni siquiera puedo recomponerme hasta que regrese aquí, tercera jodida excursión en diez minutos y en *esta* ¿te haces *alguna* idea del frío que hace allí afuera? "

"Hola", gruñe el Sr. Keightlinger.

"¿Tú? Tenías razón, por cierto", el Sr. Charlock se quita una hoja del hombro. "John Wesson *tenía* un hermano. De modo que lo olvidé", dice estirando y moviendo la cabeza de un lado a otro. "Pero lleva muerto desde hace años, así que todavía tendré que decir que esta va a mi cuenta. Por un tecnicismo", gira los pies tambaleantes para mirar a través de la verja de la puerta. Una lujosa confusión se ha acumulado en ventanas y puertas y madera pulida, en los techos de reluciente metal y en los cristales iluminados por docenas de cálidas lámparas doradas, en los árboles que entran y salen de las habitaciones construidas a su alrededor. "Uuah", dice el Sr. Charlock.

Sr. Keightlinger retrocede cinco centímetros o así hacia el coche con otro raspado de grava.

"Así que entró allí, ¿verdad?", dice el Sr. Charlock. "Botella John. En busca de algo, algo que podía encontrar rápidamente, porque el Junior de aquí", mueve un pulgar sobre su hombro, "estaba preparado para borrar este lugar del mapa. Algo rápido, algo obvio, algo que no estaba en ninguna otra parte a la que fuimos hoy... ", se encoge de hombros. "Me jodan si lo sé".

"Pantalones", espeta el Sr. Keightlinger.

"Joder, no podía traerlos *conmigo*, ¿cierto?", dice el Sr. Charlock. "Ni mis gafas tampoco. Tengo que ir allí sin armas ni armaduras, soy el que tiene que rescatar a la Prometida para que nuestro jefe no nos coma para el desayuno, tengo que ir a contarle a un viejo amigo que maté accidentalmente a su hermano muerto, y tú lo único que tienes que hacer es lidiar con esta lamentable excusa de un ángel", se dirige hacia la puerta abierta de la casa de té. "Ten un poco de simpatía, ¿quieres?".

Gimiendo con el esfuerzo, el Sr. Keightlinger fuerza un pie hacia adelante unos centímetros o así, inclinándose hacia el escalón mientras el ángel de arriba se encoge poniendo los ojos en blanco. "Cuello", consigue decir. Baja la cabeza y niega girándose para mirar por encima del hombro, vuelve a decir: "Cuello", pero el señor Charlock ya está dentro.

Cuando suena el despertador / Cómo es / Qué no debería haber hecho / La maldita Trampilla equivocada

Cuando suena el despertador, las arrugadas mantas se sacuden y retuercen y escupen una mano. La mano busca a ciegas, encuentra el despertador y le da al botón de «Snooze». Aparece una cabeza, parpadeando, aturdida. Enredado cabello cobrizo tal vez hasta los hombros, despeinado en el sueño. Se libera a patadas del grueso edredón, medio cayendo desnuda de la gran cama ancha para quedarse allí un momento, rascándose bajo los pechos. La luz del sol brilla vagamente tras las cortinas echadas. El sonido de una ducha corriendo llega por el pasillo.

La cocina es larga y estrecha, vacía, oscura. Ella está vertiendo agua hirviendo de una tetera en una taza con café molido. Se ha puesto una descolorida camisa de trabajo amarilla, arremangada y con sólo un par de los tres botones abrochados. Pone la tetera sobre el fogón blanco brillante y toma un émbolo y lo coloca en la parte superior de la garrafa. Mira el reloj redondo sobre el refrigerador de acero inoxidable jugueteando con uno de los botones desabrochados de su camisa. Las nueve menos cuarto.

Hay dos puertas al otro extremo de la cocina.

Una de ellas está abierta, hay una pequeña habitación oscura más allá, abrigos en la pared, un par de bicicletas apoyadas, la esquina de una secadora apilada encima de una lavadora. Un par de botas de goma. La otra puerta está cerrada. Como la primera, es alta, delgada, con paneles y pintada de blanco. Camina hacia ellas con los pies descalzos, pálidos sobre las espirales rojas y negras del

linóleo, echa mano a la puerta cerrada, hacia su pomo de cristal en latón verde antiguo.

"¿Café?".

Jo gira, mano en la boca. "Jesús, Duque", dice ella. Él está junto al fregadero con una bata larga llena de diseños espirales en púrpura y granate, dorado y marrón. Deja de secarse el cabello con una toalla, con la cabeza hacia atrás, tocada por una sonrisilla. "No me has llamado así desde hace un tiempo", dice colocándose la toalla alrededor del cuello. "¿Hay café?".

El reloj marca las nueve y cinco. "Oh, demonios", dice Jo corriendo por la cocina. "No sé qué ha pasado".

"No pasa nada", dice el Duque.

"Solo han pasado diez minutos, debería estar bien", dice ella agarrando el émbolo, apoyándose, presionando la jarra y "No tan fuerte", dice el Duque, "no quieres", inclinándose para mirar sobre ella, "reventarlo como la última vez", al tiempo que Jo dice, "No se va a romper" poniéndose de puntillas para forzar el émbolo. "¿Quieres bajar un par de tazas?".

"No sé", dice el Duque tras ella muy cerca. Un brazo serpentea sobre su cintura. Una mano en su cadera desnuda debajo de su camisa. "Tal vez no necesite el café".

"Leo", dice ella soltando el émbolo mientras él besa su cuello. "Ya está", dice él, ahora con ambas manos en las caderas de Jo, doblando las rodillas un poco hacia atrás. "Jesús, Leo, no tan", y sus ojos se abren y aspira una bocanada de aire y se agarra al mostrador.

"¿Y bien?", dice el Duque inclinándose hacia adelante sobre su espalda, besando su cuello de nuevo, su oreja. "Continúa", dice ella aún agarrando el mostrador, "si vas a, continúa" y, agachándose, él apoya las manos en sus caderas nuevamente, su bata cae abierta, la toalla se desliza de sus hombros, la barriga apretada contra el culo desnudo de ella, la camisa de Jo subida hasta la parte inferior de la espalda y aleteando mientras él se balancea hacia adelante y hacia atrás y ella hace una mueca, mano dando palmadas agarrada al borde del fregadero, la cara apretada, se muerde el labio, "Jesús", dice Jo, "Leo".

Una embestida golpea las rodillas contra el armarito y "Mierda", dice él, vacilante. "Oh", dice Jo, "hey", y él se inclina hacia atrás, retira las caderas de golpe y embiste contra Jo una y otra vez. BAM, "¡Joder!", dice el Duque, "espera", pero Jo se inclina hacia adelante sobre el fregadero empujándole hacia atrás un paso y luego otro tambaleo, vagamente confundido, su bata le resbala de los hombros con la polla balanceándose, el prepucio hacia atrás, su cabeza púrpura hinchada brillando. "No, yo puedo", dice alcanzándola, pero ella gira frente a él agarrando su rostro, su boca pegada a la de él, ambos girando, el cabello de Jo se mece, el cabello húmedo de él queda pegado a la nuca de Jo. Ella le empuja hacia abajo hasta ponerle de rodillas, aún besándole y bajando con él, echándole hacia atrás para tumbarle en el suelo mientras se sienta a horcajadas sobre su regazo. "Ahí", dice ella con una mano sobre su hombro, otra mano hacia abajo entre ellos mientras ella se instala, y "Oh", dice él, "oh, eso también funciona", suena un teléfono.

"Supongo que sí, ¿verdad?", dice Jo sentada en un sillón bajo y

plano, con un teléfono negro vidrioso en la oreja. "Hemos estado ocupados", lleva su descolorida camisa de trabajo amarilla y unos vaqueros marrones. "Bueno, hay mucho que hacer, ¿sabes? Muchas cosas que hacer".

Es una amplia sala blanca llena de sombras azules, cortinas de color trigo echadas sobre una enorme ventana panorámica. En un extremo, una gran chimenea blanca sin adornos, fría y oscura, la pared oscurecida arriba por hollín antiguo. Hay un sofá naranja, largo y bajo con patas de aluminio. "Yo también quiero que lo conozcas", dice Jo. Colgando de una correa de cuero roja sobre el sofá, una espada, la vaina, lisa y negra, con una garganta de metal forjado y una capa del color de las nubes de tormenta, La empuñadura es simple y recta, envuelta en alambre opaco formando una reluciente red de hebras hiladas en gruesos nudos de acero. "Él es, bueno, hace muchas cosas. Supongo que se podría decir que es un empresario. Pero a eso me refiero, siempre está, siempre está", Jo se inclina hacia adelante, con una pierna levantada, su pie descansa sobre un cojín. "Bueno, inauguraciones, cosas así, sale a apoyar esto o", pone los ojos en blanco. "En realidad ya no necesito uno. De verdad, estoy pensando en ir a la universidad", se inclina un poco hacia atrás. "Sí. Estaba pensando que tal vez Historia del Arte o bien, no, bueno, no tiene que ser, no tiene ser *práctico*, mamá", dice inclinándose hacia adelante de nuevo, los codos sobre las rodillas, ambos pies engullidos por la gruesa alfombra blanca. "Así es como es", la ira cruza su rostro. "Bueno, lo hice", cierra los ojos con fuerza y baja la cabeza. "¿Qué, iba a mantener el nombre de papá? ¿Eso te hubiera hecho feliz?", Se pone de pie de un salto. "Bueno, lo hice, está hecho. ¿Vale? Sucedió. Está hecho". Escuchando, cierra los ojos de nuevo y niega con la cabeza. "Mamá", con pasos sin rumbo se aleja de la silla, pasa la puerta principal blanca en un marco blanco, altas ventanas llenas de luz blanca reflejada. "Bueno", dice ella mordiendo la palabra con labios severos en una mueca que tiembla, se suaviza, se funde en algo casi preocupado, casi una sonrisa. Se inclina en el umbral de la cocina oscura y estrecha. "Las dos dijimos cosas que no quisimos decir", agacha la cabeza otra vez, mete un rizo de cabello detrás de la oreja. "Bueno, estoy bien, yo, gracias, mamá. Gracias", gira en la

puerta, dobla el brazo libre sobre sí. "Yo también lo siento mamá".

Hay dos puertas en el otro extremo de la cocina.

"¿Qué?", dice frunciendo el ceño, parpadeando. Entrando en la cocina. "Yo, no he te oído bien. ¿Qué?".

Una de ellas abierta, una pequeña habitación oscura más allá, abrigos, un par de bicicletas, lavadora y secadora y un par de botas de goma. La otra puerta está cerrada. Jo camina hacia ella con los pies descalzos, pálidos sobre las espirales rojas y negras del linóleo. "Lo siento, mamá, ¿puedes esperar solo un...?", echa mano a la puerta cerrada, hacia su pomo de cristal en latón verde antiguo. Delante de la casa un golpeteo, el timbre de la puerta sonando, y otra vez.

"¿Señora Barganax?".

"Qué", dice Jo, la puerta se abre sólo una rendija entre ellos.

"¿Joliet Kendal Barganax?", dice el del mechón de cabello rosa anaranjado. Está mostrando una placa en una cartera de cuero marrón. "Soy el detective Fox", metiendo la insignia de nuevo en su chaqueta de cuero negro, asintiendo con la cabeza al hombre a su lado, ambas manos en los bolsillos de su abrigo de lana negro. "Este es el detective Tassick. Tenemos algunas preguntas para usted, si pudiéramos entrar".

"Aquí está bien", dice Jo llevándose un cigarrillo a la boca pintada con lápiz de labios. Soplando humo más allá de ellos. La pequeña entrada protegida por un alto seto verde.

"Un poco frío", dice Fox encogiéndose de hombros. Saca un sobre manila de su chaqueta. "¿Conoce a Jasmine Chavda?", le muestra una foto en blanco y negro, una mujer sin mirar a la cámara con una nariz fuerte, lacio cabello largo, negro y suelto.

"No", dice Jo dejando que la puerta se abra un poco más. Lleva un corto vestido negro con simples tirantes y el cabello recogido en rulos rosas y verdes menta y azul bebé. Sus uñas pintadas de rojo y negro, excepto la cresta gris muerta en el dedo gordo de su pie izquierdo.

"¿Lauren Yallowshot?", dice Fox. "¿Jessie Vitaly?" Más fotos, una adolescente riendo, una mano en los auriculares de gran tamaño que lleva puestos, una mujer rubia con una camiseta blanca mirando inexpresivamente a la cámara.

"Jessie, sí", dice Jo. "Solía trabajar para mi esposo".

"¿Sabe que es una bailarina exótica?", dice Tassick. Su voz es profunda y áspera. Lleva un salpimentado pañuelo Van Dyke cuidadosamente ajustado.

"No sabía que ella había vuelto a eso", dice Jo.

"Pero ella y su esposo tuvieron una relación", dice Fox.

"¿Y?", dice Jo.

"Ha dicho usted que ella *trabajaba* para él", dice Tassick.

"Chicos", dice Jo, "si todos los que tuvieran una, una ex stripper fuesen asunto policial de esta ciudad de repente, quiero decir, *joder*".

"Tenemos razones para creer que estas mujeres están involucradas en un asunto de seguridad nacional", dice Fox metiéndose nuevamente en la chaqueta. "Si ve a alguna de ellas, o si tiene noticias de la Sra. Vitaly en algún momento, en los próximos días, Sra. Barganax", le entrega una tarjeta, "apreciaríamos una llamada".

Ella toma la tarjeta con su mano libre y dice: "Me llamo Jo". Mira hacia abajo, más allá de la tarjeta, hacia sus pies en Chuck Taylors diferentes, una de ellas negra, la otra blanca, la punta del pie sujeta por cinta gris. "Esto son tonterías", dice ella y deja que la tarjeta caiga de sus dedos.

"Sra. Barganax", dice Tassick.

"¡Yo no me he casado!", grita Jo y por un momento nadie dice nada, los detectives fuera, Jo aferrada a la puerta. "No soy yo la que se va a casar", dice y vuelve a entrar en la casa. "¡Señora Barganax!", llama Fox, y Tassick lo empuja.

Hay dos puertas al otro extremo de la cocina.

Jo, cigarrillo en mano, marcha a lo largo de la cocina y pone su mano sobre el pomo de cristal en latón verde antiguo. "Por favor", susurra, y abre la puerta.

Un baño blanco reluciente iluminado por bombillas fluorescentes alrededor del marco de un espejo sobre el lavabo, el suelo es de baldositas hexagonales en blanco y negro que se extienden hasta una bañera con patas en garras rodeada de cortinas de plástico transparente.

"¿Ysabel?", dice Jo colocando su cigarrillo en el borde del lavabo.

A través de las ligeras cortinas borrosas, la bañera está llena casi hasta el borde con agua turbia marrón y gris, un brillo grasiento, unas rodillas en punta en un extremo, una mano flotando con el pulgar flácido acaba de romper la superficie. "Oh Dios", dice Jo, abriendo las cortinas, los ganchos tensos suenan, "oh Dios, no", mete atolondradas manos en la bañera, tirando de un torso resbaladizo y sacando un brazo, una barbilla, la cara de una mujer, agua sucia del color de la sangre añeja brota de la laxa boca abierta, intenso cabello negro como una sábana densa y empapada que se aferra a los senos y a los hombros mientras Jo tira girando, cayendo hacia atrás, con un brazo envuelto alrededor del peso del cuerpo medio fuera de la bañera ahora, "Ysabel", dice dejando caer el cabello negro de esa cara, "¡Ysabel!", La boca entreabierta, los ojos verdes apagados en la intensa luz plana.

"Jo", dice alguien, el Duque, una pregunta plana. Con Ysabel en sus

brazos, ella da media vuelta para mirarle en el espejo del lavabo, su chaqueta a rayas rojas y marrones, su rostro oscurecido por una raya de algo manchado en el cristal. "Desearía que no hubieras hecho eso". Una mota de ceniza gris cae del cigarrillo humeante para estropear el blanco del lavabo. Un jadeo desgarrador e Ysabel comienza a respirar, sollozando en los brazos de Jo, salpicando agua de la bañera, chirriando con ese brazo atrapado en las cortinas de la ducha, tirando de los anillos que se sueltan cuando Ysabel se desliza fuera de la bañera y caen hacia atrás sobre las baldosas, carraspea, tose, escupe en todo ese plástico transparente. "¿Ysabel?", dice Jo. "Ysabel, ¿estás bien? ¿Estás ahí?", e Ysabel, lentamente, asiente.

Jadeando, riendo, Jo la acerca, "Oh Dios", dice. Ysabel aferrada a ella todavía asintiendo, todavía tosiendo, y Jo le aparta más cabello para encontrar su boca, sus ojos, su frente, la cual ella besa, sosteniendo a Ysabel calmada y gentilmente hacia ella. "Hey", dice Jo entonces, "Leo", luchando con el plástico. "¿Un poco de ayuda aquí? ¿Leo?".

Él está de pie en la puerta, apoyado en su bastón, la tosca cabeza de halcón enjaulada en sus dedos. Está mirando fijamente hacia la bañera, hacia la pared más allá, su ceño ligeramente arrugado por alguna burlona inquietud.

"Cristo", murmura Jo pateando el plástico. "Ysabel", luchando en su posición vertical, "¿Estás... puedes?", e Ysabel, acurrucada de costado, levanta débilmente una mano negando con la cabeza, luego asiente, se impulsa con sus manos y rodillas, temblando. Jo se pone en pie y agarra al Duque por las solapas. "¡Hey!", le abofetea. Él parpadea con la boca abierta, se lleva una mano a la mejilla. "¿Estás ahí?", dice Jo.

"Por supuesto", dice el Duque.

"Joder, pues ayúdame o aparta de en medio", dice Jo empujándolo, pisando con zapatillas mojadas el suelo de la cocina.

En el dormitorio, abre las puertas de vidrio esmerilado del armario al pie de la gran cama ancha para encontrar una hilera de chaquetas a rayas rojas y marrones y vestiditos negros, uno tras otro. Las perchas tiemblan cuando las empuja de un lado a otro. "Esta tiene que ser *la casa de tus sueños*", murmura ella, sacando una de las chaquetas se gira hacia la cama. Tira del edredón hacia el suelo, suelta una sábana bordada y la ata.

En la sala de estar, Ysabel está agachada en la alfombra envuelta en la chaqueta a rayas rojas y marrones del Duque. El Duque con su chaleco color crema se apoya en su bastón y se inclina sobre ella. Jo mira la chaqueta a rayas rojas y marrones en sus manos, se encoge de hombros, se la arroja, luego se arrodilla junto a la temblorosa Ysabel, envolviéndola en la manta. "Tengo más ropa, ¿sabes?", dice el Duque poniéndose la chaqueta.

"No, aquí no la tienes", dice Jo. Ysabel está exprimiendo agua de su cabello con una esquina de la manta.

"Deberías prestar más atención".

"¿Que yo debería?", espeta Jo. "¿De dónde sacaste la idea de que yo acabaría usando vestiditos de cóctel?".

"Necesitamos", dice Ysabel, "*irnos.*"

"No podría estar más de acuerdo", dice Jo poniéndose de pie.

"Jo, no", dice el Duque mientras ella se dirige a la puerta principal, "no de esa manera", mientras ella la abre. La entrada ha desaparecido. La puerta está tapiada por el seto alto y grueso. "Mierda", dice Jo cerrando la puerta, se dirige a las cortinas de color trigo. "Jo, no lo hagas", dice el Duque, ¡tenemos que... no! ", mientras ella las abre de un tirón.



El Duque la aparta suavemente de la ventana, cerrando las cortinas sin mirar. La siseante oleada de sonido se desvanece. "Está bastante crudo", dice.

"¿Cómo lo hacemos?", dice Jo, estremeciéndose, "¿hay qué, una puerta de atrás?".

"Tenemos que subir", dice Ysabel ahora de pie, envuelta en la chaqueta y la manta.

"O bajar", dice el Duque. Él levanta una mano pero no le acaricia la mejilla.

"Arriba está bien", dice Jo señalando hacia el dormitorio. "Creo que

esta casa tiene un ático".

"Sigue adelante", dice el Duque, y cojeando detrás de ella le ofrece un brazo a Ysabel. Ambos la siguen hacia el pasillo.

Luego Jo trota de vuelta a la sala de estar, salta al sofá naranja y agarra la espada que allí cuelga. Con zapatillas mojadas sobre los cojines naranjas, toma la empuñadura con una mano, la garganta de la vaina con la otra, y saca unos quince centímetros de hoja. La superficie pulida brilla, pero por el centro, profundas olas de acero oscuro y claro persiguen su columna vertebral. "Vale", dice Jo enfundándola con un «wisp» y un «snic», pasando la correa roja por el hombro y bajando del sofá.

En el pasillo, el Duque despliega una escalera de tijera hacia una trampilla en el techo, Ysabel a su lado, acurrucada en la manta. "Bueno, ¿qué hay ahí arriba?", dice Jo.

"¿El ático?", dice el Duque con su mano sobre uno de los peldaños. "Vamos a averiguarlo", dice cojeando hasta el pie de la escalera, poniendo su bastón debajo de un brazo. "No, no", dice Jo, "déjame ir primero", con una mano al otro lado.

"Barganax", dice Ysabel.

"Tú tienes que ayudar a la Princesa", dice el Duque, empujando suave pero firmemente a Jo, y "Maldita sea, Leo", dice Jo, empujándole a él en respuesta.

"¡Gallowglas!", dice Ysabel bruscamente. "¡Sureste!", ambos se detienen y se giran para mirarla. Ella está volviendo a colocarse la manta sobre los hombros. "Jo, tú primero. Duke, yo te seguiré".

"Princesa", dice el Duque retrocediendo. "Este no es momento para modestias", Jo comienza a subir la escalera.

"Vuestra pierna, Barganax", dice Ysabel. "Este no es momento para el orgullo".

El Duque mira hacia abajo, pone un pie en un peldaño. "No es necesario ser tan formal".

Jo asoma la cabeza por una trampilla, sube un hombro y luego el otro y lucha por poner los codos en el suelo de una pequeña habitación enmarcada y revestida de madera oscura. Su espada traquetea mientras se levanta. Otras dos trampillas se abren en el suelo, una a cada lado. Las lámparas de aceite se mecen colgando de finas cadenas. En la esquina está Jasmine sentada sobre una pila de tela doblada, túnicas en colores ricos, dobladas una encima de la otra. Ella lleva un traje de neopreno negro grisáceo, su cabello recogido en una trenza larga y apretada. Está acunando a una niña en su regazo, toda rodillas y codos en un traje azul marino de colegiala, su cara arrugada y fea y roja de llanto. "Lo lograste", dice Jasmine. Sollozando, la niña levanta la vista.

"Sí", dice Jo, y desde abajo la voz del Duque, amortiguada, "¿Estás bien? ¿Qué hay ahí arriba?", Jo se agacha tratando de mirar por la estrecha trampilla, "No lo sé", llama ella, se levanta y se aparta. "No es un ático".

Casi inmediatamente una mano agarra el borde de la siguiente trampilla, otra mano levanta un bastón de madera, un severo halcón toscamente tallado como extremo. Haciendo una mueca, el Duque está saliendo de la trampilla al otro lado de esa pequeña habitación y "Joder", dice Jo: "Leo, Cristo, esa es la maldita trampilla equivocada".

"¿Qué demonios estás...?", gruñe el Duque con su chaqueta de rayas rojas y marrones, sentándose en el borde de su trampilla, frotándose el muslo. "Es la única...", se detiene al ver la trampilla de Jo junto a la suya y la trampilla más allá, a los pies de Jasmine.

"¿Puedo subir?", dice Ysabel desde alguna parte de abajo.

El Duque saca las piernas de la trampilla cuando Jo se acerca a él y lo agarra del hombro. "¿Eres tú, tú?", ella le da la vuelta para mirarle. "¿Cómo sé que eres tú?".

"¿Qué tipo de pregunta es esa?", dice el Duque.

"¿Dónde está ella?", dice la niña en el regazo de Jasmine.

Una manta enrollada se impulsa hacia arriba por la trampilla del medio, seguida por Ysabel con su chaqueta a rayas rojas y marrones, su cabeza húmeda y oscura girando para ver las trampillas, a Jasmine y a la niña, al montón de túnicas, al Duque y a Jo.

"¿Dónde está *ella*?", dice la niña, sentándose.

"¿*Tú* encontraste tanto al Duque como a la Princesa?", dice Jasmine.

"Yo", dice Jo, inclinándose para agarrar la manta, "sí", y envolviéndola sobre los hombros de Ysabel. "Sí, lo hice", mirando al Duque todo el tiempo, quien se apoya en su bastón ahora en la esquina. "¿Dónde estamos? ¿Hemos vuelto a la casa de té?".

"¡*Nunca* volveremos!", grita la niña en el regazo de Jasmine, y "Silencio, Lauren", dice Jasmine acariciando su cabello.

"Creo que estamos en un barco", dice el Duque.

"¿*Nunca*?", dice Ysabel.

"¿Qué?", dice Jo.

"Un barco", dice el Duque señalando las linternas que se mecen.

"Estamos en algún punto intermedio", dice Jasmine. "Será mucho más difícil seguir adelante sin los tres".

"¿Intermedio, entre qué?", dice Jo.

"Aquí", dice Jasmine, "y, bueno, allí".

"Nunca", dice Lauren cuando Ysabel dice "No" y el Duque dice "Bueno, hay matices Jo, maldición, *espera*".

Jo se inclina sobre la trampilla a sus pies. "Lo que ella ha dicho. Tres trampillas, tres de nosotros", se sienta con los pies colgando. "Tú saliste de esa, ¿verdad?", le dice a Jasmine y Lauren, señalando la trampilla al otro lado de la pequeña habitación.

"Sí", dice Jasmine y Lauren, con los ojos muy abiertos, asiente.

"Y yo salí del medio", dice Jo, volviéndose hacia el Duque, "y tú saliste de esta. Solo. Creo que ella está aquí abajo".

"Espera", dice el Duque.

"¿El qué?", dice Jo. "Solo voy a echar un vistazo. ¿Qué pasa si bajo ahí?".

"No lo sé", dice el Duque.

"¿Alguien?", los mira a todos en esa pequeña habitación. "¿Ysabel? ¿Alguien puede decirme qué pasará si entro ahí?".

"No", dice Jasmine.

"La necesitamos", dice Lauren.

"Vale, entonces", dice Jo y se impulsa en el borde, cae por la trampilla y desaparece.

"Oh", dice el Duque, "ojalá no hubiera hecho eso".

"Bueno, lo ha hecho", dice Ysabel, y entonces alguien golpea la puerta. "¿Estás listo?", dice una voz áspera en voz baja, tratando de ser oído a través de esa puerta, pero no mucho más allá. El Duque mira a Ysabel, Ysabel mira al Duque y Jasmine los mira a ambos. Lauren está mirando la puerta.

"¿Y bien?", dice quien sea. "¡Es casi la hora!".

Música enlatada / Un cuchillo en la espalda / Uno va solo / Lleno hasta el borde con Brillantina de Chica / Cómo debería ser

La música enlatada del locutor de una radio de onda corta atada a la viga por encima de ellos con una cuerda elástica de color naranja, un repique de notas de carillón sacadas de una guitarra, la voz de un hombre fina y aflaudada, «Tu m'as manquer mon amour, ne ni cherie willila kan be tama yala in sera Ouagadougou», y Botella John dice "No puedo explicárselo a alguien que no estuvo allí"

"Pero yo estoy ahí, John", dice Michael. "He estado todo el tiempo. ¿Puedo mostrarte algo? Está en mi bolsillo".

Los hombros de Botella John se mueven pero él no levanta la vista. Están sentados uno al lado del otro en el suelo de tablas junto a la barandilla del porche, de espaldas a todo ese viento. Las manos de Botella John están en su regazo y el arma descansa pequeña y sin brillo en sus manos. Michael está sacando una bolsita plana de plástico de un bolsillo de sus holgados pantalones. La sostiene entre ellos en su palma enguantada en negro, una esquina está cargada por una mancha de polvo. "¿Qué es eso?", dice Botella John, poniéndose una mano en el pecho, con la camisa blanca abotonada hasta el cuello.

"Leo me lo trae, de vez en cuando", dice Michael. "Tomo una pizca cada dos días. Llevo haciéndolo durante los últimos cuatro años", la mano de Botella John se desliza hasta su hombro, allí debajo de su

chaqueta de traje gris. Michael cierra la mano sobre la bolsita casi vacía. "Iba a decirle esta noche que ya era suficiente, que todo tenía un límite. Que quería parar. Que estaba *cansado*". Inclinandose hacia atrás, Michael se avalanza hacia la barandilla entre ellos y Botella John se aparta hacia atrás. observando atentamente con la mano en el cuello mientras Michael inclina la bolsita pellizcada entre el pulgar y el índice, sacudiendo el polvo, soltándolo y alejándolo. A medida que se aleja de ellos, el polvo se convierte en chispas, las chispas se convierten en gotas de luz, las gotas se tornan cada vez más brillantes, estrellas que se desprenden de sus amarres y caen sobre ellos. "Ábrete la camisa para mí, John", dice Michael, dejando que la bolsa vacía se aleje.

Botella John se aleja con un impulso poniéndose de pie, una mano envuelve el cañón y la guarda del gatillo de la pistola. "Está demasiado claro aquí", dice, y luego, "demasiado frío".

"No necesitas ocultarme nada", dice Michael, aún sentado junto a la barandilla. Detrás de él, las estrellas se acomodan ahora en líneas y formas que tiemblan y saltan, se congelan y tiemblan de nuevo. "Dime cómo murió tu hermano y luego ábrete la camisa para mí. Le disparaste, ¿no es cierto?".

Botella John ha retrocedido uno o dos pasos hacia el sofá, lejos de la barandilla. "Él lo pidió", dice. "El dolor era demasiado para él".

"Y luego fuiste al hielo".

"No puedo hablar de eso".

"Mira, John. Mira", Michael se levanta apoyado en la barandilla, señalando a las estrellas que se han fijado solas frente a la negrura en filas y líneas regulares que limitan bloques y torres, chispas de luz atrapadas en las esquinas de mil millares ventanas a su alrededor. "Es casi la hora. Estoy haciendo lo que puedo". Arcos abatidos y redes de luz definen puente tras puente que marchan a lo largo del río, cada uno más grandioso y más glorioso que el anterior. La radio por encima de Michael grazna y la melodiosa guitarra se disuelve en estática y alguien, un rico contralto dice «estoy defendiendo la apuesta de una persona» y luego un banjo, alguien, un par de voces nasales cantan «un camino que los ciegos pueden usar para regresar, por ahora el camino está bloqueado por un infierno, todo está en llamas y no creo que llueva». Michael levanta la mano para apagar la radio de un golpe. "Es tu ángel, John. Nos empuja más y más lejos mientras trata de entrar. Pronto perderé el control. Ellos nunca encontrarán el camino de regreso", y Botella John, que todavía no mira hacia atrás, está sacudiendo la cabeza. , "No", dice él, "no", y Michael dice "pero puedes ayudarnos a todos".

"Estamos en una misión del Señor", dice Botella John mirando el arma en su mano.

"Puedes dejarla a un lado ahora. Viniste aquí buscando ayuda".

"No", dice Botella John.

"Has venido aquí buscando a un médico. Doctor Ce. Charley. ¿Charley Leir?".

"No, no", dice Botella John mirando hacia atrás, "Charley no es médico. Así es exactamente como lo llamamos en el servicio. Créf,

creí que tal vez él podría ayudar".

"Eso no quiere esto, ¿verdad?", dice Michael mientras Botella John se aleja de nuevo. "Eso te devolvió a tu hermano, pero está pidiendo algo y tú sigues diciendo que no, John. Ábrete la camisa".

"Es un buen hombre, ese Charley", dice Botella John agachándose para dejar el arma en el largo y bajo sofá. "No sabe lo que está haciendo al trabajar para Leir".

"Y Leir es un hombre malo", dice Michael.

"El peor", dice Botella John, desabrochando el primer botón de su camisa.

"¿Qué ha hecho él, John?", dice Michael. Botella John agacha la cabeza y deshace el siguiente botón y el siguiente. "Ábrete la camisa", dice Michael, alejándose de la barandilla, y Botella John lo hace. Sea lo que sea, apenas está allí del todo, una raya reluciente en su piel oscura, una franja indistinguible, desenfocada. "Está casi terminado", dice Michael acercándose a Botella John.

"¿Qué eres?", dice Botella John, su nuez salta al tragar, su chaqueta y su camisa resbala de un hombro borroso e indistinguible

"Te lo voy a quitar", dice Michael, engancho sus dedos, presionándolos contra aquella cosa. Gruñendo. "Vino del hielo, ¿no?", Su rostro arrugado por el esfuerzo. "Se lo daré al fuego y tu

ángel estará *satisfecho*", Michael tira y Botella John mira hacia arriba y aúlla. Dentro y entre las brillantes torres, las luces trazan arcos y se deslizan, y algo muy parecido a un zepelín se cierne, avanzando hacia el zigurat en la parte superior de una de las torres más pequeñas.

"¿Qué es eso?", dice Botella John, con los ojos entornados, riachuelos de sudor le pegan la camisa a la piel.

"Es muy antiguo", dice Michael mirando a la nebulosa nada en sus manos. "Vamos. Es la hora".

"Bonita pistola", dice otra persona.

Detrás del sofá, en la entrada ancha y baja del porche se encuentra el Sr. Charlock, descalzo, envuelto en una gabardina blanca, con una mano levantada, el pulgar levantado, dos dedos plegados contra la palma, dos dedos apuntando a Botella John y Michael. Está mirando el hocico chato empuñado en su otra mano. "¿Con qué está cargada? ¿Puntas huecas de plata?", Olisquea el cilindro. "¿Ampollas de agua bendita? ¿La sumergiste en aceite de muérdago? ¿La embadurnaste de salvia? ¿Cristo, John, vas a ser ponerte católico con nosotros?", apunta el arma hacia ellos junto a sus dedos. "Deberías haber jugado más Dragones y Mazmorras de pequeño. Todo lo que se necesita es un cuchillo en la espalda para obstaculizar seriamente el estilo de cualquier mago".

"No", dice Michael vacilando, mirando fijamente sus manos temblorosas llenas de nada brillante.

"Lo siento, hombre", dice el Sr. Charlock. "Perdón por tu hermano", abre el pulgar y baja la mano vacía. "Perdón por lo que sucedió con Eco. Ojalá pudiera haber estado allí. Joder, te hubiera dicho que corrieras como el infierno". El arma todavía apunta a Botella John, quien tiritando cierra los ojos y asiente.

"Detente", dice Michael, "ya lo he sacado".

Tres disparos, fuertes grietas planas que perforan agujeritos en la chaqueta gris de Botella John, en su camisa blanca, en su pecho mojado y oscuro. "¿Qué?", dice el Sr. Charlock bajando la pistola humeante mientras Botella John se sienta pesadamente y se desploma cayendo de lado. "¿Has sacado qué?",

Michael está mirando las últimas hebras de nada que salen flotando de sus manos vacías. "Condenado idiota", dice.



Zapatillas mojadas rechinando, Jo cruza con cuidado la oscuridad, espada desnuda en una mano, vaina en la otra. Más adelante, un charco de luz, una lámpara que pende baja sobre un sillón sobreacolchado, una mesita, una mano extendida para dejar una taza humeante. El sonido de un piano tintineante, la voz de un hombre entonando «por ganarme por cenar conmigo, con recuerdos y amor, la única ropa que dejo que me confine y que rompe las reglas aquel que cree que realmente me están sellando, es la hora de nuevo, la hora de nuevo, la hora de nuevo, la hora de nuevo».

"¿Jessie?", dice Jo.

«Pateando las lápidas en medio de mis ojos, a partir de las esquinas donde» y la canción se corta con un fuerte «CLIC». Una cabeza rubia mira alrededor del sillón, ojos oscuros enmarcados por finas gafas de lentes cuadradas. "¿Jo?", dice Jessie. "Tu pelo. ¿Te lo has dejado largo?".

"Sí, bueno", dice Jo apresurándose hacia el charco de luz, deteniéndose cuidadosamente con la espada para encajar la punta de la misma en la boca de la vaina. Consigue enfundarla. La silla está rodeada de luz, los bordes de ese charco de luz está amurallado por montones y pilas de libros, libros de bolsillo baratos en el mercado de masas, con doblados y arrugados lomos blancos, apilados sobre baluartes de libros de bolsillo comerciales, y aquí y allá cimientos de libros más gruesos y más anchos. Hay libros abiertos sobre cada grueso brazo redondo de la silla, y libros apilados sobre el tejido afgano hecho a medida colocado sobre el regazo de Jessie. Un libro cerrado sobre el dedo índice izquierdo que mantiene la página y otro libro abierto en su mano derecha. Su camiseta dice que los amantes de los libros nunca se van a la cama solos. "Vamos", dice Jo.

"¿Dónde?", dice Jessie.

"De vuelta", dice Jo tendiendo la mano. "Vamos".

"Vete", dice Jessie volviendo a su libro. "Creo que me quedaré".

"Tú", dice Jo, "no puedes, no funciona, no funciona así".

"¿Por qué no?", dice Jessie pasando la página.

"Todos", dice Jo, "fuimos tras ellos y todos tenemos que".

"Tres del círculo", dice Jessie sin levantar la mirada, "tres de la pista. ¿Alguien falta? ¿Leo? ¿Ysabel? ¿Cuál es el nombre de Seattle o el de la novia de Lago?".

"¿Qué?", dice Jo, y luego "No, estamos todos, estamos atascados, sin poder volver. El Duque cree que estamos en un barco o algo así".

"El Duque", dice Jessie.

"Tenemos que reunirnos todos o no lo conseguiremos".

"Cinco volverán", dice Jessie, "y uno va solo. ¿Alguna vez has leído a Susan Cooper?".

"Yo", dice Jo, "no. Vamos, Jessie".

"¿Alguna vez has leído alguna fantasía? ¿Alguna vez?", Jessie da la vuelta a otra página.

"¿Qué?", le dice a Jo. "He leído, ¿qué era? ¿Terramar? Y algunos de esos libros de dragones. Leí Dune".

"Eso no", dice Jessie, "eso es ciencia ficción, no fantasía".

"Tiene Duques, barones y brujas".

"Tiene naves espaciales, Jo".

"Que vuelan con poderes mágicos de especia, ¿qué es esto? Tenemos que *irnos*, Jessie".

"Siempre hay un sacrificio", Jessie coloca un libro en el brazo de la silla y abre el otro sobre la mesa junto a la taza humeante. "En este tipo de cosas. Tiene que ser".

"Uno va solo", dice Jo.

"Bien podría ser yo".

"Jessie", dice Jo. "A la mierda los libros por un minuto. Los demás, los que realmente viven de esta mierda, no lo dirían, pero están locos de la cabeza". La vaina de su espada está aferrada fuerte con ambas manos. "Tienes que volver conmigo, Jessie. Todos tenemos que volver juntos".

"¿Te han *dicho* ellos eso?", dice Jessie, su voz se alza bruscamente. "¿Te dijeron eso, exactamente eso?".

"Jessie".

"¿Te dijeron, Jo, debes traerla de vuelta, es nuestra única esperanza?", Jessie toma el libro extendido de la mesa. "Porque tengo que decírtelo Jo, estas personas", Pasando una página y luego otra con brucas sacudidas rápidas. "Que viven de esta mierda. Pasa un tiempo con ellas el tiempo suficiente y te darás cuenta de que saben mucho menos de lo que dicen".

Jo se da la vuelta bruscamente. Las sombras y los indicios de reflejos colgados ante la silla sugieren una enorme ventana que se extiende hacia la oscuridad. Jessie cierra su libro, lo tira al suelo. Toma otro de su regazo. «El Tygre Blanco», dice el lomo doblado. "¿No deberías volver?", dice ella hojeando para encontrar la primera página.

"Esto está bastante bien", dice Jo. "Tienes libros, tienes té, tienes vistas". En algún lugar al otro lado de las luces de cristal como estrellas, comienza a distinguirse los bordes de bloques, torres y chispas en las esquinas de mil millares de ventanas "¿Sabes dónde he estado?", Jo se vuelve hacia Jessie, que no mira el libro en su regazo. "En una anónima casa ranchera en algún lugar del sureste profundo. No lo sé. Nunca salí de allí. Estaba casada, con el Duque".

"Le amas", dice Jessie, rotundamente, y Jo deja escapar el ladrido de una carcajada. "No", dice ella. "Cristo no. Me gusta, pero yo nunca salía de la casa, Jessie. Pasaba todo el día esperando a que volviera a casa de donde fuese que estaba, ¿sabes?, me estaba poniendo rulos en el pelo, por el amor de Dios. Me estaba pintando las uñas de los pies". Fuera, la luz está cambiando, creciendo, reafirmandose en un suave resplandor blanquecino y grisáceo que

se extiende sobre los edificios de abajo, briznas de ello brillan con naranja y oro y arden en rojo. "Estaba volviéndome loca de aburrimiento. Tú eras quien se suponía que buscaba al Duque, Jessie. Yo entré a buscar a Ysabel".

"Entonces la amas", dice Jessie.

"No amo a nadie", dice Jo. Ella mira la espada en sus manos. Mucho más allá de la ciudad que despierta, un gran diente afilado de una montaña se alza sobre las nieblas, sus nieves de un rubor rosa y oro y azul pálido y un indicio aquí y allá de tenue luz verde. "Hice una promesa", dice Jo. "Cumpliré esa promesa. La encontré", alza la vista hacia Jessie ahora, "y la saqué de", mira hacia abajo otra vez. "Ella no va a volver allí".

Jessie está mirando hacia otro lado, hacia la taza de té todavía humeante, hacia el pequeño reproductor de cassette en la mesa al lado. Hacia los libros que rodeaban todo sobre ella. "Tú consigues tenerlos a los dos", murmura.

"Yo no *tengo* a nadie", dice Jo. "Jessie, por favor", ella extiende una mano. "Te necesitamos", la luz que llena la ventana no toca la oscuridad detrás de la silla, pero lejos, en lo que podría ser el techo, hay una pequeña luz oblonga de luz cálida, una portezuela, una trampilla.



Un roce de grava, un zapato negro moviéndose, presionado contra la goma abollada de un neumático. Una pernera de pantalón negro temblando de esfuerzo, un gruñido. Los brazos del señor

Keightlinger cruzados ante gafas de sol, puños firmemente apretados mientras tensas plumas y ojos saltones se presionan contra él y la misma luz que empapa el aire tiembla en el punto donde ambos no se tocan. El Sr. Keightlinger se retira de pronto cuando el ángel surge hacia él. Él está apretado contra el coche, el poderoso automóvil negro envuelto sobre el capó y el techo de meticulosas líneas arácnidas pintadas a mano que brillan con una azulada luz fría. El Sr. Keightlinger deja escapar un largo suspiro desde su voluminosa barba y mueve los brazos, uno hacia arriba frente a la cara y el otro hacia atrás, "Esto", gruñe, "me va a doler", con ese brazo echado hacia atrás, la mano al lado de la cara desplegándose de un puño, mantenida plana, firme como una roca, "mucho más", y haciendo una mueca, vuelve a cerrar esa mano en un puño, "ah, que le follen", lanza un puñetazo al enorme ojo de pupila oblonga marrón polvoriento frente a su cara.

El ojo colapsa, las alas se abren de golpe, precipitando y retirando al ángel con una sacudida hacia atrás y hacia arriba en el aire, lejos del Sr. Keightlinger, que es abofeteado por el súbito viento. Aullando, chillando, el ángel abre de golpe sus alas y cae desde el aire sobre él y se avalanza sobre el capó del automóvil a través de espesas cortinas de azulada luz fría. Emergen chispas blancas y azules cuando cae al otro lado, bañándose, rebotando salpicando cerca del Sr. Keightlinger mientras este se afana en busca de la puerta recién pintada. Detrás de él, el chirrido de metal retorcido, el estallido y el ruido de los cristales rotos y el estallido de gasolina ardiendo.

"Bueno, demonios", dice el Sr. Keightlinger abriéndose camino a través de la puerta principal de la casa de té.



En su vaina, una espada es empujada hacia arriba por la trampilla

de en medio de las tres en fila en una pequeña habitación con paneles de madera. Se tambalea y se cae de la mano de Jo y ella la deja en el suelo. Codo, hombro, cabeza de pelo castaño la siguen hacia arriba. "¿Puedes?", dice estrujando su otro brazo para liberarlo, queda colgando allí un momento, mitad dentro mitad fuera, mirando las trampillas a ambos lados. No hay nadie más en la habitación.

"¿Jo?", dice la voz de Jessie amortiguada desde abajo, "Jo, ¿podrías?", y Jo dice "Sí, sí", se impulsa hacia arriba fuera de la trampilla, luego repta arrastrando con el pulgar la espada hacia la trampilla del fondo cuando Jessie grita "¡Jo! ¡Jo! ¿Dónde estás?", Jo se acerca inclinada y extiende el brazo dentro. "Oh", dice Jessie, su mano en la de Jo, entrando en la pequeña habitación con paneles de madera. "¿Por qué has...?",

"No preguntes", dice Jo.

"¿Dónde están todos?".

"Trabajando en ello", dice Jo agachándose, regresando por la hilera de trampillas hasta el fondo de la habitación. La pila de túnicas ha desaparecido. Jessie mira por la trampilla del medio. "No han ido por ahí", dice Jo, y se oye el golpe de un tambor afuera en alguna parte, un dervichado remolino de violines y flautas y la ronda de un grave cuerno de algún tipo que lucha por mantenerse al día. Al pasar por encima de la trampilla, Jo escucha en la puerta de la habitación mientras la música se convierte en una melodía estruendosa y se escuchan risas y aplausos, un grito de alegría. "Vamos", dice Jo abriendo la puerta.

Un pasillo bajo, corto y estrecho con paneles de madera pintada de

blanco, una puerta opuesta, puertas en cada extremo. A la izquierda, las puertas tienen altos paneles de vidrio esmerilado. Jo con su vestido negro satinado y sus Chuck Taylors diferentes, una mano en la garganta de la vaina de la espada, otra mano hacia atrás, tirando de Jessie a su paso, Jessie con su camiseta y pantalones de chándal, sus chanclas, sus gafas de lentes cuadradas. Voces en falsetto cantando ásperamente «tres doncellitas que, todo descuidadas, provienen del seminario de una dama, liberadas de su genial tutela».

Jo abre las puertas.

En la cubierta debajo de ellas, iluminada por antorchas humeantes, sillas vacías de madera en hileras al azar empujadas de cualquier manera bajo un imponente mástil, un bulto de aparejos y obenques tensos. "Tres doncellitas de la escuela", cantan Ysabel y Lauren y el Duque en trépidos trinos, "tres doncellitas de la escuela", envueltos en ricas túnicas, kimonos con cinturón holgado, y el Duque da un bote y sube a la barandilla cantando, "Una doncellita es una Prometida, Ñam-Ñam", y a cada lado, Ysabel y Lauren saltan a su lado, cantando a esas sillas vacías, "Dos doncellitas vienen a asistir", y a un lado está Jasmine sentada en un taburete, bajo una lámpara de aceite, serrando el violín debajo de la barbilla. "Tres doncellitas es la suma total", y Jasmine levanta la vista para ver a Jo y a Jessie y el chirriante violín y ella casi cae del taburete y gira revoloteando alrededor de Ysabel y de Lauren y del Duque, "tres doncellitas".

"¿Qué demonios?", dice Jo.

"Es", dice Jasmine, el violín en su regazo, "lo último del Sr. Gilbert y el Sr. Sullivan. Pensamos que sería entretenido tener a los chicos listos para cantar algunas selecciones".

"Sácalos de allí", le dice Jo a Jessie, apresurándose por el corto tramo de escalones hacia la cubierta, pasando las sillas vacías hacia la alta y ancha borda. "Si hemos ofendido", grita el Duque tras ella, y Jessie se mueve para interponerse entre ellos tratando de captar su mirada y dice "Leo, Leo".

Agua oscura debajo y sin pasarela, muelle o bote. Más allá del gran volumen oscuro de la costa, un acantilado se cierne sobre el susurro de los árboles en un viento suave y más allá y alrededor de todos esos edificios y torres esbozados en luz, ventanas que brillan, arcos de puentes llenos de multitudes llenas de luz pasando, yendo y viniendo, todo bajo un cielo rojo y negro. Jo levanta su mano libre para sombrear sus ojos, señala con la empuñadura de su espada, "¡Allí!", grita. "¡Mirad!", Parpadeos de cálida luz de la lámpara allá arriba, de vuelta entre las oscuras formas de los árboles. Un porche, una barandilla de ramas peladas y pulidas. "La casa de té. Esa es la casa de té, ¿verdad?".

"Leo", dice Jessie, "Leo, por favor", y él sigue de pie sin mirarla mientras él dice "Deberíamos reanudar, señor, no debería gustarnos decepcionar a los caballeros de la Ciudad de Oregón", y Jessie le agarra, las manos a ambos lados de la cara tratando de mirarlo a los ojos, que se alejan constantemente. "¡Jo!", grita. "Jo, no es él".

"¡Bofetada!", dice Jo cruzando la cubierta entre las hileras de sillas vacías. "¡Bésale! ¡Haz algo!".

Jessie abofeta al Duque, ligeramente, y luego retira su mano y le abofeta de nuevo, un fuerte crujido al tiempo que Lauren grita e Ysabel comienza a avanzar. Jasmine deja caer su violín con un «tuang» y un crujido. Parpadeando, el Duque mira a Jessie, la mira

a los ojos y, con un sollozante jadeo de risa, ella lo atrae hacia sí y le besa. Las manos del Duque saltan hacia arriba pero él no la empuja. "Oh", dice él cuando ella retrocede. "Ahí es donde te dejé", Jessie se gira con otro sollozante jadeo de risa y toma la mano de Ysabel. "Lluvia", dice Ysabel mientras Jessie la acerca tirando de ella, "está bien, estoy aquí, soy yo", mientras Jessie la envuelve con sus brazos, Jessie la besa y la besa de nuevo.

Jasmine se sube a la barandilla, su traje de neopreno negro grisáceo brilla a la luz de las antorchas. "Eso ha sido", le dice a Jo que llega hasta los escalones, "desagradable".

"Esa es la casa de té, ¿verdad?", dice Jo, señalando. "Creo que sólo estamos anclados o lo que sea en el río".

"Sí", dice Jasmine, "sí, creo que lo es", Lauren a su lado, girando con la fuerza para tratar de sacar su kimono de sus brazos. "Las ha mantenido encendidas. Muy bien entonces", Jasmine se dirige hacia los escalones.

"No hay forma de salir de este barco", llama Jo.

"Sí lo hay", dice Jasmine, mientras Lauren baja apresuradamente los escalones detrás de ella.

"¿Vas a nadar?", dice Jo.

"Nadaré, subiré, me abriré camino entre la maleza", Jasmine agarra

la borda y la sacude. Es sólida. "Si nos quedamos, creo que pronto acabarás siendo un caballero de la ciudad de Oregón. Y todos quedaremos hechizados por la rendición al sol de tu Duque, cuyos rayos están en llamas", toma la mano de Lauren.

"Preferiría que no lo hiciéramos", dice Ysabel, su frente pegada a la de Jessie. "Si os da lo mismo a todos vosotros".

El Duque se quita el kimono. "Hace frío", dice ofreciéndoselo a Jo, que está observando a Jasmine ayudar a Lauren a subir a la borda. "¿Qué?", dice Jo. "No me había dado cuenta". Ella no toma el kimono. Todavía está sosteniendo la espada. Él se lo cuelga sobre los hombros. "Hey", dice él inclinándose sobre ella, y ella se da la vuelta para mirarlo y él la besa. "Gracias", dice él.

"Claro", dice ella.

Y luego, mientras Ysabel y Jessie, cogidas de la mano, suben los escalones, y el Duque delante de Jo las sigue, ella dice: "Espera".

"¿Jo?", dice el Duque.

Sujetándose el kimono sobre los hombros con una mano, mira hacia abajo, hacia la espada, luego hacia el Duque, dice: "Yo, yo debería ir con Ysabel. Tú deberías ir con Jessie".

Jessie e Ysabel se detienen allí en los escalones, mirándola, el Duque frunce el ceño. "Vámonos", llama Jasmine desde la borda.

"Quiero decir", dice Jo, "así es como entramos. Después de ti. Con las, las trampillas y todo", mira a su espada y luego otra vez hacia atrás. "Deberíamos volver de la misma manera".

"No", dice el Duque, "tiene razón, tiene razón en eso, en realidad", mientras él se da la vuelta para dirigirse hacia los escalones, pero Jo agarra la manga roja y negra del Duque, el kimono se le escapa de los hombros, y lo atrae hacia ella y le besa, y después de un momento de sorpresa, él se acomoda y la envuelve en sus brazos. "Lo siento", le dice ella mientras él le besa la mejilla, la mandíbula, el cuello. "Le hice una promesa".

"Pero", le dice él al oído, "es a mí a quien besas".

"Algo así", murmura y le besa de nuevo, él se agacha para recoger el kimono y luego se lo vuelve a poner a Jo sobre los hombros.

Jasmine y Lauren se sientan en la amplia borda, Jo le sube su espada a Lauren y trepa al lado de ellas. El Duque con su chaqueta de rayas rojas y marrones le tiende el bastón hacia arriba, y Jo toma su mano mientras Jessie empuja al Duque desde abajo. Gruñendo, jadeando, este se dobla sobre la borda y rueda para sentarse y frotarse el muslo. Jessie se sienta a su lado y Jo está buscando la mano de Ysabel. "Zapatos", dice Jasmine. "Y chaquetas", Lauren está de pie equilibrada temerariamente en la borda a su lado mientras ella desata la falda de la niña. Sus medias y zapatos ya quitados sobre la cubierta. Jessie deja caer sus chanclas y luego se inclina para intentar abrir la chaqueta del Duque. "Nah-ah", dice él, y ella toma su bastón y él lo aparta. "Si me voy a ahogar", dice, "lo haré con mis Nunn Bushes de sesenta dólares puesto".

"Leo", dice Jessie.

"No nos vamos de copas", dice el Duque.

"¿Eh?", dice Jasmine.

"Siete a tres", dice el Duque. "Cualquier apuesta que te interese arriesgar", señala las luces allí arriba en los árboles. "Vamos caminando en el aire todo el camino".

"Tú mismo", dice Jasmine desabrochando la chaqueta de Lauren.

"Qué", le dice Jo a Ysabel, que está mirando con las cejas arqueadas, mientras Jo se ata fuerte los cordones de sus Chuck Taylors diferentes. "Las dejé en el baño de ese maldito Starbucks", dice Jo. "No las volveré a perder".

"¿Listos?", dice Jasmine poniéndose en pie, tomando la mano de Lauren entre las suyas. Lauren temblando en una delgada camisola rosa y ropa interior salpicada de corazones de dibujos animados.

"No voy por propio pie", dice el Duque metiendo su bastón bajo el brazo. "Podemos simplemente, ya sabes. Empujar", le dice a Jessie.

"¿Y bien?", le dice Jo a Ysabel, que todavía lleva puesto el kimono sobre la chaqueta de rayas rojas y marrones.

"Estoy de acuerdo con el Halcón", dice Ysabel.

"Vamos a caminar en el aire, ¿eh?", dice Jo.

Ysabel se encoge de hombros. "Además. Es una linda túnica".

"Esperemos que sí", dice Jasmine. "Todavía tenemos que lidiar con el matón y el ángel cuando regresemos".

"¿Qué?", dice el Duque, pero ya están saltando, están saltando, están saltando.

"¿Dónde *están?*" / Plumas blancas en el pelo

"¿Dónde *están?*", grita el Sr. Charlock con esa gabardina blanca, blandiendo la pistola sobre su cabeza.

"Dispárame o guárdala", dice Michael en cuclillas junto a Botella John tendido en el suelo de tablas. "No tengo paciencia para las amenazas".

"Está muerto", dice el Sr. Charlock bajando el arma.

"Muerto como su hermano".

"Ese ya estaba muerto cuando llegué allí", dice el Sr. Charlock. "Demonios, estaba muerto antes de que lo conociera".

"Yo estaba empezando a reconstruirlo. No eres Leir, ¿verdad?".

"¿Qué? No", dice el Sr. Charlock.

"Así que eres el Doctor Charley. Sólo que no eres un médico", sentándose sobre sus talones, Michael mira al Sr. Charlock. "¿El alush? ¿Duende? Fuerza Eco. Pero tú no fuiste al hielo".

"Hey", dice el Sr. Charlock, su mano vacía hacia arriba, dos dedos apuntando a Michael. "Esa es una jodida y terrible idea".

"Dispara", dice Michael poniéndose en pie, "o guárdala".

Después de un momento, el Sr. Charlock cede la mano. "Está bien", dice. Arroja la pistola sobre el largo y bajo sofá. "Pie equivocado. Tenemos un problema que se está acercando rápidamente al punto de Oh, Dios mío, así que nos corresponde poner nuestras cartas sobre la mesa, ver qué juego estamos jugando. ¿Te dijo él a quien buscaba?".

"Leir", dice Michael.

Sr. Charlock silba. "No jodas. ¿Y qué le sacaste?".

Michael niega con la cabeza con rostro impasible. "Algo qlipótico. Escala de Thamiel, tal vez. Iba a dárselo de comer al ángel".

"¿Esa cosa ahí afuera?", señala el Sr. Charlock sobre su hombro. "No te preocupes por eso", pasos están pisoteando en algún lugar detrás de él. "Mi compañero se ocupa de eso", se vuelve para mirar hacia arriba en esa dirección, ya que hay un traqueteo en las cuerdas de luz. La forma del Sr. Keightlinger, vestida de negro, irrumpe en la puerta baja y ancha del porche con el pelo suelto en un halo encrespado alrededor de la cabeza, con gafas de sol en una mano. Tose en la curva de su codo. "Dime", dice el Sr. Charlock, "dime que esa maldita cosa ha subido y se ha ido".

"El", dice el Sr. Keightlinger, tosiendo de nuevo, "coche".

"Cristo, ¿dejaste que se comiera el *coche*?", grita el Sr. Charlock y el Sr. Keightlinger se encoge de hombros.

"Eso no es suficiente, ¿verdad?", dice Michael mirándose las manos con sus negros guantes de punto.

"Joder, no", dice el Sr. Charlock pasando una mano sobre su calva desnuda. "No si esa cosa se lanza a por un mago. No podrías aguantar un poco más, ¿verdad?", Le dice al Sr. Keightlinger. "El Jodido apocalipsis respirando en nuestros cuellos, *de nuevo*, solo tú y yo para resolverlo todo, *de nuevo*, sólo que yo estoy recién salido del alambre esta vez, so hijode...qué estás mirando?".

El brazo del Sr. Keightlinger se está levantando, señalando más allá del Sr. Charlock, más allá de la baranda hacia la sibilante oscuridad donde el fulgor de la luz capta figuras, seis de ellas suspendidas inmóviles, con los brazos extendidos, una espada, un bastón con un halcón tallado en su extremo, una chaqueta roja y marrón, kimonos extendidos a medio aleteo. "Eso es", dice el Sr. Charlock, pasando pesadamente por el largo y bajo sofá, "tú", más allá del cuerpo de Michael y Botella John, "eso es lo que tú, eso", al otro lado del porche, hasta la barandilla, "tú, tú dejas que la Prometida del Rey Retornado, la dejas *saltar* al maldito *vacío*", Él levanta sus manos en el aire. "Bueno, demonios", girando, dando vueltas alrededor del Sr. Keightlinger, "también podríamos marchar por la puerta principal ahora mismo, porque esa cosa que hay arriba tiene poca piedad comparada con la que tendrá Leir", se detiene en seco, mira más allá del Sr. Keightlinger hacia la pared de madera desnuda junto a la puerta baja y ancha.

"¿Qué?", dice el Sr. Keightlinger.

"¿No estaba esa pared cubierta de viejas fotografías y mierdas?".

Un extremo del sofá se derrumba en una nube de polvo. Un tintineo de metal, un latigazo de cable suelto, una radio negra y plateada cae al suelo, abriendo una cáscara de plástico vacía mientras un traqueteo hace eco alrededor de las cuerdas blancas de luz estirada, tensa de repente, cae al suelo y todo se oscurece con estallidos y chispas. El señor Charlock se desliza hacia el cuerpo de Botella John y lo empuja con el pie descalzo. El techo de chapa sobre ellos tiembla. El Sr. Keightlinger abre sus gafas de sol y se las pone, mira a su alrededor, luego, con largos y pesados pasos a lo largo del sofá, se acerca al Sr. Charlock y caen al suelo cuando uno de los postes del porche estalla en un lluvia de astillas, rebotando y con un chirrido de metal desgarrado. Se oye un sonido.

Montando la cresta de ese choque ondulante, Jasmine entra precipitadamente en la habitación tratando de ponerse de pie mientras cae al sofá, gira y logra atrapar a Lauren antes de que la chica aterrice de cabeza. Jo e Ysabel chocan con el sofá una al lado de la otra. Los brazos de Jo levantan la espada que aún sostenía en sus manos. Los pies de Jessie rozan la barandilla, el Duque la busca girando, rozando el suelo, girando los brazos, deja caer el bastón que vuela suelto bajo la base del sofá cuando los molinetes de Jessie terminan en una nube de mechones de pelo. Un traqueteo de tablas que caen. Graves sonidos desgarradores de metal retorcido. Aparece y chisporrotea aquí y allá cuando las bombillas explotan en una lluvia torrencial.

En la oscuridad, gimiendo, el Sr. Keightlinger se mueve y se levanta

cepillando astillas que caen al suelo. Extiende la mano, ayuda al Sr. Charlock a ponerse de pie mientras el Duque se sienta bruscamente y dice "Oh, hey", secándose la lluvia de su rostro. El Sr. Keightlinger se dirige cuidadosamente hacia la puerta, pero el Sr. Charlock le agarra del brazo. "Sus hombros", dice el Sr. Charlock. "¡Cógele por los malditos hombros!", señalando a Botella John. Jessie gime cuando Ysabel la impulsa hacia arriba y hacia sí misma y Jo está luchando para salir de los escombros con la espada aún en las manos. "Vale", dice el Duque. "El ángel. Déjame verlo".

"¡No era un maldito ángel!", le dice bruscamente al Sr. Charlock mientras retrocede fuera de la habitación, con los pies de Botella John bajo los brazos.

"¿Michael?", dice Lauren. "¿Estás ahí? ¿Michael?".

"¿Sinjin?", dice Jasmine.

"¿Quién demonios sois vosotros?", dice Jo girando sobre el sofá, escupiendo plumas blancas de la boca. En la puerta baja y ancha, el señor Keightlinger y el señor Charlock hacen una pausa, Botella John con su traje gris colgando entre ellos. "Nadie", dice el Sr. Charlock. "Eso se ha ido, ¿de acuerdo?", echa un vistazo al porche en ruinas, la lluvia cae, los árboles fuera son negros ante el cielo negro rojizo. "Si no, no estarías aquí".

"¿Dónde?", dice Jasmine, de pie, mirando alrededor de la habitación, "¿está Michael San Juan Lago?".

El Sr. Charlock encorvado con esa bata blanca mira al Sr.

Keightlinger, quien se encoge de hombros. El Sr. Charlock abre la boca para decir algo, pero niega con la cabeza. "Señora", dice, "no tengo tiempo".

Y Lauren comienza a llorar.



El coche es de color pardo con una franja negra en el costado. Se acerca a la acera frente al edificio de apartamentos. Tras el cristal, un vestíbulo con luces intensas, imponentes bloques de casilleros de correo. La puerta del conductor se abre y Jessie sale con la gorra de chófer sobre su largo cabello rubio, su camiseta y sus pantalones de chándal, sus pies descalzos. Antes de que pueda echar mano para levantar el asiento, Jo está saliendo despacio, envuelta en un kimono morado y negro, con su espada en una mano. Jessie da un paso atrás y deja salir a Jo, luego extiende una mano para que Ysabel salga, con un kimono rosa, verde y amarillo envuelto alrededor de una chaqueta a rayas rojas y marrones, plumas blancas todavía atrapadas en su largo cabello negro, débilmente húmedo. Ella sonrío a Jessie y besa ligeramente sus nudillos y luego su boca.

"Hey", dice Jo apoyándose contra la puerta del pasajero. El Duque baja la ventanilla. "¿Estás segura de que no puedo convencerte?", dice él.

"Nah", dice ella mirando hacia las ventanas que se elevan sobre ella. Cierra los ojos contra la neblina. "Necesitamos, necesito un lugar estable. Seguro. Después de todo esto".

"Llámame", dice el Duque.

Jo se gira, se inclina hacia la ventana abierta. "Tengo que conseguir un teléfono nuevo", dice ella. "Dejé el viejo en el bolsillo de unos pantalones que nunca había visto antes".

"Mira en el abrigo que lleva Ysabel", dice el Duque. "Lo vi en el sofá, en esa casa. Mientras tú llevabas una manta".

Jo mira su espada, sus zapatillas diferentes. "Joder, esto se está poniendo espeluznante", murmura.

"Llámame", dice el Duque.

"Claro", dice Jo, "si la factura del teléfono del limbo no me arruina", él se inclina un poco hacia arriba y ella se inclina hacia abajo y le besa y luego le besa de nuevo.

"Te lo agradecí", dice él con una sonrisa en su rostro. "Te debo un favor. Ese es un lugar peligroso para ti", Jo se endereza mirándolo. El sigue sonriendo. "Me gusta tu pelo así", dice.

"¿Qué?", dice Jo, pero él está levantando la ventanilla, Jessie sube al coche, el motor gruñe. Ysabel está a su lado. "Salgamos fuera de la lluvia", le dice ella.

Jo pulsa el botón del ascensor. "Entonces. Él está, bueno. Está muerto, eh".

"Creo que", dice Ysabel, "resultará que llevaba muerto hace tiempo. Y la casa de té nunca fue construida. O nunca fue tan hermosa como era. Y estalló en una tormenta. Y todos lo olvidaremos".

"¿Olvidaremos?", dice Jo.

"¿Recuerdas tus sueños?", dice Ysabel tomando la mano de Jo entre las suyas.

"¿A veces? Ysabel".

"Pues lo mismo, entonces", dice Ysabel acercando Jo hacia sí.

"Ysabel, yo".

"Sólo abrázame, Jo", dice Ysabel. "Por favor. Sólo abrázame".

Con la espada todavía en una mano, Jo rodea con sus brazos a Ysabel e Ysabel los junta, con fuerza, esos kimonos ricamente chocantes se pliegan el uno sobre el otro, la cara de Ysabel enterrada en el hombro de Jo, Jo apoya la cabeza en la de Ysabel con los ojos cerrados. y luego, después de un momento, el ascensor detrás de ellas suena suavemente.

N° 13: Cambiante

una hermosa guitarra, y Extravagante

Es una hermosa guitarra, y extravagante, con una segunda caja de resonancia como el cuello de un cisne lanzándose sobre un mástil de trastes con otras diez cuerdas o así, y la mano derecha del pelirrojo asciende para sacar brillantes tonos de ellas y puntuar el festivo tumulto martilleado y arrancado con sus manos izquierda y derecha, notas intensas y claras mientras repiques de campanas suenan saliendo de los pequeños altavoces negros en los soportes a cada lado. Tinta verde fluorescente en un negro tablero acristalado a sus pies dice «Música en Directo Cada Noche Los Estilos de Guitarpa de John Wharfinger». A su lado, el globo de una copa con un puñado de calderilla y algunos dormidos billetes de dólar. Una mujer vestida de negro; delantal negro a la cintura, bandeja cargada por encima de la cabeza, un plato de pasta, un par de hamburguesas, pescado. Ella se exprime entre mesas llena de risas estridentes, una de ellas leyendo algo del teléfono en la palma de su mano. El pelirrojo persigue la melodía por el mástil de trastes, tocando y repicando hasta que de pronto, irrevocablemente, termina y las manos ascienden, cabeza hacia abajo, un largo mechón de cabello cuelga sobre la guitarpa. La mesa frente a él todavía está riendo. Una discontinua vibración de aplausos aquí, allá, por el fondo. Sus manos se posan de nuevo en la guitarpa, su mano izquierda doblada alrededor del cuello, su mano derecha flotando sobre la caja de resonancia, moviendo los dedos. Toca un acorde y otro, dejándolo sonar, luego un tercero, y alguien junto a la barra deja caer una bandeja de vasos con un estrépito de cristales rotos. La sala estalla en aplausos, vitores y risas.

Más tarde, mientras él envuelve la guitarra en un estuche de cuero marrón claro, una mujer arrastra una silla a su lado. Se sienta pesadamente en ella, su volumen envuelto en un enorme abrigo

negro, un pequeño sombrero de ala gris en un alegre ángulo sobre su cabeza. "¿Nuevo curro?", dice ella.

"Me tiene en", dice operando cuidadosamente un extremo del estuche alrededor del arpa, "posición desfavorable".

"¿En serio?" dice ella. "Pensé que todos me conocían". Él comienza a cerrar el estuche alrededor de la elaborada forma de la guitarra. "Anne Thorpe", dice ella, "¿Que escribe para Anodyne? ¿Entre otras?", y la cremallera se detiene por un momento. "Has tenido que oír hablar *de mí*", dice ella.

"No tengo nada que decir", dice él cerrando la cremallera y asegurando un par de tiras de velcro.

"¿Ni siquiera hola, cómo te va? ¿Por supuesto que voy a dejar que me invites a una copa?"

Él coloca el estuche a un lado del taburete, frunciendo el ceño.

"Eso significa que yo te invitaría a una copa", dice ella. "Porque tú serías el que diría, por supuesto que voy a dejar... bueno. No es gratis, tenlo en cuenta. Esto es estricto *quid pro quo*".

"Pero yo no tengo nada que ofrecer a cambio", dice encogiéndose de hombros.

"No quiero un artículo", dice ella, "si eso es lo que te preocupa. Todavía no estoy cerca de un artículo. Es que tengo que saberlo, ¿sabes?"

Se encoge de hombros otra vez.

"Vosotros", dice ella y pone los ojos en blanco. "Hacéis un concierto en el Acme como hace un mes y de repente es lo único de lo que todo el mundo puede hablar, este álbum que todos vosotros vais a hacer y del que nadie ha escuchado nada. Comenzáis a acumular conciertos de alto perfil a un ritmo que nunca he visto antes en esta ciudad, todo por buena voluntad y por el boca a boca, hasta que ¡Bam!", se da una palmada en una rodilla drapeada de

negro y el sombrero se le cae de la cabeza con la fuerza. "Tres conciertos, los últimos diez días más o menos. Nocturno, El Bosque, La Luna". Se vuelve a colocar el sombrero en la cabeza, con el pelo oscuro corto y recogido, gris y blanco. "No os presentáis en ninguno de los tres, no se devuelven las llamadas de nadie, no se reciben correos electrónicos de nadie, y aquí apareces tú tocando en un pub de cerveza en Powell. Y Deke", señala rápidamente con un pulgar hacia la barra detrás de ella, con cuidado de su sombrero, "no tiene ni idea de que tiene al violinista de Piedra y Sal dando la serenata en su hora punta de la cena".

"Multi-instrumentista", dice él mirando el estuche a sus pies.

"¿Qué?"

"No solo toco el violín".

Ella se reclina en la silla y mira al camarero que limpia una de las últimas mesas. Mira al pelirrojo de nuevo. "¿Qué demonios pasó, hombre? Tienes algo que decir, ¿no?, y vale la pena al menos un par de chupitos de Macallan, ¿sabes?"

"Redbreast", dice John Wharfinger con una sonrisa irónica.

"¿Qué?"

"Es Redbreast a lo que me invitarías", dice, "pero te lo diré gratis. A veces, estas cosas... simplemente no funcionan". Se pone de pie, ajustando con un tirón su largo abrigo verde. "No", dice ella, "no lo hagas, no me despaches así. No me envíes de vuelta a la lluvia sin nada más que una miserable línea como esa".

"¿Qué quieres de mí?", dice John Wharfinger sacando el dinero del vaso. "Es noviembre".

"¡Te has cortado el pelo!" / Botella John / ¿Quiénes eran esos chicos? / la lluvia debajo de ella / lo que hizo

"¡Te has cortado el pelo!", grita el Duque mientras abre su puerta blanca.

"Bueno, sí", dice Jo de pie y de la mano de Ysabel. Jo con una chaqueta de cuero negro, Ysabel con una parka blanca corta forrada con un grueso pelaje blanco. El pelo de Jo es muy corto y está teñido de un profundo vino tinto.

"¿Vuestros abrigos?", dice el Duque. Desde el oscuro pasillo tras él, un estallido de música, alguien cantando «al despertar por la noche siempre igual, te llamo por tu nombre, pero duermes y ¡el amor es la luz en tu rostro!»

"¿Por qué no vas a buscar a Jessie?", le dice Jo a Ysabel soltando su mano.

"Como desees", dice Ysabel saliendo de su parka.

"Ja", dice el Duque observando a Ysabel encaminarse por el pasillo, su vestido de punto gris es bastante corto y ajustado, sus calcetas a la altura del muslo a juego.

"Sí", dice Jo quitándose la chaqueta. "Está preparada para la acción".

"Es todo un look", dice el Duque volviéndose, "Guao". Jo lleva un vestido rojo brillante sin tirantes, también bastante corto sobre unos leotardos negros. "Estás, ah", dice el Duque. "Llevas lapiz de labios".

"Supuse que la función ducal significaba formal", dice Jo. "Ysabel eligió el vestido".

"Bueno, hay formal", dice el Duque, "y hay, bueno". Mira sus holgados pantalones de pijama con diseños de espirales púrpuras, marrones y verdes, y un par de muy puntiagudas zapatillas persas y una camisa de seda del color de una innombrable cosecha. "Vamos. Déjame prepararte una copa". Jo se dirige por el pasillo y él la sigue con los abrigos sobre un brazo. "¿Te he mencionado que me gustan tus hombros?", dice él. "Porque me gustan tus hombros". Jo está sonriendo.

La gran sala iluminada por hileras de tenues lámparas de techo con pantalla roja y el parpadeo de la luz de antorcha exterior a través de las ventanas altas y estrechas, «y todos los juegos viciosos que jugamos», cantan la voz de una mujer por los altavoces aquí y allá, «no significan nada para mí, lo único que conozco es tu tacto y la forma en que debería ser el amor». Una barra improvisada, copas de vino, vasos y botellas de juegos diferentes se extienden sobre la longitud de un par de mesas plegables y algunos cajones, un chico con chaqueta de cuero marrón y enormes auriculares pone un nuevo disco, gente bailando, hablando aquí y allá por encima del sonido de la música, riendo, callando, volviéndose para mirar a Ysabel marchar por la sala hacia la esquina de las ventanas donde tres hombres se ríen de algo que ha dicho Jessie, su cabello amarillo recogido en una melena. Cuando su sonrisa se desvanece y Jessie mira más allá de ellos con ojos brillantes, ellos se giran, los tres, se inclinan profundamente, retroceden, e Ysabel se detiene para tomar las manos de Jessie entre las suyas, sonriendo a su vestido, una caída de lentejuelas en dorados y marrones envueltos en cada hombro, atados a sus caderas con cintas marrones. "¿Para mí?", dice Ysabel.

"¿Ves a alguien más?", dice Jessie.

"¿Puedo tomar...?", dice Jo, "¿otro de...?", gira el vaso en la mano, "eh, ¿lo que sea que era esto?" El camarero observa las rayas rojas que se aferran al hielo derretido. "Estáis bebiendo con Su Gracia", dice. "Un Negroni". Su cara es carnosa, su cabello rojo ladrillo cae de la cima de un sombrero alto. Pone hielo en un vaso alto y recto y vierte ginebra y vermut oscuro. "Sois el Gallowglas", le dice. La música es un remolino de cuerdas sobre percusiones ruidosas. "Sí", dice Jo.

"No fue nada personal", dice mientras vierte el grueso Campari rojo.

"¿Qué?"

"¡Nada personal!", grita salpicando un par de gotas de grosella. Agita la bebida con una larga coctelera de oro. "Solo quería que lo supierais".

"¿Qué es lo que no fue personal?", dice Jo.

"¡Cuando os perseguimos!", le dice colando la bebida en un vaso con hielo fresco. "No pensé que os importaría".

"¡Hostia!" dice Jo. "¡Tú eres ese, ese tipo! ¡Eras uno de aquellos tipos!"

"El Estribo", dice exprimiendo un trozo de cáscara de naranja sobre su bebida, dejándola caer.

"¿El Estribo?"

"¡Gaveston!", le entrega el vaso.

"Bueno", dice ella alzándolo, "¡encantada de conocerte, Gaveston!"

En el borde de la pista de baile, una contra la otra y riéndose, Ysabel se sube uno de sus largos largos calcetines y Jessie se limpia el cabello húmedo y sudoroso de la cara y "Oh", dice Ysabel, alisándose el vestido, "¿de dónde has sacaste eso?" Encerrado entre ellas en la mano de Jessie, un frasco de vidrio no más grande que un dedo meñique, dentro una esbelta hebra de polvo dorado.

"Leo dijo que te gustaría", dice Jasmine.

"Qué generoso de su parte", murmura Ysabel bajo el ritmo palpitante. «Algún día nena», canta una vieja voz grave, «no me darás problemas, nunca más». Ysabel roza el vial y los dedos de Jessie. "¿Alguna vez has jugado con esto antes?"

"Es", dice Jessie, "hace cosas diferentes, cada vez".

"Yo creo", dice Ysabel, "Lluvia", dice arrancando el vial de su mano, "que ambas sabemos lo que nos hará esta noche", y Jessie sonrío e Ysabel se ríe. "Ve a buscar vodka para nosotras. Genial".

Jessie se inclina y besa a Ysabel. "Yo debería", dice ella, y "mi", y luego, "es Jessie. Mi nombre es Jessie. No Lluvia".

El frasco en una mano, una mano sobre la cadera de Jessie, Ysabel cierra los ojos y besa a Jessie. "De acuerdo", dice ella. "Jessie. Ve a por el vodka".

"Sé que he visto al chico antes", dice Jo. Está sentada en el amplio brazo plano de la silla del Duque. «Lo pasé bien, me golpearon bastante bien», recita el rap por encima de la guitarra.

"¿Quién, el que robó el abrigo de Ysabel?", dice el Duque recogiendo su bebida de la mesita de latón ante ellos. «Tenía algo bueno en marcha, tenía más de lo que dabas, maldita sea, ahora, te lo concedo, chica, tienes juego».

"No, el otro. Estoy bastante segura".

"Eso fue extraño, lo del abrigo".

"¿No indagaste?", Jo dreña su vaso y se inclina para ponerlo sobre la mesa. "¿No preguntaste a nadie quiénes eran o qué estaban haciendo?"

"¿Lo hiciste tú?"

"Tú eres el que tiene gente", dice Jo. El Duque se ríe. Ella estira el brazo para agarrarle la mano antes de que él pueda levantar su vaso para otro sorbo, y el hielo enrojecido tintinea. "Podrían haber jodido las cosas en serio", dice ella. "Podrían haber hecho que muriera gente".

"Ellos jodieron las cosas", dice el Duque. Libera suavemente su

vaso. "Hicieron que muriera gente".

"Bueno...", dice Jo, "sí. Pero..." Vitores y ruido de aplausos en la pista de baile.

"Son gente contratada", dice el Duque, y drena el resto de su bebida. "Esos dos, al menos. Trabajan para un tipo que opera en una especie de consultoría para varios promotores del centro. Para Pinabel", y él mira a Jo inclinada sobre él, toma su mano en la suya, "el Mango del Hacha y yo, es decir, no el propio Sabueso, hemos estado tratando de hacer que este tipo se vuelva exclusivo". Él besa la mano de Jo, luego se mueve recostándose contra el otro brazo de la silla. "Suma total de lo que sé. ¿El otro hombre, su amigo? ¿El primero? Un misterio absoluto".

"Él iba tras Leir. Pensaba que lo estábamos escondiendo o algo así".

"¿Leir?", dice el Duque frunciendo el ceño. "Ese es el consultor".

"Dijo que era un hechicero".

"Mago, hechicero...", dice el Duque. "Como siempre, sé incluso menos de lo que pensaba". Haciendo una mueca, se pone de pie y se frota el muslo. "Deja que refresque estas copas y cuando regrese hablaremos de otras cosas". Cojea hacia la barra. La música, un punteo contundente ahora apuñalado por cuernos sintetizados. "Dos más", avisa a el Estribo y gira apoyado en la barra mirando hacia la pista de baile, hacia todas las personas aquí y allá que se mueven y hablan y se ríen y bailan, hacia todo el camino de regreso hasta la silla junto a la mesita de latón, y hacia Jo posada al fondo de esta, devolviéndole la sonrisa.

Él se gira hacia la barra donde el Estribo está agitando cócteles, echa mano al bolsillo de sus pantalones de pijama y saca una pequeña caja de latón salpicada de flores esmaltadas en rosa y dorado. «Polvo Sozodont», pone en la tapa, «Para Limpieza Dental». La abre con el pulgar. Dentro hay un pellizco de polvo dorado que apenas brilla en la tenue luz roja.

"¿Qué estás...?", dice Jessie riendo, "¿qué haces?", mientras Ysabel la lleva a una silla junto a las ventanas. "Siéntate", dice Ysabel besándola. "Siéntate.", dice empujándola hacia la silla. "¡Ysabel!", grita Jessie, con las manos saltando para reubicarse el vestido en el regazo, sobre los senos. Ysabel mueve las caderas, bajando al ritmo de la música, «dans les mouvements d'épaules», canta una voz fuerte y risueña, «un plat comme un hiéroglyphe Inca de l'opéra!» Ella se inclina doblando la cintura y pasa las manos por los muslos de Jessie hacia abajo de nuevo, luego se endereza y gira y sube un pie, plantándolo en la silla entre las rodillas desnudas de Jessie. "Quítalo", dice ella, y Jessie toma el pie de Ysabel en sus manos y suelta el nudo de los cordones y abre y retira la bota gris. Ysabel gira de nuevo y planta su otro pie y Jessie le quita la otra bota, e Ysabel, con las manos agarradas al respaldo de la silla a ambos lados de la cabeza de Jessie, se levanta sobre Jessie, contra Jessie, dejando que su cuerpo se deslice hacia abajo y abajo a lo largo del cuerpo de Jessie hasta que acaba arrodillada en el suelo ante ella, el vestido arrugado sobre sus caderas, y un hombre con un esmoquin silba y aplaude. Subiendo y girando, Ysabel tira de su vestido hacia abajo sonriendo a un hombre con un traje Nudie color melocotón moteado con diamantes de imitación. Ella se sienta de lado en el regazo de Jessie, levanta una pierna y luego va pelando el calcetín gris largo largo del muslo, por encima de su rodilla, lo va enrollando, dobla su pierna al llegar a la pantorrilla, moviendo sobre el tobillo el grueso calcetín durante un incómodo momento, con la cara impasible, con una boca de ligera diversión mientras Jessie la observa y ríe, y un hombre grande, sin camisa, frunce el ceño sobre el hombro de una mujer con un vestido largo y diáfano de color incierto. "¿Y bien?", le dice Ysabel a Jessie, dejando que su calcetín vacío cuelgue de su mano. "¿Cómo lo he hecho?"

"No está mal", dice Jessie. "Más o menos un baile de cuarenta dólares".

"¡Cuarenta!", grita Ysabel dejando caer el calcetín. "¿Por cinco minutos de trabajo?"

"Tienes que dividir tu propina con la casa", dice Jessie, "pero te podría dar un extra, ¿sabes? ¿Por un poquito de esto y lo otro?"

"¿Y cuál debería ser mi nombre?", dice Ysabel levantando su pierna todavía con el calcetín, pasando las manos por ella. "¿Princesa? ¿O es demasiado cliché?"

"Milady", dice un hombre saliendo de la pequeña multitud que los rodea, e Ysabel niega con la cabeza. "¡Dios mío, no!" dice ella. "¡Cliché y genérico!"

"Milady, por favor". Sus hombros anchos bajo una ajustada camiseta marrón, su cabello una gorra negra oscura. Él le ofrece una mano, sus dedos gruesos y rechonchos, una correa de cuero atada flojamente alrededor de su muñeca. "Luys", dice Jessie, y "¡Oh, el Masón!", grita Ysabel. "*Sabía* que me erais familiar".

"El Duque tiene muchas habitaciones, señora", dice. "¿Quizás ambas deseen retirarse a una?"

"¿Eh?", dice Ysabel recostándose sobre Jessie, mirando fijamente a través de la habitación hacia el Duque y Jo, balanceándose juntos demasiado lento para el ritmo. "A Su Gracia no parece importarle".

"Milady", dice el Masón de nuevo. "¡Déjalas en paz!", grita alguien de la multitud y "¡Adelante!" y "¡Quítatelo!" El Masón se da la vuelta para mirarlos a todos y les dice: "Vayan, vayan a beber, vayan a bailar. Disfruten de la fiesta".

"Creo que", dice Ysabel en voz alta a Jessie, "*él* piensa que perder el tiempo con la meretriz del Duque está por debajo de mí. ¿Estás por debajo de mí, Lluvia?", dice mirándola a ella. "Bueno, yo estoy en tu regazo. ¿Preferirías que yo estuviera debajo de ella?", le dice Ysabel a el Masón. "Somos bastante flexibles".

"Quizá, el Masón", dice el hombre del traje color melocotón, "deberíais ir a tomaros una copa".

"El Proveedor", dice el Masón. "¿Objetáis?"

El hombre del traje color melocotón con un brillo de pedrería barre un brazo para abarcar a la pequeña multitud. "Ninguno de nosotros pelearía con una cancelación, el Masón. Sí". Se mueve con

los brazos en jarras. "Si me decís que estas mujeres deberían retirarse, entonces sí. Objetaría. Directamente".

"Entonces lo haré y pediré acero", dice el Masón, y El Proveedor sonríe. "¡Hojas!" grita el Masón girando y pasando a empujones a través de la multitud, el Proveedor se desabrocha la chaqueta mientras lo sigue. "¡Voy a jugar con este caballero!"

"Vamos", le dice Ysabel a Jessie agarrando su mano. "Vámonos.", saliendo de su regazo. Jessie niega con la cabeza tratando de retirar su mano, "¿Qué?", dice Jessie y "No, espera... para...", mientras Ysabel toma su rostro con ambas manos y la besa con fuerza. Apoyando su frente contra la de Jessie, murmura: "Si tus dedos no están dentro de mí en un minuto explotaré".

"Oh", dice Jessie.

"Mierda", dice el Duque mientras el Masón marcha hacia el centro de la pista de baile seguido por el Proveedor, con la chaqueta colgada al hombro desnudo. "¡Hojas, Su Gracia!", grita el Masón, y "¡Pandulce!", grita el Duque. "¡Atiende al hombre!" El chico de la chaqueta de cuero marrón en el tocadiscos levanta la vista, mira hacia arriba, se inclina y levanta un largo bulto envuelto en un paño rojo oscuro. "Vamos", le dice el Duque a Jo.

"¿Qué?", dice Jo balanceando una pequeña bebida a medio terminar en su mano. El Duque toma su otra mano y la arrastra hacia él, hacia una anónima puerta al final de la habitación, hasta que ella planta sus pies y tira hacia atrás. Él se acerca a ella y la besa y le dice: "Te voy a sacar del maldito campo".

"¿Sacar?", dice Jo.

"Para que un fatal paso en falso no me haga perder otro caballero", dice él. Ella se inclina hacia atrás negando con la cabeza, "Yo no haría tal...", comienza a decir ella y sonriendo él dice: "Quiero decir que también vamos a follar hasta que nos reviente el cerebro. Bien podríamos matar dos pájaros mientras estamos colocados, ¿no?"



"Gloriosky", dice el Duque soplando la palabra como una vela.

"Def...", dice Jo. "Definitivamente".

Y después de un momento, él rueda fuera de ella, arrastrando la sábana de color marrón oscuro, Jo no trata de tirar de la sábana hacia atrás, tiene los brazos a los lados y las rodillas levantadas sobre el colchón. Él tira de algo, estira la mano debajo de la sábana, un condón rosado y grávido cuelga de sus dedos. Lo deja cuidadosamente sobre un platillo en el suelo junto a la amplia y baja cama en medio de esa habitación oscura, iluminada solo por bajas lámparas blancas a cada lado. "Por ti", dice con voz áspera, "me he apretado los machos".

"Valió la pena", dice Jo acariciando el tatuaje angular de su vientre.

"No he terminado todavía", dice volviendo a enrollar la sábana sobre él, besándola y besándola de nuevo, en su mano, en su barbilla, su garganta, su pecho, enredado momentáneamente con su mano sobre su vientre, y hacia abajo y otra vez y abajo, entre sus muslos y ella aspira una bocanada de aire alrededor de su beso y niega con la cabeza, "No", dice ella. "Está bien, no tienes que...", y "Sí", está diciendo él y "debo", y ella se muerde el labio y mira hacia otro lado, y él besa su cuello y luego "Oh", dice ella y "Ahí, justo ahí"

Desnudo, se sienta a un lado de la amplia cama baja contra un montón de almohadas, rojas y marrones. Al otro lado de la cama envuelta en la sábana, ella está acurrucada de lado, de espaldas a él. "Si lo piensas", dice él, y "*Estoy pensando en ello*", dice ella. "*Tengo que pensar en ello*".

"Si lo piensas", dice. "Tiene más sentido". Él se reclina, observa su cabello vino tinto ante esos marrones oscuros, y le roza el hombro desnudo con la punta de los dedos. Ella toma su mano entre las

suyas y la aprieta. "El sentido ni siquiera figura", dice ella. "Apenas te conozco. Acabo de acostarme contigo. Justo ahora". Ella le suelta la mano. "Me estás pidiendo que me mude contigo".

"No es tanto pedir como sugerir", dice el Duque, "y tampoco es que fuera, quiero decir, tendrías tu propia suite. Tu propio apartamento, prácticamente. Es un espacio flexible. Mejor de todos modos, por el bien de las apariencias".

"Seguro", dice Jo apoyándose en un codo para recoger su vaso del suelo junto a sus medias y su enmarañado vestido rojo. "No puedes vivir con tu amante cuando te vas a casar con una Princesa". Ella drena el último trago. El hielo en él largo tiempo derretido.

"No", dice el Duque, y luego, "vale, sí, pero la Reina se disgustará sin importar lo que se haga. Aún así, deberíamos esforzarnos por darle la menor cantidad de argumentos legítimos para poder defenderse. Si es un acuerdo abierto, con una compensación justa, mucho mejor que si pareciera que estoy en deuda contigo o poniéndote a tí en deuda conmigo".

Jo rueda sobre su espalda. "¿Esto trata de lo peligroso que es que le debas algo a alguien?". Posa el vaso sobre el vientre.

"Se trata principalmente de que pronto serás desalojada", dice el Duque.

"Dijiste que podías arreglar eso". El fondo de ese cristal veteadado está rayado con un enrojecimiento pegajoso que reluce extrañamente a la intensa y brillante luz de la lámpara.

"Dije que tendría unas palabras", dice el Duque.

"¿Y?" Inclinando su vaso, ella mira esas cosas y las toca con un dedo.

"No soy tan persuasivo como podría haber sido si vivieras a este lado del río".

"¿No puedes simplemente...?", dice Jo mirando la punta de su

dedo rojizo a la luz.

"¿Simplemente?", dice el Duque. "¿Qué? ¿Jo? ¿Qué?"

Allí, en las espirales, hay granitos de polvo bastante dorados en todo ese rojo. "Sabes", dice ella, "sé lo que hace esto cuando estás herido y sé que si un grupo de vosotros lo sostiene y canta, ilumina un maldito bloque entero de apartamentos. Lo que *no sé* es lo que sucede cuando lo pones en la bebida de alguien". Se frota la yema del dedo contra el pulgar, junta los dedos y cierra la mano en un puño. "¿Y bien?"

"Jo", dice el Duque, "solo, espera un..."

"No, Leo. Dime". Mirándolo ahora a los ojos. "¿Qué demonios haría?"



Las puertas del ascensor se abren y Jo sale como un basilisco con su chaqueta de cuero negro, sus piernas desnudas debajo de su corto vestido rojo brillante. Ysabel avanza tras ella con su parka blanca y su rebeca y su vestido gris sólo un poco abotonado, sus largos calcetines enrollados debajo de las rodillas. "Espera", dice Ysabel, "no tan rápido", tirando de la mano de Jo hasta que Jo se detiene repentinamente, gruñendo cuando Ysabel se encuentra con ella y la agarra por los hombros. Ysabel se aferra a las solapas de Jo. "Sólo un, sólo un minuto", dice ella.

"Vamos", dice Jo. "Ya casi estamos en casa".

"Ni un solo paso. No. No hasta que...". Ysabel se echa hacia atrás, arregla y alisa la chaqueta de Jo. "Estaba caliente. Estaba cómoda. Estaba acurrucada con quien quería acurrucarme por primera vez desde hace...", y ella frunce el ceño, mordiéndose el labio, "un rato, y vas y entras y me sacas a rastras sin una palabra, y no voy a dar un paso más hasta que me lo digas. ¿Por qué?"

"Estás borracha", dice Jo.

"Eso también", dice Ysabel con una amplia sonrisa.

"Necesitas un baño".

"Oh, y estrellas por encima de uno tan largo y tan caliente como pueda soportar".

"Pues vamos".

"No".

"¿Qué ha pasado con eso de", dice Jo, "como desees?"

"¿Por qué?", dice Ysabel, su sonrisa ahora más pequeña y tensa. "¿Qué fue? ¿El Duque? ¿Qué hizo?"

"Me drogó", dice Jo en voz baja y rápido, mirando esa horrible alfombra naranja.

"Él", dice Ysabel parpadeando, "¿qué?"

"Me drogó", dice Jo, "y luego me folló, y eso no es algo con lo que me guste quedarme, ¿vale?" Alejándose de Ysabel, saca un llavero de su chaqueta.

"Jo", dice Ysabel, "Jo, ¿fue eso lo que hizo?", mientras Jo abre la puerta, "mira, vamos a entrar, salimos de la ropa, puedes darte tú el primer baño, por favor, insisto, podemos hablar de eso o", mientras Jo abre la puerta, "podemos consultarlo con la almohada o lo que sea, por la mañana creo... ¿qué? ¿Jo? ¿Qué pasa?" Ysabel se para detrás de Jo, quien todavía está de pie en la puerta mirando el apartamento más allá. "¿Jo?"

El piso de la pequeña cocina del pasillo está lleno de hojas secas y fragmentos de vajilla y vidrio rotos. Las cortinas ondean en la sala principal, más allá, la mesa de café con tablero de vidrio yace volcada entre montones de ropa, camisetas, faldas, vestidos, más hojas muertas, trozos de calcetines colgando de una silla de hierro

forjado iluminada por una extraña luz azul. "¿Qué?", dice Ysabel, y Jo la hace callar alcanzando la mano. Algo susurra, algo que no son las cortinas, algo a la vuelta de la esquina. Pasando con cuidado por los escombros, Jo lleva a Ysabel lentamente a través de la pequeña cocina, por el pasillo. La puerta del baño tiene clavado un cuchillo y hay clavados un par de tenedores en la pared a la altura de las rodillas. Algo oscuro está manchado en la pared sobre la cabeza del futón. Más manchas oscuras en la pared a lo largo del futón, y postales y notas adhesivas y páginas de revistas arrancadas junto a la pared ensucian las mantas arrugadas, y todo ello iluminado por la luz azul que brilla desde el televisor de pantalla plana sintonizado en el canal auxiliar. Algo está debajo de las mantas, algo rueda, retoza, algo se sienta, es bajito y rechoncho, una gran cabeza. "¿Qué coño estás haciendo en mi apartamento", dice Jo.

"¿Mami?", chirría aquello alzando sus brazos rechonchos,
"¿Mami?", su voz se eleva, sus brazos tiemblan, oscilan, un chillido,
un lamento, "*¡Mami!*"

Empujando un Cortacésped apagado / un sonido / Coles y cigüeñas

Empujando un cortacésped apagado por el borde de un ondulado campo de hierba moribunda, un hombre mayor con un traje de tres piezas a rayas color carbón, desabrochado sobre un pecho desnudo hundido, su cabeza bastante calva, su piel oscura con mugre antigua. El único sonido es el susurro de la hierba y el chirrido de las ruedas del cortacésped. Más adelante, en la oscuridad, un callejón sin salida, una plataforma de hormigón que se desmorona bajo un amplio toldo plano de la estación de servicio, un gran cartel en la carretera cuyo panel intacto dice «Combustible Plumas». Un viejo sedán granate con cuatro neumáticos pinchados.

Deja de empujar el cortacésped, lo rodea, se acerca con rápidos pasos cortos a ese sedán, los brazos a ambos lados, sus manos laxas, su último paso es un repentino bote hasta ponerse de cuclillas junto al maletero. El granate del sedán está cubierto de óxido, naranjas, blancos y grises, moteado de musgo y líquenes, grises y verdes. Las ventanas son oscuras donde no están veteadas de verde y rojo negruzco. De espaldas a él, se desliza con cuidado, con los pies descalzos, curva los dedos, las uñas largas y de filo irregular haciendo clic distraídamente contra la grava. La manija de la puerta del pasajero está limpia y casi reluciente, pero él mira más allá del pomo de la cerradura de la puerta, visible a través del vidrio manchado. Levanta una mano para apartarse el cuello y tocar el torque plateado pulido que está sujeto a su nudoso cuello.

Mira esa cerradura.

La mira con los ojos muy abiertos, sobresaliendo bajo su ceja gruesa, su mandíbula, su cuello y sus hombros tiemblan, todo su cuerpo tiembla con un esfuerzo inmóvil. La mira hasta que, con un clic, la cerradura de la puerta salta al abrirse y él se agacha. No cae, mano sobre el hormigón, otra mano sobre la puerta. Se impulsa en el hormigón una vez y levanta una mano cerrada en el mango de una daga de muelle, la hoja ancha y rechoncha brota de sus dedos

curvados. Tira suave suave al abrir la puerta.

En el interior, los dos asientos delanteros están reclinados del todo. Hay un hombre dormido en el asiento del pasajero envuelto en una lona azul y una almohadilla de fieltro sobre un sucio abrigo azul. Hay una mujer en el asiento del conductor dormida de costado, desnuda, su piel es de un frío color blanco azulado, salvo por salpicaduras de un poco de barro seco en rayas de color beige que se escapan sobre el agrietado asiento de vinilo. Brilla alrededor de su cuello un pulido torque plateado.

El hombre del traje se lleva la daga a los labios, pero frunce el ceño antes de besar la punta de la hoja. Mira hacia abajo. Gruñe de sorpresa. Hay una mano alrededor de su tobillo, una manita pálida, nudillos ásperos y oscuros. La mano aprieta, jala, él empuja el pie hacia adelante, lo retuerce arañando el hormigón al tratar de soltarse, gimiendo, y luego chillando cuando emergen babeantes sonidos de mordisqueo y es agarrado y atraído centímetro a restregante centímetro hacia el vientre del sedán. "Cristo", dice el hombre en el asiento del pasajero, "maldito infierno, oh, joder", enredado en la lona y la gruesa almohadilla de fieltro. "Linessé", dice. "¡Linessé!" El sedán tiembla cuando la puerta del conductor se abre de golpe.

Plantando su pie libre sobre una llanta, el hombre del traje se empuja hacia afuera y, con un jadeo y un rugido de frustración, se libera rodando lejos del sedán, arrastrando un destrozado pie detrás de él, un desastre que brilla húmedo y retorcido. Con la pierna del pantalón hecha jirones, sostiene la daga hacia arriba y apuntando a la cosa que se arrastra bajo el sedán, un hombrecillo con manitas de ásperos nudillos, su sonrisa húmeda llena de los mismos dientes muy largos que atrapan la tenue luz cerca de ellos. "Os aconsejo", dice el hombre del traje con voz entrecortada por el dolor y el esfuerzo, "que contengáis vuestros avances", y el hombrecillo abre demasiado la boca alrededor de esos dientes y salta.

Con un sonido como el del hacha en el roble, el pálido pie desnudo de la mujer golpea la cabeza del hombrecillo y lo envía en el aire girando como una peonza sobre la base de hormigón. "Quédate quieto", le gruñe ella al hombre del traje, en su mano una

espada corta apuntándole, corta y ancha, una abollada guarda redonda y deslustrada suelta en la empuñadura. Ella camina hacia el hombrecillo, que ahora está sobre sus manos y rodillas, sacudiendo la cabeza, aturdido. "Cearb", le dice ella, "Te lo dije. Mantente alejado".

"Asesinos", jadea Cearb, "vienen en medio de la noche", tose, "¿y quién mantiene a salvo a el Gallowglas?"

"Querida Linessé", dice el hombre del traje, su voz tensa, "debéis estar agotada, emocionalmente, moralmente, por el esfuerzo de mantener esa cosa mortal con carne y bebida. En general, creo que es mejor pedir perdón que pedir permiso, pero si debo hacerlo, por favor, permitidme el señalado honor de sacaros de vuestra miseria. Por el bien de todos".

"Chazz", comienza a decir ella mirando atrás junto a su espada hacia el hombre del traje, y luego niega con la cabeza. "¡Frankie!", llama ella. "Frankie, sal del coche".

"¿Estáis segura?", dice el hombre todavía enredado en la lona azul en el asiento del pasajero del sedán.

"Frankie, pon el pie en el campo", dice ella y luego, mientras él sale del sedán, "caballeros, dentro de medio minuto tengo la intención de acostarme con mi espada. Si alguno de ustedes permanece al alcance, que así sea".

Cearb ya está saliendo de la base de hormigón. Chazz comienza a avanzar hacia su cortacésped. "¿Qué santa justicia he errado?", grita Cearb. "Calla", dice Linessé observando alejarse a ambos. Cearb grita, su voz se apaga en la noche, "En nuestra miseria, ¿por qué todavía debemos mirar hacia las estrellas? ¿A quién debo invocar, cuando mi reverencia es tan fácilmente desengañada?"

Chazz se está levantando sobre el cortacésped con el pie colgando, un desastre inútil. "Estaré un poco de tiempo", dice, "recuperándome de esta indignidad. Úsela con prudencia... como confío que yo podría usarla... considere cuidadosamente lo que ganaría al aceptar mi solicitud". Y se aleja saltando, apoyándose en

el cortacésped, las ruedas chirriando en la oscuridad.

"No puedes quedarte", le dice Linesse a Frankie, medio dentro y medio fuera del sedán, y ella comienza a alejarse, fuera de la base de hormigón, hacia el callejón sin salida, sus pies descalzos ignorantes a la grava .

"No puedo", dice Frankie, "no *quiero* quedarme, yo nunca...", girando, metiendo la lona y la almohadilla en un par de bolsas de compras en el suelo que dicen «Thriftway» y «La Venta de Joe». "Linesse, ¡oye, espera! ¿Un poco de ropa? ¿Tal vez? ¿Esta vez?", dice a media carrera cuando sale del sedán, las bolsas de compras en cada una las manos rebotan en sus piernas. "¡Linesse! ¿Quién era ese? ¿De qué coño iba todo eso?"

Ella se detiene y gira para mirarle, mira al sedán, a la gasolinera abandonada, al gran cartel roto. "Una vez", dice ella, "¿antes? Él fue el diablo".

"En serio", dice Frankie alcanzándola. "¿En serio?"



Hilos de humo suben del cigarrillo junto a la rodilla de Ysabel, dos centímetros de ceniza colgando del extremo. Está sentada en un lugar despejado en el suelo junto a las ventanas, con una sudadera de gran tamaño que dice «¡Brigadoon!». La ropa rota y desgarrada se ha agrupado en su mayoría ante el voluminoso armario de madera rubia en la esquina. La mesa de café con tablero de vidrio ahora está de pie. En la agitación de las mantas en el futón, Jo yace vestida con las ruinas de su vestido rojo, ojos cerrados y boca abierta en un suave ronquido. Sus mejillas cruzadas de arañazos, un moratón oscurece una sien. Acurrucado a su lado, un muchacho joven, tal vez de dos años, tal vez tres, envuelto en una toalla de Bob Esponja, su cabeza es un enredado matorral de rizos marrones. Un brazo corto dejado caer sobre el pecho de Jo. En su puño regordete, un jirón del vestido.

Ysabel suspira y sacude la ceniza en un platillo lleno de colillas a sus pies. "Ella duerme profundamente, ¿sabes?", dice ella y toma una última calada, luego apaga el cigarrillo. "Así que podemos hablar". De pie, se estira. "Asumiendo que puedas hacer algo más que chillar". Jo todavía ronca ligeramente. El jirón rojo todavía apretado en el puño del niño. "Nos has calado bastante bien", dice Ysabel frotándose la cara. Las paredes sobre el futón aún manchadas de algo oscuro y húmedo que ha sido restregado. "Pero está dormida ahora y ambos sabemos que yo sé que no eres lo que eres". La respiración de Jo se acelera, Jo gira la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro, y se acomoda en su ronquido. El pequeño puño en su pecho no se mueve.

"Vale", dice Ysabel.

Las luces fluorescentes cobran vida en la pequeña cocina del pasillo y, con cuidado de la caja de cartón llena de desperdicios barridos, Ysabel abre cajones, armarios. Los platos y utensilios traquetean. "Café", se dice a sí misma. Abre el refrigerador, lo cierra. Lo abre de nuevo. Abre el congelador.

Ella pone un brazado inestable de cosas sobre la mesa con tablero de vidrio, un tazón con un huevo, una taza de café medio llena de agua, una caja de fósforos, un par de cucharas, unas pinzas, una lata roja que dice «Café Hermanos Colinas» con el dibujo de un hombre con turbante y túnicas amarillas. Al patear la pila de ropa, aparece una pequeña vela roja arrugada. Ysabel se sienta en una de las finas sillas de hierro forjado con las manos flotando indecisamente sobre todas estas cosas.

Enciende la vela con una cerilla.

Saca el huevo del tazón y lo golpea tímidamente contra la mesa. Lo mira. Golpea de nuevo. Intenta golpear ligeramente la parte estrecha contra la mesa. "Mierda", dice levantando el huevo con la mano temblando y golpeando de nuevo. El huevo se rompe salpicando la yema y la albúmina y trozos de cáscara por todo el vaso, por su mano, por su sudadera. "Mierda", dice de nuevo.

Se vuelve a sentar con unas toallas de papel y dos huevos más y

limpia la clara y la cáscara del primero. Toma uno de los huevos y, sosteniéndolo con cuidado entre el pulgar y el índice, lo golpea suavemente contra el borde de la mesa, y de nuevo, un poco más fuerte. Se agrieta.

Lo sostiene con cautela sobre el tazón, observando la baba de clara que rezuma por el costado y lo abre, haciendo una mueca cuando se rompe y la yema se desploma. Lo agita para sacarlo todo, deja la mitad más pequeña y recoge las pinzas. Pinza con cuidado la mitad más larga y estrecha de la cáscara, luego echa un poco de agua de la taza de café en la cáscara y sostiene ésta sobre la llama de la vela. Cuando el agua comienza a burbujear, la vierte nuevamente en la taza de café. Recoge un poco más de la jarra, la sostiene sobre la llama de nuevo. Y otra vez a la taza. Una y otra vez.

"¿Qué estás haciendo?", dice una vocecilla aguda.

Ysabel sonríe observando el agua en la cáscara del huevo cuando comienza a burbujear. Lo vierte en la taza de café, recoge un poco más. "Estoy haciendo café para mamá". Ella lo mira sentado en el futón, sus grandes ojos parpadean, sus manitas en la cadera de Jo. "¿Quieres ser un niño grande y ayudar?"



"Hey". Ysabel se sienta en el futón junto a Jo, acariciando su arañada mejilla con el dorso de su mano. "Hey, despierta". Alisa las solapas del desgarrado vestido rojo. "Despierta, Jo".

"Tetas", dice el niño. Está de pie y desnudo sobre una silla de hierro forjado, usando las pinzas para sostener una cáscara de huevo llena de agua sobre la llama de la vela.

"¿Café listo ya?", dice Ysabel subiendo una manta por encima de los senos de Jo.

"¡Trabajo! ¡Problema!", dice el niño, vertiendo agua en la taza,

mirándola. "No maldita burbuja". Recogiendo más para sostenerlo sobre la llama.

"Venga, Jo", dice Ysabel y comienza a inclinarse, se detiene, luego prosigue sobre Jo cerrando los ojos y besando suavemente la mejilla. "Besucona besucona Mami besucona", se ríe el niño. "Despierta", dice Ysabel al oído de Jo, y Jo abre los ojos. "¿Ysabel?"

Ysabel se sienta.

"Todavía está aquí, ¿no?", dice Jo.

Ysabel asiente.

"Tengo un hijo", dice Jo.

"Yo no lo llamaría ..."

"¡Hecho!", grita el niño. El agua en la cáscara del huevo comienza a burbujear. Jo comienza a sentarse pero Ysabel la empuja suavemente hacia abajo, acostada a su lado, "Eso está ocupado", dice ella. "No pasa nada. Tú sólo..."

"Tráeme una camiseta", dice Jo luchando con las ruinas de su vestido.

"No pasa *nada*", dice Ysabel tratando de calmar las manos de Jo. "Necesitamos tomar un..."

"¿Quieres traerme una maldita camiseta?", dice Jo.

Ysabel se da la vuelta para arrastrarse por el futón y "¡Londres! ¡Francia! ¡Calzoncillos!", grita el niño.

"¿Qué?", dice Jo girando su vestido para alcanzar la cremallera. Está atorada. "Calla, pequeño troll". Separa la cremallera hasta que se suelta, luego sube los trapos rojos sobre la cabeza y se los quita. "Mami está desnuda, Mami está desnuda", canta el niño. "Cierra el pico", espeta Jo.

"No le sigas el juego a eso", dice Ysabel hurgando en la ropa amontonada alrededor de las cajas de madera rubia bajo la oscura televisión de pantalla plana. Una esquina de la pantalla ahora está llena de grietas, una línea torcida que sube hasta la parte superior. Ella huele una camiseta negra, la deja caer, huele otra, se la arroja a Jo.

"¿Qué coño está haciendo?", dice Jo, poniéndose la camiseta sobre la cabeza. Una chica de anime con los ojos muy abiertos y el cabello rosado al revés, rodeada de pedazos de armadura que se abren como un caparazón.

"Preparando café", dice Ysabel.

"A mamá le gusta el *estúpido* café", dice el niño. "Estúpido estúpido café".

"No está rompiendo nada". Ysabel retrocede el futón. "No está manchando de mierda y mocos todo el lugar. No te está sacando de quicio. Ni a mí. Tomemos lo que podamos conseguir". Jo está sacando un cigarrillo del paquete con unos golpecitos, luego le entrega el paquete a Ysabel. "Necesitamos averiguar cómo ha llegado aquí".

"¡Coles en el parche de apio!", grita el niño. "Una cigüeña puede entrar por la rendija de una ventana".

"Eso es obvio", dice Jo chasqueando una cerilla, encendiendo su cigarrillo. "El Duque". Agita el fósforo, le entrega la caja de fósforos a Ysabel, quien niega con la cabeza y toma la mano de Jo entre las suyas con el cigarrillo en la boca. Se inclina hacia adelante para encenderlo desde el ascua al final del de Jo. "¡Besucona besucona!", chilla el niño, y Jo frunce el ceño. Ysabel da una calada, niega con la cabeza, "Demasiado *raro*", dice ella. "El Duque prefiere su venganza cruda e inmediata, o muy, muy, muy *muy* bien hecha".

"¿Venganza?", dice Jo. "En primer lugar, si alguien tiene que cabrearse por esta situación, soy yo con él".

"Jo", dice Ysabel, "Traté de explicarlo, es..." y luego se detiene.

"No importa", dice ella. "Número dos".

"¿Número dos?"

"Dijiste en primer lugar". Ysabel se recuesta en el futón. "¿Asumí que tenías un segundo?", sopla humo hacia el techo.

"Sí", dice Jo. "Correcto". se acuesta junto a Ysabel. "Bueno. Tuvimos sexo".

"Eso deduje", dice Ysabel. "¡Lo estoy haciendo! ¡Lo estoy haciendo!", el niño arroja otra cáscara de huevo con agua burbujeante en la taza, recogiendo más.

"No esta noche", dice Jo. "Quiero decir, sí, esta noche, pero lo que quiero decir es, la semana pasada. ¿Cuándo estuvimos en la casa de té? Cuando estuvimos...", y levanta las manos buscando en las nubes de humo por encima de ellas la palabra correcta, "*allí*", dice ella, "nosotros, bueno, él y yo, nosotros..."

"Tuvisteis sexo", dice Ysabel.

"Un *montón* de sexo", dice Jo. "Creo. Fue como un sueño. ¿Sabes?" El niño canta "¡El gusano entra, el gusano sale, el gusano entra y sale, entra y sale!" y Jo dice: "Jesús. Bueno". Mira a Ysabel a su lado. "Si nosotros, quiero decir *debido a* que lo hicimos allí, ¿podría él haber...?"

"¿Eso?", dice Ysabel, "No, no creo que sea así como funciona..."

"¡Billy!", dice el chico, y Jo se incorpora sentada de golpe. "¿Qué pasa con él", dice ella.

"Billy Billy Billy Billy Billy", dice el niño.

"¿Quién es Billy?", dice Ysabel, apoyada sobre los codos al lado de Jo.

"Ese es mi nombre", dice el niño. "Billy Billy Billy Bill".

"Y una mierda lo es", dice Jo sin apartar la mirada del niño mientras este vierte otra cáscara de agua en la taza.

"Jo", dice Ysabel. "Escúchame, Jo". Su mano sobre el hombro de Jo. "Esta, *cosa*, nos fue enviada. *Por* alguien. No tiene nada que ver contigo y el Duque. De verdad deberíamos comenzar a tratar de averiguar quién y por qué".

"Billy Billy Billy", dice el niño.

"¿Tenemos que hacer eso para deshacernos de él?", dice Jo.

Después de un momento, Ysabel dice "No".

"Pues que le follen", dice Jo.

"Soy Billy", dice el niño.

"Una nihilidad de hora / Dibujando el círculo / Lo que queda / Una chaqueta para un zapatero

"Una nihilidad de hora", dice Becker, "las tres de la mañana". Cierra el pequeño teléfono y lo deja cuidadosamente dentro del gastado zapato de cuero en el suelo junto a un par de vaqueros descartados y una gran camisa a cuadros. "Te puedes quedar despierto hasta la una, eso sin duda", dice sentándose en el tenue rayo de luz verdoso de las ventanas con persianas que recubren una larga pared de la estrecha habitación. "Hasta las dos, incluso, puedes volver a dormir tres o cuatro horas. Eso es como un ciclo completo. Lo suficiente para ir tirando". Sus rodillas cubren la loca maraña de colchas, mantas y sábanas. Se rasca el cabello oscuro esparcido escasamente sobre su pecho. "A las cuatro en punto, puedes rendirte, levantarte, ir a tomar un café". Junta las manos detrás de la cabeza. "¿Pero qué coño se puede hacer a las tres de la maldita mañana?"

Pirocles, con la cabeza apoyada en un brazo doblado como un ala y los ojos cerrados, sonríe adormilado bajo caídos y rizados bigotes. "Puedes mantener despiertos a todos los que te rodean".

Becker se mueve de costado y mira a Pirocles. "No es insomnio", dice. "No es miseria por compañía adorable. Es que no quiero perderme nada de esto".

"Lo sé", dice Pirocles.

"Cuando era pequeño", dice Becker, y luego, "pequeño, ja, en el instituto, lo *cual* fue hace mucho tiempo... me obsesionaba esta idea. Intentaba, hacía todo lo posible para no quedarme dormido". Se abre paso para entrar un poco más bajo las mantas, más cerca de Pirocles, con las manos bajo la barbilla. "Porque, vale, sí, me despertaba por la mañana, pero ese era un *nuevo* yo. Como reiniciar un ordenador. Tan pronto como cerraba los ojos y me dejaba ir, se

acababa, para aquel yo". Se golpea la frente. "Como apagar una vela. Poco le importa a la llama que la vela se pueda volver a encender más tarde".

Pirocles se levanta sobre un codo, una colcha de azules se vuelve negra y gris en la tenue luz que cae de su hombro desnudo. Se inclina para besar la frente de Becker. "Al principio yo tampoco me tomaba demasiado bien eso de dormir", dice. "Pero hay sueños. La vela se desvanece, pero no se apaga".

"Yo no...", dice Becker rodando sobre su espalda, "en realidad no recuerdo mis sueños. Una vez en una luna azul. Pero sí, eso es lo que acababa diciéndome a mí mismo. Hay como una luz piloto. Yo estaba obsesionado, sí, pero también estaba en el instituto. Estaba muy preocupado por los informes, los exámenes y las calificaciones, y por entrar en una buena universidad, ja, mira dónde eso me ha llevado". Pasa una mano por lo poco que le queda de pelo. "Y preocupándome por si Brian Peake tenía alguna idea de lo gay que yo me comportaba con él. Yo no podía no dormir. Y era demasiado cobardica para tomar somníferos". Aprieta los ojos, arruga toda la cara, estremecido. "Debería haberme ido a casa", dice. "No debería haberme quedado. Voy a despertarme por la mañana y no voy a recordar quién eres, voy a pensar que me emborraché otra vez, que volví a engancharme", y se da la vuelta de nuevo y ahí está Pirocles, con la cabeza todavía apoyada sobre el brazo doblado, ojos azules entornados, su sonrisa somnolienta y triste detrás de esos bigotes. "Voy a salir corriendo de aquí otra vez", dice Becker, "como un idiota. Y poner excusas en el trabajo otra vez". Una mano sobre el hombro de Becker, Pirocles, lo acerca. "Y tendrás que", dice Becker, "venir a buscarme, otra vez", y se besan. "Quizás no deberías", dice Becker.

"¿No debería?"

"Tal vez no deberías venir a buscarme de nuevo", dice Becker. "Tal vez deberías dejarme ir por mi alegre y olvidadizo camino. Tal vez no deberías comenzar esto de nuevo una y otra vez...", y entonces Pirocles lo besa una y otra vez.

"Si pensara que", dice Pirocles con su voz grave y áspera suave

por el sueño, "eres tú el que me pide esto y no las tres de la mañana, haría lo mejor que pudiera para cumplir lo que me pides. Pero Becker, debes saber que yo soy débil. La luz que brilla en tus ojos, la forma en que te sonrojas y agachas la cabeza cada vez que me ves por primera vez... perdóname, Becker. No podría evitar buscarte para echar otro vistazo a eso".

Becker suspira y cierra los ojos, y tras un largo largo momento los abre de nuevo. "Todavía no", dice. "Todavía no".



No es tanto lluvia como bruma, demasiado pesada y húmeda para ser niebla. Desdibuja las farolas, cae lentamente alrededor de ellas. Cuando ellas se detienen bajo el puente, Jo levanta la gran bolsa de lona de su hombro y la coloca suavemente en el suelo, luego se sacude el agua en la frente y en las mangas de su chaqueta de cuero. Ysabel, con un impermeable amarillo, sacude su gran paraguas transparente, luego pliega el mango y se seca los ojos. Hay una larga y estrecha caja de cartón atada al lateral de la bolsa de lona. La caja se sacude y golpea mientras la lona cruje. Se oye un gemido ahogado. Jo mira a Ysabel.

"Por ahí", dice Ysabel señalando más allá de las vías del ferrocarril, hacia el largo pasillo oscuro de pilares que sostienen el puente sobre ellas. "Más adelante".

Jo se agacha y levanta la bolsa de lona, con cuidado de esta y de la caja delgada, y sigue a Ysabel hacia la oscuridad bajo el puente. Los edificios se asoman a ambos lados del puente a medida que este se inclina gradualmente hacia el suelo por delante. Hay cosas pintadas en los pilares alrededor de ellas, un ermitaño que sostiene en alto una brillante linterna de forma esquemática, un león de cara negra que ataca torpemente un antílope bajo ramas entrecruzadas, un pájaro de tiza posado en la enorme nariz de una cara que crece a partir del contorno desgarrado de un árbol, ese mismo pájaro o uno muy parecido con una elaborada cola posado sobre un pedestal dibujado que dice «Dios es Amor», y un pergamino debajo que dice

«Luz Esperanza Verdad 7 abril 1948». Algo grande, un camión se eleva por encima. "Ysabel", dice Jo. "Ysabel. ¿Está muy lejos?. Nos estamos quedando sin... sin puente." Más adelante, los manguantes pilares acaban donde la cubierta del puente se encuentra con un grueso muro de diáfano hormigón.

"Pensé que esto sería suficiente", dice Ysabel mirando a su alrededor.

"No puedo abrir esta maldita cosa precisamente si todavía estamos aquí", dice Jo.

"Lo sé, lo sé", dice Ysabel.

"Oh, creo... creo que tengo una idea".

Jo se arrodilla junto a la lona mientras esta cruje de nuevo y ella abre un extremo de la caja de cartón. Mete una mano en el interior, ambas manos, tira y estira, luego da un tirón con un sonido metálico que libera su espada. Se aleja de la bolsa de lona, se adentra en el espacio entre el último de los pilares y el muro, con la punta de la espada apuntando al suelo, pero se detiene antes de tocar el suelo y la levanta un poco. "Yo no lo haría", dice Ysabel.

"Ya", dice Jo. "Eso he entendido". Por encima, un automóvil pasa un poco petardeando bajo sus neumáticos bastante alto en la quietud. "Sácalo de ahí".

Ysabel se arrodilla junto a la lona y comienza a desatar las cuerdas que la mantienen cerrada. "Creo que sacar la espada ha sido suficiente", dice mirando hacia el puente que ahora está en silencio sobre ellas.

Jo está negando con la cabeza. "Necesitamos un círculo", dice ella. Comienza a arrastrar la punta del pie con cinta adhesiva en su Chuck Taylor blanca por el suelo y la tierra a su paso.

"¿Ya has hecho esto antes?"

"No", dice Jo. "No esto".

Ysabel tira de la bolsa y la abre. La cabeza del niño asoma con esos rizos que caen mientras gira la cabeza hacia adelante y hacia atrás y estira el cuello. Tiene algo, una toalla envuelta en la boca, atada en su sitio con un cinturón de felpa blanca. Jo, todavía dibujando el círculo dice: "Desátalo".

"¿Seguro?", dice Ysabel ocupada en bajar la lona por debajo de los hombros del niño.

"La mordaza", dice Jo. Ysabel la mira. "Nadie va a escucharle ahora", dice Jo. "¿no?"

Frunciendo el ceño, Ysabel le desata el cinturón y le quita la tela de la boca y el niño suelta una tos o dos y escupe y dice: "¡Mami, mami! ¡Mami!" y "Cállate", dice Ysabel trabajando con la lona, bajándola por el pecho enrollado en una envoltura de plástico. Eso tiene los brazos apretados y doblados frente a él y fuertemente enrollados con capas de cosas. "¡Mamá!", llama él girando en la bolsa de lona, e Ysabel le da un palmada en la cabeza, "Que te *calles*", dice ella.

"Ysabel", dice Jo.

"Tú lo querías desatado", dice Ysabel.

"No le pegues".

"No no", dice el niño, "no, no no, no otra vez, rechacé el oficio".

"Sólo", dice Jo, y "Qué", dice Ysabel, "¿qué?", Jo se está alejando del círculo a medio hacer, hacia él, hacia Ysabel y el niño en la bolsa, e Ysabel se levanta, retrocede. "Solo deja que...", dice Jo agachándose.

"Mami", dice el niño.

"Calla", dice Jo. "Quédate quieto. Quédate muy quieto". Sostiene la hoja de la espada con ambas manos. Una de ellas, con cuidado cerca de la punta, perfora la envoltura de plástico y empuja y gira

hasta que esta explota y comienza a rasgarse. "Oh no, es hora de irnos", murmura el chico. "Odio irme, me harás pensar". Jo, con la espada apoyada sobre el regazo, arranca la envoltura de plástico hasta que él puede soltar los brazos y salir de la mitad de la bolsa de lona. "Quédate quieto", dice Jo arrancando y quitando el plástico envuelto alrededor de sus piernas.

"Jo, ¿qué estás...?", comienza a decir Ysabel.

"Adelante", dice Jo mientras el niño se arrastra fuera de la bolsa. "Sal de aquí".

"No puedes, Jo, no puedes", dice Ysabel.

"Está oscuro", dice el niño de cuclillas en la tierra junto a la lona, con los brazos cruzados sobre sí mismo.

"¿A dónde va a ir?", dice Ysabel.

"Hace frío, mami", dice el niño.

"No me importa", dice Jo. "Sólo sal de aquí".

"No te importa, no te importa", dice el chico, "no te importa", mientras Ysabel dice, "No tiene otro sitio adónde ir, Jo. No puede ir a ninguna otra parte. No es un niño, es una cosa, un monstruo que alguien nos ha echado para atacarnos, y si lo dejas ir, simplemente... volverá... "

"No te importa, mami", dice el niño.

"¿Qué, Ysabel?", dice Jo mirando desde el niño hacia ella, hacia su impermeable amarillo, hacia el paraguas transparente plantado como un bastón, Ysabel sacudiendo la cabeza un poco, con la boca abierta alrededor de algo que está a punto de decir. "Qué", dice Jo.

"Algo", dice Ysabel, inclinando la cabeza, "algo que me dijo mi Gammer, la primera noche que nos conocimos. No pensé que significara nada en ese momento. Solo ella... parlotteando... "

"Quiero irme a casa", dice el niño. "Calla", dice Jo. "¿Qué fue? ¿Qué te dijo?"

"Jo", dice Ysabel. "¿Quién es Billy?"

"Billy", dice el niño, "Billy, soy Billy", y Jo lo abofetea. Luego se lleva la mano a la boca y cierra los ojos. Levanta y esconde la mano. "Mi padre", dice ella.

"No", dice Ysabel.

"¡Y una mierda que no!", gruñe Jo, se incorpora, toma la espada en la mano. "Bill Jodido Maguire, si le preguntas a él..."

"Bill", dice Ysabel. "No Billy".

"Soy Billy", dice el niño.

"Yo", dice Jo. "Ysabel. No... me preguntes eso. No puedo, no puedo decírtelo..."

"Sí puedes", dice Ysabel. "Billy. Así es como lo han ajustado para nosotras". Acercándose, toma la mano libre de Jo entre las suyas. "Por favor. Dime quién es".

"No sabes lo que estás preguntando", dice Jo.

"Quiero ir a casa", dice el niño e Ysabel dice: "Sí, lo sé".

"No", dice Jo. "En realidad no. No puedo decírtelo, Ysabel. Cambiaría... mucho..."

"Puedes confiar en mí", dice Ysabel, presionando la mano de Jo contra su pecho.

"No es eso...", dice Jo tirando de su mano hacia atrás, "no es lo que estoy..."

"Quiero ir a casa, mami", dice el niño, "hace frío", y Jo, con un lamento, se da la vuelta, da unos pasos y se avalanza perforándole

un agujero en el pecho. Los bordes de esa herida revolotean alrededor de la cuchilla cuando la cabeza se tambalea hacia atrás y eso abre la boca dejando escapar un largo suspiro de aire, brazos arriba, moviendo los dedos, con espasmos en las piernas, la cabeza colapsa y el propio torso repta fuera la espada estremeciéndose mientras se hunde hacia abajo, cayendo al barro. Jo queda allí sobre lo que queda, espada inmóvil. Mira esos pliegues gomosos de piel, una mano vacía, un pie atrapado en posición vertical cayendo lentamente en ángulo, esa mata de pelo rizado.

"¿Jo?", dice Ysabel después de un momento.

"No", dice Jo. Da un paso atrás. Acercando la espada, bajando la punta de la misma. Algo grande, un camión se eleva por encima. La alarma de un automóvil está sonando y gritando en algún lugar a unos bloques de distancia. En el suelo ante ella, en la oscuridad, una pequeña agitación de algo, basura, un roce retorcido de papel grasiento, una envoltura de hamburguesa, un guante, un plato amarillo rasgado de adentro hacia afuera, los dedos caídos en ángulos extraños y rotos, un trozo de un viejo animal de peluche raído con madejas de pelo enredado y rizado.

"Déjalo", dice Ysabel.

"Oh, sí", dice Jo sacudiendo la cabeza. "Demonios, sí". Arrodillándose junto a la lona, vuelve a meter la espada en esa estrecha caja de cartón y se encamina a casa. "Podría comerme un caballo", dice ella.



El escaparate está iluminado de amarillo y el azul grisáceo cálido del amanecer. «George's», dice en letras rojas y amarillas en una curva a través de la gran ventana delantera. «Reparación de Zapatos». En el interior hay media docena de hombres y mujeres en el pequeño espacio entre la puerta de entrada y el mostrador, y otros tantos en el espacio marginalmente más grande más allá, delimitado por una mesa de trabajo instalada con zapatos de todas

las formas y colores, zapatillas para correr y zapatillas de deporte de cada color llamativo, abiertas, cordones desabrochados, zapatillas de baloncesto y zapatos de bote, zapatos de punta y solapas, zapatos y zapatillas con obras de tinte con joyas y zapatos negros polvorientos desteñidos, estiletes al acecho, hondas y zuecos de corcho, sandalias de monje y gladiador, espectadores y Oxfords, zapatos planos y mulas y chanclas impresas con las suelas sucias de los pies descalzos hace mucho tiempo desaparecidos, las pequeñas y severas Mary Janes, chanclas y Uggs, botines y botas de montaña y chukkas y Chelseas, pantuflas arrugadas, mierdecilla de babuchas, una larga bota de vinilo negro brillante hasta la rodilla arrugada y vacía a un lado del montículo, triste sin pie, y ninguno pudiendo rivalizar con ningún otro. A un lado del montículo hay un par de cajas de cartón con espitas y pequeñas tazas de café en funcionamiento impresas en el lateral. El viejo vierte el café de una de ellas en tazas de espuma de poliestireno en el mostrador frente a él. Lleva una desgastada camisa a cuadros verdes y negros con hilos de color amarillo y su cabello es un círculo de rizos desde una oreja rodeando de una parte posterior de la cabeza a la otra en un blanco que es casi amarillo ante la negrura rojiza de su piel. "Sin plomo", dice una mujer con mono azul, sosteniendo una taza de viaje de acero inoxidable, y él deja la primera caja y llena la taza de la segunda.

"Una distribución", dice alguien, y "desde el Samani", y "no desde hace dos *semanas*", y "un dedal se ha prometido dos veces ahora", y "establecerá ir de compras como sastre si ella", y "oh, un *proveedor* para sastres, un verdadero *dedal-astre* ", y hay risas, pero son amargas, apagadas.

"Sin embargo, todos siguen trabajando para ellos", dice el hombre detrás del mostrador.

Después de un momento, un hombre con una camisa de trabajo verde oliva dice: "¿Qué más hay para hacer?" La etiqueta con el nombre cosido en su camisa dice «Turlupin».

"El trabajo debe hacerse", dice la mujer con mono azul.

"Creo que deberíamos hacer otro repaso sobre lo básico del

asunto", dice el hombre detrás del mostrador, bebiendo café de una de las tazas de espuma de poliestireno.

"Oh, no", dice alguien junto a la puerta, y todos se están girando, mirando hacia la ventana. Una mujer desnuda, con el pelo bastante corto y gris metalizado, con un pulido torque plateado alrededor de su cuello, marcha por la calle oscura y vacía hacia la tienda. Detrás de ella se apresura un hombre con una mugrienta cazadora azul, bolsas de compras en cada mano chocando en sus agitadas piernas. Suena la campanilla sobre la puerta de la tienda, y alguien se está escapando, alejándose rápidamente por la acera cuando esa mujer desnuda, con su piel pálida salpicada con algo aquí y allá que se seca en franjas blancas y con costras, cruza de nuevo la estrecha calle sin mirar a ningún lado. La campanilla suena una y otra vez, hombres y mujeres con camisas de trabajo y monos, chaquetas vaqueras, sudaderas salpicadas de pintura y batas médicas se abren camino a izquierda y derecha a lo largo de la acera lejos de la tienda iluminada. Cuando ella entra por la repicante puerta, el hombre detrás del mostrador está solo y la pequeña papelera en el suelo está llena de vasos de espuma de poliestireno vacíos.

"Buenos días", dice Linese.

El hombre detrás del mostrador no dice nada. Sus ojos bien abiertos la miran y su boca abierta se acaba de volver bastante gris. "¿Puedes verla?", dice Frankie colocando sus bolsas de compras en el suelo.

"Por supuesto que puedo, muchacho", dice el hombre detrás del mostrador después de un momento.

"Bueno, bien", dice Frankie amargamente. "Hay tres o cuatro personas y un gran conductor del autobús número seis camino al centro de la ciudad que no pudieron".

"Hueco y colmena, muchacho, ella está muerta", dice el hombre detrás del mostrador.

"Muerta pero no olvidada", dice Linese. "¿Por qué tu tienda estaba llena al amanecer con terrones, uriscos y domésticos que

deberían ocuparse de sus asuntos, Gordon? ¿Pretendes convertirlos a todos en conejos?"

"No has venido aquí para hablar de política", dice el hombre detrás del mostrador.

"No", dice Linessé, mirando de Gordon a Frankie y nuevamente a Gordon. "Debo pedirte un último favor", dice ella.

Gordon mira a Frankie por primera vez, de la cabeza a los pies, luego, negando con la cabeza, mira la taza de café en sus manos. "Bueno", dice, "nunca te he dicho que no antes". Ahora hay una sonrisa en su rostro, triste, melancólica, cuando levanta la vista para mirarla a los ojos, todavía severos.

"¿No importa que haya cambiado de chaqueta?" dice ella.

"¿Qué es una chaqueta para un zapatero?", dice Gordon.

"¿Qué... qué estamos haciendo aquí?", dice Frankie Reichart.



Desde altavoces invisibles en algún lugar entre el laberinto de conductos y puntales pintados de blanco, una voz que gruñe cantando «Yo tenía dinero, sí, y no tenía nada», sobre un riff de órgano agitado, «tenía dinero, sí, y no tenía nada, pero nunca estuve tan arruinado como para no poder salir de la ciudad». "¿Otro?", dice Ysabel.

"Ve a pillar algo de café o algo", dice Jo. Se dirige hacia la forma gris achaparrada de un cajero automático allí, bajo el interruptor de la rampa de acceso, junto al puesto de la floristería, sacando un fajo sujeto con un clip de carpeta de tamaño mediano.

"Ella no está", dice Ysabel mirando por los pasillos de la tienda de comestibles hacia el letrero verde apagado que pone «Starbucks», junto al mostrador de la tienda de delicatessen, "no están abiertos".

Jo ha sacado una tarjeta de crédito dorada del fajo con el clip de la carpeta y la pasa por el lector en el cajero automático. "Jo, ¿para qué necesitas todo este dinero?", dice Ysabel.

Jo está pasando los dedos por las opciones enumeradas en la pantalla, veinte dólares, cuarenta dólares, sesenta dólares. Jo presiona la pantalla en el último que dice , Oh, diablos, trescientos. "Espero no tener que necesitarlo", dice Jo. El cajero automático comienza a zumbar. Escupe billetes de veinte dólares uno tras otro y Jo los recoge, contándolos rápidamente, doblándolos y metiéndolos en la bolsa de lona.

"Jo", dice Ysabel, tomando su mano. "Por favor..."

"No", dice Jo. "No preguntes. Ya te lo he dicho".

«Soy el aire que respiras, la comida que comes», gruñe la voz por los altavoces. «Amigos que saludan en la calle hosca, guao».

Fuera, bajo la luz gris y húmeda, Jo se apresura a cruzar la intersección vacía, Ysabel trota detrás, "Jo, espera", dice. La alcanza en la esquina. "¿Qué estamos haciendo? ¿Qué está pasando?"

"No lo sé", dice Jo. "Necesito... tengo que dormir un poco, tengo que pensar... simplemente vamos", levanta ambas manos para frotarse los ojos, el rostro, Ysabel se acerca, pone sus manos en los brazos de Jo, "vamos a casa, despejemos lo suficiente como para caer rendidas. *Necesito* dormir un poco".

"Sea lo que sea", dice Ysabel agachando la cabeza para mirar a Jo mientras Jo mira hacia abajo, hacia el espacio. "Lo que sea, *siempre*. Puedes confiar en mí, Jo. Jo, por favor. Jo". Una mano al lado de la cara de Jo, inclinándose más cerca. Besando el moratón sobre el ojo de Jo, luego besando su mejilla. Jo esta rígida e inmóvil, respirando rápidamente, temblando. "Lo que sea", dice Ysabel. "Así que tuviste un hijo..."

"*No sigas*", gruñe Jo alejándose, "Cristo, Ysabel, sólo, sólo *para*, no tienes *ni idea*..."

"Puedes *confiar* en mí, Jo", dice Ysabel. "Yo confío en ti, yo, yo..."

"No tiene *nada* que ver con eso", dice Jo volviéndose, alejándose.
"Oh. Oh, maldito infierno".

"¿Jo?"

Jo señala calle abajo, hacia la mayor parte del edificio de apartamentos, hacia los coches estacionados a lo largo de la calle frente a ellas, hacia el coche pardo estacionado en un intrépido ángulo entre ellos, con una franja negra pintada en el lateral.

"Oh", dice Ysabel.

"Yo *sólo*", dice Jo, "quiero dormir un poco, quiero *dormir*..."

ese Severo y Toscamente tallado Halcón / claras de huevo y escatología / caídas del cielo; Las montañas se desmoronan / tres respuestas

Con ese severo y toscamente tallado halcón enjaulado en sus dedos, el Duque se apoya en su bastón junto a la mesa de café con tablero de vidrio, aún llevando su largo abrigo color ocre, un bombín pardo en la cabeza. "¿Ha habido un motín aquí?", dice él cuando abren la puerta. Tras él, junto al voluminoso armario de madera rubia, los brazos de Jessie cruzados frente un vestido de rayas de doble botonadura, su cabello recogido en un moño apretado y sus labios cuidadosamente rojos.

"Sal de aquí", le dice Jo quitando el hombro de la bolsa de lona y colocándola junto a la caja estrecha en el suelo. Ysabel detrás de ella todavía en la pequeña cocina del pasillo.

"Vine aquí preocupado", dice el Duque, "y francamente, todavía estoy más preocupado ahora..."

"Fuera", dice Jo poniendo una mano sobre la mesa de vidrio.

"Se pronunciaron palabras", dice el Duque. "Precipitadas. Por ambas partes, no lo voy a negar, pero en todo ese calor yo tuve un poco de luz en mente y me preocupa no haberme articulado de una manera completamente apreciable. Así que tal vez... "

"Sal. De Aquí", dice Jo.

"Desayuno", dice el Duque. "Puedo conseguírnos un comedor privado en el Heathman, buffet completo, podemos hablar, sin molestias..."

"Ya hemos comido", dice Ysabel al tiempo que Jo dice: "Maldita sea, Leo, fuera de mi apartamento".

"¡Jo!", espeta el Duque y golpea la alfombra con la punta de su bastón. "Escúchame. Esto es importante. Si no puedes mantener un techo sobre tu cabeza, entonces se cancelan todas las apuestas".

Ysabel se acerca por detrás de Jo entonces. Jessie mira la pila de ropa que está a sus pies. "¿Qué coño se supone que significa eso?", dice Jo en voz baja.

"¿Alguna vez te has parado a pensar por qué nadie te viene a buscar?" Apoyado en su bastón, se inclina junto la mesa hacia ella. "Todos desconfían del entendimiento especial entre mí y la Reina, en lo que respecta a vosotras dos".

"Especial", comienza a decir Jo, mientras Ysabel dice "Tú no *tienes* ningún entendimiento especial con mi madre".

"Precisamente", dice el Duque. "Y en el momento en que os echen a las dos de este", olisquea examinando la salita principal, "este agujero de mierda", los montículos de ropa, la televisión rota, las paredes sucias, "en el mismo *instante* que sientan el menor soplo de vuestra licencia, Princesa, todos caerán ante ese hecho. Y vendrán corriendo a por ti, Gallowglas. Con espadas".

"¿Es así como se supone que va a suceder?", dice Jo, su voz aún es demasiado tranquila. "Te ofreces gentilmente a hacer lo que puedas para ayudarnos con el desalojo y luego no haces una maldita cosa hasta que ya es demasiado tarde. Cuando ya no hay otro lugar al que recurrir excepto a ti".

"Él llamó", dice Jessie y el Duque golpea su bastón de nuevo. "Él sí llamó", murmura ella. El Duque dice: "Ella no ha dicho que yo no lo haya hecho, Jessie. Aquí estamos estrictamente en el ámbito de lo hipotético".

"Hipotéticamente", dice Jo con las dos manos sobre la mesa cerradas en puños, "podría haber funcionado". Sus ojos se clavan en los de él. "Sólo que fuiste demasiado lejos anoche".

"¿Demasiado lejos?", dice el Duque. "¿Cuando monté una fiesta

para ti? Eso es de alguna manera..."

"Cuando me violaste, hijo de perra".

Ysabel levanta una mano pero no la pone sobre el brazo de Jo. La cabeza de Jessie se levanta, mira a Jo, al Duque de repente se pone pálido. El golpe de la punta de bastón suena esta vez y tintinea cuando él inclina la cabeza del bastón hacia un lado en su mano izquierda, su derecha mueve su espada larga, la punta de esta traza un círculito salvajemente rápido sobre la alfombra. "Cuídaos, Gallowglas", dice, "de cómo blandis esa palabra. Me obligaréis a llamaros mentirosa, y luego tendremos que probar los méritos de nuestra pelea". Junta las manos de nuevo, descansando ambas en el halcón del extremo de su bastón.

"¿Mentirosa?" dice Jo. "Me drogaste, luego me follaste. ¿De qué otra forma llamarías a eso?"

"Jessie", dice el Duque, "¿disfrutaste violando a nuestra Princesa?"

"Leo...", dice Jessie, y Jo rugue: "¡Yo no sabía que eso estaba en la maldita bebida!"

"Jo", le dice el Duque, y luego, suavemente, "todo lo que hace en, en este contexto... te lo dije. Amplía tus sensaciones, tu estado de ánimo, tu..."

"Convierte el quizá", dice Jo, "en sí".

Él cierra los ojos, frunce los labios. Abre los ojos "No hace nada que haga cambiar de opinión, Jo ni..."

"¿No sabré si soy yo misma?", dice. "Deberías habérmelo dicho. Deberías haber dicho algo, Leo. Mira, por favor. Simplemente márchate".

"Jo", dice el Duque, "No voy a salir de aquí y dejarlo así. *Escúchame...*"

"Sureste", dice Ysabel, y el Duque cierra la boca y se mira las

manos sobre la cabeza del bastón.

"Halcón", dice ella, y él mira hacia arriba con ojos oscuros.
"Cierva", dice.

Ysabel pone una mano sobre el hombro de Jo. "Mi campeón os ha pedido que os marchéis", dice ella.

"Muy bien", dice el Duque volviéndose, tendiéndole la mano a Jessie, dejándola mirar hacia abajo todo el tiempo mientras él pasa cojeando entre Jo e Ysabel por la pequeña cocina del pasillo. Con una mano en el pomo de la puerta se gira, se lame los labios y dice: "Acepto mi marcha de vos". Y luego, "Ojalá no te hubieras cortado el pelo".

Cierra la puerta, suavemente.

"¿Jo?", dice Ysabel poniéndose a su lado con ambas manos sobre sus hombros. Los ojos de Jo están cerrados y Jo está inclinando la cabeza hacia atrás despacio, despacio, con la boca apretada, su respiración superficial y rápida. "¿Jo?"



La cocina de color amarillo y crema con encimeras de reluciente granito brillantemente iluminada ante la sombría luz de la mañana. De pie junto al mostrador, con un tenedor y un cuchillo para cortar una tortilla de clara de huevo en piezas pequeñas y precisas, ella lleva unos vaqueros negros negros, una camiseta negra lisa y un cárdigan gris oscuro. "Bueno", dice ella cortando la punta de un triángulo de tostadas. "Hacedle entrar". Lanzando un bocado de tortilla, un poco de pan tostado, mordiéndolos a ambos de su tenedor. La mujer que lleva las finas gafas con montura negra asiente y se da la vuelta y señala a alguien en el pasillo.

"El Carro", dice la mujer vestida de negro.

"Madam", dice Roland. Le entrega un frasquito medio lleno de

algo viscoso, lácteo, tocado con solo un matiz de cálido oro amarillo, a la mujer que lleva finas gafas con montura negra. Su chándal es de color amarillo pálido con rayas verdes en las mangas y las piernas.

"Gracias, Anna", dice la mujer vestida de negro, y la mujer con gafas asiente y se va con el frasco en las manos. "¿Cómo está Nuestra hija?", dice la mujer vestida de negro, cortando más tiras de su tostada.

"Madam", dice Roland, "no he visto a la Princesa en casi una semana". Sus manos en mitones de ciclista están cogidas a la espalda.

"¿Casi una semana?"

Agacha la cabeza. "Habrás sido hace una semana mañana", dice. "Por la tarde".

"Y aún así", dice la Reina tomando otro bocado de clara de huevo y tostadas, masticando, tragando, "La vimos anoche". Pone su tenedor y cuchillo a cada lado del plato. "Nos las arreglamos para dormir unas horas, el Carro. No sólo eso, *soñamos*. ¿Vos soñáis?"

Él asiente. "Sí, Madam".

"Singularmente desagradable", dice ella. "De repente Nos encontramos en un pequeño baño *sucio*, bastante desagradable. Usamos fajos de pañuelos que cubrían la esquina, suciedad entre las baldosas, no podíamos comenzar a ver Nuestro reflejo en el espejo. ¿El inodoro?, un horror. Una niña yacía en el suelo completamente desnuda, empapada, temblando tanto que podíamos oír los dientes resonando en su cabeza, y cuando nos dimos cuenta de que era Nuestra *hija* delante de Nos, el Carro, ella abrió los ojos y abrió la boca, y se agarró el vientre ", y las manos de la Reina se juntan bajo sus senos, sobre su vientre, "y ella ", dice, "y ella, ella, ella... ella...", empuja su plato sobre el mostrador, la tortilla a medio comer. "Nos despertamos", dice ella. "¿Cómo está Nuestra hija, Roland?"

"Se ha entregado a el Gallowglas", dice el Carro. "Quién, a su vez,

ha sido seducida por el Sudeste".

"¿Cómo está físicamente?"

"¿Físicamente, Madam?", dice alzando la vista para encontrarse con un ceño penetrante.

"¿Está sana? ¿Entera? ¿Enferma de alguna manera?"

"Ella tiene", dice, y mira hacia abajo, "me aseguré, Madam, de que está bien".

"Hace una semana".

"Sí, Madam".

"Entonces no es tan malo como podría ser", dice la Reina. "Simplemente es peor, mucho peor de lo que temíamos. Pensamos en distraerla, complaciéndola con sus predilecciones. Nunca soñamos que el Duque la haría, *agacharse* a un ángulo tan oblicuo".

"Madam", dice Roland, pero ella ha puesto ambas manos directamente sobre el mostrador, lo está mirando significativamente, con la cabeza inclinada hacia atrás un poco, "Seis semanas exactamente", dice ella, "¿no? Él lo intentará en el Solsticio, ¿no creéis? Eso apelaría al sentido de lo dramático del Duque". Su boca sonríe pero sus ojos no. "El Halcón se imagina a sí mismo un roble, y a Nos, con todo lo que hemos hecho, Nos espera el Convento Gammer, o algo peor". Sus manos en el mostrador onduladas y surcadas con gruesas venas y salpicadas, la izquierda sobre todo, con manchas de color hígado.

"Si la Prometida está bien", dice Roland.

"¿Si ella está bien?" dice la Reina. "Dijisteis que ella *estaba* bien, considerando todo lo demás".

"Ella *dijo* que está bien, Madam". Sus manos en guantes de ciclista se apretan ante él ahora, sus dedos juguetean con una correa de velcro. "¿Pero qué pasa si no lo está? ¿Qué pasa si no es más una

Princesa que, que..."

"¿Querés decir, el Carro, que os ha *mentido*?"

Sus manos se congelan allí frente a él. Lentamente niega con la cabeza. "¿Y si ella estuviera equivocada, Madam?"

"Ella lo sabría", dice la Reina. "Todos lo sabríamos. Sería el final de todo".

Roland regresa a solas atravesando la casa oscura, frotándose las manos ante él. Se detiene para llamar a una puerta medio cerrada, la habitación más allá iluminada solo por una lámparita rectangular con pantalla azul en una larga mesa de biblioteca. Sentada ante ella, la mujer con finas gafas con montura negra levanta la vista de un grueso libro de cuentas lleno de figuritas escritas a mano. Junto al libro de contabilidad, un frasco de boca ancha con renglones marcados con tinta blanca en el lateral que denotan onzas, branquias, amotinadas, un caldo oloroso. Una pizca de polvo dorado a lo largo de un arco en el fondo. "Mi audiencia ha terminado", dice Roland.

"No tengo nada para vos, señor", dice la mujer dejando a un lado una pluma de cristal.

"¿Nada?"

"No habrá nada para nadie esta semana", dice ella volviendo a mirar su libro de contabilidad.

"¿Qué debo decirle a...?"

"Que no habrá Distribución esta semana, señor", dice ella quitándose las gafas y volviendo a levantar la vista. "Este último lote estaba... apagado. No se sabe cómo o por quién".

"Ya veo", dice Roland.



"¿Estás despierta?", dice Ysabel.

Cortinas echadas, la fina y gris luz solar se filtra alrededor de los bordes. Una al lado de la otra en el futón bajo la manta negra, roja y naranja y marrón, Jo e Ysabel, ninguna de las dos con los ojos cerrados, mirando el sucio techo de hotelé.

"No", dice Jo.

"¿Puedo decirte algo?" Ysabel se mueve un poco, gira la cabeza para mirar de reojo a Jo.

Jo cierra los ojos. "Claro", dice ella.

"Dijiste que", dice Ysabel, "no crees en el amor, y yo dije que eso era porque te habías enamorado". Se tumba de nuevo, mirando hacia el techo otra vez. "Y yo dije que sólo conocía el amor porque lo había visto en lo que hacen otras personas. Que nunca antes había estado enamorada. Pero viéndote así, viendo lo que haces, desde el exterior de ti... si yo *estuviera* enamorada, bueno, no lo sabría, ¿verdad?"

"Ysabel", dice Jo, e Ysabel se pone de lado, "Shh", levanta una mano para poner un dedo en los labios de Jo. Jo mueve la cabeza hacia un lado, "No hagas...", dice ella y "Perdón", dice Ysabel, "Lo siento", y "Por favor, déjame terminar". Acomodándose de lado, cabeza sobre la almohada, pliega ambas manos bajo la barbilla. "Eres la primera persona", dice, "eres la única persona que me ha dicho que no".

Jo gira la cabeza ante eso, frunciendo el ceño a Ysabel. "La única, ¿de qué?"

"Ya sabes a lo que me refiero", dice Ysabel. "La pregunta que te hice. ¿Cuándo empezó a llover?"

"No, yo, yo", dice Jo, volviendo a mirar hacia el techo, "Sí, pero, Ysabel, yo..."

"Shh", dice Ysabel. "Si hubieras dicho que sí, te habrías vinculado a mí".

"¿Vinculado?" dice Jo.

"Como", dice Ysabel, "el Carro y el Hacha, Lluvia, una docena de docenas de tantos otros". Ella traga. "Dijiste que no. Lo cual me vinculó a ti, un enlace de toradh que no se romperá hasta, oh, hasta que el cielo caiga, o las montañas hechas del polvo de las montañas que nos rodean ahora se desmoronen".

"Vinculada", dice Jo moviéndose para mirar a Ysabel nuevamente.

"Soy tuya, Jo Maguire", dice Ysabel, mientras Jo dice: "Eso no es amor, eso es..." e Ysabel la vuelve a callar, presiona la yema del dedo sobre los labios de Jo, "Por favor", dice ella. "Déjame terminar". Acariciando la mejilla de Jo, dice: "Yo sabía que dirías que no. Cuando te pregunté supe que dirías que no". Acariciando la barbilla de Jo. "Soy muchas cosas, pero no soy estúpida. *Por eso te lo pregunté. Sabía lo que dirías*".

"Eso es", dice Jo, "eso es una locura".

Ysabel sonrío. "Lo sé". Gira sobre su espalda, levanta la vista nuevamente y respira profundamente. "Por eso creo que es amor", dice ella.

No es tanto un sollozo como una respiración ahogada, una palabra tal vez, cuando Jo se acurruca hacia Ysabel arrugando la cara, Ysabel dice: "No, no, Jo", extendiendo los brazos, tirando de ella cerca, "Jo, está bien. Estoy aquí, para ti, para lo que sea que necesites", y Jo tiembla, tiritando entre sus brazos, se inclina hacia atrás, con los ojos entornados y húmedos, mordiéndose el labio mientras el sonido sube hirviendo en burbujeantes quejidos de una risa. "¿Jo?" dice Ysabel, la suelta, se sienta erguida mientras Jo rueda con las manos en la cara diciendo "Lo siento, lo siento", entre los jadeos.

"Esto es *importante*", dice Ysabel, y la risa de Jo se redobla y se aprieta la cara, las piernas suben con pataditas bajo la manta. "Lo

sé", dice, "Lo sé, Lo siento, si no lo hago ", recuperando el aliento," oh, Dios, si no me río, joder, me voy a derrumbar y voy a estar llorando una semana, oh, Ysabel, oh, oh", secándose los ojos, "eso ha sido, creo que eso ha sido lo más bonito que has dicho nunca. Lo siento".

"Solo quería que lo supieras", dice Ysabel con los brazos cruzados sobre el regazo.

"Lo sé", dice Jo. "Lo sé".

"Lo que sea que hayas hecho. Lo que sea que tengas que decirme, no importa". Encogiéndose en su camisón amarillo de gran tamaño, sus rizos negros gruñen alrededor de la cabeza. Mira hacia abajo, lejos de Jo, con un puchero en la boca. "O lo que tengas que no decirme, lo que sea".

"Hay un precio", dice Jo.

"No importa", dice Ysabel.

"No digas eso todavía", dice Jo. "Quiero decir que te lo puedo mostrar. Es un precio muy concreto".

Sentada y llevando su camiseta sin mangas negra, Jo saca del estante blanco detrás de ellas un fajo de dinero sujeto en un clip de carpeta de tamaño mediano. Quita el clip y revuelve entre los billetes, saca una tarjeta de crédito dorada que deja en la almohada entre ellas. «MasterCard», dice. «Banco de Trebizond. Joliet K. Maguire. Válida hasta el 13/99». "Ese banco", dice Jo. "Tienen oficinas, en el edificio Meier & Frank, ¿no es así, o algún tipo de asociación, negocio o algo así?"

"Esa es la tarjeta del Duque", dice Ysabel.

"No", dice Jo. "No. Quiero decir, me la dio él, sí. Pero es mía. Toda mía. ¿Recuerdas el secreto que les di? ¿Cuándo me enviaste allí? Valía muchísimo más que un par de vestidos y algo de ropa interior".

Ysabel cruza los brazos sobre sí misma, más pequeña de alguna manera, acurrucada en esa holgada camisa de dormir, mira la tarjeta y luego vuelve a mirar a Jo. "Billy", dice ella.

"Durante casi... ¿una semana?", dice Jo mirando por encima del hombro de Ysabel, hacia las sábanas oscuras de las cortinas, hacia la luz opaca que se filtra por los bordes. "Iba a quedarme con él, llevarlo y tenerlo. Iba a llamarlo como mi padre. William. Bill, Bill Maguire. Billy". Ella cierra los ojos. "Pero", dice ella. "No habría terminado el instituto. Y... yo había *sacado* buenas notas. Tal vez habría algunas becas, tendría algo de dinero familiar que podría... tenía *opciones*, había cosas que yo podía hacer, lugares a dónde ir si simplemente, si podía simplemente... ", ella niega con la cabeza, mira la tarjeta dorada en la almohada entre ellas. "Pedí una cita, aborté".

"Oh", dice Ysabel, y luego, inclinándose hacia adelante, "oh, Jo, yo..."

"No he terminado", dice Jo con la mano sobre la rodilla de Ysabel.

Ysabel mira la tarjeta dorada. Su mano sobre la mano de Jo allí sobre su rodilla. Ysabel alza la vista y asiente, una vez.

Jo traga. "Ella me hizo tres preguntas, la mujer del banco. Si le echaba de menos. Si aún lo amaba. Lo que le diría, si pudiera. Y le dije, dije: Sí, dije: Sí. Y: Lo siento". Se inclina hacia adelante con los codos sobre las rodillas, la cabeza hacia abajo encorvada sobre sí misma. "Porque fue todo por nada", dice ella. "Porque mira lo que he hecho con todas esas *jodidas opciones*. Lamento *tanto* haberlo jodido todo", y con un crujido de astillas, la tarjeta dorada se parte en tres afilados fragmentos irregulares. Ysabel retrocede bruscamente. Jo se lleva la manos a la cara.

Después de un momento, Ysabel extiende una mano sobre el hombro de Jo. Pone su otra mano sobre el otro hombro y se inclina hacia adelante, tirando de Jo hacia ella hasta que Jo dobla la cabeza en el pecho de Ysabel, los brazos de Ysabel la envuelven. Ysabel le besa el cabello de vino tinto, luego se inclina y se agacha un poco para besarla en la mejilla. Su nariz contra la sien de Jo.

"Eso es todo, entonces", dice ella.

"Sí", dice Jo amortiguada por la camisa de dormir de Ysabel, suspirando, sacando los brazos entre ellas y colocándolos alrededor de las caderas de Ysabel. Acercándola en un repentino abrazo feroz, e Ysabel levanta la cabeza parpadeando, mira a Jo y abre la boca con una palabra temblorosa que no cae. Cierra la boca con firmeza, cierra los ojos, apoya la cabeza en la de Jo.

"Saqué", dice Jo, "doce billetes de cien de camino a casa", dice sentándose, retrocediendo un poco, tumbándose en los brazos de Ysabel. "Con lo que tenemos aquí son, ¿diecisiete? ¿Dieciocho?" Mira por encima del hombro a la televisión agrietada suspendida sobre el pie del futón. "¿Vendemos lo que aquella cosa no rompió o arruinó? Tal vez podamos llegar a dos mil". Se inclina más hacia atrás mientras Ysabel la suelta. "No es suficiente, no es suficiente. No de primera, última, necesidad... tenemos que encontrar nuevos trabajos... mierda".

Ysabel dice: "El Duque nos ofreció un..."

"El Duque está", espeta Jo, "fuera de discusión".

"¡Lo sé!" dice Ysabel. "Lo sé. Solo estoy tratando de ponerme al día".

"Sí", dice Jo. "Sí, lo ofreció. Ahora no me sorprendería si salimos y encontramos que ha enviado a sus muchachos a perseguirnos de nuevo, a ese como se llame, el Estribo con su espada, para llevarte de regreso, por tu propio bien".

"El Masón", dice Ysabel.

"O ese espeluznante cabronazo", dice Jo mirando hacia abajo, luego de repente vuelve a mirar a Ysabel, "Oh, demonios, Jessie. Lo siento, Ysabel, ni siquiera... quiero decir, ¿estás?, va a ser, ¿necesitas... ?"

"Jessie", dice Ysabel, "*Lluvia*, bien. Si lo necesito, si quiero algo así, hay..."

"¿Una docena de docenas más?"

"Bueno", dice Ysabel. Sonríe. "No *todos* ellos".

"Vale", dice Jo, "eso lo resuelve. En nuestra próxima casa, definitivamente vamos a tener habitaciones separadas".

Ysabel se ríe. "Me gustaría solicitar una bañera adecuada", dice ella.

"¿Por qué parar ahí? Jacuzzi completo. A lo grande".

"Armarios de ropa en los que pasear".

"Diablos, eso es un hecho. Cajones de ropa interior tan altos como puedas alcanzar. Y una chimenea".

"Un salón de baile", dice Ysabel riendo, "un bar completamente abastecido".

"Una maldita cocina decente", dice Jo.

"Oh, sí".

"Ysabel", dice Jo con su mano sobre la rodilla de Ysabel. "Cuando descubra quiénes fueron los que hicieron esto, quién se burló de mí. Voy a matarlos".

"Lo sé", dice Ysabel, su mano sobre la de Jo. "Yo voy a ayudarte".

un estrujado Trozo de Papel

Un estrujado trozo de papel sobre la mesa de arañada madera ante él, amarillento en un charco de luz urbana desde las ventanas altas y anchas. Él lo contempla un momento, inclinando la cabeza de un lado a otro, el pelo largo y negro y brillante deslizándose sobre un hombro mientras él se inclina un poco hacia un lado, y luego, con ambas manos, comienza a abrirlo cuidadosamente, esta esquina, aquel pliegue, alisándolo suavemente poco a poco sobre la madera, con cuidado de las manchas de grasa vieja aquí y allá, limpiándose las yemas de los dedos de vez en cuando sobre la gruesa servilleta blanca a un lado que pone «Burger Chef» una y otra vez en letras rosadas debajo de un estilizado sombrero de chef naranja. «Super Chef», repetido una y otra vez. Desdoblando el último trozo arrugado, toma un borde y con un movimiento de la mano le da la vuelta. Las letras garabateadas en crayón púrpura dicen «BILLY».

Queda sentado en la alta cabina de madera con una suave sonrisa, levanta un vaso de agua en un pequeño brindis al papel y da un sorbo. Se rasca la mejilla bajo un negro parche en el ojo, tira de la piel y se vislumbra algo húmedo y destrozado debajo. "Disculpe", dice una mujer, y dejando que el parche vuelva a su lugar, Orlando la mira con su único ojo bueno.

Ella es bastante gorda, con un vestido negro de cintura alta y calcetines a rayas blancas y negras, cabello negro azabache, con cintas blancas y lentejuelas plateadas, recogido en dos grandes madejas sobre cada hombro. Flequillo corto y teñido de un rosa virulento. "Eres", dice ella, "impactante, y sólo quería decirte eso. Debido a que a los hombres no se les dice a menudo que son hermosos, y creo que sería un mundo mejor si supieran que lo son". Lleva los ojos pintados de negro tras las gruesas y negras gafas de gato. Orlando se recuesta, mira más allá de ella, en una mesa junto a la barra, tres o cuatro personas vestidas con cuellos negros aquí y puños blancos allá, guantes de redecilla negros, un sombrero de copa negro, inclinadas juntas, riendo juntas, apartando la vista de él

demasiado rápido. Orlando la mira, quieto, sin sonreír en absoluto, y ella traga saliva cuando encuentra su mirada. "Por favor", dice él. "Siéntate".

"Gloria", dice ella mientras se desliza apretada en la cabina frente a él. "Puedes llamarme Gloria. Gloria Lunes".

"Y yo", dice Orlando, "soy el Mooncalfe. ¿Por qué estás aquí?"

"Oh, el espectáculo, ¿Bellamy Bach?" Sus manos a rayas blancas y negras se frotan una y otra vez. "Ella es simplemente, es simplemente fantástica..."

"No", dice Orlando, "¿por qué estás en mi mesa?" Mira de nuevo a la mesa junto a la barra y todos miran hacia otro lado, demasiado rápido. "Te retaron a venir aquí, ¿no? No pensaste que te pediría que te sentaras".

"Yo", ella dice, "No..."

"Quieres que el mundo sea un lugar mejor", dice.

"Bueno", dice ella, "sí. ¿Quién no?"

"¿Mejor para quién?", dice él. "Puede que te resulte mejor que los hombres sepan que piensas que son hermosos, pero tal vez los hombres hermosos prefieran quedarse solos. No te levantes". Ella sigue sentada en la cabina. "Estás aquí ahora", dice. "Deberías quedarte un momento. Forcé a mi enemigo a hacer algo terrible esta noche". Dobla el envoltorio arrugado con cuidado por la mitad, y por la mitad otra vez.

"Tu enemigo", dice Gloria Lunes.

"Ella está sufriendo mucho ahora", dice Orlando. "¿Ella?" dice ella, y él la mira con su único ojo oscuro, y los labios pintados de negro se cierran de golpe. "Ella no sabe quién le ha hecho esto. No sabe en quién confiar, en quién puede depender. Y arremeterá. Hará muchas más cosas terribles con la gente a su alrededor en los próximos días. Su mundo no es un lugar mejor esta noche. Pero el

mío sí. Si aún estás aquí ", dice mientras guarda el papel doblado en el bolsillo de su holgada camisa blanca, "dentro de media hora, si no has subido al espectáculo con tus amigos ", y en ese momento ella mira por encima del hombro rápidamente hacia la mesa junto a la barra y luego de vuelta a él, "entonces", dice: "Te tomaré de la mano y te guiaré a un lugar donde no seremos molestados. Donde no seremos escuchados. Y te prometo que será la mejor última noche de tu vida". Él levanta su vaso de agua y ella le observa beberlo. "Cuando la manecilla grande esté en las tres, ¿entonces?", dice él poniéndolo de nuevo en la mesa entre ellos.

N° 14: Caos

"Dijiste que me ibas a matar" / una cita inútil

"Dijiste que me ibas a matar", dice ella, su voz se ha tornado suave y aflautada.

"Podría", dice.

"¿Qué es esto?", dice ella. "¿Qué estamos haciendo?"

"Magia", dice. "Toma la espada". Cerrando un ojo, el otro escondido bajo un parche ocular ahuecado, allí junto a su nariz agudamente puntiaguda, desnudo, de espaldas al suelo, con las muñecas atadas sobre la cabeza con una media toda negra, atada a su vez a un poste sostenido por una pequeña mesa amarilla encima de los dos. Su largo cabello negro se extiende sobre el mugriento linóleo como un abanico. En el pasillo entre dos líneas de esas pequeñas mesas amarillas, sillas de plástico naranja atornilladas a los postes a cada lado, ella está arrodillada sobre él, con una pierna con media, otra pierna desnuda, encaje negro estirado sobre sus anchas caderas redondas. Su largo cabello negro enhebrado con cintas blancas y lentejuelas plateadas que se extienden sobre su pecho estrecho, su vientre, sus senos rozándose contra él mientras su mano, todavía en un guante a rayas blancas y negras, se cierra sobre la empuñadura del largo cuchillo a su lado. "Parece real", dice ella.

"Por supuesto que sí", dice abriendo el ojo.

"Quiero decir, esto no es, no será..."

"No toques la hoja", dice. "No con la mano".

"Lo siento", dice ella, "no quise hacer nada..."

"Silencio", dice bruscamente. "Por la empuñadura. Ambas manos. Firmemente".

"Es real, ¿no es así?", dice ella con la hoja en posición vertical ante la cara. "Quiero decir, es fuerte". El metal oscuro en la tenue luz, vertiginoso con rayas negras, un brillo arcoiris flotando a lo largo como el aceite sobre el agua. En la pared tras ella, una enorme foto en primer plano de una hamburguesa, descolorida en marrón y amarillo por la mugre. "El wakizashi", dice él. "La espada compañera. Continúa". El arma tiembla en sus manos, sus dedos se abren y cierran alrededor de la empuñadura. Su rostro se ha perdido en las sombras proyectadas por la intensa luz de la lámpara de escritorio en el suelo más allá, enchufada a un cable de extensión naranja que serpentea hacia la oscuridad. Contrachapado clavado arriba, una ventana tapiada. "Gloria", dice. "Continúa".

La larga hoja gira en sus manos hasta que la punta señala hacia el estómago plano, hacia la delgada línea oscura de cabello que sale de su ombligo y hacia la súbita mata de vello que acurruca su polla flácida a un lado, hacia esa delgada línea oscura de pelo interrumpido justo debajo de la punta del cuchillo junto a algo pálido, la piel muerta tensa y brillante, una ondulación, un nudo, cicatrices encorvadas sobre su vientre de cadera a cadera.

"Sin miedo", dice suavemente ahora. "Sin ira".

"Sin miedo", dice ella rotundamente.

"Baja la espada".

"Sin ira", dice ella.

"Vacía", dice.

Ella traga y aprieta la mano con más fuerza sobre la empuñadura. "¿Y si...?"

"Vacía", dice. "Esas no son tus manos. Esos no son tus ojos. Esos no son tus oídos al escuchar estas palabras que no pronuncio. Esa

no es tu respiración, no", dice cerrando los ojos. "No".

La espada baja. Él gruñe, sacudiendo la cabeza y las muñecas y estirando los dedos de los pies que se curvan y se vuelven a apretar, su aliento se vuelve superficial y rápido. Su polla se agita, una sombra late en su base a tenue luz.

"Oh, Dios mío", dice Gloria.

"Sácala", dice entre dientes. Abre el ojo. "Fuera. ¡Ahora!"

Ella tira del largo cuchillo hacia arriba y afuera, con un corte amarillo limpio y húmedo a su paso. "No hay", dice ella. "No hay sangre, no hay sangre".

"Besa", dice, y luego "¡No! No a la espada. No".

"Oh", dice ella, y "oh". Poniendo el cuchillo largo a un lado con cautela. La punta en forma de cuña humedecida con algo muy incoloro.

"Adelante", dice y él cierra los ojos de nuevo, y su cabello tiembla cuando ella se inclina sobre él, una mano de rayas blancas y negras en su pecho, otra en su rodilla, su nariz rozando esa delgada línea oscura de pelo, sus labios en el corte. "Dulce", dice ella. "Como la miel". Ella lo besa de nuevo, lo lame, y él gruñe y tira bruscamente de la media alrededor de sus muñecas. Ella levanta la cabeza. "¡No!", grita él. "No pares". Ella besa el corte una vez más, y abre la boca para cavar con la lengua. Él aúlla.



"Hace demasiado frío", dice Ysabel avanzando con sus botas blancas de tacón.

"Bueno, si tenemos suerte, entonces tendrán el calentador encendido demasiado alto y podrás quejarte de que hace demasiado calor", dice Jo caminando penosamente delante de ella a un lado de

la carretera. Árboles de color verde grisáceo al otro lado del carretera y una maraña de marrón y negro en el suelo. Un aparcamiento de pago, en su mayoría lleno de automóviles, y las bajas guaridas de un parque de oficinas anónimo, todo de ladrillo y vidrio negro en blanco.

"Hace demasiado frío", dice Ysabel, "para caminar durante kilómetros en medio de la nada para una cita inútil..."

"*Medio* kilómetro", dice Jo rodeándola, "hasta la parada del autobús, joder, y no fue inútil hasta que tú le quitaste el sentido, ¿vale?", pasa un camión grande que dice «FedEx» en letras azules y verdes.

"Él quería que mintiéramos", dice Ysabel.

"Son Ventas", dice Jo interrumpiendo la frase a la mitad, el humo de su aliento gira bajo la débil luz del sol. "Mentir es parte del trabajo".

"Lo que dije", dice Ysabel, "qué otra cosa podría ser, sino cierto".

"Bueno, pero no...", dice Jo, mirando hacia otro lado, volviéndola a mirar, "no tenías que hacerlo, no tenías que haberle *dicho* eso. ¿Sabes?", mira hacia otro lado de nuevo. "Quiero decir, podrías haber...".

"¿Qué, Jo?", dice Ysabel con la cabeza inclinada hacia atrás un poco, la capucha de su corta parka blanca posada sobre los hombros. "¿Podría haber qué?"

"Respondiendo a tu pregunta", dice Jo encogiéndose de hombros, temblando en su chaqueta de cuero negro. "Quiero decir que no no tenías que haber sacado el tema del coste mensual adicional de la factura de la luz o el...", y mientras Ysabel con cara pétrea, Jo pasa delante de ella, "así fue como obtuviste todas esas encuestas, ¿no? ¡¿No?!"

"Debería hacer que la gente caiga", dice Ysabel rodeando a Jo, "enamorada de mí, para poder vender" ¡¿qué tiene eso de nuevo?! ",

y Jo mira hacia abajo, raspando el pavimento con una gran bota negra, murmurando algo "¿Qué?", dice Ysabel, y Jo dice "Sí, está bien, seguro de electrodomésticos, Cristo. Lo tengo".

"Seguro de electrodomésticos. ¿Qué diantres es eso?"

"Algo que no sabes que quieres hasta que lo necesitas", dice Jo empujando a Ysabel. "¿No estabas prestando atención al discurso?"

La parada de autobús es un poste azul plantado junto a la entrada de un complejo de apartamentos en expansión. El letrero de madera dentro de un macetero de piedra junto a la entrada dice «Inmobiliaria Brookside». Jo está sentada en la hierba marrón al costado del camino, de espaldas al poste. "Cinco minutos más", dice volviendo a meter el teléfono en la chaqueta.

"Yo diría que hace frío", dice Ysabel, "pero tú simplemente te volverías a molestar". Brazos cruzados con las manos escondidas, apoyada al otro lado del poste.

"Sí, bueno", dice Jo, mirando hacia arriba y hacia atrás, "Y yo diría que deberías ponerte pantalones, pero sí. Vamos a repasar la lista".

"La lista", dice Ysabel.

"¿¿Nuestra lista de enemigos?!", dice Jo. "Comenzando con la bala número uno, ¿Leo, el jodido Duque?"

"Estás equivocada".

"Así que durante semanas estás toda, él es malo, él es terrible, mantente alejada del Duque", dice Jo y "yo no hice eso", dice Ysabel mientras Jo dice: "y ahora que finalmente me pongo de tu parte, ¿¿Estás toda, dale un respiro?!", Ysabel se encoge de hombros. "Entonces, ¿quién es tu número uno?"

"¿¿Debo?!", dice Ysabel suspirando, y luego, "Linesse, el antiguo Yelmo. Ella ha sido torqueada, la Daga ha sido destruido, nos culpa por eso. Y esa cosa, ese Billy, esa es la clase de cosas con las que

lidia la hermana de mi madre".

"Esa con las uñas de hierro y los diecinueve nombres", dice Jo. "Está bien. Entonces, ¿qué tal el Hacha?"

"¿¿Marfisa?!", dice Ysabel. "No".

"¿Qué pasa si ella...?, escúchame. ¿Qué pasa si ella está confundiendo la situación? ¿Qué pasa si me ve como una rival o...?"

"No sois rivales", dice Ysabel.

"Y si, quiero decir qué pasaría si. Clavó la espada, se alejó de ti, de ti y de todo esto, está cabreada, así que tal vez fue a tu, ah, la hermana de tu madre..."

"Ella no está *muerta*, Jo", dice Ysabel, y Jo dice: "No dije que lo estuviera", mientras Ysabel dice: "Aquellos con torque están muertos. Ella no lo está. Yo lo sabría".

"Oh", dice Jo. "Vale vale. Entonces, ¿quién es tu número dos?"

"Si debo", dice Ysabel, "Agravante".

"Su hermano", dice Jo. Ysabel asiente. "Vale", dice Jo, "De acuerdo, es decir, tenemos a esos hombres misteriosos, y el Duque dice que trabajan para un tipo que trabaja para él..."

"¿¿Y ahora confías en el Duque?!"

"Voy a fingir", dice Jo, "que no has dicho eso". Ysabel se pone en cuclillas junto a Jo, frotando sus muslos, tiritando, se abraza las rodillas. Jo dice: "¿¿Y si él está conectado al tipo de la máscara de calavera?!", Ysabel se encoge de hombros. "Porque", dice Jo, "eso haría que todo encajase horrorosamente".

"Probablemente deberíamos poner el nombre de el Mooncalfe en la lista", dice Ysabel.

"¿¿Tú crees?!", dice Jo. "Quiero decir, ese ataque en el Safeway

fue completamente aleatorio y espontáneo".

"Él es el ex del Duque".

"¿Qué?!"

"Pensé que lo sabías", dice Ysabel. Se levanta. "Aquí viene el autobús".

Jo se quita la chaqueta / "dos días enteros" / Él está en

Jo se quita la chaqueta y "No tienes que hacerlo", dice Ysabel.

"No debería haber dicho nada sobre el maldito calentador", dice Jo colocando la chaqueta sobre las rodillas desnudas de Ysabel.

"Ahora te vas a congelar tú", dice Ysabel.

"No", dice Jo envolviendo los brazos en blusa roja satinada sobre sí misma, "voy a acurrucarme". Se inclina cerca de Ysabel, levanta una esquina de la chaqueta sobre el regazo, presiona más cerca mientras Ysabel levanta la vista hacia el autobús en su mayoría vacío, luego se inclina hacia un lado, levanta el brazo y lo libera entre ellas para pasarlo por el costado de Jo. "Ahí", dice Jo apoyando la cabeza en el hombro de Ysabel. "¿Ves? Acogedor".

"Eres tan absurda a veces, Jo Maguire".

"¿Solo a veces?!".

La débil luz del sol de color limón las motea con agujas al brillar entre las ramas por las ventanas de la derecha. Detrás del conductor, un hombre mayor se sienta rígido y erguido frente a la luz del sol, con una caja marrón de banquero en su regazo, en la cabeza lleva un sombrero de felpa gris y de ala estrecha con un surco en lo alto. Unas filas más adelante, una mujer con la cabeza baja, las manos y los dedos presionados contra los auriculares blancos. Los árboles se adelgazan un momento a la derecha y el bus pasa rápidamente por un grupo de excavadoras y retroexcavadoras amarillas, un trozo de tierra levantado junto a una casa nueva y limpia con persianas negras. "¡¿Y ahora qué?!", dice Ysabel.

"¿Qué término?", dice Jo. "¿A corto o a largo?".

"¿Qué tal a cuando volvamos a la ciudad?", Ysabel está

acariciando el cabello corto de Jo.

"Creo que tengo que ir a ver a Erne".

"Erne".

"Sí".

"Jo, no vas a... no puedes. No creas que puedes *desafiar* sin más a quien quiera que sea". Mira a la cabeza acurrucada junto a ella, el cabello bajo sus dedos de un intenso color vino tinto. "Linesse, el Duque, incluso el Mango del Hacha podría ser mejor adversario para ti. Fácilmente".

"¿Qué piensas que iba a hacer?", dice Jo. "¿Dispararles?".

"¡¿No es así como tu gente resuelve este tipo de cosas?!".

"No", resopla Jo, y luego, "bueno, en realidad, podría conseguir un arma si tuviera que hacerlo". rompe a reír un poco. "Vamos a, vamos a averiguar lo que hacer una vez que descubramos quién es. No, Erne...", se estira para tomar la mano de Ysabel entre las suyas. "Yo no debí. no tuve..." Ella suspira. "No debí haberlo dejado así". Aprieta la mano de Ysabel. Ysabel está mirando por la ventana, la luz del sol lame su rostro bajo la capucha blanca de su parka "Hiciste una promesa", le dice a Jo.

"Sí".

"La vas a mantener".

"Él va a", dice Jo, soltando la mano de Ysabel, "son doscientos pavos. Para noviembre. Sólo pagamos hasta octubre. Va a insistir en conseguir su doscientos pavos".

"Eso era parte de la promesa, según recuerdo", dice Ysabel.

"Eso es más que, qué, diez por ciento de lo que nos queda".

"Confiaré en ti en las matemáticas", dice Ysabel.

"Entonces, ¿a ti te parece bien eso?!".

"No es", dice Ysabel, mirando hacia abajo, "no es decisión mía".

"Es nuestro dinero".

"No, no lo es".

Jo se mueve, mira hacia arriba, se sienta y se abraza. "Sí", dice. "Es nuestro dinero".

Ysabel casi niega con la cabeza. "No era mi secreto", dice, y Jo se inclina hacia ella diciendo: "Estamos juntas en esto", e Ysabel mira hacia otro lado, hacia abajo, hacia el pasillo, hacia la parte trasera, hacia los asientos delante de ellas y "confío en ti", dice Jo. "Implícitamente".

"¿Vale?", dice Jo.

"Sí", dice Ysabel. "Está bien".



La luz intensa de la lámpara del escritorio atrapa aquí y allá un rizo o una loncha de carne en su longitud, una pierna con medias, una pierna desnuda, encaje negro todavía tenso alrededor de sus caderas y escondido bajo un michelín de su vientre, pechos desnudos colgando. El nido de su cabello deshecho, trenzas y cintas extendidas a lo largo del linóleo, las lentejuelas chirrian cuando ella gira la cabeza, levanta una mano, se frota los ojos, luego se lleva la palma de la mano a la boca, los dedos frotan un brillo pegajoso que mancha la barbilla y las mejillas. "¡Hola!", dice ella, la cáscara de una palabra, sentada bajo esa enorme fotografía de una hamburguesa.

Sobre los mostradores, tableros de menú vacíos y oscuros. Detrás de ellos, camina cautelosamente entre hileras de hornos y planchas

largo tiempo apagadas y cubiertas de una espesa capa de polvo grasiento. "¡¿Hola?!", Un desgarrador graznido de metal, ruido de tuberías, un chorro de agua. En la fantasmal penumbra de la parte trasera de la cocina, él está junto a un amplio y hondo fregadero salpicándose el rostro, el enjuto pecho, las axilas. Lleva su cabello negro hacia atrás, la ve, se detiene y baja las manos. Esperando. Ella se acerca, abrazándose a sí misma. "Huele a rancio aquí", dice ella.

Él extiende el brazo hacia una muñeca, la atrae hacia él y ella se deja llevar para engullirlo de repente en un fuerte abrazo. Su cabello cae sobre el de ella cuando él besa la parte superior de su cabeza. "Mi teléfono dice que son las tres en punto. ¡Pero no sé si de la mañana o la tarde!", Sus palabras amortiguadas. Ella levanta la cabeza para mirarlo. "Pero también dice que... ¿es día once? Está todo jodido. No hemos estado aquí durante dos días, ¿verdad?".

"No lo sé".

"Papá no ha intentado llamar. Lo que tampoco es que signifique nada".

"Tu padre".

"Sí", dice ella inclinándose hacia atrás, su cabello roza tintineando. "Apuesto a que, que no sabías que era, frecuente". Él frunce el ceño y ella dice apresuradamente: "Tampoco es que te importe. Estoy segura o algo, porque, es como si fueras un vampiro, ¿verdad?", su ceño se acentúa. "Tampoco es que seas un vampiro, por supuesto que no, no lo eres. No tengo idea de lo que eres. Pero es como eh, ¿un vampiro? ¡¿Quizá?!".

"¿Debería matarte ahora?", dice y ella se ríe, negando. "No", dice ella. "No vas a hacer eso. Nunca lo pretendiste".

"Quédate", dice él con las manos sobre sus hombros, alisando sus enredos de cintas y trenzas.

"¡¿Qué, aquí?!", alejándose de él bajo sus manos, mirando alrededor de la oscura cocina. "Josh siempre dijo que este lugar era

una galería de tiro".

"Quédate aquí, conmigo". Sus manos en sus caderas ahora, acercándola nuevamente.

"¿Qué pasa con ella?", dice ella con las manos en las caderas de él ahora, "¿qué pasa con tu enemigo?!", mira el pulgar y acaricia la cicatriz opaca en su vientre.

"¿Qué pasa con ella?". El se encoge de hombros. La besa pero se detiene, alza la mano a los labios, vuelve a fruncir el ceño, y luego se lame la boca con exagerado cuidado. "Indolente", dice. "Niña indolente y codiciosa".

"Sí", dice ella. Sus dedos se posan en su polla alargada. "Lo que fuese, lo que fuese anoche fue el mejor... la mejor...."

"Qué", dice. "¿Qué fue?".

Ella niega con la cabeza y lo aprieta y mordiéndose el labio lo mira de nuevo y dice, en voz baja, precisa, "Serás hijo de perra".

"Oh", dice, "oh no, Gloria Lunes. Soy el Mooncalfe. Soy un desmadrado".



Zapatillas de deporte extravagante, hinchadas, atadas y reforzadas, impecablemente blancas, agitando los grandes pedales planos de un entrenador elíptico, guantes de ciclista sin dedos en los bastones del entrenador, auriculares azules y blancos tapando sus orejas. No está mirando a nada en particular, ni a la televisión que cuelga sobre la barandilla del balcón, ni a la habitación de abajo llena de crujidos de cables y el ruido de las pesas, los gruñidos de esfuerzo, los zapatos chirriantes, los golpes contra las colchonetas. "¡No tiene ni *idea* de lo mal que está la cosa ahí fuera!", grita el calvo con barba en la televisión. "¡No tiene ni *idea*!", repite golpeando una mesa de cristal llena de papeles, "¡He hablado con

los jefes de casi todas estas empresas en las últimas setenta y dos horas y él no tiene ni *idea* de lo mal que está la cosa ahí fuera!" «Deje de Comerciar», dice el letrero rojo en la parte inferior de la pantalla, encima de un flujo constante de números y siglas. Roland reduce el ritmo desacelerando su respiración, lenta, regular, respirando profundamente por la nariz y y soplando por la boca. Un bastón de punta roja se alza junto a su hombro, se tambalea, se balancea, desaparece, empuja un casco de sus auriculares, se lo quita de la oreja y una explosión de violines escapa. Retrocede hacia un lado, con las manos y los pies deteniéndose de repente, un suspiro desde lo más profundo de la máquina. La mujer que está parada allí sosteniendo el bastón tiene un sombrero negro y suelto sobre su cabello amarillo. "¿Hanson?", dice ella. Él está bajando sus auriculares, colocándolos alrededor del cuello. "Estabas corriendo hacia atrás", dice ella. Él se aparta de los pedales. Con las manos en las caderas, inclina la cabeza hacia ambos lados y estira el cuello. Ella está hurgando alrededor de los bolsillos de su chaquetón color lluvia con su mano libre. "Eres un maldito idiota", dice ella.

"Ya deberías saberlo".

"¿Fue una broma? ", su mano libre saca un puño del bolsillo. "Necesitas señalarles mejor". Su puño alzado entre ellos se abre con un giro de muñeca para revelar un cochecito de juguete, plateado y verde. "Adelante", dice ella con el ala de ese sombrero negro levantándose. "Tómalo". Sus mejillas aprietan los temblorosos ojos lácteos. "Ya no voy a llevarlo encima. Malo para los negocios ".

Él le quita el cochecito de la mano. "Negocios", dice.

"Esta ridícula interpretación errónea del Sudeste en la que estamos confabulados. Nadie tratará comigo, el Carro".

"Él se disculpó por ello, señorita Cheney".

"No con suficiente fuerza". El ala de ese sombrero vuelve a sumergirse para ocultar sus ojos. "No para que aquel de importancia pueda escuchar".

"¿¿Quién repite la calumnia?!", dice Roland. "Dadme un nombre.

Yo mismo me encargaré de ellos".

Su boca se tuerce amargamente. "Nadie tendrá tratos conmigo, caballero".

Él gira, recoge una toalla de la barandilla y se seca la frente. "Y vos, naturalmente, asumisteis que". Se pone la toalla sobre los hombros. "quizá nadie tendrá tratos, bruja, porque nadie tiene nada con qué tratar". Él pasa junto a ella, pero ese bastón golpea el suelo bloqueando su paso. "¡¿Y bien?!", dice él, mirando su punta roja. "¡¿Os he dicho algo más que ya deberías haber sabido?!".

"Quizás nadie más sea tan estúpido como para decírmelo", dice la señorita Cheney. Ella tira del bastón hacia atrás, lo barre para tocar la base del entrenador elíptico. "Algo está pasando", dice bajo el ala de ese sombrero. "*Algunos* están confabulados".

"No me concierne", dice Roland, pasando.

"¿No?", la señorita Cheney vuelve a golpear su bastón. "Bueno, demonios", dice ella mientras él se aleja. "¡¡Me aseguraré de extrañaros a todos cuando os hayáis ido!!".



Un tramo de escaleras empinado y estrecho. Altas paredes verdes a ambos lados pintadas tantas veces que todavía parecen resbaladizas, todos los bordes y esquinas redondeadas y suaves. Jo en el rellano a medio camino, con su chaqueta de cuero negro, una bolsa de lona color beige claro colgada al hombro, una caja larga y estrecha de cartón atada a un lado. Jo mira desde lo alto de las escaleras, hacia un pasillo blanco, puertas dobles oscuras, una luz de vidrio esmerilado sobre ellas ilumina desde dentro.

"¡¿Jo?!", dice Ysabel un par de escalones por debajo, botas y parka blancos.

"Parece que él está adentro", dice Jo y agacha la cabeza y pasa al

interior.

Una habitación ancha y profunda, el fondo se pierde en las sombras. Los espejos se alinean en una pared del suelo al techo. El suelo oscuro está marcado en una docena de puntos con varias X de cinta adhesiva azul. Un hombrecillo en camiseta y pantalones de chándal, brazos y piernas firmes en desacuerdo con el pecho de su torso, camina suavemente de un toque de luz al siguiente, la espada en su mano barre lentamente un brillo desde abajo a su lado, casi rozando el suelo, la sube y la gira por su cabeza colocando el brazo suavemente doblado con la mano en posición supina al nivel de los ojos, apretando la empuñadura entre el pulgar y el índice. Su otro brazo, hacia atrás y hacia arriba para mantener el equilibrio, termina en un gancho de metal. Hundiéndose lentamente en una estocada larga y baja, ese gancho retrocede chasqueando ausentemente mientras él alcanza su extensión completa. Junto a la puerta entornada, Ysabel, detrás de ella, Jo observa cómo él recupera la postura, inclina la espada con paradas precisas hacia cada uno de los cuatro cuartos, bajando el gancho, juntando los pies, la hoja en posición vertical ante su rostro hundido, un breve saludo. "Dos semanas", dice bajando la hoja con un movimiento de su muñeca. Camina por la habitación para colocar la espada sobre una estera enrollada junto a otra media docena, todas ellas con puntas de goma negra y roma.

"Sí, bueno", dice Jo, "han pasado cosas". Baja la lona, la caja descansa en posición vertical ante ella. "Tengo los doscientos pavos del mes completo, excepto, ya sabes. Dos semanas". Él gira acariciándose el cuello bajo su salpimentado Van Dyke. La observa allí de pie, con las manos juntas en la parte superior de esa caja. "Sin embargo, tenemos que encontrar nuevos trabajos", dice Jo, "por lo que podríamos necesitar hablar sobre el horario, averiguar algo si no es trabajo nocturno, supongo".

Él avanza rápidamente hacia ellas, inclinándose hacia delante, mirando la cara de Jo. "Has estado en otra pelea", le dice y su mano salta al moratón amarillento a lo largo de su sien. "Más o menos", dice ella.

"¿Con eso?!", dice. "¿Puedo verlo?!".

Ysabel queda detrás de Jo mientras ella abre las solapas de la caja y levanta la espada envainada con una garganta de metal forjado y una capa del color de las nubes de tormenta. La empuñadura es simple y recta, envuelta en alambre opaco. Los gabilanes son limpias barras rectas casi tan anchas como la empuñadura. Alrededor de ellas, una reluciente red de hebras hiladas en gruesos nudos de acero redondos y trabajados, todos reunidos en una sola trenza que desciende a lo largo de la empuñadura para terminar en el gran peso plateado de un pomo.

Vincent levanta la mano, se detiene, mira a Jo, con la boca abierta para hacer una pregunta. Ella asiente. Él toma la empuñadura en su mano y con un sonido de acero ligeramente raspado contra cuero y metal saca la espada hacia arriba y hacia afuera. Jo sostiene la vaina negra lisa todavía en una mano, en la otra la caja. Ysabel tiene la mano sobre la de Jo.

Él inclina la hoja, ataca el aire, la hace girar ampliamente, "Bien", dice. "Bien equilibrada. Ligeras, pero eso es bueno para ti. Él no ha perdido su toque". Levanta la espada hasta que la punta se tambalea justo por encima de la mano de Jo, guiándola hacia la vaina, hundiéndola lentamente en su sitio. "Condenado mejor aspecto que esa épée raída".

"Uh", dice Jo, y de repente, "Perdí esa espada".

"La perdiste", dice Vincent Erne.

"Junto con mi chaqueta favorita. Lo siento, lo siento, fue estúpido, la dejé en el baño de un...."

"Esa es una chaqueta bastante buena la que tienes ahí", dice y luego sale de la habitación.

"Mierda", dice Jo, y "¡¿Señor Erne?!", dice Ysabel mientras gira para seguirlo, Jo queda recogiendo el bolso y la caja. "Sr. Erne". Saliendo de la amplia y profunda sala por el pasillo hacia una oficina al lado donde él está de pie junto a una larga mesa perdida bajo montones de libros y pilas de papel, vertiendo un sorbo de

whisky en una taza de café. Un cartel en la pared encima de él dice «El Sujeto Leal». "Por el amor que profesáis a mi madre, Sr. Erne", dice Ysabel, "¿consentiríais volver a entrenar a Jo Maguire?".

"Profesaba", dice Vincent y toma un trago de la taza.

"De veras", dice Ysabel. "El respeto, entonces, en el que estoy segura... "

"Por los doscientos pavos al mes", dice. "Pero a las once en punto de la mañana. Ahora salid echando host... ¿y tú qué quieres?".

Una confusión de girar en la puerta de la oficina. En el pasillo, una mujer con mono azul marino y gorra, un abrigo gris que oculta la etiqueta con el nombre en el bolsillo de su pecho. Sostiene un portapapeles y un sobre blanco liso. "¿Mensaje para el Gallowglas?", dice ella.

Y después de un momento Jo dice: "Sí, yo, ¿quién es, qué?",

"¿De quién es?", dice Ysabel.

La mujer del mono mira el sobre, le da la vuelta, mira el portapapeles. "Frank, ah, ¿Frankie Reichart?!".

George's, dice / Té & Pimienta / algo bastante especial / un sabor

«George's», dice en letras rojas y amarillas en una curva en la gran ventana delantera. «Se Reparán Zapatos». Una mesa de trabajo detrás de un mostrador. Está atestada de zapatos de todas las formas y colores. En un taburete delante de él, Frankie con un voluminoso jersey de vellón verde, el cabello oscuro lavado y cepillado y atado hacia atrás, las mejillas ensombrecidas con una ligera barba negra. "Sólo un, sólo un segundo", dice él con una zapatilla azul y marrón en una mano y un Oxford negro de punta cuadrada en la otra. "Gordon", dice: "¿Cómo está esto?!", Cuerdas y vientos de madera recorren una frase sombríamente repetitiva en el radio-reloj sobre la mesa de trabajo junto a la pila de zapatos. El anciano con una camisa de gamuza verde pálido que está de pie junto a él toma los zapatos en sus manos y los mira, inclinándolos de un lado a otro. Asintiendo. "Estás empezando a acostumbrarte a esto", dice. La pared detrás de la mesa de trabajo está llena de estantes de madera divididos en cubículos regulares, cada uno lo suficientemente grande como para un par de zapatos. Pasando la mano por un estante, golpea suavemente, se detiene para deslizar ambos zapatos dentro de una ranura vacía.

"Vale", dice Frankie volviendo al mostrador.

"¿Qué coño, Frankie?", dice Jo.

"Sí", dice Frankie, "han sido unas semanitas extrañas, supongo".

"¿Alguien quiere un poco de té?", dice Gordon. Jo niega con la cabeza sin apartar la vista de Frankie, quien dice: "No, gracias".

"¿Algo herbal?!", dice Ysabel desabrochando su parka.

"Voy a poner una tetera", dice Gordon agachándose al cruzar una puerta acortinada. Dos voces altas y ricas se elevan desde el radio-reloj, «di-ek eni awik kher ka-ek, shesepi su ankhi yemef». "Bueno",

dice Frankie de pie apoyando los codos en el mostrador. "Hay un tipo. Va a por ti".

"¿Quién?", dice Jo.

"Uno de los que me atrapó esa vez, para esa locura, esa cosa. ¿En el centro comercial?!".

"Del Duque", dice Jo.

"¿Cuál de ellos?", dice Ysabel.

"Tenía un", dice Frankie, "largo cabello negro. Y un...", se señala la cara, "parche ahora, como un pirata. Y siempre lleva puesto, no era como una falda escocesa, pero era como una falda".

"El Mooncalfe", dice Ysabel.

"¿Y como si nunca usara zapatos?!"

"¿Cómo es que tú...?", dice Jo, y luego, "Te dije que te mantuvieras alejado de esta mierda".

"Él me *agarró*", dice Frankie. "*Otra vez*. Justo fuera del jodido coche de Timmo. Tenía una *espada*".

"¿Qué estabas tú haciendo en el coche de Timmo?", comienza a decir Jo.

"Ese va a por *ti*. El que me agarró para que yo hablara sobre *ti*. Me llevó... ¿conoces ese Burger King? En Burnside, ¿justo en el centro? Él, supongo que vive allí. Bueno". Se frota las manos, la mugrienta uña del pulgar rascaba un poco de roña. "Yo no iba a... Quiero decir que pasó, no pudo haber pasado más de un par de días, ¿pero fue más de una semana?!", las yemas de los dedos frotan un viejo arañazo a lo largo de los nudillos. "Fue extraño". Separa las manos apretadas en puños, uno de ellos golpea la encimera. "Ese tenía que atraparte antes de que otro pudiera, pero cuando nos fuimos ya era demasiado tarde. Ya había sucedido. Fue como, después de Halloween, y honestamente, juro que sólo fueron

un par de días. Y yo no iba a decirle una mierda, pero...", y él aparta la mirada.

"Frankie", dice Jo.

"Le hablé sobre Billy, Jo. Eso es lo que... eso le gustó. Él iba, el *está* yendo a por ti de alguna manera con Billy. Lo siento".

"Ya lo ha hecho", dice Jo.

"Joder, Lo siento tanto...", Frankie mira hacia arriba, parpadeando. "¿Ya?", dice. "*Mierda*". Golpea el mostrador de nuevo. "Te llamé", dice. "Juro que llamé y llamé".

"Tengo un teléfono nuevo", dice Jo al mismo tiempo que Ysabel dice, "Tiene un teléfono nuevo".

"Incluso llamé a dónde trabajabas y el tipo de allí, como se llame, me dijo que ya no trabajas allí. Le dije que te dijera cómo encontrarme porque era *importante*", levanta las manos y extiende los dedos como para sopesar esa palabra en el aire entre ellos, "y me dijo, ¿sabes?, que haría lo que pudiera, pero". Frankie se encoge de hombros, sacude la cabeza, se desploma y mira hacia la parte trasera de la pequeña tienda. "Fue entonces cuando Gordon dijo que tenía personas que podían enviarte un mensaje en cualquier momento y en cualquier lugar. Al menos he...", y se sienta y suspira, "al menos he podido conseguir esto", echa mano al bolsillo de sus pantalones caqui mientras una fanfarria estentorosa se despliega de el radio-reloj. Deja caer con un roce y un traqueteo algunos billetes arrugados, algunas monedas, un par de pavos, minedas de diez centavos, algunos centavos. Alisa los billetes, un par de decenas de cinco, un par de billetes de uno. "Toma", le dice empujándolo todo sobre el mostrador hacia Jo.

"Esto es todo tu dinero, ¿no?", dice ella.

"Me va bien ahora", dice. "Te debo cincuenta pavos. Ahora es, ahora son veintidós y calderilla. Por favor, Jo. Puedes aceptarlo. Te traeré el resto".

Ella recoge lentamente los billetes, los dobla, retira las monedas del mostrador y las cierra en su mano. "¿Te vas a casa ahora?", dice ella, y él niega con la cabeza. "Esto es como", dice, "esto es como un paso adelante, ¿sabes? En las últimas semanas. Conseguí un lugar para dormir y ducharme, conseguí algo de ropa, y yo... Estoy trabajando para todo esto, ¿sabes?", mira hacia atrás al montón de zapatos en la mesa de trabajo. "Y no veo a Timmo. Él no puede llegar hasta mí aquí". Volviendo a mirar a Jo y a Ysabel. "Gordon lleva mierdas jodidamente profundas. No lo dirías, pero apuesto a que es casi todo lo profundo que se puede, estos días".

"Más profundo, estoy segura", dice Ysabel mientras Jo se inclina sobre el mostrador hacia Frankie, quien se echa hacia atrás, luego, sacudiendo la cabeza un poco se inclina hacia ella. Ella le besa, ligeramente, y luego niega con la cabeza cuando él trata de besarla, ella se endereza y se aleja del mostrador. "Gracias", dice ella.

"¿Cómo terminaste aquí?", dice Ysabel. "El Mooncalfe no te habría dejado escapar con un conejo, estoy segura".

"¿Él no?!", dice Frankie. "Él, quiero decir que él, *me cambió* a mí. ¿A Linessse? Quiero decir, no a Linessse, a esa, como a su jefa, por, por esto..."

"Por Billy", dice Ysabel.

"¿Supongo?!", dice Frankie. "Sí".

"Linessse", dice Ysabel. "¿Estás seguro?!"

"¿Mujer alta? ¿Cabello gris? Vive en un coche junto a una estación de servicio abandonada en medio de la nada, cerca del aeropuerto". Mira hacia atrás a la puerta con cortinas, de repente en silencio, "¿Supongo que ella y Gordon solían tener algo? De todos modos. Ella me dejó aquí".

"Deberíamos irnos", le dice Ysabel a Jo.

"¿Qué pasa con tu té?", dice Frankie.

"No ha ido a hacer té", dice Ysabel. Jo está levantando su bolsa de lona, la caja estrecha resulta incómoda en la pequeña tienda. "Claro que sí", dice Frankie mientras dice Ysabel. "Él no quería escuchar asuntos que no le conciernen".

"Bueno, no tiene que ver...", dice Frankie mientras ellas giran hacia la puerta, hacia la ventana con su curva de letras. "Volverás, ¿verdad? En algún momento. Quiero decir, a por los veintidós pavos, ¿verdad?"

Suena el timbre cuando Jo abre la puerta. "Quédatelos", dice ella.



Una cocina estrecha, el fregadero y el refrigerador y un poco de encimera de madera bajo una ventana en blanco y negro, un par de hornos relucientes colocados en la pared junto a ellos, una robusta mesa para cortar carne en medio con un par de quemadores de gas en la parte superior. Jessie, con una holgada camisa de vestir blanca y pantalones de yoga grises, corta un par de pimientos rojos en tiras largas y delgadas. Cabello rubio recogido en un nudo sujeto por un par de palillos rojos. En el fogón junto a ella, cebollas picadas hierven a fuego lento en una sartén de hierro fundido. De pronto, una de las dos puertas se abre y una niña, toda rodillas y codos, entra en la cocina al ritmo de lo que sea que se reproduce en los auriculares rosados de gato de dibujos animados sin boca. Jessie deja de cortar el pimiento para observar a la niña bailar alrededor de la mesa para cortar, vestida con una camiseta blanca con magas recortadas y ropa interior adornada con ponis arcoíris. La niña abre el refrigerador, se inclina dentro, el oscuro cabello largo y liso se balancea, Jessie mira sin expresión por encima del hombro a los ponis que botan de un lado a otro. "Hijo de perra", dice el Duque cojeando por la otra puerta batiente, "hijo de una jodida perra". Aprieta el cinturón de su abierta túnica rayada de púrpuras, marrones y dorados. La niña se retira del refrigerador, la cierra con la cadera y tiene una alta lata de color púrpura y azul en la mano. «Cuatro Loko», dice a un lado. Se presiona contra el Duque, se pone de puntillas para besarle la mejilla, da un profundo trago de la lata,

brazo levantado, repitiendo un estribillo y moviendo la cabeza, sale por la puerta por la que ha entrado. "Huele genial, nena", dice el Duque.

Jessie comienza a rebanar el pimiento nuevamente. "Las amas de casa", dice, "tenían un truco: tomaban una cebolla justo antes de que sus esposos llegaran a casa del trabajo y la picaban y comenzaban a freírla en mantequilla o simplemente la echaban entera al horno caliente. Dejaban que la cocina oliera como si hubiera estado cocinando todo el día sólo para él, y no tumbada en el diván comiendo bombones. Luego podía preparar un poco de sopa de tomate en lata con un poco de jerez y algunas cebolletas o algo así. Toda una Sra. Urgencia. Como si él se fuese a notar la diferencia". Recoge las tiras de pimienta y las vierte en la sartén con las cebollas.

"Tengo personal", dice el Duque, "hay restaurantes", mientras Jessie dice. "Me gusta cocinar", y el Duque se encoge de hombros y apoyado en la mesa para cortar se acerca a ella, un brazo se asienta sobre su cintura mientras ella revuelve los pimientos y las cebollas juntos. "¿Y qué estás cocinando?", dice él.

"Chakchouka", dice Jessie. "Es del norte de África". Ella alcanza una gran lata amarilla que dice «Cento San Marzano».

"Tengo un asunto con Song Wu en casi una hora".

"Estará listo en quince o veinte minutos", dice Jessie apretando un abrelatas en la lata. "Te lo comerás en cinco, como mucho". Abre la lata con giros seguros de la llave. "¿*Tiene* ella que quedarse aquí?!"

"¿Qué, quién, Lauren?", alejándose de Jesse. "No puede ir a Seattle, nena. Jasmine no va a mudarse aquí. ¿Qué se supone que debo hacer, echarla a la calle?"

"Podría ponerse algo de ropa", dice Jessie echando tomates de la lata sobre los pimientos y las cebollas.

"Mira quién fue hablar", dice el Duque. "Usualmente".

"A mí me pagan por hacer eso", dice Jessie. "Me pagas tú. ¿¿Le pagas a ella?!"

"Vale", dice el Duque, "mira, sé a ciencia cierta que esto es una distracción, y lo que sea que la produce no tiene nada que ver con Lauren porque la idea es jodidamente ridícula y los dos reconocemos este hecho, así que quizá quieras dejar la espátula y respirar profundamente y decirme cuál es el jodido problema".

Jessie deja la espátula, recoge una pequeña botella amarilla con una iguana en la etiqueta, sacude gotas de salsa sobre los tomates, pimientos y cebollas. "Tráeme unos huevos", dice ella. "Estante inferior". Y cuando el Duque se da la vuelta y abre el refrigerador, ella dice: "¿Quién anda jodiendo la marrana esta vez?!"

"¿Qué?", dice. "Oh. Roland. El Carro. Aparece sin previo aviso, comienza una pelea con Gaveston, sube embistiendo hasta aquí. Tiene la jeta para exigirle que le cuente todo lo que sé sobre el ataque a la Princesa, dónde sucedió, que sé yo, tiene las agallas, las jodidas *agallas*", dice negando con la cabeza, "para usar el nombre de la Reina. A esto llega", levantando el dedo índice y el pulgar juntos, "acusándome a *mí* directamente de ser la mente maestra de esta cosa por la que casi le matan a *él*. Ese el Carro, yo no lo llamaba antes sutil o sofisticado, claramente no en la descripción del oficio, pero esto, esto está tomando la densidad de un pastel completamente nuevo. Jessie. Hey. Jessie". Ella está sacando pequeñas porciones de tomates y pimientos a fuego lento y rompiendo un huevo en cada una y no mira al Duque mientras lo hace. "Pase lo que pase", dice, "conmigo y con el Gallowglas, seré el Rey con el cambio de año. Ysabel será la Reina. Y ella y yo, ya sabes, no seremos exactamente lo que se llamaría compatibles. Ahora bien, *tú y yo*", y Jessie gira y le mira ante eso con el último huevo en su mano, "tú y yo, nosotros. Tenemos nuestros altos y bajos, creo que eso es bastante especial". Ella da la vuelta, abre el último huevo y lo deja caer en la sartén. "Tal vez ahora mismo estás en un lugar en el que prefieres más estar con una chica que con un chico, lo cual está bien, definitivamente puedo apreciar eso, y no supone diferencia. Nada tiene que cambiar. Pase lo que pase, el próximo mes más o menos, tú le gustas a la Princesa. Mucho. A ella le seguirás gustando cuando sea la Reina".

Jessie ha levantado la tapa de una olla y ahora mira al Duque y, niega con la cabeza lentamente, soltando una carcajada, dice: "Acepta a mi esposa. Por favor".

Él se gira y se frota la frente, "Sólo digo que", dice él. "hay que jugar bien las cartas".

"No hay malditas cartas, Leo", dice ella. "Ese es el problema. Nadie más está jugando". Gira una mando para bajar la llama. "Tienen que pochar durante diez minutos. Ve a ponerte una camisa o lo que sea que vayas a hacer por Wu Song".



"¡¿Los cinco-Oh?!", dice Gloria. "Con el bistec".

"Ella tomará la empanada de vegetales", dice Orlando.

"Y una mierda", dice Gloria. "Cinco-Oh. Bistec".

"Eso es asqueroso".

"Te dejaré invitarme a cenar", dice ella, "pero no puedes decirme lo que voy a comer".

"Ella tomará la empanada de vegetales", dice Orlando. Saca una servilleta de la pila ordenada bajo un pisapapeles en forma de hamburguesa. "Yo también tomaré la empanada de vegetales".

"Señor", dice el tipo corpulento detrás del mostrador, sus antebrazos peludos oscuros con tatuajes borrosos. "Ella no quiere eso. No voy a preparale una hamburguesa que no quiere".

"Además, esas cosas son totalmente nocivas", le dice Gloria a Orlando. "Pasta de soja industrial modificada genéticamente que empapada en aditivos y conservantes". Él está doblando la servilleta y otra vez, cerrándola entre las palmas juntas. "En un lugar como

este", dice, "la carne es una opción mucho mejor".

"Alimentada con pasto, libre de hormonas", dice el tipo corpulento. "Lo conseguimos nosotros mismos y hacemos las empanadas a mano. ¡¿Qué será?!"

Orlando retuerce una mano contra la otra y levanta un plegado billete de veinte. "Yo tomaré la empanada de verdura totalmente nociva. Y ella tomará", y suspira y le entrega el billete al tipo corpulento, "lo que ella quiera".

"¿Solo una hamburguesa vegetariana? ¡¿Quieres algo más en eso?!"

Orlando dice, "Ketchup" y luego, "Quédese el cambio", cuando el tipo corpulento comienza a sacar calderilla.

"¿He entendido totalmente el asunto? ¡¿Lo vegetariano?!", dice Gloria mientras se alejan del puesto de comida con bocadillos envueltos en papel blanco en la mano. Las hojas muertas crujen en la acera de balsosas bajo sus botas negras de gruesa suela, él va con los pies descalzos. Hay una hilera de puestos de comida, mejilla con mejilla por la calle del bloque a la luz de la tarde moribunda, y hay grupitos de personas consultando tableros y carteles de menú que dicen «Árabe» y «Quesiletes Philly», «Sabria», «La Jarochita», «Fusión Bulkogi» y «Cerdo Ahumado, El Verdadero Sabor de la India». Personas sentadas en bancos aquí y allá, esperando comida, hurgando en cajas de plástico transparente y cajas de cartón con tenedores de plástico blanco, pelando envolturas de papel de aluminio y cortando rebanadas de pizza. Orlando con su larga falda azul y una chaqueta gris sin forma se sienta abruptamente en uno de los bancos junto a un tablero de sándwiches que dice «Dabtong Thupka», y un hombre corpulento con una chaqueta tweed se encuentra de repente en el otro extremo del banco con una taza de sopa en una mano, palillos en la otra, y negando con la cabeza se aleja rápidamente. "Yo era estudiante de segundo año vegetariano", dice Gloria sentada junto a Orlando. "Vegano, en realidad, en su mayoría. Excepto que nunca pude soportar la leche de soya en mi café", su cabello va recogido en sus dos grandes mechones de nuevo sobre cada hombro, sus labios cuidadosamente más pintados que

nunca de negro, un largo abrigo negro de botones de cristal sobre su vestido negro de cintura alta. "Aumenté como cinco kilos, tras lo cual comencé a leer sobre la agricultura industrial y los alimentos procesados, y qué hay exactamente en *esas cosas*", señala la hamburguesa de Orlando con las manos en esos guantes de brazo a rayas blancas y negras. "Y aunque, o sea, un tipo tuvo un ataque al corazón, o algo así, a mí siempre", y mirando su propia hamburguesa, se muerde el labio con una risa, "me ha ido el exceso, así que me volví totalmente Atkins. Sólo carne y sándwiches de lechuga, y perdí como dos kilos", le da un gran mordisco. "Pero echaba de menos el pan", dice, y traga. "Echaba de menos la carbonara, mi papá la hace con panceta del Mercado de la Ciudad que hay en la veintinueve", levanta la vista hacia las luces que se encienden en los puestecitos de comida, lámparas halógenas y lámparas de calor y cuerdas de luces navideñas. En las sombras cada vez más profundas, los azules y púrpuras de los edificios que se elevan detrás de ellos. "En realidad es viernes, ¿no?", dice ella. "Me he ido. Me he ido del mundo durante dos días completos, sólo...", niega con la cabeza. Da otro mordisco a su hamburguesa.

"Eso es asqueroso", dice Orlando.

"¡¿Esto?!", dice Gloria.

"Sangre y muerte".

"Pruébalo", dice ella levantando la mano con las yemas de los dedos manchadas y brillantes. Él retrocede. "He probado la sangre", dice él.

"No es sangre, vampiro", dice ella. "Es zumo de piña y salsa teriyaki y salsa de carne y es muy, muy bueno. Está muy bien". Da otro gran bocado desgarrador de hamburguesa, masticando, tragando, chasqueando los labios. Inclinandose cerca. "Todo un sabor". Y ella le besa y, estremeciéndose, él abre su boca sobre la de ella y sus manos se acercan a sus hombros y la sostienen por un momento mientras la besa antes de separarlos de repente. Se para abruptamente. Sin mirar, lanza su envoltorio blanco y arrugado al cubo de basura al otro lado del banco. "Ven", dice tomando su mano libre.

"¿Qué?", dice ella, "¿Adónde?", mientras él la pone de pie, "¡¿Vamos?!"

"Al futuro", dice él.

una manzana, pelada y sin corazón / Charla de Trabajo / frustrando al Sr. Sogge / El Jardín de Rosas

Una manzana pelada y sin corazón y dividida en trozos en un plato de papel blanco liso, la cáscara en un largo hilo irregular enrollado sobre la alfombra. Una gruesa vela roja desplomada sobre sí misma en otro plato de papel, derramada en un charco de cera derretida. Una caja de fósforos negra y plateada que dice «Boxxes» en barradas letras angulares encima de un ojo estilizado. Aceitunas sin hueso con trozos de carne todavía aferrados, dos cortezas de queso de cera negra y rojo pálido, un chusco de pan crujiente. Posos de vino tinto oscuro en un par de vasos de zumo, uno impreso con un oso de dibujos animados en un traje espacial, otro una rana con el escarlata de Lincoln sosteniendo un arco. Desde un rincón escondido y por encima del raspado susurro de la aguja sobre el vinilo, un coro de vientos de madera funde notas inquietantemente simples sobre cuerdas suavemente ondulantes. Junto a la vela, un conejito deshilachado con una correa de hebra olisquea un par de cápsulas vacías de gel amarillento. "¿Una O?!", dice la mujer sentada en la alfombra. Recoge el conejo hacia su regazo acolchado, faldas solapadas en faldas de lana y seda, tafetán y pana, piernas con calcetines diferentes extendidas entre los platos de papel y las migas. "Eso no es para ti, Jasper", dice ella. Sentada contra un sofá barroco y regordete, su cabello rozando, su cabello suelto sobre los hombros, enrollado en rizos y rizos sobre el sucio impermeable anaranjado, su cabello se acumula en resbaladizas madejas a lo largo de la alfombra y el piso desnudo. La mujer acurrucada en un rincón del sofá detrás de ella dice: "R", mientras toma puñados de mechones de ese cabello en rítmicos y ondulados cepillados, y pequeñas ráfagas de luz chispean y se arremolinan para asentarse de nuevo. Ella viste un suéter holgado del color de la harina y en el sofá junto a ella hay un sombrero negro al lado de una gorra de retales color confeti.

"¿R?!", la mujer en el suelo se inclina hacia adelante, tirando

para liberar su cabello con una caída de luz. "No hay nada, cosita". Mirando el bucle de la cáscara de manzana. "¿Eso es un descendiente? ¡¿La pequeña cosita?!"

"¡¿O, por quién?!", dice la mujer en el sofá. "¿Oubliette? ¿Otomano?"

"Ofensor". La mujer en el suelo se recuesta en el sofá.

"Pero hay una Reina". La mujer en el sofá comienza a acariciar ese cabello nuevamente. Si sus ojos lácteos miran algo, es al mostrador al otro extremo de la larga y estrecha habitación, a la lámpara tenue, a las gotas de aceite que gotean regularmente por la cortina enroscada que cuelga de su sombra.

"Podría *ser* una R", dice la mujer en el suelo. "Si todo es otro".

"¡¿No lo es?!", dice la mujer en el sofá. "La miel se ha agriado, el azúcar casi se ha ido".

"*No digas*", dice la mujer en el suelo, temblando, pateando los talones. "cosas así. No se supone que nosotras debemos mirar cosas así".

"¿Qué quieres decir con nosotras, Kemo lo sabe", dice la mujer en el sofá. Hunde las manos más profundamente en ese cabello, y nubes de chispas iluminan su triste humor. "Está afectando a los negocios, los tuyos y los míos. Veamos qué se puede observar. No tenemos que decirlo". Hasta los codos en todo ese cabello. La mujer sentada en el suelo comienza a gemir, sus párpados revolotean, se mecen con las caricias y sus manos forman algo en el aire. "La oscuridad", canturrea ella, "¡la oscuridad del año...!"

"No soy una provinciana", murmura la mujer en el sofá. Luego, mientras el gemido se duplica, tira de la mujer hacia el suelo más cerca. "¡¿Pero tal vez tú sí?!"

"Roble a roble y nunca un higo de acebo", dice la mujer en el suelo, jadeando, abriendo los ojos. "Un verano y un verano", dice rotundamente, "la gloria y la caída. Sombreros".

"Eso no tiene ningún...", dice la mujer en el sofá mientras el resbalado conejo se esfuerza por volver a su regazo, la mujer en el suelo se avalanza a por a la gorra de color confeti. "¡Sombreros!", dice ella.

El sonido de un gong cuando Orlando empuja la puerta para abrirla, sosteniéndola para Gloria con su largo abrigo negro, ella girando y girando para mirar toda la basura apilada en el vestíbulo. "Por aquí", dice él guiándola a través del estrecho umbral hacia la larga y estrecha sala más allá, iluminada por una vela y una lámpara y la luz que queda tras filtrarse por ventanas altas y polvorientas. Dos mujeres, una al lado de la otra en un sofá barroco y regordete bajo un tapiz llamativo, una bailarina con velos y lentejuelas que sostiene en alto un plato cargado con una cabeza barbuda. "Perdón, Ulyssa", dice Orlando. "Podemos volver..."

"No, no", dice la mujer del sombrero negro. "Sólo es una socialmente inaceptable charla de trabajo en la fiesta. ¿Qué podemos...?, ah", mientras la otra mujer con su gorra color confeti salta sobre sus pies pateando uno de los vasos de zumo con un tintineo. "¡O, de Orlando!", grita saltando la alfombra, pasando de largo a Gloria para dar vueltas alrededor de ella con las manos en la boca. "¡Oh, por supuesto, por supuesto, por supuesto, por supuesto!"

"Has conocido a Gorro-cantarín", dice la mujer en el sofá.

"¡Despejad el camino! ¡Preparad el escenario!"

"¡¿Tienes una pregunta?!", dice la mujer en el sofá, su sonrisa es una cosita irónica debajo de ese ala flexible. "Pregúntale. Ella está de un humor generoso".

"Gloria", dice Orlando, mientras Gorro-cantarín rebota ante él aplaudiendo, mirando de él a Gloria, que no dice nada. "¿Qué es", dice Orlando, "de nosotros, si ella se queda?"

Gorro-cantarín se detiene en seco con las manos juntas.

"Oh", dice la señorita Cheney en el sofá.

"Tal", dice Gorro-cantarín, "felicidad", una ramita de cabello se le escapa de la gorra y se enrosca a lo largo de su mejilla. "Qué alegría. ¡Tres días o un día, es difícil de saber, hasta entonces!", pasando repentinamente de él hacia ella, quitándole el abrigo a Gloria, los colores de espantapájaro de sus faldas y la gorra rígida destacan en el elegante bulto negro de esta. "La mejor noche de verdad", dice ella, y "*¡Devuélvemelo!*", grita Gloria, "serás...", apartándola de un empujón.

"¡Y ahí está el acebo!", grita Gorro-cantarín. "Surgido cuando no se quiere estrangular al roble de aburrimiento, y luego nieva en abril por siempre jamás".

"Si es que", dice Orlando, "ella se queda". Su voz una cáscara.

"Estoy, *aquí* mismo", dice Gloria mientras Gorro-cantarín ladea la cabeza, la gorra se mueve con un peso resbaladizo. "No te preocupes", le dice a Orlando, luego se vuelve hacia la señorita Cheney, "*no lo hagas*. Mi amorcito viene a almorzar hoy. ¡Es su turno! Lo había olvidado. Lo preparé todo hace semanas. ¡Va a salir bien! "



La ciudad, extendida sobre una mesa que domina la sala de conferencias. Un amplio meandro de río azul pintado a lo largo de un lado, un barquito blanco entre puentes centrales de espuma blanca. Diáfanos edificios blancos se mezclan en la orilla, un grupo alto en un extremo, menguando en altura hacia el centro, una torre baja más alta que el resto en el otro extremo. Un hombre medio inclinado sobre él, un rebelde mechón denso de cabello blanco, traje blanco de pana, brillante camisa blanca y una ancha corbata blanca de punto. Levanta la vista cuando se cierra la puerta de cristal de la sala de conferencias y su cara es bastante joven bajo todo ese pelo. El hombre junto a la puerta es bajo y grueso, perilla gris y el pelo cano cortado cerca de la nuca. Una oscura chaqueta reflectante sobre una sudadera con capucha que dice «Oregon

Ducks» en letras verdes y amarillas. "Rosie dice que debo hablar con usted", dice.

"Tengo una propuesta para usted, Sr. Sogge", dice el hombre del traje blanco.

"Tienes una propuesta para mí, llámame Rudy. Trabajas para Pinabel". Se queda allí, junto a la puerta, y el hombre del traje blanco se cruza de brazos y dice: "He sido su consultor, sí. Pero no estoy aquí en tal calidad hoy. No te gusta compartir, ¿verdad Rudy?"

Rudy pone una mano en el respaldo de una de las grandes sillas de cuero marrón y la aleja de la mesa. "Supongamos que", dice mientras se sienta, "no voy a responder a ninguna pregunta retórica, entonces, ¿qué tal si cortamos eso junto a toda la pausa dramática y demás asuntos teatrales de la presentación, ¿vale?", cierra los ojos.

"I-Óisqis y Iô.i", dice el hombre del traje blanco. "Pah-to y Wy'ast, La-wa-la-clough, el Loowit. Tanmahawis. No tienes ni idea de quiénes eran, por supuesto que no, por qué ibas a tenerla. Fueron asesinados mucho antes de que tus padres nacieran, antes de que tu bisabuelo llegara a pensar siquiera en la parcela de la adición de Hoffmann. Estas personas eran... *dioses* no es una palabra demasiado fuerte, espero. Las mismas montañas que nos rodean, los ríos, el salmón y los árboles, que aún eran personas, con las que podrías hablar tan fácilmente como yo podría hablar contigo". Rudy resopla ante eso con sus ojos todavía cerrados. El hombre de blanco asiente con la cabeza. "Oh, los nombres perduran. Hay pizzerías y bandas de blues llamadas así por un eco tenue de uno u otro. Incluso puedes hablar con ellos, aunque sus voces ahora son bastante tenues, complicadas de oír, y el esfuerzo requiere años de estudio y ruinosas cantidades de bourbon y marihuana". Rudy con los ojos aún cerrados comienza a fruncir el ceño ante eso. "Quedó un vacío, ese es el punto importante, lo apartado, como creo que lo llamaste. Y la naturaleza aborrece el vacío". El hombre del traje blanco se da la vuelta y mira la ciudad sobre la mesa. "Ella ha aborrecido este vacío con venganza durante décadas. ¿La mitad de este estado es de otra parte? ¿Tres cuartos de esta ciudad? Y algún otro lugar es muy, muy amplio. Usted está frustrado, Sr.Sogge".

Rudy abre los ojos ante eso.

"Su desastrosa asociación con Pinabel en el Suroeste. La forma en que él ha arrastrado los pies en ese encantador tranvía aéreo", señala un pilón en un extremo de la ciudad, en el grupo de torres blancas que hay junto al río. "Los Perry, en el Noroeste, impiden la destrucción de la rampa Lovejoy, detienen los bloques de la destilería", señala hacia los bloques de gran altura junto a uno de los puentes en el otro extremo de la mesa. "El Escuadrón de Restauración Urbana, y Michael Lago, aunque por supuesto que no lo recordarás. La Torre Fox", tocando un alto bloque blanco en el centro de la ciudad, y Rudy dice: "Eso no es mío".

"No", dice el hombre del traje blanco, "pero tú aún verías el beneficio si se alquilara más de la mitad de sus metros cuadrados. Aquí, a través de este parque que algún día podría estar terminado, tu parque de la Avenida Oeste", y levanta la siguiente torre completamente de la mesa, una cosa alta y delgada, "¿Has hecho algo más que excavar en el sótano? ¡¿No?! ", le tira el bloque a Rudy, quien lo atrapa hábilmente. "Durante más de un año. Estos impedimentos tienen todos una cosa en común: una persona, un individuo singular. Una chica. En unas pocas semanas la eliminaré de estas diversas consideraciones".

"Eliminar", dice Rudy. "¿Quieres decir que estás hablando de...?"

"¡¿Es eso un factor decisivo?!"

Rudy está mirando la torre blanca en sus manos. Se levanta de la silla, se inclina sobre la ciudad y coloca cuidadosamente la torre en su lugar.

"Entonces habrá un vacío", dice el hombre del traje blanco. "Será aborrecido. Ese aborrecimiento, Sr. Sogge, es algo en lo que usted podría estar posicionado para capitalizar".

"Pensé haberte dicho que me llamaras Rudy".

El hombre del traje blanco se encoge de hombros. "Lo siento. Es

mejor que mantengamos nuestra relación estrictamente profesional, por ahora".

Rudy dice: "Está bien, entonces". Apoyando ambas manos en el río. "¿Qué es lo que quiere?"

"¿Yo? Poder ilimitado, por supuesto. Riqueza más allá de los sueños de la avaricia". Mete la mano en su traje blanco y saca un encendedor brillante y un paquete de celofán transparente envuelto alrededor de cigarrillos en papel blanco normal. "La inmortalidad, eso es obvio. Pero por el momento. Por el momento, Sr. Sogge, me muero por un cigarro".

"Sírvase usted mismo", dice Rudy.



"Así que fue un día completamente perdido", dice Jo balanceándose, una mano arriba colgando de la correa, otra sujetando firmemente la lona a sus pies, la caja estrecha incómoda en la multitud. Ysabel presionada cerca, sosteniendo la misma correa. "Hiciste las paces con Erne", dice ella.

"Eso sólo cuesta doscientos pavos", dice Jo.

"Ahora sabemos quién", dice Ysabel.

"Y no tengo idea de qué demonios hacer con eso. ¡¿El Mooncalfe?!"

"Siento como si hubiera ganado una apuesta". Ysabel traga saliva y, cerrando los ojos, apoya la frente contra el hombro de Jo. "Creo que ahora veo lo que ves en él", dice ella.

"¡¿Qué?!", dice Jo. "¡¿Te refieres a Frankie?!"

Ysabel asiente. "Él sería el Duque, si pudiera".

"Eso", dice Jo, "eso está tan mal que no sé adónde, quiero decir, eso no llega *ni siquiera* a mal. Mierda". Algo vibra. Soltando la bolsa de lona, se mece alejándose de Ysabel, saca de su chaqueta un vidrioso teléfono negro acariciando su superficie con un pulgar. "Es esa chica, la del apartamento en Glisan. Podríamos, probablemente podríamos tomar un autobús directamente desde la siguiente parada..."

"Jo", dice Ysabel haciendo una mueca, agarrándose.

"Hey", dice Jo, guardando el teléfono. "Hey". Pone una mano sobre el hombro de Ysabel. El brazo de Ysabel aferrado a su cintura. "Es sólo un viaje más. *Tenemos* que encontrar un apartamento nuevo. Hey". Ysabel cierra los ojos, baja la cabeza presionada contra Jo. "Estás cansada", dice Jo, "ambas estamos..."

"Necesito", dice Ysabel, mareada, "aire fresco, tengo que salir..."

"Sí, vale", dice Jo, "vale".

"Jardín de las Rosas", dice una voz grabada en voz alta, y todo alrededor de ellas se agita, la gente recoge bolsas y paquetes, reubica abrigos y bufandas y sombreros, se empujan unos a otros, miran por las ventanas oscuras. "Puertas a mi izquierda. Doors to my left".

Una amplia plaza brillantemente iluminada, una maraña de intersecciones, calles y líneas ferroviarias, cruces peatonales, semáforos, en una baja altura que pasa por una floresta de árboles inmaduros, el volumen inmensamente iluminado de un coliseo y, bajo su rizo puntiagudo de techo, un letrero que dice «Jardín de las Rosas». Hay un paso elevado bajo la autopista, las luces de camiones y automóviles detenidas, languideciendo por el Norte y el Sur, otro tren MAX en la parada bajo el paso elevado, una línea de autobuses inactivos con el mismo anuncio de «Minutos Inalámbricos de Cricket» en el lateral. Al otro lado de la calle, detrás de ellas, una pared de luces de silos brillando desde lo alto, una enorme valla publicitaria pegada a lo largo de ella, con las manos en blanco y negro alzándose hacia arriba y arriba, «Levántate con Nosotros», dice «Portland Trailblazers». Detrás, las torres apagadas de un

punto sobre el río que se cierne sobre el cielo rojo oscuro. Las multitudes que fluyen de una parada de MAX hacia la otra, subiendo por las aceras hasta el coliseo, por ese camino hacia los autobuses, esperando en las esquinas aquí y allá para cruzar esta o aquella calle. "Aire fresco", dice Jo. "¿Quieres esperar aquí? Tampoco es que haya ningún lugar aquí para pasar el rato o algo así. ¿Paseamos hasta casa sobre el Puente de Acero? ¿Cómo está tu...?"

"Jo", dice Ysabel señalando.

Mirando hacia el otro tren, pequeñas figuras de personas subiendo y bajando, la pequeña figura de un hombre allí entre ellos, una franja plateada en su chándal verde, parpadeando en la luz de la calle bajo el paso elevado, auriculares con cascos azules y blancos sujetando su cabello rubio rubio. "Pensé que él no estaba...", comienza a decir Jo.

"Tenemos que irnos", dice Ysabel, y suena una campana, y con un zumbido ascendente y rechinante, el tren junto a ellas se aleja con un ruido metálico en un cruce de ferrocarril. "Ahora. Por favor, Jo. Antes de que me vea".

"¿Qué está haciendo aquí?", dice Jo mirando por encima de su hombro mientras toma la mano de Ysabel. Al otro lado de la plaza, Roland mira a lo largo de su tren, a la plataforma, a las multitudes a su alrededor. "Podríamos bajar por el otro extremo, fuera de la vista. Esperar el próximo tren allí".

"¿Qué es cuándo?!", dice Ysabel, y luego, mientras Jo dice: "¿Diez? ¿Quince minutos?!", dice "Tenemos que irnos", y más lejos, al otro lado de la plaza, Roland gira hacia ellas, pero mirando hacia atrás, hacia un lado, hacia la línea de autobuses.

"¿Qué demonios está él...?", dice Jo e Ysabel dice: "No quiero hablar con él ahora", y "Vale, sí, vale", dice Jo, y de la mano se dirigen al cruce de peatones cuando cambia el semáforo. Ysabel comienza a cruzar la calle y entre la gente, con Jo siendo arrastrada detrás de ella, mirando atrás, y atrás, Roland allí. Roland apartando la mirada de los autobuses ahora, mirando a las multitudes, a las

luces, a la hierba que se inclina tenuemente hacia el Coliseo. "¿Qué demonios está haciendo?!", murmura Jo disminuyendo la velocidad allí en el medio de la calle. "¡Jo!", grita Ysabel tirando.

Roland mira hacia arriba.

"Mierda", dice Jo medio riendo cuando corren el resto del camino para cruzar la calle, la señal de "no caminar" cuenta atrás en números naranjas cinco, cuatro, tres, dos. "¿Nos ha visto?", dice Ysabel en la esquina mientras el tráfico gruñe y resopla detrás de ellas.

"¡No lo sé!", dice Jo. "Ya no puedo verlo. No me saludó con la mano ni nada. ¿Qué está él...?"

"Jo", dice Ysabel.

"Lado Este", dice Jo. "El Centro Lloyd. Allí es donde él estaba, mierda. Aquella noche".

"Jo, por favor", dice Ysabel.

"Aquí es donde aquel tren se detuvo al final. ¿Recuerdas?", Jo señala de nuevo a la parada MAX que han dejado al otro lado de la calle. "Aquí es dónde él está, ¿por qué? ¿Por qué lo ha..., qué es lo que busca?"

"No me *importa*", dice Ysabel. "Vamos. Mira. Vámonos. Por favor".

Se ponen en marcha al otro lado de la calle siguiente mientras los números cuentan, cuatro, tres, dos, uno. Un equipo de construcción amarillo en un solar detrás de una verja de alambre, un gran cartel cuelga allí diciendo «Gran Conducto Lado Este. Trabajando por Ríos Limpios». La prisa y el rugido del tráfico a su lado, el retumbar del paso elevado de la autopista a una curva de distancia del coliseo, el tráfico disminuyendo, una bandada de bicicletas traqueteando a través de la siguiente intersección. La esquina más allá de un parque, el suelo inclinado hacia una cortina de árboles y más allá de las torres y las luces del centro, al otro lado del río, y allí delante de ellas, las inminentes formas negras de armazones, vigas y cables,

luces rojas centelleando desde la parte superior de sus torres.
"Podemos perderlo en la explanada", dice Jo, y de la mano cruzan la calle y se dirigen hacia el parque por uno de los caminos que se alejan de la acera hacia los árboles.

Cuando han salido de la vista subiendo y rodeando la curva, más allá de ese cartel colgado de la verja de alambre, Roland llega a un ritmo tranquilo con los auriculares colgando del cuello.

Un Tramo de Escaleras largo y estrecho / El duelo en el puente / Uno de sus muchos nombres / Si

Un tramo de escaleras largo y estrecho baja en pendiente desde el puente gris peatonal por encima de las vías del ferrocarril. Un camino ancho se aleja siguiendo la orilla del río, una rama flotando sobre pontones, al lado de los carriles atascados de tráfico en el paso elevado de la autopista. Otro camino se dirige hacia el oscuro volumen del puente, la cubierta inferior del mismo está bajo el agua, las vías del ferrocarril y un sendero bajo una cubierta superior ocupada con coches, autobuses, un camión, un tren MAX retumbando hacia las torres del centro de la ciudad, iluminada frente al cielo negro y rojo. "¿Dónde estamos?", dice Ysabel, "Jo, ¿cómo lo hacemos?", mientras giran en la base de esas escaleras. "¡¿Cómo vamos a perderlo?!"

"¡No lo sé!", dice Jo echándose de nuevo la bolsa al hombro. "Pensé que habría más gente. Normalmente hay más gente. Si nos dirigimos al", señalando, "al puente..."

"Nos vería", dice Ysabel haciendo una mueca, un brazo alrededor de su vientre. "En todo el camino nos podría ver..."

"¡¿Estás bien?!", dice Jo e Ysabel niega con la cabeza rápidamente, y "¿Qué pasa?", dice Jo, e Ysabel vuelve a negar con la cabeza. Jo toma su mano libre. "Es el camino más directo a casa. ¿Quieres volver a subir e ir en autobús o en tren? Eso no sería mejor", señala a la orilla del río, "nos podría ver todo el camino también, a menos que quieras ponerte de cuclillas bajo esos arbustos y rezar para que no baje a mirar. Demonios, tal vez esté ya de camino a Mississippi o algo..."

"¡Princesa!", grita Roland en la parte superior de ese tramo de escaleras, franjas plateadas que brillan en la oscura luz de la calle.

"Bueno, demonios", dice Jo mientras Ysabel tira de su mano hacia el puente.

"¡Princesa!", Él está subiendo esas escaleras de dos en dos.

"¿De qué coño estamos", dice Jo, "huyendo?", y una placa de metal en el camino del puente suena bajo sus pies. "*Por favor*", dice Ysabel.

"¡Esperad!", grita Roland a mitad de ese vuelo de escaleras largo e inclinado. "¡Milady, esperad!", Al pie de esas escaleras. "¡Debemos hablar!", pisando sobre la placa de metal, pisando un tatuaje contra el sendero pavimentado de ladrillos. Jo mira rápidamente hacia atrás para ver a Roland corriendo de un haz de luz a otro, el destello en su mano brilla en las sombras y "*Mierda*", dice ella, soltando la mano, girando, aferrando la bolsa de lona al hombro, cayendo sobre una rodilla, "¡Ysabel, *corre!*", La caja golpea y resuena mientras ella trastea con las solapas.

"¡No!", grita Roland con los pies derrapando hasta detenerse, el pie izquierdo hacia adelante en su extravagante zapatilla, impecablemente blanca, con la mano izquierda vacía, la espada en la mano derecha mantenida hacia atrás, apuntando hacia los ladrillos. "No quiero haceros daño".

"¿Por qué infiernos vas con la espada, entonces?", dice Jo arrodillada, con su propia espada todavía en su vaina a medio sacar de la caja. Ysabel detrás de ella, apoyada contra la baja barandilla sobre el agua.

"Desenfunda, Gallowglas", dice Roland suavemente. Sus piernas correctamente flexionadas, la postura lista bajo el haz de luz. "Cruzamos nuestros aceros una vez, un solo intercambio, y luego, ilesa, bajáis el brazo y os marcháis con vuestro honor satisfecho. Eso os quitaría el oficio y la Princesa de vuestras manos".

"Estás loco", dice Ysabel antes de que Jo pueda decir algo.

"Sólo estoy aceptando la oferta que ella hizo ante el tribunal", dice Roland. "Mi propio honor no tiene nada que ver con el peligro

que enfrentáis, Princesa. Frente a todos nosotros. He ido a ver al Duque. Él...", y la mano izquierda de Roland se aprietan en un puño "... envió a los monstruos tras de vos aquella noche, en el tren, quiso asustaros, sacaros de cualquier otro consuelo, atar a la Prometida con más fuerza, confiando solo en él..."

"¿Tienes pruebas?!", dice Ysabel clara y fría.

Su puño se relaja, su mano se abre y se cierra de nuevo. "Probaría los méritos de mi pelea con mi cuerpo y mi propia mano derecha, Milady. Pero he dado mi palabra".

"Entonces no tienes pruebas", dice Ysabel.

"Estáis en grave peligro, Princesa. Debéis volver conmigo a casa de vuestra madre. Si el Duque descubre lo que os han hecho", y ahora se endereza con la espada relajada a su lado, y aún arrodillada entre ellos, Jo mira desde Roland de vuelta a Ysabel, quien ha soltado la barandilla, quien se ha cruzado de brazos, cuya parka blanca se ha vuelto amarilla y rosa a la luz del puente, quien dice, con voz completamente tranquila, "¿Qué se me ha hecho, el Carro?".

"La, la línea, Milady", dice. "La línea se ha roto en vos. La rompimos aquella noche para salvaros de vos misma". Respirando pesadamente mientras lo dice, tragando cuando ha terminado, y eso y el chapoteo del agua son los únicos sonidos sobre ellos. Nada viene de la cubierta del puente de arriba. Ni un gruñido, ni un retumbar por las luces de la autopista vacía detrás de él. "Si él descubre que nunca podréis ser Reina..."

"Estás loco", dice Ysabel, cada palabra una esquirla. Jo aparta la caja de su espada aún envainada y se levanta lentamente entre ellos.

"Milady", dice él, y luego, "Ysabel", y ella se estremece ante eso. "Se acabó", dice él. "No ha habido Distribución, no desde el... desde antes del Samani".

"Ese es problema de mi madre, y no mío", dice Ysabel, "y os

olvidáis de vos, el Carro".

"Ven conmigo, por favor", dice Roland en voz baja. Extiende su mano vacía. "¿No lo ves? Se ha acabado, se acabó *todo*,. Eres *libre*. Tal y como siempre, podrías, tú y yo podríamos juntos..."

"¡¿Podríamos qué?!", dice Ysabel, y la boca de él se cierra al oír eso. "¿Vos y yo podríamos *qué*, caballero? ¿Envejecer? ¿Juntos? ¿En una cabaña cubierta de flores en algún lugar, sin duda al norte de Portland, tal vez?". Sus brazos todavía aferrados a sí misma, su voz tensa, tranquila y baja. "Pero con esos pagos mensuales tan bajos, ¿cómo podríamos pagarlos? ¿Si todo se ha *acabado*, y nuestros oficios y títulos han desaparecido, vuestras prerrogativas con ellos, todo en polvo?. ¿Cavarías zanjas por una vida tan baja? ¿Venderías seguros? ¿O anualidades? ¿Irías todos los días a sentarte frente a un ordenador durante horas seguidas y hablarías con extraños por teléfono? Serás *Idiota*", espeta Ysabel con una mano saltando para agarrarse a la barandilla, y Jo, con su mano libre, comienza a estirar un brazo hacia Ysabel, pero se detiene. "En las pocas semanas que esta chica mortal ha sido mi campeón, ella ha...", dice aferrándose a la barandilla, Ysabel mira ahora de Roland, con expresión atónita, a Jo, quien parpadea, tiembla y cuya mano alrededor del cuello de su vaina está firme y con los nudillos blancos, "...ha hecho maravillas que tú nunca osarías hacer. Ella me trajo la lengua de Erímatos y *vos me escucharéis* ", y Roland no da ese paso hacia ella, no dice lo que él había estado a punto de decir, aparta la mirada de ella, mira los ladrillos, con su espada inútil a su lado. "Me trajo la lengua de ese monstruo", dice Ysabel, "y me la comí, y vi lo que esta por venir. Vi mi estandarte sobre esta ciudad, el Carro. Me vi en la casa de mi madre, *mi*, casa, y vi a mi Gallowglas a mi lado. ¡Dime, entonces, oh pronosticador, oh helicóptero de lógica, ¿cómo podría suceder todo esto si no puedo ser Reina?! "

Agua corre bajo ellos. El zumbido débil de la bombilla de la lámpara sobre la cabeza de Roland, cabeza que niega, lentamente. Él dice: "No lo sé, Milady". Alza la mirada ahora. "Pero incluso yo puedo ver que no estáis bien. Venid conmigo, por favor... ¡las dos! Venid conmigo a casa de vuestra madre. Asegurémonos de que sabemos lo que os ha pasado. O, o lo que no".

Ysabel se endereza, suelta la barandilla. "No", dice ella. "No, ambas iremos a casa, a lo que es nuestra casa por ahora, y tú, volverás a esconderte en las sombras. Ve a esperar a que otro se dé cuenta de lo *útil*, que podrías ser".

"*Milady*", dice, la palabra combada bajo un peso terrible.

Ysabel le da la espalda y con cuidado se aleja por el sendero. Jo se agacha, con su espada todavía en una mano, y comienza a recoger la bolsa y la caja. Se detiene cuando la punta de la espada de Roland se presiona contra la bolsa que tiene delante, cuando luego se levanta lentamente hacia su cara. Ella suelta la bolsa, se pone en pie lentamente y su espada la sigue. "Princesa", dice. "Todavía puedo vencer a vuestro campeón. Recuperar vuestra custodia, una vez más".

"Podéis intentarlo", dice Ysabel. "Perderéis. Lo he visto".

"¿Crees tú que, voy a perder?", le dice Roland a Jo. "Incluso un mes con el famoso Erne no es suficiente para convertirte en un espadachín acreditado".

Jo le echa una mirada por encima del hombro a Ysabel en las sombras, luego toma la empuñadura de su espada en la mano. Da un paso atrás y otro. "Está bien", dice Roland, "un solo ataque, como te he propuesto", mientras saca la espada de la vaina y se acomoda de lado, con la vaina en la mano izquierda sostenida hacia atrás, con la espada hacia arriba y hacia un lado en ángulo. Su mano izquierda doblada contra su pecho reclinándose hacia atrás, su brazo atrás inclinado hacia arriba, la hoja inclinada hacia abajo un poco hacia la izquierda. Deslizándose su pie hacia adelante, aparta la lona hacia un lado de una patada, la punta de la espada se balanceaba perezosamente hacia ella cuando lo hace. Su muñeca salta hacia arriba y él avalanza la espada en un corte circular que ella atrapa con la sacudida de una parada, CLANC. "Ahí", dice él y retrocede bajando la espada. "Depón tu espada". Sacudiendo hacia afuera su mano izquierda. "Has... luchado por ella, y ambos podemos estar de acuerdo en que he ganado. Vuestro honor está satisfecho". Y luego, "el Gallowglas".

La espada de Jo todavía está allí entre ellos, arriba y en ángulo.

"Yo no te haría daño, Jo Maguire", dice Roland.

"Tendrás que hacerlo", dice Jo. Su mano se acomoda y vuelve a apretar la empuñadura.

"No puedes ganar", dice Roland, levantando un poco su espada. "Depón tu espada".

"Si estuvieras en mi lugar", dice Jo y respira hondo, "¿lo harías?!"

Y detrás de ella, en la oscuridad, apoyada contra la barandilla sobre el agua, Ysabel está sonriendo.



Traqueteo y ruido de cintas de cassette en una caja de zapatos. Él levanta una cajita transparente, etiqueta negra, garabato blanco de escritura a mano. Patea la silla de oficina con ruedas a lo largo de la mesa perdida bajo montones de libros y pilas de papel. Abajo, junto a la ventana pintada bajo un póster que dice «La Diva Blanca, o Vittoria Corombona, una Dama de Venecia», aparta una pila tambaleante de una caja de cassette negra y polvorienta. Presionando el botón de expulsión con la parte posterior del gancho, coloca el cassette y gira un par de grandes botones plateados. Pulsa «play». Gira uno de los botones mientras grandes notas redondas y puntas de goma caen por la habitación, revoloteando y golpeando. Se recuesta un momento, se inclina hacia adelante y gira otro botón mientras esas notas graves tropiezan en un animado ritmo rápido y contundente. Él se aprieta hasta el centro de esa mesa donde trastea con el corcho de una hirviente botella de whisky y vierte una cucharada saludable y luego otra en una taza de café. Se recuesta en la silla cuando una pandereta comienza a agitarse. Un platillo vibra y, a lo lejos, un trombón sopla una fanfarria siniestra y él cierra los ojos, la taza de café se balancea en su mano al ritmo. Mientras más cuernos se unen

en sus ojos aún cerrados, levanta la taza, agita el whisky y luego su mano se detiene bruscamente cerca de sus labios.

"Ese es el asunto", dice, y acerca la taza hacia sí mismo, la levanta y toma un pequeño sorbo. "Bueno, lo sería si pensara que íbamos a tener una conversación real y lo único que yo pudiera hacer fuese rechazarla". Él pone la taza sobre la mesa. Ahora hay un piano sonando entre los cuernos, y el ritmo aninado se ha asentado con la batería. "¿Por qué?!", dice, y luego, "¿Por qué *has venido*, hasta aquí? ¿Qué podrías tener que decirme? No es suficiente que me envíes a tu hija *cada*, jodido día, con su ridícula novia".

"No me *cuentes*, esa mierda de hermana-hija. ¡Hermana-misma y una mierda! ¡Cada centímetro de ella es tan tuya como...", <

Se pone de pie, de repente, la silla se aleja rodando un poco de él. "¿Por qué lo hiciste?", dice con voz espesa apoyando su mano en la mesa, "¿qué demonios tenemos que *decirnos*, el uno al otro sobre eso! ¿Por qué estás siquiera...?", Su cabeza se cae, los hombros quedan flácidos. "Sobre *él*", dice en voz baja. Su mano se cierra sobre la taza. Mira su hombro, luego un poco más allá, pasa el fantasma de una sonrisa enmarcada sobre su salpimentado Van Dyke. Frunce el ceño, un poco. "¿Nuestra?!", dice, y luego asiente con la cabeza, mira hacia la mesa de nuevo. "Oh. Ja. Ella es...", mira la taza en su mano, "cada gesto, cada rizo de cabello, cada olfateo y sonrisa, ella eres tú, ella. Eres muy tú. En la noche que nos conocimos".

Su silla rueda a un lado aunque él no la toca. "Te has convertido en tu belleza", dice. Un alisado vibra en las arrugas de la parte posterior de su camiseta, arrugas que de repente se presionan y alisan cuando él se inclina hacia adelante contra la mesa y asimila una profunda bocanada de aire. "No", dice, "Duenna, por favor. No.

"Bueno, por supuesto que *pienso*, en él. Cristo, yo, todos los días, no tienes idea". Su gancho chasquea. "Le *echo mucho de menos*,"

"¿Sí? Bueno. Yo soy un hombre egoísta".

Suelta la copa, se pellizca las comisuras de los ojos y se las limpia

con la palma de la mano. Retrocede de pronto. A un lado, un montón de papeles caen a su paso. "Lymond", dice, su voz se torna delgada y pálida bajo el tumulto de los cuernos, el bajo y la batería. Parpadea. "Quiere intentar el Trono", y luego su cabeza se gira hacia un lado y levanta su mano hacia su mejilla. "Voy a tener que pedirte que te vayas si tú..."

"Bueno, joder, él eligió un pésimo momento. *¿Sin resolver?*, Habrá guerra en las calles, el Conde, el Duque y la Prometida a la intemperie con solo un desliz irreflexivo un..."

"Duenna, ella es *pésima.*, Y tú, tú vas y le das una *espada.* *¿Cómo* has podido, Duenna? ¡*¿Duenna?!*" Temblando, echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Una respiración profunda. Se mece un momento, de forma irregular, para nada al ritmo de la música, y luego levanta la copa.

"El Rey ha muerto", dice Vincent Erne. "Larga vida al Rey". Y apura el whisky de un trago.



"Conozco este edificio", dice Orlando.

Están delante de una gran casa de color amarillo pálido que llega hasta la acera. Puertas dobles rojas en medio de un estrecho porche, grandes alas a cada lado que se elevan en erráticos racimos de alcobas y buhardillas que salpican el empinado tejado negro, el ribete verde oscuro se vuelve negro también a la tenue luz. "Se llama así por un viejo juez", dice Gloria. "Con enormes carrillos". Sus manos en sus largos guantes a rayas blancas y negras se esponjan a ambos lados de su cara. "Hay una foto en el vestíbulo. Pero solía llamarse Lawn".

Orlando asiente con la cabeza ante eso, mirando hacia las ventanas de arriba, algunas iluminadas, otras vacías y negras.

"Papá fue, como, la tercera persona en comprarla, cuando se

mudó al barrio. Lleva allí diez años. Pero la casa solía tener, como veinte, treinta habitaciones para alquilar. Y solo dos baños. Entonces era muy barata. Venían poetas y pintores, y bandas de rock enteras, y la fiesta posterior al Satiricon como todas las noches, y cuando nos mudamos, papá me dijo que en mi armario... dijo que un yonqui solía vivir allí. Y yo no tenía ni idea de lo que era un yonqui. No dejaba de imaginarme a un monstruo hecho de tuberías oxidadas y piezas de automóviles viejos, y una taza de inodoro como boca. Me asustó muchísimo". [Ndt: *Chiste Perdido en la Traducción.* «yonqui» suena casi igual a «junky» = relativo a la chatarra, «junk»] Entonces ella agarra su mano, ambas, y le acerca a ella, y él apoya su frente en la de ella mientras ella lo engulle en un abrazo. "Quédate", dice ella. Él niega con la cabeza. Ella le besa, los brazos alrededor de su cuello, luego las manos se aferran a la parte posterior de su cabeza, besándose ferozmente, ambos, sus manos aferradas a sus caderas, su trasero. "No puedo", dice él junto a sus labios.

"Sube las escaleras. Ahora. No lo pienses. Tú sígueme".

"¿Qué va a decir tu padre"?

Ella resopla una risita. "¿Estás de broma? Te daría una puta medalla. Estoy gorda y me visto como una rara y nunca vuelvo a casa con un chico. De pronto todo eso se volvería un problema con el que él puede lidiar. Tú. ¿Sabes?", le acaricia el cabello. "Aunque creo que eres la cosa más extraña que he llamado chico. Quédate. Quédate conmigo. Puedes vivir en mi armario. Mi amante yonqui. Mi Chatarra". Ella ríe. Ella llora. "Dijeron que...", dice ella, "dijeron que moriría si yo, me quedaba contigo. Que eso era lo que me pediste. Así que, quédate tú conmigo, en vez de eso".

"No puedes", dice él, "tener lo uno sin lo otro". Da un paso inclinándose hacia atrás, hasta que ella agarra su cabeza nuevamente y lo acerca. "Pues a la mierda", dice ella. "A la mierda. No puedes, éticamente no puedes obligarme, a salvar mi propia vida. Si quiero, si quiero morir, es mi vida. Sé decidir si vale la pena salvarla o no".

"Puedo matarte ahora, si quieres", dice Orlando.

Ella se desmorona contra él entonces, en toda su flacidez, tambaleándolo hacia atrás un paso más. "Lo que quiero es", dice ella, un susurro en su oído, "lo que quiero son tres días o un único día de lo que hicimos".

La besa suavemente y luego dice: "No eres solo tú. Si me quedo, si te quedas, si estamos juntos, algo le sucederá a todos los que conozco".

"Nieve en abril", se burla ella. "Cristo, apenas nieva en *enero*".

"Si", dice. "Si, si, si. Nunca conocí una visión del futuro no formulada con un si". Le limpia una lágrima de la mejilla con el dorso de la mano. "Malditos sean", dice él, "todos los sis. Yo te *veré*, de nuevo".

"Dame tu mano", dice ella.

"¿De dónde has sacado ese cuchillo?", dice.

"Hay muchas cosas que no sabes de mí. Dame tu mano". La hoja del cuchillo es corta y negra como la ceniza, excepto el filo brillante de la luna y el mango de madera granulada, que está moteado de rojos, amarillos y púrpuras. Él abre su mano derecha allí entre ellos, y ella pone el filo de la hoja contra esa palma, pero antes de que pueda cortar o incluso respirar, él cierra los dedos sobre la hoja y sisea moviendo la mano hacia atrás. Con la cara arrugada por el dolor, abre el puño allí junto a su mejilla, hacia sus labios, el largo corte limpio a través de la carne de su palma llora lentamente gruesas lágrimas de color amarillo y blanco. Ella le besa la mano, y él vuelve a sisear mientras ella la lame, una vez, presionando su mano contra su mejilla mientras él le acaricia el cabello. Luego él la aparta de un empujón.

"Mentí", dice ella mientras él se aleja cruzando la calle. "Sobre mi nombre. Mi nombre no es Gloria Lunes".

"Pero sé dónde vives", le responde él.

Pasa junto a un estacionamiento que ocupa un bloque entero detrás de un bajo muro de piedra, dobla la esquina y camina bajo grandes letreros verdes de carreteras que dicen «405», «26», «Carril Derecho». Antiguas casas adosadas de estilo italiano, un gran edificio de apartamentos de ladrillo rojo, un bajo edificio de color amarillo pintado con flores alegremente estilizadas y un letrero que dice «Antigüedades y Rarezas». Él se detiene en medio del puente sobre la autopista, atravesada por un barranco debajo, y mira el corte en su palma todavía húmeda. Agarra el faldón de su camisa de vestir blanca y, con el cuchillo largo en la mano, lo corta, arrancando una larga tira que rodeaba la parte inferior hasta el otro lado, y envuelve la palma una y otra vez con fuerza. Al otro lado del puente, levanta esa mano en un pequeño saludo al pasar por un edificio bajo y rojo que dice la «Tienda de Radiadores de Allen» en letras blancas justo bajo el tejado plano. Y a medida que el rumor y el gruñido del tráfico de la autopista se desvanecen detrás de él, se puede escuchar un sonido extraño más adelante, cada vez más fuerte... un sonido apresurado y tintineante, el sonido de cristal sobre cristal.

El sonido de Botellas Tintineando

El sonido de botellas tintineando en la distancia. Ysabel inclina la cabeza hacia atrás y la capucha de su parka se desploma. No sopla tanto el humo de su boca como lo deja ir a la deriva, vagando hacia atrás mientras ella camina por la acera. Un pequeño estacionamiento a un lado de ellas frente a un edificio pálido que dice «Portes y Partes Oeste» sobre toldos oscuros. Le entrega el cigarrillo encendido a Jo, quien dice: "¿Te sientes mejor?"

Ysabel se encoge de hombros, asiente con la cabeza, sopla el último humo de su boca. "¿Cómo te sientes tú? ¿Al superar a el Carro, dos de dos?"

Mirando hacia la calle vacía, Jo avanza y se encoge de hombros. "¿Cuenta esta siquiera?!", dice y cruzan con la luz en rojo.

"Esta vez tocaste acero", dice Ysabel. La esquina frente a ellas esta bloqueada por una fina verja naranja y un letrero que dice «Construcción de Acera Cerrada Por Permiso del Ayuntamiento», y arriba y detrás de la verja, un matorral de andamios y vigas desnudas. Ellas corren hacia la esquina opuesta cuando una mano roja parpadea, «Stop», «Stop», «Stop». Jo dice: "¿Crees que él tiene razón, acerca del Duque?"

"¿Crees que él tiene razón acerca de mí?", dice Ysabel. Una silla elegante y baja queda aislada bajo un foco en el escaparate tras ella.

"No lo sé", dice Jo. "¿Qué tal vas con los calambres?"

"Solo necesitaba aire fresco y un paseo. Ya te lo he dicho. Me siento mucho mejor ahora". Cuando Jo se da la vuelta para caminar, Ysabel la agarra del brazo y tira hacia atrás. "Lo vi, de verdad que vi lo que vendrá, Jo. Me vi como Reina. Y te vi a ti y a tu espada a mi lado".

"¿Y cuándo? ¿El año que viene? ¿En un par de años? ¿Cinco o

diez?"

"Yo no..."

"Es decir, eso cambia una o dos cosas, tienes una especie de mirilla hacia el futuro. ¿Quién es el Rey?", y mientras Ysabel dice "¡No lo sé!", Jo dice, "Por lo general, hay un Rey en este tipo de cosas, ¿no?"

"No lo sé", dice Ysabel nuevamente. "No lo vi. Pero, Jo, tienes que *confiar* en que *yo* nos vi, juntas. Así será".

Jo deja caer la colilla a la acera. "No es una cuestión de...", dice ella, triturándola bajo la bota. Ella ladea la cabeza.

"¿No es una cuestión de qué? ¡¿Qué pasa?!"

"Ese sonido. Las botellas". Jo vuelve caminando hacia la esquina. "¡¿Qué demonios pasa con las botellas?!" dice Jo mirando a su alrededor por la 12, en lugar de atrás a lo largo de la calle Everett. "Ysabel, ¿qué coño?" El siguiente bloque es un par de edificios enfundados en metal blanco corrugado a cada lado y, entre ellos cruzando la calle, una delgada cinta transportadora con barandas de metal que hace sonar botellas verdes vacías surgiendo de una compuerta abierta de luz amarilla a la otra. "La maldita destilería", dice Jo. Sale a la calle vacía. "Esto estaba demolido. La echaron abajo. Están construyendo esos...", e Ysabel dice "¡Jo!", mientras Jo dice "apartamentos, yo no lo...", olisquea, "¡¿Qué coño?!"

"Jo", dice Ysabel por encima del ruido del vidrio, "Jo, todo está en calma..."

Pero Jo en la calle está quieta. Hay una forma oscura a un bloque o más de distancia frente a la luz salpicada de esas botellas, una chaqueta alrededor de los hombros, una larga falda, el pelo largo volando en una ráfaga sin rumbo. "Por supuesto", llama Orlando, su voz es bastante clara. "Por supuesto que no podía quedarme. Por supuesto que tenía que llevarla a casa. Por supuesto que tenía que estar aquí, ahora, para encontrarte, una última vez".

"¿Por qué me hiciste eso?", dice Jo.

"¡¿Por qué?!" Él está caminando hacia ellas lentamente, la mano izquierda en la empuñadura de la espada está desenvainando mientras un rizo de luz llega desde el aire. "No quería negarle a el Hacha su satisfacción, pero tenía que hacer *algo*. ¿Enviarte a tu muerte mientras lamentabas la muerte de tu hijo otra vez?", saca la espada delante de él. "Podría haber sido divertido, si yo no hubiera llegado demasiado tarde. Aún así. No podía dejar que todo ese *trabajo*", y un espadazo al aire, su chaqueta interrumpe el tintineo del cristal, "se desperdiciara".

"¿Por qué yo?", dice Jo, la palabra atrapada en su garganta.

"No me *gustas*", dice Orlando deteniéndose allí, a menos de medio bloque de distancia. "Si intentas huir de nuevo", y él apunta su espada a Ysabel, "primero la cortaré a ella".

"Recordad vuestro deber, Mooncalfe", dice Ysabel ante eso, y la risa de este es alta y salvaje. "¿Deber? No ha pasado ni un cuarto de hora, Princesa, desde que nos he salvado a todos al decir que no. He cumplido con mi deber por esta noche. Confío, Gallowglas, en que hayas recordado traer tu espada esta vez".

Jo deja caer la bolsa, la caja en posición vertical frente a ella. Está abriendo las solapas de la parte superior. "Jo", dice Ysabel con los ojos muy abiertos.

"Lo sé", dice Jo y se quita la chaqueta de cuero. Su blusa roja satinada es bastante oscura a la tenue luz. Mete las manos en la caja y saca la espada.

"¡Marcad esto, Princesa!", llama Orlando levantando su mano derecha envuelta de blanco. "Tengo un ojo y una mano menos. Que nadie diga que esta fue una pelea injusta". Lanza su espada hacia arriba y hacia atrás sobre su hombro, con la cabeza baja, la falda aletea cuando él corren hacia Jo, quien dice "¡Mierda!", e inclinándose hacia atrás con el pie izquierdo, ella balancea su espada con la empuñadura en alto para detener anticipadamente el salvaje corte a una sola mano con un golpe chirriante, con idea de

girar la espada justo cuando él pase para empujar la espada enemiga y la suya hacia arriba y a un lado, pero él planta su pie y *se detiene* de repente agitando el brazo, la espada japonesa gira hacia abajo, con el filo por delante, desciende bajo el brazo de Jo, recuperándose de esa parada salvaje mientras él *empuja* de nuevo contra ella la punta en forma de cuña de ese filo".

Las manos de Ysabel saltan a su boca.

Jo, temblando, baja el brazo y la espada cuando Orlando se gira para mirarla. Ella mira hacia abajo, estupefacta ante el corte de su camisa roja que revolotea sobre la hoja de la espada clavada allí a través de su vientre. Mira a lo largo de esa hoja hasta la empuñadura. Levanta la vista. Intenta mirar hacia arriba. Jo no puede levantar la cabeza. Con un gruñido, suelta su espada y su sangre salpica el pavimento cuando ella retrocede y rinde los brazos, "¡¡La!!", grita él. La pierna de Jo se dobla bajo un paso que no tenía intención de dar e, inclinada hacia atrás, cae de rodillas. Él expulsa la sangre de su espada de un tirón. Ysabel, manos temblando violentamente, trata de recuperar un grito que simplemente no sale. "Esto, esto no es", dice Jo cayendo hacia atrás, arrodillada, su cabeza golpea el pavimento.

"Tú eres mía ahora, ¿verdad?", dice Orlando a Ysabel. Frotándose la mano derecha con la izquierda.

Estremecida, manos aún temblando, Ysabel pasa junto a él para agacharse sobre Jo, intentando un par de veces arrodillarse a su lado sin caerse. "Rápido, rápido", dice Orlando mientras ella alisa el cabello vino tinto de Jo. Y ella besa los labios de Jo una vez antes de ponerse en pie con un roce de metal al darse la vuelta con la espada de Jo en la mano.

"¿En serio, Princesa?", dice Orlando.

"Mooncalfe", dice Ysabel con voz ronca, "ya no os acepto en mi corte".

"¡¿Tu corte?!", dice él, y luego, "Ella está fuera del campo de batalla, eso ya no me hará daño...", y él da un paso hacia a un lado

cuando ella se abalanza sobre él, y él le arrebató la hoja con su mano derecha envuelta. Se la arranca de la mano. La agarra del cabello con la mano izquierda, tirando de ella hacia él, y el sonido de las botellas se ha detenido desde entonces. Un motor cobra vida, un automóvil naranja pasa ruidosamente por Everett. "Vamos.", dice Orlando. Empuja a Ysabel hacia la acera y él camina con la espada de Jo en la mano. "Le preguntaremos a tu madre lo que tengo que hacer contigo".

N° 15: Débil

De pie allí / se hace una oferta

De pie allí, en medio de la intersección, una bolsa de papel blanco en una mano y la otra apartando el cabello largo y oscuro, una fina cortina ante los ojos, el ceño fruncido "¿Hey?", dice gentil y grave. Un gruñido de motor, un automóvil naranja lúgubre a la tenue luz hace un giro, pero él no aparta la mirada tras él. No mira hacia la calle por donde ha venido, ni al grandullón con un traje negro que camina a toda velocidad hacia la esquina y la dobla. Está mirando hacia la otra calle, al hombre de la falda larga y oscura, a la espada larga y recta en su mano, a la mujer de la parka blanca que es empujada delante de él. Al cuerpo que han dejado arrugado en el pavimento. "¿Hey?", dice él de nuevo. El hombre de la falda, la mujer de la parka, ninguno se detiene ni se da la vuelta ni se percata siquiera mientras, gruñendo, sollozando, se dirigen a la esquina y la doblan y desaparecen.

"¿Jo?", dice el hombre todavía parado allí en medio de la intersección. Lleva un chaleco negro sobre una camiseta negra. Va con los brazos al aire. La camiseta dice «Ted Kord y Maude» en letras blancas. El cuerpo arrugado en el pavimento tiene una pierna extendida hacia un lado, desplomada, la otra doblada bajo un brazo echado a un lado, una mano sobre el vientre, dedos laxos, la otra mano doblada al lado de la cabeza inclinada, un ojo mira a la nada. Él se acerca cada vez más y una sirena pasa en alguna parte a dos bloques de distancia aullando con tartamudeantes pitidos y se detiene con un sonido estrangulado. El semáforo en la intersección detrás de él hace clic y toda la sangre alrededor del cuerpo se ilumina de amarillo, naranja y oro. Él se detiene cerca. "¿Jo?", dice otra vez. El semáforo hace clic, la sangre se pierde de nuevo en todo el rojo y el negro.

Un susurro, un plop, la bolsa de papel cae al pavimento junto al cuerpo. Él se pone en cuclillas junto a la bolsa con una mano en la

boca. Su otra mano no toca el hombro de Jo ni su rostro, tiene nudosos dedos con uñas de negro, relucientes con anillos de plata, un ankh, una calavera, un par de dados, cabezas de serpiente. "¿Hey?", dice levantando la vista hacia la calle. "¿Alguien?"

El semáforo cambia. El cabello oscuro de Jo queda salpicado de verde.

Él dobla la mano suavemente sobre la de ella sobre su vientre, girándola con la palma hacia arriba mientras su otra mano se desliza hacia abajo para posarse sobre el vientre de Jo, presionando sobre el corte de la camisa que brilla encima de la piel húmeda... y la sangre, todo ese rojo, manchando de un color incierto por la luz. Él presiona el pulgar a la altura de la muñeca de Jo, temblando y luego "No", dice, "no, no, el pulgar no", levanta la mano, sacude las yemas de los dedos, junta el dedo índice y el medio y los presiona en la muñeca cuando la cabeza de ella cae de lado con una burbuja de saliva que estalla en sus labios, los tendones sobresalen en su cuello y él retrocede, "oh", dice, "oh, vale", sentándose sobre sus talones. Soltando y dejando caer la muñeca. Se frota las manos. Mira por el oscuro bloque del almacén convertido a un lado, las ventanas apagadas de la tienda de vinos al otro, los solares de construcción silenciosos más allá de los vacíos cruces en cada extremo. Una bolsa de lona junto a su pie, una caja larga y estrecha de cartón atada a ella. "Necesito", dice, "encontrar un teléfono". Un bulto negro allí en el pavimento detrás de ella, una chaqueta de cuero. Él se pone en pie, un poco inestable. "Estarás bien, ¿verdad? Powell's está justo... Powell's está ahí mismo. Alguien tiene que estar allí todavía. ¿No?" Se agacha para recoger la chaqueta. "Voy a... ¿por qué estoy *hablando*?", y luego se congela, mira hacia abajo donde había estado la chaqueta, la chaqueta cuelga en sus manos. "Mierda", dice. Comienza a colocarla de nuevo en la acera, y luego dice "Aggh, a la mierda las pruebas", y la recoge, retrocede hacia Jo. "Estarás bien", dice. "Solo tardaré un par de minutos. No te desangrarás mientras me voy, ¿verdad?", Levanta la chaqueta en sus manos. Ceñudo, mete la mano en el bolsillo que cuelga un poco más abajo. Saca un vidrioso teléfono negro.

"Oh", dice. "Bien. Sí".

Aprieta un botón, toca la pantalla hasta que obtiene un teclado. Pulsa en nueve, uno, uno. Lo mira allí en su mano, sin auricular, sin micrófono.

"Emergencias nueve uno uno", dice una vocecita metálica.

Se lleva el teléfono a la oreja. "Sí", dice, "hola, ¿puede oírme?"

"Sí, tengo que informar de un apuñalamiento. Alguien ha sido apuñalado. Con una espada. Creo".

"No sé, no es, creo que tomó..."

"La doce Noroeste entre, ah, Everett y cuál es la, F, ¿Foster, Flandes?"

"Sí, ella sí, hay pulso y, eh, pero hay mucha sangre. *Mierda*."

"No, quiero decir, eh", coge la bolsa de papel blanco con el fondo empapada en la oscuridad y la humedad, "Se ha puesto, está empapando los burritos. Ingrid se va a poner furiosa".



"Entonces", dice el Duque. Mirando por la ventana las luces que pasan. "No hay nada de qué preocuparse". Chaqueta marrón a rayas azules anchas, cremosa camisa dorada abotonada hasta el cuello, sin corbata. "¿Preparada?"

A su lado, en el asiento trasero, ella mira por la otra ventana hacia el tráfico. Su cabello muy corto, vino tinto. Una chaqueta de bolero color beige brillante en rojo, rosa y naranja sobre un vestido muy sencillo del color del hueso antiguo. Sus brazos cruzados en su regazo.

"Jo", dice el Duque.

"¿Qué quieres que te diga?", dice Jo Maguire. "¿Cómo crees que

voy a estar preparada para esto?"

"Podemos regresar", dice el Duque. "Una palabra y este coche se detiene. Pillamos bocadillos en Eastside, vemos la televisión, salimos de estas ropas..."

"Sólo dices eso", dice Jo, "porque sabes que voy a decir que no".

"¿Tú crees?", dice el Duque. Un letrero se desliza por la ventana detrás de él mientras el coche reduce la velocidad. «Fred Meyer», dice. "Es decir, tengo una copia de esa cosa canadiense, de ese tipo, ¿el que escribió esas obras de teatro?", el coche se detiene, el clic de los intermitentes. "Pero tal vez otra noche, ¿eh?. Porque no vas a decir que sí", pone la mano sobre la rodilla de Jo, la aprieta. "De todos modos. La oferta sigue en pie. ¿Vale?"

Jo no dice nada.

El automóvil gira a la derecha. Las luces del tráfico y las tiendas dan paso a aceras oscuras, automóviles estacionados, ventanas iluminadas aquí y allá, un vistazo a los libros en los estantes, un lienzo en la pared, un gran tajo de rojo y amarillo goteado, una vela en un alféizar, la cara de alguien en la sombra bebiendo algo de una copa de martini. Farolas aquí y allá, borrosas en una neblina de lluvia a la deriva. Estacionan al lado de un gran bloque de apartamentos de ladrillo, al otro lado de la calle frente a una vieja casa verde detrás de un bajo muro de piedra, un jardín perfectamente estrecho, grandes columnas blancas en su porche poco profundo a la luz de unos estilosos reflectores. Jessie apaga el motor y pone el freno de mano. La gorra gris de chófer envuelta en plástico transparente, un impermeable transparente sobre la chaqueta gris de chófer. Sale por la puerta del conductor, empuja el asiento delantero hacia adelante desplegando un paraguas de plástico transparente. Se inclina para ofrecerle una mano a Jo. En la palma de su mano, un trozo de papel doblado y metido en un triángulo que dice «Is».

"Vamos", dice el Duque detrás de Jo.

Jo mira a Jessie, asiente y toma ese triángulo de Jessie mientras

sale del coche. "Estaremos, ah", dice el Duque moviéndose a lo largo del asiento trasero, plantando su bastón, tomando la mano de Jessie. "Un rato, en realidad", se coloca un bombín sobre la cabeza. "Honestamente, no lo sé. Ve a tomar una copa, ve a bailar", toma el paraguas. "Diablos, ve a casa de Buenamigo. Yo ni siquiera me preocuparía de comenzar a esperar hasta después de la medianoche, así que..."

"Llamaré", dice Jo. El Duque frunce el ceño. "¿Tengo un teléfono?", dice ella.

"Oh", dice el Duque, "eso, claro", y luego Jessie se interpone entre ellos, se apreta a él y le da un breve beso en los labios. "Suerte", le dice Jessie.

"Eso no es un factor", dice él y muestra su media sonrisa. "Pero nunca la rechazaría". Él la besa, un beso más largo y suave, y luego, retrocediendo y mirando a Jo, sostiene el paraguas mientras ella camina a su lado por la acera. y Jessie se aleja. "¿Qué es eso que ella te ha dado?", murmura en su oído. "¿Una nota?"

Jo asiente.

"¿Para la Princesa?", dice el Duque. "Es bueno para ella que yo no sea un dios celoso. Bueno", golpea el pavimento con su bastón mientras la lluvia repica en el paraguas sobre ellos. "Terminemos con esto"

Llegan al otro lado de la calle, a la vieja casa verde detrás de su estrecho jardín, su bajo muro, su puerta de hierro forjado.

un Ojo marrón, un Ojo azul / Mano en alto / Su Recompensa / no una Marca

Un ojo marrón como el suelo de un bosque, un ojo azul penetrante como un cielo sin nubes, ambos pestañeando perezosamente con pesados párpados. El cabello rosa anaranjado cruje rígidamente en la almohada cuando mira a un lado y luego al otro. Barras, un estante de equipo, números digitales brillantes y borrosos en la tenue luz. Tubos. Un catéter amarillo pegado al dorso de su mano. Más tubos a lo largo de su cuello, su mejilla, alimentando sus fosas nasales. Sábanas de color beige, una manta azul borrosa arrugada sobre sus caderas. "Hey", dice alguien desde la nada. "Limonada. Bienvenido de nuevo a la tierra de los vivos"

"¿Qué me", dice él con voz rasgada. "has llamado?", abriendo labios pegajosos y agrietados, lamiéndolos.

"Oh, hey", dice un hombre delgado con piel color rosa pálido, su cabello es un arbusto borroso de rizos negros muy retorcidos. "Un apodo. No lo pensé mucho", mira el estante del equipo, revisa el catéter amarillo con manos seguras y cuidadosas. Sacude las mantas. "Pero, ¿cómo me has llamado?", dice el hombre en la cama.

"Te trajeron de Hooper hace un rato. Dijeron que estuviste despotricando y delirando antes de desmayarte, lima al limón, limón a la lima, refresco de lima. ¿Recuerdas algo de eso?"

"Limonada", dice el hombre en la cama.

"Un apodo", dice la enfermera. "Como he dicho. Tenía que usar algo para llamarte"

"Reynard", dice el hombre en la cama, "Reynardine. Raynaud. Reynolds. Raymond".

"¿Elijo uno?", dice la enfermera.

"Ray", dice el hombre en la cama, luchando por sentarse.
"Raymond. Llámame Ray. Hay algo... tengo que salir de aquí"

"Espera, espera un minuto, te ayudaré a ir al baño.
Probablemente tuviste un..."

"Salir de aquí. Debo salir".

"Quédate *quieto*, Ray.", la enfermera lo empuja suavemente hacia la almohada. "No se marcha uno cuando acaba de salir del coma. Paciencia. Tenemos que revisarte, hay unas pruebas, y tío", sonrío. "Te va a *encantar* el papeleo que hemos elegido para ti"

"Necesito algo", dice Ray, "de beber"

"Agua puedo darte".

Ray niega con la cabeza, el cabello rosado cruje. "Vino", dice.
"Whisky"

"Guooh", dice la enfermera negando con la cabeza. "Aquí no, tío. aquí no".

"Necesito *salir* de aquí", dice Ray luchando por apoyarse en los codos. "Si no me dejas irme..."

"Calma, tío", sin alzar esa voz suave, pero con su mano firme en el pecho de Ray, sin dejarlo levantarse. "Todo está bien..."

"Estoy desnudo como si no tuviera", dice Ray, "alguien *viene*, eso es lo que me despertó", su mano aletea hacia el mechón de cabello "como una *presión*, presiona mi... "

"Dolor de cabeza", dice la enfermera, ambas manos sobre los hombros de Ray ahora, firmes, fijas. Ray respira fuerte, feroz. "Apuesto a que es un súper mareo del demonio..."

Ray se aprieta el ojo con el talón de la mano y ruge, un profundo retumbar desgarrado y que resuena en la habitación oscura, sacudiendo el soporte de la vía IV, el tubo de plástico transparente,

haciendo sonar las barras de seguridad a ambos lados de la cama, la enfermera da un paso atrás, las luces parpadean, esos números parpadean y cambian, parpadean, vuelven a aparecer en ráfagas con jerigonza al azar.

Y luego Ray se hunde contra la almohada con el fantasma de una sonrisa.

"¿Qué ha sido eso?", dice la enfermera mientras los altavoces crepitan. "Bloqueo de Unidad de Urgencias Activado", dice una voz metálica y estática. "Cierre de la Unidad de Urgencias, Ahora En Vigencia". "Ray. Háblame, Ray. Cuéntame lo que acaba de pasar".

"Necesito", dice Ray apenas en un susurro, "licor, necesitoirme, no puedo estar aquí, todavía no, todavía no", y luego, parpadeando, buscando a la enfermera, "suerte", le dice. "Con suerte. No lo hará, no vendrá aquí. Está buscando otra cosa. Otra *persona*. Pero podría", suspira, cierra los ojos de nuevo. "Debo estar embotado", dice. "Necesito un celemín. Licores", arrastra la palabra, saboreándola, y luego con una risita, "basta de limonada..."



Soplando, resoplando, "Haced hueco", grita ella, y los cuatro o cinco hombres y mujeres con monos morados y azules se aplanan a ambos lados del pasillo mientras las llaves tintinean, las botas golpean, ella pasa en barrena a través de ellos y dobla la esquina. En el extremo más alejado hay un par de hombres, tres hombres agarrando y arrastrando a un cuarto, el único con mono, un mono verde bajo una bata blanca de laboratorio, abultada en la mano del grandullón, la camisa amarilla aletea abierta sobre un pecho ancho y desnudo. Ella se detiene, se agacha un poco al echar mano al mango de la pistola de plástico sujeta al cinturón /

"Wilberforce", dice el segundo hombre, el de la chaqueta tweed, al tercero, el alto del largo abrigo negro.

La pistola de plástico en la mano con su bulbosa boca amarilla se

libera, se alza, la mano libre ahuecada bajo el mango, dedo tenso contra el gatillo mientras ese hombre alto gira, el abrigo revolotea, un sonoro estallido de algo roto llena el pasillo, la mano salta hacia arriba y hacia atrás, la pistola se aleja dando vueltas en el aire. Ese largo abrigo negro se posa, manos cruzada delante de él, negras manos enguantadas se colocan en las caderas, sobre los mangos blancos perlados de los revólveres enfundados allí. Una nube de humo flotando ante él, enroscada hacia el arma que cuelga a su izquierda. "¿Le gustaría verlo de nuevo, madam?", dice él, una sonrisa en algún lugar bajo su enorme bigote gris. "Retírese. ¿Por favor?"

"Por allí", dice el hombre de la bata blanca de laboratorio, y el hombre de la chaqueta tweed dice "Luys, conmigo", y empuja a través de un conjunto de puertas dobles abatibles. El hombre de la camisa amarilla se quita la bata blanca y la sigue. El hombre del largo abrigo negro levanta una mano enguantada hasta el ala de su sombrero, pálido, con una corona absurdamente alta, perforada en un lado. "Señor", dice al hombre con bata de laboratorio, "madam", a la guardia de seguridad que todavía mira la pistola de plástico rota en mitad del pasillo, "sólo un minuto o dos más para obtener lo que hemos venido a buscar. Luego desapareceremos de su vista"

La habitación más allá está iluminada. Un grupo de personas anónimas con batas azules y verdes y máscaras quirúrgicas blancas sobre la mesa alta, y "Cuidado", dice alguien, voz amortiguada por una máscara, y "Ahí, ahí mismo", y "Está cayendo", y "*Maldita sea*", y "Colapsando", y "Seguridad Flanagan, *ahora*", el hombre de la chaqueta tweed levanta una mano ardiendo, como una antorcha demasiado brillante para mirarla. "Damas", dice, "caballeros", en su otra mano una bolsa de plástico transparente hinchada con polvo brillante. "El Halcón les agradece su servicio y les pide que se vayan", Luys está a su lado, la punta de su espada larga roza el suelo.

"No podemos, no podemos *irnos*", dice una de las personas con mono, y "No, no", y "Todavía cayendo", y "Otra abrazadera, si puedes".

"¡Doctores!", grita él acercándose. "Enfermeras. Han hecho todo lo

que pueden y más, y eso no se olvidará, se lo aseguro", y uno y luego otro, retroceden ante él. "Pero esto es lo que ella necesita", su mano en toda esa luz abrasadora cerrada en un puño, "y no es algo para que ustedes lo vean". Y abre la boca con un breve y agudo aliento, luego lo deja salir en una palabra, "*Fuera*", y el paso de esa palabra alborota monos, delantales, aletea gorros y máscaras, ondula la tela extendida sobre el cuerpo que se ha puesto sobre la mesa.

El Duque coloca la bolsa de plástico en una mesa auxiliar junto a un estante de herramientas de acero inoxidable, un plato, cuadrados de gasa cuidadosamente doblados. Con la mano que no está ardiendo, levanta las sábanas, tira a un lado del marco de una tienda de campaña, la expone a ella allí, pálida, flácida, desnuda, la ruina roja de su vientre desplegada, relajada. Aparta tubos de plástico y una larga aguja del brazo del camino sin prestar atención a la sangre. "Apaga eso", dice el Duque mientras suenan pitidos y zumbidos, y Luys se encoge de hombros y se dirige a la estación detrás de la mesa donde la mayoría de las alarmas parecen estar sonando. El Duque le quita a ella con cuidado una máscara siseante de la cara con la mano libre y la pasa sobre el pelo rojo y húmedo. "Jo", dice bajo el zumbido y los pitidos. "Por favor", su otra mano derrama fuego sobre el pecho de Jo, sobre su vientre, una luz de oro blanco que chisporrotea en su piel.

Junto a la pared, Luys levanta su espada y la aplasta bajo una lluvia de chispas y los pitidos chirrían y chillan y se detienen cuando el zumbido muere.

El Duque sumerge su mano ardiente en la bolsa de plástico y toda la habitación se ilumina con un sol brillando sobre esa mesa. Entornando los ojos, la arrastra por el aire a lo largo del cuerpo de Jo y repite, y a su paso, esa piel pálida florece con color y calidez. Y él repite una vez más, cuando esa luz pasa por tercera vez, su vientre está liso, sin marcas.

"Jo", dice el Duque inclinándose sobre ella, tomando su cabeza entre sus manos, ese sol oscurecido con sólo olas ahora, el rielar de la luz en el agua lamiendo sus dedos. "Vuelve", dice él en un susurro y Luys mira hacia otro lado. "Jo", dice el Duque, "vuelve a mí", y él

la besa en los labios, y el pecho de Jo se levanta con un suspiro, y luego otro.



Mientras se limpia los ojos, un brazalete a rayas verdes cae desabrochado para revelar un reloj, pesado y dorado. "Gracias", dice él con voz ronca.

"No, en absoluto", dice el Sr. Leir quitando las cenizas de su camisa de un blanco demasiado brillante a la luz intensa de la luz de arco. "Te lo has ganado"

"Es, yo sólo", dice el hombre de la camisa a rayas verdes. "Palabras. Es, son inadecuadas"

"Por supuesto", dice el Sr. Leir, poniéndose la chaqueta blanca. "¿Tu abrigo?"

Cuando salen de la habitación cavernosa, el Sr. Keightlinger entra en el resplandor con una escoba, barre las cenizas del piso de madera sin acabado. El señor Charlock está en el borde de ese círculo de luz con una mano ahuecando los ojos, asomándose a esa habitación oscura y vacía, las sombrías sugerencias de columnas, destellos del cristal de las ventanas que recubren las paredes lejanas. "¿Escuchas una risa?", dice el Sr. Charlock. "Qué cosa más rara", el Sr. Keightlinger sacude la cabeza.

"Qué noticias hay de la Prometida", dice el Sr. Leir en la puerta de la habitación.

"Sin cambios", dice el Sr. Keightlinger, inclinándose hacia el recogedor.

"No había salido de la casa en días", dice el Sr. Charlock, volviéndose, entornando los ojos por la luz. "Estamos cultivando musgo".

"¿Y esta noche?", el Sr. Leir frunce el ceño ante la punta de hollín de uno de sus zapatos blancos.

"Cena", dice el Sr. Keightlinger. "Nos llamaste para esta fiesta", dice el Sr. Charlock.

"¿Prefieres cultivar musgo?", dice el Sr. Leir sacando un pañuelo del bolsillo. "El Sr. Kerr", inclinándose para frotar la punta de su zapato, "merecía su recompensa. Hace seis meses, Killian no iba a correr". Una vez que se ha limpiado el reluciente zapato, dobla el pañuelo con cuidado y lo limpia otra vez. "Él es el claro favorito antes que el Podenco".

"Bueno, su madre organiza una gran cena esta noche, así que bueno, buen momento para esa recompensa"b

"¿Y el nuevo tutor?", dice el Sr. Leir.

El Sr. Keightlinger, recogedor en la mano, se topa con una bolsa de basura abultada y vacía las cenizas. "¿Qué hay que saber?", dice el Sr. Charlock. "Es la peor opción posible"

"¿Peor que el Carro?"

"El Carro era una máquina", dice el Sr. Charlock. "Predecible. ¿Este tipo? Él es...", y se encoge de hombros, agitando las manos, buscando una palabra. "Está chiflado".

"¿Eso es una excusa?", dice el Sr. Leir.

"Hay una chica", dice el Sr. Keightlinger.

"¿Una chica?"

"Puede haber una chica", dice el Sr. Charlock. "Que él está, no sé, viendo. Estamos haciendo lo que podemos".

"Haced más", dice el Sr. Leir alejándose.

El Sr. Charlock se frota los ojos, parpadea y avanza hacia las

sombras. "Entonces no lo has oído, ¿eh? ¿De tono agudo, como una risita? Una chica, no sé..."

"¿Sr. Charlock?", dice el Sr. Keightlinger junto a la puerta. Apartado de ese círculo de luz, el pequeño es la sugerencia de unos hombros, un resplandor junto a su calva, la cabeza gira hacia abajo, él se arrodilla allí en las sombras. "¿Qué es esto?"

"¿Eh?", dice el Sr. Charlock. "Nada", en sus manos hay ropa interior, bragas de bikini con rayas azules y blancas. Las recoge, las guarda en el bolsillo de su chaqueta, se pone en pie, se da la vuelta, retrocede hacia la luz. "Estoy oyendo cosas. Volvamos a eso".



La chimenea fría y oscura, dos sillas con respaldo de ala puestas ante ella, vacías, la lámpara de lectura apagada allí en la mesa de finas patas. Sobre la cama, almohada en un profundo edredón, Ysabel de costado, envuelta en una bata blanca y corta, con el cabello negro muy húmedo. Pies cruzados en los tobillos, blanco esmalte de uñas astillado y tenue, sin anillos en los dedos de los pies. Carrillos sombreados con delicado cabello negro. En un platillo floreado en la mesita de noche, un cigarrillo liado en papel marrón, quemado hasta una ramita de ceniza, un hilo de humo todavía saliendo de su ceniza sofocada. "Te vestirás para la cena", dice la mujer de pie al pie de la cama con un simple vestido y medias negras. Sus lentes se estrechan en bordes negros. Ysabel no responde, no respira, ni siquiera se mueve. "Si no lo haces, no creas que no serás obligada a ello"

"No la *animéis*", dice la anciana junto a la puerta.

"*Maldita sea, Ysabel*", dice la mujer a los pies de la cama, "no me hagas llamar a el Mooncalfe", y "*Anna*", dice la anciana junto a la puerta, bastante severa, y luego, muy dulcemente, "déjamela, cariño. Los invitados llegarán en cualquier momento"

Anna la mira, asiente una vez, bruscamente, se da la vuelta y se

va. La anciana acciona un interruptor junto a la puerta y el aplique en medio del techo llena la habitación con demasiada luz. Su largo cabello es blanco brillante, mechones recogidos en trenzas envueltas alrededor de la cabeza como una corona y que cuelgan ante los hombros a ambos lados. En el sencillo vestido gris brota iridiscencia cuando se sienta al borde de la cama. "Bueno", dice ella con un profundo suspiro. "Muchas cosas siguen *sucediendo*, ¿no es así? Y nada de eso se debe a ti".

Ysabel se mete más profundamente en las almohadas.

"Oh, querida", dice la anciana, "Querida, ¿te has rendido tan...?", y "No me llames querida", dice Ysabel, su voz amortiguada por los pliegues de su túnica. "¿tan rápido?", dice la anciana. "¿Creías que sería fácil?"

"Tampoco hagas preguntas retóricas. No necesito una conferencia, Gammer"

"¿Qué necesitas, niña?", acaricia el cabello mojado de Ysabel, su mejilla, apenas visible. Ysabel levanta la cabeza y mira a la anciana a los ojos. "Un vestido diferente", dice ella.

El Gammer se recuesta sobre un codo para mirar por encima del hombro. Colgando de una de las puertas de celosía entreabiertas, al otro lado de la cama, un espumoso vestido de encaje blanco envuelto en un satén de marfil. "Eso te quedará precioso", dice ella.

"Parecerá un vestido de boda", dice Ysabel.

"Tú eres la Prometida".

"¿Es que el Rey regresa esta noche, entonces? ¿Durante la ridícula cena de la madre?"

El Gammer sonrío. "Algo ha encendido tu fuego", dice ella. "Me lo he perdido en estos últimos días. Tu madre tiene muchas cosas, pero yo nunca diría que es ridícula. ¿Qué te tiene tan asustada, niña?"

Metiendo los pliegues de su bata bajo la barbilla, Ysabel dice: "¿Estoy rota, Gammer?"

"¿Rota?", dice el Gammer. "¿Y quién te ha metido esa idea en la cabeza?", hace una pausa, "¿Ysabel?"

Detrás de sus dedos, Ysabel dice: "Intenté convertirlo".

"¿Sí?", dice el Gammer suavemente. "¿Y cómo es que fuiste e hiciste algo así? ¿Sin que el Rey te tomara de la mano, y yo todavía aquí en el mundo?"

"Las reinas salvajes vivieron una vez en las montañas", dice Ysabel, "y convertían paja en oro a diario, y no tenían un rey a la vista"

"El Soames te ha contado algunos cuentos", dice el Gammer. Frunce los labios. "Un tarro del conejo fue, entonces"

"Lo bebí", dice Ysabel, y "Ut", dice el Gammer negando con la cabeza. "Lo bebí", dice Ysabel moviéndose sobre el edredón, sentándose, "y eso me *hizo* algo, dentro..."

"Querida, tú no...", dice el Gammer. Ysabel se está desabrochando el cinturón de la túnica. "Jo me encontró", dice ella, y "Yo nunca debería haberte dejado...", murmura el Gammer mientras Ysabel dice: "Jo *me encontró* acostada, tumbada en mi propio, *vómito* , " y ella se abre la bata, "y Roland me lo *extirpó*, y... y", sus palabras tropiezan en un sollozo.

"Y ni una marca en ti", dice el Gammer rozando el vientre de Ysabel con el dorso de la mano.

"Me *duele*", dice Ysabel.

"Oh, lo hará", dice el Gammer. "Pero no a causa de ningún corte o salvia", se pone de pie, se acerca a la ventana y mira hacia la calle. "Eso no es para beberlo, niña"

"¿Entonces, cómo?"

"Espera al Rey"

"Pero, ¿por qué?"

"Es lo que se hace", dice el Gammer abriendo un poco más la cortina. "Ha llegado el Duque".

"¿El Duque?", dice Ysabel. Charraspea para aclararse la garganta. "¿Quién está con él? ¿El Masón? ¿El Proveedor?" El Gammer niega con la cabeza. "¿Quién?", dice Ysabel. "No es Dienteverde, seguro".

"No", dice el Gammer. "No es Dienteverde"

Ysabel alza los pies de la cama, se apresura hacia la ventana sin prestar atención a su bata abierta. Echa la otra cortina hacia atrás. Su mano salta a la boca. Allí está, bajo la lluvia, bajo un paraguas transparente, el Duque con su traje a rayas marrones y azules y, a su lado, Jo con un vestido largo y recto del color del hueso antiguo, la luz de la calle centellea en las lentejuelas de su chaqueta, rosa, naranja y rojo.

"Ella ha venido", dice Ysabel. "Ella ha venido a por mí".

un cielo sin costuras / ha hecho todo su equipaje / el ovr de una temporada / Hombres tristes con ricos trajes negros / un paso cojo pesado

Un cielo sin costuras gris y blanco flota sobre un océano verde lácteo como el jade gastado, ondulada arena blanca y amarilla barrida por el viento, vacía. El gran ventanal lleno de gotas de lluvia inmóviles. Sentada hacia atrás en un sillón reclinable, contempla todo ello, piernas envueltas en una manta hecha de trapos con colores de antiguas revistas. Una rebeca abotonada hasta la barbilla, cabeza apoyada contra el grueso cuello del chal. De vez en cuando cierra los ojos como si por fin se hubiera quedado dormida, pero siempre antes de ello, los abre de nuevo, se mueve un poco en el sillón reclinable, se cruza de brazos con más fuerza y vuelve a meter las manos bajo los codos. Bajo la manta, contempla el océano con ojos color del barro.

Una enorme figura de hombre entra en la aireada salita, una suave camisa de mezclilla azul y un chaleco de cuero, en su rostro un par de ojos oscuros, un mechón de la frente en una hirsuta explosión de cabello, todo gris y negro y rizado con ramitas y brotes de color blanco. En una mano, una gruesa taza amarilla que coloca humeante sobre la mesa-bandeja junto al sillón reclinable. La otra no es una mano, sino una forma de mano, fundida en bronce y tallada con arrugadas espirales de puntos. De pie allí un momento, la mira mientras ella no levanta una mano para tomar el té, y luego, con algo como un encogimiento de hombros, se da la vuelta para alejarse.

"Ojalá pudiéramos abrir la ventana", dice ella.

Él se detiene allí, junto al bajo estante enterrado bajo un gran ramo de crisantemos, pesadas cabezas de amarillo y oro y naranja bronce. "Si se construye", dice con una voz áspera, "se caería. La luz de Yon puede ser educada". Sobre su hombro, un retrato de un

burlón presidente ceñudo de muchos años atrás.

"Casi puedo olerlo", dice ella cerrando los ojos. "Y el *sonido...*",

"Ut, eso", dice ásperamente. "Será, de una manera, cuándo o dónde, y nada que poner como el nombre de nadie. Viejo como siempre lo es". Y luego, con una brecha en el vello sobre sus ojos entornados, camina hacia ella, coloca su mano metálica en la parte posterior del sillón reclinable. "Ut", dice, y ella abre los ojos.

Afuera, luchando contra el viento, una mujer, su vestido largo gris demasiado pesado para ondularse, su cabello escondido en un sombrero de espigas, ambas manos en el brazo de un joven bajito que cojea a su lado envuelto en una pesada piel de oso. En su cabeza una simple gorra redonda del tipo preferido por los banqueros. Doblado bajo el peso de un cofre con cuerdas de hierro equilibrado sobre un hombro, estabilizado con su mano libre. Los candados negros sujetos a la cara a ambos lados.

"Me encargaré de la tetera", dice el hombre enorme, alejándose de la silla.

"¡Coffey!", grita el Duque, entrando por la puerta con su abrigo ocre. Detrás de él, Jessie con chaqueta de chófer, una bolsa de comestibles acunada en cada brazo. "Su Gracia", dice el hombre enorme con brusquedad, dirigiendo a Jessie con su mano metálica hacia una puerta abatible al otro extremo de la habitación. El Duque se arrodilla haciendo una mueca, su peso sobre el brazo del sillón reclinable. "Jo", dice. "¿Cómo estás?"

"Helada", dice ella con la taza amarilla humeando en sus manos.

"¿Sabes, creo que le gustas?", dice el Duque con la barbilla apoyada en el dorso de la mano sobre el brazo de la silla, su otra mano envuelve la cabeza de halcón de su bastón. "Prácticamente han terminado en tu casa", dice. "Es posible que desees revisarla antes de mudarte. Por si acaso. No es que haya ningún problema. Y, hay tiempo. Días si los necesitas. Así que, no tienes que hacerlo, tampoco es que... crea que deberías preocuparte de todo eso. Sólo... lo que necesites, Jo", ella le mira entonces, los ojos marrones de él

brillan con verde y oro. "Todo el tiempo que necesites. Voy a cuidar de ti, Jo...", élla se gira, deja la taza sobre la bandeja con un golpe. "Lo siento", dice él. "Mala elección de palabras. No quise decir..."

"Vámonos", dice ella. "Leo", levantando la manta de su regazo. "Vámonos"



En el pequeño pasillo, las puertas de los armarios de la cocina están abiertas con los cajones abiertos, vacíos, todos vacíos, la puerta del refrigerador entornada y oscuridad en el interior. Una caja de cartón llena de basura en la puerta del baño, polvo y fragmentos de vidrio y arrugadas toallitas de papel. La ventana en la pared más alejada de la habitación principal del apartamento está desnuda, sin cortinas, sin tono. Fuera del falso balcón blanco, la cornisa reluce extrañamente nítida a la plana luz gris. Doblado como un sofá, el armazón de madera desnuda del futón, las almohadas apiladas torpemente a un lado. Un contenedor de vapor sobre la alfombra con manchas de lejía, un par de cajas de madera al lado, ambas con clavos. La mesa de café con tablero de vidrio y un par de finas sillas de hierro forjado colocadas patas arriba sobre ella. En la esquina, el voluminoso armario de madera rubia está abierto, vacío, con un caos de finas perchas de metal colgando a un lado que no alberga nada.

"No queda mucho, ha hecho todo su equipaje", dice Jo en su chaqueta de cuero negro con la cremallera hasta la barbilla.

"¿Quieres algunos de los muebles?", el Duque empuja la puerta del refrigerador para cerrarla.

"Todo eso es...", Jo agita una mano hacia el armario, la mesa con tablero de vidrio, "eso es lo que vino con ella. Supongo que no lo quería". Su mano se posa sobre la pata de una silla bocabajo. "El futón era mío, pero está hecho una mierda. Supongo que han tirado el colchón".

"Probablemente haya", dice el Duque. "una... es como una cama simple, es todo..."

"No", dice Jo, "pero las mantas, quiero decir, hay una manta", toca un punto blanqueado en la alfombra con su gran bota negra.

"Probablemente en las cajas. ¿Quieres comprobarlo ? ¿Jo?", ella levanta la vista y le mira. "Si hay algo en esto que no te guste", dice él.

"¿Qué otra cosa puedo hacer?", dice ella con una amarga sonrisa.

"¿Es por el loft?", dice el Duque. Cojea hacia la sala principal. "¿Demasiado cerca? ¿Demasiado pronto? No estoy... ¿no es conveniente?", y Jo dice "No, no", mientras dice el Duque, "Dame un par de días. Te encontraré un apartamento en alguna parte, una casa, lo que sea. O...", saca algo de un bolsillo, un sobre sin sellar, lleno de billetes. "Te iba a dar esto de todos modos, pero podrías..."

"Demonios", dice Jo con las manos en los bolsillos.

"Es dinero de emergencia", dice. "Vamos. Adelante. Debería haber suficiente ahí, podrías llamar a un taxi. Conseguir una habitación de hotel. Llámame en una o dos semanas. Si quieres".

"¿Esto es real?", dice ella revolviendo los billetes.

"Como cualquier pagaré", dice el Duque. Él está sonriendo cuando ella levanta la vista bruscamente. "Cada trozo de papel de ahí ha pasado por una imprenta, si es eso lo que quieres decir. Y pasaron un tiempo en la cadera de alguien. Excepto quizá algunos de los de cincuenta, esos eran bastante nuevos", su sonrisa se suaviza.

"Cualquier cosa que quieras, Jo. Cualquier cosa que necesites".

Ella se aleja de la mesa con el sobre en la mano. "Cualquier cosa", dice ella mirando por la ventana hacia el pequeño estacionamiento al otro lado de la calle, hacia la sinuosa autopista a la izquierda, hacia el imponente arco del gran puente que persigue los tejados más adelante. Las oscuras colinas verdes y negras, cubiertas de

nubes y nubes de gas. "Necesito hablar con ella".

"Eso no...", dice el Duque, "eso no va a suceder".

"*Cualquier cosa*".

"¡Dentro de lo razonable!"

"Cristo, Leo", dice ella apartándose de la ventana. "¿Sabe ella siquiera que estoy viva?"

Él aparta la mirada ante eso. "Nadie", dice, "no, ah, ella no ha salido de la casa. No desde que él la llevó allí. Pero habrá una cena para la corte. Mañana por la noche. La veré entonces. Le diré lo que sea... "

"Necesito *verla*".

"Eso no es..."

"Podría ir contigo".

"*Jo*", dice el Duque y la punta del bastón golpea la alfombra. "*Perdiste*. Tu oficio fue revocado y él se ha quedado con ella. Se llevó tu *espada*, Jo. Ya no eres un caballero", y mientras Jo dice "Eso, eso no...", el Duque dice, "No tienes *casa*. Sin un arma, ya no eres un caballero"

El sobre se arruga en la mano de Jo. "Entonces, ya está", dice ella y se gira hacia el baúl, hacia las cajas. "Eso es todo, entonces. Se acabó".

"Perdiste", dice el Duque de nuevo.

Ella se da la vuelta tirando el sobre sobre la mesa entre las sillas. "De modo que esto es", dice ella, "¿qué, la recompensa?"

El Duque, parpadeando, mueve la cabeza como sacudiendo una mosca. "¿Disculpa?", dice.

"Ella dijo", dice Jo. "La Reina dijo que cuando ella, cuando Ysabel se cansara de sus coqueteos..., que sería el final. Que yo quedaba fuera. ¿Es eso lo que es esto?"

"Ahora dime, ¿por qué...", dice el Duque en voz baja, "pagaría yo para que Su Majestad echara a alguien, cuando podría haberme ahorrado el ovr de una temporada entera?"

Y entonces él es el primero en apartar la mirada. "No", dice. "Esto ha sido grosero".

"Yo estaba..."

"Los dos hemos sido groseros", dice, con los hombros encorvados y raspando la alfombra con una punta del bastón color sangre. "No me importa lo que la Reina diga o quiera. Lo que yo quiero", y esos hombros se levantan y relajan cuando él se endereza con un suspiro, "Te quiero a ti, conmigo. ¿La Princesa? Cualquier tonto podría ver que ella no ha terminado contigo. Déjame, déjame ir a esta cena. Averiguaré cómo están las cosas, antes de que nosotros...", y luego frunce el ceño. "¿Jo?", dice. "¿Qué es eso?"

Apoyado en el tramo de pared oculto por el refrigerador hay un largo y negro mango de lanza en ángulo, la cabeza como una hoja espejada, la punta descansa en la esquina donde el techo se encuentra con las paredes.

"Mierda", dice Jo. "Nunca pudimos quitarla de en medio con todas nuestras cosas aquí. No dejábamos de tropezar con el maldito chisme. Es la lanza de la Daga", dice ella. "De la caza. ¿Recuerdas?"

"Si fuera la lanza de la Daga", dice el Duque, "habría sido destruida con él. No, yo te la di". Su sonrisa se ha vuelto astuta. "Aún tienes un arma. Ven aquí. Tómala"

"¿Qué?",

"Que la tomes en tus manos", dice el Duque, y Jo se dirige a la mesa y pasa una mano por el mango negro de la lanza. "Adelante", dice.

"¿Qué estamos haciendo exactamente?", dice Jo.

"¿Confías en mí?"

"Hasta donde pudiera lanzarte esto".

Él se encoge de hombros. "Está bien. Bastante justo. Ofrécemela. Ofrécemela ahora, antes de que uno de los dos se dé cuenta de lo monstruosamente estúpido que es esto".

Con cuidado de la pesada lanza, agachándose a por ella, Jo se da la vuelta y la blande en ángulo entre el piso y el techo hacia él, la cabeza hacia arriba parpadea en la luz blanca y plana de la ventana. Él agarra el mango allí entre sus manos. "Joliet Maguire", dice. "Gallowglas", su voz se torna suave ahora y su sonrisa casi ha desaparecido. "¿Juráis, ante todos nosotros, resistir el poder del opresor con brazo y mano firmes? ¿Restaurar el bien afligido por el mal? ¿Combatir la artimaña y la malicia y el desprecio? ¿Patear traseros y actuar en mi nombre, tu señor?"

Y con una sacudida de su cabeza, parpadeando, con una risa, "Claro", dice Jo, y luego, "Sí. Lo juro".

"El Halcón", dice el Duque soltando el mango, "da la bienvenida a la Ardilla".

"¿La qué?", dice Jo inclinando la punta de la lanza contra la pared nuevamente.

"Aquella camiseta. La que llevabas puesta en el restaurante aquella noche cuando estábamos, no importa", él recoge el sobre de la mesa. "Bienvenida a mi compañía".



Claras notas tañidas, el acompañamiento del rasgueo de una guitarra de grande vientre rodeada por los brazos de un chico con

jersey a rayas azules, cano cabello teñido. «Teje un círculo alrededor de él tres veces», está cantando en voz alta y áspera, «tienes que planificar tus movimientos en estos momentos. Nuestros corazones se están rompiendo; una canción más para acabar», Jessie con su chaqueta gris de chófer, botella de refresco en mano, vidrio transparente que dice «Ruibarbo Seco» en un borrón rojo. Al borde de una multitud en la habitación del fondo, lana y licra, satén y vellón, mejillas pintadas, plumas caídas, un largo chaleco de punto y una camiseta y pantalones cortos, un estridente sari que brilla con cristales de colores y trozos de espejo, vaqueros bajos y una chaqueta para cenar. «Teníamos algunas máquinas buenas», canta el chico, «pero ya no funcionan. Te amé una vez. Y no te amo».

Ella lo observa mientras todos aplauden cortésmente, mientras el chico agacha la cabeza sobre su guitarra y ella levanta el refresco para echar un trago. Tiene una cara con grandes pómulos, nariz y cejas pronunciadas, una gorra blanca con orejeras. Una camiseta ajustada con un ribete impreso en el frente, todo alas de murciélago y tornillos en espiral. Sus brazos al aire tensos con músculos y venas nerviosas. Él sonríe hacia ella, ella asiente cuando el chico comienza a elegir una nueva canción en la guitarra. "Me resultas", dice Jessie, inclinándose hacia él, "¿familiar?"

"Lo siento", dice él negando con esa cabeza de saltos y ángulos.

"O quizá no", dice Jessie, encogiéndose de hombros.

"Lough", dice.

"¿Lough?"

"Mi nombre"

"Soy lluvia", dice ella.

«¿Cómo puede salir del cascarón?», canta el chico, «si no se acuesta. Bueno, ahí está Vera Lynn, en el violín, Elvis Costello, bueno, él toca el violonchelo...»



"Un trago generoso de ron fuerte", dice el anciano, "algo fermentado por la tercera ebullición de la caña de azúcar, con buena hierba jamaicana". Pelo de marfil como una corona silvestre alrededor de su cabeza rosa. "A eso", golpea su bastón de cuatro patas contra la alfombra, "un tercio más de Fernet... el Jelinek, si lo tienes... y lo mismo de Velvet Falernum de John D. Taylor". Lleva un holgado traje azul pálido sobre una camisa rosa, corbata blanca poco anudada. "Una pizca de amargo, Angostura si es necesario, remueve con hielo y déjalo reposar, ¡esto es muy importante! Déjalo reposar medio minuto antes de colar".

"Muy bien, señor", dice el hombre alto asintiendo con la barbilla detrás de los altos postes blancos de su cuello vuelto.

"Agua de soda", dice el joven con una mano sobre el hombro del anciano, "y una pajita", cabello pálido pálido con matices de oro cuelga en trenzas hasta los hombros. "Lo mismo para mí", dice, "pero con hielo, orgeat y crema. Sin pajita".

"Por supuesto", el hombre alto, todo de negro sombrío, camina suavemente por la oscura habitación de paneles de madera donde asoman enormes pinturas al óleo de hombres oscuros con ricos trajes negros. Aquí y allá, sillas de respaldo alto con marcos de madera elaboradamente tallados y cojines del color de las joyas, mesitas con apenas espacio suficiente para sus centros de bagatelas. En un sofá adornado, el Duque se encorva en su traje a rayas azul y marrón en un extremo. Jo, con su vestido color hueso, está erguida y rígida al otro. "Negroni", dice el Duque.

"Eso es más una bebida de verano, ¿no es así, señor?", dice el hombre alto.

"¿Lo es?", dice el Duque.

Después de un momento, el hombre alto se vuelve hacia Jo. "¿Señorita?", dice.

"Yo, oh", dice ella, "¿agua?"

"¿Sólo agua?"

"Pruebe la soda", dice el joven de las trenzas. "Agua y efervescencia, crema, jarabe con sabor". Su traje es de un azul intenso sobre una camisa blanca que brilla como la seda. "Sin alcohol"

"Lo que ha dicho él", dice Jo.

"Estoy conmovido", dice el joven ayudando al anciano a sentarse en un sillón cómodamente tapizado, "de ver a alguien tan comprometido con el ideal de las segundas oportunidades".

"¿Perdón?", dice el Duque inclinándose hacia adelante ante eso.

"Sólo estoy felicitando a lo que debe de ser vuestro nuevo caballero, Halcón".

"¿Cómo está vuestra hermana?", dice el Duque. "Vizconde".

"Más fuerte", dice el joven. "Su audiencia no es lo que era".

"¡Pinabel!", llama el Duque al anciano de la silla. "¡Sabueso! ¿Cómo va la guerra?" Y mientras el viejo levanta la vista y ladra: "¡Según esperaba!", el Duque se pone en pie y dice en voz baja: "Eso es el doble de lo que vos habéis supuesto en número de palabras, Mango del Hacha. En el propio salón de la Reina, cuidaos: mi segundo es el Gallowglas".

"Hemos perdonado lo que podría haberse olvidado", dice el anciano a la habitación, moviendo la cabeza. El joven, sonriendo, murmura "¿Amenazas, Su Gracia?"

"¿Eso es lo mejor que tenéis?", dice el Duque, todavía en voz baja, todavía feroz.

"Y hemos olvidado", dice el anciano, vacilante, "lo que podemos

perdonar".

"Pero, Su Gracia", dice la Reina en la puerta al otro extremo del salón. "Eso no es nada", un vestido negro de cintura alta, hombros desnudos y pelo largo y negro recogido. El Conde sonríe ampliamente, su cabeza flota asintiendo. El Duque da un paso atrás. Las trenzas de Agravante crujen cuando él niega irónicamente con la cabeza. "Caballeros", dice la Reina. "Qué bueno por vuestra parte venir", dice tintineando mientras un hombre con un uniforme negro se mueve entre ellos ofreciendo bebidas.

" Sinsentidos!", grita el Conde.

"Sin embargo", dice la Reina. Junto a ella, un hombre cuya cabeza bronceada está bastante calva, mejillas cubiertas de barba blanca. El ancho nudo de su corbata amarilla no coincide con su elegante esmoquin. En sus manos una delicada flauta de licor claro, muy similar a la de la Reina, y él la levanta mientras ella levanta la suya en un brindis. "Os saludamos", dice ella, y todos en la habitación levantan sus bebidas y luego beben. Jo mira las cosas ligeramente lechosas en su vaso, se encoge de hombros y bebe un poco. "Eso ha sido vigorizante", murmura el Duque.

"Bueno,  qu n es la escolta de ese?", dice Jo inclinándose cerca de él.

"No es una escolta", dice el Duque. "Ese es Welund, el Guisarme. Un tiburón".

" Welund?", dice Jo. " D nde está Roland?"

"No es el mejor momento para hacer preguntas. Sólo mantente al día. Lo est s haciendo bien", y luego, mirando más allá de ella, "Hola", dice.

"Leo", dice Orlando, y Jo gira y se reclina atrás saliendo entre ellos. Una camisa blanca abierta en el cuello, un pareo azul oscuro punteado de florecillas blancas. No hay vaso en sus manos. "La Reina ha jurado que", dice y su ojo oscuro apunta a Jo, "nunca más aceptar  otro Gallowglas en su casa". Ella parpadea pero no aparta

la mirada.

"Y ella no lo tiene", dice el Duque. Detrás de él, Agravante se ríe de algo que ha dicho Welund. "La Reina me acepta a mí, y soy yo quien la acepta a ella", poniendo su mano sobre el hombro de Jo. Jo se encoge. "Una gentileza, tal vez", dice el Duque, "pero sólo una de las muchas de las que dependemos todos los días. El cautiverio encaja más con vos, Orlando".

La expresión de Orlando no cambia cuando pasa su mirada de Jo hacia el Duque. "Todavía soy mi propio hombre", dice.

"¡Entonces sed tan bueno como para afirmaros!", dice el Duque. "Invocad vuestra carga. Lancemos lo que haya de ser y desviémoslo hacia la mesa. Estoy hambriento"

"Pero aún queda un invitado", dice Orlando, "aunque creo que acaba de llegar", con los pies descalzos rozando sobre la alfombra, pasa junto a ellos hacia la Reina, Agravante y Welund, y Jo se hunde y cierra los ojos. Su respiración se ha tornado profunda y rápida. "Bebe un poco de soda", dice el Duque, y ella le frunce el ceño. "Sólo faltan tres o cuatro horas más", dice, y luego, "Bueno... supongo que esta noche es una noche para crear algunos precedentes".

En la puerta del salón, la Reina inclina la cabeza un poco hacia un hombre con un traje de tres piezas a rayas que mira boquiabierto sobre un pecho hundido. Un pulido torque plateado se enclaustra sobre su nudoso cuello, su cabeza calva surcada de antigua mugre, hombros húmedos por la lluvia. "Nos llena de orgullo y satisfacción", dice la Reina, "dar la bienvenida al embajador de nuestra hermana".

"Perdonad mi desgarbado comportamiento", dice el hombre con el torque, y "¿Chazz?", grita el Conde todavía sentado en su silla, mirando las espaldas de los hombres delante de él. "La invitación reclamó mi atención en la más penúltima de las horas, y cualquier recurso del que pueda aprovechar para refrescarme, como se suele decir, es escaso sobre el campo", da un fuerte paso con un pie desnudo, las uñas de sus dedos bastante largas y afiladas. El otro pie

es un fajo de vendajes empapados en barro, y la pernera de su traje cuelga en jirones destrozados. "Un poco de dicho tiempo, quiero decir, me temo que he ocupado en rastrear vuestros preciosos pisos".

"Una caterva de tullidos", murmura el Duque, y "¿Qué?", dice Jo. "Si no fuera una metáfora", dice él.

"Caballeros", llama la Reina entonces. A su lado, una mujer con un sencillo vestido negro se inclina cerca para murmurar algo en su oído y ella asiente. "Si os unieráis a Nos aquí en este salón para levantar nuestras copas una vez más", y Jo mira hacia abajo para ver su mano bajo la del Duque, levanta la vista para ver esos ojos marrones destellando en verde y oro. Él le aprieta la mano, una vez, y la suelta.

La Reina se encuentra al pie de un amplio tramo de escaleras de mármol, escalones alfombrados en un pasillito central como una cascada cuidadosamente decorada de blanco y oro. "Nos da un", dice la Reina levantando su vaso, y todos hacen lo mismo, Jo imita al Duque, vaso en alto a medio beber sostenido en su mano, "placer que no podemos expresar adecuadamente", y hay un susurro allí arriba, una falda de encaje blanco al pasar por encima de las barandillas de arriba, un clic de tacones en el mármol, "dar la bienvenida de nuevo", y allí está ella, en lo alto de las escaleras, con un largo vestido de marfil bajo un espumoso encaje blanco cubierto y recogido, sus rizos negros sujetos con una sencilla banda blanca, y ella mira nerviosa por encima de todas esas cabezas calvas que la observan. Ella sonrío a los mechones marrones del Duque, y luego al vino tinto de Jo detrás de él, mirándola. "Nuestra hija, Ysabel", dice la Reina, y los vasos se levantan, bajan, son bebidos, mientras ella sonrío, la Princesa da un paso lento y deliberado tras otro al bajar esas escaleras.

"¡Caballeros!" / Cambio y tradición / Intención / una muy buen distinción

"¡Caballeros!", brama el Duque y golpea el capó del coche. Las conversaciones apagadas, la risa del gran hombre del suéter voluminoso, todo retumba hacia la quietud. "Gracias", dice. Tal vez diez de ellos, en el pequeño estacionamiento al lado del gran templo de ladrillos, con tazas humeantes en sus manos, aquí y allá burritos envueltos en papel de aluminio, un cubo de papel cargado de quesadilla. Bolsas de papel, sobres de salsa rasgados, trozos de papel de aluminio esparcidos sobre el capó del coche pardo. "Todos vosotros conocéis a Jo Maguire", el Duque con su abrigo de pelo de camello y un sombrero de ala marrón claro, Jo a su lado con su chaqueta de cuero negro, su cabello vino tinto brillante a la luz de la mañana, un cigarrillo humeante en su mano. "Jo, aquí están, bueno, algunos de los muchachos. ¿Alguien sabe dónde está el Absolvedor?"

"Milwaukie", dice el de la chaqueta a cuadros azul y durazno. El que lleva el largo abrigo negro dice: "La Couve". El Duque se encoge de hombros. "Hombre ocupado. El Proveedor", señalando a la chaqueta a cuadros, "El Masón", el hombre grande del suéter a su lado. "El Estribo", es el hombre del abrigo color ladrillo, "el Gañán", un hombre con un mono negro del que cuelgan bolsillos y bucles, "el Arpista", una gran barba rubia y una chaqueta de piel de oveja, "el Tirador", el hombre del largo abrigo negro que se inclina el sombrero de color gris pálido y dice: "Es un placer verla, señorita". El Duque pasa junto a un hombre con una chaqueta de trabajo verde oscuro. "El Eje", dice, "y ese es el Espadón", un hombre con una chaqueta de esquí marrón y negra, con un sucio delantal blanco estirado sobre la panza. "No escuches ni una palabra de lo que te diga..."

"Sí, jefe, que te jodan a ti también", dice el Espadón.

"El Escudo", un hombre con sudadera gris y una taza de café en cada mano, "y el Chincuechento", un hombre con uniforme de

seguridad anaranjado y un largo y arrugado abrigo rojo con intrincados bordados. "Habr  preguntas", dice el Duque mirando por encima del techo del automóvil. " No pedí donuts?", le pregunta al chico tras él encorvado en la pared de ladrillo con una chaqueta bomber marrón. El chico se encoge de hombros. "De todos modos", dice el Duque volviéndose. "El Gallowglas ha renunciado a su estandarte y ha jurado lealtad al nuestro. Así que, tratadla como el miembro más nuevo del personal. Ella va a encargarse de las calles de el Yelmo", dice él, "punto final", mientras los ojos se apartan, las cabezas se agachan, ellos se encogen de hombros, las uñas se examinan detenidamente, el café se sorbe. "Chile", dice el Duque a la gran barba rubia, "Medoro", a la chaqueta de trabajo, "Astolfo", a la sudadera gris, un café en cada mano, "esto es sólo para los nombrados. Todos tenéis las rondas como las habéis llevado.  Y también! Esta noche. En la cena de la Reina. Jo es mi acompañante, la velada completa.  Tenemos algún problema aquí, caballeros? "

Ni una palabra ni un gesto de nadie hasta que el Tirador se sube el cinturón, las nacaradas nalgas de sus revólveres parpadean. "Nose or", dice él.

"Cierva y Colmena, muchachos,  puedo recibir un jodido saludo aquí?"

Y "Salud", y "Salud", dicen, y "Ave", y " Salud!", grita el Espad n, y hay guiños y tazas de café de papel levantadas. Jo mira hacia abajo, da una calada al cigarrillo.

" Alguien preocupado por los cambios?  Tradic n?", dice el Duque. "En aproximadamente un mes, toda esta maldita ciudad va a cambiar. Acostumbraos a eso. Muy bien", aplaudiendo fuertemente en el pequeño aparcamiento, "vamos a acomodarnos", se dirige a la parte trasera del coche, sacando una sola llave del bolsillo del reloj de sus vaqueros marrones. Abriendo el maletero, se inclina para pelearse por mover una caja hacia un lado y arrastrar otra más cerca, para levantar una jarra de vidrio que salpica algo viscoso, blanco, cubierto de burbujas, un toque de c ldido oro amarillo. Equilibr ndola con una mano contra el parachoques, levanta la otra mano hacia la puerta del maletero y cuando la cierra, grita, salta hacia atrás, agarra la jarra mientras se tambalea sobre el

pavimento. Jo está parada allí, su ceño se desliza con curiosidad desde el maletero hacia él, acurrucado, agarrando esa jarra. "Me has sorprendido", dice él enderezándose.

"No me necesitas para esto, ¿verdad?", dice ella. "Regresaré arriba".

"Apaga eso primero", dice y ella poniendo los ojos en blanco, apaga el cigarrillo a medio fumar en la puerta, con la mano en el pomo de la puerta del Templo, se da la vuelta y los mira a todos, observándola. "Gracias", dice a todos ellos. "Yo, ah, sí. Gracias". Abre la puerta y entra.

El Duque se inclina hacia el chico de la cazadora bomber marrón. "Pensé haberte dicho que..."

"Joder, también dijiste que no la dejara acercarse. Salió disparada de la jodida nada, ¿que coño iba a hacer yo, hacerle un placaje?"

"Sí", dice el Duque aspirando entre los dientes, "bueno", cargando la jarra para dejarla delante del coche. "Vale, muchachos", dice desenroscando la tapa, y estos ya están dejando a un lado las tazas de café, tragando el último trozo de burrito, sacando botellitas y jarras propias, el Escudo acunando una bolsa de plástico en sus manos, temblando, de cosas espumosas de color blanco amarillento. "Uno cada vez", dice el Duque, "vamos, vamos", y el primero de ellos, el Masón, se acerca para vaciar su botella con mucho, mucho cuidado, en la gran jarra allí en el pavimento. <



"¿Jo?", grita Jessie desde la espaciosa sala blanca que se alinea a su izquierda, con ventanas altas y estrechas una tras otra. A su derecha, en la esquina, se despliega un sofá cama, un nido de sábanas blancas y mantas enredadas bajo un gran televisor de pantalla plana. Una niña echada sobre el vientre sobre codos y rodillas, tobillos nudosos pataleando en el aire con sus grandes pies colgando, ella lleva bragas con un gato de dibujos animados sin

boca impreso en las posaderas, un mando de videojuego en las manos. En la pantalla, una figura con escaso atuendo púrpura de animadora balancea una motosierra en un gran arco hacia una carnicería de zombis, emitiendo gruñidos y gemidos por pequeños altavoces negros dispersos a su alrededor. La niña dispara una fea mirada a Jessie y niega con su cabeza de coletas antes de volver al juego. La animadora corre por un oscuro pasillo jalonado de taquillas.

Más allá del sofá cama, una larga mesa bajo las ventanas, algunas sillas de respaldo alto, cuatro platos todavía con trozos de pasta y salsa de tomate pegados aquí y allá, una botella de vino vacía, un par de vasos. Más allá de la mesa, un jacuzzi rojo, allí un lavabo atornillado a la pared frente a las ventanas junto a una puerta blanca de vidrio esmerilado, entornada hacia un baño estrecho. Más allá de ella, a lo largo de un blanco tablero vacío, hay una cama individual en un charco de suave luz proveniente de las ventanas en las esquinas, y al lado una escalera hasta el rincón oscuro de un loft bajo el alto techo sin terminar. Al pie de la escalera, un contenedor de vapor, un par de cajas cerradas con clavos y apoyadas junto a la escalera, el mango negro de una lanza. "¿Jo?", dice Jessie mirando por la escalera.

"Aquí abajo, lo siento", dice Jo desde el suelo al otro lado de la cama. Tumbada de espaldas, las manos cruzadas sobre el vientre, una camiseta blanca con cuello en V y vaqueros negros y sus grandes botas negras. Una copa de vino llena de tinto junto la cadera. "Puedo levantarme", dice ella, pero no lo hace.

Jessie, con su cárdigan marrón oscuro, se sienta en la cama con sábanas blancas y suaves y un mullido edredón afgano con el ojo de Dios naranja cuidadosamente doblado. "No te molestes", dice ella. "¿Cómo, cómo estás...?"

"Duele", dice Jo. "Y sigo estando", traga, "como nauseada, en oleadas..."

"Con náuseas", corrige Jessie, y luego, "No, nada, olvídale. No importa. Leo, ¿te habló sobre...?"

"Qué", dice Jo rotundamente.

"Alguien, Karen, de esta tienda de la calle, ella viene con unos vestidos para que te los pruebes. Para esta noche. No será ni un par de horas. Te lo aseguro", inclinándose hacia adelante, con los codos en las rodillas, "Te digo esto porque Leo, él, él se mueve rápido", Jo resopla. "Lo que quiero decir es que cuando él decide algo como esto, después está, bueno, listo para lo que sea que venga después".

"No habrá un después", dice Jo apretando las manos sobre el vientre.

"Él tiene gente para eso", dice Jessie. "A mí, sobre todo. Desde entonces, durante los últimos dos meses"

"Vale", dice Jo, y gruñe mientras se sienta. "Ya me lo has dicho", recoge la copa de vino. "¿Tengo un par de horas? Pues subiré las escaleras, tal vez me eche una siesta o tal vez me dé otra ducha..."

"Jo", dice Jessie, y Jo vuelve a poner la copa de vino en el suelo. Un grito de poder desde el otro extremo de la habitación, la aceleración de una motosierra, rugidos de dolor. "Me alegra que estés aquí. Sé que esto es una especie de... quiero decir que es una extraña situación, pero él de verdad se preocupa por ti. Mucho. Así que me, alegro de que estés aquí".

"Extraña", dice Jo, "situación, la cual no necesito, lo siento, no te ofendas, lo que no necesito es que la novia me diga lo *genial* que es él".

"Yo no soy..."

"Vamos a jugar a las claras, ¿de acuerdo? ¿Nosotras dos?", Jo sube las rodillas y las agarra con los brazos. "No estoy aquí porque quiera estar. Estoy aquí porque esto es lo único que tengo", traga de nuevo. "Esto es el modo en que consigo sacarla de allí. Así que confío en él hasta este punto y *absolutamente* no más allá. ¿Vale?"

"Yo nunca fui su novia, ¿vale?", dice Jessie, mientras Jo se pone en pie recogiendo la copa de vino. "Es mi jefe. Hago un trabajo para

él, me paga. Esta soy yo siendo sincera contigo, ¿de acuerdo? Él es un buen hombre".

"Ya te he dicho", dice Jo dirigiéndose a la escalera, "lo que no necesito..."

"¿Querías tú acaso matar a Tommy Cabezacuero?"

Jo se detiene ante eso. "Yo no maté..."

"¿No?", dice Jessie.

"Joder, esto no tiene que ver con..."

"Intención", dice Jessie recostándose en la cama, metiendo un rizo amarillo detrás de la oreja. "¿Quisiste salir a la acera cuando Roland lo golpeó con la espada?"

"Yo no sabía cómo funcionaba eso", dice Jo. "Cuando sucedió aquello..."

"Estuve aquí aquella noche", dice Jessie, "cuando lo trajeron, era un *hueso*, eso fue todo lo que quedó. Y vi la *mirada* en su cara, Jo. Sé que te ha perdonado. Es un buen hombre. Él no *hizo*, lo que dijiste que hizo".

"Yo no quise matar a Tommy", dice Jo. Ella comienza a subir la escalera con una mano, cuidando de no derramar la copa de vino. "Pero aún así, está muerto".



Se apoya contra el guardabarros del automóvil color pardo con una franja negra en el lateral, estacionado frente a una vieja casa verde detrás de un bajo muro de piedra, un jardín perfectamente estrecho, columnas de un blanco brillante con un deslumbrante gusto. Está lloviendo más fuerte ahora. Él no parece darse cuenta. No lleva sombrero ni abrigo, sólo un chándal verde con rayas

plateadas, moteado de gotas, el agua reluce en su cabello muy corto, rosa anaranjado a la luz de la farola. Lleva gafas de sol, irregulares lentes verdes como trozos de botella, y auriculares azules y blancos que cubren sus orejas. Sus manos en mitones de ciclista apretadas ante él. Su rostro inexpresivo.

Y después de un tiempo, aunque cae la lluvia como antes, se levanta del guardabarros de ese coche, sacude la cabeza y se aleja lentamente.



La sopa se saca de una sopera dorada sostenida por un hombre y servida por una mujer, ambos con elegante uniformes negros. La sopa es suave y espesa, de un rojo dorado brillante en sus amplios cuencos blancos y poco profundos. Jo lleva la mano a su cuchara y el Duque a su lado pone la mano sobre su muñeca, niega ligeramente con la cabeza. Otro hombre con un elegante uniforme negro tiene una sartén de hierro fundido, la cual chisporrotea en su mano enguantada, y coloca un par de tres crutones en cada tazón, y la mujer que lo sigue con su elegante uniforme negro aplasta una pizca de hierbas sobre los picatostes y coloca una hoja seca de roble o de arce para que flote en la sopa. Jo acerca la mano a la cuchara y otra vez el Duque niega con la cabeza, más perceptiblemente esta vez. A la cabecera de la mesa, la Reina ha levantado la cuchara. Prueba la sopa.

"Una passata de ceci, señora", dice el mayordomo de pie tras ella con la barbilla metida detrás del cuello levantado. "Una sopa de garbanzos y tomates, aromatizada con salvia fresca, pimientos, azafrán y fiori di finocchio silvestre con suprema de fardacho al mero di piu".

"Delicioso", dice la Reina, y de un lado a otro de la mesa el tintineo de cucharas tomadas y sumergidas en la sopa. "Tang", dice Jo recogiendo su cucharada y, levantando el vaso, mira hacia atrás para llamar la atención de una de esas figuras vestidas de negro, "Disculpe", dice en voz baja, mientras dice el Duque. "Jo, sólo..."

"¿Hay algo que no os guste, Gallowglas?", dice la Reina.

"No. Madam", dice Jo. "Es realmente muy bueno".

"¿Otra bebida, quizá?"

"Bueno, yo, ah..."

"Hablad".

A su alrededor, los tintineos y los sorbos discretos de sopa se elevan asiduamente a la boca. "Iba a preguntar", dice Jo, "¿Hay algo con sabor a naranja? Quiero decir, esto es bueno, pero con naranja lo haría", deja el vaso en la mesa. "Sabría a cremita"

"Una cremita", dice la Reina. "Bueno, ¿mayordomo? ¿Podemos cumplir con su pedido?"

"Hay un jarabe de sangre de naranja, señora"

"Oh", dice la Reina, mirándolo con una sonrisa, "prepara un lote. Uno para todos, para que todos podamos probar esta exquisitez", mira a lo largo de la mesa. Ysabel sentada al otro extremo, su mano sobre la de Jo, Jo mira su sopa con los labios apretados. "Cremita", dice la Reina. "Qué maravilloso. Debes decirnos, Halcón, cómo se logró este truco".

"Sin más contexto, señora", dice el Duque inclinándose hacia adelante para llamar su atención, "tendría que recurrir a mi respuesta habitual". La Reina todavía está centrada en Jo.

"¿Cuál es?", dice el Gammer sentada frente a él.

"Candidez", dice el Duque.

"Lo último que oímos fue que el Gallowglas estaba muerta", dice la Reina, y Jo levanta la vista de su sopa, pero Ysabel le aprieta la mano.

"*Dado por muerta*", dice el Duque. "Una muy buena distinción, de hecho, pues aquí estamos..."

"No volverá a suceder", dice Orlando sentado frente a Jo.

"Mooncalfe", dice Welund a modo de advertencia a la izquierda de la Reina. "*¿Sangre de naranja?*", dice a su derecha el Conde, alarmado. "Silencio, Abuelo", dice Agravante a su lado.

"Tenía la esperanza", dice el Duque, abriendo los puños que había cerrado a ambos lados de su plato de sopa, "de no abordar el tema hasta más tarde..."

"Sí, decidnos, Halcón", dice la Reina. "¿Por qué habéis traído un Gallowglas a mi casa?"

"Ahora es miembro de mi compañía, Madam, y alguien a quien Vos habéis dejado entrar en vuestra casa la ha perjudicado".

"Continúad", dice Welund bruscamente después de un momento.

"Se refiere a mí", dice Orlando.

"Todos saben a quién me refiero", dice el Duque. "Hace cinco noches la atacó sin previo aviso ni motivo..."

"Yo *tengo* un motivo", dice Orlando.

"Incluso si lo hubieras tenido", dice el Duque, "incluso si lo hubiera tenido, Madam, esta es una disputa que se resolvió hace mucho tiempo por un duelo anterior, un duelo que él perdió, como lo atestigua su ojo".

Las cucharas saltan. Orlando golpea la mesa. "No aguantaré...", dice, y Welund dice: "Déjadle terminar".

"Esto es absurdo", dice Orlando.

"Cualquier disputa que puedas tener no será con ella", dice el Duque, "sino conmigo", recoge su bebida, un dedo de licor rojo

pegajoso que se aferra al hielo derretido, y la drena del todo, baja el vaso. "Y antes de que todos se reunieran, yo digo que es un cobarde por atacarla como mi surrogada, y exijo el retorno de su espada, que él no tiene derecho de portar", aparta la mirada de Orlando. La Reina muestra una sonrisilla. "Madam".

Un tintineo de Chazz al lado del Duque, persiguiendo lo último de su sopa.

"¿Eso es todo?", dice Welund. "¿La espada?"

"Es todo lo que le pido", dice el Duque.

"Esto es tedioso", dice la Reina gesticulando a Orlando. "Sacad el arma".

"Soy mi propio hombre", dice Orlando en voz baja con las manos inmóviles sobre la mesa frente a él. "No hay ataduras de toradh que me obliguen".

"Tenéis la custodia de mi hija", dice la Reina, "y no me arriesgaré a que la perdáis con otros como él en otro duelo. Sacad el arma".

Su silla araña el suelo cuando èl la empuja hacia atrás y arroja una sencilla vaina negra a la mesa, con un cuello y una capa del color de las nubes de tormenta. En su mano, la espada desenfundada, la empuñadura es simple y recta, envuelta en alambre opaco formando una reluciente red de hebras hiladas en gruesos nudos de acero. "No sé por qué me molesté", dice. "Tampoco es una espada terriblemente buena"

"El Yunque", dice Agravante alejándose de Orlando, "es el mejor herrero de este o de cualquier..."

"Oh, lo sé", dice Orlando girando, ensayando, sopesando la espada. "Quiero decir", dice con la cabeza inclinada, "el diseño de la misma". El hombre con el elegante uniforme negro mira confundido la hoja que perfora su chaqueta y le mantiene clavado en la pared. "sólo es bueno para pinchar", dice Orlando enderezándose, acercándose al hombre para colocar su mano sobre su pecho. "No

sé", dice. "¿Quizá ella no ha puesto el corazón en ello? Sin ira", dice distraídamente, "sin miedo..."

Jo abre mucho los dedos de su mano izquierda, anudados con los de Ysabel, que ella tiene presionados contra el encaje de su vestido.

Orlando saca la espada del pecho del hombre. "Ya ves", dice por encima del hombro al Duque, "es pésima para cortar..."

"No", dice Jo liberando su mano mientras la espada retrocede. El hombre contra la pared levanta la vista del agujero de su chaqueta negra a tiempo para encontrar en su cuello un corte rápido y limpio.

Agravante empuja su silla hacia atrás y Jo se levanta de un salto y cuando el cuerpo del hombre cae al suelo, el hombre y la mujer del servicio a cada lado de él retroceden pegados a la pared para hacer espacio. La Reina apoya los codos sobre la mesa con la cara entre las manos. Welund se aleja de la mesa con un teléfono móvil en la oreja. "Como cortar leña", dice Orlando volviéndose para mirar al Duque. "¿Todavía la queréis?"

"Jo", dice el Duque. "Salid", en una mano la tosca cabeza de halcón de su bastón, en la otra el pesado pomo de su espada larga.

"Yo...", dice ella negando con la cabeza, "Puedo encargarme de..."

"*Salid*", dice el Duque. "No deseo que la lección que estoy a punto de impartir sea de manera permanente".

"Yo", dice Jo, y luego, "oh", y luego, "*Ah*", retrocediendo de la mesa mientras el Duque se pone en pie. "Te veré pronto", le dice a Jo. "Con tu espada".

La mano de Ysabel encuentra su mano. Jo la mira, mira a los ojos de Ysabel, que brillan, mira a su asentimiento apresurado y, de la mano, ambas se alejan. Una mujer con elegante uniforme negro les abre la puerta cuando salen al pasillo con el sonido de las hojas sonando y la voz de la Reina gritando: "*¡Basta!*",

"Leo, maldita sea" / Preparándose / Con todo tu corazón

"Leo, maldita sea", dice Jessie con las manos en alto y bloqueando su camino, y "Oh, por el amor hermoso", dice él, "es mi maldito oficio", viste pantalones a rayas azules y marrones y una camisa de oro, abierta en el cuello, con un par de muy puntiagudas zapatillas persas en los pies.

"Ella no ha terminado", dice Jessie. La habitación detrás de ella esta vacía, salvo por un gran escritorio de madera con cuatro patas robustas y un bastidor de altura hasta los hombros, con ruedas, perchas de las que cuelgan vestidos de colores que vienen de las llamas y de los amaneceres, de ladrillos y de hojas justo antes de caer. Una canción suena suavemente, guitarra y piano y un gran bajo elástico, «en las velas negras de Fellini, trapos ajados que cuelgan de los clavos me recuerdan». Una mujer con un traje pantalón azul marino está inclinada en un ángulo incómodo, tirando de una cremallera en la parte posterior de un vestido severamente sencillo, del color del hueso antiguo. Jo está zarandeando los hombros en los tirantes, dejando que la parte delantera se despegue de su pecho. "¿Qué hay que terminar?", dice el Duque. "Eso le queda fantástico. Como ¿cuál es el nombre de esta?. Con ese cabello", revolotea los dedos delante de la cara. Jo dispara una mirada al Duque con un brazo cruzado delante de sus pechos. La canción se eleva en un coro, «ella tenía un gran par de ojos, tenía un gran par de ojos entre ella». "El verdadero glamour de Hollywood de los años treinta", dice el Duque.

"Hay una chaqueta, una chaqueta de bolero a juego", dice la mujer del traje pantalón tirando del vestido sobre las caderas de Jo.

"Entonces, ¿por qué seguimos hablando de esto?", dice el Duque. "Karen, gracias. Haré que Pandulce se encargue del resto en un momentito. Ahora, si no te importa, necesito hablar con Jo aquí, a solas"

"Leo", dice Jessie, cortante, mientras Karen asiente y se dirige hacia la puerta, y "¿Qué?", dice el Duque. "¿No es fantástico ese vestido?"

"Eso no es lo..."

"¿Y no están asignadas las cinco y cuarto en mi agenda para ayudar a Jo a ver la luz? ¿Y no llego ya diez minutos tarde?"

"Veinte", murmura Jessie, y "De acuerdo", dice el Duque señalando hacia la puerta.

"En realidad", dice Jo. "Jessie. Si pudieras quedarte", en sus boxers negros, tirando hacia abajo de su camiseta blanca con cuello en V. Sus pies descalzos.

"Yo, ah", dice Jessie, y el Duque dice "No puede, pero, está bien, claro. ¿Por qué no? Bien".

"Bueno, esa luz", dice Jo, y Jessie pone los ojos en blanco, empujando con los puños los bolsillos de su rebeca, estirándola hacia abajo y hacia abajo.

"La luz", dice el Duque aspirando entre los dientes. "De acuerdo. Esta noche no será lo que crees que es".

"¿Qué es lo que creo que es?", dice Jo.

"La noche en que sales de esa casa con una Princesa de tu brazo".

"Eso no es...", dice Jo, "no era...", y "Vamos", dice el Duque, "dime. Mírame a los ojos y dime que si ella toma tu mano, si te besa en la mejilla y te dice: Jo, si te dice Jo, llévame contigo... ¿qué vas a hacer?"

Jo tiene una mano aferrando el bastidor de los vestidos, rubor en la cara, dice: "Hice una promesa"

"Y se mantendrá", dice el Duque suavemente. "Sana y salva, cálida y pura. Jo", arrastra los pies cojeando, apoyándose pesadamente en

su bastón, y ella baja la mirada. "Jo, mírame", su mano en su barbilla, vacilante, levantándola suavemente. "Yo podría simplemente", dice y ella aparta la cabeza, bruscamente, y él deja caer la mano, "Yo podría decirte que se atiende a mis propósitos que vayas y que espero que te pongas ese vestido sin más palabras", Jessie resopla ante eso y el Duque la favorece con una mirada agría y de reajo. "Pero te estoy brindando el honor", le dice a Jo, "de darte explicaciones, una cortesía que rara vez dispenso. Si ella saliera de esa casa contigo esta noche. Sí", y toma una profunda respiración, "si el último vínculo entre la Prometida y la Reina se rompiera y no hubiera un Rey allí para tomar su mano".

"Estás hablando del golpe de estado", dice Jo, y Jessie alza la vista ante eso.

"No, golpe no. Mucho peor", dice el Duque, y dice Jo, "Sí, pero, pero esas cosas, la conversión, el, el...", agita la mano buscando la palabra, "el ovr. Se detiene".

"Ya se ha detenido", dice el Duque. "Nos exprimimos semana tras semana y nada más que el polvo se obtiene. No, estoy hablando de que termina. Para siempre. No más Colmena, ni Halcón, ni Sabueso". Él aparta la mirada con un mal sabor en su boca. "Ya ha comenzado. Jo, contigo tengo diecinueve caballeros reunidos bajo mis poderosas alas. ¿Cuántos vinieron con sus botellas a la Asamblea de esta mañana?"

"Yo, ah, entonces, el Rey", dice Jo soltando el bastidor, mirando a Jessie, quien está negando con la cabeza. "¿Cuándo regresará?"

"En cuanto me haya sentado en el Trono", dice el Duque, "y me haya vuelto a levantar".

"Bueno, vale, entonces este Trono", dice Jo. "¿Tenemos que ir a buscarlo?"

"No es de ese modo", dice Jessie.

"No es la hora", dice el Duque.

"¿Cuándo, cuándo será?"

"He jurado que para el cambio del año seré Rey"

"Entonces, eso es ¿qué, un mes? ¿Mes y medio?"

"Antes, tal vez".

"Bueno, ¿y a qué estamos esperando?", dice Jo. "¿Qué tiene que pasar?"

"Jo", dice Jessie, "simplemente, tú no...", mientras el Duque dice "Sabré eso cuando llegue el momento".

"¿Eso? ¿Qué es Eso?. ¿De qué estás hablando aquí?"

Golpea el suelo con la punta del bastón. "No estoy preparado, Gallowglas".

"Leo, será mejor", dice Jessie, pero Jo dice: "¿No estás...?", mientras se aleja lentamente del bastidor con una mano rozando los hombros de los vestidos, los tirantes, las perchas tintinean en la barra unas contra otras. "¿preparado?", se agacha, recoge sus vaqueros negros y los mira un momento en sus manos. "Todo esto", dice ella, "Todo el paro. La escasez. Ella siendo", sacude los vaqueros, "*encerrada* con su madre, esto, *todo* esto, porque, Cristo", mirándolo ahora con esos ojos color barro. "Será mejor que te *prepares*".

"Hice un juramento", dice. "Antes de la conversión de..."

"¡Tu juramento!", grita ella. "¡Su deseo! Su visión o lo que sea. Ella misma como Reina. Sabemos que va a suceder. ¿Por qué te molestas? Ella... Leo, mierda, vamos. Terminemos con esto. Esta noche".

"Ella misma como Reina y tú a su lado. ¿Es eso lo que ella te dijo? ¿Es por eso que te arrojaste contra el Mooncalfe? ¿Pensaste con seguridad que no perderías? ¿Por eso?"

"Estoy aquí", dice Jo. "Sobreviví".

"Vamos escaleras abajo", dice el Duque. "Salta delante de un autobús. Quiero ver cómo su visión te salva entonces. Si vamos esta noche para terminar con esto, mejor lleva una escoba contigo para barrer del asiento lo que quede de mí para el siguiente candidato".

"¿Quién es el siguiente?", dice Jo, y él se ríe. "Qué rápido se me sustituye", le dice a Jessie extendiendo los brazos, con el bastón vivaracho en una mano. "¿Ves a *alguien* más?", grita y lleva el bastón abajo para que retumbe contra el suelo. "Bájate esos pantalones, Gallowglas. Báñate. Haz que Jessie te haga algo en el pelo y la cara. Ponte ese vestido. Haz estas cosas porque se atiende a mis propósitos. Nos vamos en una hora y media". Da media vuelta y cojea hacia la puerta.

"¿Cómo?", dice Jo, y se detiene. "¿Cómo esto atiende a tus propósitos, por qué correr el riesgo? ¿Por mí?"

"Creo que serás un catalizador decente", dice, "provocando y aclarando ciertas acciones y reacciones. Veremos cómo la Reina podría respaldar al nuevo campeón de su hija". Mano en el pomo de la puerta. "Y cumpliré una promesa que te hice: que puedas ver a la Prometida y hablar con ella". Abre la puerta, asiente, pasa y la cierra detrás de él.

Jo deja escapar un repentino gruñido de frustración, negando con la cabeza. "Arrogante", dice ella. "hijo de perra".

"Es un Duque, Jo", dice Jessie recogiendo hacia atrás el cabello amarillo. "¿Qué esperabas?"

"Aún así", dice Jo.



"¿Dónde está el coche?", dice Ysabel dirigiéndose a la puerta principal entre roces de encaje, ruidos de tacones, y "Espera", dice

Jo detrás de ella, con sus cómodas zapatillas, un brillo de lentejuelas, agarrando el brazo de Ysabel. "Espera".

"¿Vamos a caminar a casa sin más?", dice Ysabel girando, su mano sobre el codo de Jo, sobre su cadera, acercándola, la mano de Jo todavía sobre el codo, su otro brazo incómodo detrás de la espalda de Ysabel mientras Ysabel la abraza con fuerza, mejilla con mejilla, ojos cerrados, "Oh, Jo", dice y se inclina un poco hacia atrás y parpadea rápidamente "No me, no me lo dijeron", y luego, mientras Jo dice "No pensé que así fuera", Ysabel la besa, rápida, firmemente, y luego, levantando las manos, con el torpe brazo de Jo alrededor de su cintura, acaricia el cabello de Jo, frente con frente, sus mejillas húmedas, dice, "Te he echado mucho de menos".

"Ya", dice Jo.

"Te ves tan, tan encantadora esta noche", dice Ysabel.

"Ysabel, tenemos que...", dice Jo, e Ysabel dice "Sí, por supuesto", y se da la vuelta para salir del abrazo hacia la puerta de nuevo, y otra vez Jo agarra su mano, "No", dice ella, "espera".

"Deberíamos irnos ahora, mientras están distraídos", dice Ysabel.

"Ellos ya, ya han terminado de pelear", dice Jo. Un bramido amortiguado desde algún lugar del pasillo detrás de ellas. "Con las espadas, al menos. No hay adónde ir, Ysabel. Acepté la oferta del Duque. Vivo en su loft hasta que... yo que sé. No he pensado en ello todavía".

"Puedo quedarme contigo..."

"Ysabel", dice Jo. "Dime. Todo esto. Se trataba de convertirse en Reina, ¿no?"

Ysabel respira brevemente y luego, soltando el aire, sonrío un poco y dice: "Al principio no".

"¿Quién iba a ser el Rey?", dice Jo mirando su mano en la de Ysabel. Sus dedos entrelazados. "No fue el Duque". Ella no ve el

ceño fruncido de Ysabel, la mirada que ella lanza hacia un lado, el trago justo antes de decir: "Nadie. No necesito un Rey".

"Tú no. Pero..."

"No ha habido un Rey en años".

Jo suelta la mano de Ysabel. "Sí, pero", dice ella. "Ellos parecen pensar que lo necesitas".

"Y yo pienso que están equivocados. Jo", toma la mano de Jo entre las suyas. "Todo lo que necesito, Jo, es un poco de medhu para convertir. Una vez que lo haya hecho, ya está, está hecho, y todo mío, y nada de ellos. Podríamos salir por esa puerta y encontrar un poco, esta noche. ¡Jo, podríamos intentarlo esta noche!"

"No sé si", dice Jo, "puedo pasar por eso otra vez. Si no funcionara..."

Ysabel la acerca. "Seré Reina, Jo. Lo he visto".

Jo cierra los ojos y apoya la frente en la de Ysabel. "Tal vez", dice ella, "tal vez yo diciendo no, tal vez esperar a que el Rey regrese, tal vez así es como puedes llegar a ser Reina".

El agarre de Ysabel se tensa sobre la mano de Jo presionada allí entre ellas. "Tú no harías eso. Acabas de volver a mí. Tú no me abandonarías".

"No lo sé", dice Jo e Ysabel dice "¿No confías en mí? ¿No me crees?"

La nariz de Jo está acariciando la de Ysabel, Jo abre la boca para decir algo, pero no lo hace, en vez de eso la presiona contra la de Ysabel en un breve y único beso. "Creo que tú lo crees", dice Jo, "con todo tu corazón". Inclinandose hacia atrás, retrocede. Dejándola ir. "Pero podrías estar equivocada".

"Igual que lo podrían estar *ellos*", dice Ysabel.

"No puedo", dice Jo retrocediendo, "No puedo *tomar* esta decisión".

"La has tomado. Ya la has tomado".

"Ysabel", dice Jo mientras, con el clic-clac de los tacones, Ysabel pasa a su lado por el pasillo hacia las escaleras. Jo estira el brazo para alcanzar su manga e Ysabel se detiene y se da la vuelta, sus ojos muy verdes, muy fríos y secos. "Suéltame", dice ella.

"Toma", dice Jo sosteniendo un trozo de papel doblado y metido en un triángulo que dice «Is».

"¿Is?", dice Ysabel tomándolo.

"Es de Jessie", dice Jo. "No creo que sepa cómo se deletrea tu nombre".

"Entonces, ¿este es mi premio de consolación?", dice Ysabel mientras lo despliega, lo lee y su mano comienza a agitar la nota, agitarla hacia Jo, y ella dice: "Ella me ama, por todo lo más querido. Por todo lo que yo quiera, lo que yo decida", e Ysabel deja que la nota arrugada caiga al suelo. "Ella no se interpondrá en mi camino", dice ella.

"Joder", dice Jo en voz baja mientras Ysabel se aleja, y luego, "Por lo más querido", dice Jo dando un paso tras esos tacones, "Voy a hacer todo lo que pueda, lo que sea, para llevarle a él hasta ese Trono tan pronto como sea jodidamente posible. Voy a..."

"Imagina mi gratitud", dice Ysabel subiendo trabajosamente por las escaleras.



"En realidad no quiero hablar contigo", dice Jo con el cigarrillo en la boca. Está medio sentada en el balconcito de la salida de

incendios en lo alto de una calle vacía. Se oye un repique susurrante de la suave lluvia soplada por el viento sobre el toldo sobre ella. Al otro lado de la calle, un gran edificio color canela, ventanas oscuras, solo las letras rojas que dicen «Fred Meyer» iluminadas en el letrero que cuelga al frente. Jo se inclina hacia delante para sacudir la ceniza hacia la acera de abajo. Envuelta en un suave edredón blanco, un pie aún en una zapatilla de lantejuelas que asoma por la barandilla. Posada a su lado en el suelo del balconcito, una espada en una vaina lisa y negra, con una garganta de metal forjado y una capa del color de las nubes de tormenta.

"Principalmente quería asegurarme de que lo habían instalado mientras estábamos fuera", dice el Duque apoyado en el alféizar de la ventana abierta detrás de ella, dentro del loft con su bata llena de diseños espirales de color púrpura, marrón y dorado.

"Así que esto *es* nuevo", dice Jo.

"No puedo tenerte escalando la tubería todo el camino hasta el aparcamiento de abajo cada vez que quieras un maldito cigarrillo", dice. "En realidad deberías dejarlo".

"¿Sí? ¿Hay algo más que pueda hacer para atender tus propósitos?"

Él se frota la frente bajo un mechón de cabello castaño, mira hacia otro lado, a través de las barras del balconcito hacia la calle de abajo. "Podrías", dice, "aceptar una disculpa".

Jo se estremece entonces debajo del edredón, cierra los ojos. "A la mierda con eso", dice ella. "Tomé la decisión que tomé. No voy a culparte a ti por ello".

"¿Fue duro?"

"Ella me odia ahora", dice Jo. "Ya te lo he dicho. No quiero hablar de eso".

"¿Te importa?", dice el Duque, con el pie en una zapatilla de piel de oveja, sube la pierna sobre el alféizar, y Jo se encoge de

hombros, le deja espacio, "Es tu casa", dice tirando el edredón con más fuerza sobre sí misma con cuidado del cigarrillo.

"Es tuya también ahora", dice saliendo por la ventana, doblándose y haciendo una mueca para sentarse a su lado, frotándose el muslo. "Lo que quise decir fue", dice después de un momento, "que te hice una estupidez y una tontería. Yo..." y respira profundamente, "*presumí*, basado en una confianza que no teníamos, una confianza que, debido a lo que hice es posible que ya nunca tengamos", se mira la mano que envuelve la barandilla delante de él. "Y lo siento muchísimo por ello".

Después de un suave momento, Jo se inclina para dejar que el cigarrillo a medio fumar caiga de sus dedos. Mete la mano debajo del edredón. "De acuerdo", dice ella. "Sí. Acepto".

Él asiente, una vez. Él dice: "Ella lo superará". Mira la lluvia a la deriva, mira a Jo a su lado, acurrucada bajo el edredón. Haciendo una mueca, se pone en pie. "Me gusta este sitio", dice pasando por encima del alféizar, de regreso al interior.

"Hey", dice Jo, y se detiene allí en la ventana. "Una cosa. La casa de Coffey. ¿Por qué me llevaste allí? ¿Cómo sabías que era eso lo que yo necesitaba?"

Él muestra su media sonrisa y la mira de reajo. "¿Quién no encuentra el aire del mar restaurador?", dice. "Buenas noches, Jo".

Voces apagadas

Voces apagadas al otro lado de una puerta o una pared y ella abre los ojos lentamente, una exuberante vincapervinca que casi parece arrojar una luz azulada sobre las sábanas. "Sólo unas extrañas palabras que yo no pude... ni idea lo que ella era. Drogada mal de la cabeza o algo así. Preciosa modelo alta... como un idioma diferente, ¿una de las rusas? Joder, ¿él va venderlo usualmente o a vivir bajo esto? Con el tema del maletero".

Ella se sienta. E inmediatamente se pone una mano a un lado de la cabeza, allí, bajo una cascada de rizos de color blanco amarillento. Ambas manos hacia su cara ahora tirando de ella, estirándola, respirando pesadamente por la nariz. Frunce el ceño. Una salita genérica, paredes color beige, dos camas individuales una al lado de la otra, la de allá con montones de cosas, bolsas de lona y bolsas de papel y sacos de nailon llenos de pelotas, balones de rugby y pelotas de fútbol envueltas en plástico transparente, tubos de pelotas de tenis, en el suelo, delante de la cómoda con un televisor en la parte superior, un zigurat de cajas de zapatos. Rápidamente pero con cuidado sobre manos y rodillas, se mueve hasta el pie de la cama, allí las ruinas de un escueto vestido rojo, desgarrado, manchado de barro, mojado. Ella baja un sucio pie descalzo al piso alfombrado, lo sigue para agacharse. "Ahí dentro", dice la única voz, nítida y clara.

"Ya", dice la otra voz, alta y gangosa. Voces desde atrás, no detrás de la puerta principal hasta el corto pasillo oscuro en su dirección, sino tras la fina puerta comunicante, plana en la pared junto al televisor, cuya parte en su lado se abre hacia un tope que se extiende por el suelo, ella estira el brazo hacia este, pero un clic, un ruido metálico, la mano de alguien sobre el pomo de la puerta en la otra habitación la gira para abrirla.

"¿Por qué la pusiste aquí dentro?", dice el tipo que empuja la puerta hacia el interior de esta habitación, una maraña de cabello rubio y una gran barba rubia y una chaqueta de piel de oveja que

cuelga abierta, y "Había espacio en la cama ", dice el otro tipo, y: "No, me refiero a aquí *precisamente* ", dice el primer tipo frunciendo el ceño, entrando en la habitación. "¿La pusiste dónde?"

"Mierda", dice el segundo tipo irrumpiendo en la habitación, su pelo es negro y puntiagudo, la chaqueta gris con muchos bolsillos y correas y mangas hasta los codos. Dirigiéndose al otro lado de la cama: "Juro que estaba aquí dentro, lo juro"

"¿Tal vez está en el baño?", dice el tipo de la gran barba rubia, y mientras gira se oye un chirrido y un golpe y la puerta de la habitación está cerrada. Ella está allí de pie, muy alta, con el pelo rizado salvajemente blanco a la luz, un hombro hacia atrás contra la pared, una mano en alto, temblando, esos brillantes ojos azules parpadean rápidamente. "¿Porth?", dice ella, o algo así, y el segundo tipo, el de la chaqueta gris, regresa rodeando la cama, "Ahí está", dice, "oye, nena, no pasa nada..."

"Eres un imbécil profanamadres", dice el tipo de la gran barba rubia. "Esta es el Hacha".

Ojos severos, fijos, el temblor se desvanece cuando ese hombro se aleja de la pared, su mano se levanta desde detrás de la pierna, el bate de béisbol de madera se blande en alto antes de un furioso golpe breve que impacta al segundo tipo en el lado de la cabeza y mientras él queda allí tambaleándose, parpadeando, ella gira para golpearle el pecho y enviarlo al suelo. "Ya no", dice ella con voz áspera.

"Perdonadme", dice, "aquí tan lejos en el Este, las noticias de la corte a veces no..."

"Eres", dice ella y tose, "el Arpista. El Duque. Me capturó".

"No, no, absolutamente no. Este pequeño imbécil", pateo al tipo en el suelo, "te capturó. Te encontré dormida junto a los contenedores de basura. Pensó que tenías... *potencial*. Puedes matarlo, si quieres".

"Sí", dice ella sacudiéndose el pelo de la cara. "Desenvaina".

"No haré tal cosa", dice. "Sudeste no sabía nada de esto. Lo juro".

"Desenvaina", dice ella.

"No", dice él y ella se encoge de hombros y vuelve a batear.

Caído al pie de la cama, el tipo se estremece mientras ella le quita la chaqueta y él abre los ojos. La observa agachada allí ponerse la chaqueta, abrocharse los dos botones superiores con una mano en el bate, sus ojos en él todo el tiempo. Palpando los bolsillos camino hacia la puerta, se detiene de pronto, se suaviza un poco, tal vez una sonrisa, cuando saca una bolsita de plástico retorcida con una pizca de polvo dorado del tamaño de un pulgar.

"De esto", dice el tipo tartamudeando, espeso, lamiéndose algo lácteo en los labios, "*De esto* el Duque oirá hablar".

"Bien", dice ella, besa la bolsita una vez, y la guarda de nuevo. "Tus pantalones".

N° 16: Abundancia

4:59 se convierte en 5:00 / Donuts & Sobras

4:59 se convierte en 5:00 al caer la pestaña con un «clac» y la radio explota con un aflautado sintetizador, un clavicordio eléctrico, un aplauso programado, una mujer arrullando, «¿era el tipo de discos que ponías lo que me hacía pensar, era simplemente la forma en que me besa besa besa besa besa besa besa besabas, lo que me mostró», pero él está sentándose en el saco de dormir, está rodando, ha encontrado el botón de apagado. Un graznido, un gorjeo, alas revoloteando, posándose, un zumbido, un chirrido, un timbre agudo, un crujido de peso moviéndose sobre la paja, sobre semillas, un crujido retorcido mientras Frankie Reichart se pone una gruesa sudadera que dice «Senderos Roca Oveja» se acurruca para abrirse paso con cuidado por la habitación oscura bajo las jaulas llenas de pájaros somnolientos.

Baja por un tramo de escaleras atornillado a la parte posterior del viejo edificio de ladrillos, avanza por un aparcamiento vacío, con postes altos, altas verjas a ambos lados, el humeante aliento iluminado por la hinchada luna que brilla justo sobre el techo tras él. La puerta en la parte trasera del parking cuelga ebriamente de una sola bisagra y él pasa y atraviesa una callejuela sin pavimentar rodeada de hierba alta y seca que cruje bajo los pies. Al otro lado del callejón hay un pequeño garaje, la luz se filtra por debajo de su gran puerta principal. Abre una puerta más pequeña a un lado y se cuela dentro.

En el interior, paredes con mosaicos de viejas fundas de álbumes, duotonos en azules o verdes de hombres agonizantes tocando cuernos, mujeres con sombreros extravagantes ahuecando entre las manos enormes micrófonos ante sus labios, bandas enteras en chaquetas de cena a juego con interminables telones de color beige o rosa o polvo azul. Hay una gran mesa redonda cubierta de fieltro

verde en el centro de la habitación, una baraja de cartas apiladas cuidadosamente, un tarro de plástico que dice «Cacahuets de Tía Ruby» en letras descoloridas lleno de tuercas hexagonales y tuercas cuadradas y redondas arandelas grises. Él se abre paso a empujones hacia una manada de asientos y sillones reclinables a ambos lados de una mesa. Casi plano, un hombre yace durmiendo con un arrugado traje marrón demasiado grande para él. Frankie echa mano y saca un centavo del bolsillo de sus pantalones de chándal y lo deja junto a otra una docena y un par de monedas de dólar en un cenicero de cristal azul sobre el brazo del sillón reclinable, luego se dirige a una puerta blanca y lisa en la esquina. Una salita lo bastante grande para un inodoro y un lavabo. Sacude la cabeza con su largo cabello lacio, empujando hacia abajo los pantalones de chándal, chasqueando los labios, se quita algo de los dientes, echa una larga meada apoyando una mano en la pared amarillenta.

Al salir, se detiene junto al sillón reclinable del hombre dormido, mira esa cara quieta y arrugada con una mano suspendida sobre el cenicero. Un párpado con manchas de color rosa pálido se contrae y se oye el resoplido de un ronquido y la mano de Frankie salta hacia arriba y hacia atrás, él se estremece y se marcha apresurado.

Cruza el callejón y el parking a la luz de la luna, pero no sube las escaleras, en su lugar abre una puerta trasera en una cocina, linóleo marcado, armarios oscuros, una estufa eléctrica amarilla con solo dos ojos. Sentada a una pequeña mesa cubierta con formica de brillante color verde azulado, una mujer pálida, su cabello bajo una gorra muy corta de color gris metalizado, un pulido torque plateado sujeto alrededor del cuello. Ella no levanta la vista cuando Frankie se lava las manos y se salpica la cara en el balde de plástico rojo del fregadero. Suena una campanita en algún lugar más allá de la cocina. Él llena un nublado vaso con agua y se lo bebe. Las manos de ella están dobladas en el regazo.

El repiqueteo de una cortina de cuentas y un anciano entra en la cocina, se frota los hombros y golpea los pies. "Nippy está fuera", dice. Lleva un abrigo a cuadros rojos y negros. Su cabello es un nítido círculo de rizos blancos casi amarillos frente a la oscuridad rojiza de su piel. Lanza un llavero sobre el mostrador. "Café en el asiento delantero", dice. "Donuts en el trasero", Frankie toma las

llaves, se limpia la boca con el dorso de la mano. La mujer se pone en pie, extiende una mano hacia el anciano, y él la toma y dice: "Tenemos un poco de tiempo. Él estará bien dejándome a solas un rato"

Ella niega con la cabeza. "Sin techo sobre mi cabeza", dice ella suavemente. "No hay suelo bajo mis pies"

"Al menos te has quedado para dar los buenos días", dice él acariciándole el dorso de la mano con el pulgar. Ella lo atrae hacia ella, se presiona dentro del abrigo de él y le besa, y sus brazos la rodean, sus manos se extienden sobre la parte baja de su espalda, ahuecando una nalga desnuda y pálida. "Hueco y corazón, mujer", dice él con el vaho de su aliento sobre los labios de ella. "Estás fría."

Frankie sale de la cocina por un pasillo estrecho a través de la cortina de cuentas hacia la sala principal de la tienda, más allá de los estantes divididos en cubículos regulares llenos aquí y allá con pares de zapatos que no coinciden, más allá de la mesa de trabajo con una alta montaña de más zapatos de todas las formas y en el mostrador, Frankie está abriendo un par de cajas de donuts rosadas, desenvolviendo un grupo de tazas de espuma de poliestireno. Algo puntiagudo, guitarras eléctricas tocando el mismo fraseo una y otra vez, entrando y saliendo de la sincronización, sale del radio-reloj junto a la pila de zapatos. Suena la campanilla de la puerta de la tienda y entra un hombre muy compacto, vaqueros desgastados sobre leotardos largos y una rebeca azul abultada, con la cabeza calva rojiza. "Hola, Dogstongue", dice Frankie, y el hombre calvo asiente con la cabeza, mueve un pulgar hacia la música en el aire. "¿Frasca?", dice.

"Me supera", dice Frankie con la boca llena de donuts.

La campanita suena una y otra vez, una mujer con un abrigo largo e hinchado con un vestido pardo, un delantal blanco, una placa de identificación que dice «Iemanyá», un hombre con mono azul desgastado y guantes de trabajo de cuero gris y una larga caja de herramientas roja que se posa con un sonido metálico. Frankie está sirviendo café, ofreciendo donuts, saludando. Tres hombres y

una mujer entran juntos, abrigos gruesos sobre elegantes chaquetas negras desabrochadas, camisas blancas formales abiertas en el cuello, pantalones negros con cintas negras brillantes en la pierna. Dos de ellos discuten junto a una bandeja ancha y plana con una hogaza con cortezas redondas bajo una envoltura de plástico. La posan en el mostrador, "Guoh, hey", dice Frankie, y quita la envoltura. Ha cortado una hogaza del pan para revelar capas de queso y pasta con salsa de tomate y pisto y aceitunas y rodajas de huevo y más. "¡Tímpano!", grita la mujer con una floritura, y la campanita suena de nuevo, una quinta parte de ellos con ese elegante uniforme negro se abre paso a través de la puerta, una sucia nevera roja en sus brazos, "¿Un poco de ayuda por favor?"

"Dang", dice Dogstongue pellizcando el relleno del pan. "Felicidades de parte de la Reina", dice uno de los hombres, y "¡Cena interruptus!", grita la primera mujer sujetando un asa de la nevera.

"Cayeron sobre la sopa", dice la segunda mujer, abriendo la neverita con un revoltijo de botellas de refresco y vino.

"Bueno, no por la sopa", dice uno de los hombres, y "Durante la sopa", dice otro.

"Entonces", dice la primera mujer, repitiendo su anuncio, "sobras"

"Hay un gran rollo de papel de aluminio en uno de los armarios de allá atrás", dice el viejo del fondo de la habitación junto a la cortina de cuentas.

"Está bien", dice Frankie, entregándole otra taza de café. "Oye, ¿dónde está Batswool? ¿No suele ser él quien...?", pero la risa muere, todos apartan la mirada, los tres hombres, las dos mujeres, los uniformes negros. "Hey, ¿qué...?", dice Frankie frunciendo el ceño.

"Continúa, muchacho", dice el anciano suavemente. "Busca el papel de aluminio".

"Le he dicho a Su Gracia" / un oponente más peligroso / Él vendrá / Que sea al Norte

"Le he dicho a Su Gracia", dice Vincent Erne con una toalla en las manos, "como le he dicho repetidamente: que no puedo enseñar a nadie que no quiere aprender".

"Sólo un inepto artesano", dice el Duque con su abrigo de pelo de camello quitándose de los dedos un guante de cuero color sangre, "culpa a sus herramientas, Sr. Erne".

"No estoy hablando de herramientas", dice Vincent mirando a Jo en los espejos de suelo a techo, ella con la espada en la mano y Chuck Taylors diferentes en sus pies. "Estoy hablando del material".

"Entonces probemos ese temple", dice el Duque quitándose el abrigo, mirando por un momento, y luego apoyándose prolijamente en el suelo junto a la pared frontal. Comienza a desabotonarse la camisa roja oscura. Vincent le tira la toalla a Jo. "Iré a por chaquetas y máscaras", dice mientras se dirige a la puerta. "Las láminas son..."

"No", dice el Duque colocando la camisa roja encima del abrigo. Alisa el frontal de su camiseta blanca. "Nada de eso, y ninguno de tus juguetes con puntas de goma tampoco. Dije que probaríamos el temple". Al volver a ponerse los guantes, toma el bastón que había metido bajo el brazo y lo deja caer sobre la camisa y el abrigo, apoyándose ahora en el pesado pomo de su espada larga desenvainada.

"Aquí no, Su Gracia", dice Vincent.

"¿Prefieres que lo hagamos en la calle?", dice el Duque. "Vuestra espada, Gallowglas".

Ella ya está cruzando la habitación para dejar su épée en una hilera de espadas de práctica dispuestas en el suelo. Ella se limpia las manos con la toalla, la cara, seca el sudor del pecho. Al final de la fila, la chaqueta de cuero se mueve al azar y, junto a ella, otra espada en una vaina negra y llana, la empuñadura es simple y recta, envuelta en alambre opaco. Los gavilanes son limpias barras rectas casi tan anchas como la empuñadura. Alrededor de ellas, una reluciente red de hebras hiladas en gruesos nudos de acero redondos trabajados. "No es el talento o la habilidad lo que está en cuestión", dice Vincent. "En el momento actual", se fija el gancho al final de su brazo protésico. "Es disciplina. Es respeto. No es hacer promesas que ella olvide en el momento en que sale por esa puerta. No es desaparecer durante semanas y pasar por alto a Su Gracia con la esperanza de evitar preguntas difíciles. No recojas esa espada."

Jo lo mira encogiéndose de hombros. "Ese hijoperra es mi señor", dice ella. Y toma la espada.

"¿Tu, tu?", dice Vincent. Chasquido.

Ella saca la espada de su vaina. El Duque cojea hacia el centro de la habitación con su espada en ambas manos en un ángulo incómodo ante él, el pesado pomo apoyado contra el vientre. "No veo el problema, señor Erne", dice. "Yo no la golpearé. Y Ella no puede golpearme".

"Un aficionado no entrenado", dice Vincent, "puede ser el oponente más peligroso en un duelo".

"Una maravilla, entonces, que alguien se las apañe para volverse competente", dice el Duque. "Cuando estés lista".

"Vigila tu postura", murmura Vincent mientras Jo marcha junto a él. "Golpéale a él, no a su espada", ella se planta hombro con hombro hacia el Duque, quien tiene la espada en ángulo ante ella, la mano libre apretada contra el pecho, casi bajo la barbilla. "Estás molesta", dice el Duque dándole casi la espalda a ella, su espada aún sostenía torpemente, ambos brazos apretados contra el torso.

"Dijiste que ibas a dar un paseo", dice Jo. "Que ibas a dejarnos en

paz. Dejarnos trabajar. Ni siquiera han pasado diez minutos".

"Me aburrí", dice el Duque.

"Estamos a dos bloques del Powell's", dice Jo.

"Si voy a ir a Powell's, será mi Powell's", dice el Duque. "Para empezar, no puedes golpearme", justo cuando ella da dos rápidos pasos, acelerados y un tercero en inicio de estocada poco profunda con el brazo de la espada hacia arriba, la punta de la hoja hacia abajo, empujada en ángulo, el Duque gira para parar la empuñadura hacia arriba, su hombro empuja a un lado, un ruido metálico y el roce de las hojas. Ella se retira un paso. Él se mueve enfrentándola con el pomo apoyado nuevamente en el vientre, con los brazos tensos. "Necesitas más que eso", dice él. Ella se lanza, ataca hacia arriba y hacia la derecha, desliza la punta de la espada para que entre de pronto hacia abajo y hacia la izquierda, pero con un movimiento rápido él la aparta a un lado. "Llevas enfadada conmigo toda la mañana", dice él.

Otra estocada, otra parada. "Me desperté a las once", dice ella lanzándose hacia afuera y hacia abajo, girando hacia arriba para clavarle en el pecho, él gira la muñeca, su cabello aletea, su hoja vira y gira hacia afuera para alejar la estocada. "No tengo ni idea", dice ella, "si he dormido diez horas", otra estocada, otra parada, su hombro hacia ella ahora, con la empuñadura en una mano apoyada contra la otra, la cabeza hacia abajo, y ella dice "o si eran las cinco de la mañana cuando me fui a dormir", mientras ella se balancea, baja la cabeza y él se agacha a un lado. "No tengo", dice ella con su espada vacilante, él retrocede mientras ella se inclina para dar una estocada, ¡otra parada, choque! "No tengo *ni* idea de qué diablos de día es", dice ella, una finta, una estocada, una parada y el Duque da un paso adelante con un bramido cuando ella intenta balancear su espada hacia atrás, hacia arriba, tratando de atrapar su estocada antes de que él la golpee sobre el hombro pasando al lado de su oreja.

"¿Eso es todo?", dice él haciendo una mueca, cojeando.

"No lo mataste", dice ella.

"Miércoles", dice el Duque.

"¿Qué?", dice Jo.

"16 de noviembre", dice Vincent. "Si en realidad lo fingiste *en* él, en lugar de *cerca de* él..."

"*Cristo*", exclama Jo volviéndose, su espada baja con un chasquido de su brazo cuando algo feo enmascara los labios del Duque, se curvan las fosas nasales y las cejas se estrellan juntas. Él levanta su espada sobre la cabeza, cojeando, la hoja desciende con un pesado golpe cuando las zapatillas de Jo chirrían, sus brazos actúan, llevando la espada tambaleante, girando la espada enroscada para atrapar la suya como una campana que cae.

Vincent deja escapar el aliento que había contenido.

"Muy bien", dice el Duque retrocediendo. Jo está de costado hacia él, con la mano libre pegada al pecho, la espada asentada entre ellos, delante de ella en ángulo. "El Sr. Erne te ha teleografiado del todo esa última".

"Yo estaba *prestando atención*", espeta Jo.

"Ya lo creo", dice el Duque. Sonriente. Aplaude. "Un paso a la vez. Nuestro primer objetivo sólo era recuperar tu espada". Asiente mientras baja la espada, avanza el pie hacia ella. Se limpia la boca con el dorso de la mano libre. "Eres inútil para mí sin ella".

"¿Para qué?", dice Vincent.

"Quedan cinco semanas", dice el Duque, "hasta el cambio..."

"¿Para *qué*?"

"... el cambio de año, por favor, Sr. Erne, el año. Para eso es nuestro siguiente paso".

"Oh, no", dice Vincent.

"Sr. Erne, por favor".

"Diablos no, hijo de perra".

"¿Por qué sigue creyendo que eso es un insulto?", dice el Duque.

"Leo", dice Jo.

"Ah, *Leo*, es ese", dice Vincent.

"*Quedan cinco semanas*", dice el Duque, "pero hay algo, *la próxima semana*, para lo que debemos prepararnos".



"Es Shakespeare", dice Becker al teléfono.

"¿Qué es Shakespeare?", dice Jo en su oído.

"Su antigua fiesta acostumbrada. Es de Romeo y Julieta"

"No creo que él estuviera citando a Shakespeare. En todo caso, creo que tal vez Shakespeare lo estaba citando a él. ¿Sabes?"

"¿Él qué?", Becker frunce el ceño ante una hoja de cálculo en la pantalla del ordenador, está añadiendo números de una columna escrita a mano en el papel en su regazo.

"Bah, da igual. Bueno. ¿Estás tú... ya tienes planes?"

"¿Para Acción de Gracias?"

"Sí, para Acción de Gracias".

"Me llamas por primera vez en semanas..."

"Desde que me despediste".

"Desde que te relevé porque no teníamos trabajo, y me preguntas si quiero ir a tu nueva casa, la de tu amigo, para el pavo y adornos".

"Sin pavo", dice Jo.

"¿Sin pavo?"

"Es una especie de, quiero decir que es vegetariano. Tal vez haya pavo. Puede que haya pavo. ¿Es eso un factor decisivo? ¿Es esto demasiado raro? ¿Es eso lo que estás diciendo... que es raro?"

Becker suspira con el teléfono sujeto entre el hombro y la oreja, con una mano todavía en el papel en su regazo. Un leve murmullo de voces a su alrededor, cuatro o cinco espaldas encorvadas aquí y allá en el par de docenas de escritorios-cubículo Kelly Green colocados sobre las largas mesas plegables a lo largo de las paredes de color crema indeciso. Junto a las dos altas ventanas frente a él y, a través de ellas, más allá de los últimos escollos de los altos edificios del centro, mayormente de ladrillo viejo, un hotel restaurado, un bloque de apartamentos de nueva construcción que pende sobre el barranco de la carretera, más allá de todo eso están las colinas del Oeste, repentinamente cerca, empapadas entre fragmentos de nubes bajas de lluvia como algodón gris turbio. "Es raro", dice. "Pero yo no iba a... no tenía nada", suspira, pasa una mano por lo que queda de su cabello.

"¿Entonces vendrás?"

"Qué demonios".

"Genial", dice Jo. "Vosotros estabais allí en el comienzo de todo este asunto, quiero decir, ¿sabes? Él dijo que podía invitar a quien quisiera, pero no hay, quiero decir, nadie más, en realidad, a quien me gustaría invitar a esto, ¿sabes?"

"¿Vosotros?", dice Becker. "¿Qué asunto?", La puerta detrás de su escritorio se abre, una mujer entra, "Nuestro banco de teléfonos", le dice a alguien, un hombre detrás de ella. "Estamos ejecutando una B a B, un Banco a Banco, en este momento está un poco tranquilo, pero hay treinta y seis puestos que podemos llenar con un día de

anticipación".

"¿Sabes?", dice Jo, "eso, ah, no te preocupes por eso. Es un asunto. Treinta y nueve con la Hawthorne, hay un, es el antiguo templo masónico. Con el restaurante indio. Arriba. Allí. Habrá letreros, o mucha gente, estoy segura. ¿Qué tal a las cinco en punto?"

"Mientras te tenga", dice él. El hombre que ha entrado por la puerta es alto, camisa a rayas azules y doradas con puños y cuello blancos y almidonados, corbata amarilla, cabello un caos de brillantes rizos negros. "Tenemos una, un asunto, algo político en marcha. Así que es un trabajo residencial. Por fin. Me vendría bien teneros a ti y a Ysabel en esto". El hombre de la camisa a rayas mira hacia otro lado mientras la mujer dice algo sobre entrenamiento riguroso y protocolos de control de la calidad. Él está mirando su muñeca, al pesado reloj dorado allí. Levanta la vista, sus ojos oscuros se encuentran con los de Becker, y Becker parpadea y mira hacia otro lado, a la pantalla del ordenador.

"Sí, bueno", dice Jo, "eso es genial pero... la situación ha cambiado".

El hombre de la camisa a rayas está sonriendo para sí mismo. "¿Y eso es un no?", dice Becker.

"Lo siento", dice Jo.

"¿E Ysabel tampoco? ¿Aún venís las dos en el pack?"

"Como he dicho", dice Jo. "La situación ha cambiado. Gracias, Becker. Nos vemos para el pavo o lo que sea".

"Este es Arnie Becker", dice la mujer cuando Becker cuelga el teléfono. "Nuestro supervisor principal de campo. Tiene gran experiencia en la realización de encuestas de, ah, de todo tipo. Arnie, este es David Kerr, quien supervisa la encuesta para el comisionado".

"El comité de electorado", dice el hombre sonriendo ampliamente. "Una distinción importante. Encantado de conocerte, Arnie".

"Llámeme Becker", dice Becker. "Todos lo hacen".



La salita está oscura, las pinturas en lo alto de las paredes se pierden en la oscuridad. Una sombra se ha movido a través de ella, solo el ancho cuello blanco en su garganta, la más tenue sugerencia azul de dónde estaba, hacia dónde iba. El cuello y el chirrido de una tabla del suelo, allí debajo de una alfombra. Ella se congela. Un leve susurro de cabello roza ese cuello, la sombra de una cabeza gira un poco, inclinándose, escuchando. Ligero roce de un zapato sobre la alfombra, un golpeteo del piso cuando su peso cambia. Otro roce, un escalón, tablas del suelo ahora silenciosas, y otro roce, y otro, ella se dirige a la amplia puerta, al vestíbulo abierto más allá empapado en la oscura luz de la calle desde las altas y delgadas ventanas a cada lado de la amplia puerta principal, una luz que chispea un momento cuando ella entra mirando tras las lentes de finas gafas con montura negra.

"Anna", dice Ysabel, fantasmal junto a la puerta de entrada con ese abrigo blanco pálido, cuello alto blanco y cabello oscuro recogido. Extiende una mano. La mujer toda vestida de negro la toma, presiona algo arrugado en ella, un sobre. "¿Querrías poner eso en alguna parte segura?", dice ella abriendo el abrigo de Ysabel, "Son alrededor de quinientos..."

"No", dice Ysabel, "es, yo..."

"Es todo lo que pude obtener en tan poco tiempo", dice Anna acercándose. "Ella no se dará cuenta. Nunca se daría cuenta". Su mano dentro del abrigo de Ysabel. "Revisé los horarios de los autobuses. Hay catorce cada media hora hasta aproximadamente la una y media. Te dejará justo en frente de la casa del Duque. Solo baja a Madison en el autobús... centro comercial...", frunce el ceño, se estira para ajustarse las gafas. "No vas a ir a casa del Duque", dice ella.

Ysabel retira suavemente las gafas de la cara de Anna. "No te voy a decir adónde voy", dice ella plegando las gafas, acercándose, besando a Anna suavemente, y Anna cierra los ojos con fuerza, abre la boca para besar a Ysabel y su mano cae lejos del abrigo de Ysabel. Abre los ojos cuando Ysabel da un paso atrás y mira hacia abajo para ver sus gafas en la mano.

"Nunca se me había ocurrido decirte", dice Anna, volviendo a ponerse las gafas, "lo hermosa que eres".

"Nunca te había preguntado antes de esta noche", dice Ysabel.

Afuera, en la acera, ante la vieja casa verde detrás de su bajo muro de piedra, Ysabel cierra la puerta a solas, se aprieta fuertemente el abrigo blanco, luego comienza lentamente a dar vueltas en un pequeño círculo cerrado, una mano hacia arriba, un meñique a sus labios. Luces aquí y allá en el bloque de apartamentos al otro lado de la calle, una guitarra mortecina por la distancia, un eco resonante y un estallido de batería y lo que tal vez sea un canto desde la ruinoso casa al otro lado de la intersección detrás de una pantalla baja de árboles, iluminada con velas y luces de Navidad. Con una sonrisa en su rostro, ella cierra los ojos y gira más rápido hasta que se le escapa una carcajada, extiende los brazos y se detiene de pronto. Abre los ojos. La música, la ruinoso casa detrás de ella, la casa verde apagada a su izquierda. Por delante solo sombras profundas, hileras de automóviles estacionados, casas oscuras.

"Muy bien", se dice a sí misma. "Que sea al Norte", y se dirige hacia la acera.

Una sombra se mueve delante de ella, se separa de la sombreada hilera de automóviles, solo las blancas florecillas punteadas a lo largo de los pliegues de su falda son la más leve sugerencia de quién podría estar en la acera allí frente a ella. "Mooncalfe", dice ella deteniéndose de golpe, y luego, "pensé que estabas dormido".

"Siempre con un ojo abierto", dice él acercándose, hay una sombra más negra en la oscuridad, acurrucada junto a una farola en la esquina. "Soy un guardián concienzudo. Es demasiado peligroso

para vos estar aquí sola".

"Peligroso para quién", dice ella, y comienza a pasar junto a él, pero él extiende una mano para detenerla. Su largo cabello negro suelto enmarca la máscara pálida de su rostro y se desliza sobre los hombros de su chaqueta gris sin forma. "¿A dónde vamos?", dice él deslizando la mano hacia un lado del abrigo de ella. "Al centro se va por ese camino", desliza la mano en el otro lado del abrigo, se detiene en una arruga. Ella retrocede, choca contra el lateral del SUV estacionado allí en la acera, pero él ya tiene el sobre.

"Devuélveme eso", dice ella.

"Vuestra madre es demasiado generosa", dice él hojeando los billetes dentro. "¿Todo esto para una noche en la ciudad? Lo mantendré a salvo para ella".

"No será necesario", dice Ysabel tendiéndole la mano. "Me parece que he perdido el apetito para una salida nocturna".

"Pero vos saliais casi todas las tardes cuando estabais con vuestro Gallowglas", dice él estirando la mano para tomarla del brazo por el codo, tirando de ella hacia la profundidad de las sombras. "Uno podría pensar que no os gusto".

Ysabel planta los pies, libera el brazo. "Dime, Mooncalfe", dice ella, "y dime la verdad. ¿Por qué odias tanto a el Gallowglas?", da un paso hacia él y luego otro, con la cabeza baja, torcida, inclinándose para mirarlo. "¿Puede ser que tú, me quieras? ¿Que me encuentres...?", levanta la cabeza mirándolo directamente a los ojos, "... hermosa?"

Él se inclina hacia atrás con las oscuras cejas juntas sobre sus oscuros ojos. "A la luz de esto", dice él distraídamente, su voz temblorosa aún clara, pero luego una sonrisa se enrosca en la comisura de su boca y mira hacia otro lado, sólo un poco, y su risa suena a algo sedoso, y cierra la boca y le tiemblan los hombros y el pecho, y la nuez en la garganta salta mientras intenta, pero no con demasiado esfuerzo, contenerla. "Perdóneme, Milady", dice él tragando saliva. "Soy un romántico terrible", la toma de la mano.

"Tengo una amiga. Debéis venir a conocerla. Hacedle a ella esa pregunta. Quiero ver qué pasa".

"Sí, de modo que, bueno" / las Nueve variedades / "pulsa Siete para borrar"

"Sí, de modo que, bueno", dice Jo, "me imaginé, quiero decir, tú y Becker, estabais allí al principio, ¿sabes?", una calada del cigarrillo en la mano. "Tal vez tienes algo que hacer, no sé. Llámame, ¿de acuerdo? Yo, ah, lo prometo, ya no te dejaré más mensajes".

El teléfono en la mano es pequeño, brillante y negro. En la pantalla, una foto, ella e Ysabel mejilla con mejilla, la mano de Ysabel en el cuello vuelto del abrigo blanco de Jo, rizos negros atrapados sobre ella, mira de reojo, casi sonriendo, a los ojos de Jo, que están arrugados sonriendo directamente a la cámara que ella sostiene ante ellas, su borroso brazo desenfocado en la parte inferior de la foto. Su cabello corto y castaño y saliendo por todas direcciones. La luz de una farola, detrás de ellas un edificio oscuro en algún lugar por la noche. El reloj del teléfono sobre sus cabezas dice 27:29. Lunes 21 de noviembre. Ella pulsa el botón de encendido y su cara se oscurece. Se sienta de nuevo en el balconcito, mira hacia el insulso cielo blanco grisáceo más allá del toldo de arriba. En la intersección vacía debajo, los semáforos pasan con un clic de amarillo a rojo, de rojo a verde. Ventanas oscuras en el gran edificio color canela al otro lado de la calle, solo las letras que dicen «Fred Meyer» están iluminadas en el letrero que cuelga al frente. Una última calada del cigarrillo, luego se inclina y lo deja caer de sus dedos al rallado suelo del balcón hacia la acera de abajo.

Ella cruza la ventana. Deja su chaqueta de cuero extendida sobre el colchón en el suelo, deja caer el teléfono sobre ella. Al pie del colchón, un enorme contenedor de vapor, ropa arrugada, vaqueros, camisetas, la mayoría de ellas negras, derramadas por los costados. Un par de cajas de madera, una volcada, más ropa, zapatos, un par de grandes botas negras. El suelo pintado de blanco termina abruptamente a ambos lados, abriéndose a la espaciosa sala blanca más allá, ventanas altas y estrechas una tras otra a lo largo de la misma. Sin barandillas sobre ese borde, solo los montantes de una

escalera apoyada contra ella que conduce a la habitación. Junto a la escalera, una vaina, lisa y negra, con una garganta de metal forjado y una capa del color de las nubes de tormenta. La empuñadura es simple y recta, envuelta en alambre opaco. Alrededor de ellas, una reluciente red de hebras hiladas en gruesos nudos de acero redondos y trabajados. Jo se quita los zapatos, se quita la sudadera, se desabrocha los vaqueros pero se detiene un momento, con el pulgar y la palma de la mano sobre el vientre desnudo, pálido, sin marcas entre el ombligo y el vello púbico.

Baja la escalera con pantalones de chándal y una camiseta negra sin mangas, descalza y con la espada en la mano. A lo largo de la habitación, más allá del jacuzzi rojo, saca la espada, coloca la vaina sobre la mesa larga y oscura. Ella toma posición con el pie derecho delante del izquierdo, la espada en ángulo ante ella, la mano libre cerca del pecho. Avanza, retrocede, balanceando lentamente la hoja en paradas hacia arriba, hacia la izquierda, hacia abajo, hacia la derecha. Una estocada larga y baja, una estocada lenta, esa mano libre cayendo hacia atrás en un puño, ella se retira con la hoja en alto de nuevo, la mano libre una vez más firme junto a su pecho. De nuevo las paradas, los pies descalzos rozando y golpeando el piso de tablas blancas.

"Está mal".

Jo se endereza, sacude los brazos, mueve la cabeza de un lado a otro. Detrás de ella, en una silla de respaldo alto, una niña flaca apenas envuelta en una breve toalla marrón, cabello oscuro y una trenza mojada colgando sobre un hombro. "No sabía que había alguien aquí", dice Jo retomando su postura.

"Me estaba bañando", dice la niña. "Me gustan los baños largos"

"No lo estabas", dice Jo mirando hacia el jacuzzi, "no hay bañera ahí". Más allá, el fregadero atornillado a la pared, la puerta blanca con vidrio esmerilado.

"Claro que sí", dice la niña con una sonrisa. Jo se encoge de hombros, se vuelve hacia su espada, sus pies se arrastran, ella salta, se detiene, se endereza, se detiene, se lanza y se recupera. "A veces",

dice la niña. "Se supone que tu otra mano debe estar arriba y atrás cuando haces eso".

"Eres un entrenador de esgrima, ¿es eso?", la espada recta frente a ella ahora. "¿Por eso...", su muñeca gira virando la hoja hacia la derecha y luego volviendo a alinearla, "... el Duque te mantiene cerca?", A la izquierda. La punta de la espada tiembla, solo un poco.

"Así es como lo hacen en las películas", dice la niña.

"Películas", dice Jo. Ataque y retroceso, Ataque y retroceso.

La niña camina por el otro lado de la mesa, exprimiéndose el agua del pelo. "Estás celosa", dice ella mirando atrás sobre un hombro desnudo.

"¿Cuántos años tienes?", dice Jo, "¿Como catorce?"

La niña desata la toalla y dice: "Más que tú, niña", se la quita en un vuelo. "Mayor por mucho", recoge su cabello mojado en ella, retorciéndola hábilmente en un turbante, dándole forma con palmaditas sobre su escuálido cuello. "No debes preocuparte por el Duque", dice ella. Jo lleva la punta de la espada hacia la izquierda y trastabilla hacia atrás. "Está demasiado enamorado de los tonos grises para personas como yo. Yo soy de colores fuertes y ruidos brillantes y necesito un corazón tan frío como una laguna de montaña negra y profunda que solo se alimenta de nieve..."

"¡Jesús, Lauren, doy la impresión de que me importa!", le dice Jo lanzando su pie hacia adelante en otra estocada, la mano libre echada hacia atrás. Se tambalea al enderezarse, con la mano libre firme junto a su pecho. La niña golpea los nudillos en la mesa, se da la vuelta, apoya una mano en la cadera, se aleja hacia el sofá-cama sin hacer de la esquina. "No sé por qué te molestas", dice ella. "Seis semanas, seis meses, seis años", dice ella hurgando en una maraña de sábanas y ropa descartada, saca una prenda de ropa interior. "No sería suficiente", pasa las piernas por ella. "Seis *décadas* no serían suficientes".

Jo finta hacia la derecha, hacia arriba, luego baja, barre la hoja

hacia la izquierda, se detiene arriba, luego baja de nuevo.



Un coro cantado sobre los acordes de órgano desde los altavoces a cada lado del monitor, «todo lo que he hecho y todo lo que haré, todo lo que sé y todo lo que quiero», se disuelve en zumbidos de rasqueo de guitarras y, sobre ellas, notas limpias fundidas con un doloroso acompañamiento. La lámpara de escritorio es la única luz que queda en la estrecha oficina, excepto la que salpica desde la puerta entreabierta hacia la sala de descanso. Becker baraja una pila de notas escritas a mano, las posa sobre el escritorio para igualarlas. Su camisa de franela es de un azul desteñido, abierta encima de una camiseta a cuadros. "Lo primero que no entiendo", dice, "es por qué te molestas en hacer una encuesta. Todos saben que el Podenco no tiene ninguna oportunidad".

"Todos los que prestan atención", dice Kerr. "¿Y quién es ese, en noviembre?", sentado frente a Becker en el escritorio, en una silla apartada de uno de los puestos de trabajo. "Pueden pasar muchas cosas en seis meses. ¿Qué más?", su camisa marrón a rayas blancas anchas, su corbata de caramelo con lunares en plata y oro.

"Bueno, quiero decir, eso mismo. Han pasado seis meses y estás gastando una fortuna en esto, y es, bueno, es...", Becker aparta una pila de papel, agita los dedos sobre otra liberando un paquete de mecanografiado sujeto por una grapa en la esquina. "Estás preguntando sobre el CRC..."

"No crees que sea un gran problema".

"No veo qué tiene que ver el alcalde con eso", dice Becker. "Todo depende de las agencias reguladoras y las demandas ahora", hojea el guión. "Brotos de tranvías, la Línea Amarilla, congestión en la I-5, crees que es tránsito pero luego están los Timbers y los Trailblazers y las grandes ligas de béisbol, el Indigo, el Cian, el Ladd, demoliendo la rampa Lovejoy, lo que piensas del apodo NoLo, el cual es estúpido, por cierto", Kerr se encoge de hombros,

"consultando los depósitos de Tabor, ¿qué tal lo está haciendo RiSu?"

"¿RiSu?", dice Kerr.

"Ribera Sur", dice Becker. "Así llaman a la Ribera Sur".

"Anda mira, eso no lo sabía", dice Kerr. "Citaría a Sun Tzu sobre la conveniencia de estudiar el terreno si pudiera recordar algo apropiado".

"Ahí hay una gran cantidad de consejos", dice Becker arrojando el guión nuevamente al escritorio.

"Sun Tzu", dice Kerr con otro encogimiento de hombros. "¿Tienes idea de cuánto dinero se gasta incluso en las elecciones de la junta escolar estos días?"

"Bien", dice Becker, "porque hay todo el tiempo extra que Asociados Barshefky cobra por revisar los resultados de la encuesta cada dos noches con un empleado de la oficina del comisionado..."

"El comité, por favor, es importante", dice Kerr, "¿y me vas a cobrar por esto? ¿Esta conversación? ¿En serio?"

"Estoy en mi escritorio", dice Becker. "Estoy detrás de un ordenador".

"Entonces, por supuesto, comencemos. Te invitaré a una copa en lugar de tiempo y medio".

Becker se recuesta en su silla. "Querrás decir que el comité me invitará a una copa".

"No, yo. La esposa del César y todo eso".

"Yo... ya", dice Becker. "Bueno. Me encantaría, pero tendré que revisar la lluvia. Son más de las diez, soy una jodida calabaza", se frota las comisuras de los ojos con la punta de los dedos, pellizcándose el puente de la nariz. "No faltaría más", poniéndose de

pie.

"Bueno, mañana tengo que ir a Salem", dice Kerr poniéndose un abrigo oscuro, de pie con él alrededor de los brazos. "Es una posibilidad remota", dice y se coloca el abrigo sobre los hombros. "¿Qué vas a hacer el jueves?"

"Acción de Gracias", dice Becker sacando un impermeable pesado del perchero.

"Porque, porque en Huber hacen cena con pavo. Es realmente, ah, si nunca has estado... es el restaurante más antiguo de la ciudad, ¿sabes? Es bastante antiguo".

"Suena, suena encantador..."

"Lo sé, lo sé, un restaurante en Acción de Gracias. Pero si no vas a ir a ningún otro lado, y si es así, quiero decir, esta es quizás la única ocasión en que podría decir, lo entiendo, y sinceramente, honestamente, *insisto*..."

"Bueno, ya voy a otro sitio", dice Becker abrochándose el abrigo. "Pero es una especie de fiesta", se inclina para apagar la luz de la sala de descanso. "Una amiga mía, algo relacionado con su nuevo trabajo. Estoy bastante seguro de que podría hacerte un hueco".

"Pero soy yo quien debe invitarte a una copa".

"Abre la puerta del vestíbulo", dice Becker y apaga la luz del escritorio cuando Kerr empuja la puerta para abrirla, dejando la tenue luz de la oficina ahora oscura. "Déjame comprobar", dice Becker. "Es, supongo que es importante o algo así. Su jefe, supongo que es del tipo excéntrico, rico o algo así, lo llama su viejo banquete acostumbrado"

"Entonces es un Capuleto", dice Kerr.

"Cierto", dice Becker mientras se dirigen al vestíbulo.

"¿Sabes?, ella realmente pasó un rato desagradable, Julieta".

"¿Qué, con lo del suicidio y todo eso?"

"No", dice Kerr. "Su nombre. Julieta Capuleta. Deben de haberla chinchado sin piedad en el patio de recreo. No es de extrañar que no pudiera esperar para casarse".



La camiseta negra que él se pone dice «El Secreto de Madeleine Wool» en letras blancas. "No lo sé". Recoge su cabello en una coleta en la parte posterior de la cabeza, pero la deja caer, dedos laxos. "No sé", los anillos brillan allí, un ankh, una cabeza de serpiente, una calavera, algunos dados. Pintura negra en las uñas, astillada y desgastada.

"Ella dice que no te molestes", dice la mujer sentada a medias en la cama arrugada con un grueso teléfono verde pegado a la oreja. "Dice que te han despedido", gruesos calentadores azules sobre mallas de color rosa neón sobre medias negras de encaje encima de pantimedias pálidas, bragas estiradas en una especie de naranja melocotón, una correa roja subiendo por una cadera y su suéter rosa difuso agrupada por un viejo y manchado corsé poco anudado. En su cabeza, una abultada gorra de retales color confeti.

"Bórralo", dice él con un suspiro.

"Está bien", dice ella quitándose el teléfono de la oreja.

"Pulsa siete", dice.

"Correcto", dice ella, y lo hace. "Vale", dice ella escuchando, "vale, el siguiente es de Jo", y una mirada pasa por el rostro de él, se pellizca los labios, levanta las mejillas, cierra sus ojos de rímel negro, una mirada que ella no ve, encorvada sobre la cama, teléfono presionado contra su oreja. "Dice", continúa ella, "dice que el Duque va a hacer una fiesta", y "Sabemos, sabemos", murmura, y "dice que estás invitado, será algo grande, tal vez mucha gente, tal

vez no quieras venir, pero deberías, no, tampoco es que tengas que hacerlo, eso no es lo que quiere decir, sí, de modo que, bueno, ella solo imagina que tú y Becker estabais allí desde el comienzo, tal vez tengas algo que ver. Llámala. Promete no dejarte más mensajes", le mira. "Eso es todo", dice ella, y él suspira de nuevo. "Siete", dice.

"¿Siete?"

"Bórralo"

Ella lo hace.

"¿Vamos?", dice él arrodillado en la cama junto a ella. La cama es baja y ancha y ocupa la mayor parte de la pequeña habitación, embutida en una esquina bajo una ventana llena de lluvia, muy iluminada por bombillas desnudas en un aplique del techo.

"Tú eres a quien ella ha invitado".

"¿Se supone que debo ir solo?", se inclina sobre un codo a su lado.

"La puerta del Duque está abierta para todos y todas esa noche".

"Entonces", dice él acostado de lado junto a ella, "¿Vamos los dos? ¿Pero por separado?"

"Podríamos", dice ella.

"Todavía no lo sabes", dice y se cubre la cara con las manos.

"Hay muchas cosas que no sé".

"Me gusta saber si voy o no, si evitaré que alguien sea asesinado o no".

"Lo que sí sé son las luces", dice ella.

"Las luces", dice él levantando la vista de sus manos.

"En unos cinco minutos", dice ella, "tal vez cuatro, la Sra.

Theodorakis de arriba intentará volver a conectar el dispensador de basura, el cual comparte conexión con estas luces en nuestra habitación de este edificio, que debería haberse demolido hace mucho", su voz, sin tono, staccato, apagada. "El circuito en el sótano volverá a romperse, lo cual será suficiente esta vez para enviar un flujo de electricidad por una red que hará explotar una caja gris en un poste en la esquina, lo que detendrá la corriente eléctrica de la mayor parte de este vecindario, incluido el semáforo en Burnside. En la confusión, un camión de leche con una vaca de dibujos animados pintada en el lateral chocará contra una minivan, matando instantáneamente a Piper Dupree y a su hijo de dos años, Noah... "

Él ha apagado la luz. Se desploma junto al interruptor, la frente apoyada en la pared blanca. "La caja del circuito no está en el sótano", dice él.

"¿Ah no?", dice ella alegremente.

"Está en el armario en ese extraño rinconcito de la cocina", él se gira con los hombros contra la pared. "Apuesto a que la viejecita de arriba no se llama Theodorakis tampoco".

"Si no es parte de la historia, se confunde", dice ella. "Ya te lo dije. Tal vez hice dormir a quien sea que es el dueño de este edificio durante la reunión donde lo iban a vender a quien fuese que iba a levantar la gran torre de cristal, tal vez porque yo sabía que podríamos quedarnos aquí un tiempo y quería que sucediera esto. Tal vez aún no lo he hecho, pero lo haré porque no quiero que este lugar donde estuvimos una vez sea demolido. En este momento yo sólo quería apagar las luces", ella se recuesta en la cama arrugada, las mallas rosadas brillan débilmente.

"¿Qué llevas puesto?", dice él

"¿Te gusta?", dice ella. "Quería estar sexy".

"¿Todo eso?", dice.

"Muy, *muy* sexy".

Y él se ríe entonces, y se acerca hacia la cama con ella, y la besa mientras ella le pone una pierna sobre la cadera y lo besa en respuesta.

"¿Por qué sigues aquí?", dice él.

"Estúpido", dice ella besando su nariz. "Dije que tu parte de la historia había terminado", echa mano a su gorra. "No dije que tu *historia* había terminado".

Tropieza con Algo en la oscuridad / Ella también / en el Vestíbulo / lava los platos / el viejo John Barleycorn

Tropieza con algo en la oscuridad, "Mierda", dice ella malhumorada, un golpe hueco, un eco, un sonido metálico y un ruido sordo, el chasquido de un interruptor de la luz y allí está ella, chocando con el mango de una fregona mientras se inclina hacia el cubo junto a la puerta, ella con las piernas desnudas bajo la sudadera azul de gran tamaño que dice «Brigadoon!». Colocando suavemente la fregona contra la pared. Peina hacia atrás su cabello oscuro como el vino tino. Ante ella, un estante de cubículos llenos de botellas de espray y cartones de bombillas y paquetes de toallas de papel bajo los ganchos de rollo de cable de extensión naranja. "¿Leo?", dice ella, y luego en voz más baja, "¿Jessie?", mira a la puerta detrás de ella, sencilla, delgada, sin paneles, pintada de marrón, un pomo redondo con un barato acabado dorado. "Yo sólo", dice ella, mano en el pomo. Una fuerte bocanada de aire entre sus dientes y un tirón de su muñeca antes de abrir la puerta.

Al otro lado, un pasillo blanco por luz solar proveniente una ventana en algún lugar a lo largo del mismo, justo al lado de la puerta el volumen rojo y vibrante de una máquina de Coca-Cola.

"Oh, demonios", dice Jo. Cierra la puerta. Quita la mano del pomo. Se frota la boca, la barbilla. Se da la vuelta una vez, y otra, en el estrecho y pequeño armario, rozando el sobrecargado estante de cubos, traqueteando, haciendo ruido. "Oh, demonios", su mano en el pomo dorado una vez más. Lo gira. Lo suelta. Flexiona los dedos, apoya la frente en el marco de la puerta. Quizá dice algo, murmura meciendo la cabeza de un lado a otro hasta que la levanta mirando hacia el armario otra vez, echa mano al pomo por tercera vez, su otra mano es un puño en el aire, apoyado plano en la pared, busca el interruptor de la luz allí debajo de un estante. Lo apaga de un golpe. Abre la puerta.

"El nombre, frío", dice el Duque fríamente. Agachado en el suelo, hojeando ociosamente lienzos entintados y pintados y hojas de cartón de Bristol apiladas contra la pared. "¿Y atender a sus sílabas, mientras salen de tu lengua?"

El hombre de la gran barba rubia no dice nada. No está mirando al Duque. No está mirando al hombre con el traje a cuadros marrón que está a un lado de él, con el pelo rojo y suelto cayendo desde un sombrero alto, no está mirando al hombre grande al otro lado, con los brazos gruesos cruzados sobre un ancho pecho descubierto bajo una camisa de gamuza amarilla medio desabrochada. Está mirando a Jo, allí en la puerta, y también esos dos hombres, y el Duque levanta la vista, la ve y su ceño se suaviza. "Hey", dice. "¿Qué, ah, qué haces aquí?"

"Estaba buscando la cocina", dice ella. "Café", abre la mano, suelta el pomo de la puerta al otro lado, porcelana blanca lisa colgada de herrajes oscuros con la edad, colocado en una puerta elaboradamente panelada pintada de blanco.

"Por ahí", dice el Duque señalando a lo largo de la sala llena de altos estantes, algunos llenos de libros y cómics, algunos repletos de homúnculos, figuras extrañamente musculosas en colores brillantes rugiéndose unas a otras, un pequeño automóvil negro con bordes dentados color naranja, un helicóptero de juguete, azul y blanco, repleto de armas. "Hey", dice.

"¿Sí?", dice Jo.

"¿Cierras esa puerta? Hay corriente".

Jo cierra la puerta en un pasillo blanco y oscuro y se aleja por la larga habitación, esos estantes revueltos doblan una esquina, hay una silla mullida a rayas de rojos y verdes de manzana dulce, una otomana a juego, más pilas de arte al azar. "Sombrero y caballo, hombre", dice el Duque detrás de ella, "¿cómo pensabas lidiar con esto *rápidamente* y *en silencio*? Darle a él tu propia espada y correr tú mismo hacia ella?" Al final de la habitación, una puerta batiente azul pálido, un panel de latón que al empujar se abre a una estrecha cocina, un fregadero, un refrigerador, una pequeña encimera de

madera bajo una ventana llena de acuosa luz gris, un par de hornos relucientes colocados junto a la pared, una mesa para cortar carne, allí delante de ella, una jarra de acero inoxidable a un lado. Ella saca una taza del fregadero, la enjuaga, vierte café de la jarra. Da un sorbo, mano en el mostrador, mirando la puerta por la que acababa de entrar, por la otra puerta, al otro lado de la cocina. Con la taza en la mano, rodea la mesa de carnicero hacia la otra puerta, pero se detiene con la mano sobre el panel de latón. Se vuelve hacia la puerta por la que ha entrado, la empuja para abrirla, sale a una habitación blanca y ventilada, la larga pared frente a ella llena de ventanas altas y estrechas una tras otra. A un lado, un jacuzzi rojo en medio del suelo de tablones blancos, al otro una larga mesa, algunas sillas de respaldo alto. La música suena en ese extremo de la habitación, «no tendrá sentido en este momento», está cantando una mujer con teclas altísimas de fondo, «pero sigues siendo su amiga, y luego la decepcionas fácilmente», y esas teclas son engullidas por un ritmo, un latido tartamudeante.

"Oh, demonios", dice Jo.

"¿Eres tú, Jo?", Al otro lado del jacuzzi, Jessie asoma por la esquina de una alcoba con una mano en la escalera que conduce a un loft.

"Yo estaba", dice Jo mirando hacia la puerta batiente, hacia el fregadero atornillado a la pared al lado, hacia la segunda puerta, con vidrio esmerilado. "¿Estaba en la cocina?"

"Dang", dice Jessie saliendo, apoyándose en la escalera. Mirando a Jo hacia la puerta batiente. "'Lleva meses diciéndome que la encargaría". Su cabello amarillo está despeinado y le roza los hombros desnudos. Complicados encajes, correas negras cruzan sus caderas, un pequeño juego de puros lazos negros. "En realidad", dice Jessie con la boca torcida y un ceño fruncido, "es un poco incómodo, ahora que lo miro. Dos puertas justo así".

"Creo", dice Jo, "que interrumpí una reunión o algo así. Y él me quería fuera del camino, pero yo podría volver si necesitas vestirme".

"¿Qué?", dice Jessie. "Ah. Lo siento. No lo hagas", agitando una

mano, "no hagas eso", volviendo a la alcoba. "También es tu casa, tanto como la mía o", mirando por encima del hombro al otro lado de la habitación, "*de cualquier otra persona*", a la música sonando en un coro tartamudeado que dice «no te enojés, adivina, adivina, tomátelo con calma». "Típico, ni siquiera pensó dónde te iba a poner, tú simplemente haz espacio, Jessie, haz espacio, ya nos ocuparemos de eso más tarde".

"Supongo", dice Jo siguiéndola, observando el corazón ardiente dentro de un brillante estallido estelar de rayos rojos y amarillos en la base de la columna vertebral de Jessie, donde las tiras negras se entrecruzan en un nudo pequeño y ordenado, "que pensó que tal vez, quiero decir, vosotros estaríais más juntos. ¿O algo así? "

Jessie se detiene, una mano en la esquina de la alcoba. "No me he acostado con él desde hace casi dos meses", dice ella, y luego entra.

"Oh", dice Jo apoyándose en la escalera. "No lo sabía".

"Lo juro", dice Jessie, algo roza, un traqueteo de perchas, "si vosotros dos simplemente os sentarais y *conversarais*".

"Hemos hablado", dice Jo. "En realidad, se disculpó".

El susurro se detiene. "Leo Barganax se disculpó".

"Sí", dice Jo.

"Debe de ser amor", otro traqueteo de perchas.

"No es exactamente algo con lo que dices lo siento y desaparece", dice Jo a su taza de café.

Jessie está allí en la esquina de nuevo, medio metida en un pequeño vestido negro que cuelga bajo y suelto de sus hombros. "¿Vas a llamar a la policía", dice ella.

"¿Qué?",

"¿Vas a llamar a la policía? Porque si no es así, debes dejar de

usar esa palabra".

"¿Debo?"

"Se está interponiendo en el camino. Eso te está jodiendo".

"Es fácil para ti decirlo".

"Lo es", Jessie regresa a la alcoba, tirando y alisando el vestido en su sitio.

"¿Él hizo...", dice Jo dando un paso detrás de ella, "... alguna vez te...?"

"No", le dice Jessie. Está sentada al borde de la gran cama blanca, metiendo un pie en una esbelta sandalia de tacón alto. "Estoy segura como el infierno de que yo no estaría aquí si él lo hubiera hecho. Leo no hace, no es...", poniendo su pie calzado en el suelo, "hace muchas cosas estúpidas e irreflexivas, pero nada de eso. Él no es así".

"¿Alguna vez te preguntó", dice Jo con una mano en la esquina, "si le amabas?"

Jessie levanta la vista, su otro zapato en la mano. "Oh", dice ella. "Ya te lo dije, él no es de ese tipo. No. No, no lo ha hecho".

"¿Le amas?"

Jessie se pone el zapato en su otro pie. "Ya te lo dije", dice ella.

"¿Qué quieres, Jessie?"

"¿Qué quiero?", dice con intención de abrochar la sandalia. "Una silla grande y cómoda rodeada de todos los libros". Poniéndose de pie, vuelve a ajustarse la caída de su vestidito negro. "Y nada que hacer sino leerlos".

"Cuando, cuando haya Reina", dice Jo. "Creo que deberías quedarte al lado de ella. Por lo más querido. Creo que ella te quiere

a su lado".

Jessie mira a Jo entonces, ella en su sudadera «Brigadoon!», la taza amarilla humeando suavemente entre las manos, y luego, sin decir una palabra, atraviesa una estrecha puerta corredera hacia el armario debajo del loft, y Jo aparta la mirada con un gesto exagerado, un silbido de: "Mierda", para sí misma, y luego "Lo siento", grita detrás de Jessie, "yo no he... ella", ruido de un cajón del armario, un traqueteo, un roce, "leyó la... bueno, no la leyó, me dijo lo que decía, cuando la vi en la cena, cuando se la entregué, y yo, no he pensado al decirlo. Lo siento".

Jessie regresa del armario con trozos de jade rojo colgando de las orejas, un collar de cuentas de tosco jade rojo en sus manos, y dice "¿Puedes?", mientras le da la espalda a Jo, los pliegues de ese vestido negro abiertos hasta abajo enmarcando el corazón ardiente. Ella sostiene los extremos del collar. Jo deja su taza en el suelo. "¿Para qué estás...?", dice ella frunciendo el ceño mientras trastea con el pequeño broche, "¿arreglándote en plan todo muñequita?"

Jessie mira por encima del hombro con una pequeña sonrisa. Girando cuando Jo cierra el cierre, retrocediendo. "¿Es eso lo que vas a llevar?"

"Podría ponerme unos pantalones en un minuto", dice Jo.

"No tienes idea de qué día es, ¿verdad?", dice Jessie, y la cara de Jo queda laxa, los ojos planos y anchos, la boca abierta, "Estás de jodida broma", dice ella agarrando la escalera, volviéndose hacia atrás, recogiendo la taza de café, "Joder, juro por *Dios* que ayer fue lunes..."

"Feliz Día de Acción de Gracias", dice Jessie mientras Jo se sube por la escalera.



Es un abrigo extraño el que lleva el hombre en la esquina, rojo y

llo de docenas de gruesos drapados acolchados que se balancean ligeramente mientras se inclina hacia atrás para mirar las luces de arco que brillan bajo el cielo oscuro. Un letrero sobre ventanas oscuras dice «Horno de la India» y otro dice «Artesanía de Mundo Jambo», allí junto a una hilera de banderas colgantes, un gran símbolo de la paz cosido a un campo de arcoíris teñido, una bandera estadounidense con las estrellas reemplazadas por signos de la paz, un halcón que cruza volando una barra negra vertical en un campo rojizo. La piedra angular más allá está marcada con la brújula y el cuadrado. Entre las columnas blancas cubiertas de verde, las altas ventanas del segundo piso están llenas de luces rojas y azules, suavizadas por cortinas de gasa que se mueven detrás del cristal al ruido sordo de la música. Él se estremece, mete las manos en los bolsillos y sube los escalones hacia las amplias puertas blancas.

En el vestíbulo de azulejos en blanco y negro, otro hombre, con su abrigo largo y oscuro, se apoya en la pared mirando el teléfono en la mano. Mirando hacia arriba, asiente con la cabeza al hombre del extraño abrigo rojo que se detiene, con un pie en el talón chapado en acero de su bota. "Arriba", dice el hombre del abrigo oscuro, volviendo a mirar su teléfono. La pantalla está llena de figuritas con una antigua armadura de bronce cayendo por un cielo azul claro.

"¿Sí?", dice el hombre del extraño abrigo rojo. Una gorra con orejeras en la cabeza. Sus mejillas hundidas son oscuras con un par de días de barba. La música es más clara aquí, «derribando las paredes del dolor», canta alguien, «soy un carpintero de amor y afecto».

"El local indio está cerrado", dice el hombre del abrigo oscuro. "Supongo que estás aquí para, eh, la", mira hacia el techo, "¿fiesta?". Afuera, un autobús se detiene en la esquina y el hombre del abrigo oscuro se endereza y se aleja de la pared. Tres o cuatro personas bajan del autobús, uno de ellos es un hombre con una gruesa gabardina y un gorro de ala en la cabeza. El hombre del abrigo oscuro sube la escalera, se inclina hacia la barra de seguridad en la puerta principal, la abre haciendo señas al hombre con el sombrero de ala que atraviesa la espesa lluvia, que sube los bajos escalones y

entra. "Has tomado el autobús", dice el hombre del abrigo oscuro.

"Sí", dice el hombre quitándose el sombrero de ala, pasando una mano por lo que queda de su cabello, "sí, el autobús, mi coche, me han robado el coche..."

"Te hubiera llevado", dijo el hombre del abrigo oscuro, "¿eh, robado?"

"...hace aproximadamente un mes, sí, hay un seguro, es decir, era un pedazo de chatarra de todos modos, pero el tipo, quien sea que se lo llevó, y, ah, no puedo, yo lo siento, yo no... "

"Podría haberte llevado", dice el hombre del abrigo oscuro. "¿Va todo...?"

"Yo..., sí, um", dice Becker. Sonriendo ahora, un poco. "Sí".

"¿Vamos?", dice Kerr mirando hacia arriba mientras el sonido sordo de los graves sobre ellos se funde en agudas punzadas de guitarra sobre la batería. La boca de Becker se tuerce en duda, una ceja arqueada. "Hey", dice Kerr. "Ella es amiga tuya".

"Sí", dice Becker.

Suben las escaleras hasta el otro lado de una máquina de Coca-Cola brillante y zumbante, una puerta pintada de blanco abierta a un pasillo sin luz que conduce a una larga habitación de techo alto con lámparas tenues sombreadas de azul y rojo. La luz de la farola parpadea fuera por las ventanas altas y estrechas, «abrumando a la multitud creciente, estoy herido y quiero que sepas», canta un falsete, «pero para otros hice un espectáculo», muy fuerte encima de la guitarra punzante, el tambor atronador, «las manos alzadas, levantando la cabeza a tiempo».

"¡Esto no es!", dice Kerr, "¡en lo que yo estaba pensando!", inclinándose cerca, "cuando escucho la palabra banquete".

"¿Qué?", dice Becker tirando de la cremallera de su abrigo.

"¡Banquete!", dice Kerr. "¡Esto no es un banquete!"

Esas baterías caen y esa guitarra rasguea un fraseo grave, denso y suelto. Alguien está agarrando a Becker por el brazo, "¡Hey!", grita Jo radiante, con un vaso en la mano, una camisa negra y un chaleco blanco ajustado. "¡Has venido! ¿Guthrie viene contigo?"

"¿Qué?", dice Becker quitándose el abrigo.

"¡Guthrie!", dice Jo.

"¡David Kerr!", dice Kerr tendiéndole la mano a Jo, y hay bongos en marcha, «na-na, na-na na-na-nah», la multitud a su alrededor enloquece, ríe, anima, aplaude, desde algún lugar los focos se precipitan, las sombras saltan, allí en la pared al otro lado de la habitación, «son las dos de la mañana, se está apagando mi busca, estoy desnudo, me doy la vuelta, ¡ya es suficiente!» "¡Hola!", dice Jo tomando la mano de Kerr y estrechándola.

"¿No te importa?", dice Becker.

"Pirocles", dice Jo.

"¿Qué?", dice Becker.

Alejándose de Kerr, acercándose a Becker, "Está aquí", le dice ella al oído. "Pirocles".

"¿Quién?", dice Becker.

Dando un paso atrás, parpadeando, ella no sonríe apenas. Mira hacia Kerr de nuevo. Hacia esas sombras al otro lado de la habitación, los vítores, la risa rebotando sobre ese enorme bajo, una pareja de mujeres con el mismo cabello rubio intenso que se pavonean encima de una mesa o algo así, los mismos ceños fruncidos en sus caras pintadas de manera similar mientras menean enormes consoladores como brillante gelatina rosa y morada ceñidos a sus caderas, golpeándose la una a la otra en un duelo simulado, «¿qué puedo decir?, hoy no pueden mantenerse alejadas de la mejor polla del edificio, es eternamente difícil» "¡Vamos a

fumar! ", le dice Jo a Becker indicando hacia el pasillo.

"¿Fumar?", dice Becker y Kerr niega con la cabeza. "¡Jo, yo no fumo!", dice Becker.

"¡No, vamos a ver cómo está afuera!", dice Jo.

"Lloviendo", dice Becker, y "¡Terrible!", dice Kerr, y Jo pone los ojos en blanco. "¡Vuelvo en un minuto!", dice ella mientras pasa entre ellos empujando, "¡El ropero está ahí!", lanza una mano hacia un estante abierto y lleno de impermeables, chaquetas y abrigos donde está el hombre del extraño abrigo rojo y la gorra blanca con orejeras todavía en la cabeza. Detrás de él está Jessie con su vestido de cóctel, y ella pone una mano sobre su brazo, y él se da la vuelta y sonrío al verla.

Jo baja por la amplia escalera blanca hasta el vestíbulo blanco y negro donde hace una pausa, mira hacia la lluvia por las ventanas en las puertas. Un cigarrillo oscilando en sus dedos, un encendedor plateado destellando en su otra mano. «En algún lugar por encima de ella, ¡todos rugiendo desde la del ojo hasta el ell drl doe!» Ella se aleja de las puertas delanteras cerradas, regresa por las escaleras hacia el restaurante bajo ellas, una confusión de sillas bocabajo sobre las mesas, patas en el aire. En la parte delantera, junto a la mesa de vapor cerrada, un par de mesas libres de sillas y vestidas con bandejas y platos cargados de canapés y tapas y zakuski y antipasti y amuse-gueles y un par de figuras con uniformes negros decoran esta o aquella con una mano o la otra y "Espera, espera", dice un hombre con un traje a cuadros marrón, girándose mientras pasan a su lado, "espera", dice, "todavía están, continuaron temprano y nadie está listo para la merienda, Cristo, Maguire, ¿has visto a Su Pico? "

"No desde que ha comenzado esto", dice Jo, "y si lo ves, el Estribo", moviendo el cigarrillo en la mano, "yo no he estado aquí haciendo esto, ¿de acuerdo?"

"Jesús", dice el Estribo. "Gracias".

A un lado bajo el techo inclinado, Jo levanta una silla de una

mesa y la deja en el suelo, se deja caer en ella, el encendedor en su mano chasquea mientras lo hace, clic y clic antes de que se encienda. "Tienes buen aspecto", dice el hombre detrás cuando Jo le da vida al cigarrillo.

"¿Frankie?", dice ella, y se da la vuelta, con el humo siguiendo su cara. Cierra el encendedor. Él lleva una camiseta negra lisa, pantalones negros, se está secando las manos con una toalla sucia. "Hola", dice.

"¿Estás...?", dice Jo, "¿qué estás...*haciendo* aquí?"

"Esta fiesta está abierta esta noche, a todos.", se gira para mirar los platos, las bandejas, la mesa de vapor cerrada, el Estribo tratando de acorralar a los dos hombres y a la mujer de uniformes negros. "Las personas que se encargan de la hostelería vienen casi todas las mañanas del Gordon. Necesitaban ayuda con los platos esta noche. He lavado los platos". La toalla apretada en una mano ahora. Su cabello castaño recogido, con la cara bien afeitada, limpia. "Ellos estuvieron en *esa* cena, la otra noche"

"Vale", dice Jo.

"Se llamaba Batswool".

"¿Él qué?"

"Batswool. No sé, es árabe o algo así. El tipo fue asesinado mientras *vosotros* estabais cenando". La toalla de algodón se mueve de una mano a la otra y viceversa. "No sabías eso, ¿verdad? Su nombre".

Ella da otra calada al cigarrillo, luego se inclina, presiona suavemente la parte superior contra el suelo y rompe el ascua. Se pone en pie con el cigarrillo apagado en la mano. "¿Y qué?", dice él retrocediendo hacia el pasillo para bloquearle el paso, "no te importa, ¿es eso? ¿Por qué no has hecho nada?", mientras ella se acerca a él y en voz baja y rápido dice "Tú simplemente no quieres pagar esos veinte pavos".

"¡Y una mierda!", la empuja hacia atrás con el puño en la toalla. Ella le agarra la mano, le empuja a un lado contra una mesa que se arrastra contra el suelo, pero ella no se mueve, sólo se queda parada allí, y él se inclina, y "Sí", dice con una risita resoplada, "adelante, golpéame. Todo el mundo sabe lo que le hiciste a Marsh. Hubieras dejado al capullo en el hospital si yo no te hubiera sacado de encima de él e incluso tenías al jodido *Abe* para que te respaldara, pero este tipo *mata* a alguien justo en frente tuyo y tú sigues comiéndote la sopa".

"Tú no tienes", dice Jo en voz baja, "*ni* idea, de lo que él me ha hecho..."

"¿Qué hay de lo que me ha hecho *a mí?*", dice Frankie levantándose. "Lo entiendo, sí, él tiene contactos, este asunto jodería a tu nuevo novio, ¿verdad? Él es el quien te dijo que no hicieras una jodida cosa, porque de lo contrario... ¿Tengo razón, sí?", muestra una fea sonrisilla.

Jo se aleja andando.

"¿Él está aquí?", Frankie la llama. "¿El monstruo? ¿Está arriba? ¿Bailando?", el aleteo de la toalla detrás de ella, arrojada hacia ella mientras se marcha. "¡Le joderé del todo, lo haré! ¡Lo juro!". Ella cruza el vestíbulo, sube escalones de dos en dos entre uniformes negros y manos llenas de platos de galletas saladas, quesos y hojaldres pequeños. A la vuelta de la esquina, subiendo más escaleras hacia el pasillo, se topa allí de golpe con la brillante máquina de Coca Cola, se apoya contra ella. La golpea, una vez, con la palma de la mano.

«La música, la música es muy fuerte».

Hay una copa en su mano, una copa de plástico roja. Se la lleva a la boca pero está vacía. Ella la arruga y la deja caer al suelo. La mano de alguien sobre su hombro. "Jo", le dice Jessie al oído. La copa se mueve entre los pies cuando ella se da la vuelta. "¿Vas a estar fuera de aquí un rato?"

"Perdón", dice Jo negando con la cabeza, luego asintiendo. Un

hombre detrás de Jessie, alto y delgado, con una gorra blanca con orejeras en la cabeza, una camiseta ajustada impresa con algún barroco motor de asedio. Jessie se inclina hacia adelante para decir "¿No vas a volver a la habitación?", Y él está mirando con una sonrisa en su rostro a la parte baja de la espalda de Jessie.

"No", dice Jo, y luego, "¿has visto a Leo?"

"Lo siento", dice Jessie estirando la mano hacia atrás y el hombre de la gorra blanca la toma después de un momento sin apartar la mirada del corazón ardiente dentro del estallido estelar de rojo y amarillo en la base de su columna vertebral. "Gracias, Jo. Gracias".

Alguien está gruñendo, «una motosierra por tu cumpleaños, todo el vino que puedas beber», sobre un rasgueo de guitarra, «acostarte en una cama de acero frío, cubrirte la cara con mi fina máscara blanca, gastar el champán el sábado, ¡de rodillas, pero nunca tendrás que rogar!» Ya no hay tanto ruido. Jo está en un pasillo, vacío, oscuro, salvo por un letrero rojo de «SALIDA» en un extremo. Hay una copa en su mano. No esta vacía. Ella toma un trago. Está apoyada en la pared, una puerta a un lado de ella y una puerta al otro, ambas blancas, bisagras hidráulicas dobladas, esperando en su parte superior. Paneles de empuje de latón, ambos.

La copa está vacía. Ella la mira en la mano, al cigarrillo apagado en los dedos de la otra. Se inclina lejos de la pared. Se pone el cigarrillo detrás de la oreja. Empuja la puerta a su izquierda.

Paredes forradas con estantes desordenados de libros, cómics y juguetes que forman un ángulo alrededor de una esquina más adelante, donde hay una silla mullida a rayas rojas y verdes de manzana de caramelo bajo una lámpara de lectura con cuello de ganso, una otomana a juego, pilas de lona y cartón al azar. vidrios brillantes y marcos de plástico aquí y allá a lo largo del piso. "Ahora, ¿ves?", dice alguien, la voz del Duque al doblar la esquina, y Jo sonrío y niega con la cabeza y se abre paso entre los estantes, "eso es de lo que estoy hablando".

Un hombre sostiene una naranja detrás de su espalda, una cosita medio pelada enana entre dedos carnosos y resbaladizos. Una

correa de cuero atada a la muñeca. Su espalda ancha, desnuda y oscura, y sus músculos se ondulan mientras levanta los hombros, su cabeza de cabello negro se inclina hacia atrás sobre ese grueso cuello. Un silbido de aliento. Sus nalgas desnudas, una mano pálida, la de otra persona, ahuecadas en las nalgas mientras aprietan, pantalones por las rodillas, el cinturón ancho colgando, y Jo se detiene, no dice nada, da un paso lento y cuidadoso hacia atrás entre un tintineo de vidrio, un roce, una capa de papeles que caen y hacer otras caer, una de las pilas de arte se está derrumbando.

Esa cabeza de pelo negro está girando, hay una esquina de un ceño fruncido, pero es el Duque allí quien mira junto a la cadera desnuda, "Jo", dice, "Yo...", pero ella se ha dado la vuelta, ha huído corriendo, ha desaparecido.

"Luz, Luff, Love" / Ninguno de ellos, o Ambos / otra Palabra / sus Debilidades

"Luz", dice ella. "¿Luff? Love".

"Love", dice él retorciendo la palabra. Él le besa la mejilla, la barbilla.

"Puntuación de tenis", dice ella. "Si no eres fanático de los sentimientos".

"Continúa", dice. Él la besa en el cuello, en el hombro, dejando a un lado los pliegues de su vestido de cóctel, y ella se quita el pelo amarillo de la boca. "¿Luck?", dice ella. "¿Lock? Loch", dice ella con firmeza abriendo los ojos, pero él niega con la cabeza y besa la muesca de su clavícula. Ella todavía le acaricia la cabeza con esa gorra blanca. "Lack", dice ella, luego "Lametón", él se ríe en su beso, sus manos en las caderas de ella, recorriendo la piel desnuda de su espalda entre las ingeniosas cortinas de reluciente negro. "¿Cómo te", dice él inclinándose un poco hacia atrás, "saco de esto?", y sus manos suben por esa longitud de piel, y ella aspira un sorbo rápido de aire. "Suelta", dice ella. "Quítate la camisa. Adelante".

Él da un paso atrás, talón sonando en el amplio suelo de tablones, choca, se sienta abruptamente al pie de la gran cama blanca. Tira de su propia camiseta fuera de sus holgados vaqueros negros y se la quita sobre la cabeza. Su angosto pecho asimétricamente peludo, el parche más grueso y ancho a la izquierda rozado con mechones de gris. Sólo se ven costillas y huesos alrededor de los hombros. "Quítate la gorra", dice ella, pero él niega con la cabeza. "Frío", dice. "Tu turno".

Ella echa mano a la nuca, allí bajo su cabello, y hace algo, su vestido se desploma, se desliza por los brazos al bajarlos, navega alrededor de sus caderas y ella hace algo, su vestido se afloja, baja recorriendo sus piernas. Ella se lo quita por los talones y queda en esa complicada ropa interior. Él extiende una mano y ella la toma y

le atrae hacia sí, una rodilla en la cama, luego la otra, a cada lado de sus muslos. "Lame", dice ella otra vez.

"Lough", dice él con las vocales extrañamente desafinadas, el final es irregular y áspero. Lo dice de nuevo. "Lauch"

"Look", dice ella besando su boca. "Luke", dice ella y él está sonriendo. "Lago", dice alguien detrás de ellos, y Lough se pone rígido, esa sonrisa vacila. Jessie mira hacia atrás sobre un hombro con algo terrible en sus ojos, "Tú, pequeña mierdecilla", dice Jessie.

Lauren está allí en la entrada de la alcoba, con las manos en las caderas, con pantalones cortos de cintura alta, un top corto a juego, su largo cabello lacio en coletas descuidadas, ojos oscuros llenos. "Eres Lago", dice ella con voz temblorosa. "Has vuelto".

"Lauren", dice Jessie, "Te juro por Dios que si no...", pero Lough levanta una mano. "Lauren", dice bruscamente. "Yellowshot".

Esos ojos oscuros se cierran, se derraman, ella asiente, bruscamente, y de repente todo codos y rodillas y zapatos Keds rojos corren al interior de la alcoba. Salta sobre la cama abriendo los brazos en un salvaje abrazo. Jessie se reclina hacia atrás, se aparta con un desconsolado brazo cubriéndose los senos, su rostro se frunce con burlón horror cuando Lauren besa a Lough y él la besa a su vez. "Yo no...", dice Jessie alejándose, "no necesito esto", pero él la está agarrando, le agarra la mano, "Espera", dice tirando de ella hacia atrás, y ella no se resiste. Él se aleja de Lauren para besarle los nudillos a Jessie

"Yo no voy...", Jessie comienza a decir mientras Lauren se sienta, toma su otra mano y tira de ella hacia sí, "¡Quédate!", dice ella. "Tienes que hacerlo. De eso se trata".

Lough suelta su mano, se inclina sobre el acolchado edredón blanco, su regazo todavía está lleno de Lauren, y Jessie no comienza a alejarse más, mira a Lauren, mira la mano que Lough ha levantado para acariciar su mejilla. Ella no pone su otro pie en el suelo. Su mano se mueve hacia Lauren, ya no sostenida, sino sosteniendo la de ella, a su vez, sobre su rodilla negra de algodón.

"Todo está bien", dice Lough acercándose, inclinando la cabeza hacia atrás y ella, manteniéndose muy quieta, se da la vuelta para encontrar la boca de él, parpadeando rápidamente. "Para eso estamos aquí", dice él y, acomodándose sobre un codo, asiente con la cabeza, pero él aparta la mirada de ambas con el ceño fruncido. Jessie, todavía parpadeando hacia él, dice "¿Lago?", mientras Lauren la acerca, sus manos todavía juntas atrapadas entre el pantalón y la piel desnuda. Jessie se aleja de Lough para encontrarse con esos grandes ojos oscuros allí, esa boca abriéndose para un beso.

Es algo lento y constante al principio, pero el aliento que Jessie atrapa en el medio es el temblor de un suspiro y Lauren está saliendo del regazo de Lough, empujándola y Jessie cae lentamente de vuelta a un blanco suave y profundo y el beso se torna en algo feroz y hambriento, que gruñe y aplasta los gemidos de las dos.

"¿Qué es ella para ti?", dice Lough cuando la tormenta ha pasado, acariciando el cabello amarillo de Jessie.

"¿Cómo lo supiste?", dice Jessie, besando el cuello de Lauren.

"Siempre fue mi favorito", dice Lauren. Mordiéndose el labio, las coletas torcidas, mirando a Lough inclinado a su lado. "Hiciste cosas muy hermosas, ¿pensaste que lo olvidaría?", ella se impulsa hacia arriba, hacia atrás, "Va a ser *tan* bueno ahora", dice deslizándose por el borde de la cama. Jessie se endereza un poco para mirar a lo largo de su cuerpo hasta la malvada sonrisa de Lauren, sus manos rápidas ocupadas con las correas que cruzan las caderas de Jessie.

"¿Qué eres?", comienza a decir Jessie, pero Lough se inclina y respira en su oído. Su larga mano sobre su pecho, su pezón rosa pálido entre sus dedos. La cabeza de Jessie cae hacia atrás, su mentón se eleva, respira hondo, y un poco más, y más. "No has respondido a la pregunta", susurra él mientras ella agarra puñados de edredón.



"*Hechicero*", gruñe él con la mano del tamaño de un plato plano contra el pecho de Kerr, empujándolo con el abrigo oscuro aleteando contra la pared junto a la máquina de Coca-Cola roja brillante. "¡Pirocles!", dice Becker agarrando una losa de hombro descubierto en una camiseta gris sin mangas. El piano suena sobre un golpe sordo en algún lugar detrás de ellos, «soy un niño», está cantando alguien, «en una puerta abierta, ¿por qué estás mirando, crees que lo sabes?»

"En realidad", dice Kerr alejándose de la pared, "Prefiero el término mago", colocando su abrigo, completamente negro en el espeluznante resplandor de la máquina de Coca-Cola. Endereza su corbata negra y plateada. "Hechicero hace que parezca que hay algo sobrenatural involucrado".

"Melancoélidon", espeta Pirocles, y Kerr vuelve a inclinarse ante eso, una ceja arqueada, un asentimiento, "Sí", dice. "Esa es otra palabra".

"No sé", dice Becker, "yo no recordaba... *nada*, Kerr, hasta que lo vi. A ti", dice parpadeando el sudor de sus ojos hacia Pirocles, ese amplio pecho se mueve como un fuelle, un par de gruesas cuentas colgadas de las puntas caídas de sus bigotes se balancean con la fuerza de su aliento, casi al son de la música atronadora. "Lo siento", dice Becker. Y luego, a Kerr, "Algo extraño está pasando..."

"No", espeta Kerr y Becker se interrumpe.

"Confía en mí", dice Becker. "Estoy aquí de pie, diciéndolo. Esto es *extraño*".

"No", dice Kerr nuevamente, sacudiendo la cabeza. "No hay nada extraño en este mundo", dice, "nada por encima de la naturaleza, o más allá de ella, no puede existir. Es simplemente", y toca su sien, "un fracaso de tu modelo mental para dar cuenta de algo que ha ocurrido, y yo aquí discutiendo sobre *semántica* en una maldita fiesta rave, Becker, ¿vienes?"

"Yo, uh", dice Becker con los brazos cruzados en su camisa de

manga corta, abierta en el cuello, "Necesito mi abrigo".

Sin palabras, Pirocles saca el bulto de debajo de su otro brazo, sosteniéndolo, el pesado impermeable de Becker, su gorro de ala arrugado. "Oh", dice Becker. "Um. Gracias", la música cae repentinamente cuando se lo quita a Pirocles, y la multitud se aleja detrás de ellos, parece que toda la sala está cantando junto con el coro, «no somos lo que crees que somos. ¡Somos de oro! ¡Somos de oro!» y la cara de Kerr se arruga, levanta una mano mientras se inclina hacia adelante con los hombros temblorosos, una risa que no se puede escuchar cuando la canción se retoma. Becker mira a Pirocles, que está mirando al suelo, a algún lugar casi exactamente entre los pies de Becker y los de Kerr. Kerr se endereza, temblando con una réplica, un suspiro largo y suspirante: "¿Y bien, Becker?", dice, y ahora no queda ni rastro sino el brillo de un brillo en sus ojos. "¿Vienes?"

"Debería", dice Becker, y ahora también mira hacia abajo, al sombrero que está pellizcando y presionando, volviendo a ponerlo en forma. "Creo que voy a, ah..."

"Tomar el autobús", dice Kerr, encogiéndose de hombros. "Está bien", levanta una mano, la gira lentamente delante de ellos, muestra el dorso, la palma, vacíos salvo por un simple anillo plateado grueso. "Sí", dice, "Soy un mago", y, cuando vuelve a dar la vuelta a la mano, hay una tarjeta de presentación metida entre los dedos índice y medio. "Lo que significa exactamente lo que crees que significa", extiende la tarjeta a Becker. "Adelante", dice, y Becker toma la tarjeta con cautela. "Te llamaré".

Un remolino de ese abrigo y él ya se ha ido, bajando bruscamente las escaleras.

"¿Llamarme?", murmura Becker, girando la tarjeta en su mano. Es blanca, papel grueso, rígido y en blanco por ambos lados.

"Becker", dice Pirocles, su voz es áspera.

Becker sacude su pesado impermeable y se pone el sombrero en la cabeza. "Debería", dice, "De verdad debería irme".

"No lo hagas", dice Pirocles, su mano atrapa la muñeca de Becker, la engulle, los nudillos manchados por la piel áspera, viejas cicatrices, mechones de cabello gris.

"Que no haga qué", dice Becker, medio en su gabardina. "¿Que no me vaya?"

"No le veas", dice Pirocles soltándole. Becker desliza su brazo dentro de la otra manga de su abrigo, mete la tarjeta en su bolsillo. "Los hombres así son", dice Pirocles, "malas noticias". Becker se encuentra con los ojos de Pirocles ante eso. "No te vayas", dice Pirocles.

"Debería", dice Becker, "De verdad debería. El autobús..."

"Te acuerdas", dice Pirocles. "¿No?"

"Recuerdo que", dice Becker, negando con la cabeza, "hay algo que recordar". Alza la mano para tocar ligeramente una de las cuentas en los extremos del bigote de Pirocles. Es estaño opaco y pesado, de forma irregular. "Es esto, esto es nuevo, ¿no?"

Pirocles toma suavemente la mano de Becker y presiona el dorso contra sus labios. "Quédate", le dice.

"No puedo", dice Becker. "Esta noche no", un paso atrás, su mano se libera deslizándose. "Esta noche", dice, "tampoco", su mano agita el aire, buscando una palabra, "tampoco", y luego se encoge de hombros, agacha la cabeza, da la vuelta y a baja las escaleras.



La única luz en la pequeña cocina proviene de un estante poco profundo en la puerta del refrigerador. Frente a un par de palancas y un grifo, Jo está inclinada sobre la nevera, el chaleco blanco brilla en el resplandor, la frente presionada contra el acero inoxidable, el cabello vino tinto perdido en las sombras. Con cuidado deliberado,

ajusta el vaso que tiene en la mano ante una de las palancas, cuadra los hombros y empuja. El refrigerador chirría y se carcajea y ella se sobresalta hacia atrás, retira el vaso y lo coloca en la otra palanca. Empuja. Un chorro de agua se vierte en el vaso.

Ella lo bebe con ruidosos tragos, deja el vaso vacío en el fregadero. La ventana sobre el lavabo esta en blanco y negro, arañazos en el cristal tiznado de rosa anaranjado. Fuera a la luz de aurora de la farola, brillando a través de una niebla de aceitosas gotas que se deslizan hacia abajo y mojando un árbol vacío, hay un pequeño estacionamiento dos o tres pisos más abajo con un único automóvil en ángulo, ocupando un par plazas, un color sin nombre bajo esa luz que podría ser marrón o roja, una franja oscura divide el techo. Frente al pequeño estacionamiento, un restaurante vacío, una piscina brillante de luz interior atrapada detrás del vidrio, cabinas rojas, lujosos taburetes rojos en un mostrador azul, «El Chico Grande de Bob» dice el deslumbrante cartel de neón alzado detrás del árbol. Ella saca su vidrioso teléfono negro brillante de un bolsillo y se sube de puntillas, inclinada sobre la repisa con los codos en el alféizar. Lo enciende a la vida. La foto allí, ella e Ysabel mejilla con mejilla, en algún lugar en la calle de noche. 44:44, dice el reloj del teléfono. Louhitag, 4 de Frostario.

"Oh, genial", dice el Duque detrás de ella. "Estás despierta".

Jo se aleja de la ventana y desliza el teléfono en su bolsillo. "Todavía levantada", dice entre toses.

Él está allí junto a una de las puertas batientes, al otro lado de la mesa de corte de carne, descalzo con su bata oscura de estampados espirales. Su cabello oscuro separado como cortinas sobre el rostro, rizándose allí donde se esconde detrás de las orejas. Él no frunce el ceño, no está sonriendo, sus labios y cejas no se inclinan hacia arriba ni hacia abajo, su mirada es abierta y firme sobre ella. "Me doy cuenta", dice él, "de que una tercera vez en estas circunstancias es tan poco encantadora como podría pobar ser inútil..."

"¿Por qué hiciste esto?", dice Jo.

"... pero... esto. ¿Eso?", señala sobre su hombro hacia la puerta

detrás de él.

"La fiesta", dice ella. "Si todo es tan malo como dices, ¿por qué estás... haciendo esto?"

"Esta fiesta", dice. "La hago todos los años. La gente hablaría si no lo hiciera".

"Oh", dice ella mirando hacia abajo. Y luego, "Te acostaste con él", dice ella, y levanta la vista para encontrarse con su mirada. "¿Verdad?"

Su expresión no se conmueve. "Te refieres a el Mooncalfe", dice después de un momento. Ella asiente. "Oh", dice, "nos acostamos el uno con el otro. Muchas veces. No estarás molesta por Luys".

Uno de los hombros de Jo se contrae. "Luys no ha intentado matarme".

"Para ser justos con los dos", dice el Duque, con una mano en la mesa de corte, "cuando dormíamos juntos, ninguno de nosotros sabía que tú estabas en el mundo", <

Jo dice: "Entonces todo es culpa mía", y el ceño de él se tensa con eso y dice: "Tengo la clara impresión de que seguimos omitiendo pasos en esta conversación".

"Ponte al día", murmura ella.

"Maldíceme como un idiota si debes", dice el Duque, "pero baila hasta tan lejos y ponte en mi posición, bueno: él es algo increíble que contemplar", su sonrisa es algo amable, casi de disculpa. "Siempre he tenido debilidad por las rubias y los chicos hermosos".

"Yo no soy ni lo uno ni lo otro", dice Jo con voz densa.

"No", dice el Duque. "Eres algo completamente diferente", tira de la bata suelta para apretarla sobre su cuerpo.

"¿Quieres...", dice Jo, y traga saliva, mira hacia abajo, toma aire,

"¿Sí?", dice el Duque, y ella mira hacia arriba, "... follarme?", dice ella inclinándose hacia atrás, los codos en el borde de la barandilla detrás de ella.

"¿Qué?", dice el Duque después de un momento.

"Ya me has oído".

"No estoy muy seguro de haberlo hecho".

"Es una pregunta simple".

"Como he dicho", ahora en la esquina de la mesa. "No he estado seguro de mi posición desde que he entrado aquí".

"¿Quieres follarme, Leo?", dice ella y cada palabra es nítidamente clara.

"Creo que", dice el Duque, "lo más importante, al menos para mí, en este preciso momento", dando un paso más cerca, "es si tú quieres follarme a mí", y ella se ha apoderado de la solapa de su bata, la tiene agarrada en un puño, tira de él un último paso para que el se agarre fuerte contra ella, nariz con nariz, su frente contra la de él. "Buena pregunta", dice ella, y le besa y sonrío en mitad del beso. "Buena respuesta también", dice ella, y él respira hondo por la nariz. La bata se abre, la mano de Jo tira de la bata y la tela cae deslizando por el hombro, baja por el brazo, muestra el pecho, el vientre y la cadera. La otra mano de Jo allí entre ellos en la polla vertical. La mano de él apoyada en la cadera, su otra mano agarra el borde del fregadero, rodilla entre rodilla mientras ella lo acerca más para un beso más profundo y él se golpea esa rodilla contra el cajó debajo del fregadero. "Unf", dice él, y "Jo", dice, "Tal vez deberíamos", dice empujándola hacia atrás, intentando sin éxito volver a ponerse la bata sobre los hombros. Las manos de ella se apartan de sus hombros, dejándole boquiabierto, dejándole hurgar con los botones de su chaleco mientras ella persigue su boca con la propia, "Quiero esto", le dice ella a sus labios, "A ti. Ahora". Con el chaleco abierto colgando, ella arquea la espalda presionando los senos cerca de él mientras la mano del Duque se desliza a lo largo de la piel desnuda donde la camisa se ha liberado. "Aquí", dice ella,

y comienza a desabrocharse los holgados pantalones blancos. "Antes de que pierda los nervios"

"Guao", dice el Duque empujado hacia atrás, empujado contra la mesa de corte, desnudo, con la bata colgado de los codos, una mano en la cadera de ella, otra en sus pechos, negando con la cabeza, "eso, eso es lo que estoy... "

"Qué".

"Eso es lo que estoy", dice él levantando una mano hacia su cara. Ella se aleja bruscamente. "Qué".

"Jo, estás borracha".

"No estoy ", dice ella, "así de borracha".

"No quiero ningún otro error estúpido", dice él y ella se inclina hacia él, lo empuja con un largo beso, lento y tierno que se derrite hasta que quedan en pie, meciéndose, con los labios apenas separados, ojos cerrados. "Quiero esto", dice Jo, y él abre los ojos. "Te quiero, Leo Barganax", y ella abre los ojos.

"Tal vez", dice él con brusquedad, recogiendo su bata sobre sí mismo, mirando hacia la otra puerta detrás de ellos. "Tal vez deberíamos llevar esto a tu habitación".

Ella niega con la cabeza. "Jessie está...", y Jo no dice lo que estaba a punto de decir, y el Duque asiente. "Oh", dice él atando el cinturón de su bata.

"¿Y la tuya?", dice Jo.

"Le dije a...", dice el Duque, "Luys, él está esperando allí. Esperando, ah. A mí".

"Oh", dice Jo abrochándose los pantalones. Toma la mano del Duque. "¿Todavía tienes los condones? ¿Están allí?"

"Sí", dice él frunciendo el ceño. "Creo. ¿Todavía sirven?"

"Duran meses", dice ella mientras lo empuja, pasa la mesa de corte y tira de él.

"¿Y Luys?", dice el Duque siguiéndola. "¿Qué hacemos, echarle sin más?"

"Quizá", dice Jo abriendo la puerta y entrando.

"¿Jo?", dice el Duque cojeando detrás. "¡Jo!"

un poco de Cuero

Un poco de Cuero atado alrededor de la muñeca de la gran mano rojiza y caída sobre la piel fría y azulada entre sus senos. Jo mira con los ojos entornados, con los nudillos en los ojos, deja caer la cabeza hacia la almohada roja, mira a un lado con expresión lúgubre y se sorprende de la gran nariz que roza la de ella, de los ojos cerrados y la boca abierta, que duerme.

Levanta con cuidado ese brazo y se abre paso por debajo de él para llegar al borde de la cama, una larga pierna desnuda se desliza para liberarse de la sábana marrón y la manta roja, para hundirse, girar y encontrar el suelo. Hay un resoplido y ella se congela, esa mano aún suspendida sobre ella. Al otro lado de la cama, el Duque está acurrucado contra la amplia espalda desnuda de el Masón, con la cara hacia arriba y mirando al techo, masticando una rápida secuencia de expresiones, resolviendo algo en un largo bostezo, un suspiro que lo deja tranquilo, laxo. Jo se desliza cuidadosamente fuera del borde de la amplia cama baja para agacharse desnuda en el suelo, con el brazo todavía en la mano, y ella besa la parte posterior de la muñeca con la correa de cuero antes de ponerla suavemente sobre la almohada. <

Con su camisa negra suelta, se pone a revolver entre la ropa descartada al pie de la cama, sacando la pernera de unos vaqueros marrones de la mezcla, congelándose cuando suena la hebilla del cinturón. Pasa cuidadosamente un dedo por el bolsillo del reloj, palmea los otros bolsillos de arriba abajo, deja los pantalones en el suelo con el ceño fruncido. Desentierra unos pantalones de pana negros, revisa los bolsillos. Sentada sobre los talones, saca las manos vacías. Se inclina hacia adelante, gatea doblando la esquina de la cama, su mano llega hasta la punta de una tela estampada, púrpura y granate, dorada y marrón. Algo roza ligeramente cuando la acerca hacia ella, con cuidado de no mover el bastón de cabeza de halcón que se encuentra en el suelo junto a ella. Arriba en la cama, el Duque se agita, "Destilado", dice, "una gelatina de cerveza", y Jo se queda quieta hasta que él queda tranquilo y en silencio otra

vez. Jo comprueba rápidamente los dos bolsillos delanteros, pero el peso arrastra la bata aún más arriba. Hay un tercer bolsillito escondido detrás de la solapa. De él saca una única llave.

Camina descalza por la larga habitación de alto techo llena de aplastadas copas vacías de plástico rojo, aquí y allá, un plato, una servilleta, un tenedor, un zapato de tacón alto. En una silla reclinada contra la pared, entre ventanas altas y estrechas, el Estribo, con su traje a cuadros marrón, ronca ligeramente con un brazo colgando y los dedos rozando el suelo. Allá, junto al perchero casi vacío, una mujer con cabello rubio intenso está posada en un gastado sofá rosado envuelta en una colcha raída, asintiendo con la cabeza hacia algo inaudible a través de auriculares de gran tamaño enchufados en una maraña de equipos de audio. Acurrucada en su regazo y envuelta en la misma colcha, otra mujer duerme profundamente con el mismo cabello rubio.

Jo sube la escalera hacia el loft, donde se pone unos vaqueros negros y mete los pies descalzos en grandes botas negras. Se encoge de hombros dentro de un abrigo de cuero del color de la mantequilla con esa llave pellizcada entre el pulgar e índice, un metal de bronce oscuro. En su camino de regreso a la escalera, se detiene un momento, mira por encima del borde la gran cama blanca debajo, enredadas en un nudo de sábanas y un edredón hay tres personas dormidas, Jessie y Lauren entrelazadas con las cabezas apoyadas en los muslos de la otra. Lough colocado detrás de Jessie, con la cara perdida en el pelo amarillo, la gorra blanca torcida y el cuero cabelludo es una neblina azulada de vello. Jo se agacha con la llave encerrada con fuerza en su puño y toma su espada en su vaina negra.

Afuera todavía está oscuro, el aire sigue siendo una neblina aceitosa de naranja y rosa. Un autobús resopla y suspira hasta detenerse en la esquina. A la luz verde y amarilla del letrero que dice «Parrilla Mejicana de Pepino» en letras de neón, hay un coche pardo con una franja negra pintada en el techo y a los lados. Jo camina hacia la parte trasera del coche mirando hacia la diáfana pared de ladrillo del templo atravesada por tubos eléctricos sin ninguna ventana rota. Jo mira hacia el maletero del coche. Apoya la espada envainada en el parachoques, encaja la llave que tiene en la

mano dentro de la cerradura y la abre.

En el interior hay un par de cajas. Una forrada con una bolsa de basura con una jarra dentro. Ella estira la mano más al fondo, saca una máscara que podría engullir media cabeza, blanca, toscamente pintada con gruesas líneas negras para parecer una calavera sonriente, una melena de largo cabello negro que se agita mientras ella la sostiene con una sonrisilla irónica y un movimiento de cabeza.

Hay algo más.

Bajando la máscara junto a la espada, busca más allá de las cajas y tira de algo más grande, más pesado, y lo libera. Es un maletín de cuero marrón claro, cerrado. Jo da la vuelta y se sienta en el parachoques, mira el maletín. Los accesorios de latón en la esquina están manchados de algo marrón deshilachado. No están oxidados. La hebilla está suelta, desbloqueada. Jo deshace el bloqueo, abre el maletín y mira dentro.

"Oh, santo infierno", dice Jo Maguire.

N° 17: Liberación

el fuerte Estallido / cómo más nítido entonces

El fuerte estallido de una bofetada y su cabeza se mece a un lado. "Tened cuidado, Princesa", dice Orlando en voz baja y gentil. "Ella me es querida".

"Sí", dice la mujer a su lado, manos en encaje negro que envuelven fuertemente la mano que Ysabel intenta liberar mientras dice: "*Suéltame*, mientras Orlando dice "Princesa", y ella dice con una advertencia: "Harías bien en recordar tu lugar, Mooncalfe".

"Mi lugar", dice mirando hacia abajo con una floritura a sus pies descalzos allí en la acera, "ni estoy fuera de él", cruzando los brazos en su chaqueta gris sin forma. "Ni toradh me ata; ni nada debo, y nada se me debe".

"Tienes el oficio de mi custodia", dice Ysabel soltando la mano. La mujer pone mala cara.

"Gané un duelo, eso es todo", dice.

"Dijisteis ser un guardián concienzudo".

"Soy el Mooncalfe, señora", dice, su mano rápida en la barbilla de ella. "No necesito hacer nada, para poder hacer cualquier cosa", inclina la cabeza hacia un lado mirando a través de su ojo abierto. "No dejé ninguna marca".

El abrigo blanco de Ysabel se abre cuando ella retrocede, su vestido es bastante corto, de color de champiñón opaco, sus piernas van en medias negras. Ella se cierra el abrigo otra vez. "Si Jo estuviera aquí", dice ella, y él se ríe. "Si ella estuviera aquí", dice, "la volvería a matar y me aseguraría de que así se quedara". La mujer al

otro lado de Ysabel se ríe ante eso, su volumen se agita dentro de su largo abrigo negro, el cabello enhebrado con cintas y lentejuelas que se deslizan sobre los hombros cuando baja la cabeza.

Están de pie los tres frente a la vieja casa verde detrás de un muro bajo de piedra, un jardín perfectamente estrecho, grandes columnas blancas en su porche poco profundo a la luz de unos estilosos reflectores. "Bueno, estoy a salvo en casa otra vez", dice Ysabel. "Hagas lo que hagas, se te libera de tus tareas, al menos esta noche. Tengo frío y quiero salir de este atuendo". Se da vuelta para abrir la puerta de hierro forjado en el bajo muro de piedra. "Deberías llevar a tu dama de regreso a la casa de su padre".

"No sin ese beso, Princesa", dice Orlando.

"Justo aquí está bien", dice la mujer con el pelo sonando cuando golpea una mejilla con la punta de un dedo.

"Ella respondió a la pregunta", dice Orlando. "Dulce y verdadera".

La mujer baja la yema del dedo. Labios carnosos pintados de negro, cabello con todas esas trenzas, cintas blancas y lentejuelas plateadas, el único color en todo su flequillo es un spray de color rosa sobre su ancha cara pálida. Ysabel agarra el cuello de su abrigo blanco y se aleja de la puerta, se inclina cerca, sus labios rojos presionan rápidamente la mejilla de la mujer, y todo rastro de alegría cae de esa cara ancha, esos labios negros y gruesos. Sus párpados brillantes tiemblan y se arrugan cuando Ysabel abre la puerta y la cierra detrás de ella.

"Júralo", dice la mujer agarrando la mano de Orlando, la que está envuelta en una venda, entre sus palmas con cordones negros. "Jura que me dejarás hacerlo de nuevo".

"Vacía, cariño", dice Orlando. "Sin miedo, sin ira", podría estar sonriendo. "O de lo contrario probarás que todas sus profecías son verdaderas".

"Nunca me dejas quedarme", dice ella mirando hacia esa casa. "La odio tanto".

"Nunca debiste haber dicho que sí", dice Orlando.



"Lo he contado dos veces, jefe", dice el chico de la chaqueta de cuero marrón junto al maletero abierto. "Todo contado".

"Pésalo", dice el Duque apoyándose en el guardabarros con su bata abierta y suelta. "No faltará nada, pero hazlo de todos modos, que nadie tenga ideas. Habla con Astolfo, Medoro. No te molestes en desenterrar a Chillicoathe. Ella sólo tiene dos amigos en el mundo, el tipo del teléfono y el que está liado con gorro-Cantarín. Vigílalos..."

"¿Quién, jefe?", dice el chico suavemente.

El Duque cojea lentamente hacia el maletero, diciendo: "Tú. Pandulce. Ve", con la mano libre levantada en cada frase, "Encuentra a Astolfo. Encuentra a Medoro, a el Eje. Sácalos. Busca a sus amigos. Consíguelos algunos teléfonos. Si ella aparece, que llamen. Que no intervengan. Vuelve. Pesa las bolsas. Dime que no falta nada. Abróchate la chaqueta", se apoya ahora en la tapa abierta del maletero. "Hace frío. ¡Wilberforce!"

"Sí, señor", dice el hombre del traje sindical rosa pálido.

"Al Noroeste", dice el Duque. "Que ella no entre en esa casa. Que no vea a la Princesa. Que Orlando no la toque. ¿Está claro?"

"Sí, señor", dice desde algún lugar debajo de su enorme bigote gris. Sentado en los escalones a sus pies, un hombre con un arrugado traje a cuadros marrón, los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. "Gaveston", dice el Duque, "toma los teléfonos, pon a todos al teléfono, ayuda a Pandulce a mover a el Eje y a el Escudo. Luego ve hacia el Norte. Espera una llamada".

"Conejos", dice el hombre del traje marrón a cuadros con aire

cansado.

"¿Por qué demonios vas al Norte?", murmura el Duque. Cierra de golpe el maletero. Arranca la llave de la cerradura. Levanta su bastón apoyado contra el parachoques. "¡Ahora! ¡Encuéntrala!", Pandulce se apresura a pasar, Gaveston se pone en pie, Wilberforce mantiene la puerta abierta mientras entran.

Jessie está allí, sola en el porche, envuelta en un grueso edredón blanco, con los hombros y los pies descalzos. Temblando a la fina luz gris mientras el Duque cruza el pequeño estacionamiento. "Vístete", dice él con las manos cruzadas sobre el severo halcón tóscamente tallado en la cabeza de su bastón. "Quince minutos. Vamos a cruzar el río".



Un tramo de escaleras empinado y estrecho, paredes verdes altas a cada lado pintadas tantas veces que todavía parecen resbaladizas y húmedas, todos los bordes y esquinas redondeadas y suaves. Una taza de café de papel humeando en su mano, una gastada bolsa azul de gimnasia colgada del gancho en el extremo de su otro brazo, periódico doblado metido en las asas, él está en el rellano a mitad de camino, mirando hacia lo alto del vuelo de escaleras, paredes blancas allí, puertas dobles de vidrio esmerilado oscuro. Frunce ligeramente el ceño.

Ella desplomada en el suelo junto a esas puertas, cabeza apoyada en la pared, ojos cerrados y pies extendidos con grandes botas negras. Su abrigo de cuero del color de la mantequilla, su cabello muy corto, color vino tinto. En el suelo junto a ella, una bolsa de papel y un viejo maletín marrón claro con accesorios de latón oscuro. Sobre el regazo una espada en una vaina negra, su guarnición envuelta en alambre opaco formando una reluciente red de hebras. Los hombros de ella suben y bajan con respiraciones profundas de sueño.

Al final del pasillo, él abre una puerta, entra en una oficina.

Después de un rato está de vuelta con una taza de papel sujeta por el labio en su gancho, en su mano una taza que dice «cuán feroz es un fiente de ferpiente». Él se pone en cuclillas al lado de ella, con cuidado de la bolsa y el maletín. Con la taza bien rígida, la mueve debajo de su nariz. Ella resopla, se sobresalta, mira hacia arriba parpadeando. "Esto no es café", dice ella, pero toma la taza.

"¿Qué haces aquí?", dice él.

"Tenemos que hablar", dice Jo Maguire.

Desnudo se sienta / ya no Está en Blanco / cómo ser Gallowglas / la Hija de su Madre

Desnudo, se sienta derecho en la gran cama blanca de espaldas a las almohadas, rascándose ociosamente la entrepierna de pelo grueso. "Te fuiste", dice. Sus pies se enredan en las sábanas blancas. "Te llevaste las mantas".

"Levántate", dice Jessie desenrollando el edredón, echándolo al pie de la cama. Ella se agacha junto al armario a un lado de la alcoba. Él bosteza, se estira, agrupa su grueso cabello oscuro y lo recoge en una pequeña coleta. Se pone unos holgados vaqueros negros, se mece para entrar una camiseta ajustada impresa con un barroco motor de asedio. Bosteza de nuevo. "¿Qué es todo eso?", dice él.

"Tienes que irte", dice Jessie abrochándose la chaqueta gris de chófer, su cabello amarillo ya recogido bajo la gorra gris de chófer.

"No hay tiempo para el café, entiendo", dice frotándose la mejilla oscura. "¿Te acompaño hasta mi abrigo?"

Ella está sentada a los pies de la cama, "Tengo que hacerlo", dice, "por favor, sólo tengo que llevarle a un sitio", dice ella luchando con una gruesa media negra en una pierna. "Es una especie de emergencia", la sube sobre la rodilla. Él se arrodilla ante ella mientras Jessie se está poniendo la otra media. "¿Le llevas en coche?", dice él con la mano sobre su muslo desnudo.

"Él es muy particular sobre", dice ella, "lo que me pongo cuando", Jessie contiene la respiración cuando los dedos de él se deslizan bajo la falda de chófer, "conduzco", y luego él la besa, enderezándose mientras ella se recuesta, arqueándose sobre ella, siguiéndola hacia abajo.

"¡Jessie!", ruge el Duque, en algún lugar a una habitación o dos de distancia. Ella le empuja, le aparta y se sienta, "Vete", le dice, "tienes que irte", y sube la otra media en la otra pierna. "Por favor", dice ella mientras él se sienta a su lado. "Vuelve. Esta noche"

"Por supuesto", dice él, y la besa de nuevo.

Ella lo ve alejarse por la larga y ventilada habitación, pasando el jacuzzi rojo, la larga mesa vacía. Él se inclina para recoger uno de los zapatillas dejadas descuidadamente al pie de la cama. Una Ked roja, cordones sueltos, lengüeta colgando. Vacilante, se la pone. Encaja. Aprieta los cordones con fuerza, los ata, echa mano a la otra zapatilla roja. "¡Luys!", grita el Duque desde algún lugar más alejado. "¡Jessie! ¿Algún día de estos?"



Vibrando, el teléfono casi se sale de la mesa acristalada cuando él extiende una mano para atraparlo. Lo arrastra para mirar su pequeña pantalla. «David», dice esta. Él se sienta en el sofá y no logra atrapar el pesado impermeable que cae de sus piernas al suelo. Abre el teléfono. "Sí", dice pasando una mano por lo que queda de cabello.

"Levántate y brilla", dice Kerr.

"Me niego categóricamente", dice Becker excavando en las esquinas de los ojos con un meñique.

"¿Sí? ¿Regresaste en segundos después de que me marchara?"

"¿Qué?", dice Becker frunciendo el ceño. En la mesa baja donde el teléfono había estado hay una billetera de cuero, un librito doblado de pasajes de autobús, un par de llaveros sujetos a un mosquetón morado, una tarjeta blanca rígida. "No, me fui a casa, justo después. Me quedé dormido en el sofá ", hay algo escrito en la tarjeta, con tinta azul.

"¿Conoces el Bijou Café? ¿En el centro?"

"Sí". Recoge la tarjeta y da una patada al impermeable.

"Nos vemos allí en veinte minutos".

Está tanteando por el suelo. "¿Que?", dice. "¿Por qué?", Con un bolígrafo con tapa azul en la mano junto con la tarjeta.

"Para que pueda invitarte a un desayuno. Donde la élite come para reunirse y saludar".

"Me diste una tarjeta anoche", dice Becker colocando el bolígrafo sobre la mesa, haciendo clic en el cristal.

"Sí".

"Estaba en blanco. Lo cual era un poco extraño".

"Ya no está en blanco, ¿verdad?"

"No", dice Becker alzando la vista desde la tarjeta.

"Dice Pirocles, ¿no?"

"Dice Recuerda a Pirocles", Becker se recuesta en el sofá. "Con mi letra. Mi pluma".

"Buen truco, ¿eh?"

"¿Cómo, cómo lo hiciste... qué demonios *significa?*"

"Mejor que sea en media hora", dice Kerr. "Te vendrá bien una ducha y un afeitado", cuelga. Becker dobla su teléfono lentamente, lo vuelve a colocar sobre la mesa. La tarjeta al lado, fnap.



"No paran de *suced*er cosas", dice Jo con su abrigo color mantequilla, taza todavía en sus manos. Está sentada en una silla de oficina bajo una ventana pintada en un extremo de una larga mesa perdida bajo montones de libros y pilas de papel. Bebe un sorbo, luego echa la cabeza hacia atrás vaciando la taza, la deja en el alféizar detrás de ella. "Lo siento. No sé por dónde empezar".

"¿Vas a beber más?", dice Vincent apoyado en la mesa con los brazos cruzados. Chaleco de suéter negro sobre una holgada camiseta blanca. Jo entorna los ojos, frunce los labios, frunce el ceño, luego se encoge de hombros y se reclina en la silla. "Me estás dando whisky antes del desayuno", dice ella. La silla cruje cuando se agacha hacia un lado, "Los días se pierden", dice, "no sé qué horas", saca el teléfono del bolsillo, "no es por la bebida. Sé que no es eso, sí. Conozco mis límites con eso".

"¿Sí?", dice Vincent. "Fumabas. ¿Qué era, metanfetamina?"

El reloj del teléfono marca las 08:21. Viernes, 25 de noviembre. Jo alza la vista, su cara completamente plana. Parpadea Traga. "Sí", dice ella.

Él asiente. "El alcohol", dice, "adormece tu capacidad para percibir o preocuparte de que ya no esté allí. La nicotina... te permite concentrarte en la tarea en cuestión, bloquea las distracciones".

"Eso, eso", dice Jo, "¿la meta? La carencia, no es así cómo funciona, es..."

"Está bien, olvida, olvida la meta", dice Vincent. "Era solo, que yo estaba bastante seguro de que no eras del tipo heroína. Vas a abrirte paso a lo bruto, no a cerrarlo todo. El problema es cuando dentro de veinte años estás, estás vagando por el mundo en algún lugar, en Nueva York, y eso sigue presionando, solo que no está allí, ya no".

"Y, y", dice Jo, "esa es la otra cosa, dices que eso está *presionando* pero a veces es como", levanta la mano, agitando el aire, "a veces alguien dice algo, y eso está a punto de, eso lo habría hecho *encajar* todo, pero yo lo pasé por alto..."

"Presque", dice Vincent negando con la cabeza.

"¿Qué?"

"Presque vu. ¿Los tres vus?", Su gancho chasquea cada uno. "Déjà. Jamais. Presque".

"No es, no es déjà vu", dice Jo. "¿Jamais?"

"Todos están relacionados", dice Vincent. "Efectos secundarios. Síntomas. Jamais es lo opuesto a déjà, ya sabes, veo esto todo el tiempo, pero de repente, no lo conozco. Lo cual puede joderte de verdad en medio de un combate. Pero presque, presque es lo peor. Estoy a punto de ver algo que me hará conocer... *todo*", extiende y separa mano y gancho, un lento encogimiento de hombros. "Pero nunca llega. Sucede. O si no lo hace, si lo atrapas, solo por un momento", sus gancho chasquea, "resulta que hay algo más. Otra cosa. Algo más adelante, a la vuelta de la esquina de nuevo, y ojalá...", suspira. "Así que, bebas. Fumas. Huyes. Te vuelves loco", resopla. "Bueno. *Más loco*".

"No estoy loca", dice Jo.

"Hablas con personas que no están ahí sobre cosas que no existen", dice Vincent. Jo se inclina hacia delante y abre la bolsa de papel a sus pies. Él dice: "No sé cuál es el término técnico para eso..."

Ella ha sacado una máscara blanca lo suficientemente grande como para engullir la mitad de una cabeza, pintada toscamente con gruesas líneas negras que marcan los dientes de una calavera, las cuencas de los ojos oscuras y vacías de una calavera, una melena de pelo lacio y negro flotando en el aire. "Esto es real, ¿no?", dice ella. "Existe".

Él no se acerca, no trata de tocar la máscara. Se mueve un poco hacia la mesa. No retrocede. "¿De dónde has sacado eso?", dice.

"El Duque lo tenía", dice Jo sentándose con la máscara en la mano

y la mano en la rodilla. "Luys, el Masón. Uno de sus caballeros, la usó la noche que fui nombrada caballero. Luchó contra Marfisa en lugar de mí. Perdió".

"Ella es buena", dice Vincent.

"Esto es tuyo, ¿no?"

Él aparta los ojos de la máscara hacia los de ella.

"Tú eras el Cazador. Tengo razón, ¿verdad? Quiero decir... pensé, Gallowglas era un oficio, como el Carro o el Yunque, pero es que cualquiera puede ser un Gallowglas. Mi exnovio fue un Gallowglas, por amor de Dios. Solo tienes que estar en el lugar correcto en el momento adecuado".

"Lugar equivocado", murmura Vincent. "Momento inadecuado".

"Pero el Cazador", dice ella mientras gira la máscara para mirarla, esa melena ondea, una estela en el aire, "si hace lo que creo que hace, se querría a un Gallowglas para eso", la melena se revuelve sobre sus rodillas. "La amabas", dice ella. "Puedo verlo, se parece mucho a su madre, y cada vez que la miras, puedo verlo. La amabas y eras su Cazador, y algo sucedió, y ahora estás aquí, y ella no... no quiere tener un Cazador nunca más".

"Ella fue la única mujer a la que amaré", dice Vincent con voz ronca, "y él fue el mejor amigo que yo jamás haya tenido".

"¿Quién?", dice Jo. "¿El Rey?"

"John", dice Vincent.

"¿Rey... John? ¿El nombre de su padre era... era John?"

"No", dice Vincent, "él no era su padre. Esto no es..."

"¿Tú eres su padre?", dice Jo parpadeando, y él sonrío y baja la cabeza, aflojando los hombros, "No", dice volviendo a mirar hacia arriba. "No. Yo soy el padre de Lymond".

"¿Quién?", dice Jo.



Una caja gris en el estante inferior del refrigerador dice «Coca-Cola Light», un puñado de limones marchitos al lado. Un frasco delgado de aceitunas en una turbia pasta amarilla. Una pequeña porción de lo que dice la etiqueta que es centeno y media docena de vasos de yogur de plástico individuales, todos de vainilla francesa. Ella recoge uno, lo abre pelando la tapa, cava con una cuchara mientras cierra la puerta con la cadera, gira, salta hacia atrás, sobresaltada. El hombre que está de pie allí es bastante alto, su rostro estrechamente sombrío iluminado por extravagantes flores artificiales. Su traje es recto y negro, el cuello de su camisa blanca va doblado sobre la barbilla. "Debes vestirte", dice, "y ver a tu madre en el salón. Inmediatamente".

"Ya *estoy* vestida", murmura Ysabel mirando su camiseta amarilla de gran tamaño, sus pantalones de pijama a cuadros amarillos y rosados.

El salón, revestido de paneles de madera oscura alzados con enormes pinturas al óleo de severos hombres con ricos trajes oscuros. La Reina, toda vestida de negro, se sienta en un enmarcado sofá adornado con cojines color crema, con las manos cruzadas sobre el regazo. En una silla de respaldo alto que se ha acercado, hay un hombre en traje a rayas marrones y la cabeza calva marrón por el sol, ancha corbata amarilla anudada y sin apretar bajo la barbilla canosa. Sobre la mesa a su lado, vajilla, vapor débil flota desde una taza de té en su platillo a juego. En la otra mesita, entre él y la Reina, nada más que un tazón redondo de aluminio y un cuchillo pequeño con una fina hoja color hueso. "¿Qué es eso?", dice la Reina.

"Desayuno", dice Ysabel tomando otro bocado de yogur.

"Saliste tarde una vez más anoche", dice la Reina. Al otro lado de

la habitación hay un joven con un traje color rosa, su cabello pálido anudado en trenzas que le rozan los hombros. "¿A casa del Duque? ¿A su... fiesta?" El joven mira una de esas pinturas oscuras, un hombre entre negros y marrones, con traje antiguo, frunciendo el ceño en un elaborado marco de carrillos y bigotes, señalando a través de su cuerpo a donde, lejos en la distancia, se puede ver una pequeña cabaña en la oscuridad.

"No", dice Ysabel. "No, tu campeón no..."

"Él no está aquí, habrás notado", dice la Reina. "Ni el Duque. Ni el embajador de Nuestra hermana tampoco".

"Vuestra hermana no tiene parte en esto", dice el hombre del traje a rayas, su atención está en la taza de té que está levantando de la mesa.

"Y el Duque conoce su lugar", dice la Reina. El joven del traje rosa tose una vez, ligeramente, sin apartarse de la pintura.

"Esto no es necesario", dice el hombre del traje a rayas con la taza de té pellizcada delicadamente entre sus gruesos dedos.

"Estamos de acuerdo, Guisarme", dice la Reina. "Retirad vuestra pregunta".

Él sorbe. "Seguramente", dice, "hasta puede verse que no es una opción".

"Ysabel", dice la Reina. "Quítate la camiseta".

La taza de té suena bastante fuerte cuando el Guisarme la vuelve a colocar sobre la mesa.

"¿Qué?", dice Ysabel.

"Majestad", dice el joven apartándose de la pintura, y la Reina se levanta bruscamente. "Cuestionáis Nuestro estado físico al", dice ella, "cuestionar el de ella. Nos gustaría que todos lo vieran. Quítate la camiseta".

"No lo haré", dice Ysabel volviéndose para irse, pero allí, en el vestíbulo, se encuentra el Mayordomo con las mejillas y la nariz muy rojas, la mirada baja. "No puedes.. ", dice Ysabel volviéndose, la Reina justo allí delante de ella, con el cuchillo de hueso en la mano. "Madre", dice Ysabel, y la punta de esa fina hoja hace un agujero en su camiseta amarilla justo debajo del cuello. La tacita de yogurt cae sobre la alfombra con un golpe.

La Reina gruñe. Con un golpe, el cuchillo atraviesa el cuello de la camiseta e Ysabel se echa hacia atrás y la Reina le arrebató una solapa de tela con un cortante tirón. Ysabel se cubre con los jirones de su camiseta, tropezando con su propio pie, cayendo incapaz de equilibrarse. La Reina con sus faldones negros se hunde de rodillas a su lado, se inclina sobre ella para rebanar el resto de la camiseta, arrancándola de los brazos de Ysabel cuando estos se doblan más próximos al cuerpo, más tensos. Su respiración se torna rápida e irregular. La Reina se sienta, se limpia la boca con el dorso de la mano que empuña el cuchillo. Ysabel, temblando, mira desde atrás de sus manos frente a la cara.

"Pantalones", dice la Reina.

Ysabel retrocede. "¿Por qué estás", dice ella, "haciendo esto?", cada palabra sale ronca. El Guisarme toma su taza de nuevo. Agravante reanuda su estudio de la pintura. El Mayordomo sigue inmóvil con las manos a la espalda. El cuchillo cae con un golpe sobre la alfombra y la Reina agarra esos pantalones rosados y amarillos por la cintura, apretándolos con fuerza mientras Ysabel patalea y la Reina se inclina sobre ella y contra ella, empujándole la espalda contra el suelo diciendo "Ysabel *Perry*. Puede que seas la Prometida del Rey ", tira de los pantalones por sus caderas, "pero eres, *mi hija* ", los baja por las piernas, "y te mantendrás firme y quieta", sacándolos por los talones de los pies. Se despeina los mechones de pelo en su cabello cuidadosamente arreglado. "Date la vuelta", dice ella con una última mirada a Ysabel acurrucada de lado. "Señores. ¡Señores, miren!" Un florecimiento de ese cuchillo de hueso. "Está entera, sin mancha. *Miren*. El vínculo permanece intacto. Todavía somos Reina".

"Eso no estaba en duda", dice Agravante todavía allí, junto a la pintura. "Pero las semanas se convertirán en meses", los oscuros ojos de la Reina sobre él. "Madam".

"El ambiente de esta ciudad es amargo y desagradable", dice la Reina, y la taza del Guisarme choca contra la mesa nuevamente.

"Por supuesto", dice Agravante con dulzura. Levanta un brazo, dispara el puño y levanta la mano para deshacer el gemelo. "Por eso pedimos que nos trajeran el cuchillo".

"Y el cuenco", dice el Guisarme remangándose su chaqueta, doblando la manga de la camisa debajo para desnudar su antebrazo.

"Vosotros me dejaréis *realizarlo*", dice la Reina.

"Simplemente deseamos ayudaros", dice Agravante, "para *aislar* este veneno. Para estar seguros".

"Requiere cierto tiempo", dice la Reina. "Incluso para algo tan pequeño como esto, podría llevar...", y extiende sus manos, luchando por encontrar lo que podría decir a continuación, pero Agravante ha dado un paso alrededor del sofá y ahora toma su mano entre las suyas, le quita el cuchillo de la mano. "No tenemos obligaciones apremiantes, Madam", dice.

El Guisarme está en cuclillas sobre la alfombra. "Levántaos, Princesa", dice palmeando su pie desnudo. Ella se incorpora sobre un codo y mira esa sonrisa suavemente canosa. "Vestíos, Milady, y marchaos".

Un agudo "No", entonces de la Reina. "No, ella nos atenderá".

Todavía en cuclillas, Guisarme la admira. Agravante hace una pausa, su antebrazo desnudo sobre el tazón de aluminio, la cuchilla de hueso contra su antebrazo. "Seguramente tenéis a alguien para eso".

"La tenemos, pero tuvimos que dejarla marchar", dice la Reina. "El estado de ánimo de esta ciudad. Ysabel. Levántate".

"Estás esperando algo" / Lo opuesto a esconderse / Años o un par de meses / Desnuda

"Estás esperando algo", dice Kerr.

"Sí", dice Becker. "El desayuno".

"Vendrá, vendrá", dice Kerr. Los codos sobre el mantel a cuadros azules, la barbilla en la mano. "Quítate el sombrero, quédate un rato", el reloj de oro pesado sobre su muñeca, el cabello oscuro peinado hacia atrás. Becker se quita el sombrero, se inclina para dejarlo bajo la silla. Se sienta con un brazo enganchado en la parte posterior, los dedos entrelazados en su regazo. Todavía con su pesado impermeable, desabrochado encima de una suave camisa de franela, una tela a cuadros de clásicos índigos y rojos. "Y tengo que preguntarme a mí mismo", dice Kerr, "¿por qué no has ido a colgarlo?", mirando hacia la pared con ganchos, con abrigos y chaquetas, sombreros y bufandas. "¿Eres propenso a la distracción?"

"Tal vez simplemente no quería levantarme", dice Becker.

"Tal vez simplemente no quisiste lidiar con todo eso", Kerr está mirando de nuevo a la pared de abrigos, a las personas amontonadas debajo con aún más ropa impermeable, sentados en los bancos, de pie quitándose del camino como pueden, atendiendo mesas. "Mantenerlo todo cerca, contenido. Listo para salir en cualquier momento. Con un pie siempre fuera de la puerta".

"Estás leyendo mucho del gesto de quitarme el sombrero", dice Becker.

"Se puede leer mucho a partir de cómo alguien hace casi cualquier cosa", dice Kerr mientras un camarero se acerca a la mesa, coloca una taza de café para Kerr, una taza vacía y una tetera de vidrio junto a Becker "El truco es saber si es de pasada o

intencional", Kerr vierte leche en su café, recoge algunos sobrecitos de azúcar. "Todavía estás por horas, ¿verdad? ¿Cuánto son, quince? ¿Dieciséis?" Abre tres o cuatro sobrecitos a la vez y los vacía en su taza.

"Me pagan bonus de producción", dice Becker.

"Claro que sí", dice Kerr removiendo el café. "Y apuesto a que llegas a esos números todas las veces, o sabes el motivo. Aún así", un sorbo. "¿Es algo que has negociado o es simplemente lo que le darían a cualquiera por tu trabajo? Estás esperando algo. Economizándote a ti mismo. ¿Eres vegetariano, Becker?"

"¿Qué?", dice Becker. "No, es que no me gusta la carne para el desayuno".

"Dijo ella", dice Kerr, y ante eso, Becker resopla, se inclina y tiembla con una risa silenciosa. "¿Y ves?", dice Kerr. "Puedes reírte de mis atroces chistes. De manera muy realista, podría agregar".

"No ha sido, no por el chiste", dice Becker. "Ha sido por el momento".

"Siempre se trata del momento", dice Kerr, se inclina mirando hacia arriba, extendiendo la mano para agarrar la de un hombre con una sudadera gris blasonada con una U y una O amarillas. "Buenos días, Rudy", dice Kerr.

"David", dice el hombre de la sudadera. "¿Has salido a cazar gangas del Black Friday?", perilla gris cuidadosamente recortada sin olvidar la barba de pocos días, cabello cano recortado cerca de la nuca.

"Si alguno de vosotros fuera inteligente", dice Kerr, "pasaríais de todo ese lío, esperaríais hasta qué esto pasara. Epifanía, intercambio de regalos. Aproveche todas esas ventas navideñas. Rudy, este es Arnold Becker", Rudy se da la vuelta y Becker levanta la mano de su regazo, la ofrece para estrecharla rápidamente. "Becker está haciendo un trabajo de campaña, para la nuestra, la gran encuesta".

"Oh", dice Rudy. "Hombre de números, ¿eh?"

"Ah, algo así", dice Becker. "Estoy en un puesto de supervisión..."

"Becker es un generalista", dice Kerr.

"Encantado de conocerte", dice Rudy volviéndose hacia Kerr.

"Escucha, Rosie ha estado intentando arreglar algo. ¿Podrías echarle una mano?"

"¿Está en casa?", dice Kerr.

"Donde quiera que esté, tiene su móvil".

"Cierto", dice Kerr. "Considéralo hecho", se inclina sobre la mesa mientras Rudy se abre paso a través de las mesas cercanas hacia la pared de abrigos. "Gran defensor de George", dice. "¿Tienes idea de cuántos de los negocios de esta ciudad se hacen en esta sala?"

"¿Qué estamos haciendo aquí?", dice Becker vertiendo té en su taza. "Tú y yo"

"Pensé que era obvio", dice Kerr. "Esta es una entrevista de trabajo".

Becker deja la tetera, levanta la vista para encontrarse con los ojos sonrientes de Kerr. "¿Cómo la llevo?", dice.

"No está mal", dice Kerr. "No está nada mal".



"Ni una maldita cosa, es otra", murmura ella tirando de la correa que conduce desde su muñeca hasta el despeluchado conejillo que husmea un ladrillo de lucita astillado y turbio. Atrapado dentro, el cadáver de ojos saltones de un pez, boquita forrada de dientes afilados y feos. Suena un gong, el chirrido de las bisagras, "Todavía no hemos abierto", grita ella levantando al conejo, tomando cuidado

del desorden al colocarlo tras el mostrador.

"Duendecilla", dice el Duque al entrar cojeando en la tienda.

"Esa es una nueva mirada", dice ella con sus ojos lácteos fijos en el suelo, en el borde del mostrador. Enrolla su cabello amarillo en un nudo en la nuca y desliza una aguja de tejer en el nudo. Él está avanzando hacia ella, apoyado en un largo y negro mango de lanza, la superficie del filo oscila allí en forma de hoja, brillante como un espejo. "Se ha ido", dice él. Allá, junto a la puerta, Jessie está esperando con su corta chaqueta gris de chófer, sus brillantes Keds rojas. "Necesito encontrarla", dice el Duque apoyando el mango de la lanza en el mostrador y subiéndose a uno de los taburetes, haciendo una mueca mientras acomoda la pierna y la frota. "Esto es suyo", dice asintiendo con la cabeza hacia la lanza. "Ella tiene su espada, pero esto, esto se lo di yo en la batalla. Me hizo juramento sobre ella. Está a través de ella".

"Ella ha roto ese juramento", dice la mujer detrás del mostrador. "Lo ha dejado atrás".

Él se desploma ante eso, encogiéndose en su chaqueta tweed. "Tengo un plan", dice. "Es un *buen plan*".

"Ella no confía en ti", dice la señorita Cheney. Gira una bola de máquina de escribir en los dedos una y otra vez, pasando un pulgar sobre su alfabeto dentado. "Tú no confías en ella. Te dije que te deshicieras de esa bolsa"

"Lo hice", dice el Duque. "La escondí. Estaba segura".

"Eso es todo lo contrario de deshacerse de ella", dice la señorita Cheney. "Es una tontería, Leo. Un accidente, una explosión. Un hilo suelto que deslumbra tu mano. Barro en tu ojo".

"Sólo dices eso", dice el Duque, "porque no sabes de dónde vino o quién la consiguió"

"No lo sé", dice ella la bola de la máquina de escribir resuena como un dado entre sus dedos. "Pero no necesito *esto* para saber

que", dice tirando el mango de la lanza hacia atrás para que caiga al suelo como un árbol talado. "ella está en el último lugar donde mirarías", dice frotándose el dorso de la mano.

Él retrocede, abre la boca como para decir algo, deja salir un debilitado suspiro. "Vincent Erne", dice él. "Oh, eso no es bueno".

"Mírate", dice la señorita Cheney. "Escúchate a ti mismo", sus palabras son cortantes y duras, pero sus manos se posan tiernamente en las suyas y las aprietan suavemente. "Miedo", dice ella. "Incertidumbre. Este no es Su Gracia que conozco".

"¿Qué va a pasar?", dice él y la cabeza de ella se inclina hacia atrás, sus ojos lácteos miran hacia arriba, hacia el techo. "Lo mismo de siempre", dice ella distante, distraída, "continuar", dice ganando fuerza, "como si nada pudiera cambiar, hasta que un día, todo cambie".



"¿Así es como perdiste la mano?", dice Jo.

"¿Qué?", dice Vincent colocando pesadamente una página en el suelo con las demás.

"El duelo".

"No", dice. "Esto ya había sucedido, mucho tiempo antes", mira una página central. La abre, la alisa. Una mujer quitándose un sostén amarillo, desnuda, aparte de eso. Línea del vello púbico cuidadosamente recortada como un oscuro signo de interrogación. "La mano la perdí con un hombre con esos, *dientes*".

"¿Sí?", dice Jo. Sentada al otro lado de la amplia sala, de espaldas a los espejos que rodean la pared de suelo a techo. La bolsa de papel en el suelo junto a ella, y su espada en la funda. "El tipo pequeño, ¿verdad? ¿Lay-lay-lay-loo?"

Él sumerge su mano en el maletín abierto a su lado, hurga un momento. "Esto es todo", dice poniéndose de pie.

"¿Todas las mujeres desnudas?", dice Jo.

"Un buen número de ellas, al menos". Tendidas en el suelo ante él, un collage de rosas y duraznos, beiges sonrojados, rosas húmedos y ocres claros, naranjas mezclados con púrpuras y verdes. El detalle se pierde por los brillos y destellos de la luz reflejada, por las sombras que se filtran desde el extremo oscuro de la habitación.

"Entonces, a ver, él te nombra el Cazador la misma noche que te acuestas con la Reina, ella queda embarazada, él te reta a un duelo, ¿pero ya habías perdido tu mano mucho tiempo antes?"

Él le dedica una mirada oscura, luego vuelve a las páginas en el suelo. "No es así como sucedió en absoluto", dice. "Lo estoy contando mal. Estas cosas", mueve su gancho sobre todas esas fotos, "generalmente hay un patrón en ellas. Un ritmo. Repetición, rima..."

"¿Lidias con muchas bolsas llenas de pornografía?"

"¿Puedes dejar de ser una burlona colegiala de instituto durante cinco minutos?", le espeta. "Esto no es una broma", ella mira hacia abajo con las manos sobre las rodillas recogidas. "¿Dónde viste esto por primera vez?", dice él, "¿Quién lo tenía?"

"En el MAX, hace un par de meses. Después de la cacería. En el lado Este, regresábamos de, bueno, de donde fuese, de pelearnos contra el jabalí", se inclina hacia adelante, se levanta. "Salieron de la nada, esos tipos, no eran reales, ¿sabes? Estos hombres aparecieron de la nada sin más, uno tras otro, diciendo las mayores, de estas, bueno, *vilezas*", se pone a un lado de esas páginas en el suelo.

"Y los atacaste", dice Vincent.

"Para que Ysabel pudiera tirar del freno. El tren no se detenía. No eran *reales*, eran..."

"Esto es real", dice Vincent.

"Sí, bueno", dice Jo. "Uno de ellos tenía esto. Uno calvo, viejo, gabardina, corbata, asalariado, no lo sé. Todas son blancas".

"¿Qué?",

"Las modelos", dice indicando hacia las páginas. "Todas son blancas. Por lo del ritmo o lo que sea".

"Oh", dice Vincent asintiendo.

"Los hombres no lo eran. Los del tren. No sé si eso es parte de esto. No hay, bueno, supongo que esa es rubia, y esa, ¿allá arriba, con la serpiente? Y hay una pelirroja, parece que hace frío ahí en ese río, pero de otro modo están todas, todas tienen, vello oscuro... ", Vincent está de cuclillas llegando a la mitad de esa extensión. "Esto no es suyo", dice Jo. "No es de Leo. Él no ha...", ella a tomado una de las páginas, una mujer con una ajustada chaqueta naranja desabrochada, tumbada sobre su cabello oscuro en un matorral, medias con liga, ropa interior a rayas estirada sobre sus rodillas. La pone al lado de una página central, una mujer con sólo un par de botas de cuero marrón, la barbilla encaramada en el poste al pie de la cama, el cabello negro en largas cortinas rectas sobre el rostro. "El maquillaje", dice él, "el cabello, es difícil de saber, pero creo que es la misma chica. Sólo que están separadas por años".

"No fue hace *tanto* tiempo que estaba todo ese asunto retro de los setenta, ¿crees que esto es realmente de los setenta?"

"O de hace un par de meses", dice Vincent todavía en cuclillas.

"Esa también", señala a una boca pintada de labios gruesos que sonrío burlona a una mano anónima con guantes blancos que apunta con una pistola de tatuajes. "La barbilla. Quiero decir, no es, no es..."

"No", dice Vincent.

"Tiene ojos azules".

"Las mejillas están mal".

"Quiero decir, más o menos".

"No es ella", dice Vincent.

"Mirándo esto, resulta extraño", dice Jo. "¿Qué vu es este, eh?"

"Tienes que marcharte", dice Vincent abruptamente barajando una hilera de páginas, apilándolas contra su gancho.

"Cierto", dice Jo. "¿Qué pasa con... qué es... qué estaba él *haciendo* con esto?"

"No lo sé", dice Vincent metiendo páginas en el maletín, revolviendo otro puñado. "Y a menos que quieras preguntárselo tú misma, tienes que irte. No es un gran misterio descubrir que vendrías aquí".

"Necesito ayuda", dice Jo.

"Sí", dice. "La necesitas".

"Tú has pasado por esto antes, eres, eres la única persona que conozco que es..."

"No puedo *ayudarte*, chica. Te lo dije, traté de decirte cada paso del camino, sal, aléjate, aléjate de esta mierda, no es... no vale la pena. No deberías haber andado jodiendo con esto".

"Sí", dice Jo, "bueno, eres un ejemplo tan inspirador en eso".

"Lo cual es problema *mio*. Espera aquí", dice saliendo de la habitación. "Vuelvo enseguida".

Jo gira allí sobre sus talones, levantando las manos y formando puños. Se ve a sí misma en los espejos, toda de negro, vaqueros negros, botas negras, el cuello de su holgada camisa negra colgando hacia un lado. Ella lo ajusta, se da la vuelta con las manos en la

cara, expulsa una respiración profunda y desigual. Baja los dedos, ojos cerrados, labio inferior en sus dientes. "Joder", dice con más un suspiro que una palabra. Se agacha para recoger más páginas satinadas.

Cuando Vincent regresa, tiene el abrigo de Jo sobre su prótesis y le está tendiendo algo, billetes doblados y vueltos a doblar metidos entre los dedos. "¿Qué es eso?", dice ella cerrando el maletín.

"Reembolso", dice. "Noviembre. Adelante, cógelo".

"Eso es más de doscientos pavos", dice ella.

"No, no lo es", dice. "Cuéntalo si no me crees", ella toma el dinero y lo guarda. "Ahora pilla esa cosa", dice golpeando la bolsa de papel junto a los espejos mientras sostiene el abrigo, "saca esas dos malditas cosas de aquí"

Jo toma su abrigo y se lo pone. Se dirige a recoger la bolsa. "¿Dónde?", dice ella. "¿Cómo? ¿Qué sigue, qué hago?"

"Te diría que tiraras ambas y compraras un pasaje de ida a Paducah si pensara que eso serviría de algo. Hey. Hey, chica. Mírame", Jo alza la vista mientras desliza su espada entre las asas del maletín. "¿Dónde estás?", dice Vincent Erne.

"¿Qué?",

"¿Dónde estás, chica?"

"Justo aquí", dice Jo.

"¿Qué te rodea? ¿Qué viene hacia ti?"

"No lo sé", dice ella. "Toda maldita cosa imaginable".

"Bueno, descúbrelo", dice Vincent. "Averigua lo que viene, decide qué vas a hacer al respecto, luego *hazlo*. ¿Vale?"

"¿Qué voy a hacer?", dice Jo recogiendo la bolsa y el maletín.

"Voy a salir a la calle con nada más que doscientos dólares y una espada, eso es lo que voy a hacer"

"Bueno", dice Vincent, "algunos imperios se han construido con menos. Ahora adelante, vete. Sal de aquí".



"Todo es culpa tuya", dice la Reina sobre el agua que salpica la bañera. Coloca una bandeja de cobre sobre la repisa de azulejos blancos, con cuidado del tazón. "Si no hubieras interferido con la pobre Anna", dice estirando la mano para deshacer las horquillas y dejar caer mechones enrollados de largo cabello negro, "no hubiéramos tenido que dejarla marchar. Ven aquí". En ese tazón, un charco viscoso del color de la leche a la luz vespertina, su superficie va cubierta de burbujas como encaje. "¿Mi sostén?"

Ysabel con una bata blanca corta, sus pies descalzos, una esclava de oro enrollada alrededor de un tobillo, un sencillo anillo dorado en la punta de su otro pie, haciendo clic mientras camina por el sucio suelo de baldosas blancas. La Reina se ha echado todo el pelo oscuro sobre un hombro. Ysabel desengancha el broche de su sostén negro, dejándolo caer de los hombros de la Reina, bajando por sus brazos. La Reina lo deja caer sobre una pila de ropa negra cuidadosamente doblada en la repisa junto a una de las patas de la bañera. "Fuera la bata", dice ella apoyándose en el borde de la bañera, cerrando los grifos. El susurro de la felpa en el eco del silencio. La Reina sumerge una mano en el agua ligeramente humeante, "Sangre", dice, y luego, "Siéntate", señalando la respisa.

Desnuda, Ysabel se posa en el borde de la bañera, en la parte superior de la bañera, las tuberías para drenar y grifos, un marco de cromo sucio detrás de ella. "Tu pie", dice la Reina arrodillándose ante ella. Deshaciendo el broche de la esclava de oro y colocándola en la repisa. "Debemos estar completamente desnudas", dice ella tomando el otro pie de Ysabel en su regazo. "Despojadas de todo... adorno...", haciendo una mueca cuando tira del anillo del dedo del pie. "Eres una chica hermosa", dice ella sentándose sobre sus

talones.

"Por supuesto que dirías eso".

"Eso no lo hace menos cierto. Siéntate derecha". Un destello allí mientras Ysabel lo hace, un poco de cristal transparente al final de un alfiler dorado que perfora su ombligo. "Puedo", dice Ysabel, pero la Reina le golpea la mano, "No", dice ella bruscamente. Inclinandose sobre el regazo de Ysabel, abriendo el pasador. "Debes entender. No estoy enojada contigo", dejando caer el alfiler en la repisa junto al anillo y la delgada cadena de oro. "Pero ya hemos dejado los juegos atrás". Con los codos sobre las rodillas de Ysabel, Ysabel se tumba hacia atrás con las manos plantadas en el azulejo detrás de ella. "Ya no hay nada entre nosotras", dice la Reina.

"Muy bien", dice Ysabel.

"Dime quién era", dice la Reina y la frente de Ysabel se frunce. "Él no es un Príncipe", dice la Reina. "Nunca será Rey. Pero debo saber quién fue".

"No sé qué estás...", comienza a decir Ysabel, y "No lo estoy", dice la Reina rápidamente. "No estoy enojada. No debes preocuparte por eso, cariño", acaricia la mejilla de Ysabel. "Quienquiera que sea, no tiene nada que temer de mí. Pero quiero saber su nombre". Sentada, rizos negros rozando cuando inclina la cabeza tratando de atrapar la mirada de Ysabel. "No es el Sudeste, o ya habríamos barrido sus cenizas del Trono. No es el Mooncalfe; estoy seguro de que sucedió antes de que tomara tu oficio. No podría haber sido el Carro. Roland nunca lo haría... ¿lo haría? ¿Lo hizo él?"

Ysabel se las arregla para decir: "Nadie".

"¡Por supuesto que alguien!", le dice la Reina. Sus manos sobre las rodillas de Ysabel. "Es la única respuesta que tiene sentido. Has sido desposada", Ysabel se da la vuelta, el pelo negro cae como una cortina sobre su hombro. "Sin un Rey, para guiarte, para haberlo hecho correctamente, las conversiones tendrían dificultades para pasar entre nosotras". Toma la barbilla de Ysabel y le gira la cara para mirarla a los ojos de nuevo. "¿Puede ser que ni siquiera te

hayas dado cuenta? *Piensa*, hija".

Ysabel retira la cabeza del agarre de la Reina. "Te dije lo que vi", dice, fría y clara. "Cuando me comí la lengua".

"No seas absurda", dice la Reina. "Te hemos permitido tus coqueteos, pero..."

"Hubo Reinas salvajes", dice Ysabel, amargada y baja. "En las montañas. Que nunca necesitaron Reyes para hacer lo que podían hacer".

La Reina se impulsa hacia atrás, se pone en pie, un crujido en la rodilla. "Cuentos de viejas que", dice, "debes rezar por que sean ciertos. Métete en la bañera".

Los ojos verdes de Ysabel se abren y dice: "¿Madre?"

"Métete en la bañera, chica", dice la Reina entre dientes. "No eres tonta. Cada gota de medhu que se ha traído a esta casa durante dos meses se ha emponzoñado con mi toque. Si no puedes convertir su ofrenda en polvo, entonces todo está perdido", le tiende la mano.

"No puedo", dice Ysabel.

"Sí *puedes*", dice la Reina. "Debes. Pensarán que vino de mí y regresarán, satisfechos. Seguiré siendo la Reina. Nos hará ganar el tiempo que necesitamos para el regreso del Rey".

"No sé cómo", dice Ysabel tomando la mano de la Reina.

"Sí," dice la Reina estabilizando a Ysabel mientras esta levanta un pie para meterse en la bañera. "En tus huesos lo sabes", Ysabel hace una mueca mientras se sumerge en el agua humeante. "Siéntate", el agua es bastante profunda, lame sus hombros, sus rodillas dobladas como pequeñas islas. Su cabello negro flota. La Reina levanta ese tazón y lo inclina, y las cosas lácteas que hay dentro ruedan lentamente hasta el borde y se reúnen allí, se agrupan en una gran gota que luego cae al agua entre las rodillas de Ysabel, floreciendo allí en un remolino. nubes que comienzan a hundirse lentamente

mientras la última desenrolla una hebra desde el borde del tazón hasta la bañera, una cadena de salpicaduras, unas últimas gotas pegajosas.

"Madre", dice Ysabel.

"Estoy aquí, niña", dice la Reina colocando el cuenco vacío en la repisa junto a una pila de toallas blancas y frescas.

"Madre, tengo miedo".

"Silencio", dice la Reina inclinándose sobre el borde de la bañera.

"¿Qué pasa si estoy rota?", dice Ysabel mientras la Reina pone una mano sobre su hombro, su otra mano aparta un mechón de cabello de la frente de Ysabel. "No digas tonterías", dice la Reina.

"Pero", dice Ysabel.

"Silencio", dice la Reina empujando la cabeza de Ysabel bajo el agua. Manteniéndola allí. Inclinando su peso sobre el agua, tensando los brazos, mordiéndose el labio mientras Ysabel se sacude, zarandea los brazos, un pie patalea destrozando esas nubes lácteas.

Contra el espejo / sus manos vacías / "Ella no está aquí"

Contra el espejo, unos hombros presionados contra hombros que se miran en el espejo opuesto, un grandullón con traje negro, el nudo de su fina corbata negra perdido en algún lugar bajo una barba del color de los muebles de caoba, Hombros contra hombros, él se mira en el espejo con un termo de acero inoxidable en las manos, se apoya en sí mismo en el espejo tras él, se mira a través de gafas de sol negras, una lente pintada con arácnidas palabras blancas. Al final del pasillo suena un ascensor. Él inclina la cabeza hacia un lado y hacia el otro, haciendo trabajar el cuello.

Ella lleva zapatillas de correr azules y amarillas, medias oscuras, una falda rosada y una chaqueta bajo un impermeable color canela, una mano arrastra, por el asa de plástico extendida, una maleta rosa con ruedas y la otra mano sujeta un saco de red lleno de máquinas de bolas de chicle en miniatura. Ni siquiera mira lo que él evita estudiosamente en medio de esa baja y estrecha habitación, el gran bloque de arrugado acero cromado más alto que su cabeza, una estatua plantada en la alfombra marrón mate que separa la habitación en dos pasillos estrechos a cada lado de sí misma, con todos sus reflejos llenos de sombras extrañas, rutilando con demasiados brillos de fría luz amarilla, informes manchas cambiantes de rosa y tostado, negro y marrón oscuro.

Ella se detiene de pronto. Se mueve para tocar con la punta del pie un bulto de pequeños pantalones negros, chaqueta negra, camisa blanca dentro de la chaqueta, fina corbata negra todavía enrollada bajo el cuello, zapatos negros relucientes con finos calcetines negros caídos hacia fuera de ellos. Ella gira lentamente, mira atrás hacia él, hacia el espejo en su traje negro, y él levanta una mano, los dedos torcidos, un suave gesto, avanza, avanza. Ella se encoge de hombros, levanta la mochila, pasa por encima del traje vacío, deja atrás el reflejo del hombrecillo desnudo y avanza por el pasillo fuera de la estrecha sala.

Las sombras y los colores en el cromo arrugado todavía se mueven, giran, una rotación lenta que se resuelve alrededor de dos puntos a la altura del pecho, donde el reflejo del hombre desnudo en el espejo empuja contra algo. El cromo comienza a abultarse, allí y allá. El grandullón se acerca, con cuidado del traje en el suelo, desenrosca el termo. Burbujas y estallidos de cromo, un puño que se abre en una mano, otra mano recubierta de reluciente mercurio hirviendo en el aire. El reflejo de enfrente se ha vuelto borroso, manchado, las manos, los brazos, la cabeza se agacha y gime mientras una frente resbaladiza y desnuda se libera del cromo arrugado, grandes ojos vacíos, plateados, esas cosas colgando de su barbilla, sus abultadas mejillas. El grandullón se agacha para sostener el termo bajo sus labios y, con las tripas agitándose, estremeciéndose, el pequeño vomita un poco de humo blanco y delgado que arroja dentro del termo. El grandullón cierra la tapa de golpe y la aprieta. "¿Estás bien?", dice girando.

"Cwicemuk", dice el pequeño negando con la cabeza, molesto, metiéndose en los pantalones. "Hleahptein", dice tosiendo la palabra, apretando el cinturón bajo su vientre duro y redondo, abriéndose paso dentro de una camisa mayormente abotonada.

"Rápido", dice el Sr. Keightlinger ojeando la sala.

"Que te", dice el Sr. Charlock rodando en posición vertical, "jodan", metiendo los pies descalzos en los zapatos y embutiendo los calcetines en el bolsillo de la chaqueta. De pie, con la mano aún operando dentro del bolsillo durante un momento de quietud, gira bruscamente para volver a mirar la estatua, el cromo arrugado se ha quedado quieto de nuevo, manchas del reflejo negro del hombre pequeño y su barriga de pez pálido, saltando y acumulándose de ondulación a ondulación mientras él da pasos atrás, naranja, un destello de azul y blanco.

"Qué", dice el Sr. Keightlinger.

"¿A quién se le ocurre poner una cosa como esta aquí abajo?"

"Barones de la madera", dice el Sr. Keightlinger.

El ascensor suena, las puertas se abren. Salen a la planta de un estacionamiento con sombras oscuras y el suave alivio de la fría luz gris del día. "Nunca hay un momento adecuado del día para hacer un truco como ese", dice Charlock poniéndose las gafas de sol, una pluma atada a un lado, "pero es demasiado temprano para un truco como ese", se dirige por el pasillo de coches estacionados.

"No debería haber mencionado a tu colega del Ejército", dice el Sr. Keightlinger siguiéndolo.

"Y, por supuesto, él quiere esta mierda ahora mismo", dice el Sr. Charlock, se aprieta entre una camioneta blanca y un automóvil color naranja lúgubrementemente bajo con una lona negra y polvorienta.

"Podemos dejar eso por el camino", dice el Sr. Keightlinger acercándose al lado del conductor, abre la puerta.

"No veo cómo", dice el Sr. Charlock abriendo su puerta, subiendo al coche, "con el galón de café y las dos docenas de rosquillas que necesitamos comprar antes de sentarnos a esperar fuera de esa maldita casa todo el día otra vez". Se acomoda en el amplio asiento del banco, dando vueltas con la mano apoyada en el respaldo del asiento, dos dedos acurrucados contra su palma, dos dedos extendidos, el pulgar ladeado. "Te dije que ya deberíamos haber pintado esta jodida cosa"

"¿Eh?", dice el Sr. Keightlinger apoyado en la puerta del conductor.

El hombre en el asiento trasero bosteza ampliamente y extiende una lánguida mano para empujar los dedos del Sr. Charlock hacia un lado. "Aún así serías muy conspicuo", dice.

"No es lo que quise decir", dice el Sr. Charlock. "¿Qué quieres?"

"No finjas no conocerme". Camisa blanca medio desabrochada, chaqueta gris sin forma, largo cabello lacio y una cortina negra sobre su enjuto rostro. Un ojo brilla detrás de él. "Refrescarme".

"Ahora no", dice el Sr. Keightlinger mirando hacia el techo del

automóvil. El Sr. Charlock apunta con sus dedos una vez más a la cara del Mooncalfe. "¿Qué. Coño. Quieres?", dice.

"Estoy aburrido", Orlando suspira y sonrío. "Tengo una propuesta".



Con el puño abotonado, acaricia las venas azul oscuro a lo largo del dorso de la mano, toma la última de las toallitas blancas dobladas y frota, se frota ambas manos, frota y seca y deja caer la toallita al suelo con las otras, arrugadas, húmedas. Alisa su blusa negra, su falda negra. Se aparta de la cara el cabello negro y enredado, se lo aparta de los hombros, dejándolo suelto, despeinado. Se pone los zapatos negros junto a la puerta.

En el salón, el Guisarme mira por encima de una pila de pliegues verdes y blancos desplegados en el sofá junto a él, rodeando algo con una pluma estilográfica y escribiendo una nota en los márgenes. Agravante se pone en pie desde donde había estado sentado en una silla florida y mullida cuando la Reina irrumpe en la habitación. Él tose, ligeramente, mientras ella pone una mano sobre el elaborado marco tallado de una silla de respaldo alto. El Guisarme levanta la vista.

"Sus manos están vacías", dice él

"Mis manos están", dice la Reina, "vacías, sí"

El Guisarme mira su impreso y anota algo. "Debéis escribir, tal como discutimos", dice gobernando un cuidadoso renglón con un grupo de números, "la Corte de los Ángeles, la Corte de Motores..."

"No fue tanto una discusión", dice Agravante.

"Ellos tienen las posibles candidatas", dice el Guisarme. "Mi gente ha redactado cartas. Sólo necesitáis sellarlas y entregarlas. Aún necesitaremos un Rey".

"Eso, *hemos* discutido", dice Agravante.

"No aceptaré al Sureste en el Trono", dice el Guisarme.

"Si tuviéramos más tiempo", dice la Reina entonces. "Caballeros".

El Guisarme atornilla la tapa en su pluma y la deja a un lado. "Haced que vuestra gente empaque sus cosas, lo que sea que llevéis", le dice a la Reina.

"Llevar", dice ella, "¿a dónde íbamos a llevar nada?"

"No podemos mantener esta casa por más tiempo. Vos, vuestra hija, vuestra madre serán provistas para..."

"Incluso si una Prometida demuestra ser verdadera", dice Agravante, "será una ronda completa de temporadas antes de que se establezca..."

"O dos", dice el Guisarme. "Nos estiraremos hasta el límite".

"No haréis tal cosa", dice la Reina soltando la silla. "No saldremos de esta casa", pero Agravante alza la voz, "Tenemos *tiempo*, es lo que digo", dice. "No necesitaremos sentarnos con nadie de inmediato..."

"No podemos ir de la mano sin un Rey", espeta el Guisarme.

"¡No me sentaré en el Trono, Welund!", dice Agravante igual de acalorado.

"Esto es insurrección, caballeros", dice la Reina, una pregunta casi para sí misma. "¿Tenéis un caballero por el que responder?, ¿quién podría soportarlo en vuestro lugar?", dice el Guisarme. Luego se da la vuelta y sale del salón. En el vestíbulo, el mayordomo espera con las manos a la espalda. "Madam", dice mientras la Reina pone los pies en las escaleras.

"Vaciad", dice ella deteniéndose allí, con una mano sobre el papel.

"Vaciad la bañera", dice ella. "En cubos. No dejéis que el agua entre en los desagües. Cragflower sabrá dónde tirarlo. Quemad las toallas, las batas. Debo hacerlo".

"Madam", dice el mayordomo. Y luego, "¿La Princesa, Madam?", Pero ella no parece haberlo escuchado, ojos a los pies mientras estos suben con cuidado las escaleras deliberadamente.



El agua plácida, cubierta con una fina grasa gris pálida que está aquí y allá congelada en coágulos espumosos. Colgadas debajo de ello, lácteas telarañas nebulosas, pero también humo, mechones de cosas del color de la sangre añeja que fluye de sus fosas nasales, de su boca entreabierta, de esos rizos oscuros alrededor de sus senos, de sus brazos que aligeran la enredada oscuridad de su cabello.

El sonido de los pies descalzos, el clic de, tal vez, un anillo contra esas pequeñas baldosas hexagonales. Una suave mano delgada suspendida sobre el agua quieta, la mitad hundida separando esa capa de grasa, un siseo repentino, "Hielo", dice alguien, sorprendido. Esas nubes como humo soplado se alejan de la punta del dedo. El vistazo dentro del agua de un ojo verde parpadeante.

Ambas manos sumergidas en el agua y ese brillo se desvanece, se disuelven esos jirones de nubes en una turbia bruma, un gruñido de asombro, de esfuerzo y el chirrido del roce de la piel con el esmalte, un brazo hacia un torso resbaladizo, un chubasco de agua que cae. Una mano libre agarrando una cabeza, inclinándola hacia arriba contra el peso muerto de todo ese cabello. Un gentil beso presionado en unos labios laxos y una racha de aire aspirada por la nariz y, entre arcadas, ella empieza a toser, a carraspear húmedamente, aferrándose al borde de la bañera cuando ese brazo se resbala.

"Por supuesto que dirías eso".

De rodillas junto a la bañera, la mujer es un desastre salpicado de

cosas oscuras y húmedas que rayan su piel y se adhieren a su cabello largo y oscuro. Su sonrisa se torna en algo que no puede contener las lágrimas.

"Pero esa no era la cuestión", dice ella con voz espesa.

El pecho de Ysabel se agita haciendo olas en el agua, el cabello húmedo azota el lateral de la bañera cuando ella lucha por aclararse la garganta, despejar de limo los ojos con el talón de la mano, tiritando violentamente, se aferra al lateral de la bañera, extendiendo la mano sobre el borde en busca de una toalla. Envuelve la toalla sobre los hombros. Rueda sobre el borde de la bañera para caer con un gruñido en el borde de la tarima. "¿Madre?", dice ella con una tos que resuena en la habitación vacía. El mugriento suelo embaldosado manchado de agua, lleno de arrugadas toallitas empapadas. Su ropa blanca allí encharcada junto al lavabo.



"¡Gallowglas!", grita el Duque mientras sube las escaleras con el hombro de su chaqueta tweed rebotando en las resbaladizas paredes verdes.

"Aquí", llega la llamada desde algún lugar arriba, tal vez detrás de esas oscuras puertas dobles abiertas en lo alto de las escaleras. El Duque mira a Jessie, toda de gris en el rellano de abajo. "Espera ahí", dice.

"¿Para qué, en caso de que ella haga un escapada? ¿Quieres que le ponga la zancadilla o algo así?"

"Quiero que tal vez pudieras gritar o algo así. ¿Qué tal alertarme? ¿Hacérselo saber a Luys? ¿Crees que podrías hacer eso?"

Ella se acurruca contra la barandilla, con la cabeza hacia atrás contra la pared.

"*Gracias, gracias*", dice el Duque.

Toda la amplia sala está iluminada, todas las luces en el techo encendidas, cajas de cartón apiladas al fondo, «U-Haul», dicen algunas, y «Iron Mountain», y «Loch Dhu» y «Redbreast» y «Casa Noble». Un perchero con ruedas con chaquetas blancas acolchadas y un grupo de máscaras con careta de malla. De pie allí, con sus nervudos brazos y piernas ociosas, con su amplio pecho dentro de ese chaleco suéter negro, Vincent sostiene en su mano una espada, una cosa larga, recta y delgada, apuntada como una aguja, la empuñadura envuelta en cuero blanco, su simple guarnición sólo con romos gavilanes extendidos.

"Ese no es uno de tus juguetes", dice el Duque.

"No", dice Vincent caminando por el suelo oscuro marcado en una docena de puntos con X de cinta adhesiva azul. Sostiene la espada ligeramente erguida frente a él, un dedo enroscado encima de los gavilanes, torcido, rodeando el fuerte de la espada. "No lo es".

"Ha pasado un tiempo", dice el Duque. "Vale. ¿Dónde está?"

"Aquí no", dice Vincent.

"Venga ya", dice el Duque.

"Ella no está aquí", dice Vincent deteniéndose allí ante el Duque en la puerta, con el pie derecho delante del izquierdo, inclinando la hoja frente a su cuerpo. El Duque se lame los dientes, se da la vuelta, "Mierda", dice golpeando una vez el suelo con el bastón.

"Se fue hace más de una hora", dice Vincent.

"Penuria y ruina para todos los oráculos", dice el Duque. "Ceniza y humo en sus ojos. Uno pensaría que tendría que haberlo sabido".

"Pregúntame a dónde fue", dice Vincent.

"Al último lugar donde yo buscaría", murmura el Duque. "Uno pensaría que lo recordaría, cuando importara".

"Pregúntame", dice Vincent, con el antepié dando un paso hacia el Duque, el pie trasero deslizándose detrás.

"Esto", dice el Duque entornando los ojos, "¿qué es esto?", dice con el bastón golpeando, cojeando en la habitación alrededor de Vincent, mirando la punta de la hoja mientras esta lo sigue. "Vale. Morderé el anzuelo. ¿Dónde ha ido?"

"Tú quisiste que ella encontrara esa máscara", dice Vincent.

"¿Quise?", dice el Duque balanceándose mientras pone los ojos en blanco, "lo juro, si fuera la mitad de astuto como todo el mundo parece creer, no estaría aquí preguntándote por segunda vez. ¿A dónde ha ido?"

"No te lo voy a decir", dice Vincent.

El Duque, mordiéndose el labio, golpea el suelo con el bastón y se da la vuelta con hombros temblorosos, una risa que brota de él, "Quieres pelear", dice. "Oh, eso es", se dirige hacia la puerta, "se ha ido, ¿hace cuánto, hace cinco minutos? ¿Diez?"

"Maldita sea, Barganax, puedo *vencerte*", gruñe Vincent arrastrando los pies uno o dos pasos más cerca y dando una estocada en ángulo que el Duque detiene con el bastón, «tuoc», y se quedan allí un momento. El Duque sigue sonriendo. "Con una espada, sí, probablemente", dice bajando el bastón. "Hoy no es tu día de suerte. O no sé, tal vez lo sea".

"¿Por qué guardaste esa cosa?", dice Vincent sin levantar su espada, sin dar un paso adelante.

El Duque se encoge de hombros. "Un Rey debe tener su Cazador", dice y levanta su bastón a modo de saludo.

"¡Halcón!", ruge Vincent saltando tras él. "¡Maldita sea, vuelve aquí!", La risa del Duque resuena desde esas escaleras de paredes verdes.

La Luz es más Espesa ahora / las cosas de tu hermano / Por qué / un Sonido demasiado grande para los oídos

La luz es más espesa ahora. Las nubes, una bruma gris en blanco teñida con un baño azul suspendido en lo alto. Ya no llueve. El letrero sobre la tienda junto a la que ella está caminando dice «Centro de Rendimiento de Partes 4 Ruedas». El siguiente letrero es naranja y dice «Motel Aaron» en letras blancas y amarillas. «TV Color», «Aire Acondicionado», «Wifi» y «Teléfono», «Tarifas Semanales, «Micro Frigo». De una mano cuelga una bolsa de papel, un maletín en la otra, la espada en su vaina tendida como un paraguas plegado cruzando las asas. El humo fluye hacia atrás como un estandarte desde el cigarrillo en su boca.

En el estacionamiento del motel, pasando un par de camionetas, una minivan púrpura con un juego de pegatinas en la ventana trasera, figuras de palitos blancos de una familia zombie, una madre zombie y un padre zombie y dos niños zombies y un perro masticando la pierna de uno de los niños. El motel es de una sola planta, largo y bajo, con otro conjunto de habitaciones separadas en la parte trasera del parking. Puertas rojas, ventanas con cortinas, fauces oscuras de una unidad de aire acondicionado bajo cada ventana, una y otra y otra vez. Ella está revisando los números en las puertas, cruza la acera, sube por la que dice «109». Deja la bolsa en el suelo, cambia el maletín de una mano a la otra. Una última calada al cigarrillo y lo tira. Llama a la puerta.

Un minuto o dos antes de que la puerta se abra de golpe, un estallido de música, percusiones y teclados, graves bajos, "¿Qué?", gruñe un hombre grande con pantalones cargo cortos y una gran camiseta negra impresa con la imagen de un hombre corpulento con una sudadera oscura iluminada por una niebla blanco azulada. «Perro Fantasma», dice. «El camino del samurai». Él entorna los ojos. "Mierda, ¿Jo? Maldición. Te está yendo bastante bien".

"¿Puedo entrar?", dice Jo. «La noche es genial», está cantando una voz. «La noche es tranquila. No falta nada, no pasa nada».

"¿Cómo me has encontrado? Maldita sea, Abe", grita en la habitación, "Apaga eso"

"Eres una criatura de hábito, Timmo", dice Jo. "Solo tienes como cinco locales en las que te quedas. Zach en el Nórdico te dice hola"

"¿Ese cabrón?", dice Timmo. La música sigue tan fuerte detrás de él.

"¿Entonces puedo entrar?", dice Jo.

"Como he dicho", dice él mirando el cabello de Jo, su abrigo de cuero del color de la mantequilla, retrocediendo. "Te va bastante bien"

La única luz en el interior es lo que pasa a través de las nubes y las cortinas y lo que brilla en las pantallas de un puñado de ordenadores portátiles, una par sobre la cama vacía, sobre la cómoda junto al televisor apagado, otro sobre la otra cama donde un chico alto está acostado sobre el vientre, con los pies descalzos colgando del borde, la enorme barbilla en el teclado. Pequeños altavoces salpican las almohadas, uno grande se inclina en el suelo entre las camas. "¡Abe!", grita Timmo. «No falta nada, no pasa nada. Dinos que quieres». Abe levanta la vista, sus pequeños ojos húmedos y rojos. "Todo es mentira", dice él. "Todo es una maldita mentira"

"Bueno, *baja eso* ", dice Timmo.

"Te hablan en su nombre, hombre", dice Abe pinchando la pantalla con un contundente dedo. "Algo va mal. Así se *llama*, hombre"

"Bueno, tal vez solucionéis eso tú y los auriculares", dice Timmo.

"Auriculares, sí", dice Abe, revolviendo los cables de la cama de un juego de acero inoxidable de gran tamaño que tiene alrededor

del cuello. "Siéntate", le dice Timmo a Jo apoyándose en la otra cama.

"¿Qué?", dice Jo y la habitación queda en silencio mientras Abe se conecta a uno de los altavoces en las almohadas, incluso los pequeños restos de música quedan sellados cuando él se coloca los auriculares en los oídos. "¿Qué puedo hacer por ti?", dice Timmo, cabello desaliñado, barba rala como un halo pálido bajo la mirada.

Jo está examinando las dos camas, la única silla en la habitación, con bolsas de plástico llenas de ropa. Deja el maletín y la bolsa de papel, se reclina en la cómoda junto a la televisión apagada. Frotándose una mano con la otra, mira a Timmo. "Necesito un arma", dice ella.

"¡No trato con cortes de gato negro!", dice Timmo en voz alta.

Jo dice: "¿Qué?",

"Que no vendo ese tipo de producto", dice.

"Claro que sí", dice Jo.

Él esnifa el aire, se rasca la mejilla. "Para qué demonios necesitas una pipa", dice, y luego, "no, espera, ya lo tengo. La necesitas para robar un banco y poder pillar dinero para comprármela".

"Tengo cien pavos en el bolsillo", dice Jo.

Él resopla. "Ni siquiera miro la lista resumida por menos de uno setenta y cinco"

"Uno cincuenta", dice Jo.

"Uno sesenta, y lo estoy cortando hasta el hueso porque me gustas mucho, chica"

"Uno cincuenta", dice Jo agachándose, tirando de la espada envainada para liberarla del asa del maletín, "e incluiré esto". Empuja el maletín con el pie sobre la alfombra. Abe resopla y

golpea el ratón de su ordenador portátil, mano en los auriculares. Golpea la barra espaciadora un par de veces, y otra. "¿Coño es eso?", dice Timmo.

"Un maletín decente", dice Jo, "lleno de porno"

Inclina elaboradamente una ceja ante eso, se agacha para cogerlo. Lo desabrocha, lo abre. "¡Papel!", dice. "Maldita sea, eso es pateo de vieja escuela"

"Vintage", dice Jo. "¿Tenemos un trato?"

"Guarda el dinero", dice Timmo. "Dame ese dulce machete. Puedo conseguirte un montón de armas por..."

"La espada no se toca", dice Jo.

Timmo parpadea, sus labios se mueven. Traga y sonrío. "¿Qué coño estás intentando hacer, chica?", dice.

"Ir de caza", dice Jo.

Deja el maletín en el suelo. "Vale", dice, "vale. No me lo digas", agarra un ordenador portátil. "No me ofende".



Ella envuelve la camisa sobre sí misma, enrolla las dos cintas de la parte inferior alrededor de la cintura, las ata en un lazo de pajarita. Engancha el chaleco en negro y oro que descansa al pie de la cama, lanzándolo por encima de la cabeza, dejándolo deslizar hacia abajo por los brazos en un ordenado giro que deja el chaleco posado sobre los hombros. Los talones de las manos presionan la frente, ella cierra los ojos. Una profunda respiración. Con las manos todo embadurnadas y manchadas de inmundicia, se abrocha los botones sueltos del chaleco con abundantes bordados dorados, luchando por pasar cada uno por el ojal, operando hasta abajo para descubrir que los ha puesto todos mal, y tira con fuerza para sacar

cada botón de nuevo.

"Las cosas de tu hermano", dice la anciana junto a la puerta.

Más lentamente ahora, con manos temblorosas, ella está rehaciendo los botones del chaleco, con la boca torcida.

"¿Por qué las has sacado?", dice la anciana. Su pesada túnica rosa con un enredado jardín de rosas de té bordadas alrededor del grueso cuello del chal. Cabello blanco brillante recogido en una gruesa trenza sobre un hombro.

"Los trajiste para Jo", dice Ysabel. "La noche que estuvo aquí. La noche que quemaste su camisa", se sienta en el borde de la cama y desliza un pie dentro de una alta bota negra de mocasín. "Quien haya traído mis cosas de su apartamento no sabía que había de esconder esto en el ático otra vez, o donde sea que estuviera".

"Quítate eso", dice la anciana. "Lo volveremos a poner ahora. No deberías ponerte eso".

"Debería", dice Ysabel atando la otra bota. "No debería. A quién le importa".

"Ysabel".

"Ya no soy la Princesa, Gammer", dice Ysabel alzando la vista. Su cabello cuelga suelto en madejas densas y crujientes sobre su cara sucia. Algo oscuro se ha secado en una raya desde su nariz hasta la comisura de la boca y a lo largo de su barbilla. "Nunca será la Prometida. ¿A quién le importa lo que me ponga?. Todo se ha ido al infierno".

"¡Ysabel!", un paso brusco hacia la habitación ante eso.

"¡No pude convertir el medhu!", se pone de pie de un salto. "Te equivocaste, Gammer. Te equivocaste. Estoy rota".

"No estás rota, niña", dice el Gammer. "Todavía no hay un Rey para ti. Eso es todo".

"Mi madre tampoco puede", dice Ysabel. "Todo se ha ido al infierno. Todo".

"No deberías *decir* eso".

"Ha *sido*", espeta a Ysabel. "Ha sido un infierno. Durante mucho tiempo. Mucho tiempo".

"Ysabel. Por favor".

"Desde que mataron a mi hermano, al menos. Y desde que el Rey se volvió loco. Y su madre, esa", camina alrededor de la cama, hacia el Gammer. "No. Ha sido antes de eso, ¿no es así? Desde que él nació. Y su madre y su hermana...", y el Gammer la abofetea.

Una risa, un sollozo, una respiración entrecortada, "Un maldito", dice Ysabel, y el Gammer vuelve a levantar la mano, "infierno aquí", dice Ysabel enderezándose, el Gammer retrocede con los ojos muy abiertos, fosas nasales dilatadas, "todo este tiempo. Ya no más".

El Gammer baja su mano y la pone distraídamente sobre el pecho. Se ata más fuerte la bata. "Vine a preguntar", dice ella hundiendo la barbilla mientras traga, "si sabías lo que estaban haciendo, abajo".

"No", dice Ysabel extendiendo las manos. "No lo sé. Acabo de salir de mi baño, ya ves".

El Gammer se presiona contra la puerta abierta cuando Ysabel sale al pasillo. "Espera", dice ella extendiendo el brazo hacia ella. "Hija, espera. ¡Unos días más! Todo estará listo cuando el Rey regrese. Lo regresará. ¡Lo hará!".

"¿Por qué?", dice Ysabel con una mirada sobre el hombro.



"Una maravilla de vista", dice él.

Más allá del área de recepción abierta, pequeñas rinconeras con sillones color pastel, más allá de las paredes de vidrio que recubren un par de salas de conferencias, sillas de cuero vacías dispuestas ante mesas de madera anchas idénticas, ventanas abiertas a una vertiginosa altura sobre el río, una monótona lámina de acero viejo bajo la alta bruma blanca del cielo que se pierde en los abruptos pliegues arbolados de colinas a la izquierda, salpicada de bolsillos de casas, alineadas aquí y allá con pequeños estantes de apartamentos a lo largo de esta o aquella cresta, el vuelo del puente de la autopista frente a él muy por debajo, muy pequeño, las torres de granos a lo largo de la ribera, el barco de contenedores anclado junto a un juguete que podría ser recogido con una goteante mano, los pozos excavados aquí y allá entre los almacenes y los estacionamientos, Las jaulas esqueléticas de hierro rojinegro alzándose bajo los tallos de las grúas blancos, azules y amarillos. Otro edificio asciende allí, una cosa abrupta y voluminosa, su marco de madera, su color crudo y brillante. Un destello de movimiento, un fuselaje blanco, un avión descendiendo pesadamente del cielo oceánico y cayendo en busca de las luces de aeropuerto que parpadean muy lejos a la derecha.

"¿Puedo ayudarle?", dice la recepcionista, cabello negro recogido en un sencillo moño, auricular telefónico de bronce, pequeño pero adornado, sujeto a una oreja.

Él estira su chaqueta de cuero negro y crujiente, su mechón de cabello rosa anaranjado flota, él mira más allá de ella a las letras suspendidas en la pared, impresas con precisión, cosas cortadas de un metal pesado y plomizo que dice «Welund, Rhythidd, Barlowe & Lackland». "Estoy aquí para ver a Welund", dice él.

"El Sr. Welund no tiene citas esta tarde", dice la recepcionista.

"¿Quizá me haya dejado algo? ¿Un sobre?"

"¿Su nombre, señor?"

"Perry", dice. "Lymond Perry", dice inclinándose cerca, con el

ceño fruncido en una disculpa junto a sus ojos saltones. "Pudo haber sido hace bastante tiempo".

"Preguntaré", dice la recepcionista.



"Asqueroso", dice, y el zumbido del acero sobre el cuero.

El Guisarme mira ante eso. "Mooncalfe", dice él, asintiendo con la cabeza a la mujer a su lado con una falda bombacha y una blusa blanca, quevedos encaramados en la nariz. Ella toma la bolsita de plástico de su mano extendida, recoge las bolsas de plástico abultadas a sus pies, y se aleja, con cuidado de las cajas aquí y allá, del baúl con la tapa entreabierta, las mesitas vacías ahora están llenas de bagatelas forradas frente al sofá. "¿Dónde has estado?"

"Acerca de mi negocio", dice Orlando, camisa blanca y abierta en el cuello, larga falda azul y envuelta con una faja negra, pies descalzos que susurran sobre la alfombra.

"Si es para la Reina o la Princesa", dice el Guisarme alzando una mano para advertir al hombre con el mono verde detrás de él, "puedes hablar conmigo. Deberías hablar conmigo. Hay mucho de que hablar".

"Mi negocio es mío", dice Orlando. El hombre del mono verde está mirando a las pocas bolsas de plástico que quedan en la mesa junto a Guisarme, mira a la espada de Orlando, a la curva larga y suave de la misma, a la empuñadura en ambas manos, a la negra tela áspera enrollada en amarillo y blanco de hueso. El hombre del mono verde da un paso hacia la mesa y el Guisarme menea los dedos de su mano. "No hay amenaza", dice el Guisarme. "Deponga su espada, señor".

"No estoy de acuerdo", dice Orlando.

"Nómbrela", dice el Guisarme. "La enfrentaremos juntos".

"Creo que no", dice Orlando, y con un paso largo y suave, su espada se levanta y corta hacia abajo astillando la mesa y dispersando las bolsitas en una nube de polvo brillante. "La amenaza, ¿ves?", dice él con la espada sobre la cabeza, volviéndose solo para mirar al Guisarme, "soy yo. Desenvaina la espada". El hombre del mono verde se ha ido.

"No tenemos ninguna disputa", dice el Guisarme, el paquete de impresiones están desplegadas en un abanico aferrado a su pecho.

"Eres asqueroso", dice Orlando. "Por fin resuelvo tomar lo mejor de mí anoche, solo para encontrarte aquí ante mí, pagando la ayuda y hurgando en los sofás en busca de calderilla. Desenvaina tu espada".

"No podemos mantener esta casa", dice el Guisarme retrocediendo. Chocando con la silla detrás de él. "Deben realizarse cambios si queremos mantener la corte intacta..."

"¿Qué me importa a mí la corte?", la hoja baja, toma ángulo, la punta raspa el paquete de papeles. "No lo pediré una tercera vez".

"Le cedo el campo, señor", dice el Guisarme. Con un giro de muñeca de Orlando, la punta de la hoja se hunde y mueve el papel hacia arriba y hacia afuera, haciéndolos revolotear hasta el suelo. "¡Ha ganado lo que sea que imagina que sea esto! ¡Ahora, por favor, *hable conmigo!*"

"No", dice Orlando y abre el pecho del Guisarme. El Guisarme se sienta pesadamente en la silla tras él, estirando un brazo y logrando no caerse. Mira con tristeza el corte en su chaqueta a rayas, el chaleco, su camisa amarilla debajo, manchada por un ligero goteo de algo pálido. Levanta la vista, mira la pintura que cuelga en la pared de arriba, un hombre con barba áspera y largo atuendo negro, una manta sobre los hombros, una corbata roja alrededor del cuello, sentado en un tocón en un bosque oscuro. Su mano enguantada de negro sobre la culata de un largo rifle apoyado en el suelo. Un gorro de piel sin forma en la cabeza. "Este era mi traje favorito", dice el Guisarme girando la cabeza para ver a Orlando

alejarse, con la espada en alto de nuevo, "¡Ysabel!", ruge Orlando en el vestíbulo. "¡Princesa! ¡Duenna, Reina de las Rosas! ¡Mostraos!"

"Cállate", dice Ysabel Perry a mitad de camino por las escaleras, por encima de Orlando, con pantalones negros, camisa blanca y chaleco dorado. Mano en la barandilla, cabello de hebras desordenadas y mechones coagulados sobre rostro y hombros.

"Bueno", dice Orlando con la espada todavía en la mano. "Un Príncipe ahora, no una Princesa. ¿Dónde está tu madre?"

"Ninguno de ambos", dice Ysabel y luego, "Indispuesta", un paso hacia abajo y otro.

"Tráela"

"No".

"Te advierto que", dice apuntando con su espada a la puerta de entrada detrás de él. "lo que espera en la acera es mi propio Gallowglas. La llamaré aquí dentro, me defenderá. Luego veremos qué podría hacer mi espada".

"Iré contigo, Mooncalfe", dice ella, "pero debes ir conmigo y dejar a tu monstruo en la puerta".

"Te *lo advertí*", gruñe Orlando balanceando su espada para señalarla mientras ella da otro paso y otro. "Cállate", dice ella de nuevo. "No hay nada para ti aquí, ni siquiera yo. Déjalos en paz. Ya no hay Reina, y nunca más habrá un Rey en esta ciudad".

Él asiente con la cabeza, y dice: "Ni Príncipe, ni Princesa, entonces, salvo profeta". Ella pone su mano en la parte plana de la espada y la aparta, bajando los últimos pasos. "Muy bien", dice él y arruga la nariz. "Apesta".

"¿No me vas a escoltar?"

"Oh, haré lo que pueda contigo", le ofrece su brazo. Ella lo toma.

"¿Ysabel?", la voz quejumbrosa del Gammer corta el silencio de esa casa. Por encima de ellos, detrás de ellos, se aferra a la barandilla de la escalera, todavía con su pesada bata rosada con flores y su larga trenza blanca colgando sobre un hombro. "Regresa", dice Ysabel. "Cuida de Madre".

"Alto", dice el Gammer. Pero la mano de Ysabel está en el pomo. "No digas esas cosas", dice el Gammer. "No te vayas. El Rey volverá. Hay esperanza".

"No", dice Orlando, mientras Ysabel abre la puerta. "No la hay".

"¡Ysabel!", grita el Gammer mientras ellos salen al exiguo porche entre las gruesas columnas blancas. En la acera, apoyada en la puerta, espera la mujer grande con su largo abrigo negro, apoyada en el reluciente volumen de un SUV blanco, manos en guantes de encaje blanco, anchos labios pintados de blanco. Orlando cierra la puerta principal, sonriendo a su vez bajo su ojo bueno. "No tienes idea de lo que te haré", le dice a Ysabel.

Ella lo mira de reojo y niega con la cabeza. "No tienes idea de si funcionará".

Está dando el primer paso fuera del porche cuando un sonido demasiado alto para los oídos abre la puerta principal, tambalea a Ysabel y la hace caer de rodillas sobre los escalones. Un destello cegador. Se oyen las alarmas de los automóviles que se activan por la calle y el sonido de vidrios rotos cayendo. Su rostro es terrible en la intensa luz que brilla de la gran espada en sus manos: el Gammer cruza el vestíbulo y su voz es demasiado fuerte y grave cuando grita: "Te *detendrás*..."

Recomponiéndose, Orlando surge de los escalones con su espada hacia arriba y hacia afuera, cortando ante él y, de pronto, todo se torna silencioso y oscuro. Agachándose en la puerta, mira hacia atrás y no ve nada tras él excepto la trenza blanca cuidadosamente cortada que cae sin fuerzas al porche, e Ysabel, de espaldas contra una de las columnas blancas y con las manos sobre la boca, dice, "Tú... tú..."

"Silencio", dice él, mano sobre su brazo y empujándola por los escalones delante de él.

El sonido del disparo de la pistola es bastante claro en todo ese silencio.

Todavía en los escalones tras ella, Orlando se detiene. "Esto no es justo", dice.

En la calle, la figura oscura de un hombre con un sombrero pálido y una corona absurdamente alta. Con una mano en alto, una enorme pistola ladeada y apuntada a Orlando. La otra sostiene un pequeño teléfono para poder ver el número que está marcando. "No hay nada que sugiera el combate justo", dice él desde algún lugar bajo su enorme bigote gris. "No hay duelo. Es justicia. Te vi cortar la cabeza de nuestra Gammer y responderás por ello, ante el Duque si no hay nadie más".

"Olvidas una cosa", dice Orlando, y luego, "¿Gloria?"

Gruñendo, la mujer en la acera se impulsa hacia arriba desde donde ha caído junto al volante de ese SUV, y mientras se dirige hacia el capó, el Tirador la ve, el teléfono cae, arma hacia arriba y justo a un lado, y ahí es cuando Orlando salta...

Camisa blanca con falda azul, revolotea sobre la puerta, sobre la acera, los coches aparcados esparcen un rizo de luz de la farola que proyectan sombras grisáceas. Girando las manos para atacar, el estallido de un disparo de bala, el Tirador se derrumba sobre el pavimento. Orlando se levanta el cabello negro que cuelga como una cortina. El Tirador tose y algo oscuro y húmedo salpica el bigote.

"Guaao", dice Gloria apoyándose en el guardabarros del SUV.

"Parece que no le gustabas", dice Orlando poniéndose en pie. Manos vacías. Una repentina ráfaga de viento levanta el pálido sombrero, haciéndolo rodar por la calle. El sonido de las alarmas del automóvil ha vuelto.

la Casa llena de Hojas

La casa está llena de hojas apiladas en las esquinas, a la deriva contra las paredes. Arce y roble seco, anaranjado y muerto, aliso amarillo langosta, mirto plateado opaco, crujiendo bajo los pies. En el salón, el sofá derrumbado a un lado, el relleno de viejos cojines esparcido y manchado. Marcos de madera astillados y cristales rotos marcados con polvo rociado sobre alfombras. Lienzos negros por el humo brillan desde las paredes de arriba, nada más que una mano, un poco de camisa, el borde de una cara, un ojo a través de la oscuridad. En una mano, la figura sostiene una espada envainada, agarrada sobre la firme garganta de metal labrado. En la otra, una pistola negra y chata apuntada entre sacudidas hacia un lado, hacia el frente, hacia el lado de nuevo. "¿Mooncalfe?", dice ella con voz amortiguada por una máscara, un cráneo en bloque que engulle la mitad de su cabeza. El susurro de la rígida melena negra que flota detrás es más fuerte casi que el crujido de sus pasos. "¿Ysabel? ¿Alguien?"

Más hojas en el pasillo al fondo, y un agujero en el suelo, una tubería oxidada empujada en ángulo. Ella lo rodea con la pistola apuntando hacia adelante, luego hacia atrás cerca del cuerpo, luego hacia adelante de nuevo. En la cocina, el linóleo está despegado, arrancado del subsuelo, moteado en grandes extensiones. La puerta del refrigerador está abierta. Está oscuro adentro. La estufa es de color aguacate, naranja de óxido y negro de grasa antigua. Más allá, la casa se abre a una gran habitación trasera, la pared del fondo llena de puertas francesas, paneles vacíos en la penumbra. En algún lugar lejos, un piso o dos, un crujido, un gemido, una caída larga y lenta de algo, papel, tela. Hay alguien sentado ante ese cristal negro en blanco.

"¿Majestad?", dice Jo.

Con su falda y blusa negras, la Reina está sentada en el suelo contra una de las puertas, con las rodillas dobladas. Llorando sin hacer ruido, aferra en el pecho una trenza blanca brillante

netamente cortada. En el suelo ante ella, el cadáver marchito de un pequeño gato atigrado.

"¿Madam?", dice Jo bajando el arma. "¿Qué ha pasado?"

La Reina mira hacia arriba, parpadeando. "¿Vincent?", dice ella.

"¿Qué?", dice Jo, y luego, "no, no", baja la cabeza, se quita la tosca máscara con la mano que sostiene la espada. "Soy yo, madam. Jo", con la pistola todavía en la otra mano apuntando al suelo. "El Gallowglas de vuestra hija".

La Reina mira hacia otro lado.

"Donde *están* todos", dice Jo bajando los bajos escalones hacia la habitación del fondo. "¿Qué, qué...?"

"Mi amante", dice la Reina. "Mi hijo. Mi esposo. Y ahora mi madre y mi hija. Se han ido, todos se han ido..."

"¿Ysabel?", dice Jo agachándose, arrodillándose junto a la Reina, colocando la espada y la máscara en el suelo, con el arma en la mano en su regazo. "¿Ysabel no... ella se ha ido?"

"Orlando se la llevó", dice la Reina con un escalofrío. "Orlando Mooncalfe, ladrón furtivo y burlón asesino. Si tuviera el aliento, le haría una maldición así... le ataría el cabello en nudos, le envolvería el cuello con él y luego tiraría y tiraría hasta que se le desprendiera la cabeza..."

"¿A dónde la ha llevado? Madam, por favor. ¿A dónde han ido? ¿Cuándo? ¿Cuánto *tiempo* tengo?"

"¿Por qué?", dice la Reina. "¿Le dispararías? ¿como un gángster, con eso?"

"No puedo vencerle con la espada", dice Jo. "Pero, por favor. Madam. Yo... lo resolveré, lo juro. La salvaré. Por favor. Por favor, dígame".

"Incluso si lo supiera", dice la Reina, "no serviría de nada. Se ha ido, se ha ido, todo se ha ido y todo está acabado".

"No, Madam", dice él bajando con cuidado los bajos escalones, y Jo levanta el arma para apuntarle, y él sonrío con los ojos grandes y brillantes bajo ese mechón de cabello rosa anaranjado. "No", dice él, "no está acabado".

"¿Quién?", dice la Reina, casi una palabra, y Jo dice: "¿Ray?", bajando el arma.

"No", dice él arrodillándose ante ellas con su desgastada chaqueta de cuero crujiendo. "Ya no", tomando la trenza de la laxa mano de la Reina, presionándola en los labios y luego dejándola de nuevo sobre el regazo de la Reina. "Soy yo, madre", dice él. "He vuelto".

N° 18: Fulgor

Agua y Vino / Último Jueves

Un vaso de agua, una copa de oscuro vino tinto sobre la mesa de formica entre ellas. "Sé lo que te puede parecer esto", dice la mujer que recoge la copa de vino. La acuna en ambas manos con los codos apoyados sobre la mesa. No toma un sorbo. Está vestida con un sarape a rayas marrones y amarillas y su cabello es corto y negro a la tenue luz.

"¿Qué es esto?", dice la mujer frente a ella, nebulosa de rizos del color de la crema coagulada atada en una espesa coleta trenzada en la parte posterior de la cabeza. Chaqueta de piel de oveja colgada en el respaldo de su silla. Ambas están junto a las ventanas delanteras, altos y angostos paneles tras una recia regilla de hierro forjado. La mujer del sarape dice: "Como cuando alguien le pide a la otra persona que vaya a un lugar público para hablar sobre algo importante para que esa otra persona no monte una escena cuando la abandonan o lo que sea, esto no es..." sorbe su vino entonces tomando la copa con ambas manos. "No te estoy echando. No te estoy pidiendo que te vayas", otro sorbo. "Pero es injusto. Es injusto para mí, es injusto para Jason y para Grace, ciertamente no es algo que podamos pedirles que..."

"¿El qué?"

Carol deja su vaso sobre la mesa. "He encontrado tu droga"

"Droga".

"Tus drogas, Mar, encontré tus malditas drogas cuando estaba limpiando el..."

"Yo no tengo drogas".

"¡No me digas que...!", las manos de Carol se aprietan sobre la mesa, "trata de, intenta salir de esta de manera sincera, ¿de acuerdo? No me digas que sólo es brillantina. La brillantina no te adormece las encías".

Marfisa bebe la mitad del agua en un par de tragos lentos y profundos. "Yo no tengo drogas", dice ella.

"No sé si esto tiene que ver con tu crisis o lo que..."

"Carol", dice Marfisa.

"Perdón", dice Carol. Toma otro sorbo de vino. "Es que", dice ella, "es un desperdicio. ¿Sabes lo que hizo Streak, el mierdecilla?"

"Carol", dice Marfisa nuevamente.

"Subió un par de canciones a YouTube, o algo así. Las envió. La canción de la máscara, y esa tontería del Rey Arturo Star Trek que nos hiciste tocar".

"La canción de Deedee", dice Marfisa.

"El Mercury puso enlaces a ellas. La gente las escucha. La gente habla de ellas, sobre nosotros. Qué sucedió, adónde fuimos, si hay un álbum, dónde está el álbum".

"Carol", dice Marfisa, esta vez con firmeza, y Carol se muerde el labio y queda en silencio en su sarape. "Se ha acabado", dice Marfisa. "Incluso si yo estuviera dispuesta. Incluso si yo *pudiera*, nunca volverías a tener a Otto o a Wharfinger en la misma habitación que yo".

"Anne Thorpe", dice Carol. "¿La de Anodyne? Está husmeando. Quiere hacer un artículo".

Marfisa bebe el resto de su agua, coloca el vaso vacío boca abajo sobre la mesa entre ellas. "Tienes razón", dice, "es injusto para ti, para Jason y para Grace. Tus vacaciones". De pie, tirando de la chaqueta de piel de oveja. "Me he tomado una semana. Estoy de

pie. Has sido". Ella mira hacia abajo. "Muy útil", dice ella. "Pero no son drogas". En algún lugar afuera hay un estallido de tambores, un ligero y distante gemido de flautas y silbatos. "Es más como", dice Marfisa caminando hacia atrás, alejándose de la mesa, mirando por la ventana, caminando hacia la puerta. Carol se levanta. "¿Mar?"

Marfisa abre la puerta. Una campanilla suena.

Bajo el letrero de neón azul y naranja que dice «Farmacia Alberta Rexall», una pequeña multitud está abrigada con chubasqueros, lana oscura y forros polares, reluciente nailon y gore-tex y cuero bajo la empapante lluvia. Las flautas giran alrededor del lamento de una melodía por encima de un creciente redoble mientras tambores vibran y redoblan cada vez más. En medio de la calle, a través de la bruma de la lluvia suspendida en el aire junto a la farola, una procesión casi supera a la pequeña multitud, a la cabeza de la misma dos niños y una niña aún más joven, con abrigo hasta la rodilla, los niños se pavonean con tambores, la chica lucha con un bombo atado ante el vientre. A continuación, una figura enorme con una tosca armadura de mimbre, con la cabeza escondida tras barril trenzado a modo de yelmo, en una mano un largo poste de ratán. A un lado, una mujer con una capa azul y negra sobre un vestido de acuosa cota de malla, cabello corto gris metalizado, y junto a ella camina penosamente un hombre ruidoso, conductos y aislamiento de espuma firmemente sujetos alrededor de sus piernas, la tapa de una gran olla de acero inoxidable colgaba ante el pecho, un colador puesto descuidadamente en la cabeza. Los más pequeños, un niño pequeño, se ríen de sus piernas con harapos y andrajos, pijamas gastados, un babero sucio, una envoltura empapada de piel azul falsa. Y detrás de ellos, los focos de un voluminoso automóvil negro oscurecen el pavimento bajo el mismo, iluminado de azul y verde y morado, con costados costrosos, con una horda de muñecas, cabezas de muñecas, brazos de muñecas, torsos y piernas rotas irregularmente, todas ellas pintadas de negro y pegadas y soldadas, atornilladas a los guardabarros, al capó, a las puertas. Hay una cubierta de rígido pelaje extendido hacia atrás y hacia arriba a lo largo de las líneas del automóvil que llegan hasta el trono que se posa en el techo, donde se ha dejado caer un bulto negro con capa, coronado por una maraña de cabello negro muerto colgando abajo, entrelazado con mechones blancos y opacos.

"¿Algo del Último Jueves?", dice Carol.

Los ojos de Marfisa se abren a medida que esa maraña de cabello se mueve, gira y se inclina hacia atrás. Marfisa mira hacia otro lado rápidamente, hacia la acera, las botas marrones de Carol taconeán detrás. "Pero es viernes", dice ella una voz agrietada.

"¿Es noviembre?", dice Carol. "El Último Jueves.. ayer... fue Acción de Gracias, ¿verdad? ¿Nuestras vacaciones?. Los tambores con florituras detienen su ritmo y la pequeña procesión se para justo tras el cruce al otro extremo de la manzana, aún con flautas y silbatos, durante un momento solo se oye la filtración de la lluvia. "Por eso lo hacen un viernes", dice Carol. Ella está señalando. "Tienen algo que ver con Casa del Payaso, al menos".

Allí, en la calle, todos giran para mirar a la casa en la esquina, al pelado revestimiento rosado y el borde rojo de barro, a un montón de bicicletas lo largo del borde del aparcamiento, volcadas en la acera, la gente entra en tropel en su estrecho porche delantero y sale por la bostezante puerta lateral, pelos de locos colores y rostros pintados de blanco, un sombrero de paja, un traje de animadora verde y amarillo, un uniforme gris a rayas rojas, un mono y una chaqueta a cuadros, un hombre redondo y rojizo con un bikini con estampado de leopardo y una boa de plumas moradas bajo su fina barba cubierta de pintura blanca, y liderando a todo el grupo hay alguien con una cabeza de conejo con una cara metálica en forma de calavera.

Al lado del automóvil, un hombre huesudo con un traje a rayas está de pie estirando la mano, con cuidado de las muñecas, para tomar la mano de la mujer desplomada en el trono. Él está cantando, un contratenedor frío y entusiasta que corta los murmullos de las multitudes en la acera junto a la casa, "Ní dhéanfaihd an ghealach solus d'éin-neach", mientras la mujer con esa capa negra oscura sale del trono y él la atrapa posándola en la calle desde el techo del automóvil, y todos ellos, chicos y niños pequeños, abigarrados caballeros, tambores quietos y flautas en silencio, todos cantan, "S ní bheidh éisg ann air muir nó air tír... "

"¿Es ese...?", dice Carol, "maldita sea, ese es Danny Boy. El arreglo más espantoso que he... ¿Mar?", Marfisa no está a su lado. "¿Mar?", dice girando, mirando hacia atrás, hacia la acera, hacia la calle vacía detrás de ella, sólo las luces de un restaurante, un par de tiendas a un bloque o más de distancia.

el Sombrero en sus manos / las Sutilezas de la Deuda / su Negocio / sus Mensajes

El sombrero en sus manos es de un gris pálido suave, su corona absurdamente alta perforada en un lado. El borde de ala es ancho. El polvo de oro se aleja estremecido cuando él le da vuelta, chispas que centellean y caen al pavimento. "Bastante evidente", dice. "Recibió un golpe mortal con un Gallowglas en el campo". Se lo entrega a Luys a su lado, alto y ancho con una chaqueta marrón de cintura corta. "¿Jo?", dice Luys, pero el Duque se está alejando cojeando calle abajo, golpeando con la punta del bastón en el silencio.

"¿Leo?", dice Jessie, allí junto al coche pardo detenido en diagonal en medio de la calle.

"Ella no lo hizo", dice el Duque volviéndose, señalando hacia la vieja casa verde en la esquina tras ellos, ventanas oscuras y más bajas, tapiadas, puerta principal entreabierta, grandes columnas de su porche poco profundo una vez blancas ahora sucias, marcadas, deslucidas, todo tras una maraña de ramas desnudas, un estrecho jardín que recubre un bajo muro de piedra amenazando la acera. "Pon a Pandulce en el cuerno. Dile que ponga a todo el mundo en ello. Apuntalad las puertas, atornillar las trampillas, disimuladlo todo. Voy a ver lo que sabe Buenamigo", sigue cojeando hasta el vacío cruce mojado de lluvia, la capa color ocre aletea en la deslumbrante bruma a la luz rosa anaranjada de la farola. "Solo estaré un momento", dice. En la esquina de la vieja casa verde, una ruinoso mansión blanca, ventanas iluminadas con guiños y parpadeos de velas y luces de Navidad..



Una espada corta y recta, con la empuñadura envuelta en cuero blanco desgastado y amarillento, la hoja con dos dedos de ancho

hacia las tablas del suelo donde ha sido clavada, la madera allí chamuscada alrededor de la hoja vertical. Las perneras bombachas de la Reina se aprietan al juntarse junto al borde de ese anillo cuidadosamente carbonizado. Ella con las manos agarradas al pecho, aferradas a una suelta trenza de pelo blanco brillante y a la mano de Jo, Jo con su abrigo color mantequilla al lado de la Reina, con el brazo extendido, la espada colgada en el otro hombro con un ángulo incómodo, en su mano libre una tosca máscara con melena de cabello negro flotando perezosamente en el aire inmóvil. En algún lugar lejos de la parte trasera de la casa, el tintineo y la melodía de un arpa amplificadas. Jo mira hacia la gran sala al frente con escalones y velos, hacia las escaleras, hacia el pasillo oscuro que conduce bajo estas hasta la puerta de entrada, hacia las ventanas en voladizo con velas derritiéndose en cada alféizar, y de vuelta a la puerta brillante, hacia la cocina más allá, del color de pasta de dientes y hacia Robin Buenamigo todo de negro, quien niega con la cabeza. "No podría permitir", dice, "que alguien de vuestra altura se endeudara tanto conmigo"

"Maldita sea mi altura", dice Ray, dice Lymond, con una mano sujeta a la parte superior de su cabeza como para evitar que su cabello rosado se salga.

"Alteza", dice Robin rígidamente.

"No, maldición, malditas sean las cortesías, he llegado demasiado lejos hoy para que me detengan ahora. Olvídalo", dice, "Olvida lo que acaba de suceder, olvídalo todo, olvida quiénes somos, concéntrate en esto. Soy alguien a quien nunca has visto antes".

"Alteza", dice Robin de nuevo, y "Nunca *me* has visto antes", dice Lymond, "y te pregunto, Buenamigo, si mi madre, la madre de alguien a quien nunca has visto antes, podría no encontrar un lugar para quedarse, aquí, por un tiempo".

La Reina extiende una mano hacia el pomo de la espada, pero no lo toca. Robin apoya un codo en la jamba de la puerta y la frente en la palma de la mano. "Cuando se le debe un favor, Alteza", dice, "tarde o temprano, quienes están endeudados esperan que uno necesite algo a cambio", se endereza con la mano girando junto a la

frente, fruncida. "No puedo permitirme eso".

La mano de la Reina se cierra en un puño y la retira hacia su pecho. Apretando la mano de Jo allí en la de ella, Jo levanta la vista con una sonrisa. "Yo no lo sabía", murmura la Reina. "¿Y si te dejo sin elección?", dice Lymond.

"Entonces, por supuesto", dice Robin. "Si se fuerza, entonces no se debe nada". El arpa ha llegado a su fin, una serie de aplausos. "¿Para cuánto tiempo pensáis que sería?"

"No horas, sino días", dice Lymond, "días, pero no semanas. Madre", extiende una mano hacia la Reina. Jo dice: "¿Eso es todo? ¿Hemos terminado?", mientras Lymond dice, "Debemos partir siguiendo el río tan pronto como..."

"Un momento, Alteza", dice Robin. "¿Qué queréis decir, entonces, con dejarme sin elección?"

Con la mano todavía extendida, Lymond se vuelve para mirarlo. "¿Cortesías?", le dice y Robin se encoge de hombros. El arpa invisible ha tomado un aire más lento y contemplativo. "Gallowglas", dice Lymond. "El arma".

"¿Qué?", dice Jo, mano aún atrapada en la de la Reina.

"Saca el arma de tu vaina y apunta a Robin Buenamigo", dice Lymond, ojos saltones bastante serios, y Robin da un paso atrás, hacia la cocina.

"Y una mierda voy a hacer eso", dice Jo.

"Gallowglas, por favor. No tenemos tiempo que perder".

"Ray", dice Jo, "a menos que tu próximo paso me ayude a encontrar a Ysabel, *nosotros* no tenemos nada en absoluto".

"Jo", dice Lymond caminando hacia ella, "Necesito tu ayuda".

"Yo no necesito la tuya", dice Jo liberando su mano, y la puerta

principal se abre de golpe, el Duque entra, pisando fuerte, "¡Buenamigo!", grita buscando por la gran sala delantera, frunciendo el ceño, los ojos muy abiertos, la boca abierta, "El último lugar donde miraría", dice medio para sí mismo.

"Leo", dice Jo por encima del goteo del arpa.

Su bastón cae al suelo estrepitosamente. Su bombín se desliza hacia la oscuridad en las escaleras. Un pesado paso, el roce de un cojeo, el rasgado de su largo abrigo abriéndose. Paso y roce y el zumbido del acero sobre la vaina. "Desenvaina", dice él con un destripado graznido y una espada larga en ambas manos extendidas ante él, como apoyado en su cadera.

"No", dice Jo, pálida.

"Nada de duelos", dice Robin, "no en esta casa, no esta noche", y "*¡Silencio!*", grita el Duque. Al fondo de la casa, el arpa tropieza, se detiene. "Me has robado, me has abandonado", dice el Duque a Jo, "*me has arruinado*", pisadas y roces de nuevo "Hiciste polvo a mi Tommy y ahora al Tirador, tú *has roto tu juramento...* "

"No", dice Jo alejándose de la Reina, con su espada al hombro golpeando torpemente, la melena de la máscara arrastrando una estela en su mano. "Solo tomé lo que era mío", dice ella. "Y el único juramento que hice fue hacer lo correcto y lo bueno, y todo eso..."

"*¡Por mí!*" grita el Duque. "Rompiste tu juramento por *mí*, Gallowglas, y lo probaré. Sacad vuestra espada".

"No", dice Jo, y el Duque, con un giro de las caderas y un revoloteo de su abrigo, gira su espada larga hacia atrás y hacia arriba sobre la cabeza...

"Buscad a vuestros semejantes, Halcón", dice Lymond.

Y con eso, la hoja se detiene, se inclina en ángulo, y el Duque se da la vuelta para mirar a Lymond de ojos saltones y cabello rosa anaranjado, con su chaqueta de cuero negro. "¿Quién eres?", dice el Duque, "¿que te diriges a mí de modo tan familiar?"

"Fueron ellos los que lo hicieron por mi madre", dice Lymond. "Guisarme y Mango del Hacha. Buscadlos".

"Tú", dice el Duque con cara plana, "tu", y luego estalla en una carcajada.

"Me ha marcado, ¿no?", dice Lymond. "Igual que te ha marcado a tí".

"Tú eres el siguiente", dice el Duque volviéndose hacia Jo. "A menos que...", mira por encima del hombro a Lymond de nuevo. "Te ofrezcas como su campeón. ¿No?", gruñe, levanta su espada de nuevo, y Jo sigue parada allí delante de él con una mano en el bolsillo del abrigo y la otra mano todavía sosteniendo la máscara, la boca tensa, sus ojos del color del barro, parpadeando rápidamente.

"¡Halcón!", grita Lymond.

"Suficiente", dice la Reina levantando la cabeza. "*Suficiente*. Ella tiene el derecho a hacerlo, Halcón. Dejadla", y ella se interpone entre ellos, se acerca a él, "envainad", y él retrocede y vuelve a retroceder con la espada girando en sus manos, moviendo pesadamente la hoja hacia abajo hasta que esta descansa con la punta de la espada chirriando en el piso de madera rayada mientras se apoya en el pomo. "Madam", dice.

Ella pasa junto a él, se dirige hacia la puerta principal, se agacha y recoge el bastón del Duque. "Por favor", dice ella regresando, tendiéndole el bastón. "Aquí no, ahora no. Si va a haber una pelea", y mira a través de la habitación, hacia Lymond, "que sea justa".

El Duque toma el bastón en su mano. "Por supuesto", dice él, "estamos encantados de que vuestro, hijo, haya regresado de donde fuese que había ido. Y le damos la bienvenida", golpea la punta de la caña en las tablas del piso, crujiendo mientras apoya su peso en la tosca cabeza de halcón, "con los brazos abiertos"

"Los Perry siempre han visto con entusiasmo el apoyo de Barganax", dice Lymond. Junto a él, en la puerta de la cocina, Robin

está bastante quieto, con los brazos cruzados frente al pecho.

"Jo", dice la Reina entonces, y Jo mira hacia abajo, se toca el labio, levanta la vista para mirar esos ojos oscuros. "Jo Cazador", dice la Reina. "Os hemos retenido lo suficiente. Tendríamos... quisiéramos que siguierais con vuestros asuntos". El susurro de la melena de la máscara en la mano de Jo suena en el silencio absoluto de esa habitación. "El Mooncalfe no acepta pan, sal y aceite de nadie, pero esta noche... Esta noche ha asesinado a mi madre y me ha robado a mi hija y por eso", su voz se engancha en las palabras. "Me gustaría que lo encontrarais, Cazador. Encontradlo y disparadle como un gángster y envíadlo al polvo".

"Sí, señora", dice Jo con una profunda respiración. Lymond, con sus ojos saltones observa cómo ella asiente, el Duque tiene sus ojos fijos en el suelo mientras Jo se mueve y coloca la espada envainada un poco más arriba en su hombro. Camina hacia la puerta principal, la abre, la cruza y la cierra detrás de ella.



Está bajando los escalones bajo los árboles que bordean la calle cuando la puerta principal se abre de nuevo y se cierra de golpe haciendo sonar los cristales, "¡Jo!", es el Duque bajando las escaleras desde el porche.

"Que te jodan", gruñe Jo alejándose por la acera.

"¡Jo!", dice él haciendo una mueca, siseando mientras cojea saltando tras ella. "¡Jo, espera!"

"¿Después de eso?", dice ella. "¿Después de todo eso? Que te *Jodan*", y luego, marchando hacia él, "*confié* en ti, hijo de perra. Confíe en ti y esperé y yo la *abandoné* a ella. Con él ", dice ella y levanta una mano, boca abierta y negando con la cabeza de un lado a otro, "*Que te jodan* ", su mano le lanza las palabras, la melena de la máscara en su otra mano latiguea con un eco. "¡Me ibas a cortar allí dentro!"

"El acero debe responder al acero", dice él y ella mete su mano libre en el bolsillo del abrigo y la saca, la pistola, plana y negra, y le apunta. "Pruébalo", dice ella. La melena tiembla, rígida, erguida. "Si ella no te hubiera detenido", dice Jo. "Yo te habría reventado. Estúpido cabronazo".

"Quizá", dice. "podrías guardar eso, Gallowglas. Creo que hemos terminado".

"Cazador", dice ella, el arma todavía apuntada a él. "Me ha dado una promoción".

"Solo hasta que el Rey regrese", dice él mirando hacia atrás, mirando hacia el coche pardo estacionado a un lado de la calle, frente a esa casa verde acorralada. Luys en la acera al lado con la mano en el techo del coche. "Y no creo que me guste el modo en que te queda a ti".

"Ajo y agua", dice Jo.

"Jo..."

"Jo qué. ¡Jo qué! ¿Baja el arma? ¿Sube al coche, vuelve y espera y espera y espera?", con el brazo tembloroso, dobla el codo con la pistola apuntándole en el vientre. "¿Esperar a que le echas un par y te sientes en el puto Trono de una vez? ", el brazo se endereza de nuevo para levantar el arma. La melena tiembla sobre la máscara en su otra mano. "No", dice el Duque suavemente, "no, eso no es lo que iba a... pero no faltaría más. Ve a por él. Yo sólo...", y suspira, ojos en el cañón de la pistola. "Después de anoche", levanta la vista. "De esta mañana. Hemos terminado. ¿Sí?" Y el brazo de Jo se dobla de nuevo, el arma se inclina hacia arriba, hacia un lado, apunta hacia abajo. "¿A dónde vas a ir con eso?", dice él.

Sus dedos se abren, el arma yace allí, no mucho más grande que su mano, el cañón negro opaco, letras «Kel-Tec» grabadas en el mellado metal, el mango enrollado con cinta negra brillante. "No lo sé", dice ella apartando la mirada de él hacia la casa blanca, hacia la calle que se sumerge bajo los árboles hasta un cruce iluminado,

por donde un automóvil pasa silenciosamente. "Nadie sabe dónde está. Adónde ha podido ir. Ray, Lymond, él no deja de decir que no pasa nada, que la encontraríamos, que ella estaría bien, pero". Se guarda la pistola en el bolsillo. "Hay alguien que conozco que sabe... cosas". La melena de la máscara se desliza lánguidamente cuando ella se vuelve hacia él parpadeando rápidamente. "No es mucho, pero".

"¿La amas?", dice el Duque.

"Yo no amo a nadie", dice ella.

"Tonterías", y luego, "Burnside con Broadway. Esa hamburguesería abandonada. Comienza por allí. Es donde ha estado viviendo, la última vez".

"Oh", dice Jo. "Leo, yo..."

"Ve".

"Gracias", dice Jo.

"Nunca me digas", dice el Duque volviéndose, "eso otra vez", cojea por la acera hacia la oscuridad bajo los árboles, hacia el coche con Luys apoyado en él. Un sonoro bocinazo detrás de ella, el chirrido de los neumáticos, algo de música sonando en algún lugar, desvaneciéndose hacia la nada salvo por una percusión insistente. Jo se dirige hacia el cruce brillantemente iluminado, con la espada en el hombro y la máscara en la mano.



Un pitido rebotando con fuerza en las paredes planas marcadas por la única luz de una lámpara de escritorio puesta en el suelo, dos hileras de mesas amarillas y sillas de plástico naranja, la enorme foto mugrienta de una hamburguesa marrón y amarillenta, tableros de menú vacíos y oscuros, fríos hornos alineados detrás del mostrador en la oscuridad. Gárgaras rápidas, una voz grabada

distorsionada por el volumen llena el aire, "Sí. Vale. Estamos dentro. Lugar y hora según lo sugerido", un traqueteo y un clic rebotan desde las paredes, doblan las esquinas. «Plop» de agua goteando y un gemido agudo de agua corriendo en algún lugar de las tuberías, el triturante "clanc" de una flexible manguera de metal siendo desenrollada, tirada hacia la oscuridad, allí al fondo de la cocina, un amplia forma, toda de negro, la boca del rociador siendo sacada del ancho y profundo fregadero, ella sosteniéndola en alto junto al hombro. Aprieta la pestaña para abrir la válvula, se oye un ronco crujido, martilleo de tuberías, el agua emerge y ella gruñe mientras lucha por sostener en alto la manguera, golpeando con agua la espalda de Ysabel, empapándole el pelo, aplastándolo contra la cara cuando Ysabel se aleja girando y se abraza a sí misma junto al mostrador. Otro ronco crujido, el agua desaparece, sólo el "plop" goteante de nuevo, el gemido de las tuberías. "Dios, estás inmundada", dice Gloria vestida de negro, abriendo otra vez la manguera, apuntando a las piernas de Ysabel, a sus nalgas, Ysabel encorvada sobre el mostrador sobre sus codos. Ronco crujido de nuevo. Ysabel goteando, temblando violentamente, hay un gorjeo, sonoras y rápidas gárgaras, un chirrido, "...ale. Estamos dentro. Lugar y hora según", "Clac". "¿Quién demonios usa aún un contestador automático?", masculla Gloria, un roce de algo en la oscuridad, algo lanzado a Ysabel, ella lo atrapa torpemente, ropa, un pantalón, un pantalón de chándal, gárgaras y gorjeo de nuevo. "Sécate con eso", dice Gloria. "Y hora según lo sugerido", y el traqueteo de nuevo de un teléfono dejado caer en otra parte, en otro momento anterior.

"Necesito mi ropa", dice Ysabel.

"Está empapada. Arruinada", dice Gloria. "No hay tiempo", más susurro, el murmullo y balbuceo, "Vale. Estamos", "Clac".

"Tengo que ponerme algo", dice Ysabel.

"He intentado decírtelo. Todas mis cosas son demasiado grandes para ti. Pruébate esto". Aleteo de tela, algo blanco, Ysabel se cubre con una camiseta. "Esto es enorme", dice ella. Las letras garabateadas en tinta negra en el frente dicen «The Gloomadon Poppers».

"Que te la pongas, joder", dice Gloria.

Suena un teléfono, un sonido fuerte y lento, un badajo de metal golpea las campanas de metal, una y otra vez, mientras Ysabel y Gloria se quedan allí, escuchando, goteando. Clac y el gorjeo áspero, una voz luego, demasiado alta como antes, pero más aguda, más seca, la voz del Duque, "Tú, estúpido hijo de perra, contesta, sé que estás ahí. ¡Contesta!", Tintineo del teléfono en la mano. "Entra", le dice a otra persona. "Por fin lo has logrado. Estás mucho más allá del horizonte, sobre el pálido, vas a tener tu jodido enfrentamiento y cuando los dos terminéis el uno con el otro, si queda algo de ti", un respiración demasiado fuerte, demasiado áspera, abrumadora, "mira hacia arriba, mira hacia el oeste. Esa sombra soy yo, bajando del Trono para convertirte en polvo", Clic-clac.

Ysabel sostiene la camiseta, los ojos de Gloria brillan en la oscuridad, un gorjeo balbuceante y luego la voz de nuevo, "El horizonte, sobre el pálido, vas a tener", clac y gárgaras, "sé que estás ahí. ¡Contesta! Entra. Por fin ", clac-clac. "¿Quién...", dice Gloria acercándose, "quién coño?, ¿sabes tú quién es?. Tú... tú...", otro destello hacia abajo, con la cara ancha presionada cerca de su mano en encaje negro, allí entre ellas. Sobresale en medio una hoja ancha y corta, oscura como la ceniza salvo por su muy brillante filo. "cuando los dos", dice la sonora voz, "terminéis el uno con el otro, si queda", clac. "¿Quién es ese?", dice Gloria, "¿De quién está hablando?", Ysabel reclinada contra el mostrador, ojos fijos en el cuchillo apretado. "si queda algo de", clic. Gárgaras.

"No sabes lo que puedo hacer con esto", dice la mujer presionando la hoja en la mejilla de Ysabel y haciendo un pliegue. "Cuando me enfado", la voz se tensa. "Y te odio", presiona lo suficiente como para girar la cara de Ysabel hacia un lado. "Lo que queda de ti", ese enorme aliento, "mira hacia arriba, mira hacia el oeste"

"¿Quién es ese?", dice Gloria. "¿Quién viene?"

Ysabel dice parpadeando: "No odies..."

Su chillido de cruda perforación, alguien se revuelve y esa grabación muere con un crujido de plástico roto. A la vuelta de la esquina, entre las hileras de mesas amarillas, él se agacha, pies bajo su espada oscura, sin camisa, sostenida ante él la espada corta en su antebrazo, saltando sobre el mostrador debajo de los oscuros tableros de menú. Al fondo de la cocina, la luz chisporrotea en el aire. Gloria cae hacia atrás. Ysabel cae de rodillas con la mano sobre su rostro brillante. Él salta de nuevo, pateando la cara de un horno, deja la marca de una pisada en el polvo engrasado de la plancha, se posa junto al fregadero entre ellas. Ysabel a su lado se agarra la mejilla con las dos manos sobre el suelo inundado. Un destello de luz blanca, ella gime y él gira la hora en su mano para apuntar a Gloria, derrumbada de lado sobre un par de bolsas de papel que derraman ropa en blanco y negro. "¿Qué has hecho?", dice él con voz tranquila y fría.

la Única luz / lo que Necesita hacer / en Resumen / en el Bosque

La única luz de la lámpara del escritorio apagada, el único sonido un único "plop" de una gota de agua distante y ella lleva la pistola en su mano apuntando de pronto hacia el camino por donde ha venido, hacia adelante de nuevo, mientras sombras manchan la enorme foto en primer plano de una hamburgersa tras ella, extrañas redes reptantes de sombras de la larga melena que serpentea en la máscara que lleva puesta.

Al doblar la esquina, la luz divide el mostrador, allí las tablas de menú encima de él, vacías y oscuras, la negrura vacía de la cocina se abre más allá. No del todo vacía. Pistola por encima del mostrador, temblando, inclinándose, ella mueve la muñeca, reacomoda los dedos, se ajusta la espada enfundada que cuelga al hombro. Echa hacia atrás la máscara, parpadea. Levanta la mano libre contra la tosca luz que emerge tras ella. En alguna parte del fondo de la cocina, la sugerencia de una luz, abajo, sobre el suelo esboza vagamente los bordes de hornos y planchas, el compartimento tapado de la freidora.

Otro "plop" de agua. Ella salta.

Ella camina a través del hueco en un extremo del mostrador completamente en la sombra ahora, está sacando su teléfono, encendiéndolo, lo levanta, una leve neblina de luz de su pantalla es suficiente para mostrar dónde está poniendo los pies. La luz arriba es más brillante ahora que la que se filtra desde el teléfono, lo suficiente como para distinguir las mismo formas de aquello, salpicaduras y pisadas, un poco en el suelo allí, un restregar de aquello por el borde de algo, de nuevo un "plop" de agua, un fregadero allí al fondo de la cocina. Ella se detiene. Mira hacia abajo. Su pie enredado en ropa, negro satinado, un destello, lentejuelas. Ella lo recoge. Un chaleco, pesado con bordados dorados.

El primer parche de luz allí en el suelo, una pasta sin forma no más grande que su palma, el brillo sombrío de aquello no es suficiente para iluminar el metal de la pistola que sostiene en la mano suspendida sobre aquello. Desenganchando el meñique de la culata del arma, ella se agacha, cepilla las cosas, una corteza quebradiza colapsa en brillantina y espolvorea la punta de sus dedos con oro. Más salpicado por el suelo aquí y allá, esa franja sigue el borde del fregadero, esas cuerdas se encorvan hacia arriba y sobre una pila de algo indistinto, negro, ropa negra, encaje negro alrededor de un brazo pálido y una bota. Jo se está girando mientras se pone lentamente en pie, pistola arriba apuntada a la mujer que yace bocarriba, el bulto de su panza le oculta el rostro.

Teléfono arriba junto a la pistola, la bruma blanca pugna por iluminar algo con el incandescente oro, cualquier cosa, la salpicadura de oro en el pecho de la mujer o quizá una mano, rayada y agrietada por algo negro, cabeza allí en un ángulo, enredo de hebras y cintas negras y pálidas, la luz del teléfono brilla en un ojo que parpadea, y Jo da un paso atrás.

"¿Estás muerta?", dice la mujer tendida en el suelo.

"No", dice Jo después de un momento, bajando el arma. "¿Puedes moverte?"

Susurro y roce, traqueteo y tintineo, la mujer rueda sobre el costado, impulsándose hacia arriba, el oro se estremece y cae, su mano es una forma negra que agita las nubecillas. Ella gruñe. "¿Estás bien?", dice Jo.

"Había toda esta sangre, la vi..."

"¿Tuya?", dice Jo.

"Sí", dice la mujer después de un momento. "Tú eres de quien estaba hablando, ¿no? La que venía. El enfrentamiento".

"El, ovr", dice Jo. "El brillo, el polvo de oro. ¿De dónde ha salido?"

Y la mujer dice: "La corté".

"¿Tú qué?"

"La cara. Y todo, y luego... me caí, y él... él me cortó *a través de* mí. *Él me mató*". Se acomoda, roce, ella está rodando de lado mientras el brillo suspira y se asienta sobre ella. "¿Por qué no estoy muerta?"

"Tuviste suerte", dice Jo, una sombra contra las sombras ahora, el teléfono apagado o escondido. "Ella se compadeció de ti. ¿Dónde está ella? ¿A dónde han ido?"

"Pasó tan *rápido*", dice la mujer vestida de negro. "No lo sé. Él nunca me dijo dónde, adónde la llevaba. Creo que fue a reunirse con alguien, nunca entendí lo que estaba haciendo, nosotros sólo", sisea, jadea mientras se impulsa más vertical, "Guao".

"Eso te va a doler durante unos días", dice Jo. "¿Tienes un lugar a donde ir? ¿Alguien que pueda cuidarte?"

Apoyada sobre el codo en el suelo, indistinta de los rayos de luz tenue, mira hacia las sombras y dice: "Vas a matarlo, ¿no?"

"Vete a casa", dice Jo. "No vuelvas aquí", ella sale de la cocina.



Jessie apaga el motor. Mira en el espejo retrovisor a los dos en el asiento trasero. "Estamos aquí", dice ella.

"Creo que", dice Luys lentamente, con cuidado, "sí. Es lo que deberíamos estar haciendo".

"¿Crees?", dice el Duque. "¿Y tú?", le dice a Jessie. "¿Qué crees *tú* que deberíamos estar haciendo?"

"No lo sé", dice Jessie.

"No lo sabe", dice el Duque, y luego a Jessie nuevamente, "abre la puerta", Jessie se desabrocha el cinturón de seguridad, sale del coche y el Duque le dice a Luys: "¿Una noche? ¿Eso es todo lo que hizo falta? Una noche".

"No es por eso por lo que deberíamos ayudarla", dice Luys, sus manos, nudillos ásperos, dedos oscuros entrelazados sobre la rodilla. "Es la Princesa. Deberíamos estar..."

"¿Sí?", dice el Duque. Jessie está abriendo la puerta del pasajero, empujando el asiento delantero hacia adelante. "Sal del coche". Planta su bastón en la acera, se apoya contra el respaldo del asiento.

"¿Su Gracia?", dice Luys.

"Sal", dice el Duque levantándose, "del coche. Ya sabes qué hacer. Ve. Hazlo".

"Su Gracia, yo..."

"Sal del coche", dice el Duque, y Luys abre la puerta. "Ve. Encuéntrala. *Vigílala*"

"¿A quién?", dice Luys, saliendo del coche. "¿A Jo? ¿O a la Princesa?"

"¡A cualquiera de ellas!", dice el Duque. "Tú eres el que sabe", Luys mira a su alrededor, árboles húmedos suben la colina a un lado de la calle, casas cercanas al otro, más allá de ellos las luces de la ciudad, el rizo del río muy por debajo. "Camina", dice el Duque, "toma un autobús, no me importa. Adelante, el Masón. Haz lo que sea necesario".

Luys mira a Jessie, de vuelta al Duque, asiente rígidamente, una vez. "Su Gracia", dice, da la vuelta con las manos en los bolsillos de su corta chaqueta marrón y se aleja por la calle oscura. "¿Qué demonios, Leo?", dice Jessie.

"Espera en el coche", dice el Duque. La casa tras él, una imponente Reina Ana iluminada por focos, pan de jengibre con rosas y azules sorbetes, cada ventana con su cortina de encaje blanco ingeniosamente agrupada y atada en el medio. "Esto solo tomará un minuto".

La puerta de entrada con un arco de vidrio con plomo esmerilado. Llama bruscamente con el halcón a la cabeza de su bastón, y otra vez. Un crujido de tablas del suelo, el ruido del pomo, la puerta se abre por un hombre estrechamente sombrío, su nariz y mejillas aplastadas por extravagantes flores de ginebra, su mentón escondido tras su alto cuello blanco. Se alzan voces en algún lugar detrás de él, alguien gritando, las palabras distinguibles. "Barganax para el Vizconde", dice el Duque, abriéndose paso. "Me anunciaré a mí mismo", golpeteo de la punta del bastón, el chirrido de sus pasos, "¡Mango del Hacha!", grita y el grito se quiebra, apagado. "¡Tú, llorica, arrastrado, hígado de horchata, cobarde cantamañanas, llorica de tripas retorcidas de mierda!", sonoro golpe sordo de la punta de su espada larga en el suelo, una mano en el pomo, otra contra el poste de Newel de la larga escalera recta allí en el angosto vestíbulo delantero. "¡Voy a tener unas palabras contigo!"

Roce de una puerta corredera y allí está Agravante al final del pasillo, trenzas pálidas acariciando sus hombros, suave camisa azul abierta en el cuello. "Barganax", dice él, vaso de cristal tallado en la mano. "Abuelo duerme".

"Voy de puntillas", dice el Duque levantando la espada con ambas manos apoyadas en su vientre, dando un largo paso crujiente por el pasillo. "¿Es ese el Guisarme contigo?" Un hombre mayor en la puerta detrás de Agravante, cabeza calva y mejillas canosas. "Su Gracia. Me ha ahorrado un viaje".

"¿Lo tendréis como vuestro segundo?", dice Agravante.

"Lo tendré como el siguiente", dice el Duque.

"Otra vez no", dice el Guisarme, camisa amarilla desabrochada sobre una camiseta cortada a altura del pecho.

"Pero un momento, Welund", dice Agravante, echándose al gizonte la mitad de lo que queda en su vaso. En su otra mano una daga de hoja larga, la empuñadura envuelta en alambre azulado.

"No será un momento", dice el Guisarme. "*Nunca* es sino un momento. Uno de ustedes clavará al otro y lo daremos por concluído, pero ello supurará y herirá y nos separará precisamente cuando debemos trabajar en grupo. El momento está fuera de lugar, caballeros... "

"Dijo el carnicero", y el Duque golpea hacia la cabeza de Agravante, "con el cuchillo aún húmedo", Agravante la para con la daga, y el Duque vuelve a atacar con una estocada hacia el vientre de Agravante, "en su zarpa", y de nuevo, con un sonido metálico, la detiene, Agravante levanta su vaso en alto. "¿Cómo osáis?", dice el Guisarme. El Duque gira una tajada hacia el cuerpo, Agravante da un paso atrás, inclina la daga, la espada le sigue, se clava en la pared de yeso y "Mierda", dice el Duque tirando de la espada sostenida por la daga de Agravante. Agravante arroja su vaso al aire, el brazo ahora libre baja en un giro y cuando vuelve a subir tiene otra daga en la mano, empuñadura envuelta en azul, la larga hoja se suspende en la chaqueta del Duque, allí debajo del brazo, se hunde en el objetivo, el Duque gruñe. Agravante suelta la daga, alza la vista, levanta la mano, atrapa el vaso que cae.

El Duque se tambalea, aliento atrapado en sus dientes, la empuñadura azulada sube y baja allí debajo del brazo. Él la agarra, tira de ella, frunce el ceño hacia ella, la mueve de un lado a otro, lentamente, temblando, libera la larga hoja. La deja caer al suelo.

"¿El asunto está resuelto?", dice el Guisarme rascándose distraídamente el corte de su camisa.

"Lo reconozco", dice el Duque tosiendo. Sosteniéndose en la barandilla. "El Mango del Hacha no es un llorica cobarde arrastrado", se inclina hacia su bastón, tirado allí al pie de las escaleras. "Su hígado y sus luces están tan bien como podría esperarse. Ni", con el bastón en la mano, se sienta repentinamente allí en el suelo, ahuecando el agujero de su chaqueta, "se hincha.

Pero", un profundo suspiro. "Es un incursor en la insurrección".

"¡Halcón!"

"Ambos sois traidores a la corte. Este argumento *no* ha sido refutado, y lo veré publicado".

"No seas idiota", dice el Guisarme mientras Agravante dice "¿Seríais el Rey de una ciudad vacía?"

"Es mejor una ciudad dispersa que una ciudad usurpada", dice el Duque.

"La línea de Perry se ha acabado", dice el Guisarme con los ojos fijos en Agravante. "Sólo estamos buscando una nueva Prometida, una nueva Reina para el Rey Retornado".

"¿Sólo buscando?", dice el Duque. "Habeis expulsado a la Reina esta noche".

"No podemos permitirnos sus extravagancias", dice el Guisarme, "no hasta que sepamos que estamos, una vez más, a salvo", Agravante bebe rápidamente lo que queda en su vaso.

"Esta noche", dice el Duque, "la Princesa fue secuestrada por su guardián".

"¡Me atravesó a mí para lograrlo!", dice el Guisarme con una mano en el pecho.

"Y sin embargo, aquí estás, y hablas... es del todo diferente al destino de la madre de la Reina, o mi Tirador".

"Ese no era nuestro...", dice Agravante, y el Guisarme levanta una mano, y Agravante se muerde el labio. "Una palabra más, Su Gracia", dice el Guisarme, "y tendrá una guerra, no un duelo".

"¿En serio?", dice el Duque mirando a Agravante. "¿Es eso lo que tendría, Vizconde?. La Reina ha nombrado al Gallowglas como su nuevo Cazador".

Agravante se vuelve hacia el Guisarme, quien todavía tiene la mano levantada. El Guisarme dice: "Los mortales son frágiles".

"Como los banqueros", dice el Duque poniéndose en pie con el bastón bajo el brazo, la mano aún apretada en el agujero de su chaqueta. "¿Se ha acabado la línea de Perry? Me aseguraré de decirle a Lymond que has dicho eso la próxima vez que lo vea".

"Lymond", dice el Guisarme con una extraña carcajada.

"¿No lo sabías?", dice el Duque con la mano en el pomo de la puerta. "Tiene el cabello diferente, y los ojos, pero era sin duda el Príncipe, entregando a su madre", y un pesado cloc del vaso de Agravante golpeando el suelo, "al tierno cuidado de Robin Buenamigo, no hace ni una hora". El Duque abre la puerta. "Ya sé dónde está la salida."

Jessie abre la puerta del automóvil y se apresura por la acera mientras él cojea hacia ella, con el bastón aún recogido. Él levanta su brazo libre y ella se agacha debajo de él, levantándolo, y él mira su mano ahuecada, brillando húmedamente frente al agujero en su chaqueta. "¿Estás bien?", dice Jessie. "¿Qué ha pasado?"

"Bueno, no perdí", dice el Duque, asiente con la cabeza hacia el coche y vuelven a detenerse. "¿Entonces nos vamos a casa?", dice Jessie. "¿Vamos a buscar a Luys y a volver a casa?"

"¿Qué?", dice el Duque. "No", él le quita el brazo de los hombros y se apoya en el guardabarros. Ella abre la puerta. "Sólo hemos empezado. Me sentaré al frente. Te diré a dónde vamos. Es, es complicado".



El zumbido irregular de una única nota grave sostenida en voz baja, silbando por los altavoces y comentarios revolotean y gritan como un trino frenético y una voz zumba frente a un micrófono,

"Desde su guarida en el Punto del Diablo, Mary se enorgullece de presentar a el Estornino". «Besa», gime una mujer por los altavoces ahora y un traqueteo y un ruido sordo de un único redoble de batería mientras la nota del bajo cambia y cae, «besa como una chica», y Orlando se frota el ojo bueno. Ysabel está sentada frente a él en la pequeña mesa, de espaldas al escenario que no es mucho más grande, una figura envuelta y encapuchada en una capa oscura allí de pie, fuertemente iluminada por pequeños focos candentes que cuelgan del bajo techo, la niebla se derrama por el suelo alrededor de los pocos hombres y una mujer sentados cerca del escenario, mirando hacia arriba. La cara de Ysabel reluce en la oscuridad, salpicada de brillantina por las mejillas, por el cuello, embadurnada en la frente, salpicando la camiseta blanca caída que usa bajo un fino abrigo negro adornado de forro blanco. El sonido de los platillos y la retroalimentación se convierten en notas rasgueadas sobre ese zumbido que se desvanece lentamente, todos, todos esperando, y Orlando no la está mirando, él está mirando más allá de ella, sobre su hombro, e Ysabel casi sonrío.

La música emerge con un ritmo, «yo», está cantando esa voz, «tengo que salir de palacio», y la pequeña multitud vitorea. Ysabel se inclina sobre la mesa. "Estás asustado", dice ella.

La cabeza de Orlando se inclina, se echa hacia atrás, se sacude ligeramente. Él todavía está mirando más allá de ella. "Estarán aquí pronto", dice él. "Tiempo y lugar, según lo sugerido." Él no está mirando a la puerta, está mirando el escenario.

"No deberías haberla matado", dice Ysabel, manos sobre las rodillas desnudas salpicadas de más brillantina, reluciendo en la oscuridad bajo la mesa.

"Ella no debería haberte cortado", dice Orlando.

"Eso es lo que te tiene tan asustado", dice Ysabel. Inclínándose más cerca de él, le habla al oído. "Tú y yo somos los únicos que sabemos lo que ha pasado. Déjame marchar, ahora, y te juro que", se aleja de él, todavía inclinada sobre la mesa. "nadie te desafiará", él sigue mirando más allá de ella. "Serás libre de irte de este lugar".

Nuevamente, una sacudida distraída de su cabeza. "Estarán aquí pronto", dice él.

"¿Quién?", dice Ysabel. "¿A quién debo entregarme?", dice inclinándose, tratando de llamar su atención. "¿Tienen alguna idea de lo que están recibiendo?"

Su ojo gira para encontrarse con el de ella y la comisura de su boca se tuerce. "No", dice y vuelve a mirar hacia otro lado. Parece que la voz está cantando, «cariño, siempre estás enojado conmigo, y me pregunto, ¿qué he hecho?»

"Nunca has estado aquí antes", dice Ysabel entonces. "¿Verdad? ¿Por qué? ¿Por qué estamos aquí ahora?"

"A menudo vienes a lugares como este", dice Orlando.

"Prefiero lugares donde todos bailan", dice Ysabel volviéndose en su asiento cuando la fuerte canción se detiene, la nota grave suena una vez más, distorsionada "Pero sí. He estado aquí antes". La capa ha desaparecido. La mujer en el escenario está arrodillada, respirando pesadamente de rodillas, medias de red negras y un négligée blanco puro cerrado por un solo arco. Ella está desatando el arco. La multitud aplaude. Billetes de un dólar ensucian el escenario junto a ella. El cabello negro brillante en enredos ingeniosos se balancea mientras ella se quita el négligée, dejando al descubierto sus senos. Rakish sobre la cabeza, una tiara blanca plateada. El zumbido ha pasado de un bajo a un acordeón, un silbido siniestro que late demasiado rápido cuando nuevos instrumentos se unen debajo de él y la mujer en el escenario agarra el poste a un lado y se pone en pie en un giro alrededor de él, «la luna era inestable», una nueva voz aguda y fina está cantando, «el bosque parecía tan oscuro y tan profundo». "No deberías haberme traído aquí", dice Ysabel por encima del hombro hacia Orlando, sonriendo ahora, brillando. "Y no deberías haber matado a la chica. Ella podría haberte ayudado".

"¿Puedo conseguirte algo del bar? Cariño", la mujer con camiseta ajustada y una bandeja en la mano se inclina sobre ambos con la mano en la mesa entre ellos. "Esa brillantina es Fe *NoMe* Nal.

¿Cómo consigues que brille así?"

"¿Te gusta?", dice Ysabel mientras Orlando dice: "Nada".

"Es tan New Age", dice la mujer con la camiseta ajustada.

"Ysabel", dice Orlando e Ysabel dice: "¿Crees que soy hermosa?"

"¿Qué?", dice la mujer con la camiseta ajustada, "Sí, yo", mientras Ysabel empuja su silla hacia atrás, se levanta, y "Siéntate", dice Orlando, «Llevo en este trabajo», está cantando esa nueva voz, «mil años», e Ysabel dice: "¿Quieres besarme?"

"¿Claro?", dice la mujer con la camiseta ajustada mientras los brazos de Ysabel la rodean con el forro blanco que fluye de sus puños y la bandeja resuena en la mesa mientras la silla de Orlando chirría bruscamente, la música suena sobre ellos, la mujer con el Rakish, mano en su tiara girando boca abajo en el poste, «me gustaría que te fueras si te fueras», la mujer con la camiseta ajustada retrocede con la boca manchada de luz, parpadeando, una mano hacia su cara, Orlando intenta pasar empujándola e Ysabel se inclina sobre el hombro del hombre sentado en la mesa de al lado, su bigote encerado y perfectamente rizado y su ceño se ilumina en una sonrisa que se pliega en otro ceño, perplejo, mirando de ella a la mujer en el escenario y de regreso otra vez. "Ese hombre", le dice Ysabel al oído señalando a Orlando, "¿el del parche en el ojo? Está intentando matarme", y el hombre con el bigote se pone en pie de un salto cuando Orlando se acerca a él e Ysabel ya está en la mesa de al lado, la mano de Orlando en la empuñadura de su espada, pero la mujer de la ajustada camiseta sujeta esa mano y el hombre del bigote le lanza un puñetazo a Orlando. Ysabel se dirige hacia la puerta de entrada, no hacia la parte de atrás, sino hacia una puerta de cristal bien iluminada al otro extremo del pequeño club con un cartel que dice «Comedor». El rugido de Orlando. La música palpita. El rugido de Orlando. Más gente pululando hacia él, agarrando sus brazos, sus manos, "¡A por el!", están gritando. "¡Detenedlo!", Ysabel está corriendo.

"Notable, la semejanza" / una Chispa repentina / Luces brillantes / la remota Posibilidad

"Notable", dice el Sr. Charlock. "La semejanza", con la barbilla en la mano, inclina la cabeza hacia un lado, hacia el otro, luz blanca y cálida rueda sobre sus pómulos, brilla en sus ojos verdes. Rizos negros artísticamente enredados, rígido con laca de espray sobre los hombros desnudos. "Sin defectos".

"Sr. Charlock", dice el Sr. Keightlinger en medio del club. Lleva gafas de sol, la lente izquierda pintada con arácnidas palabras blancas. En una mano, una espada japonesa, el largo y puro destello de una hoja brillante, la empuñadura blanca como el hueso envuelta en una áspera tela negra. Crujido de cristales rotos cuando él da vuelta y mira hacia la puerta de entrada, hacia la puerta de atrás, hacia las mesas volcadas, hacia los pequeños grupos de personas que se amontonan en el bar, hacia las cabinas privadas donde alguien gime en el suelo. "Barrer", se dice a sí mismo, "algo. Un par de minutos más"

El Sr. Charlock mete la mano en el bolsillo de la chaqueta del traje negro. "Déjame preguntarte algo", le dice a la mujer sentada frente a él en la silla plegable del pequeño escenario, envuelta en su négligée blanco puro, niebla revoloteando sobre sus tobillos. Ella asiente, manos juntas, dobladas entre sus rodillas. Él saca una prenda de ropa interior, bragas bikini a rayas azules y blancas. "¿Esto es tuyo?", dice él.

Después de un momento, la cabeza de ella comienza a girar de lado a lado.

"¿Lo conoce? ¿Lo ha visto antes?"

Nuevamente su cabeza niega con sacudidas rápidas de un lado a otro. "No", dice ella, con la tesitura en su voz quebrando el susurro.

"Complicado", dice él encogiéndose de hombros. Se mete la ropa interior en el bolsillo. Se levanta, gira, salta del escenario. Sacude las manos. Aparta la pata de una silla y dobla dos dedos en la palma, dos dedos extendidos, el pulgar ladeado. Apunta a un Orlando sentado en el suelo con las piernas torcidas, falda azul, brazos en alto, muñecas clavadas en la pared, parche en el ojo retirado hacia un lado, la ruina húmeda de una cicatriz vacía gotea lágrimas amarillas que le manchan la holgada camisa blanca. El Sr. Charlock levanta la mano dejando caer el martillo de su pulgar y algo impacta en la pared por encima de Orlando, grietas y un estremecimiento en el aire, traqueteo de cristales, crujidos de madera, chillidos y gritos de la gente junto a la barra, en las cabinas privadas. "¿Dónde está ella?", dice el Sr. Charlock, esos dos dedos apuntan nuevamente a Orlando, Orlando niega con la cabeza, tose, escupe. "No lo sé", le dice.

El Sr. Charlock se acerca y presiona las puntas de los dedos contra esa cicatriz húmeda, la cabeza de Orlando se apoya contra la pared. "Teníamos un trato", dice el Sr. Charlock.

"Ella me engañó", dice Orlando, "y los embrujó a todos, y salió por la puerta de atrás". Está sonriendo. "Si te das prisa, podrías atraparla".

"¿Esperas que me crea eso?", dice el Sr. Charlock.

"No", dice Orlando.

"Sr. Charlock", dice el Sr. Keightlinger una vez más, y el Sr. Charlock retrocede. "Trae eso", dice señalando con la cabeza la espada en la mano del Sr. Keightlinger. "Querremos encontrarle más tarde".

"Necesitamos una salida", dice el Sr. Keightlinger.

"Rápido", dice el Sr. Charlock, "y sucio", y luego, "¡Damas! ¡Caballeros!", les grita. "Debo disculparme", la mano libre saca unas gafas de sol del bolsillo. "Existe la posibilidad de que no todos salgan de esta", mira el pequeño club oscuro. "Y de que un punto de

referencia de Portland sea destruido. No se puede evitar", se pone las gafas de sol, la pluma atada a un lado revolorea chocando con la oreja. "Así que tómense un momento, piensen en este maravilloso viernes por la noche que estaban disfrutando, las bebidas, la música, las damas", y señala con los dedos y el dedo pulgar hacia los pequeños puntos candentes colgados del bajo techo, brillando en la niebla que fluye sobre el borde del pequeño escenario. "Cúbrete y listo", murmura el Sr. Keightlinger, "ellos, ellos", mientras dice el Sr. Charlock, "Porque de repente hubo una *chispa*..."



"Un taxi", dice ella por la ranura de pago en la puerta, "un teléfono, por favor", con brillantina brillando en su rostro, cabello centelleando y parpadeando a la incolora luz fluorescente, y el hombre detrás del cristal la está alejando, "No", le dice, "¡no, váyase! ¡Hotel! ¡Vaya!", en algún lugar a un par de bloques de distancia, un golpe plano que hace temblar el vidrio bajo sus manos. Ella retrocede, afligida. "¡Vaya!", dice el hombre detrás del cristal señalando en esa dirección, "¡Benson!", allí, "¡Gobernador, vaya!"

"¿Tú, no...?", dice ella, "¿no soy yo...?", y él grita "¡Teléfono!", señalando junto a ella hacia la cabina azul de un teléfono público en la esquina, y a una manzana detrás de ella, una silueta frente a la concurrida calle iluminada, un hombre grande, traje oscuro, se dirige hacia ella. "¿No crees que...?", dice ella volviéndose, pero el hombre se ha marchado por detrás del gran cartel blanco en la ventana que dice «Parking y Taquillas \$10.95 al día \$5 por hora». Ysabel levanta la capucha de su delgado abrigo negro, se aleja del quiosco, obligando a sus pies a mantenerse en paso rápido, flecos en sus botas de mocasín, forro blanco saliendo de sus puños.

Vagando por una calle vacía en pendiente, más allá de la entrada de un garaje, subiendo escalones anchos y bajos hacia un parque, hacia terrazas planas de adoquines de hormigón y, aquí y allá, árboles en parcelitas y claros de tierra, bancos, una figura acurrucada en un saco de dormir, brillante con agua de lluvia. Ella

mira a través de las ramas vacías hacia atrás y hacia abajo, hay dos hombres con trajes negros, uno grande y otro pequeño, tal vez a media manzana de distancia, y se dirigen rápidamente hacia el parque. "Roland", dice ella, y luego, gritando: "¡El Carro!", corriendo hacia el centro de ese pequeño parque, girando, edificios oscuros en lo alto a cada lado, una sirena que suena en algún lugar a unas manzanas de distancia, otra que suena de repente. más cerca. "¡El Carro!", grita ella de nuevo. Pero el saco de dormir no se mueve.

"¿Va todo bien?", viene la voz de un hombre, sin aliento, "estás asustada, lo sé. Estamos aquí para ayudar". Pasos golpean rápidamente el hormigón tras ella. Ella corre hacia la esquina donde el siguiente bloque se abre hacia otro estacionamiento y a tres semirremolques blancos, uno tras otro a lo largo de un lado, puertas traseras abiertas, luces tenues que brillan en los estantes con cables y equipo embalado en cada uno, y el ruido del rumor de motores dormidos, enhebrados con el zumbido de un generador, todos apagando esas sirenas a manzanas de distancia. Ella se desliza entre dos de los remolques, se agacha en un lado, mira a su alrededor hacia los puestos de comida que bordean la acera frente a ella, todos cerrados ahora, oscuros. Ella se aprieta entre el que dice «Platos Caseros Indios» y el que dice «Empanadas, Croquetas, Frituras ¡Cuba Libre!»

El parking está medio lleno de coches bien estacionados y allí hay otro quiosco, luz incolora y grandes letreros blancos. Más puestos de comida se alinean en el aparcamiento en los cuatro lados, encarando las aceras, todos oscuros, todos cerrados y oscuros, salvo por un pasillo jalonado de árboles, iluminados por grandes lámparas colgadas alrededor de postes y un andamio desvencijado. Ella se pone en cuclillas y avanza hacia la luz a través de las hileras y pasillos de los automóviles.

"Otra vez", dice una voz incorpórea por un altavoz, y hay una gran cantidad de actividad alrededor de esos puestos iluminados, una gran pieza de equipo izada suavemente hacia arriba y hacia atrás en una grúa y a cada lado de las luces. Un par de personas con portapapeles y auriculares apuran a multitudes en trajes con paraguas y chubasqueros amarillos y naranjas y grandes camisas de franela y suéteres de lana. Un letrero de plástico naranja pegado a

una farola dice «S.U. WTF» en grandes letras negras .

"Adelante", dice esa voz incorpórea.

Las pequeñas multitudes comienzan a caminar una o dos a la vez, las unas hacia las otras, se cruzan por la acera ante los puestos de comida mientras esa gran pieza de equipo flota y entra despacio, despacio, hacia dos hombres parados junto a la luz de una ventana abierta de uno de los puestos, ambos con gabardinas, ambos con trajes oscuros y corbatas, el más viejo, más alto, cabello muy rizado espolvoreado de gris, piel oscura manchada de pecas más oscuras en sus mejillas y nariz, camisa abierta en el cuello, corbata floja, dice "¿Comida de alma vikinga?", mientras esa pieza de equipo se suspende hasta detenerse ante ellos. El hombre más joven, más delgado y esbelto, abotonado hasta arriba muy apretado, pelo castaño caído sobre una cara que es todo ojos y pómulos, levanta el emparedado que sostiene en una mano. "Llevo funcionando sólo con azúcar todo el día", dice. "Quería establecer una base más sustancial". Da un gran mordisco y mastica ostensiblemente.

"Te compraré lo que necesites, siempre que tu cráneo sobrealimentado pueda resolver este caso", dice el hombre mayor.

Hay un momento suspendido entonces, el joven todavía masticando, el mayor esperando, manos en los bolsillos de la gabardina, una pequeña multitud pululando, esa pieza de equipo revoloteando.

"Otra vez", dice la voz incorpórea.

La grúa se eleva suavemente hacia arriba y hacia arriba sobre las cabezas de las multitudes que se mueven de nuevo a su lugar. El joven se inclina, escupe su bocado de comida en un cubo a sus pies, deja caer el emparedado mordido. Alguien, una mujer con una cámara colgada al cuello, le da otro emparedado y luego se lleva el cubo. "Beto", dice la voz incorpórea, "necesitamos que tragues".

"Eso es lo que él dijo", dice el mayor.

"Esto engorda", dice el hombre más joven, "Voy a aumentar diez

kilos a mediados de temporada".

"Listo", dice esa voz, luego "vete", y la grúa flota suavemente, baja lentamente sobre la multitud que cobra vida, y el hombre mayor levanta una ceja y dice "¿Comida de alma vikinga?", mientras el hombre más joven levanta su nuevo emparedado y, "Disculpe, tengo que pedirle que se mueva", murmura el hombre del jersey de lana negra inclinándose sobre el capó del automóvil estacionado detrás de Ysabel. Ella se sobresalta. "Sólo estaba", dice ella.

"Puede mirar desde el otro lado de la calle", dice señalando. Su gorra negra dice «WTF» en letras blancas. "Está demasiado cerca", en su mano un pequeño y rechoncho teléfono móvil que cruje y hace eco de esa voz incorpórea, "Está bien, restablece para veintiuno. Entramos en quince".

"¿No me encuentras hermosa?", dice Ysabel.

Él junta las cejas. La mira de arriba abajo, sus botas, su delgado abrigo negro, la camiseta gastada que dice «The Gloomadon Poppers» en letras negras garabateadas, la brillantina salpicada sobre ella y que atrapa las brillantes luces blancas. Un escalofrío le sacude y una sonrisa enrosca la comisura de su boca. "Chica", dice, "parece como si hubieras pasado una mala noche".

"Me siguen", dice Ysabel, "dos hombres con traje", ella mira atrás hacia las hileras de coches. No hay nadie ahí. "Si pudiera quedarme aquí..."

"No me harán insistir".

"No lo harán", y ella se limpia el ojo con el talón de la mano, manchando brillantina a lo largo de la sien, "No creo que intenten nada, con tantas...", <

"Tienes que moverte al otro lado de la calle. Déjanos hacer lo que hemos venido aquí a hacer", dice él.

"Pero", dice ella con el brillantina corriendo por sus mejillas, "¿no soy, no somos...?" y "Qué", dice él, "¿qué?"

"Yo me ocupo de esto", dice otra persona, una mujer, la mujer con la cámara colgada al cuello.

"¿Sí?", dice el hombre de la gorra. "¿La conoces?"

"Me debe una taza de café", dice la mujer con la cámara. Cabello oscuro corto en la parte posterior, largo en la parte delantera, gafas con gruesa montura negra.

"Los que mandan no están felices", dice el hombre de la gorra. "Retrasos. La lluvia, esas sirenas..."

"Bull no tiene por qué saberlo", dice la mujer con la cámara.

Él se encoge de hombros y retrocede. "Está bien", dice, una señal de saludo, dos dedos en la visera de su gorra.

"¿Café?", dice Ysabel, voz fina y quejumbrosa.

"Latte Venti Vainilla, ¿verdad?", dice la mujer con la cámara.



"Sí, bueno", dice Jo apoyando su hombro en el marco de la descascarada puerta blanca.

"¿Qué tengo que hacer?", dice Guthrie somnoliento y espeso al otro lado de la puerta, abierta sólo hasta donde lo permite la cadena.

"Tú, no mucho", dice Jo. "Es tu novia, tu amiga, ella, ah..."

"Hey", dice Guthrie.

"¿Ella está aquí? ¿Contigo?"

"Hey", dice Guthrie de nuevo. Frente apoyada en el antebrazo entre la puerta y el marco, camiseta negra con «Cara de Abarazo de

Oso» en letras blancas.

"Iba a venir aquí primero, pero oí dónde se escondía Orlando, así que fui *allí* primero, sólo que resultó un fracaso y... y...", se endereza lejos del marco de la puerta mientras Guthrie dice "Oye, ¿con qué quieres...?", y Jo dice "Todo se fue al infierno, Guthrie. Orlando. ¿El Mooncalfe? Se la llevó. A Ysabel. No sé dónde, nadie lo sabe. Tengo que encontrarla, tengo que hacerlo, Guthrie... ", él está cerrando la puerta. "¿Guthrie?", la cadena traquetea, la puerta se abre de par en par, él está retrocediendo, abriendo paso a Jo, abrigo color mantequilla, espada colgada al hombro, mano en la máscara, la melena inquieta, susurrante.

"¿Qué quieres de ella?", dice Guthrie, una sombra en el oscuro y estrecho pasillo.

"¿Ella *sabe* cosas?", dice Jo. "Ella sabía que tú y Becker teníais que ir a la iglesia aquella vez, ¿verdad?", Guthrie se detiene. En la habitación ante él, una luz parpadea sobre sus cabezas, demasiado brillante, y se perfila frente a una explosión de color, rosas y amarillos, naranjas, rojos. "¿Tal vez ella sabe a dónde la llevó?"

"No sé", dice Guthrie volviéndose.

"Quiero decir, es", dice Jo, "una posibilidad remota, lo sé. Pero es lo único en lo que puedo pensar. Es todo lo que tengo".

"No sé", dice Guthrie otra vez, allí en el oscuro pasillo delante de ella.

"Sólo quiero hacerle una pregunta", dice Jo, máscara crujiendo en su mano.

"Sangre", dice alguien, una voz temblorosa en esa habitación iluminada. "Sangre en la nieve. Sangre en los burritos. Eso es lo que vi".

"¿Sangre?", dice Jo acercándose, y Guthrie, con un suspiro, retrocede fuera de su camino.

"Sangre", dice la voz. "Nieve. Ella se quedó. Él volvió con ella. ¿Ya tienes la pistola?"

Jo está empujando las cortinas de gasa que cubren la puerta hacia una pequeña habitación brillante, abrumada por una cama empujada hasta la esquina del fondo, llena de mantas, edredones y afganos en un loco montículo de color, púrpuras ricos y un verde venenoso brillante y sucio, rayas rojas y amarillas y las mismas flores de color beige una y otra y otra vez e hileras de rosas y robots negros. Acurrucada y envuelta en medio de todo ello, mirando entre el montón por un agujerito, una cara, ojos azules y una nariz afilada sombreada y pálidos labios mordidos antes de que ella diga: "¿La tienes?"

"¿El arma?", dice Jo en la puerta. "Sí".

"Lo siento", dice la cara escondiéndose bajo las sábanas.

"No", dice Jo entrando en la habitación, se arrodilla, la espada hace ruido en su vaina, "por favor, dime, ¿puedes decirme dónde está?", y un aullido brota del montículo, "Ysabel", dice Jo, "dónde fue el Mooncalfe ", pero los lamentos se convierten en palabras, "¡No! ¡No! ¡No puedo, no puedo mirar! ¡No puedo mirar! "

"Por favor", dice Jo inclinándose cerca. "Por favor. ¿Puedes intentarlo? Eres mi única... esperanza..."

"No", el gemido, "no, no está permitido, ¡escucha, escucha!", y una mano temblorosa surge del montículo de mantas con los dedos extendidos, y Jo ahoga un grito, salta hacia atrás, se aleja de ella con respiración áspera y rápida y el único otro sonido es un susurro, desde el suelo, la melena de la máscara en su mano se retuerce sobre la ropa esparcida por el suelo, extendiéndose, anhelando el costado de la cama. "Tendrías que tomar mi *cabeza*", dice la voz del montículo.

"Jo", dice Guthrie detrás de ella, mientras Jo se apresura hacia atrás, poniéndose de pie, metiendo la máscara bajo su abrigo color mantequilla. "¿Lo siento?", dice ella. "Lo siento"

Esa cara asoma como un gusano por otra abertura en el montículo enredado. "¿Quizá la tienda de chatarra?"

"¿Qué?", dice Jo.

"Novena con Flandes. ¿Podrías probar allí?"

una pequeña Caja-cesta diabólica / cuántos planetas y qué grande / su Geis / su Situación / "Sí, señor"

Una pequeña caja-cesta diabólica, tallada de un sólo trozo de madera de color rojo oscuro, se posa en el escritorio junto a una pila de papeles sueltos llenos de hileras de figuras escritas, junto a carpetas manila con etiquetas ordenadas que dicen «Riverkeep», «Casino», «los Moretti», «los Elkins». Él coloca el vacío vaso de vidrio tallado al lado de la caja, bajo la lámpara de banquero con pantalla azul, y acaricia con cautela las caras acordonadas y sin costuras, las perlas talladas en cada una, formas simples, una llama estilizada, una nube, una gota de lluvia, un círculo cuarteado. Él suspira. "No te oí entrar", dice, palabras gruesas y casi molidas.

Detrás de él, en una silla junto a la puerta entornada, Marfisa acurruca los pies sobre los cojines que le rodean las rodillas. "¿Qué es eso?", dice ella.

"Un regalo", dice Agravante.

"¿Para el Guisarme?"

"No seas ridícula", camina alrededor del escritorio, vidrio ahumado, marco de metal grueso.

"¿Qué estaba él *haciendo* aquí? ¿Dónde está Abuelo?"

"Dormido", dice Agravante, se sienta en su silla, un artilugio tejido de correas de cuero negro.

"¿Sabes lo que he visto esta noche, hermano?"

"Ni siquiera sabía que aún estabas en la ciudad, hermana mía".

Envuelta firmemente en su chaqueta de piel de oveja, apoya la

frente en las rodillas. En el suelo junto a su silla, una mochila repleta. "La Despreciable Mór", dice ella, "vino con su gente abiertamente calle abajo y cantaron en el pasillo, y se detuvieron fuera de una casa, y lo juro, hermano", mirándolo entonces, "ella suplicó santuario allí".

"La Reina", dice él levantando el vaso vacío y volviéndolo a dejar, "ha sido dejada de lado", se levanta y se arrodilla para abrir un pequeño refrigerador en la credenza detrás del escritorio.

"¿Por... quién?", dice ella. "¿Tú? ¿El Guisarme?"

"El Duque también estuvo aquí", se pone en pie con una botella de vidrio azul en la mano y vierte agua burbujeante en el vaso. "Creo que es un quórum".

"¿Él estuvo de acuerdo?"

"No estuvo en desacuerdo".

"Entonces", moviéndose en su silla, bajando un pie, "Ysabel, es..."

Niega con la cabeza. "Esa chispa se apagó, hermana amor", un sorbo de agua. "Nunca más una Perry será Reina, ninguna Reina Perry. Se han enviado cartas a los tribunales de Motores, Ángeles, Níqueles, solicitando..."

"¿Enviadas por quién?", dice ella ambos pies ahora en el suelo.

"Salieron bajo el sello del Sabueso".

Se sienta en la silla y mira hacia el techo sombreado. "Entonces", dice ella con un suspiro. Mirando atrás hacia él. "Tú serías el Rey".

Él gira, se agacha, deja caer la botella con un ruido metálico en el refrigerador. "¿De verdad crees que ese es mi objetivo?"

"¿Cómo voy a saberlo?", dice ella. "Esta noche suspiras, te quejas como Fenius, agonizando sobre qué palabras dejar atrás. Solo un mes antes de que te burlases como Lotario cuando viniste a

instarme a los brazos de la Princesa", y "Eso", dice él de pie abruptamente, volviéndose hacia ella, frunciendo el ceño, "eso no fue", y luego se sienta pesadamente. "Mucho ha sucedido desde el mes pasado. Más importante es lo que no ha sucedido".

"El regalo", dice ella. "¿De quién es? Dime".

Él se inclina hacia adelante con los codos sobre el cristal, su sombra asoma por la pared detrás, hombros descomunales, trenzas enmarañadas, "lo juro por", dice él, "las estrellas sobre nosotros dos. Esto no tiene *nada* que ver con esto".

Ella se quita un fantasmal mechón de pelo de la cara, se desploma y se apoya contra el brazo de la silla. "¿Sabes", dice ella "lo que pueden hacer ahora, hermano, con sus telescopios? Escudriñan las estrellas, igual que una vela en el escritorio del general enemigo al otro lado del campo la noche antes de una batalla. Por la más leve titilación, el menor parpadeo, pueden saber si... la estrella tiene planetas. Y cuántos planetas hay, qué tamaño tienen, de qué están hechos, cuáles podrían ser sus años..."

Él mueve una mano despectivamente, "Esa es sólo una de tus historias de naves espaciales", dice.

"No, hermano", dice ella. "Es real y muy cierto".

"Entonces esta vela, entonces. Es..."

"Si las estrellas tienen planetas, mundos propios que cuidar... ¿qué crees que les importa, realmente, tú o yo, esta ciudad, tu patético pequeño imperio, edificios de apartamentos y pagos de hipotecas?"

Él sonríe, luego, retrocede, su rostro se desliza fuera de la luz. "Nos habría mantenido a salvo en los años venideros", dice juntando los papeles y las carpetas en su escritorio. "Un baluarte contra el Guisarme y su maldito banco". Los golpea contra el escritorio en una pila ordenada en sus manos, se inclina, abre un cajón. Los guarda. "Él nunca le habría hecho a Pinabel lo que le hizo a Perry hoy".

"¿Qué hizo él?", dice Marfisa. Agravante está sosteniendo un sobre, brilla en blanco bajo la lámpara de escritorio. "¿Qué es eso?", ella se inclina hacia adelante en el espacio entre ellos, estira el brazo hacia el escritorio para tomar el sobre en su mano. Él no lo suelta. "Dinero", dice él girando la muñeca, girando el sobre para revelar una nítida etiqueta que dice «Tarifa de Bus». Ella lo suelta. "Tómalo", dice él dejándolo caer sobre el escritorio. "Adelante. Nunca lo echarán de menos. Sal de aquí".

"Lo hice", dice ella aún apoyada en el escritorio, "intenté irme", su mano aún suspendida por encima del sobre.

"Hazlo", dice. "No mires atrás. Si... cuando", y él se reclina fuera de la luz otra vez, "si, me siento en el Trono dentro de tres semanas, yo no sería nada salvo un evanescente recuerdo antes de que termine la mitad del año. Adelante".

Ella cierra la mano sobre el sobre, lo arruga, su otra mano se extiende por encima del escritorio, se cierra en la pechera de la suave camisa azul de él y le acerca a la luz. "Y ahora no puedo saber si", dice ella, "quieres que lo acepte o te lo tire a la cara".

"Para ser honesto", dice él, las palabras son apenas un suspiro, "Ni yo mismo lo sé".

Ella lo besa entonces, presionando ferozmente la boca en la de él, luego lo empuja hacia atrás en su silla. Se agacha para recoger la mochila, abre la puerta del todo, sale al pasillo y baja las escaleras.

Él se sienta en la silla y deja escapar un suspiro reprimido. Alisa el sobre arrugado en el vidrio ahumado. Lo recoge, abre un cajón, lo deja caer. "Eso también sirve", dice.



Un gong cuando ella abre empujando la puerta y entra a un vestíbulo lleno de basura. Estrecho umbral a la izquierda. A través

de ese pasadizo, un maniquí vestido como una animadora, cabeza de lobo sobre los hombros en una sala de exposición larga y oscura, con una lámpara huracanada que parpadea en el mostrador al fondo, donde una figura deja caer una cabeza sobre los brazos cruzados moteados por la luz de colores que gotea de las pinturas colgadas en la pared detrás, naves espaciales en terciopelo negro con bombillas parpadeantes, un brillo que sugiere una cascada junto a un molino derrumbado, el sonido metálico de su motor es el único sonido hasta oírse el golpe de la espada en su vaina cuando ella la cambia de hombro. La figura se agita, levanta el ala flexible de un sombrero oscuro, croa: "Bonito abrigo", un trozo de sombra se separa de la silueta, un conejillo olisquea unas verduras en un plato. "¿Fuiste informada? ¿Sabes cómo funciona esto?"

"¿Dónde está ella?", dice Jo Maguire. La melena de la máscara en su mano cuelga laxa e inmóvil.

"En la parte trasera de un camión", dice la señorita Cheney. "Piensa un momento antes de que tú..."

"¿Dónde está el maldito camión?", dice Jo.

"No dónde estará cuando llegues allí", dice la señorita Cheney y golpea el mostrador con la palma de la mano. La cabeza del conejo se levanta bruscamente. "¡Piensa! ¡Te queda una!"

"¡No *quiero* pensar! ¡*Maldita* sea!". Botas golpean el suelo de tablones desgastados. "*Se la llevó. Se la llevó*", caminando a lo largo de la sala de exposición, con la máscara temblando en su mano. "Y esta noche mató al Gammer, mató a ese cowboy y él, su..."

"Destruyó", dice la señorita Cheney, y Jo se detiene ante eso frente al mostrador, "¿Qué has...?", comienza a decir, pero la señorita Cheney habla rápido, con firmeza, "No sólo se mata algo como el Gammer ", ojos lácteos fijos en sus propias manos cruzadas ante ella. "Ahora", con la punta de los dedos tocando un puñado de nudillos, "*piensa*. Sí. ¿Por qué has venido aquí? ¿Qué es lo que buscas? Tú pregunta, por eso. Y yo haré lo que hago."

"No mató a la chica".

"¿Chica?", dice la señorita Cheney.

"Su, no sé... ¿Su groupie? Él no la destruyó. En su guarida", Jo pone la máscara en el mostrador. El conejo ha vuelto a su lechuga. "Trató de hacerlo. La cortó, la abrió, pero, ella, ella *cortó* a Ysabel... había, había *owr* por todas partes..."

"Owr", dice la señorita Cheney.

Jo, que tiembla, dice: "El polvo de oro..."

"Sé lo que es", dice la señorita Cheney, y sin levantar la vista cubre la mano de Jo con la suya. "¿Estás segura? ¿Estás convencida?"

"Por eso ella no estaba muerta. La chica. Ysabel se lo había puesto, la había curado o, no sé...", un sollozo, "tal vez simplemente, salpicó, y ella, y ella está...", y la señorita Cheney sisea para acallarla y dice: "Por favor ", le dice a Jo, "esto es terriblemente importante", pero Jo se impulsa hacia atrás, le aparta la mano, el conejo raspa con las garras, asustado, "¿Por qué no puedo obtener una maldita respuesta, dónde está, ve hacia allí, lidia con ello, de una vez por todas...?"

"Primero te equivocaste", dice la señorita Cheney, volviéndose y alcanzando al conejo. El murmullo de la cascada detrás de ella.

"¿Qué?",

"Fuiste", dice la señorita Cheney colocando cuidadosamente cada palabra, "al lugar incorrecto primero", se sienta con el conejo en sus brazos.

"¿Qué significa eso?"

"Yo sólo las contesto", empuja al conejo hacia el mostrador. "La interpretación está muy fuera de mi alcance"

"¿A dónde voy?", dice Jo, "¿para verla de nuevo?"

"Sólo tres por cliente, lo siento. Naturaleza de los geis", pero Jo baja la mano para golpear el mostrador, esparciendo un puñado de paquetes de azúcar vacíos, tirando un pequeño pony de plástico, rosa y naranja con una melena púrpura enredada. La señorita Cheney salta. El conejo sale corriendo. "Yo", dice Jo, y luego, un suspiro, "yo", desplomándose, "llevo corriendo desde antes del amanecer, huyendo, persiguiendo, y cada vez, cada vez que me tomo un minuto para mirar a mi alrededor estoy más atrás, más lejos de donde estaba antes. No", la espada en su funda, el cinturón deslizándose bajo la manga de cuero pálido de su abrigo para atrapar la curva de su codo. "Se suponía que debía mantenerla a salvo", dice Jo dejando que cuelgue. "Ese era el trato. A pesar de que él me venció. Yo podría haberla sacado de allí y no lo hice, y ahora él se la ha llevado, se la llevó, y no sé por qué, ni dónde, o para qué, o, o...", y Jo se aleja abruptamente.

"Él la llevó", dice la señorita Cheney, "porque podía, porque nada le impedía tomarla. Tú pudiste haberla tomado. Si conoces a las personas adecuadas", esos ojos lácteos se abaten, ella palmea a su alrededor, encuentra el pony, lo pone de pie. "Inescrupuloso, informado... *rico*", su sonrisa se tuerce. "Nunca tendrías que trabajar otro día en tu vida"

"El ovr", dice Jo casi susurrando.

"Por supuesto", dice la señorita Cheney, y con un movimiento de su dedo golpea al pony nuevamente, "los que *saben*, los que son ricos y sin escrúpulos, nunca jamás tienen razón".

"¿Quién?", dice Jo volviéndose, levantando la espada sobre su hombro.

"Si fuera tan simple saberlo", dice la señorita Cheney encogiéndose de hombros.

Jo extiende la mano y toma la máscara una vez más. "Ella está en un camión", dice Jo. "Está en movimiento. Primero fui al lugar equivocado. Tres pasos detrás de ella", se dirige hacia la puerta.

"Quizá", dice la señorita Cheney. "Pero también un paso adelante".

Jo mira hacia atrás por encima del hombro.

"La Reina ha muerto", dice la señorita Cheney. "Larga vida a la Reina".



La luz parece suficientemente brillante dentro del semirremolque, pero es pálida, deslucida, brillando sólo aquí y allá en puntos candentes, en un estante de herramientas, todo plateados brillantes y gastados mangos negros, un panel de parche adornado con un arcoiris de cables. Envuelta en el fino abrigo negro, se sienta en el suelo con los brazos alrededor de sus botas de mocasín, cabello negro cortando el ribete de piel blanca de la capucha que le cae sobre los hombros. Mejilla hasta la rodilla desnuda manchada de oro, oro reluciente que desempolva los pliegues del abrigo, el fleco de esas botas, el suelo sucio del remolque a su alrededor.

"Clanc", pisadas en una escalera de tijera, un crujido, un bulto negro, chaqueta negra pulida, vaqueros negros, cabello negro bastante largo al frente. Una gargantilla de encaje negro alrededor del cuello, gafas con gruesa montura negra, una cámara colgada al cuello de una ancha correa negra. Vasos de papel humeando en sus manos, le tiende uno a Ysabel, quien lo toma, sonriendo un poco, sorbiendo, frunciendo el ceño bruscamente, mira hacia otro lado, su sonrisa es amarga.

"Sí, lo siento", dice la mujer vestida de negro. "Sin vainilla"

"No sé si la vainilla hubiera ayudado", dice Ysabel.

"De modo que es posible obtener un café horrible en Portland. Quién lo diría".

Ysabel dice: "No, no, es caliente, y eso es", y luego la mujer se ríe

a carcajadas y la sonrisa de Ysabel no se frunce. "Eso es suficiente, por ahora", dice ella con las dos manos envueltas alrededor de la taza cerca. "Gracias, Petra B".

"Me preguntaba", dice la mujer vestida de negro.

"Por supuesto que lo recuerdo", dice Ysabel. Agachándose para otro sorbo.

"Voy a ser contundente", dice Petra B sentándose sobre sus talones, "y no voy a disculparme por, bueno, por ser contundente", un suspiro. "Tienes el aspecto de alguien que escapa de una situación".

"¿Una situación?", dice Ysabel.

"Con S mayúscula".

Ysabel deja su café, se vuelve hacia un lado y se inclina con las rodillas en el suelo, tirando para bajar la camiseta, del dobladillo de forro blanco del abrigo sobre su cadera. "¿Qué es todo esto?", dice ella volviendo a tomar su taza y mirando alrededor del remolque, mirando fuera del remolque a la noche iluminada de blanco. "¿Qué está pasando? ¿Qué haces tú aquí?"

"Vale", dice Petra B pasando la palabra por sus labios rojo oscuro, inclinándose hacia adelante, rodillas al suelo ahora, las manos sobre los muslos. "Están rodando un piloto".

"Yo no...", dice Ysabel con el ceño fruncido. "¿Quién?"

"¿Creo que es Fox?", dice Petra B. "Unidad de las Sombras. Otro procedimiento paranormal. ¿Lo conoces?, resuelven crímenes, luchan contra monstruos. Como Grimm. ¿Esos policías de cuentos de hadas? Aunque generalmente yo trabajo para los Leverage Boys, cuando están en la ciudad. Resuelven crímenes y estafan a la gente".

"Tú ruedas... ¿pilotos?"

Inclinándose un poco más hacia adelante, frunciendo el ceño,

sonriendo, "No", dice Petra B. "Ellos los ruedan. Yo hago fotos". Una mano en la cámara sobre su cuello. "Por lo general. Oficialmente. Les gusta documentar estas cosas. Pero, ya sabes, muchos de los actores son de fuera de la ciudad. El personal, algunos técnicos. De manera no oficial, organizo las cosas. Ayudo a encontrar cosas. Como verdaderos y decentes y auténticos bollos al horno", suspira. "Jimmy Kelly y sus jodidas rosquillas. Los de Los Ángeles son los peores esnobs respecto a eso que los de Nueva York, ¿sabes?"

"No", dice Ysabel.

"Bueno, lo son", dice Petra B. Ella se acomoda inclinándose hacia un lado, imitando a Ysabel, una mano cepilla un zarcillo de brillantina espolvoreada en el suelo. "Bueno. Soy la de los apaños, se podría decir. La chica local que conoce la disposición del terreno".

"Cuando no sirves café en la tienda de comestibles".

"Cuando no sirvo café. También hago de modelo, guardo abrigos en un club, dos o tres noches al mes, antes solía vender cómics. Las chicas tienen que ir a toda prisa", los dedos agitan la brillantina, "¿es el chico rubio?"

"¿Es qué?", dice Ysabel. "¿Quién?"

"Tu situación. ¿El que intentó invitarte al café? ¿El que era demasiado frío para ser mono? Me pareció un tipo estricto. Voy a presionar sobre esto", y mientras Ysabel aparta la vista, Petra B baja la cabeza y trata de sostener su mirada, "oye, tú, pareces que necesitas ayuda. Y yo necesito saber de qué si voy a hacer algo, y, y", ella es quien aparta la mirada ahora. Ysabel está mirando al suelo. "yo quiero hacer algo", dice Petra B.

"Eso es bonito", dice Ysabel levantando la taza para dar otro sorbo. "No es Roland. No es él", se sienta. Su otra mano está apretada en un puño en su regazo.

Petra B está apoyada sobre un codo, frunciendo el ceño ante sus brillantes dedos. "Esto", dice ella, "es casi, es como si estuviera

mojado, ¿qué...?", levanta la vista, "¿qué es esta cosa?"

"Mi matrimonio", dice Ysabel.

"Tú", dice Petra B, "¿estás casada? ¿Te vas a casar?"

El puño en su regazo agita las cosas delgadas del forro del abrigo, "Ni siquiera sé", dice Ysabel, "cómo responder a eso", temblando. "No", dice luego, "no hagas...", baja su taza, "detente", mientras dice Petra B, "Guay", con las yemas de los dedos brillando, allí están sus brillantes y ricos labios rojos. "Qué", dice Petra B y luego "Guao", o tal vez "oh", mientras Ysabel agarra su mano, se inclina cerca, cuidando de la cámara que pesa entre ellas mientras tira la mano de Petra B hacia su regazo, hacia su tembloroso puño apretado en el regazo. Los ojos de Petra B se abren tras las gafas, sus labios se abren con un siseo repentino ante los delicados besos de Ysabel, labio superior, labio inferior, lamiendo el brillo.

"Yo no...", dice Petra B, pero Ysabel abre el puño, abre el abrigo, presiona la mano de Petra B contra sus muslos, bajo el dobladillo caído de la camiseta entre sus muslos, besa a Petra B y la besa de nuevo, la mano libre de Petra B se acerca a Ysabel para acercarla aún más mientras Ysabel se estremece contra ella, su boca se desliza lejos de la boca de Petra B, su estremecimiento se ralentiza, se posa. Se detiene.

Petra B mira a Ysabel agachada delante de ella, hacia el desorden de luz entre ellos, al brillo que empapa sus vaqueros, su chaqueta. "¿Qué?", dice ella, y traga, "¿necesitas?", se sienta, "¿un médico?", pero Ysabel está negando con la cabeza, apretando más su cuerpo en ese suelo brillante, "No, no, yo necesito", mirando hacia arriba, impulsándose hacia arriba, "Necesito sacarlo *fuera* de mí, necesito *alejarme* de esto", se aferra a Petra B, la inclina hacia atrás, "te necesito, te necesito".

"Yo", dice Petra B.

"Aquí no", dice Ysabel.

"Tengo coche", dice Petra B mirando por las puertas abiertas del

remolque.

"¿Tienes una cama?", dice Ysabel recobrándose, poniéndose en pie, inestable. Tendiendo la mano a Petra B que dice "Sí", que cuida su cámara, sosteniéndola con una mano oscura lejos de la otra, salpicada de oro brillante, la que sostiene con cautela para que Ysabel la tome. "Ni siquiera", dice ella, "sé tu nombre"

"Está bien", dice Ysabel, una risa temblorosa. "No pasa nada".



"Sí", dice, y luego, "Sí, señor". Auricular metido entre la oreja y el hombro encorvado, la boquilla engullida por su enorme barba de caoba. Observa desde detrás de la escasa cubierta del teléfono público de la esquina, junto a un puesto amarillo de comida con postigos, una pancarta que dice «808 Grinds», las dos figuras se abrazan por la acera pasando una hilera de tres semirremolques blancos, las puertas traseras abiertas, tenues luces brillantes. "No, no". Él está sacando un cuaderno negro de su chaqueta, tan grande como la palma de la mano, quita la banda elástica de la cubierta. Lo abre en una página que dice «VIE 26 NOV» en la parte superior. "No hay indicación". Debajo de algunas notas encabezadas con «WASH - 9» agrega, VAQUEROS NEGROS, luego: CHAQUETA = NEGRA / CUERO. "Lo haremos, por supuesto", garabatea un signo de interrogación después de CUERO. Abajo, en el último remolque, bajo las sombras de los árboles, las figuras se han detenido, se unen en un torpe abrazo, surcadas y salpicadas de una luz dorada brillante. "Sometido", dice él. Cierra el cuaderno. Cuelga el teléfono.

Aparca detrás de él un espantoso automóvil naranja con un trapo negro y polvoriento, un sello complicado toscamente pintado en negro en el capó. Abre la puerta del conductor, suavemente, en silencio, se acomoda en el asiento del conductor detrás del volante. "Cabreo", dice.

"Oh", dice el pequeño en el asiento del pasajero, "estoy jodidamente *lívido*", Las mangas vacías de su traje negro apretadas y

atadas a la espalda, laceradas una y otra vez por el cable eléctrico naranja. El costado de su mandíbula va moteado con un moratón oscuro.

"Ruido", dice el Sr. Keightlinger. "Incertidumbre. Destrucción de la propiedad".

"*¡A quién le importa!*", ruge el Sr. Charlock, saliva volando. "¡La teníamos! ¡En nuestras manos!"

El Sr. Keightlinger coloca un dedo en el cable naranja y aprieta, clavando al Sr. Charlock contra su asiento. "Observar", dice. "No *participar*"

Gira la llave. El motor retumba a la vida.

No sentarse o dormir frente a las ventanas / Nieve

«No Sentarse o Dormir Frente a las Ventanas» dicen los letreros pegados una y otra vez en la fachada de vidrio del primer piso del gran edificio antiguo a un lado de la pequeña plaza adoquinada. Al otro lado de la plaza, una columnata independiente, letras doradas agujereadas y manchadas en la parte superior que deletrea «Plaza Ankeny». En el centro, una fuente seca, una baja piscina octogonal, dos cariátides juntas, un gran cuenco sobre sus cabezas. Sentada al borde de la piscina con sus vaqueros negros, abrigo de cuero del color de la mantequilla, espada apoyada en las rodillas, Jo tiene una mano en la vaina, otra mano en el borde pedregoso de la piscina, un cigarrillo humeante entre sus dedos. Al otro lado, la máscara, la melena de la misma enroscada y quieta. Risas a un par de manzanas por el callejón, dos hombres inclinados juntos en su camino hacia otro lugar, uno de ellos con una caja rosa en sus brazos y "Maldita sea", se dice a sí misma.

Da una última calada dejando salir humo de la boca mientras apaga el cigarrillo en el borde de la piscina junto a otra colilla arrugada. Inclínándose hacia un lado, su otra mano se enraiza en el bolsillo de su abrigo y saca un paquete naranja arrugado. Solo quedan tres cigarrillos dentro.

"Maldita sea", dice de nuevo.

Tira de la empuñadura de la espada y saca quince centímetros o así de la hoja. Nudillos blancos sobre la empuñadura y la garganta de la vaina. Puños temblando. "Lo haré", dice ella y la enfunda de golpe. Salta sobre sus pies girando para mirar a la cariátide, "Si tengo que hacerlo", dice ella. "Suplicaré si es necesario".

Esa cara de piedra mira hacia la piscina vacía con los brazos en alto, doblados por los codos.

Jo mueve la espada, se agacha sobre el lazo del cinturón, la

cuelga del hombro a su espalda. "Funcionó antes", dice ella. "Funcionará", mete una mano en el bolsillo de los vaqueros, frunce el ceño al buscar en uno de los bolsillos de su abrigo, el otro balanceándose pesadamente, Jo hace una mueca cuando saca la pistola, hurga en ese bolsillo. Levanta una moneda pellizcada entre los dedos y el pulgar, un centavo casi negro. "Vale", guarda el arma de nuevo.

Coloca un pie en el borde de la piscina, pero se detiene allí, apoyándose en su rodilla levantada, mirando hacia abajo a la máscara colocada allí junto a la bota.

La melena se agita cuando Jo se desliza la máscara por la cabeza y cuando tira para ajustarla, los pelos negros y rígidos se alzan en un temblor de viento, se levantan y salen detrás de ella para ondular perezosamente. Ella gira los vacíos y sombríos agujeros donde deberían estar los ojos para mirar a la cariátide y, bajo los dientes toscamente cincelados de la máscara, su voz raspa: "Soy Jo Gallowglas, el Cazador de la Reina. Quiero pedir un deseo".

Un sonido metálico desde algún lugar dentro de la fuente. Ella entra en la piscina hacia un gorgoteo ascendente desde la temblante boca de la fuente en el cuenco. Echa el brazo hacia arriba de la cariátide, pisando su zócalo mientras el agua burbujea en el cuenco de arriba. Otro sonido metálico, una serie de golpes mientras ella se levanta y se acerca, y la máscara se inclina y se cierne cerca de la oreja de la cariátide. La espita sobre ella tose y una risilla de agua surge y se detiene.

Con una mano en el hueco de ese codo, Jo rodea el brazo de la cariátide con el suyo y alza el otro brazo hasta el cuenco, tanteando y, de repente, se congela y baja la mano con ese centavo todavía apretado entre el dedo y el pulgar. Jo da la vuelta a la mano. Atrapado en el fino vello del dorso de la mano, un único copo de nieve brilla débilmente en las sombras, ya derritiéndose.

Esa máscara ondula para mirar la suave nevada, rosa y naranja en las farolas, blanco y gris y azul en las sombras, espesándose, las cortinas de gasa caen ahora, y Jo ríe, extiende la mano para atrapar más copos, cayendo en grupos ahora, una espuma de hielo

ahuecada en su palma.

Acercándose de nuevo a la cariátide, presiona el centavo contra los inexpresivos labios y vuelve a colocarse la máscara para susurrar "Deseo", al oído, "Deseo que Ysabel estuviera en casa sana y salva, deseo, deseo no haber jodido esto", y luego, máscara chocando contra el brazo levantado, mete ese centavo en el pedregoso pañuelo sobre el impasible pecho de la cariátide. Presiona su mano roja y húmeda allí un momento. Esta se enciende bajo la repentina luz, demasiado blanca, demasiado brillante. Jo se levanta la máscara, luces rojas y azules giran y giran sobre su espalda iluminada de blanco, sus hombros, la fuente, la nieve que cae sobre la noche más oscura. Un graznido de voz suena demasiado fuerte: "Baja de ahí", le dice, "aléjate de la fuente", y "Mierda", dice Jo arrancándose la máscara de la cabeza. Baja de las cariátides y tropieza en la piscina y "Alto", dice la voz, pero Jo está recomponiéndose, girando entre la nieve, un paso tambaleante sobre el borde de la piscina, y salta y corre y corre, pasando debajo de la columnata, un sonido de sirena y pasos detrás de ella, ella corre, espada hacia abajo rebotando en su espalda, máscara en la mano, melena ondulando tras ella cuando Jo pasa el extremo oscuro de la plaza y llega a un paso de peatones con faros brillando. "Mierda", dice de nuevo, la sirena grita de nuevo, aumentando a una alarmante charla repentina, un chirrido corto y agudo de neumáticos.

Llega a un pabellón entre cabinas cubiertas con anónimas lonas blancas y azules, hasta el portal bajo y oscuro de un edificio detrás de una verja de alambre envuelta con una larga pancarta roja que dice «Festival del Último Minuto». El cielo un negro oxidado más allá sobre el río vacío. "Detente", detrás de ella un bramido ahora desenfocado, "o disparo", mientras Jo corre siguiendo la acera hacia la sombra de un puente, muy por encima se oye un estallido crujiente, un resoplido y un zumbido detrás de ella, un traqueteo menguando mientras ella se dirige hacia la sombra del puente, sale de la nieve, los golpes de las botas en el pavimento resuenan a gran altura y lejos entre las vigas entrecruzadas y estiradas sobre el río, y luego de vuelta a una pared de nieve. Ella gira, choca con las manos contra ella y recorre un manto de blanco y negro y gris, azul, óxido y negro, llegando a un repentino silencio, solo su respiración

jadeante, pisadas apagadas por la nieve en la acera, la hierba y, abajo, sólo el sonido de la nieve misma silbando en el aire.

Jo casi tropieza con un bulto en el suelo. Ella gira, una mano sobre una roca entre dos largos pasillos de árboles nudosos que siguen la orilla del río, ramas desnudas arañando la nieve, y ella vuelve a correr con la cabeza gacha, su pies se enganchan en algo y, manos por delante, cae de bruces.

Da vueltas por la nieve más allá del cuerpo medio enterrado en la nieve, la nieve flota frente a unas piernas verdes tendidas, brazos verdes doblados bajo montículos de nieve sobre un pecho verde. La mano en garra de Jo encuentra la máscara flácida, todavía allí en la nieve ante ella, la arrastra, la coge mientras se inclina sobre el cuerpo y le quita la nieve de la frente, del cabello rubio rubio recortado y rígido por el hielo, de las mejillas ribeteadas con nieve antigua y sobresalen los auriculares azules y blancos sujetos a las orejas. Él está bocarriba, ella mirando hacia abajo.

"Roland", dice ella.

Él abre los ojos.

N° 19: Luna

"Desde esta posición"

"Desde esta posición", dice el gordo sentado en la silla, "hay seis, desde esta posición hay seis defensas", sostiene un maletín marrón claro en su regazo, con la hebilla tintineando mientras lo acaricia.

"Hay siete defensas operativas desde esta posición", dice el hombre alto de pie tras él, con las tijeras ondeando sobre el desgreñado cabello del gordo.

"Y una de ellas *hace daño*", dice el gordo con una carcajada. Lleva una camiseta de color caqui impresa con una imagen desteñida de hombre barbudo que sostiene una pistola. «Daña mi calma», dice.

"Quédate quieto", dice el chico alto cortando un mechón.

"Hombre, ya no lo hacen, ya no hacen cómics así, ¿verdad?", suspira. Envuelve más fuerte el maletín con los brazos. "Todo sangre y truenos. Maldita sea. No demasiado corto, ¿vale?", se inclina hacia adelante, mira hacia atrás, el chico alto pone los ojos en blanco mientras levanta las tijeras. "No demasiado corto, ¿vale, Abe?"

"No demasiado corto", dice el alto asintiendo con la cabeza.

El gordo se sienta. "Sólo recorta un poquito", dice. "Pero que haz que quede bien", envuelve el maletín de nuevo con los brazos. "Pero rápido, rápido", dice inclinándose hacia adelante otra vez, mirando hacia atrás y, otra vez, las tijeras se levantan. "Ella podría estar aquí en cualquier momento. Reina del jodido mundo, tío", se sienta. La hebilla tintinea de nuevo. "Reina del jodido mundo".

"Timmo, hey", dice Abe. "Quédate quieto", corta y corta.

"En cualquier momento", dice Timmo. "Vamos, tío, vamos"

"Estate", dice Abe y corta, "quieto".

"Será increíble", dice Timmo. "No te importa, ¿verdad? ¿Salir un poco? ¿Cuando ella llegue aquí?", desabrocha la hebilla con un clic, la cierra de nuevo. Abrir, cerrar.

"Voy a buscar otra llave de Zach", dice Abe. Corte. "No hay casi nadie aquí de todos modos".

"Porque podría, ella podría simplemente", retorciéndose en la silla, y las tijeras se levantan y se alejan de nuevo. "Ella podría, quiero decir, salir por la puerta, ¿sabes?", Clic. Clac. Abrir, cerrar.

"Crees que", recortes, "crees que quiero quedarme por aquí para...", y entonces llaman a la puerta.

Abe levanta la vista, Timmo se sienta con el maletín agarrado al pecho, "Mierda", dice, y "Sí, sí", dice Abe, retrocediendo, sacudiendo mechones de cabello de los hombros de Timmo, Timmo encogiéndose de hombros, extiende las manos, el maletín en la otra mano ahora, a su lado. La llamada a la puerta otra vez, un golpe sordo, un ¡Hey! amortiguado, ¡Timmo!

"Ella sabe tu nombre, tío", dice Abe.

"Por supuesto que sabe mi nombre", murmura Timmo, pasando las dos deshechas camas individuales hacia la puerta, allí junto a la ventana, cortinas echadas. Él deshace el candado de la cadena y retira el cerrojo, maletín aún en su otra mano. Abre la puerta.

"Maldita sea, hombre, ¿puedo entrar? Es una jodida *locura* aquí afuera", pisando fuerte para quitarse la nieve de las zapatillas de deporte, largo abrigo verde y sudadera con capucha, retirándola de su cabeza, cabello rapado hasta un vello irregular alrededor de un holgado mohawk. La nieve atrapa la luz del estacionamiento, blanca brillante y rosa y naranja, girando, disolviendo el oxidado estacionamiento negro detrás de ella. "¿Timmo? ¿Hey? Es el jodido *Ártico* aquí afuera", una risa revolotea. "Calentamiento global, ¿verdad?"

"¿Y es ella?", llama Abe desde el interior de la habitación.

"Es Mel", dice Timmo, y ella dice: "¿Entonces puedo entrar?"

"Hey", dice Abe, llegando detrás de él. "Esa es Mel"

"Sí", dice Timmo.

"Esa no es ella"

"No", dice Timmo. "No lo es".

"¿Quién?", dice Mel, y luego "Venga, ¿no os estáis congelando?", y luego, frunciendo el ceño, "¿Qué pasa con ese maletín?"

Una casa que se parece mucho a las demás / Tango milonguero / Lo que importa y lo que no / Respetos

Una casa que se parece mucho a las demás a un lado de la calle, baja, recatada, cerca de la acera. "Acércate", dice el Duque señalando el bordillo poco profundo del camino de entrada frente a un garaje cerrado. "Sácalo de la carretera"

"Sí, está bien", dice Jessie, girando la rueda, retrocediendo y aparcando. "¿Entonces es aquí?", dice ella. "¿Leo?", él está abriendo su puerta, plantando su bastón, saliendo del coche. "Supongo que es aquí", dice ella antes de apagar el motor.

Ligeros copos de nieve en el ala de su bombín pardo y en los hombros de su abrigo de color ocre. La nieve sigue los bordes de los adoquines que serpentean a través de la chatarra del jardín, las hojas secas y el pasto moribundo; sube en perezosas corrientes por los escalones delanteros, se aferra a los paneles colocados en la puerta amarilla. "Siempre pasan años entre nevadas", dice. "¿Alguna vez has notado eso? Nieves adecuadas. Las he echado de menos", él respira profundamente por la nariz y deja salir el aire, una nube irregular iluminada de blanco por la intensa bombilla desnuda junto a la puerta. "Esta será apropiada. ¿Puedes olerlo?"

"No me gusta", dice Jessie.

Se da la vuelta para mirarla detrás del coche, chaqueta gris de chófer, largas medias negras y zapatillas Keds rojo oscuro en contraste a la nieve plumosa. "Esto me disgusta", dice él.

"¿Qué?"

"Tú", dice él y luego "Nada. No importa. ¿Demasiado frío?"

"Depende", dice ella abrazándose a sí misma. "¿Vamos adentro?"

Él se agacha gruñendo, apoyándose pesadamente en su bastón, con la mano libre levantando una esquina del felpudo para encontrar una llave, pequeña y cobriza. "No estoy seguro de que esté encendida la calefacción", dice volviendo a ponerse de pie. "Pero la vista es increíble".

Haciendo eco de pasos por un largo pasillo, agudos crujidos de las tablas frl suelo y crujidos en la oscuridad, el arrastre y el compás de la cojera del Duque en su bastón. "Debería haber un interruptor de luz", dice, "¿Detrás de la puerta?", desliza una mano por la pared, con el repentino clic de un interruptor su espalda se ilumina de color amarillo bronceado frente a la negrura ante él. "Y otro aquí arriba", dice avanzando y arrastrando las sombras. Los ecos cambian y se amplían, profundizan, se aplanan. Ella lo sigue, él aparece crujiendo por el pasillo. Golpea la punta de su bastón contra algo, luego el tintineo de una cadena, una bombilla solitaria, vidrio transparente, filamento de ámbar brillante suspendido encima de él, encima de un sillón sobrecargado, una mesita al lado en medio de una habitación vacía. Los reflejos se suspenden tenuemente en el aire más allá, ese filamento brilla de nuevo en la oscuridad, una pared de vidrio, una gran ventana que se extiende hacia arriba y alrededor de ellos. "Dale un minuto", dice el Duque.

"Yo he...", dice Jessie.

"¿Sí?", dice el Duque.

"Yo, yo, eh", dice Jessie mirando el sillón mullido. Detrás de ella, muy lejos por el oscuro pasillo, la luz amarilla junto a la puerta. "No... es", dice ella, "estúpido. Es simplemente, es. Extraño. Déjà vu. ¿Es él?", señala, "¿El Trono?"

"Sí", dice el Duque.

"Oh", dice Jessie.

"Adelante", dice el Duque. "Siéntate", él se está desabrochando los botones de su abrigo con la mano libre.

"No...", dice Jessie, con un filo en su voz, "no me andes jodiendo".

"Es solo una silla", dice. "Adelante", se apoya en un brazo de la silla, deja su bastón en el suelo junto a él. "Probablemente es el único mueble del lugar", se quita el abrigo de los hombros. "Siéntate".

"¿Qué estoy haciendo aquí?", dice ella, las palabras tiemblan bajo un peso.

"¿Quieres decir?", dice él quitándose el sombrero, "¿por qué tú?"

"¿Por qué yo?"

"¿Confías en mí?"

"No es eso".

"¿No lo es?"

"Tú no siempre pareces saber", dice ella, "lo que estás haciendo", y él se ríe y dice: "Habilidad e intención", dice, y luego, "Mi *intención* es buena. Te juro, Jessie Vitaly, que nada en absoluto podría suceder en esta casa que pueda hacerte daño", suelta la silla toma las manos de ella en las suyas. "No hay nada en esta tierra o debajo del cielo que pudiera conseguirlo", y él sonríe ante los ojos muy abiertos de ella. Levanta las manos hacia sus labios para un beso. "¿Qué te parece ese juramento?"

"Tú siempre", dice ella, "lo jodes todo, al final", se acerca a él, se aprieta contra él, le rodea con los brazos, él la rodea con los suyos, cara de ella hacia su hombro, choca con este, la gorra gris cae, y él mueve una mano para cogerla, falla, esta cae al suelo. "Jessie", dice, "Jessie. Mi hermosa niña. Mi chica de California", acaricia su cabello amarillo. "Bikinis", dice.

"¿Qué?", dice ella levantando la cabeza, echándose hacia atrás para mirarle a los ojos.

"Debería haberte hecho usar más bikinis", dice él con las manos

en las caderas. "Debería haber tenido una casa con una piscina. Permitir que te acostaras al sol. Hacerte mojitos. Frotarte con aceite de coco". Él la besa suavemente, y ella le agarra la cabeza entre las manos y lo besa a su vez. "Quizás en Laurelhurst", dice él.

"Eso es de lo que estoy hablando", dice ella. "Debería tener y debería haber. Como si algo hubiera pasado".

"¿No es así?", dice. "¿No ha sido así?"

"¿Qué haces aquí, Leo?"

Él se suelta, retrocede. Se inclina de nuevo apoyado en la silla. "¿Qué estamos haciendo *nosotros* aquí", dice. "Se necesitan dos para bailar el tango", se aleja cojeando hacia la gran ventana oscura más allá, su reflejo se ve allí delante de él y arriba, junto al rizo del cristal, el reflejo de ella tras él resaltado a la luz y más allá de ambos y a través de ellos más luces ahora, como estrellas, y él se da la vuelta, diciendo: "Ya me he quitado el abrigo. Mi camisa es la siguiente, mis pantalones. Zapatos, por supuesto. Calcetines", estrellas que brillan en el cristal tras él, fijándose en hileras y líneas ahora contra la negrura. "Tú, tú te quitas esa ingeniosa chaquetilla. ¿O tal vez todo será al revés? Los detalles no importan tanto". Bloques de contención de estrellas, edificios, torres, estrellas atrapadas en las esquinas de las ventanas, un millar de millares de ellas. "Vamos a disfrutar el uno del otro, tú y yo, y cuando sea el momento adecuado", y él cojea hacia la silla, y allí afuera, arcos y redes de luz definen puente tras puente, marchando a lo largo del río muy por debajo, y cada uno es mucho más grandioso y más glorioso que el anterior. "Cuando sea el momento adecuado", dice, "me sentaré en el Trono y desapareceré de esta tierra, o seré el Rey de todo lo que está a mis pies", se encoge de hombros. "Todavía no estoy seguro de si seremos capaces de notar la diferencia, honestamente", dice.

"Ha pasado un tiempo", dice ella. Dedos en su cuello, desabotonando.

"Desde lo de Tommy", dice él.

Sus manos se detienen allí, en el pecho, lo que podría haber sido una sonrisa plegándose.

"¿Qué?", dice él.

"¿Tommy?", dice ella.

"¿Qué hubieras dicho tú?", dice. "¿Qué pensaste?"

"Yo hubiera dicho", dice ella, "desde, desde lo de tu pierna. Desde que te rompiste la pierna".

"Mi pierna", dice, apoyándose en la silla. "Crees que mi pierna podría mantenerme alejado de ti".

"Algo lo hizo", sus manos caen.

"¿De verdad tenemos que hablar de esto?", dice. "¿Tú y yo, de verdad tenemos que hablar?", ella sube la mano y cierra el cuello de la chaquetilla. "¿Tienes idea de cuánto mejoraste en recursos...", dice. "cuando él murió?"

"Yo no vine contigo para mejorar recursos", dice ella.

"Yo *necesito* eso", dice. "Dependo de eso, mucho más de lo que yo... tú no, no envidias a Luys. Ni a Chrissie, ni a Laúru, ni al adorable y pequeño chiquillo que *tú*, podría agregar, recogiste detrás del mostrador de esa tienda de cómics".

"Leo".

"La Princesa", dice.

"Bueno, por supuesto que yo nunca...", dice ella, "No podría, ella es tu..."

"Yo no te envidio *a ti* con la Princesa". Él camina alrededor de la silla entre ellos.

Ella dice, densa, "Yo decidí olvidarla".

"Uno no", y suavemente acaricia su mejilla, su cabello, "se olvida de la Princesa Ysabel sin más", desabrocha el botón más bajo de su chaquetilla, luego el siguiente. "¿Cómo está tu mago?"

"¿Mago?"

"Locke", dice, "Luke, Lago..."

"Él no es un", dice ella retrocediendo, "no es un mago..."

"Bonitas zapatillas", dice el Duque, mirando a sus Keds de un rojo intenso en el charco de luz. "Un poco infantil para ti, pero sirven. ¿Cuándo las compraste?"

"¿Esto?", dice ella agarrando su chaquetilla para cerrarla de nuevo. "Yo siempre, eran de mi hermana..."

"¿Y ves?", dice él, lento paso hacia ella. "No sabía que tenías una hermana".

"Leo", dice ella. "Lo sé. ¿Vale? Fuiste directo desde el principio. Esto nunca ha sido más que un trabajo, para ninguno de nosotros. Eso siempre ha quedado muy claro. Es que...", y ella deshace el último botón. Deja que su chaqueta se abra, suelta, sobre el pecho desnudo, el vientre desnudo, los muslos desnudos, la ropa interior blanca y lisa, baja sobre sus caderas. "Antes era un trabajo diferente".

"Estaba claro", dice. "Te lo dije aquella noche. Bailando allí en el escenario. Lluvia. La chica más hermosa que jamás había visto".

"Fui la chica más hermosa que viste esa noche", dice ella.

"Esa noche hace un año. Hace casi un año". Cojea hacia atrás, se aleja, gira, extiende un brazo hacia ella. "Y aquí estás todavía", su mano en la silla. "Está anocheciendo en serio ahí fuera", dice.

Y luego dice ella: "No es el solsticio".

"No, no lo es", dice él. "Podría serlo, sin embargo, para cuando salgamos de aquí. ¿No sería eso curioso?", se aleja de la ventana. "¿Tienes que estar en algún lugar mañana? ¿La semana que viene? ¿Algún compromiso urgente?"

"Leo", dice ella.

"Siéntate", dice él. Ha comenzado a desabotonarse la camisa.

"¿Por qué haces esto?", dice ella con la mano todavía en la silla.

Otro movimiento de su brazo, apuntando más allá de ella ahora, hacia el fondo, hacia la luz amarilla que baja por el pasillo junto a la puerta. "Por Lymond, el Príncipe, ha regresado", dice él. "Por el chillido del Sabueso y el empujón del Guisarme. Por Jo Cazador, guiando a quien sea tirándole de la nariz y la Reina animándolos a todos ellos. Cuando hayan montado sus enredos y hayan resuelto su juego; ya sea cuando venga el Solsticio, o mañana por la mañana, brillante y temprana; para tomar el Trono deben pasar por esa puerta y cuando lo hagan", baja su mano entonces. Se frota el muslo haciendo un mohín. "Me encontrarán aquí como Rey ante ellos, o desaparecido por fin de este mundo. Ahora, por favor. Mientras podamos, pasemos un agradable interludio, antes de que me ponga nervioso. Siéntate".

Ella da un paso alrededor de la silla, con las manos en los brazos, se inclina hacia adelante con la chaqueta abriéndose y se posa con cuidado en el cojín. Dejando escapar un suspiro. "Vale", dice ella reclinándose hacia atrás. Mira a su alrededor "¿Ahora qué?", dice ella. "¿Vas a bailar para mí?"

"Podría", dice. "Podría simplemente, huir".

"Quítate la camisa".

"Estoy trabajando en ello", dice desabrochando los botones, labios fruncidos en una irónica sonrisa, los dientes sobre el labio inferior, balancea las caderas, hace una mueca. Las manos quedan quietas sobre el vientre. "No hay", dice, "ninguna forma sexy concebible de que un hombre se desabroche la camisa".

"Claro que sí", dice ella con una rodilla de medias negras enganchada sobre un brazo de la silla, Ked rojo colgando. Una mano en su regazo, dedos acariciando ociosamente algodón blanco. "Sólo, ya sabes. Ábrela. Libérate".

"Lo cual, tendría que abotonar todo el camino para eso", dice.

"Gallina".

"Es que no parece *sexy*".

"Como si eso importara", dice ella. "*A trabajar, nene*".

Él tira de su camisa entreabierta, hay un rasgón, un botón rebota en las sombras, y ella se ríe con un aplauso. Camisa ondulando, él cae de rodillas delante de ella con un gruñido, agarrándose al brazo de la silla con las manos, a la rodilla de ella, desliza las manos debajo de su muslo, pone las manos en sus caderas, engancha la cintura de su ropa interior. Ella no se ríe. Ella se está moviendo, levanta las piernas sobre la cabeza de él, junta las rodillas mientras él tira de sus muslos y ella levanta los muslos impulsándose con las manos para ayudarle a tirar de la ropa hacia abajo y ella gruñe cuando él separa las piernas con las manos, sobre los muslos, ella con los antebrazos sobre el cojín de la silla, su ropa interior colgando de una mano sobre el brazo de la silla, su otra mano en la nuca se enrosca en un puño lleno de cabello cuando él abre la boca.

<



Sábanas a rayas apretadas en su mano temblorosa, un gruñido áspero saliendo de su pecho, a través de su garganta, abriéndose en un aullido sin forma. Ella levanta la cabeza de pelo negro y rizos sueltos que se desenrollan sobre los hombros y bajan por la espalda arqueada y agitada mientras ese aullido se derrumba en ásperas respiraciones que terminan en un gruñido. Ella baja la cabeza, una mueca, sus caderas tiemblan, "Ja", de nuevo, "ja", y sus temblorosos

brazos se doblan abruptamente por los codos, ella se deja caer entre las rodillas levantadas, una envuelta en una suave abrazadera de tela negra, otra desnuda, una pálida mancha en la oscuridad.

Hay una luz que crece en esa oscuridad.

"Oh", dice ella, "Petra", voz amortiguada, codos sobresaliendo, "eres tú", se impulsa hacia arriba, cayendo sobre las arrugadas sábanas a rayas, iluminadas ahora con una dorada calidez brillante, un brillo constante que guiña sólo cuando ella junta las piernas. Ella se sienta, con los ojos muy abiertos y una mano en la boca. La mujer que yace a su lado se arrodilla, un brazo vuela sobre su cabeza, la mano cuelga sin fuerzas de una muñeca girada hacia arriba. La cara de ella, cabello, senos y garganta, y las almohadas bajo ella, y las sábanas, y cubiertas, todo ello empapado con luz dorada mate.

"¿Petra?", dice inclinándose sobre ella, la mano temblorosa es una sombra que cepilla esa cosa de la nariz de Petra, la boca, no es polvo sino lodo, grumos que se desmenuzan bajo sus dedos, "¡Petra!" dice arrastrándose, salpicando los dedos llenos hacia el suelo con brillantes y firmes golpes, despejando y oscureciendo la boca, la nariz, los ojos cerrados rodeados y azotados con oro. "Despierta", dice, "despierta, despierta, no estés, no estés..."

La mano de Petra oscila, los dedos se cierran. Su barbilla se agita. Su boca se abre, sus hombros se curvan, la garganta y el pecho ascienden cuando aspira un jadeo irregular y la luz gotea y corre por su vientre y sus costados. Su otra mano se estira y golpea el hombro de Ysabel. Los brazos de Ysabel sobre Petra atenuan la luz, ensombrecen la habitación mientras ella cubre a Petra, que ríe débilmente. "Guaa", dice Petra con la más mínima caricia de una palabra, antes de que Ysabel le aplaste la boca con un beso.

La mano de Petra cae del hombro de Ysabel.

"¿Petra?", dice Ysabel retrocediendo, sentándose, la habitación brilla de nuevo, esa luz se extiende por la alta y ancha cama, por la mesita de noche llena de basura, por el cristal blanco y negro de la ventana brillando. "No...", dice Ysabel, "no te atrevas", zarandea el

hombro de Petra. La cabeza de Petra se desploma laxa en ese charco de luz.

Ella se retira rápidamente atrás, peleando con el pie descalzo, buscando el borde de la cama, cae rodando para quedarse allí temblando, mirando a su alrededor, la puerta entornada, y da un paso y luego otro y se inclina hacia adelante, agarrándose, aferrándose a sí misma. Se apoya en el marco de la puerta. Mira atrás, hacia la forma de Petra quieta e inerte en todo ese oro.

El pasillo está oscuro, pero ella no, el oro salpica sus muslos y vientre, le mancha los pechos, la boca, una mano está empapada en él. Ella la levanta, la mira mientras da un paso y otro por el pasillo oscuro, una puerta cerrada en la pared frente a ella, más allá de la bostezante oscuridad, la sugerencia de una habitación. Al girar y volver girar, más allá de la puerta del dormitorio, el pasillo termina en otra puerta, y ella cae contra ella, se aferra a ella, con el pomo de la puerta traqueteando en sus manos cuando la abre, entra, el pomo queda húmedo de luz. La mano se oscurece mientras deja brillantes huellas de la palma en las paredes a su alrededor. El repentino y espeso clic de un interruptor y allí queda ella, destellando, desnuda bajo la intensa luz blanca del techo, apoyada en un lavabo de un baño de azulejos blancos.

Mueve los grifos, el de agua caliente y fría resuenan bajo la repentina ráfaga de agua que sisea. Ella frota, frota una mano sobre la otra, las ahueca, las llena de agua, se inclina para salpicarse la cara, y otra vez. se frota la cara, los ojos, alza la vista para encontrarse en el espejo, cabello negro salvaje, ojos rojos, mechones dorados. Respira hondo y se abraza, firme, su temblor detenido de repente. Detrás de ella, en el espejo, una bañera, cortina de ducha pálida y translúcida cerrada. A través de la cortina una forma gris tenue, una sombra. Alguien de pie en esa bañera detrás de ella.

Ysabel deja escapar el aliento, temblorosa, lentamente, baja las manos para apoyarse nuevamente contra el lavabo. "¿Estás aquí por ella?", dice ella.

"No", dice una voz, "No lo estoy", lúgubre, tan fría y gris como el hormigón viejo.

"¿A por mí, entonces?"

"En cierto modo, por así decirlo. No os déis la vuelta. No deberíais mirarme, todavía no". En el espejo, la sombra se mueve, lo que podría ser la inclinación de una cabeza. "Estoy aquí para presentar mis respetos. A Su Majestad".

Ella sofoca una carcajada, se muerde el labio y cierra los ojos.
"¿Qué? ¿Así sin más?"

"No hay Trono para vos", dice la voz. "Ni estandarte que reclamar. Un día, no sois la Reina, y al siguiente. Lo sois".

"¿Quién ha dicho que es?" / cualquier Regla / Investidura / Eclesiastés, capítulo 10

"¿Quién ha dicho que es?" Puerta entreabierta, cadena de seguridad tensa, la rendija de una cara detrás, ceño fruncido, recatado bigotillo.

"Un amigo", dice el hombre en el pasillo, tenso. "De tu hija. Gloria. Su cabello es largo y negro y húmedo, chaqueta sin forma gris, pie descalzo, rojo y crudo, atascado entre la puerta y el marco.

"Ese no es", dice la voz detrás de la puerta, "su nombre, no es ese" y "Ya lo sé", dice el hombre en el pasillo. "Es el que ella me dio".

"¿Papi?", dice alguien, otra persona.

"Está muerta", dice el hombre en el pasillo levantando la cabeza, inclinándola con una oreja hacia la rendija. Un muy leve crujido, una puerta, una tabla del suelo. Él lleva un parche negro en un ojo. "La maté yo".

"Tiene que irse", dice la voz detrás de la puerta. "Voy a llamar a la policía".

"Papi, ¿quién es?", dice otra persona.

"Suzette, atrás, vuelve a tu habitación", dice la voz detrás de la puerta, y "Suzette", dice el hombre en el pasillo con delicadeza. Roza la cadena de seguridad con la punta de un dedo. Un estallido, una chispa roja opaca, la cadena se parte en dos extremos que saltan chocando contra la jamba y la puerta. Él lanza el hombro con un golpe carnoso, un gruñido, la puerta tiembla, se abre de golpe y él entra a un recibidor amarillo pálido, un hombre corpulento caído de espaldas contra un sofá de cuero, piernas desnudas pataleando, pies resbaladizos buscando apoyo bajo los amplios faldones de una

bata blanca satinada, "Atrás", dice el hombre impulsándose en posición vertical. Roce del sofá contra el suelo.

El hombre en la sala, con dos largos pasos rápidos se inclina y una mano golpea una gruesa garganta, la levanta, la gira, golpea unos hombros contra la pared amarilla. Zapatos taconeando. Una zapatilla cayendo. Él se inclina hacia atrás, alejándose de una luchadora mano de dorso pecoso. La bata blanca está impresa con kanji en gruesos trazos negros. "Por favor", dice esa otra persona.

Todavía sosteniendo al hombre grueso contra la pared, Orlando gira la cabeza. Al otro lado de la habitación, más allá del sofá, la mesita de café, el estante bajo cuidadosamente alineado con libros, ella está de pie, pelo negro atado, sin ribetes, flequillo rosa brillante, manos agarradas una encima de la otra alrededor del vientre, con una gran camiseta blanca. "Bájale", dice ella, su voz muy pequeña, ojos con rímel en negro y rojo. La camiseta dice «Dem Toten Hasen» en grandes letras moradas. "Fui", dice, "Me fui a casa", y su voz se encuentra bajo esa palabra, alzándose, tropezando, "¿cómo...?, ¿cómo lo hiciste, cómo pudiste...?"

"Casa", dice Orlando volviéndose hacia el hombre que está sosteniendo contra la pared. Esas manos pecosas que intentan apartar las suyas. Las mejillas y la frente teñidas de rojo junto a ojos temblorosos. "¿Dónde está el hogar para aquellos como yo? Yo rompo todas las reglas". Bajo el recatado bigotillo, una boca se abre en un gorgoteo cuando la mano se cae. "Cualquier regla", dice Orlando.

"No", dice ella.

"¿No qué?". Abre la mano. El hombre corpulento cae de rodillas y se dobla para colapsar detrás del sofá. Con la mano en la boca, ella da un paso hacia él y otro, pero se detiene de golpe cuando Orlando dice: "Me han quitado la espada".

Ella mira a su padre sentado en el suelo y arrastrando una respiración sibilante, mira hacia Orlando sobre él, con las dos manos juntas detrás de la espalda. "Con la que te maté", dice.

Su padre tose. Trata de aclararse la garganta.

"Todavía me duele", dice ella.

"Ella escapó", dice Orlando. "Me engañó y escapó, y eso no les gustó ni una pizca. Lugar...", dice, "y tiempo. Se llevaron mi espada".

"Fuera de...", dice su padre frotándose la garganta, "de mi casa", y ella dice, rápidamente, rodeando los estantes, el sofá, "iré contigo, lo juro. Déjame coger mi abrigo".

"Pero ambos sabemos", dice Orlando, "que tengo otra".

Ella grita, se avalanza hacia él chocando con el brazo del sofá, la mano de él salta lejos de ella, alzándose mientras él cae sobre una rodilla, bajando en un arco corto y brillante, su padre gruñe. La mano de ella en el respaldo del sofá. La mano de él sobre una empuñadura blanca como el hueso envuelta en una áspera tela negra, el talón de su otra mano en el pomo empuja un leve sonido húmedo, la mano de ella le golpea en el hombro, empujándolo y derrumbándolo en el suelo. Él levanta la vista hacia ella, parpadeando para apartarse la sangre del ojo. El largo cuchillo queda en posición vertical dentro del vientre de su padre.

"Está nevando", dice Orlando, poniéndose de pie mientras ella busca a tientas la mesa angosta contra la pared, tirando un cuenco, esparciendo monedas. "¿Qué?", dice ella mirando atrás con un teléfono en la mano.

"Está nevando", dice Orlando, volviéndose y saliendo al pasillo. "De nada, Gloria".



En esta farola deslumbrante, a la vez demasiado brillante y pálida, es difícil ver al gato de mermelada, agitado por la nieve que cae. Una chaqueta de cuero cruje, un hombre en cuclillas, "Tch-tch",

dice tendiéndole una mano. "Gatito gatito". Mechones de cabello rosado eclipsan esa luz delgada. El gato se levanta sobre las patas traseras, sale tropezando contra la rueda de una de las bicicletas estacionadas al borde del patio. "No solía ser tan asustadizo", dice el hombre en el estrecho porche delantero.

"¿Cómo se llama?", dice el hombre en la acera.

"No sé", dice el hombre en el porche iluminado por pequeñas luces blancas suspendidas a lo largo de la barandilla, vestido con un holgado mono oscuro. "¿Tim?" Su cabello peinado con sudor o gomina, gruesa línea oscura bajo cada uno de los ojos. El gato se aleja entre el montón de bicicletas, haciendo una pausa para sacudirse delicadamente la nieve de una pata. "Tim", dice el hombre en la acera poniéndose de pie.

"Eres Ray, ¿verdad?", dice el hombre en el porche. "Te has perdido muchas tareas pendientes. Ha pasado un tiempo, ¿no? ¿Cómo te va? "

El hombre en la acera echa la cabeza hacia atrás. "Sí", dice parpadeando, sacudiendo la cabeza, mirando abajo a los copos de nieve desde un ojo pálido y otro oscuro. "Estoy aquí para ver a el Diablo", dice.

El hombre en el porche levanta un cigarro en una blanca mano enguantada. "El Diablo", le dice. "No sabía que tocabas la guitarra". En la barandilla, entre la maraña de luces, una máscara, pelaje gris, orejas de conejo flácidas, y una fea cara de calavera metálica.

"El Oxys, tal vez", dice el hombre en la acera. ¿El Mendigo? ¿El Brujo?" A un lado del porche, una figura en la sombra se apoya contra el pelado revestimiento rosa, una tosca armadura de mimbre, la nieve cubriendo las esquinas de su urdimbre y trama. "Incluso a el Espantoso Deshuesado", dice el hombre en la acera, "si pudieras", y luego se encoge de hombros. "Todavía no estás muerto". Esos ojos sobresalen por encima de una sonrisa de irregulares dientes. "Sólo eres un payaso".

El cigarro cae, "¿Sólo?", dice el hombre en el porche con el peludo

mono gris, y el humo se riza alrededor de la palabra.

"No es algo *malo*", dice el hombre en la acera, una ráfaga de nieve se arremolina a su alrededor. Arriba, en el porche delantero, se abre una lúgubre puerta roja que bosteza hacia la sombra. "Pero, en serio, el Diablo, o el..."

"No hay Diablo", dice la mujer que sale al porche. Pelo corto color bronce casi negro a la luz. El payaso se encoge de hombros, "O el, ¿qué?", dice él, mientras el hombre en la acera dice: "¿Yelmo?" Su sonrisa desaparece, alza una ceja. "¿No tienes frío?"

"En realidad no", dice el payaso.

"No hay Yelmo", dice la mujer, la luz acaricia su piel desnuda, reluce en el pulido torque que le rodea el cuello.

"Lo hubo, sin embargo", dice el hombre en la acera. "Lo habrá de nuevo".

"Vas tanteando a ciegas en la oscuridad, aquí", dice el payaso.

"He vuelto", dice el hombre en la acera. Cierra un ojo, luego el otro, de un lado a otro. "No estamos todos en eso, ¿verdad?", dice.

"Como he dicho, te has perdido tareas", dice el payaso, y "¿Quién eres tú?", dice la mujer, "Ese tal que ha vuelto?", mientras el payaso dice, "pero si quieres entrar fuera de la nieve", ese cigarro ondea alegremente, y la mujer dice: "¿Es que regresar significa algo en absoluto? "

"Pero no conviene armar jaleo", dice el payaso. "Al entrar".

"Linessé, ¿no? ¿No es así?". Lymond sale de la acera, cruza el patio hacia la casa. "Prometida al Halcón, cabalgaste con, la Daga, el Arpista, el Absolvedor..."

"La Daga ya no existe", dice la mujer. "La gente está superándolo durmiendo", dice el payaso.

"Está bien", dice Lymond, un pie en el escalón inferior. "Todo está bien. He vuelto". La nieve se desliza por los pliegues de su chaqueta cuando él echa mano a la cremallera del cuello y tira de ella hacia abajo con un movimiento. Mueve un hombro fuera y luego el otro, "Toma", le dice a ella inclinándose hacia adelante. Sostiene esa chaqueta colgada de la mano. "Tómala. Pero has de saber ", dice, "que cuando lo hagas", ahora aprieta el puño en el cuello de la chaqueta. "también aceptas con esto nuestra mano, estas, nuestras Marchas del Noreste".

Ella se echa hacia atrás. El payaso mira, desde el pie de los escalones, a las cabezas de cada uno de ellos, a Lymond, camiseta morada en la nieve a lo largo de su brazo desnudo y flaco, hasta esa chaqueta negra, pesada y quieta. "Hay toda una historia", dice el payaso envuelto en humo, "tienes que seguir aquí, no está allí".

"Alteza", dice Linessé.

"No hay Alteza", dice Lymond. El payaso bufó.

"No podéis...", dice Linessé.

"Ya has oído lo que hemos dicho".

"Sois demasiado generoso".

"Oh", dice Lymond. "Esto no es un regalo".

La mano de ella en la chaqueta entonces. El payaso se aleja de la barandilla, se endereza, observa la chaqueta levantarse en el aire mientras la mano de Lymond cae, "Tú", dice el payaso, la chaqueta se balancea para acomodarse sobre los hombros de ella, las mangas se retuercen, infladas con el peso de brazos, "¿cómo...?", dice el payaso, las manos se deslizan de las mangas para agarrar la parte inferior de la chaqueta, la cierran sobre las caderas, "¿no estabais...?", dice el payaso. "¿Cómo?".

Lymond está subiendo los escalones. "¿Está ella dentro?"

"Lo está", dice Linessé tras el sonido de una cremallera.

"¿Y con ella?"

"Sólo quedan tres". Ella alisa el cuello de la chaqueta sobre el pulido torque.

"Muy pocos", dice Lymond. Y luego, "¡Venid, Marqués! Habéis hecho vuestra elección". Mueve una mano hacia la bostezante y lúgubre puerta roja. "Vos primero".

En la oscuridad interior y cerca, ella le toma de la mano. Un mayordomo en el pasillo amontona abrigos y bufandas superpuestas, un espejo moteado, botas y zapatos apilados sobre y alrededor de un banquillo. Tropiezo y golpe, el payaso detrás de ellos, "Mierda", dice él luchando con la cabeza de conejo bajo un brazo. A un lado, una puerta ancha, una habitación rojiza de techos altos, una larga mesa de comedor, una mujer sentada, iluminada de un azul intenso y blanco junto al ordenador portátil abierto ante ella. Acostado a lo largo de la mesa, dormido entre un caos de vasos y botellas en su mayoría vacías, un hombrecillo redondo en bikini estampado de leopardo, fina barba curvada con pintura blanca. Un silbido, la luz roja y amarilla palpita en la habitación. Más allá de la mesa, alguien agazapado atiza la leña de un hogar de piedra, soplando, tosiendo. Sobre él, una figura angosta que la luz del fuego no alcanza hasta que se gira, amarillos y rojos como ascuas bordeando su nariz, su mejilla, revelando las rayas blancas entrelazadas a través de su loca melena negra. "Eres feo", dice ella, y hay óxido en sus palabras.

"Y vos", dice Lymond, "sois hermosa". Allí, en la amplia puerta, con Linessé y el payaso detrás de él. "Una grandeza de muchas cosas se transforman desde donde deberían estar. Vos, escondiéndooos detrás de las paredes, enviando imbéciles para que abran la puerta que yo golpeo. Vos, borracha sin piedad", su voz se alza mientras él entrar en la habitación, "y finalmente no lo soy. Ni una grandeza", y luego se detiene, su mano descansa sobre la mesa. "Ni muchas cosas". La mujer frente a él está cerrando el ordenador portátil, moviéndose inquieta, atenuando la luz de la habitación, empuja su silla hacia atrás. Su traje de animadora verde y amarillo. "Espera", dice el payaso alcanzando su brazo, "tienes que, Ray, él

solo, ha hecho un truco de lo más increíble, en el porche, simplemente, de la nada", y la animadora le acaricia el hombro de piel gris. "Eres un idiota, Glenn", murmura ella, y se va.

Lymond dice en voz baja: "No quiero pelear, Madre".

El hombre junto a la chimenea se endereza, secándose la calva con una mano sucia, el atizador sigue en la otra, traje desabrochado sobre un pecho desnudo y hundido, pulido torque brillando alrededor de su cuello. Avanza y da un paso hacia la enjuta figura ante él con el susurro de una capa hecha jirones, emerge una mano y dedos pálidos de uñas ásperas rozan la parte superior de la mesa. El hombre que yace a lo largo se agita en su sueño. El tintineo del vidrio. "¿Qué importa...", dice ella. "lo que tú quieras? Serás combatido".

"Ya he ganado", dice Lymond. "He vuelto. Seré Rey. Vuestra hija, Reina. Todos seguiremos adelante. ¿Cómo...?" Y su cabeza se sacude lentamente de lado a lado, "¿cómo es que este no es un día feliz?"

"No eres *mío*", dice ella.

"Sin embargo, sois tanto mi Madre como de ella", dice.

"Te *fuiste*", dice ella.

"Él se fue", dice Lymond. "Yo sólo seguí adelante, un poco. Vi..."

"*¡Nada!*" grita ella y un vaso cae al suelo.

"Vi", dice Lymond, "a dónde vamos. Cada calle una esquina, cada esquina una torre, cada torre diez mil ventanas y en cada ventana una lámpara. Y todas las lámparas estaban encendidas, y todas las calles estaban vacías, y todo estaba muy tranquilo", se inclina sobre la mesa, sobre el hombre que yace dormido sobre ella, "tan tranquilo, que se podía escuchar la nieve dejar de caer". <

"No viste nada", dice ella.

"Si continuamos", dice.

"Y tú". Ella levanta la nariz, la barbilla, mira más allá de él, hacia Linesse detrás de él. "¿Todo lo que necesitas para volver a ponerte abrigo es el regalo de otro?"

"Tenía frío", dice Linesse, y Lymond levanta una mano, "Chazz", dice él. "Un Rey necesita a su Diablo".

El calvo se ríe, baja el atizador en su mano para golpear el suelo con la punta. "Nada más lejos de mí que de nadie más de nosotros en esta sala el encarnar tan a fondo un aforismo, pero", y otra vez la punta del atizador, "la tentación es demasiado deliciosa. Pues si el espíritu del regente se alza contra ti, no abandones tu lugar; por ceder pacífico", y levanta el atizador en su mano, "ante grandes ofensas".

Lymond asiente con la cabeza ante eso.

Se oye el arrastrar de una silla y esa figura enjuta susurra pesadamente. "No sé qué pensabas ganar al venir aquí, pero no lo has hecho", y ella tose, se inclina, jadea, y Chazz apoya una mano en el respaldo de la silla. "Tú", dice ella apoyándose contra la mesa, las botellas tiemblan, "ni siquiera te pareces a tu..."

"Un payaso", dice Lymond, y "¿Qué?" dice Glenn detrás de él. El hombre que está sobre la mesa levanta una mano y se lleva los nudillos a los ojos. "Tenemos un payaso, ahora", dice Lymond. "Tenemos un semejante. Y ya hemos ganado. Esta casa, el Yelmo", y él levanta la vista y da la vuelta. "Esta casa". Arriba, en las sombras lamidas por la luz del fuego a lo largo de las líneas de rostros de moldes de espuma de poliestireno y cabezas de maniquí agrupadas en hileras llenas de gente alrededor de la habitación, y cada una de ellas pintadas con gruesas líneas y rizos y caligrafías en rojos y negros y azules, ojos y bocas exageradas en negro y azul, mejillas y barbillas, rictus fijos en alegría, maravilla y deleite, y aquí y allá una sombría recriminación, y ninguno de ellos es igual a otro. "Está sujeta a un acuerdo hecho con el Rey antes que nosotros, y al igual que la casa de Buenamigo al otro lado del río, o, o...", frunce el ceño cuando el hombre en la mesa se sienta bruscamente y una botella

golpea el suelo intacta. "Donde dejamos a nuestra madre", dice Lymond. "Una casa libre y abierta, donde ella podría estar a salvo. Dentro de su territorio, Marqués, pero no es su competencia. Y cuando ella olió el primer indicio de nieve en el aire, vine directamente aquí". Crepitar y pequeños estallidos de la chimenea, y Chazz se vuelve hacia él, atizador preparado. El hombre en la mesa resopla y tiembla. Con su chaqueta de cuero crujiendo, Linesse mira desde la figura en la cabecera de la mesa hasta Lymond allí en el otro extremo. "Ella espera", dice Lymond, "pero ella no puede obligarse a pedir que yo responda y me adhiera a ese acuerdo".

"Nieve", dice el hombre sentado en la mesa, volviendo a colocar la parte superior de su bikini. "Maldita sea, Ray, ¿has dicho nieve?"

"Bueno, demonios", dice Glenn, "es lo que les he estado diciendo a todo el mundo hace media hora y nadie ha querido salir y mirarlo".

"¿Qué hora es?", dice el hombre que está en la mesa, parpadeando a toda prisa, deslizándose hasta el borde, tintineos y roces y otra botella cae, estalla. "Mierda". Glenn ha dado un paso adelante, arrastra los pies de un lado a otro mientras Lymond gira hacia aquí y allá y de regreso, "Ah", dice él por fin, "es sábado, sábado por la mañana". Linesse se adelanta para ofrecerle una mano al hombre que salta de la mesa. Este se sube la parte inferior del bikini sobre las caderas. "Sábado muy temprano", dice Lymond volviéndose de nuevo. Bajo la mesa, esas manos pálidas cubren esa cara de bordes afilados, y los hilos blancos enredados en el grueso cabello negro se tiñen de rojo y rosa por la luz. "El día siguiente es domingo", dice. "Un día de Zoopedaleo. Y, con nieve o sin nieve, lo haremos" y él extiende las manos, y muestra una media sonrisa bajo ojos radiantes y saltones, "El Zoopedaleo más enorme, más grande y más asombroso jamás visto".

El payaso en bikini todavía parpadea, rápidamente, rascándose la nuca. Se encoge de hombros. "Sí, claro", dice. "Podríamos hacer eso".

"Ahora", dice Lymond y junta las manos. "Tenemos lo que hemos venido a buscar. ¿Marqués? ¿Glenn? Atendedme", y da la vuelta para salir de la habitación.

"El domingo, día del Sol", dice Chazz, "el día en que todos podemos descansar. Pero no, ese día, el Solsticio. El sol no se detendrá para ti mañana".

Lymond se detiene allí en la puerta. "¿De verdad ha pasado tanto tiempo, Chazz?", y dice ese nombre con bastante cuidado, "¿desde que has hablado con un Rey?"

"Siempre hay un Rey, muchacho", dice Chazz.

"Entonces debes saber que", dice Lymond. "El Solsticio no es el día en que el Rey regresa. El día en que el Rey regresa es el Solsticio".

La nieve está cayendo más espesa ahora. Con su camiseta morada, Lymond se abraza y sacude el cabello rosado que se menea mientras baja y baja los escalones. "Majestad", dice Linessé, en la parte superior de ellos. Glenn detrás de ella, la cabeza del conejo todavía sujeta bajo su brazo.

"El frío", dice Lymond en el patio, hablando por encima del sonido de la nieve tartamudeante. "Lo sientes, ahora".

Ella asiente, tiritando en su chaqueta, mirando hacia abajo, piernas desnudas, pies descalzos. Lymond dice: "Y sabrías en que estamos metidos", y sus temblores desaparecen y ella levanta la vista y asiente con la cabeza una vez, firmemente. "Sí señor", dice ella.

"Siempre os diré lo que pienso, Marqués", dice Lymond. "Sólo tenéis que preguntar. Solo uno no hace quórum." Él gira hacia el Oeste, hablando entre dientes de la nieve. "Vamos a reclamar otro estandarte para nuestros anfitriones". Mira atrás hacia ellos en el porche, y su sonrisa regresa. "No está lejos. Pero estoy seguro de que encontraremos algo en el camino para mantenernos calientes".

"¿Estamos, eh, entonces, vamos a caminar?", dice Glenn siguiendo a Linessé por los escalones.

"¿Ves algún coche?", dice Lymond alejándose por la acera.

Cepillando suavemente el Polvo / una vida tan pequeña / cuán diferente se ve: "¿Ya está ?"

Cepillando suavemente el polvo de esa cara dormida, las yemas de los dedos retiran un montón desmoronado de la almohada a la palma, ambas manos juntas ahuecan el resplandor irregular, se levantan hasta unos labios fruncidos para soplar suavemente el polvo, que se eleva en grandes olas lentas que no caen, un remolino brillante, un millar de miles de estrellas doradas, una galaxia de átomos que las ilumina a ambas acostadas en la cama alta y ancha, cuerpos sombreados en formas sobre sábanas rayadas, a la deriva entre más polvo. "La besé, una vez", dice Ysabel. "Por una taza de café. Y esta noche, ella, ella...", una pesada madeja de rizos se desprende al encogerse de hombros.

"Ella os quería. Ella no sabía lo que implicaba teneros.

"Yo no lo sabía", dice ella, con finas palabras. "No tenía ni idea". Una mano manchada de oro acaricia una mejilla brillante y dormida, las caricias se enredan en el corto pelo negro. Su otra mano se extiende sobre el pecho desnudo con polvo de oro, las yemas de los dedos pasan por el encaje negro todavía sujeto alrededor del cuello. "¿Se despertará?"

"Ella se despertará". Más allá de la puerta que bosteza hacia el pasillo sin luz, una confusión, un cambio de postura tal vez, un roce de ropa. "Se despertará cuando haya amanecido y, si no os ve aquí, se preguntará por qué su cama está llena de arena. Maldecirá la necesidad de barrer el suelo y lavar su única ropa de cama y frotarse el cuerpo en el baño, y en el almuerzo con sus amigos cuando las manchas dispersas aún atrapen la luz en su mejilla o en la esquina de un ojo, hará inanes bromas sobre la brillantina y el pegamento y el arte de la escuela primaria. Y en los días y semanas venideros se encontrará de vez en cuando mirando a la nada, y su pecho se abrirá de golpe, y el corazón de su corazón se marchará, y

ella no tendrá nada a mano, más que piedras, que puedan llenar el doloroso hueco, y no sabrá por qué. Pero esos momentos pasarán; llegarán a ella cada vez menos y más débiles a medida que pase el tiempo. Pero aún vendrán, hasta el final de sus días".

Inclinándose, ella presiona un simple beso en esos labios dormidos, luego se sienta. "Debería irme", dice ella. Tira de las sábanas y las mantas para liberarlas, las coloca sobre el cuerpo a su lado, desprendiendo más nubes brillantes.

"Podríaís. ¿Pero adónde?"

Arrojando las mantas sobre los hombros, ella no mira hacia arriba, no se da la vuelta. "¿Contigo?", dice ella.

Y un silbido de aliento inhalado desde el pasillo, y la luz de todo el cuarto tiembla. "Todavía no". Un suspiro y la luz comienza a girar. "Todavía no, no durante un buen tiempo".

"¿Cómo...?", dice ella, pero la siguiente palabra es solo una forma en su boca, y ella traga, y comienza de nuevo. "No tengo nada", dice ella. Encendiendo la cama, la luz nada sobre ella. "Ni una sola cosa". Baja un pie hacia las sombras arrugadas que se extienden por el suelo, pero ella no apoya el pie. "Incluso mi ropa es de otra persona".

"Espero que el abrigo sea cálido, Majestad".

Ella mira hacia arriba, hacia la oscuridad, abrazándose a sí misma.

"Nieva. ¿No lo oís? Cinco centímetros o más, mientras estabais...", y otro silbido de respiración, más frío, más suave, "por otra parte...", mientras Ysabel dice "Follando", bruscamente. "Mientras estábamos follando. Dilo. Es una palabra perfectamente válida para lo que estábamos haciendo".

"Majestad. Eso es indecoroso", pero ella le ha dado la espalda de nuevo, agitando la luz almibarada con una mano despectiva. "¿Y este es el gran misterio?", dice ella alzando la voz. "¿Así es como las

Reinas pueden ser aceleradas? Porque la maravilla es que no haya sucedido ya cien veces antes". Se inclina sobre el cuerpo dormido a su lado, el pelo cae en una cortina ante su cara. "¿Esta mujer, entonces, Petra B, la convierte esto a ella en Rey de las Rosas? ¿Y ahora soy yo su Prometida?" Levanta su cabello hacia arriba y hacia atrás sobre su hombro, un gesto que desencadena otro vuelo brillante en el aire, levanta la vista y todo pasa a la oscuridad. ¿O lo será la camarera que besé aquella noche, o la bailarina? ¿El Estornino? Y qué buena forma de devolverle la broma al Duque sería eso". Ella se levanta entonces, se despliega junto a la cama para pararse en una horrible y lenta colisión de luz, chispas que destellan y estallan aquí y allá, y acá. "O esa chica espantosa que me cortó, me abrió y comenzó que todo brotara. Que está muerta ahora, ¡pero no importa! ¡Que todos la saluden! Todos saluden al Rey retornado". La luz se está calmando, brillando en su cabello, se posa en sus hombros, sus senos, en la mano en su cadera, en su rodilla ladeada, así. "¿O debe..." dice ella, "el Rey ser un rey? ¿Es entonces el Mooncalfe? Quien me derribó tan hábilmente y me hizo perder el pie. ¿Es él quien se sentará ahora en el Trono Vacío? ¿Es así donde termina todo esto? "

Un crujido, una tabla del suelo, tal vez. "Vuestro hermano", dice esa voz, lenta y lúgubre.

"Espera al Rey", dice ella, "Espero al Rey, espero a que el Rey tome mi mano y me lleve galantemente a mi carroza. Mi carroza, mi carga, mi guí y toradh; Su mano. ¿Mi hermano? ¿Él?", pero la siguiente palabra tropieza y ella cierra los ojos. Se muerde el labio. Se sienta de nuevo en el borde de la cama. "Sí, él dijo, sí, hubo una vez reinas, reinas salvajes, en las montañas, que hilaban con la paja cualquier oro que quisieran. Ojalá pudiéramos aprender su secreto, ese misterio, ¿por qué? Porque tú puedes ser Reina, Ys, y yo puedo ser tu Rey, y tú *nunca* tendrás que tomar la mano de nadie..."

"Él os ama mucho".

"Me abandonó".

"Majestad..."

"No me llames así", dice en voz baja y tranquila.

"Pero ahora sois la Reina".

"Debido a esto", dice ella recogiendo un puñado de polvo.
"¿Cuánto crees, un firkin? ¿O más?" Ella deja que brille entre sus dedos. "El rescate de una Reina", dice ella.

"O de una ciudad".

Entonces arroja el polvo hacia la puerta abierta, pero florece en remolinos e inútiles soplos de luz que no alcanzan las sombras. "¿Lo dejarías aquí, como arena, para que ella lo barra?", dice ella.

"Haréis más".

La luz se filtra del aire oscuro. Los toscos resplandores lamen los bordes de las cosas, las mantas colgadas detrás de ella, la mesita de noche abarrotada allí, una copa de vino y un vaso de plástico, botellas y frascos de lociones y cremas, un reloj despertador coronado por pequeñas campanas, un falo pálido y estriado, un revoltijo de llaves en un anillo, el enredado arte de su cabello cuando su cabeza se inclina. Las desnudas pendientes de sus hombros. "Me rompí", dice ella, brazos cruzados en su regazo, codos ahuecados dentro de sus manos, pies en el suelo dorado, cruzados uno sobre el otro. "Necesito un", y luego ella tiembla, sacude la cabeza, rechazando lo que podría haber sido una risa. "Ni siquiera tengo cigarrillos", dice, y luego, "vi, hoy, lo que no había visto aquella mañana. Cuando comí la lengua." Mira hacia arriba ahora, arriba y arriba en la habitación oscura. "Le dije a cualquiera que pudiera escuchar que me había visto a mí misma, como Reina. Y Jo, a mi lado, y ningún Rey en absoluto. De eso yo era consciente ". Ella cierra los ojos. "Pero", dice ella. "Yo no estaba suntuosamente vestida. Jo llevaba una de sus camisetas. Una de esas horribles camisetas. Y era un día glorioso, un cielo azul, y solo una gran nube blanca y dorada, y", ella abre los ojos. "Tenía forma, era una forma que uno podría haber tomado por una Cierva, por el estandarte de la Prometida. Pero era sólo, una nube, y su mano, la sostuve, su mano. Y todos a nuestro alrededor", y ella respira, y mira hacia abajo, de vuelta al pasillo sombreado. "Todas las personas a nuestro

alrededor, solo personas, se ocupaban de sus asuntos y no prestaban atención. Y yo no me había dado cuenta, hasta entonces, no se me había ocurrido antes. Yo sólo estaba, sólo estábamos". Otro suspiro, profundo, tembloroso. "Una vida tan pequeña", dice ella, "pero aún así. Y ahora... has venido a decirme que soy la Reina. Y ella se despertará. Y yo debo irme". Ambas manos en su regazo otra vez, y su cabeza inclinada hacia abajo. "Necesito un cigarrillo".

"Yo... no puedo ayudar con eso".

"Entonces, ¿de qué sirves?", dice ella y se pone en pie. El polvo levantado del suelo brilla sobre las formas de la ropa desechada. Ella se agacha para agarrar algo.

"De poco, excepto a veces. Cuando podría transmitir algún mensaje, o tan nimia noticia, como podría ser, por ejemplo, sobre vuestro hermano".

"La petulancia no se", dice ella bruscamente, "convierte en...", pero luego mira hacia arriba, con una camiseta pálida en sus manos, y "tú", dice, una pequeña palabra. "¿Lymond?"

"Incluso él. Él ha regresado".

"Lo dejaste ir".

"Nunca lo retuve, hija. Él no es mío".

"No", dice ella mirando hacia abajo.

"Está en la ciudad, reuniendo estandartes por su cuenta. Él sería Rey".

"Si lo fuera", dice ella, "me habría encontrado. Él vendría por mí. Lo haría, lo sé, él, lo prometió".

"Lo que yo pueda pensar, él será el Rey. Y vos, su Reina. Y todo lo que Vos queréis, todo, a pesar de todas nuestras dudas. Sucederá".

"No", dice ella y levanta la camiseta por encima de la cabeza, metiendo un brazo y luego el otro hacia arriba y hacia adentro y a través de las mangas.

“Nieva, pero la nieve se derretirá. Continuaremos”.

"No", dice ella tirando de la camiseta sobre sí misma. Un golpe desde afuera en el pasillo entonces, un paso hacia ella, o lejos de ella. "Ysabel".

"No", dice ella y luego más fuerte "No" y "No" y "No." Un susurro de mantas detrás de ella, un gemido adormilado, un resoplido, un suspiro que ronca. Ella se aparta el pelo negro del cuello de la camiseta y levanta pelusas de oro en el aire. "No", dice ella en voz baja de nuevo. Las letras garabateadas en tinta negra en el frente de esa camisa dicen «The Gloomadon Poppers».

"Debemos continuar".

"Me *rompí*", dice ella. "Hoy. Yo...", y luego, "Desde que tengo memoria he", dice ella, "sostenido sobre mi cabeza esta corona y he esperado pacientemente el día en que me la pudiera poner. Pero hoy". Se arrodilla ceñuda con esa camiseta caída en el suelo. "Hoy. Este...", y un nudo en el aliento antes de la siguiente palabra, "terrible día, me la quito. Y estoy, no puedes verlo, pero estoy temblando, por tal, ¿*alivio*? Era demasiado pesada. Debes saber. Demasiado pesada. Y no puedo aceptarla otra vez". Mirando una vez más a través de la puerta vacía. "Nadie podría".

“Ysabel. Hija”.

"Creo que", dice ella, "he cambiado de opinión. Preferiría que mostraras la deferencia que crees que me corresponde".

“Pero acabas de decir que la rechazas. Que no lo aceptarás de nuevo ”.

"Nos gustaría quererlo".

“No puedes no ser Reina ya, Ysabel, no puedes...”

"No convertir la paja en oro", dice ella. Parpadea y luego mira hacia abajo, hacia sus manos sobre sus rodillas.

Se respira otra ráfaga de aliento y, cuando se deja salir polvo brillante, se arremolina en demonios parpadeantes, una docena de velas o más, vacilando, goteando, muriendo, quitando la poca luz que queda. "¿Por qué huiste?"

Su mano cruza sobre la otra y la envuelve.

"¿Por qué huiste del Mooncalfe? Si te has rendido, deja que te lleve con él al infierno que haya planeado... todo terminará de la misma manera".

"Para la ciudad, ¿tal vez?", dice ella. "Pero no para mí".

El cuarto está oscuro, ahora, casi tan oscuro como el pasillo de afuera. La ventana en la pared más allá de la cama ya no está tan vacía, tan negra, una sensación de algo que cae, suavemente, gentilmente. O bien, toda la sala flotando, elevándose vertiginosamente en el aire. Y un roce plumoso, débil contra el cristal.

"Entonces, Majestad, hemos regresado a nuestro callejón sin salida. Y no me queda más que confiar en que el abrigo que tenéis sea cálido".

"Espera", dice ella alzando la vista, se impulsa y se pone en pie, un gemido y un crujido en el pasillo, tablas del suelo, un paso. Ella se dirige a la pared que hay junto a la puerta, llama y susurra con sus manos sobre el papel tapiz, con el repentino clic de un interruptor. La resplandeciente luz blanquecina de las bombillas desnudas en el aplique en mitad del techo. De repente, las paredes son arabescos rosas y ramos desteñidos, la ropa de cama enredada a rayas de color marrón oscuro y beige, la ropa en el suelo aún negra, la ventana con reflejos y por todas partes las corrientes de polvo amarillo. Y afuera, en el pasillo, el suelo es de madera rojiza, paredes pintadas hace tiempo de blanco, un hombre, y sus pantalones del color de la grava, y su camisa de ceniza, y su rostro

es frío e incoloro en esa luz engullida por completo, ojos negros, una boca abierta bajo una nariz sin forma, mandíbula fija, tensa, una palabra no dicha, contenida con gran esfuerzo.

"Tienes un aspecto", dice ella con una mano en el marco de la puerta, "tan, diferente..."

Y, él cierra los ojos. Cierra la boca. Abre los ojos y esa cara se ha suavizado, sus hombros con esa camisa cenicienta se echan hacia atrás, bajan cuando se endereza y sus manos están vacías, inútiles, a ambos lados. Él dice, con esa voz gris, y triste: "Me veréis dos veces más, todavía".

"¿Dos veces?", dice Ysabel, "una, dos tres... ¿si hago esto...", y el interruptor de la luz vuelve a hacer clic, la luz se va, negra como tinta, "... cuenta...", dice en la oscuridad y hace clic de nuevo, la luz, demasiado brillante, regresa, radiante, "... como una segunda vez?" Pero la sala está vacía ahora. No hay nadie allí.

Ella retira su mano del interruptor, su cara está muy quieta y seria.

Detrás de ella un susurro y un crujido de las camas, una voz ronca y somnolienta, "Acabo de tener el más extraño de...", y una tos. "¿Qué hora es? ¿Ysabel? "

Ysabel no responde, no dice nada, no se gira, no se mueve.

Petra B se sienta en la cama, el polvo brilla en la intensa luz que cae de sus hombros. "¿Te marchas?" Se acerca a la mesita de noche y encuentra un teléfono y enciende su pantalla. "Ni siquiera son las tres", dice ella.

Como Ysabel no dice nada más, "Hey. Hermosa. Vuelve a la cama. Quédate un rato, ¿no?"

Y luego, "¿Ysabel?"



Sacudidas, aprieto de nalgas, espasmos, temblores subiendo a contracciones, palmadas en los hombros y vuelta a empezar, carne contra carne y él ladra, con el talón de la mano en la cadera de ella, palpando el corazón ardiente en la base de la columna y ella gime con las manos apoyadas en el otro brazo de la silla mullida y "greh", dice ella cuando resopla, él empuja hacia atrás un único paso inestable para echar mano al respaldo de la silla, la otra mano de él alrededor de su polla, cabello amarillo de ella pesado por el sudor, ella se empuja haciendo una mueca. el cojín rueda sobre su cadera, sobre el brazo de la silla mientras él ladra y dice "janh", un grito estrangulado y gotas de cosas pálidas sobre el respaldo de la silla caen para brillar sobre el cojín y otro chorro de ello disparado desde la cabeza oscuramente hinchada de su polla sobre el otro brazo de la silla para dejar un patrón en el suelo más allá y ella está enteramente fuera de la silla medio cayendo en posición agachada ante esta, alzando la vista hasta él en esa rojiza luz ámbar, con la cabeza hacia atrás, él apretando, un aullido, y un último vertido, plop. <

"¿Leo?", dice ella.

Él se desploma, se dobla, se agarra al lateral de la silla mientras cae de rodillas, aspira el aire y lo expulsa hacia afuera, "Nada", dice. Temblando.

"Leo", dice ella haciendo una mueca mientras se acerca a paso de cangrejo.

"Ni una cosa", dice él mirando hacia arriba, poniéndose en pie gruñendo. "De acuerdo". Estira una mano hacia ella. Ella la toma temblorosa en la suya y deja que él la levante. "Tal vez no fue, da igual. Ya está. Es la hora". Las palabras son un murmullo, él la empuja hacia atrás ante él alrededor de la silla. "Olvida el coche, vendrán a buscar el coche. Olvida el dinero. No vuelvas a la sala en absoluto. Yo debería haber pensado en eso".

"Leo", dice ella por tercera vez.

"No puedes confiar en ellos. No puedes confiar en nadie".

"¿Ni siquiera en ti?"

Tira de ella entre sus brazos con fuerza, su frente sobre el hombro de ella, "Especialmente, él", dice con voz amortiguado. Luego se inclina para decir: "Sal de la ciudad", y ella le besa. "Vete", dice él girando la boca hacia un lado. "Avión, tren, automóvil, barcaza de grava, por la noche. ¡Huye!"

"No voy a ir a ninguna parte", dice ella, y pone la mejilla en el pecho de él.

"Lo harás", dice él alejándose de su abrazo, girando hacia la silla. "Dale un minuto". Se inclina hacia adelante sobre la silla, ambas manos plantadas en los extremos de los brazos.

"Hey", dice ella.

"Sangre, leche y jism", dice él, "y miel, y ni una marca", respira mientras se endereza lentamente, desplegando la columna, levantando los hombros, la cabeza y soltando los brazos de la silla y se gira dándole la espalda y volviéndola a mirar. "No", dice ella.

Él abre los ojos. Más allá de los tenues reflejos en el gran cristal de la ventana, las luces de la ciudad se extienden debajo y la nieve cae. "Soy el Rey", dice él, "o no soy nada", y baja para sentarse en la silla.

Y desnuda ante él, se estremece tan violentamente como él.

"Ja", dice él.

Desnuda delante de él, tiritando, con los brazos alrededor del torso, los dedos en los labios, le observa desnudo en la silla, apoyabrazos agarrados con las manos, pies descalzos cruzados en los tobillos. "¿Es eso?", dice ella, "¿Ya está?"

Él levanta la vista de sí mismo, sus mechones marrones se derraman por la cara y hay una media sonrisa astuta, una ceja levantada, "¿Ya está?", dice él, "Su Majestad".

Una carcajada sofocada de ella y mira hacia otro lado, negando con la cabeza, los dedos caen y, riéndose, él mismo le agarra la mano y tira y ella tropieza sobre su regazo, una maraña de rodillas y codos, y él la besa, y ella se retuerce para acomodarse, doblando las piernas para estirarlas sobre un brazo de la silla, y ella le toma el rostro con ambas manos y le devuelve el beso.

"¿Sabes?", dice él.

"¿Qué?", dice ella.

"Estoy *completamente* hambriento".

"¿No soy suficiente...", y una risita, "para Su Majestad?"

"Ah, ja, ja", dice él, "suplirme de ti es lo que me ha dejado hambriento".

"Es, ¿qué hora es?". Se incorpora y se echa hacia atrás. "¿Tres? ¿Cuatro? "

"¿O mediodía, o la hora del té, o de dejar de fumar, ¿quién sabe?", dice él. "¿A quien le importa? Hay un lugar en la ciudad que siempre está abierto".

"¿Quieres pasteles calientes?", dice ella levantándose de su regazo.

"Podría ir a por unos pasteles calientes", dice el Rey.

Puertas naranjas / "Todas las Herramientas conocidas por el Hombre" / Cuidado; Crepúsculo; Rodilla / Dejando / los cigarrillos de su Majestad

Puertas naranjas, anchas puertas segmentadas colocadas una tras otra en las paredes blancas a cada lado del callejón, todas ellas de un color demasiado lúgubre para la luz láctea, y un par de ellas abiertas en unidades de almacenamiento sin luz llenas de cajas, muebles, la bulbosa parte trasera de un sedán azul medianoche con la puerta del maletero levantada, y saliendo de él una confusión de tafetán pastel, un calcetín a rayas, una capa de tela escocesa que cae aplastando delicadamente la nieve que se cuelga sobre el umbral. Alisando una pelusa y una arruga de las faldas bajo una gran sudadera negra con capucha, se inclina sobre el guardabarros para ofrecer un paquete doblado suave y gris a Linesse, quien en su chaqueta de cuero negro, en una silla plegable de jardín, tiene las piernas envueltas en un afgano rosa y amarillo, azul y verde.

Un chirrido y un crujido de nieve, un hombre con una parka hasta las rodillas y una gorra tejida, un termo en una mano sin guantes, los dedos de la otra enroscados en las asas de tintineantes tazas diferentes. Él ofrece su mano con tazas a la mujer en las faldas, rostro aún oculto por esa capucha, y ella toma una taza amarilla que dice «¿Ya es viernes?» y luego él gira para ofrecer una a una Linesse inclinada que ha desplegado ese paquete, pantalones de chándal, y ahora ella mira hacia arriba, saca una mano bajo el afgano y toma una taza blanca impresa con un bigote caído de dibujos animados. Él coloca la tercera en el guardabarros, una taza negra que dice «No Estoy Perdido, Estoy Ubicadamente Desafiado», y vierte algo muy rojo y humeante del termo en cada una. Él levanta la suya, y la mujer de las faldas levanta la suya, y luego, con un mínimo tic de su cabeza gris, Linesse levanta la suya, y asiente, bebe, y ellos beben.

En un extremo del callejón, una camioneta y Lymond sentado en

el parachoques trasero con su camiseta morada, su cabello rosa anaranjado recogido y oscuro por el sudor o nieve derretida. Sobre el borde de la cama del camión, un par de peludas orejas de conejo, Glenn acurrucado allí, dormido bajo una lona. Un chirrido, un traqueteo, un golpe y otra puerta naranja se abre, una mujer con una bata acolchada azul pálido avanza entre un muro de cajas de cartón y un armario con frontal de vidrio. Un pesado zumbido de flautas estalla, contrarrestado por el bajo y la batería, alguien ha puesto un viejo reproductor de música que clama junto al traqueteo y el estallido de otra puerta siendo izada, otra persona saliendo, aquí y allá, un asentimiento tal vez, un saludo con la mano.

Un hombre bajo y pesado sale de la cabina del camión, mono verde sin forma y una desgastada chaqueta tweed, gorra azul de malla que dice «Vanport 15». "Él está aquí", grita y Lymond mira hacia la parte trasera del camión. Caminando callada y silenciosamente por otro callejón, todas las puertas naranja bajadas y cerradas, un anciano con un chaquetón y cabeza oscura y calva al aire, doblado bajo el peso de una lona color oliva. Lymond asiente, luego se apoya contra la puerta trasera. "Gordon", dice el hombre de la gorra de malla.

"Soames", dice el anciano asintiendo. "¿Este es ese Príncipe?"

Un rápido asentimiento de el Soames, un tirón de su pulgar. "Pero es ella", dice. "Más allá de Galleta".

Las flautas y la batería y el bajo suben y bajan y una guitarra suena debajo de todo eso, un ruidoso bodhrán, y las voces en una armonía distorsionada por esos altavoces cantan «están cambiando la guardia en el Palacio de Buckingham». Un hombre con un usado abrigo de pana baila un poco, hay una carcajada, un aplauso y un grito. El hombre de la parka hasta la rodilla se dirige hacia la camioneta con el termo en la mano y, tras él, Linesse con su chaqueta de cuero negro, sus pantalones de chándal gris, un pie descalzo en la nieve y el otro levantado para descansar en la rodilla doblada, un árbol, ella de espaldas a la camioneta y la taza sostenida con ambas manos.

Gordon se detiene, baja el hombro para dejar caer la lona y luego

se inclina para bajar primero una rodilla y luego la otra al lado.

"Ella necesita zapatos", dice el Soames.

"Sé lo que necesita, Tommy Tom", dice Gordon abriendo la lona, cavando entre un revoltijo de zapatos para sacar una bota larga, correas de lana gris y cuero marrón y una hebilla, repiqueteo. "Busca los cortadores de pernos".

El Soames Thomas dice: "¿Qué?"

Hasta el hombro en ese peto, Gordon frunce el ceño. "Hay toda herramienta conocida por el hombre en ese camión tuyo", dice. "Así que entra ahí y tráeme un juego de cortadores de pernos". Y luego, "¿crees que alguien de vosotros puede hacer esto?"

Por la parte trasera del camión, Lymond se pone de pie.

Thomas abre la puerta del conductor, se inclina y se esfuerza para soltar algo. En la parte de atrás, Glenn, con su mono de piel, se sienta mientras el camión se balancea y él se frota los ojos frente a la luz cada vez más espesa. Thomas saca todas las palancas amarillas de punta larga y alicates marrón con óxido y los mantiene cerca de sí mismo, frunciendo el ceño a Gordon, que ha sacado la pareja de esa bota. Él pilla los cortadores y Thomas los suelta. "Todavía llevas ese sombrero", dice Gordon y se dirige por el callejón, pasando por Galleta hacia Linessé.

"Perdonadlo, Alteza", dice Thomas. Se quita la gorra y se alisa el grueso cabello negro. "Han sido tiempos extraordinarios". Galleta está poniendo el termo en la cabina del camión. "Este clima", dice Thomas poniéndose la gorra de nuevo, favoreciendo a Galleta con la mirada más breve, la más leve sacudida de su cabeza. Galleta cierra la puerta, se recuesta en la camioneta y se sopla en las manos.

"Nevó", dice Glenn en la parte trasera del camión. "*Nunca* nieva".

Por el callejón con sus abrigos y pesados sobretodos, sus botas sueltas de goma negra, envueltas en mantas y una de ellas un saco

de dormir, todo manchado de camuflaje de color rosa, rojo, blanco y gris sucio, mantienen su distancia pero aún en círculo cuando Linese se da la vuelta para ver a Gordon allí a su lado, y su cabeza se inclina. Ella levanta una mano, pero él se aleja, coloca los cortadores en el pavimento, se arrodilla allí delante de ella, con las botas en las manos y la música ahora es un pegadizo riff de guitarra resonante, una descarga de tambores, una lastimera armonía, «amor verdadero, amor verdadero, amor verdadero». "Y aquí estás, sin embargo", dice Lymond entonces, "levantado con el alba para atender las necesidades de tu gente".

"¿Dios mío?", dice Thomas. "Domésticos, ¿quién no puede mantener un hogar? ¿Mecánica sin un propósito? Alteza, estos, ellos... *no* son la gente de nadie".

"Pero", dice Lymond, "cuando nuestra pequeña banda esté en camino una vez más, tendrás a Galleta abriendo el camión, y tú llevarás el último regalo que tiene mi hermana para ti y lo repartirás entre ellos".

Y Gordon está abrochando una bota sobre la pantorrilla de Linese.

"Dame a tus conejos, Doble Thomas", dice Lymond.

"Mis conejos", dice Thomas pasando la punta del pie sobre una ruta congelada.

"La Liebre, entonces", dice Lymond. "Qué buen emblema hará en un estandarte a la luz del sol".

Y Gordon está metiendo la otra bota en el pie de Linese.

El Soames Thomas, todavía mirando hacia abajo, con las manos en los bolsillos de su chaqueta, dice: "No nos puede dar el Norte, Alteza".

"¿No?", dice Lymond ligeramente.

"No puede regalar", dice Thomas, "lo que ya tenemos".

"Muy cierto", dice Lymond, "un argumento justo", y Thomas asiente con la cabeza, "Alteza", dice Gordon, se aparta cuando Linessse se aleja de él con sus botas nuevas. Él se está levantando lentamente, buscando la mano que ella ofrece.

"Lo que no tienes", dice Lymond, "es un lugar en la corte", y Thomas comienza a decir, "Nunca lo haríamos", pero Lymond habla por encima de él, "Lo que no tienes", dice, "es una participación completa en la Distribución".

Thomas le mira ante eso. Hacia Lymond. "Debe haber una Reina", dice.

"Sí", dice Lymond. "La habrá".

Alicates en una mano, Gordon está diciendo algo con gran fuerza, levantando su mano libre, tirándola hacia un lado, y él se repite, se redobla, sacudiendo los cortadores hacia ella, y cuando él dice lo que está diciendo, ella se acerca y deja caer la taza en su mano. Se desabrocha la chaqueta lo suficiente para apartar el cuello y revelar allí el pulido torque. «Black Betty, Black Betty tuvo un bebé», gime esa melodía que canta a su alrededor, «Freddy está muerto, eso es lo que dije».

"No es para mí", dice Thomas. "No puede ser para mí. No lo permitiremos. Enviaremos a los que enviamos a las Cortes y dividiremos nuestra parte como mejor nos parezca".

"Un Conde, un Duque, un Marqués", dice Lymond mientras observa que Gordon abre los alicates y muerde el pulido torque con esas mordazas de color marrón. "¿Por qué no también un Presidente? El cargo es tuyo si lo quieres".

"Estaba pensando", dice Glenn detrás de ellos, "Quiero decir, ¿los autobuses circulan hoy? ¿Con la nieve? Probablemente deberíamos tratar de imaginar que..."

Destello de luz y un rugido hueco, casi una voz, y un ruido sordo golpeando las puertas naranjas en sus marcos, enviando a más de

una a cerrarse estrepitosamente, y la multitud gira agachándose y cayendo, las manos en alto, ojos en sombras, y Gordon grita y se echa hacia atrás, dejando caer los alicates humeando a la nieve, mientras Linesse con un giro lento despega el pulido torque de su cuello.



"Mierda", dice Jessie ajustando acelerador y embrague, una mano agarrada al volante, la otra en el cambio de marchas, el coche girando a la izquierda, temblando, derrapando y estableciéndose a medida que la velocidad se acelera, el motor resoplando, aullando en la línea roja, la nieve cayendo bajo los neumáticos rodando, bajo el semáforo, más allá del cine palaciego en la esquina, «Bagdad» dice el gran cartel con letras ornamentadas. «Cuidado», dice la carpa apagada. «Crepúsculo de las ninfas de hielo 1030». «Los Cobardes Hincan la Rodilla». "Leo", dice ella, ambas manos en el volante ahora para estabilizarlo tras un derrape. El rugido del calentador engulle su voz. "Leo. Casi en casa". Él está desplomado contra la puerta del pasajero, ojos cerrados, oscilando junto al coche mientras este se queja al pasar sobre otro parche resbaladizo.

Ella frena por etapas al acercarse al templo cubierto de nieve, esas altas ventanas con barras verticales entre columnas blancas cubiertas de verde, y ella gira con un crujido de nieve, entrando hacia el pequeño aparcamiento entre el templo y el restaurante con paredes de vidrio, y apunta para estacionar en cualquier ángulo junto a la pared de ladrillo. Apaga el motor, las llaves tintinean en el repentino silencio atronador. "Leo", dice ella, y luego es alcanzada por un poderoso bostezo. Él parpadea, aún desplomado, tocándose las esquinas de los ojos. "¿Es la hora?", dice él.

"No lo sé", dice ella.

"Ha salido el sol", dice él. "¿Creo?"

"Llevó un tiempo cruzar la ciudad", dice ella, "qué pasa con la nieve", y él se inclina hacia ella, "Hey", le dice, "eso no es a lo que

yo estaba llegando". Su mano en el regazo de ella. "Leo", dice ella. Él cierra los ojos con fuerza, su hombro se apoya fuertemente contra ella. "Me siento", dice. "¿Extraño? Todo hinchado y, a la vez, muerto de hambre".

"Es por lo que comiste", dice ella.

"No estoy hablando de comida". Él frunce el ceño al ver su mano sobre su muslo, sus dedos sobre la piel desnuda entre la media y el dobladillo de la chaqueta. "Tienes frío", dice.

"Estoy *congelada*", dice ella. "Quiero entrar y meterme en la cama y dormir durante dos días".

"¿Sólo dos?", dice él, y luego, "está bien", y levanta la mano.

"Me gusta que nieve", dice él abriendo su puerta, poniéndose en pie mientras ella abre la de ella. "No tanto cuando *ha nevado*". Se apoya en el bastón, cojeando uno o dos pasos lejos del coche. "¿Qué hora es?"

"Leo". Ella lo mira por encima del coche. "¿Te sientes bien?"

"Algo me *duele*", le dice. "Nos equivocamos". Dando la vuelta en el aparcamiento vacío, levanta el bastón, "Diecinueve", dice con un movimiento de su brazo, "dieciocho y... *diecisiete* caballeros, y ¿quién está aquí un amanecer de sábado, con frascos y botellas en la mano? "

"La nieve", dice ella.

"A *la mierda* la nieve". Él pisa fuerte rodeando la parte delantera del coche. "Dieciséis".

"Dieciséis".

"¿Crees que Luys regresará? ¿Crees que *alguno* de ellos volverá? "

"¿Su Gracia?"

Allí en la esquina, junto a la acera, un hombre con un abrigo color crema, el pelo rojo cayendo de un sombrero alto de ala, y en su mano una botella de plástico turbia con una tapa roja brillante, y Leo apoyado en el la punta del bastón, resbalando en la nieve, le aborda: "Te dirigirás a mi como *Majestad*", le gruñe y le tira la botella.

"¡Leo!", dice Jessie.

"¿Señor?", dice el hombre del abrigo color crema.

Y él retrocede, ambas manos sobre la cabeza de su bastón ahora, mirando de una a la otra, mordiéndose el labio. "Vamos adentro", dice él con palabras recortadas, pequeñas, y cuando el hombre del abrigo color crema se acerca para alcanzar la botella, "Déjala".

Doblan la esquina, suben los escalones y atraviesan de las puertas dobles.

Cruzan las puertas dobles y hasta el otro lado del vestíbulo de azulejos en blanco y negro. Suben las anchas escaleras pintadas de blanco. Ella se apoya en la baranda, y se presiona contra el bulto rojo y zumbante de una máquina de Coca-Cola cuando la mano del Duque se posa en el pomo de cristal facetado, él se inclina cerca de la puerta blanca lisa y dice: "Y Farquahr serán dos".

Al final del oscuro pasillo, pasan la gran sala bañada por la luz tenue de esas ventanas altas y estrechas, cruzan un pequeño rincón extraño hacia la cocinita donde se él detiene, mira hacia atrás. "Leo", dice ella. Junto al fregadero, un único vaso al revés.

Cruzan una puerta abatible hacia la espaciosa sala blanca, la mesita redonda que hay en el medio, las tres sillas absurdamente altas con respaldo, la cresta blanca de un sofá modular en un extremo, la transparente luz translúcida de las cortinas de ducha se alinean en el otro, y lentamente alza una mano y ella se acerca a ellas y las separa, y camina entre los estantes de ropa, vestidos, chaquetas, una falange de faldas, un montón de vaqueros y nubes de lencería. Al final de todo ello, ella se sienta en un taburete bajo ante un espejo de tres hojas, chaqueta gris de chófer, cabello

amarillo recogido bajo su gorra de chófer gris, bajando por la pierna medias negras, cordones en sus zapatillas rojas, esas Keds rojo brillante, pero sus manos caen y se unen para envolverse las rodillas, y cuando levanta la vista, cierra los ojos, tuerce la boca y sus mejillas brillan.

Chirrido y un roce de arandelas cuando ella empuja las cortinas de ducha, claras pero onduladas con intensos triángulos de colores. Ella viste una larga camiseta blanca sin mangas, tiene los ojos claros y los pies descalzos. Allí, frente a ella, una cama individual repleta de edredones y almohadas blancas en un charco de luz suave que entra por las ventanas de las esquinas. El hombre en la cama se sienta sobre un codo, y su sonrisa es triste, y dice: "Lo siento. No tenía otro lugar a donde ir". Su cabello oscuro le roza los hombros y su nueva barba está cuidadosamente recortada. Su pecho es un matorral de exuberantes rizos oscuros. Cejas inclinadas, su sonrisa peculiar, "Me pediste que volviera", dice él.

"No he dormido", dice ella trepando a la cama. "Tengo que dormir". Se acomoda de lado de espaldas a él. Doblando una almohada bajo la oreja.

"Pues duerme", dice él. "He mantenido la cama caliente para ti". Se inclina sobre ella, le besa el hombro, y cuando ella cierra los ojos y no levanta la cara hacia él, él se inclina aún más para besarla en la mejilla. "Los Reyes mueren", dice. "Mueren; eso es lo que hacen". Acaricia su hombro una vez más, luego rueda sobre la espalda. "Los magos no".

Pasa un tiempo antes de que ella diga "Lago" sin abrir los ojos. "Yo no tengo hermana".

Con las manos unidas justo debajo de su barbilla, esos ojos oscuros mirando hacia el techo inacabado, él suspira. "Háblame de ella", dice. "De lo que quieras. Sólo hasta que te duermas".



"Ciertos megalitos antiguos", dice el Sr. Charlock, "se decía que bajaban al arroyo más cercano para tomar una copa en épocas astronómicamente propicias del año". Estira la longitud del asiento trasero, mangas vacías de su traje negro arrancado y dejado alrededor y debajo de él, y enrollado a un cable eléctrico naranja. "Sus muertos fueron enterrados en posición vertical, mirando hacia el Oeste". Él está mirando hacia arriba, moviendo los hombros, estirando el cuello, tratando de ver por la ventana por encima de él. Los cordones de los zapatos están atados juntos. "Se sugiere que", dice estirándose, "el experimentador se encara a sí mismo, hacia el Este".

"Este", dice el Sr. Keightlinger moviéndose desde detrás del volante, inclinándose para mirar hacia arriba y por fuera de la ventana del pasajero. En el exterior, la nieve está llena de sombras azul pálido, pero la luz se agudiza detrás de la gran casa al otro lado de la calle blanca y pulida. Un amplio porche allí y cuatro puertas delanteras, cada una colocada una al lado de otra. "Vale", dice el Sr. Keightlinger.

"Él no cantaba", dice el Sr. Charlock. "Ellos cantan en la nieve". Se contorsiona contra las cuerdas. "No batió sus alas contra nuestros escudos".

"Quédate quieto", dice el Sr. Keightlinger.

"Habla bajo, sé discreto", dice el Sr. Charlock, "demonios sí, lo hice como un gusano en la", y frunce el ceño con el hombro rodando mientras tira de algo, "nieve", se retuerce de nuevo, "todas esas alas y ojos". Chaqueta amontonada bajo el cable naranja y allí donde su camisa blanca está mostrando su mano girando. "Él no nos vio, pero ni siquiera estaba *mirando*. Él estaba, él... estaba".

"¿Qué?", dice el Sr. Keightlinger.

"Triste", dice el Sr. Charlock.

"Triste".

"Triste. Aún así. Tan cerca de una *señorita*, como yo podría,

siempre *desear* ". El coche se balancea cuando él patea, se sacude, patea de nuevo. Su mano va hacia abajo por su cadera arañando un lazo de cable.

"Detente", dice el Sr. Keightlinger inclinándose aún más hacia abajo. "Quédate quieto".

Ahí afuera se abre la tercera de esas cuatro puertas delanteras y sale Ysabel, botas negras de mocasín y fino abrigo negro, forro blanco en los puños, forro blanco alrededor de la capucha que enmarca su rostro. El Sr. Charlock patea de nuevo, su mano se libera lo suficiente como para caer contra el vientre. "*Quieto*" dice el Sr. Keightlinger agachándose a lo largo del asiento delantero. Ysabel se gira, mira a la mujer envuelta en una bata larga y pesada del color del vino, con corto pelo negro y atada a su cuello una banda de fino encaje negro, y el aire brilla a su alrededor cuando ella alcanza la mano de Ysabel. El señor Keightlinger chasquea la lengua.

"¿Qué?", dice el Sr. Charlock pateando, meciendo el coche. "¡Qué!"

Ysabel dice algo, levanta la mano y Petra se inclina hacia adelante abruptamente para darle un beso en la punta de los dedos. "Borgoña", dice el Sr. Keightlinger, y un tintineo de llaves. "¿Qué demonios significa eso *siquiera?*", dice el Sr. Charlock. Ysabel toma la cara de Petra con ambas manos y se inclina para dar un largo beso, y la luz florece en las sombras a su alrededor, y una rama ardiente de luz solar se eleva por encima del techo. "Alrededor del bloque", dice el Sr. Keightlinger agachado bajo el volante, colocando una llave en el contacto. "Consigue algo de distancia".

"¿De *qué?*" Moviendo los dedos de su mano libre, cruzando índice y medio, meñique y anular, el Sr. Charlock lo gira y lo acurruca en un puño de esquinas blancas. El Sr. Keightlinger gira la llave y no pasa nada. Ysabel suelta a Petra, da un paso atrás, un paso atrás otra vez y Petra B estira la mano, agarra ese abrigo que se aleja y está diciendo algo, suplicando. "Déjala ir", dice el Sr. Keightlinger.

"¿Dónde?", dice el Sr. Charlock con el puño aún apretado.

"Espera y observa", dice el Sr. Keightlinger girando la llave una y otra vez, golpeando el volante con el talón de la mano. "Deja que se vaya."

"Está sola", dice el Sr. Charlock, balanceando el coche con otra patada. "¡Ella no tiene a *nadie!* ¡Agárrala y *acaba* con esto!"

Ysabel baja los escalones. Aún estirando la mano, su cara arrugándose, Petra cae de rodillas, y la luz abandona su mano cuando esta no se cierra sobre nada. Ysabel, cuidadosa de sus pies en la nieve rígida, alza la vista para ver el automóvil anaranjado de baja altura estacionado al otro lado de la calle pulida, y la nieve cae de su descolorido techo negro mientras este se balancea de un lado a otro.

"¡Podríamos haberla atrapado *anoche!*" dice el Sr. Charlock, y el Sr. Keightlinger murmura "Ata, ata y detente". El Sr. Charlock rueda hacia un lado, su otra mano se retuerce allí, en la parte baja de la espalda, luchando por liberarse de la chaqueta arrugada, los dedos en pinza, rígidos, un chisporroteo, un largo corte que rasga el respaldo de vinilo del asiento y el viejo caucho amarillo de espuma sale del corte. "¡Ya podríamos haber vuelto a *Schenectady!*"

"Nunca he estado", dice el Sr. Keightlinger inclinándose sobre el asiento delantero, levantando una mano.

"¡Es una *figura del discurso!* grita Mr. Charlock, y alguien toca la ventana y él se congela.

"¿Y bien?", dice el Sr. Charlock después de un momento.

Sr. Keightlinger se agacha y mira por la ventanilla. Ysabel entorna los ojos a través del mugriento cristal levemente rayado.

"Adelante", dice el Sr. Charlock relajando su puño, estirando los dedos.

El Sr. Keightlinger se inclina para bajar la ventanilla del lado del pasajero diez centímetros. "¿Tienes un cigarrillo?", dice Ysabel a través de la rendija. "De verdad que me vendría bien un pitillo y no... no tengo ninguno", y ella se encoge de hombros. El señor Keightlinger niega con la cabeza. "No", le dice.

"Vale", dice ella mirando hacia otro lado, parpadeando en la luz. "Me has estado siguiendo".

Y una única carcajada llorosa del Sr. Charlock.

"Todo el tiempo", dice Ysabel volviendo a mirar el coche y viendo al señor Charlock tumbado en el asiento trasero. "Vosotros dos. Todo este tiempo".

El Sr. Keightlinger no dice nada. "Nos ha pillado, de pleno derecho", dice el Sr. Charlock.

"Y ese eras tú, anoche", dice Ysabel. "Y en el contestador automático. Lugar y tiempo. El club. Él me iba a vender".

El Sr. Keightlinger no dice nada. "Regalar, más bien", dice el Sr. Charlock.

Detrás de ella, al otro lado de la calle, un grito quejumbroso: "¡Ysabel!"

"Muéstrame", dice ella y abre la puerta del pasajero. El Sr. Keightlinger se presiona contra la puerta del conductor, "Espera", dice él mientras ella sube al coche. "Muéstrame lo que habría sucedido", dice ella, "si lo hubiera hecho. Si no lo hubiera hecho".

"¡Observar!", se ríe a carcajadas el Sr. Charlock. "¡Espera y observa cómo sube!"

"¡Ysabel!", se lamenta Petra B.

Ella cierra la puerta del coche y el brillo se posa en el asiento a su alrededor. "Arranca", dice ella. "Antes de que esa mujer despierte a todo el vecindario".

"No participar", dice el Sr. Charlock. El señor Keightlinger gira la llave. El motor retumba a la vida. Y la Reina se inclina, pulsa un botón, gira un mando y la calefacción cobra vida. Ella mantiene las manos sobre el respiradero en el salpicadero. "Vamos", dice ella. "Muéstrame para qué sirvo".

"Sólo observar", canturrea el Sr. Charlock mientras el Sr. Keightlinger pone el coche en marcha, "Sólo observar, sólo observar..."

"Clanc" y arriba

"Clanc" y arriba se sienta, como un búho, confundido. Saca una mano, golpea contra el lateral de la bañera y cruje la cinta adhesiva enrollada en su antebrazo, la tapa de la olla le cubre un hombro, enrollada con una roñosa cinta gris. El colador disolutamente precario en la cabeza se le vuelca sobre el puente de la nariz y sus zapatillas de deporte chirrian en la loza y los tubos y la chimenea de la estufa abrazan sus inmundos vaqueros, un armario de cocina derramado dentro de un lavabo. Arañazo y golpe seco. Una mano libre encuentra el borde de la bañera y lo agarra, la otra es un palo en un grueso guante de hockey que batea el colador, tumbándolo hacia atrás, aparecen sus oscuros ojos desenfocados, su pelo sin lavar que reluce lacio, el vello le embadurna la barbilla.

Se inclina sobre el inodoro y lo salpica de pis, esa voluminosa mano enguantada apoyada contra la pared. Arañazo y tintineo. Copas de plástico rojo alineadas a lo largo de la parte posterior del inodoro y un par de latas que dicen «Puro Whiskey Bourbon de Pollo Salvaje de Kentucky y Cola, El Verdadero Kentucky». Se impulsa hacia atrás, vacilando desde la pared, ambas manos: enguantada y libre, en la bragueta de sus pantalones vaqueros, "Mierda", dice y sisea y luego, frustrado, se sacude el guante y lo arroja al suelo y se agarra a así mismo para evitar caerse. Se abotona hasta arriba.

"Maldito infierno", dice Frankie Reichart.

Clamores y golpes al bajar un vuelo de escalones demasiados a la vez, deteniéndose antes del fondo de la escalera, se inclina para asomarse por la barandilla, el pasillo oscuro debajo, a un lado un ancho umbral, una habitación de alto techo, un destello rojizo luchando con la luz del día amortiguada por sombras dibujadas. Al pie de las escaleras está tendida una mujer con un traje de animadora verde y amarillo, dormitando con un ordenador portátil en el pecho. Ella no se mueve cuando él se acerca con cautela.

En esa habitación, más allá de la larga mesa de comedor llena de vasos sucios y botellas en su mayoría vacías, una chimenea, y agazapado ante ella un calvo con facciones afiladas envueltas en un traje a rayas grises. Él calvo no levanta la vista cuando Frankie se detiene. Sigue agitando el fuego moribundo cuando Frankie dice "Hey" y "Hey" y "¿Dónde están todos?" Ruidos metálicos al fondo de la habitación, y todas esas caras pintadas a lo largo de la moldura, justo debajo el techo, mirándose unas a otras. "¿Se acabó la fiesta? Me tenéis así todo arreglado, me lleváis por la mitad de la ciudad, ¿y ahora qué?"

"Ella nos dejó aquí, con arresto, para unirnos a la corte de los Cambiantes", dice el calvo junto al fuego. "Tú mismo eres libre de irte, o no". En el hogar pálido junto a su rodilla, en una salpicadura de carbón, una empañada serpiente de metal plateado no mucho más grande que dos manos puestas una tras otra.

"¿Qué sucedió?", dice Frankie, "¿Qué le ha pasado a vuestra...?"

"Quédate o vete", dice el calvo, "como prefieras". Levanta un tronco con el atizador, sopla en el hueco que ha hecho y llamas hoscas lamen por debajo. "Encontrarás que no hay diferencia".

Una mano frente al brillo del blanco exterior, la nieve perfecta, el azul más tenue que tiñe el cielo despejado. "Cristo", dice Frankie Reichart mirando hacia la puerta abierta en la oscuridad de esa casa. Un resoplido gaseoso, el zumbido trepante de un retumbar que cae repentinamente para volver a subir y el tintineo de las cadenas, un autobús que avanza por la calle y surcos negros y húmedos a su paso. Una carcajada de alguna parte, a una manzana de distancia o dos, y el tictac del agua, el goteo, un chasquido y un chapoteo desde los aleros. "Bueno, demonios", dice y se arranca el colador de la cabeza, lo lanza resbalando por el patio. "De todos modos, todo habrá desaparecido al pasar las dos". Baja ruidosamente los escalones del porche y, arriba en la distancia, el fantasma de una luna creciente mira atrás hacia el sol naciente.

N° 20: Sol

Hay un árbol / A sólo dos cuadras de distancia

Hay un árbol ahora, se eleva sobre la plaza cubierta de nieve, verde abrumado por las luces suspendidas sobre él, por azules casi blancos, por rojos casi rosados y naranjas, por verdes casi amarillos y azules. Una grieta de luz se abre en el azul sobrenatural que asciende hasta una pálida porción de luna, y aunque todo ese tramo de cielo es más brillante que el árbol y empapa el día venidero con nacarados amarillos y blancos que brillan incluso ahora tras el volumen sin luz del palacio de justicia, todavía está oscuro en la plaza. La nieve es azulada por las sombras de todos los edificios circundantes, por los oscurecidos letreros de bancos y restaurantes y joyerías, y las luces de ese árbol bastan para sellar esas sombras bajo él, y jugar con intermitencia por encima del hombre allí de pie quien, alto y ancho con una chaquetilla corta de cintura y pelo negro como una gorra, examina la base del árbol envuelto en una caja roja con goznes impresa con copos de nieve. «Bienvenido a la Sala de Estar de Portland», dice. «Sea feliz». "¡El Mason!", grita alguien en algún lugar detrás de él, y este se da la vuelta.

Ella baja el gran tramo de escalones que cubren ese extremo de la plaza, cuidadosa de las corrientes y bolsas de nieve, envuelta en una chaqueta de piel de oveja y una mochila a la espalda, pelo suelto y salvaje alrededor de la cabeza. un resplandor cremoso ante la oscuridad detrás de ella. "No pensaba que te encontraría aquí, otra vez", dice ella. En una mano un bate de béisbol.

"Yo no pensaba que volvería a verte en absoluto", dice él, manos en los bolsillos de su chaqueta.

En la parte inferior de los escalones ahora, ella sube la ligera pendiente hacia el árbol, el bate está ocioso a su lado. "Te vencí, la última vez".

"Casi por poco", dice.

Ella está allí a su lado ahora bajo el árbol, entre ellos hay un paso o dos más que la longitud de una espada. Sin mover los pies, sin mover las manos, él mira hacia arriba a lo largo del tronco que se cierne sobre ellos. "Se puede saber", dice, "dónde se han vuelto más verdes. Para completar el fondo".

"Sí", dice ella, sin levantar ni apartar la vista de él.

"Mi señor", dice él entonces, "el Duque... me pidió que usara la máscara".

"¿Y haces todo lo que te piden?"

"No soy más que un caballero, Milady".

"Entonces era sólo la forma de una cuestión", dice ella y él inclina la cabeza, levanta un hombro, algo así como un encogimiento de hombros. "Ella la tiene ahora", dice él. "El Gallowglas".

"Un Cazador adecuado, una vez más", dice Marfisa. "¡Pues que la pongan tras mis talones! Haré un buen deporte de ello, lo juro".

El ceño que le roba la cara es vacilante, incluso tierno. "La Reina", dice él.

"La Reina", espeta dice.

"La ha puesto", dice, "en la caza del Mooncalfe".

Ella baja la vista entonces, y la punta del bate en su mano golpea el ladrillo a sus pies. "Bueno", dice ella.

"Bajando de las colinas", dice, "pensé que vería fuegos, columnas de humo, que oiría trompetas. La Reina, sin casa, y el Duque, el Conde y el Príncipe ahora, compiten por el Trono, la Prometida fue raptada, y el Tirador y nuestra Gammer degollados", tiene los ojos en sus botas mientras dice esto, cabello negro encendido con el rojo,

verde y azul de las luces de arriba. "Pero todo es tan, tan *tranquilo*". suspira. Él levanta la vista para verla congelada allí, sin aliento, con los ojos muy abiertos, la boca cerrada, tan quieta que casi tiembla. "Yo...", dice, "tú, pensé que ya debíais haberlo sabido..."

"¿Que?", dice ella, la palabra es un crujido.

"Qué, de qué..."

"¿Quién de ellos *la ha raptado*", dice ella, "¿El *Duque*?", dice ella, "¿El Príncipe?" Dándole la espalda. "Mi hermano", mirando por encima del hombro, sube la escalera. "Que, al parecer, ha descuidado", dice ella, "mencionar ciertos aspectos..."

"Ninguno de ellos, Milady", dice el masón. "El Mooncalfe".

El bate golpea el ladrillo otra vez. "Orlando", dice ella. Luego, "Y se envía a una vendedora telefónica para traerla de vuelta".

"Mi señor, el Duque", dice. "Me dijo, ve, haz lo que hay que hacer. Pero no... Yo vine aquí, porque no sé dónde encontrarla, ni cómo hacerlo, y debo confesar, Hacha, que cuando te vi bajando esos", y luego dice, "Oh. Debo disculparme por eso".

"No", dice ella.

Y como ella no continúa, él dice cuidadosamente: "Cuando os vi bajar esos escalones, pensé, por fin, alguien para ayudarme". Él le tiende una mano y un poco de cuero atado alrededor de su muñeca. "Juntos podemos..."

"Mi dama rompió conmigo", dice ella.

"Pero ella sigue siendo vuestra dama", dice.

El sonido que hace no es una risa. "Rompí con la corte, dejé mi espada", dice ella. "El Gallowglas, si nosotros la encontramos, podría acosarme hasta el final de los...", y ella niega con la cabeza. "Fui a la", dice ella, "a la estación de autobuses, una semana después de volver a mí misma. Fui y compré un billete para algún

otro lugar, con un envoltorio de dulces, y ciertamente puse mi pie en los escalones de un autobús, me quedé allí, a punto de subir a bordo..."

"Pero", dice él tendiéndole la mano, "ella sigue siendo vuestra dama".



A sólo dos manzanas de distancia o así, un hombre está parado fuera de la entrada de una tiendecita, poco más que una cabina detrás de una ventana empapelada de anuncios de «Reparación» y «Desbloqueo» y «Minutos Prepago» y «Estuches de Madera Hechos a Mano para su Teléfono, Todos los Tamaños». Su largo abrigo oscuro va desabrochado sobre una camisa de seda azul abierta en el cuello, severos zapatos negros muy pulidos, y en una mano un pesado llavero. Mejillas manchadas de rojo, ojos hinchados rodeados de púrpura. Él no está mirando a las llaves, ni el aviso pegado a la puerta, una única hoja de papel diferente de los anuncios sobre y debajo de ella. No está mirando la gruesa cadena amarilla envuelta alrededor del pomo, sujeta por un gran candado, envuelta en un sello rojo. Una porción de nieve llevada hasta la esquina del escalón frente a la puerta, una impecable luna azul. A su izquierda, la calle se hunde entre los altos edificios hacia el ardiente horizonte del amanecer más allá del río. A su derecha, la calle sube hacia una fuga de árboles, la torre de una iglesia, las colinas, abruptamente negro sobre negro. Una ráfaga de viento levanta su fino e incoloro cabello en una única ala lacada, que se mantiene incluso cuando el sonido se ha desvanecido y, en el silencio, él levanta la vista.

Ni a un brazo de distancia, un hombre alto, delgado, con su largo cabello negro y liso posándose mientras muere la ráfaga. Chaqueta gris sin forma, falda larga de un azul oscuro y sin nombre, pies descalzos en la nieve. El hombre del abrigo se mueve inquieto, un roce de zapato, un tintineo de llaves. "Tut", dice Orlando. Algo oscuro tiene salpicado a lo largo de las mangas de la chaqueta, algo oscuro y marrón, y hasta el cuello y el lateral de la cara. Él se inclina abruptamente sonriendo ahora, una sonrisa imprudente con

los ojos muy abiertos mientras junta las manos por encima de la cabeza, el hombre del abrigo se tambalea hacia atrás y, con un tirón, Orlando se lanza tras él, bajando esas manos, "¡Gah!" estalla el hombre del abrigo cuando esas manos dejan de presionarse juntas tocando su pecho, el cabello oscuro rizado allí donde se abre una camisa de seda azul. Orlando da un paso atrás, levanta los brazos, "¡La!", grita.

El hombre del abrigo cae contra el marco de la puerta, sus brazos se debaten por agarrar las cadenas, las llaves caen para chapotear en la nieve. Orlando gira con los brazos abiertos, la falda abierta, sonriendo, sonriendo. El hombre del abrigo tose, carraspea, se inclina para escupir. Se endereza el abrigo, la camisa y el hombro roza el aviso pegado en la puerta. Se levanta los pantalones para arrodillarse y recoger las llaves, luego sale a la calle vacía sin prestar atención a sus brillantes zapatos en la nieve, girando, mirando hacia la calle, mirando hacia abajo. Al pesado llavero en su mano.

Una respiración profunda estira su amplio pecho, levanta los hombros, se extingue en un repentino suspiro desinflado. Deja bajar la mano que sostiene las llaves y gira a un lado, luego se da toda la vuelta y gira el brazo hacia afuera y hacia arriba, soltándolas, y las llaves tintinean y vuelan trazando un arco hasta rodar por la calle, la chispa de ellas se pierde en toda esta luz matinal.

Balanceando la Hoja / Once y Media / lo que Había sido Planeado

La hoja se balancea lentamente, parada superior, a la izquierda, parada inferior, a la derecha y luego un prolongado descenso, una sublime estocada, un reflejo baja resbalando por el filo para astillarse en la reluciente guardia junto a la empuñadura. Su mano libre cae en un puño al retirar el cuerpo en posición erguida y se pega al pecho de nuevo.

"No", dice él.

Jo, toda vestida de negro, sacude los brazos y mueve la cabeza de un lado a otro. Adopta su postura de nuevo, espada en posición vertical frente a ella otra vez, y repite las paradas, el avance en flexión, la estocada.

"Puedo oírte *pensar*", dice él

"No estoy", dice ella retrocediendo, "*intentando*" y vuelve a parar en los cuatro cuartos de nuevo, "hacerlo *rápido*..."

"No me refiero a la velocidad", dice Roland, "es", sus manos en mitones de ciclista se alzan en garras, cierran los puños sobre la nada. Aplaude, se impulsa hacia arriba desde el motor en ralentí, el chasis pintado en verde guisante industrial, la gran caja de cambios sobresale verticalmente detrás a la altura de la cintura y más alta, brillando con grasa. "El flujo," dice él. La espada que él sostiene es larga y recta, con un pesado pomo dorado que reluce en las sombras. Se planta delante de ella en el estrecho pasillo, pie derecho adelantado, mano laxa y doblada en la parte baja de la espalda, y ya se está moviendo, se desliza en un paso corto y retrocede y cae en una estocada, su mano izquierda se balancea hacia abajo y hacia atrás, extendiéndose, volviéndose a levantar, la espada regresa, "Así sin más", dice él. "¿Otra vez?" Cae hacia adelante en una estocada, tira hacia atrás, la espada lame la parada. "¿Ves?"

"¿Alguna vez te han clavado en las tripas?", dice Jo.

Él retira el pie hacia atrás, baja su espada. "¿Así te venció Orlando?"

"Sí", dice ella. La punta de su espada dibuja una figurita en ocho junto a su bota. "Él vino a por mí balanceando este tajo hacia mi cabeza, y yo", ella levanta la empuñadura, apretándola, "*lo bloqueé*", la hoja frente a su cara hacia arriba, "pero... ¿yo tuve que girar?" Un giro de su cintura. "Y cuando su corte se deslizó, de alguna manera *se detuvo*", un pisotón mientras su espada sigue girando, la punta de la hoja se arquea hacia arriba y hacia abajo y hacia atrás, su mano libre ahueca la empuñadura, empujándola "Y eso fue todo".

Roland asiente. "Su Compañero del Idiota".

"¿Tiene un nombre?", dice ella.

"Él me derrotó con ese movimiento una vez", dice Roland. "A Guerdón también, a Linesse, a Wulver, que yo sepa. Lo probó con Marfisa; ella se hizo a un lado", saltan sus zapatillas blancas, imitando un corte bajo y rápido, "y le atravesó al pasar. Él cojeó durante tres días después de eso".

Ella está sonriendo mientras se arrodilla para levantar su vaina del suelo. "Así que, al menos una vez", dice ella, ajustando la punta de la cuchilla a la boca, deslizándola hasta el fondo.

"Tres veces, esa herida en particular". Él recoge el abrigo color mantequilla del suelo de hormigón y extiende el brazo con el peso colgando en su mano. "Eres la única luchadora que me ha derrotado sin dar un golpe". Sus labios se fruncen, sus cejas se alzan, una sonrisa juiciosa. "Lo cual has conseguido dos veces".

"Te rendiste", dice ella poniéndose el abrigo, pasando su espada de una mano a la otra.

"Nunca hice eso".

"¡Te diste por vencido!", dice ella. "Te encontré *durmiendo* en la

maldita *nieve*". Coloca su espada en la base del motor, allí junto a los auriculares azules y blancos encima de un portátil CD, junto a la máscara de calavera toscamente pintada con su larga melena negra. "Y no creas que no sé por qué nos subiste a *este* puente, sobre el maldito río". Él le da la espalda ante eso, mira a lo largo del gran eje que brilla en la fría luz gris, la luz que se filtra desde el fondo de la habitación, allí hacia la escalera de caracol enjaulada en alambre. "Burnside", dice Jo. "En medio de todo, en ninguna parte, ni en el Norte ni en el Sur ni en el Este ni en el Oeste, y ni un jodido pulgar que se pudiese ver".

"Estaba esperando", dice Roland.

"¿El qué?", dice ella. Él se gira abruptamente, se aleja hacia el final de la habitación. "El Rey", responde.

"El Rey", dice ella comenzando a seguirle. "Vas a hacer, qué, ¿a dormir? ¿En la nieve? ¿Hasta que vuelva? "

Su mano en el pestillo de la verja. "Sí", dice, y la abre, y avanza.

"¿Hay uno...?", dice Jo llegando a la jaula mientras él comienza a subir las escaleras en espiral, "¿hay una Reina?" Los pies de Roland giran y se pierden de vista. "¡Hay una reina!" Ella comienza a seguirlo, dando vueltas hacia arriba y arriba hasta la fina luz gris del día, hasta el estrecho hexágono de una habitación de techo alto, escaleras que dan vueltas hasta el piso siguiente. Las ventanas de marco estrecho en cada pared con paneles de madera dan a un banco de nubes grises. Roland se apoya en un alféizar, y más allá de él, a través de esa bruma gélida, la sugerencia de un peso, de líneas, bordes, una baranda, la cubierta pavimentada. "Bajo nuestros pies hay", dice, "un bosque. Casi cuatrocientos árboles se hundieron en el frío barro para soportar el peso de este extremo del puente". Él la mira por encima del hombro. "Despojado de hojas", dice él. "Despojado de ramas. Puede que ella te haya otorgado un cargo, Gallowglas, y te haya encargado un deber, pero ella ya no es la Reina, ni lo ha sido desde hace muchos meses".

"No me refiero a ella", dice Jo. Está mirando hacia la niebla de nuevo. "Roland, esa chica estaba muerta".

"Estás equivocada", dice él en voz baja.

"¡Ella la devolvió a la vida!"

"Ella no es la *Reina*".

"Había Owr", dice Jo. "Por todas partes".

"¡Nosotros *la rompimos!*" ruge él. Y luego un nudillo golpea el alféizar, rotundamente, "Yo la rompí".

"No", dice ella soltando la barandilla en espiral y bajando la escalera. "No lo hicimos. Roland... Roland, ¿qué hace la Reina?"

"Ella", dice, "ella es la Reina".

"Ella crea owr".

"Eso, eso no es..."

"Ella convierte, convierte cosas en owr. La Reina, ella, su madre, la madre de Ysabel. Ella hace todo lo demás, todo menos eso, y tú..."

"Jo, tú no..."

"...ella no puede convertir owr, y tú dices que ya no es Reina..."

"¡No hay Rey!", grita él. ¡El Rey no ha vuelto! Y sin un Rey para tomar su mano, ella no puede convertir el owr".

"Esa hamburguesería", dice ella. "No está ni a cinco bloques de aquí. Puedes ir a recogerlo del suelo".

Él niega con la cabeza. "Lo has intentado", dice. "Nadie puede negarlo. Hiciste todo", dice, "lo que podría haberse hecho, pero". Un gesto hacia la ventana. "Es demasiado tarde. Se acabó". Ese gesto se dobla en un puño. "Sin Rey, sin Reina, el Gammer decapitada por el Mooncalfe, que ha raptado a la Prometida, y esta nieve, y", abre el

puño, "la ciudad", sus dedos se abren junto al rostro, "derritiéndose... Gallowglas", le dice mirándola. Está hurgando en los bolsillos de su abrigo. "Jo", dice con ternura.

"Demasiado tarde", murmura ella sacando su teléfono de cristal negro y encendiéndolo a la vida.

"No es algo que debas esperar entender", dice él.

"Las once y media", dice ella.

"¿Qué?", dice. Se aleja de la ventana. Ella le muestra el teléfono. "Son las once y media", dice ella. En la pantalla, la foto, Jo e Ysabel mejilla con mejilla, Ysabel con la mano hacia el cuello vuelto de su abrigo, mirando de reojo a Jo, quien sonríe amplia y directamente a la cámara, el brazo desenfocado en la parte inferior de la foto. En la parte superior de la pantalla, el reloj dice «Once y Media. Siete de Groosalugg». "No sabemos qué hora es ahí fuera", dice Jo. "No tenemos idea de lo que está sucediendo en este momento. Así que no..." Ella le mira por un momento, no a él, sino más allá de él, luego apaga el teléfono. Pulsa y golpea en la pantalla.

"¿No qué?", dice. "¿Gallowglas?"

"El equivocado primero", dice ella. Se desplaza por el registro de llamadas.

"Sí", dice Roland. "Ese local de *hamburguesas*. Cuando seguiste el consejo del Duque, en lugar del tuyo, y fuiste al lugar equivocado..."

"Ese es el lugar equivocado equivocado", dice ella en pie guardando el teléfono. "Ya sé lo que ella quiso decir", dice Jo. "Lo he descubierto". Comienza a bajar las escaleras. "El equivocado, primero." Se detiene mirando atrás. Vuelve uno o dos pasos. "Todavía no sé cómo", dice, "o por qué, pero... podemos conseguir una respuesta directa, podemos encontrarla, él, ¿cómo podría él... yo?" Jo niega con la cabeza rápidamente. "Roland", dice ella. "No lo hemos hecho todo, ni siquiera estamos cerca, todavía no. Y nosotros, yo... ella, ella necesita tu ayuda, Roland". Extiende la mano. "Por favor". Un repentino rizo de una sonrisa. "Quiero decir,

aunque esté yo equivocada. Él podría tener, no sé. ¿Desayuno?"



El escritorio es amplio, la parte superior de cuero pálido está vacía salvo por una pluma plateada, un cuchillo con mango de marfil, una lámpara de banco con pantalla blanca de vidrio. Detrás del escritorio, un armarito de cristal con estantes llenos de muñecas y figuritas, una espadachina con láminas de cota de malla y botas elaboradas, un vaquera con pistolas cargadas y sentada con las piernas abiertas sobre una bolsa de dinero, una esbelta colegiala con una ajustada y larga chaqueta naranja y medias oscuras lanzando un saludo arqueado. Un hombre grita, lleno de dolor, afilado por el miedo, el sonido del mismo es amortiguado por una pared o dos. Con una mano tentativa, Ysabel estira el brazo, con cuidado de no tocar a la mujer de articulación esférica apoyada en un zócalo con los brazos desnudos en los paneles, los muslos, el vientre y el pecho abiertos, separados para revelar intrincados circuitos, tubos y armazones. Ysabel levanta una chica con un traje rosa y peludo, botines rosa peludos en sus pies y una capucha con orejas de conejo rosa y peluda, y sobre su cabeza una enorme piruleta con forma de arcoíris sostenida como un paraguas o un globo.

"¿Os gustan?", dice el hombre del traje blanco. Chaleco también blanco, corbata blanca a rayas alternas, brillantes y mates, atada en un complejo nudo en medio del cuello de su impecable camisa blanca. Su cabello blanco espeso y rebelde, su cara debajo sin arrugas y bastante joven.

"Una percibe un tema", dice ella.

Su cabeza se inclina. "Si hay algo que encuentre que requiere". Sus ojos son casi grises. A una o dos habitaciones de distancia, alguien grita, un sonido tartamudeante y burbujeante que no es una palabra.

Ysabel pone una mano sobre el escritorio, en los hoyuelos del

cuero. Su cabello en mechones y enredos caen sobre el rostro y enmarcan los hombros. Las mangas y el cuello de su enorme camiseta holgada quedan colgando. "Algunas respuestas", dice ella. Las letras garabateadas en tinta negra en la parte delantera de su camisa dicen «The Gloomadon Poppers». Un poco de brillantina se insinúa a lo largo de su mejilla, en el cuello, en un rizo de fino vello en su brazo.

"¿Alguna pregunta en particular?", dice.

"Me...", dice ella. "Me vendría bien un cigarrillo".

"Por supuesto". Alcanza una esquina del escritorio para abrir un cajón. Saca un paquete de cigarrillos con celofán transparente sin marcar, un cenicero de vidrio limpio y un encendedor brillante, y luego se ocupa de liberar un pitillo y sostenerlo para que ella lo coja, abriendo el encendedor y encendiendo una llama. "Fuerte", dice ella parpadeando después de su primera calada.

"Una mezcla personalizada", dice él guardando el encendedor y el paquete. "Burley y hoja de Macedonia. No es del agrado de todos. Por favor, siéntese. Debe de estar exhausta".

Ysabel echa una mano atrás para encontrar un brazo del sillón tras ella, madera oscura que enmarca el satinado cuero con penachos, y se posa con cuidado dentro del sillón. Con ese traje blanco, él arrodillado ante ella, unos dedos lisos y delgados con uñas recortadas y bien formadas deshacen los nudos en los cordones de las botas de mocasín de Ysabel. "La oficina tiene una ducha", dice él, "y una cama, si podéis echar una siesta. Se traerá ropa limpia, pero más tarde, más tarde". Dice dejando las botas una encima de la otra. Sus manos, con pálidos dorsos arrugados por venas azules, envuelven los magullados pies descalzos de ella, arrugados, enrojecidos y machados por esas botas negras. "¿Café?", dice él mientras los acaricia, los sostiene en las manos, los calienta. "¿Té? ¿Pastas o una tortilla?" Acaricia con la punta de un dedo el plateado anillo tiznado de oro alrededor del dedo de un pie. "¿Licor, cocaína, hachís?"

Ysabel deja salir una carcajada de humo y se inclina hacia

adelante para dejar caer la ceniza en el platito de cristal. Al inclinarse atrás en el sillón levanta un pie fuera de sus manos, balanceándolo hacia fuera y hacia arriba, subiéndolo a su rodilla para engancharlo en el brazo del sillón. Apoyándose sobre el otro brazo, ella se aparta de la cara un enredado mechón de pelo. "¿Qué haríais vos de mí?," dice ella.

"Oh, Milady Prometida", dice, y suelta su otro pie. "Qué hubiera hecho de vos si no hubierais", y luego, suspirando, se levanta. "Hecho las cosas según el plan". Retroce. "El Rey tenía que", y sus cejas se alzan, "regresar, dentro de tres semanas. En el cambio de año, cuando el sol pasa del Arquero a la Cabra, y la Rueda gira del Sol hasta Saturno, y aparece un hombre, bailando, con el pelo sobre el cuerpo como el de un jabalí y los dientes como vigas del techo; sostiene un vara de ganado y pesca peces". Se sienta a medias en la esquina del escritorio. "Y en ese momento, con vos presta, pero aún no consciente, yo habría intervenido y os habría vinculado en tal ceremonia", extiende las manos, encogiéndose de hombros. "Un anillo, un vestido blanco como la nieve, y flores, montañas de flores, en este invierno moribundo. Rosas pálidas", dice, "rosas y amarillos, y blancos, por supuesto".

Ella se inclina hacia adelante para echar más ceniza en el platito. "Rosas blancas", dice él, "y luego cuatro paredes, y una rutina diaria, una carrera, si la necesitarais. Propiedades, tal vez. Podríais haber vivido en la cúspide durante años. Décadas". Él cepilla nada de la rodilla, luego se pone en pie y da un paso hacia el otro lado del escritorio. "Pero parece que", dice él, "las reglas son menos estrictas de lo que me habían hecho creer. Siempre lo son, por supuesto", se para allí, de espaldas a ella con los brazos cruzados, "la pregunta siempre es si los demás jugadores también son conscientes de este hecho". Él mira hacia abajo, no del todo hacia ella. "Me culpo a mí mismo, debéis entender. Calculé mal. No hay otra palabra para ello".

"La boda se ha cancelado", dice Ysabel, su voz es cautelosa.

"Oh, habrá una pequeña ceremonia. Unos pocos amigos cercanos. Socios de negocios. Esta noche, por supuesto. Es el día de Saturno después de todo." Se gira sonriendo. "Con poca antelación, pero

atenderán mis llamadas. Por esto, se apresurarán a levantar el teléfono. Nos conformaremos con un lugar de mutuo acuerdo, una sala bien equipada, diremos algunas palabras, luego os tenderemos sobre una mesa, tomaremos nuestros tenedores y devoraremos vuestra misma esencia". Recoge el cuchillo con mango de marfil del escritorio, lo bota una vez en su mano, "Entonces", dice deslizándolo en un bolsillo. "Ropa limpia, pronto, zapatos nuevos, y mientras tanto, si hay algo que necesitéis... El Sr. Charlock y el Sr. Keightlinger ya deberían estar listos. Hacédselo saber".

Él abre la puerta, se detiene allí con una mano en el pomo. "Supongo, por el hecho de que no me habéis preguntado cómo se me debe llamar, que es señal de que entendéis que esto es estrictamente comercial. Nada personal, en absoluto".

Cierra la puerta. El sonido de la cerradura girando. Transcurre algún tiempo antes de que ella se incline hacia adelante para apagar el cigarrillo a medio fumar y luego se reclina en ese sillón, detrás de ese escritorio.

Luz del sol, brillante y clara / su primera, su segunda, su final particular, la cosa menos pequeña

La luz del sol, brillante y clara, se vierte entre las ramas espolvoreadas de nieve, a través del vidrio plomado, a través de las persianas venecianas bajadas pero abiertas, batiendo nítidamente de la cafetera plateada, las cucharas, el tenedor posado en pristino plato blanco, el vaso intacto de zumo de tomate, la consola vertical del teléfono en plata y negro. Cables negros conectados aquí y allá, bobinados en un único rollo que cuelga de los voluminosos auriculares apretados en sus orejas, sobre las indomables trenzas, un apagado blanco nebuloso tocado con oro. “No tengo duda de ello, Welund,” dice él. En alguna parte de la sala, un piano de juguete está tintineando el compás de una fuga bajo un pegadizo coro de saxofones. “Pero, ¿habéis de recordar,” dice él, “que esta carrera de acuñador y usurero no es sino una afición? Vos servís a la corte como legislador, por encima de todo. Forjadme alguna cláusula y parentéticas que yo pudiera usar para cortar de raíz esta ridícula garantía.” Su almidonada camisa es de color salmón con cuello y puños de suave azul claro. Sus boxers ajustados estampados en azul con un patrón de perritos y peces. “Sin embargo”, dice él sorbiendo café solo de una fina taza de porcelana, con cuidado del micrófono. Su otra mano está señalando al mapa clavado en el tablero lateral, tocando una intersección en el Noreste, se desliza al Oeste y al Norte, subiendo y siguiendo el cuerno de la ciudad sobre el río, parando poco antes de St. Johns. “Entiendo eso,” dice él, “Lo hago”. El esbelto hombre de pie junto a él viste un ajustado traje azul sobre amplios hombros, y su corbata rosa es tan pálida que es casi blanca, y estira el brazo más allá de Agravante, por encima del río, para apuntar otra intersección al Noroeste, cerca de una manchita de color que dice «Estadio Cívico», no a más de un bloque de la larga línea clara de Burnside.

“Nuestra situación”, dice Agravante, inclinándose sobre la mesa, sobre el plato de huevos revueltos, el plato de salsa picada, el

calentador de tortillas, "es, usando vuestra palabra, fluida. Se requiere liquidez". Levanta un tubo delgado de un estante lleno de ellos, todos tapados con corcho y sellados con cera azul oscuro, todos relucientes con hilos de polvo dorado. Se lo da al hombre del ajustado traje azul, que asiente con la cabeza, luego se aleja, pasando a otro hombre más joven, con el pelo pálido trenzado, su suéter con un patrón de azules irregulares y angulosos. "Espera un momento, Welund", dice Agravante alejando el micrófono de su boca. "¿Y bien?"

"Regresó a su templo con lo último de la nevada", dice el hombre del suéter. "Desde el amanecer, no se ha ido".

"¿Pero dónde ha estado entre aquí y allá?", dice Agravante en voz baja.

"Todavía no lo sabemos".

Después de un momento, Agravante inclina el micrófono hacia atrás. "¿Welund?", dice. "Necesito... Debo colgar".

"Sí, han sido enviados. Los tres. Si hay una respuesta..."

"Si hay una respuesta".

"Y buenos días para ti". Pulsa un botón en el teléfono, luego abre una carpeta verde junto al estante de tubos de vidrio, y la diabólica cajita-cesta tallada de un único pedazo de madera roja oscura. Él toma una pluma. "Olvídate del Duque", dice garabateando una cantidad en un cheque, firmando con una amplia floritura. Dobla el cheque con precisión a lo largo de su perforación y lo arranca perfectamente. "Esto para el banco estadounidense", dice, "no el Trapezuntino. Cámbielo por dinero fiat".

"Pero la nieve", dice el hombre del suéter tomando el cheque.

"Encuentra uno que esté abierto", dice Agravante. Toma otro tubo del estante. "Luego lleva el valor a una tienda y compra bicicletas".

"Bicicletas", dice el joven.

“Todas las que eso pueda comprar. Al menos una docena. Necesitarás el camión”.

El hombre del suéter toma el tubo, asiente y se va. Agravante vuelve al teléfono y marca un número. "Dime que la has encontrado", dice al micrófono, y luego, mirando hacia la puerta, frunciendo el ceño, grita: "¿Dónde están mis pantalones?"



El choque de un gong cuando él abre la puerta. La mantiene abierta para que ella pueda pasar a su lado a empujones, mochila colgada al hombro, bate en la mano, hacia un vestíbulo de cajas apiladas. A la izquierda, un estrecho umbral, más cajas y bolsas de basura llenas apiladas a ambos lados. Él la sigue dentro de una sala de exposición iluminada por la luz diurna que consigue atravesar las polvorientas ventanas alineadas en una pared. Más cajas se alinean en la otra, y más bolsas de basura y una alfombra enrollada puesta en un extremo junto a un orondo sofá con pilas de abrigos y otras prendas, un taburete apoyado contra él, una mesa del revés y, puesto entre ello un montón de cuadros, el primero es un lienzo de terciopelo negro en un marco barroco, moteado con estrellas sin luz, manchado con naves espaciales en un borrón de batalla. Y el suelo ante ellos vacío salvo por trozos de papel, una rosa de seda azul, un desparrame de tickets, todos ellos rojos y ni uno roto por la mitad, los restos de un cuenco de arcilla naranja aplastado allí, bajo la ventana.

"Esto no es...", dice Marfisa volviéndose con su chaqueta de piel de oveja, y "Lo sé", dice el Masón frotándose la nuca. "Parece...", dice ella, y "lo sé", dice él. Ella pasea hacia la esquina delantera, saca de la ventana un letrero, lo levanta. Las letras naranjas y negras dicen «Se Alquila». "Bueno, ¿dónde está la señorita Cheney?", dice ella dejándolo donde estaba.

"Vuestras preguntas", dice una voz ronca y desabrida, "no tengo que contestar". Ella está allí, junto al mostrador en la parte posterior

de la sala de exposición, un pulóver del color del polvo de yeso, su cabello amarillo recogido por una banda negra y acunado en sus brazos, un conejillo.

“¿Por qué?”, dice el Masón.

"Ella rompió su vínculo", dice la señorita Cheney. "Con la ciudad, hermano, corte y Reina. ¿Tus preguntas?" Ella asiente. "Esa fue la primera".

El Masón abre la boca, mira hacia otro lado y cierra de golpe. "Tú estás rompiendo tu vínculo", dice Marfisa, y un gesto hacia las cajas, las bolsas, los muebles apilados. "¿A dónde quieres ir?"

"No estoy rompiendo nada", dice la señorita Cheney. "Seguiré respondiendo las preguntas de aquellos que quieren encontrarme. Caso en cuestión".

"Jo estuvo aquí", dice el Masón. "Le diste respuestas".

"No puedo responder lo que no se pregunta", dice la señorita Cheney.

"¿Qué es lo que tú...?", dice el Masón, y "Luys", dice Marfisa, y él levanta una mano, "¿cuando hablaste con ella?", le dice, "con Jo, ¿qué viste?" <

"No vi nada", dice la señorita Cheney. "Esa ha sido la segunda".

"¡Eso no es lo que él ha querido decir!", dice Marfisa.

"¿Crees que yo *quiero* irme?", grita la señorita Cheney apretando el conejo rígido contra su pecho. "¿Es así? Yo *amo* esta ciudad. Zopenca". Se gira dejando que el conejo escape de sus brazos hacia el mostrador.

"Pues ayúdanos", dice el Masón. "Por favor".

"Todos queremos lo mismo", dice Marfisa.

"¿Queremos lo mismo?", dice la señorita Cheney.

"¿Qué es lo que...?", dice el Masón, y "*Luys*", dice Marfisa rápidamente, "piensa con cuidado. Pregúntale... pregunta dónde debemos ir para encontrar a Ysabel. ¡Hoy! ¡Para encontrarla hoy".

"¿Qué aprendiste..."

"¡Luys!"

"... al responder las preguntas del Cazador que tanto te ha asustado?"

Y Marfisa cierra los ojos.

"El Mooncalfe", dice la señorita Cheney, alejándose del mostrador, "se ha llevado a la Reina y quiere venderla al mejor postor que pueda encontrar". Extiende la mano, rozando la pared de cajas con los dedos.

El Masón sonríe aliviado. "Entonces, de alguna manera, esta vez, está equivocada, señorita Cheney. La Reina está a salvo en casa de Buenamigo. Su hijo, el Príncipe, ha regresado y la ha llevado allí él mismo. El Duque..."

"No se refiere a Duenna", dice Marfisa.

"Pero", dice el Masón, "la Reina", y luego, con una mano en la boca, "Oh".

La señorita Cheney dice: "Aunque pudiera responder a una cuarta pregunta, o una quinta, acerca del dónde o quién o cuándo", sonido de las yemas de sus dedos rozando el cartón, "no creo ni por un momento que pudiera. El geis solo llega hasta aquí".

"Melancoélidon", dice el Masón.

"No puede...", dice Marfisa, "no puede haber tantos magos en la ciudad. Podríamos..."

Suena el gong, y cuando todos miran hacia la puerta de estrecho umbral, enmarcada con montones de cajas y bolsas, "¡Salve a mí!", grita una voz. "Salve y dispárame, con un soplo". Del vestíbulo sale una figura con una chaqueta gris sin forma, una falda larga y oscura, cabello negro largo y liso, y pies descalzos. "Volví a ella", dice Orlando, el Mooncalfe, "la dejé quedarse, ella se quedó y la maté", marcha cruzando la sala de exposición, "la maté y ella no murió". Pasa junto a El Masón, pasa junto a Marfisa, que se quedan mirándole. "Maté a su padre y llegó la nieve, tal como dijiste, así que dime", dice con el Masón lanzándose detrás de él, "¿Dónde estoy?", El Masón le agarra por el brazo, por el hombro, tirando hacia atrás, hacia un lado, el Mooncalfe tropieza girando y chocando contra la pared de las ventanas que se agitan.

"¡Espera!", grita el Mooncalfe, brazos en alto frente a la cara, el Masón sacando un destello de luz en esa lúgubre habitación con su espada hacia atrás preparando una estocada y Marfisa agarrándole del codo, "¡Luys!" Él se detiene. Ella no le suelta. "Él lo sabe", dice ella.

"Por mi culpa", dice el Mooncalfe, "no lo sé".

"Todos quieren lo mismo", dice la señorita Cheney, y luego, volviendo al mostrador, "Como se ateste un golpe voy a *encontrar* un maldito Rey que os exilie a todos".

"¿Dónde está la Prometida?", dice Marfisa, mano todavía en el hueco del brazo del Masón, aún ladeado con la punta de la espada apuntada directamente a la garganta del Mooncalfe, quien se hincha con una inhalación. "La dejé partir", dice con un ojo parpadeando.

"Así como así", dice Marfisa.

"Has dicho que la mataste", dice el Masón con voz áspera.

"A Gloria", dice el Mooncalfe. Niega con la cabeza. "A Suzette. No te preocupes. Ella está bien". Extiende la mano para apartar la espada del Masón. "Si pudiera regresar a mis asuntos", dice.

"Tú", dice la señorita Cheney, tranquilizando al conejillo, "tienes

preguntas".

"Oh, sí", dice el Mooncalfe. Marfisa suelta el brazo del Masón. "Orlando", dice ella. El Masón está bajando su espada. "¿Volveré a ver mis espadas otra vez?", dice el Mooncalfe.

"No", dice la señorita Cheney.

"Un caballero a duras penas", murmura el Mooncalfe. "reducido a mis espuelas".

"Orlando", dice Marfisa. "Por favor. Pregunta por la Prometida. La... la Reina ".

Sus pies descalzos lo llevan sin rumbo por la mitad de la habitación. "Lo haré", dice, luego, "no... subiré las apuestas. ¿Alguien en esta sala alguna vez se arrodillará ante otro Rey? "

"Ni uno sólo", dice la señorita Cheney.

El Mooncalfe levanta su rostro sonriente y el Masón mira sus manos vacías. "Orlando", dice Marfisa una vez más. "Ysabel. Por favor. La dejaste ir, la dejaste sola. Tu tercera pregunta, por favor... Te lo ruego. Pregunta a dónde debemos ir para encontrarla. Para ayudarla".

"Ayudar", dice el Mooncalfe. "A la Princesa. Ciertamente", le da la espalda, "seguramente ella podría evitarlo. ¡Mi tercera!" Se aleja de ellos hacia la señorita Cheney, conejillo en sus brazos. "He cerrado la puerta al Rey, a todos los Reyes. Corté la última rosa de su bastón y dejé sus pétalos en la nieve. No seré olvidado Así que. Respóndeme", y él cierra los ojos, " ¿a dónde debo ir para encontrar mi fin particular? "

Y la señorita Cheney, conejillo agarrado firme en su pecho, abre la boca para hablar.



Una cursiva mecánica de esbeltas letras deletrea «Corona Imperial» entre dos sencillas ventanas, por encima y por debajo de ellas en la pared de color amarillento. Ventana de arriba festoneada con luces de Navidad parpadeando en rojo, rojo y verde. El edificio tiene una forma de larga y poco profunda U que encierra un estacionamiento surcado y empañado por lodosos diques de nieve derretida, y en la menguante sombra de la robusta ala oriental, una alfombra de muñequitos de nieve no más altos que una rodilla o un tobillo, algunos con ramitas como brazos ya caídos al suelo, uno con una chistera inclinada sobre su torcida forma de cabeza, y agua goteando por todas partes, desde los aleros y los escalones y cornisas. En medio del espacio, Jo está de pie con la mano levantada contra la brillante luz diurna, examinando los números de las puertas ensombrecidas por pasillos y toldos. "Por allí", dice Roland señalando hacia arriba. "Vale", dice Jo. Espada colgada al hombro, máscara en la mano, botas crujendo y chapoteando, cruza el espacio para subir a la acera y luego a una de las largas filas de escaleras. Roland la sigue, sus pasos se precipitan de una isla y de un banco de nieve a otro, con cuidado de no pisar el agua del deshielo.

Jo pulsa un timbre de plástico amarillento pegado al marco bajo números de metal negro, «1917», y cuando Roland la alcanza, ella pulsa de nuevo. Un chasquido del pomo bajo el pulgar de Jo, crujido de bisagra cuando ella abre la puerta de la mosquitera, la sujeta con una bota, se inclina para llamar a la puerta principal y se oyen pasos al otro lado, traqueteo y golpeteo de las cerraduras. La melena de la máscara en la mano de Jo tiembla y se ondula. La puerta principal se abre. Becker envuelto en una bata granate sobre un pijama de felpa de Vestidos Stewart. "¿Jo?", le dice.

"Yo, ah, probé el timbre", dice ella.

"No, sí, tenía la intención de reemplazarlo", dice.

"Traté de llamarte", dice ella. "Antes de que nosotros, de dirigirnos hasta aquí".

"Nosotros, bueno, supongo que estaba ocupado", dice Becker.

Examina la espada que ella lleva y la máscara temblorosa. "Eso..."

"¿Podemos...? Ah, este es, Roland", dice asintiendo con la cabeza hacia Roland a su lado. "Hola", dice Becker sin retroceder, sin abrir más la puerta. "¿Podemos entrar?", dice Jo. "Es importante. Sobre Ysabel. Tú, recuerdas a Ysabel, ¿no?"

"Por supuesto que recuerdo a Ysabel", dice Becker.

"Vale", dice Jo. "Es difícil, a veces, saber lo que recuerdas".

"Recuerdo a Ysabel".

"Pero recuerdas haber olvidado, ¿verdad?", dice ella, y él se mueve inquieto ante eso, un paso atrás, una rápida mirada sobre el hombro. ¿Te acuerdas de la fiesta? ¿Jueves? ¿Acción de Gracias? "

"El viejo banquete acostumbrado", dice y luego, "Creo que no es un buen momento, de verdad, así que si pudieras...", y Roland está poniendo una mano con guante de ciclista sobre el hombro de Jo, allí junto al empuñadura de su espada, "Jo", dice, mientras Becker dice "De verdad que te agradecería...", y luego ella dice "Pirocles", y todos se detienen.

"Pirocles", dice ella de nuevo.

Y Becker pregunta: "¿Qué tiene eso que ver con Ysabel?"

"¿Podemos entrar?", dice Jo.

Él da un paso atrás y abre la puerta de par en par.

El salón interior es frío, tenue, alfombra azul, paredes blancas azuladas por la luz que se filtra a través de las cortinas de gasa. Un piano suena suavemente desde pequeños altavoces en un estante bajo, «y si preguntan si he visto Casablanca», está cantando alguien, «responderé un rotundo no». "Ysabel ha desaparecido", dice Jo, "y la estamos buscando. Y me dieron una pista, esta, que resulta que...", y Jo se detiene con la mano en la cabeza, y respira hondo, "que fui al equivocado primero. Y pensé que significaba que yo había hecho

caso al Duque cuando no debería haberlo hecho, porque fui a donde él me dijo que fuera primero, pero eso no tiene ningún sentido porque luego fui a donde hubiera ido primero si no lo hubiera hecho, que era a casa de Guthrie para hablar con su novia, quien no podría haberme ayudado incluso si yo *hubiera* ido allí primero porque ella no puede ver estas cosas de todos modos, y tú no tienes ni idea de qué es de lo que te estoy hablando". La melena de la máscara en su mano arremete, los extremos golpean la mesita de café con tablero de vidrio junto a la rodilla de Jo. "Habéis sido vosotros dos, todo este tiempo, ese es el asunto", dice Jo, "incluso antes de todo esto, antes de que te ascendieran, pero luego, aquella noche, fuisteis los dos quienes nos acompañasteis, a mí y a Ysabel, a casa de Buenamigo, y luego a la caza del jabalí y a la iglesia y cuando el Duque dijo que le preguntara a quien quisiera que fuera a su casa, a esa fiesta, os llamé, os llamé a los dos, sólo a vosotros dos". Mira a Becker entonces, la bata se ha tornado púrpura oscuro en la tenue habitación. "Pero fue a casa de Guthrie a donde fui primero, anoche, y ese fue el equivocado. Debería haber venido aquí".

"Yo no...", dice Becker con los ojos muy abiertos y la boca apretada.

"Podría ser cualquier cosa", dice Jo. "Algo que viste, algo que recuerdas. Algo que estás a punto de decir". Él no dice nada. Ella mira a su alrededor. "Algo en esta habitación". Sobre la mesita de vidrio, un teléfono, dos tazas de café, una bolsa de papel blanco, el fondo transparente con grasa. "La cosita más insignificante. Podría ser suficiente para llevarnos a... al siguiente paso". Becker parpadea, mira hacia abajo, al espacio. "Para encontrarla", dice Jo. "A Ysabel".

"Yo", dice Becker y su mandíbula tiembla. Roland es una forma oscura en la puerta abierta, la luz del sol detrás de él y el vertido y el goteo de la nieve derretida. "Jo", dice.

"Espera", dice ella, una grieta recorre la palabra.

Becker deja escapar el aliento que ha estado conteniendo, parpadea rápidamente, sus ojos brillan y pregunta: "¿Qué es Pirocles?"

"Creo que puedo ayudar", dice alguien, y todos levantan la vista, miran a su alrededor y se giran. Él está allí, en el pasillo que conduce al resto del apartamento, altos pantalones de vestir grises y una camisa a rayas azules y blancas entreabierta en el pecho de pelo negro, su cabello es un desordenado mechón de rizos negros. "Lo siento", dice él, "Escuché un poco de eso. Bueno. La mayor parte".

"¿Ayudar?", dice Jo, y "¿David?" dice Becker, su voz se ha ido muy lejos.

"¿Recuerdas esa llamada que tuve que atender?", dice el hombre alto a Becker. "El día de trabajo. Bueno. El trabajo de horario veinticuatro horas siete días a la semana". Se lame los dientes. "No sé dónde está la Prometida", le dice a Jo, "pero", y sostiene el teléfono en la mano, una placa de cristal negro en un marco blanco. "Estoy bastante seguro de saber dónde *estará*. Esta noche".

"¿Prometida?", dice Becker.

"Ella es la Reina, ahora", dice Jo.

"Aun así", dice David Kerr.

un Traje de lana Castigada / él es como lo hace / la niña en su mano / compañía

Un traje de lana castigada, gris sobre hilo negro y una almidonada camisa blanca junto a la puerta principal. Está mirando el reloj en su muñeca, un pesado nido plateado de engranajes y diales, números y chismes configurados en algo que reluce como la madreperla. Su cabeza bronceada está bastante calva, sus mejillas espolvoreadas con ralo vello blanco. En el centro de la gran sala delantera, una espada en posición vertical, la empuñadura envuelta en cuero amarillento con un largo mango, y el suelo donde ha sido clavada está chamuscado en un limpio círculo negro. La ventana está vacía, chimenea oscura y fría, limpia de polvo. Desde algún lugar más allá, desde el interior de la casa, un tropiezo de puntas y púas, rasgueos, mandolina, banjo, una guitarra o dos. Mira el reloj otra vez.

Una puerta se abre al otro lado de la habitación, se ve un vistazo de la cocina más allá cuando Lymond la cruza, ojos muy abiertos y tal vez una sonrisa, lisa camiseta blanca y un pantalón chino color hueso, mechón de pelo rosa anaranjado, se seca las manos en una toalla harinosa. "Buenas tardes, Milord", dice el hombre del traje, pero Lymond dice bruscamente, "Welund", y su tal vez una sonrisa ha desaparecido. "Debemos encontrar una manera de vivir juntos, o no".

El hombre del traje frunce los labios. "Si se trata de la casa de vuestra madre", dice, "una vez que se resuelva la cuestión de la sucesión, podríamos discutir qué debe..."

"No hay nada que discutir", dice Lymond.

"Es posible, tal vez, que", dice Welund sopesando cada palabra, "su Alteza no se dé cuenta del dinero necesario para mantener esa casa..."

"He visto la casa", dice Lymond. "Lo que se requiere son algunas

escobas y cubos, madera, algo de yeso, algo de pintura, conocimiento, tiempo y manos. El dinero es una de las formas que pone eso a funcionar".

"¿Y el ovr que necesitaréis?" Welund extiende las manos, inclina su cabeza. "Todo lo que hice fue por el bien de la ciudad y la corte, sin un Rey durante tanto tiempo... y ahora, con todo el respeto posible hacia vos, hacia vuestra madre, vuestra... hermana, ahora, la línea está rota. Lo vi yo mismo. No tenemos Reina".

"Estás equivocado, Welund, y todo lo que has hecho estuvo mal". Lymond se echa la toalla sobre el hombro. "Siempre hay un Rey, y siempre, siempre una Reina. Debes tener fe".

"La fe no llena los cofres", dice Welund.

"Qué útil, esa excusa", dice Lymond. "Qué no haríamos para llenar esos arcones arruinados". Se gira hacia la chimenea vacía, allí junto a la espada en el suelo. "Y si las arcas resultan inconvenientemente llenas, bueno. Todo lo que debe hacerse es volcar uno sobre ti mismo, para invocar su poder ". Esa música se detiene. Puede haber habido aplausos. Welund frunce el ceño junto a la puerta, "Yo no...", dice, "entiendo el significado del Milord ..."

"Esta paz, que Buenamigo atesora", dice Lymond con cuidado de no pisar el suelo carbonizado alrededor de la espada, "Yo no tengo sino el mayor de los respetos por ella. ¡Y esta espada! ¿Conoces la historia? Cómo Marfisa lo aplastó aquí de un solo golpe y lo abandonó todo... la corte, la Reina, su amor", y su mano se cierra ligeramente sobre la empuñadura. "Simplemente para mantener a mi hermana a salvo de cualquier indicio de insulto". Mira hacia arriba, hacia Welund junto a la puerta. "Pero tampoco es eso". El agarre de su mano cambia, se tensa. Apoya los pies. "Pero una cosa retiene mi mano, Welund. De arrancar esta espada del suelo y arrancarte la cabeza de los hombros de un golpe. Y tal cosa es que yo no sé, con certeza, que fuiste tú quien liberó a el Mooncalfe".

"Alteza", dice Welund mientras trata de decidirse por una expresión, "os lo puedo asegurar, yo nunca lo haría", y se contiene de avanzar hacia la puerta. "¡El Mooncalfe, Milord!" Esa mano se

alza hasta su hombro, hasta su pecho, apretada. "¡Él es tal y como actúa!"

Y Lymond dice: "Es interesante, Guisarme, para mí, que no hayas sacado un arma".

La mano en su pecho ahora es un puño, Welund dice, "Ni vos la vuestra".

Lymond dice: "Mi mano está detenida", y suelta la empuñadura. "¿Quieres un poco de pan?" Y allí bajo sus ojos saltones un destello de dientes, su sonrisa.

"Pan", dice Welund.

"Baguettes", dice Lymond. "¿Para mañana? Pensé en una comida ligera, crostini o bruschetta. Tal vez solo un poco de aceite de oliva y buena sal marina".

"¿Milord sabe hornear pan?"

"Bueno". La sonrisa de Lymond se desliza irónicamente hacia un lado. "Principalmente evito estorbar. Dicen que", levanta las manos, "no tengo ni idea de amasar. ¿Te veré allí? "

"Por supuesto, Milord", dice Welund y ahora su mano está en el pomo.

"Bien", dice Lymond. "Bien".



Envuelta en vidrio, en vapor, en agua corriente, alzándose ligeramente de lado a lado, una mano levantada y hacia afuera, y las costras y rayas brillan en sus brazos, su pecho, su vientre, esa filigrana, en sus muslos y rodillas, se está desmoronando, se oscurece, se derriten y el agua que salpica sus pies es de un gris turbio mezclado con hebras negras. Ella se inclina hacia atrás para

dejar que la ducha le empape el cabello, esa mano aún levantada fuera del agua, otra mano aún salpicada de lentejuelas de oro que brillan cálidamente a la húmeda luz blanca, bruñida, deslumbrante, una forma de luz demasiado brillante para mirarla mientras destella, y chisporrotea y chispea en su cabello, amarillo, dorado y naranja, rosa y blanco a lo largo de su piel, estrellas que arden brillando y titilando una a una, se atenúan y mueren. Ella gira bajo el agua manteniendo esa mano sumergida y lo último de aquello se lava, el agua corre gris y se ennegrece al bajar por el brazo.

Una bata blanca gruesa sobre ella, su cabello recogido en una toalla. Detrás de ella, la puerta se cierra y el sonido de la cerradura gira. Ropa extendida sobre el escritorio, destellos blancos reluciendo bajo la intensa luz de la lámpara de banquero con pantalla blanca, lino bayal y encaje y satén, tafetán, un nebuloso montículo de crinolina, y allí sobre el suelo una fila de zapatos, esbeltas formas de pie, puntas equilibradas sobre delicados tacones de varias alturas, finas cintas de sandalia en blanco y gris colgando frívolamente. Ella los empuja a un lado con un pie, mete la mano en la pila sobre el escritorio con un tintineo de perchas, el arrugar de papel y plástico envuelto, deslizado suavemente cuando ella tira para liberar algo, forro blanco de marfil cuando lo saca del círculo de luz, un largo abrigo en ello, los faldones cuelgan suavemente del escritorio hasta el suelo, su línea es de un gris fresco.

La luz de la lámpara del escritorio se desvanece cuando ella abre las pesadas cortinas de un tirón. Cristal empañado lleno de ricos azules que dan tonos desde blancos hasta amarillos y rojos y un naranja, y sólo una única pestaña en lo alto de la hoja de la ventana. Ella la gira con un golpe sólido y la presiona contra el marco, y con una sacudida, la ventana se levanta, una succión de aire en el hueco y ella sisea, luego asegura con un traqueteo en el marco el contrapeso, que araña la pared interior. Agachando la cabeza, ella se inclina y se asoma afuera, siete pisos u ocho de altura debajo, reluciendo húmedamente en las sombras, y perlas de nieve pegadas a lo largo de los canalones. La cara izquierda del edificio de ladrillo amarillo brilla y el cristal arde en el crepúsculo que entorcha las colinas a la derecha, bajo el bloque frente a la calle, un aparcamiento casi lleno y alineando las aceras de los

cuatro lados, puestos y quioscos, pancartas, tableros de sándwich, el vapor de ollas de cocina y parrillas, el humo de las planchas y luces que impactan en las desnudas ramas de los árboles aquí y allá, y nudos de gente envuelta con abrigo y sombreros, bufandas, gorros de lana, en la esquina, ante este o aquel puesto, y risas y un grito, alguien llamando el nombre de alguien. Ella abre la boca, como para decir algo, para llamar, pero sólo la ajada estela sale de su aliento, un suspiro. Apoya los codos en la cornisa, cara ruborizada a la luz, sombras tiznando la bata. "Sólo más que el sol es el sol," se dice a sí misma. Se estremece, y el estremecimiento se tornan una sacudida. Ella pasa de nuevo al interior.

La gruesa bata blanca en un montón en el suelo bajo la ventana. Las pieles blancas drapeadas sobre la parte superior de cuero pálido del escritorio, y el resto de toda esa ropa empujada hasta el borde del mismo, y encima, y "Cada cuál", canta ella a sí misma, un susurro, si acaso. "Exactamente dónde". Sentada sobre las pieles, manos sobre las rodillas, la cabeza baja, cabello húmedo un péndulo a la deriva. Manos en los muslos ahora, piel de gallina. La ventana ante ella aún abierta de par en par. Levanta la cabeza, los hombros, cierra los ojos, los labios se mueven alrededor de una palabra, palabras a las que no da voz. Alza un pie para plantar el talón en las pieles, una mano sobre su rodilla levantada, la otra entre los muslos, rozando con el pulgar los mechones de vello allí, su otra mano hacia la boca ahora, sus labios, sus dientes contra el labio, su respiración rápida entra y sale por su nariz ahora, y sus labios se separan, su dedo dibuja entre ellos, mojado, resbaladizo de saliva. Baja la mano con la mandíbula apretada, hombros tensos, meciéndose ahora de un lado a otro al ritmo de su corazón, sus pulmones se exprimen, un siseo, un gruñido, meciéndose y una chasquido de carne, su boca en lo que podría ser un gruñido, un desprecio, sus ojos se abren hacia esa ventana llena de cielo cada vez más profundo.

La ventana, abierta, oscura, la lámpara en ángulo, el escritorio desnudo. Las pilas de ropa cayendo blandamente sobre la abatida fila de zapatos. Una lengua de pieles blancas allí, arrugada en el suelo, rodeando por detrás del escritorio, ella se arrodilla en ella, se desploma hacia un lado, codo sobre la rodilla, pieles aferradas en una mano, cabello colgando y rozando el cristal roto a su alrededor.

El armario tumbado y roto contra la pared. Una dispersión de muñecas, figuritas esparcidas: una mujer con una pierna mecánica de cables, gafas de lentes rojas y un martillo neumático equilibrado sobre los hombros; una colegiala con un brazo en jarra sobre la cadera y botas negras y un parche en un ojo; una espadachina en pose de media estocada en cintas ferozmente enredadas con su propio largo pelo amarillo; una vaquera, armas cargadas, piernas cortadas extendidas como para sentarse en algo que no está allí. Un estremecimiento tiembla por toda la logitud de su cuerpo, terminando en un ausente tic del pie. La chica en su mano lleva un casco con orejas de gato y un maillot plateado, y sus largas piernas con medias en lo alto como si fuese a subir encima de algo. Ysabel la deja precariamente junto a una scooter de juguete y recoge otra, una colegiala extrañamente esbelta con una ajustada chaqueta naranja y minifalda, y medias oscuras extendidas por sus elongados muslos, lanzando un festivo saludo militar. Un golpe en la puerta, el traqueteo de la cerradura girando. Ella gira la muñeca, tocando con el dedo una larga coleta marrón de plástico. La puerta se abre de golpe. "Qué demonios", dice alguien, y luego "¡Mierda!" y una entrada brusca en la habitación. Es el tipo pequeño del traje negro, pies enredándose en la ropa esparcida y un choque contra el escritorio, "Mierda", de nuevo, y ella estira el brazo hacia la ventana abierta cuando él la ve allí y se detiene de golpe. "¿Qué ha pasado?", dice él. El rizo de pelo entre la frente y la coronilla está desenrollado, sobresaliendo. "Aquí dentro se *congela* uno." Él cierra la ventana. Ella rueda sobre la espalda, un tintineo y crujido de cristal. "Eso ha sido estúpido," dice él frotándose la frente.

"Tampoco es que pudiera escapar volando", dice ella.

"Puedes, puedes caerte", dice él. La muñeca en su mano. La muñeca en la mano de ella. La mano de él en la tripa. La mano de ella húmeda, su borde cortado brilla en amarillo y blanco, y el antebrazo vendado hasta el codo en chorros relucientes. "Necesitas un vendaje", dice él.

"No me voy a quedar seca", dice ella. "Además, ¿no es eso lo que él quiere? ¿Esto?" Sentada, levanta la mano. "Esto lo podría obtener de cualquiera de nosotros".

"¿Duele?"

"Por supuesto que duele", dice ella. "Pero es la última vez que dolerá. Déjame disfrutarlo".

La muñeca, caída sobre las pieles. "¿Tú?", dice él, y luego, "Yo", y luego, "Nos iremos pronto. Tú, deberás ponerte algo".

"¿Por qué?" Ella gira sobre las rodillas. "¿Por qué ponerse algo", impulsándose al levantarse, "para quitárselo todo poco después?"

"¿Porque... hace frío?", dice él.

Ella toma las pieles y las sacude, cascada de muñecas, un ruido de fragmentos. "Usaré esto", dice ella deslizando un brazo dentro de una manga, colocándola sobre los hombros, los faldones aletean alrededor de sus muslos. La abre, la mantiene abierta, la seda gris brilla detrás de ella. "¿Qué te parece?"

"Has montado", dice, "un verdadero desastre de estas cosas".

"No me gustaba su aspecto", dice ella.

Él se pone en cuclillas, estira la mano hacia la muñeca extrañamente esbelta, chajeta naranja, su saludo militar. "Es una pregunta rara en cierto modo," dice él levantándose si tocarla. "¿Pero puedo hacerte una pregunta?" En su otra mano, algo acolchado, un trozo de tela, azul y blanca.

"Si puedo yo preguntar una primero", dice ella.

Él se ríe. "¿Sabes?", dice él, "sé cómo funciona eso".

"¿Lo sabes?", dice ella, manos en sus caderas desnudas. "¿Y bien?", dice ella.

"Sr. Charlock ", dice el tipo grande en la puerta.

"Yo podría", dice él. "Podría simplemente".

El Sr. Charlock. Traje negro, matojo de barba del color de la caoba pulida. En sus manos un termo de acero inoxidable. "El coche. Es la hora".

"Sí", dice el Sr. Charlock guardando la tela en un bolsillo. "Vale". Extiende la mano hacia ella. "Podría haberte dejado", dice él. Ella niega con la cabeza. "Yo no haría eso", dice ella. Ella le toma la mano. "Di mi palabra. Te lo dije. Me he rendido".

"Correcto", dice el Sr. Keightlinger en la puerta. "Comprobado".

"Uh", dice el Sr. Charlock mientras dan un paso alrededor del escritorio. "Quizás quieras unos zapatos".

"No", dice Ysabel.



Las paredes en mosaico con viejas fundas de discos, duotonos en amarillos y rojos de mujeres elaboradamente peinadas sentadas a los pianos, hombres sonrientes chasqueando los dedos, bandas enteras en febril trabajo sobre escenarios oscuramente atestados. En medio de la habitación, una gran mesa redonda tapada con fieltro verde y montoncitos y pilas de arandelas y tornillos aquí y allá al borde de esta, y por cada pila dos cartas bocabajo, y el resto de la baraja allí junto a un tubo de plástico que dice «Cacahuets de la Tía Ruby» con letras descoloridas. En medio de la mesa, más arandelas en gris y monótono rojo y arandelas hexagonales, arandelas cuadradas, arandelas de mariposa todas en una pila junto a cuatro cartas en fila bocarriba, el Seis y la Jota de diamantes, el Cinco de tréboles, el As de Espadas. "Demonios has estado, ¿chico?", dice el anciano de arrugado traje azul demasiado grande para él, sentado en una reclinable, allí tendido casi plano. Cara moteada de rosa pálido.

"Fuera", dice Frankie. "Arrastrado por toda la ciudad, preparado para volver marchando, y luego me quedé dormido en una bañera en una casa llena de payasos". Está parado en la puerta al lado de la

puerta cerrada del garaje. "Joder, y luego tuve que *caminar* para volver". El viejo grita ante eso. "Perdón", dice Frankie. "No pude encontrar un, un autobús, porque se puso a *nevar*. Y lo juro, lo siento, estaba a medio camino aquí, antes de siquiera pensar en quitarme el kit. Quiero decir que es básicamente basura, ¿verdad? Todos esos jodidos tubos de estufa y esa mierda". Retira trozos de cinta adhesiva aún pegada al hombro de su chaqueta. "Perdón. ¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde está Gordon? "

El viejo sigue recostado en el sillón reclinable. "Compañía", gruñe agitando una mano sin importancia.

Al otro lado del callejón impregnado de la luz del atardecer, el crujido de la hierba muerta y el hielo, el "scuonc" de la única bisagra, la puerta cuelga ebriamente. Sube el tapizado espacio, altas verjas a cada lado de los viejos edificios de ladrillo allí, y allí en la puerta trasera, Frankie se detiene. Un apagado batir de batería, un piano tintineando hasta el coro agudo de un himno, elevadas voces, un grito y un impacto que sacude la pared, la puerta en su marco, el pomo en la mano, el estruendo de vajilla cayendo. Él abre la puerta tirando. Una cocina, linóleo arañado y armarios que asoman siniestramente, un roce de pies, la boca de una jarra con la base bordeada en trozos irregulares y un gruñido, un hombre, brazos musculosos al aire empujando hacia atrás a un hombre de mayor edad, "¡Gordon!", chilla Frankie, saltando hacia el puño al final de uno esos musculosos brazos, girado para impactarle, derrumbarle jadeando al suelo. Un pesado cuchillo en el otro puño, antebrazo contra el pecho del hombre mayor, gruñendo, otro roce de pisadas allí junto a la estufa amarilla, "Frankie," llama el hombre mayor por encima de uno de esos pálidos y anchos hombros, estirando el brazo, y "Calma y quieto todo el mundo", dice el grande de la camiseta sin mangas, girando el cuchillo junto a la mejilla de Gordon. "Límpido". Sus mejillas oscuras de barba, cabello peinado hacia atrás.

"Lo dejaste solo", dice Gordon. La radio en el estante sobre su cabeza se ha quedado en silencio, el piano contemplativo, la batería ha caído. Frankie se sienta. Una mano es ofrecida y él la acepta, se levanta, con cuidado de la pequeña mesa de fórmica, y del cuarto hombre en la habitación, bajo, ancho y calvo. "¿Dogstongue?", dice

Frankie mirando de él hacia el hombre de la camiseta sin mangas y viceversa. La mano que ha tomado le aferra la muñeca y no la suelta cuando Frankie tira.

"Hola, Swift", dice el calvo.

"A su debido tiempo", dice el hombre de la camiseta sin mangas, y luego, "¿Zapatero?"

"No doy ni una gota", dice Gordon, alejándose de ese descuidado cuchillo. "No tomo pellizco. Todo el mundo lo sabe".

"Todo el mundo está bocabajo", dice Swift. "Ha vuelto, el Rey. Estamos pasando el sombrero. La Liebre será un estandarte ahora, y Tommy Tom no irá con las manos vacías para enarbolarlo".

"¿Y los domésticos?", dice Gordon. "¿Tomarás el cuchillo para llamar a todas las puertas de los armarios?"

Swift se acerca empujando, la estufa detrás de ellos raspa el piso, "Qué demonios", dice Frankie tirando mientras Dogstongue agarra su otra mano y dice: *Swift.*"

"Nada ha cambiado", dice Gordon, "nada real. Nada en absoluto. ¿Queréis más que saliva de mí?, mejor que vengáis preparados para cortar".

"Domésticos", dice Swift, "estúpidos y goblins", y retrocediendo, gira el cuchillo en su mano trazando un arco, "¡Swift!", grita Dogstongue una vez más, mientras Frankie intenta alejarse nuevamente, cuando el cuchillo baja en un golpe y Frankie se sacude, mirando la mano en la empuñadura del cuchillo en su pecho. "¡Deja que den", dice Swift, "si quieren!" Los músculos se hinchan, gira y tira sacando el cuchillo. La cuchilla oscura con sangre. "Yo...", dice Swift con cara abatida.

"Este no es", dice Dogstongue, luchando con un desplomante Frankie que cae de rodillas, la chaqueta aletea abierta sobre su camisa amarilla vertiendo sangre.

"Yo no...", dice Swift. "yo creí..."

"Este es mortal", dice Dogstongue dejando que Frankie se desplome. "Lo era".

"No tenía", dice Swift, pálido y cerúleo bajo su barba. "ni idea", le dice a Gordon. Las cuentas traquetean. El piano ha vuelto a destacar, tocando una fanfarria sobre el bajo burbujeante. Dogstongue se ha ido. Gordon, temblando, se aleja de la estufa y Swift se retira saltando sobre las piernas de Frankie, parando ante el marco de la puerta, agachándose a través de la cortina de cuentas, alejándose. Gordon se arrodilla, extiende la mano hacia la cara de Frankie, hacia sus ojos abiertos. El DJ está diciendo algo sobre el clima.

Puente Celeste, Teatro, Ruta Accesible / La Segunda señal y la Tercera / "Mira, contempla" / Salga

«Puente Celeste, Teatro, Ruta Accesible», letras blancas en un letrero azul que pende de un contraequilibrado ensamblaje de postes blancos inclinados unos hacia fuera de los otros en la esquina pavimentada de ladrillo. Él lleva una gabardina sobre un traje negro, pajarita torcida bajo la barbilla, negros rizos lacados. Mira por la Segunda, luego hacia a un lado y otro de la calle Salmón, luego a un reloj en su muñeca, pesado y dorado. Tras él un par de escaleras mecánicas conducen hasta el vestíbulo acristalado que techa esta placita, este pedazo de jardín y, por allí en un zócalo, un enorme y homolosino [NdT: ???, «*homolosine*» en el original. *Esta palabra no existe en inglés.*] mapa mundi desplegado, estilizados continentes modelados en cromo y las letras bajo él dicen «World Trade Center». Enormes copos de nieve de luces blancas y amarillas cuelgan entre los postes y columnas blancas que sostienen y enmarcan el vidrio de arriba. Se aleja por la acera, pasando letreros en las ventanas oscuras que dicen que «Washington Federal, Invirtió aquí», «Mida el Tamaño de su Préstamo», y el sello verde de una mujer de cabello largo, coronado con una sola estrella. A una manzana de distancia en la calle de enfrente, un par de figuras, abrigo pálido, chaqueta verde y un destello plateado. Él levanta una mano para hacer señas, una vez. Sacudiendo ausentemente la cabeza.

Jo lidera el camino cuando se acercan, en una mano la espada en su vaina, en la otra la máscara, la melena ondulando suavemente detrás de ella. Las manos enguantadas de Roland están vacías, su cabeza al aire, auriculares azules y blancos colgados al cuello. "Llegáis muy justos", dice Kerr disparando su manga para mostrar su reloj. "Queda menos de una hora. Ya hay algunos servicios de caterin o algo que se está montando".

"Vale", dice Jo mirando más allá de él, por la Segunda, hacia la

otra esquina allí, hacia las luces de copo de nieve, luego hacia Taylor. Su aliento un estandarte irregular. "¿Adónde vamos? ¿Por dónde entran? "

Kerr dice: "Probablemente querrás gente vigilando los tres bloques...", pero Jo dice: "¿Dónde está el teatro? ¿El auditorio o donde sea que esto está pasando? "

"Edificio dos", dice Kerr señalando hacia la calle Salmón. Roland asiente. "Vale", dice Jo. "¿Hay una puerta de entrada?"

"Subes por el Puente Celeste, las escaleras mecánicas allá atrás", y Jo dice: "¿Una puerta trasera? ¿Alguna otra forma de entrar? "

"No lo sé", dice Kerr, "hay un garaje. Un par de ascensores, algunas escaleras..."

"Mierda", dice Jo.

Roland dice: "Tú eres el Cazador. Yo seré tu mastín y tu retratista, todo en uno". Señala hacia las escaleras mecánicas. "Apuéstate en las puertas principales. Voy a rodear los bloques en la calle y haré sonar el reclamo cuando los espíe".

"El teléfono, querrás decir", dice Jo.

"El teléfono", dice Roland.

"Hey", dice Kerr.

"Vale", dice Jo, "No me gusta, pero vale". Y cuando Kerr dice, "¿Puedo simplemente...?", ella se dirige hacia las escaleras mecánicas y Roland asiente una vez, bruscamente, y trota calle Salmón abajo frente a una furgoneta blanca. "¿Hola?", dice Kerr. "¿Todavía se habla por aquí?" Con los ojos en blanco, se pone en marcha detrás de Jo. A un par de manzanas de distancia, alguien grita, ¡ah-yi-hee, Shaw *nee* "¡Hey!" Llama Kerr, "¡hey!" Jo se detiene allí al pie de las estrechas escaleras mecánicas que resuenan regularmente en silencio, arriba y abajo. "¿Tienes alguna idea", dice Kerr, "de lo aislado que estoy para ti?"

"Claro, gracias", dice Jo, volviéndose hacia las escaleras mecánicas, "pero eso difícilmente es mi..." y "¡Maldición!", gruñe él cogiéndola del brazo. "Has medio pensado esto y harás que te maten, o algo peor. Y a tu Reina".

"Suéltame", dice Jo.

Alrededor y detrás de ellos, las columnas blancas penden del dosel de vidrio de arriba para encontrar los extremos de las bases apoyadas todas juntas sobre un pedestal de robusto hormigón. Las luces de copo de nieve entre esas columnas cuelgan inmóviles en el aire inmóvil. "Crees que sabes algo", dice Kerr soltándola. "Que has oído algo, algo que la bruja te ha dicho que te hace pensar que vas a ganar pase lo que pase. Eso es lo que es..."

"¿Qué?", dice Jo con la espada en la vaina sostenida entre ellos.

"Que no es así como funciona", dice él, y ella dice "¿Qué estás...?", mientras él dice: "¡La Profecía! No es así", ambas manos en la frente mesándose el cabello hacia atrás. "El primer deber de la profecía es ser verdad, pase lo que pase. Ibis redibis nunquam in bello morieris, ¿de acuerdo? Entonces, sea lo que sea que creas haber oído, no es..."

"Lo que oí", dice Jo, "es lo que tú has dicho. Recibiste la llamada del tipo que dijo que le dijeras al alcalde que tenía a la chica Perry y que era hora de hacer lo que se dijo. Aquí. Esta noche. Lo que significa que Ysabel estará aquí. En aproximadamente una hora". La máscara cuelga de su otra mano, la melena estirada hacia atrás, más allá de ella, hacia los peldaños que suben. "Eso es lo que creo que sé", dice ella. "De eso se trata. ¿Oí mal? ¿Interpreté mal?"

Él se está mirando los zapatos, estrechos y relucientes de color negro. "No", dice, "no es el alcalde". Levanta la vista. "Yo trabajo para un comisario..."

"Lo que sea", dice Jo volviéndose, subiendo a la escalera mecánica con un forcejeo mientras él salta tras ella, agarrándola de nuevo por el abrigo, "Maldición", dice él, "ese *tío*", y un chirrido del metal sobre el cuero, Jo saca la espada, él retrocede, tambaleándose hacia

abajo y lejos de la punta que gira hacia él, "ese tipo es un *hechicero*", dice Kerr con las manos en alto, retrocediendo inestablemente por los escalones ascendentes, girando para saltar mientras Jo baja tras él, punta de espada siguiéndole mientras él retrocede, la máscara colgando en la mano de la espada, la melena completamente negra frente a su pálido abrigo mientras se enrolla azotando su brazo. "No puedes simplemente..."

"Tú también eres un hechicero", dice Jo.

"Más bien un", dice Kerr, "un prestidigitador, en realidad..."

"Pues haz algo de magia", dice ella saliendo de la escalera mecánica con el codo torcido, hoja nivelada, máscara mirando. "Detenme. Hazme cambiar de opinión..."

"Esto no es...", dice mirando hacia abajo. Hombros encorvados. "Así no es como funciona".

"Vale", dice ella y envaina su espada. La melena se relaja y cae sobre la máscara colgando mientras ella retrocede en la escalera mecánica.

"Vas a acabar como Butch y Sundance [NdT: Referencia a los personajes de "Dos Hombres y un Destino": Butch Cassidy (Paul Newman) y Sundance Kid (Robert Redford)] en esto", dice él. "Y morirás. Ella morirá. ¡Y él obtendrá exactamente lo que quiere!" Ella no mira hacia atrás. "Joder, por amor de Dios", dice, "¡llama al Sureste! Sois íntimos, sólo tienes que *pedirlo* y habrá una docena de caballeros..."

"Hemos roto", dice ella alejándose subiendo.

La mano que él estira tras ella se cierra en un puño, oscila allí un momento, golpea la barandilla ascendente de la escalera mecánica. Él da la vuelta retirando la mano de golpe, la sube hasta los auriculares en busca del teléfono móvil y lo pinza a la oreja. "Hey," dice él alejándose andando. "Soy yo. El asunto de esta noche. Te aviso de que no lo hagas." Él espera en la esquina mientras pasa un largo SUV limusina. "Tengo una de esas malas sensaciones para las

que me pagas", dice él.

En la parte superior de la escalera mecánica, un letrero azul cuelga de una de las vigas blancas bajo el dosel de cristal. El número uno está a la izquierda, los números dos y tres más adelante, y un glifo de figuras sentadas a una mesa de conferencias, y dos sencillas máscaras una al lado de la otra, una sonriente y otra llorando. Más adelante, el espacioso vestíbulo se estrecha hacia un puente, paredes acristaladas inclinadas para apoyarse una contra otra en la parte de arriba, sostenidas por filas anguladas de postes blancos, iluminados por farolas desde abajo.

Al otro lado, otro letrero, el número dos a la izquierda ahora, y el tres a la derecha, sobre otro puente. El vestíbulo es un espacio bajo pero abierto, paredes de cristal, puertas de cristal a la izquierda, la habitación más adelante con poca luz, escalones bajos, un siniestro letrero que dice «Salida», una oscura sala de conferencias tras un panel de cristal de suelo a techo. El movimiento allí, un cambio de sombras perdido en una maraña de reflejos y sombras. Jo camina con su abrigo pálido, espada en una mano, máscara en la otra y su cabello oscuro vino tinto. Al otro lado del vestíbulo abierto, sillas plegables grises y marrones y mesas desplegadas, una de ellas cubierta con restos de una cornucopia de papel, vegetales de plástico, flores falsas, y tras la pared de cristal inclinada, más postes blancos cruzados y arriostrados, la plaza debajo y los árboles aquí y allá donde cuelgan lucecitas blancas, la calle y el río más allá. La máscara en su mano está quieta, la melena pende laxa, susurrando cuando Jo da la vuelta, vacíos agujeros sombreados donde deberían estar los ojos, formas de los dientes toscamente cinceladas, dibujados con gruesa tinta negra.

Jo apoya la espada envainada en la barandilla.

La melena tiembla, endureciéndose mientras ella se coloca la máscara en la cabeza, luego se relaja para flotar extrañamente tras ella, ondulando cuando Jo gira para mirar por del vestíbulo con paredes de cristal, luego mira hacia a la plaza, hacia la calle, hacia el río. "Tu estandarte, sobre la ciudad", murmura bajo esos dientes de máscara. "Yo, a tu lado".

"Disculpe", dice alguien. La melena salta. Ella gira bruscamente, estira la mano para inclinar la máscara hacia atrás y despejar los ojos. El hombre que está allí bajo el letrero azul es bajito y grueso, esmoquin negro a cuadros, lisa corbata verde botella atada en un amplio nudo Windsor, boutonnière, en su solapa una pequeña rosa amarilla. "¿Habrà un espectáculo en esta planta?", le dice. La capa gris de su barbilla recortada con mucho cuidado sin olvidar el resto de la barba.

"Yo, ah", dice Jo, y luego, "usted es, ¿es el alcalde?"

Una risa cortante. "No", dice él.

"Esas", señala Jo hacia las puertas de cristal, "le dejarán pasar, estoy segura de que..."

"Lo sé", dice él y asiente con la cabeza hacia sus manos. "No se fuma aquí".

Ella baja la vista hacia el paquete naranja arrugado que está sosteniendo, el cigarrillo solitario dentro. "Ya", dice ella. Su teléfono está sonando. "Lo sé". Se da la vuelta, se quita la máscara, levanta el teléfono, "Hola", dice ella.

"Vienen", dice Roland. "A pie, calle abajo. Tres hombres y la Prometida, y van a subir la escalera mecánica".

Ella guarda el teléfono. El hombre ha desaparecido. Nada se mueve en la penumbra más allá de las puertas de cristal. Ella levanta la máscara y se la vuelve a poner en la cabeza. Toma la espada envainada y cruza el vestíbulo hasta la boca del Puente Celeste.

Movimiento allá abajo en el otro extremo. Un sombrero blanco claro ante el suelo, sube la escalera mecánica, hombros blancos, un largo abrigo blanco sobre un traje blanco, camisa blanca, corbata blanca. Detrás de él, emergiendo según pasa, un tipo pequeño, traje negro y fina corbata negra, y en sus manos un termo de acero inoxidable. Su cabello se afina en un único rizo entre su frente y la coronilla, una pluma de búho cuelga a un lado de unas clásicas

gafas de sol negras que lleva puestas, y detrás de ellos ahora asoma un tipo grande, traje negro y fina corbata negra junto a su espesa barba, y una sola lente de sus gafas de sol negras clásicas llena de arácnidas letras escritas en tinta blanca. Y ella apoyada en él con un abrigo de pieles blanco, cabeza contra el pecho del tipo, tropezando cuando bajan y salen de la escalera mecánica, "En casa, sana y salva", se dice Jo a sí misma, y pone un pie en el puente.

Caminando hacia ella, el Sr. Leir se quita el sombrero, su rostro bastante joven bajo ese cabello blanco rebelde. "¿Y quién podríais ser vos?", dice él.

"Soy el Cazador de la Reina", dice Jo plantando sus pies, e Ysabel levanta la vista cuando Jo saca su espada, dejando que la vaina caiga sobre la alfombra industrial gris moteada. "Tienes que dejarla marchar", apunta con su espada al Sr. Leir, "y alejarte andando", e Ysabel se endereza, se aleja un poco del Sr. Keightlinger, su brazo todavía sobre ella. El señor Leir se ríe y agita su sombrero hacia el señor Charlock. "Mira, contempla", dice, "un torbellino en una botella. Una gran nube y un fuego desarrollado antes de que el mundo fuera mundo. Frío y vacío y completamente hostil. Si se suelta, se tragará todo lo que toque hasta que esté saciado, y devorará incluso el agujero que dejas cuando te hayas ido".

"Déjala ir", dice Jo nuevamente.

"Jo", dice Ysabel agachándose bajo el brazo del Sr. Keightlinger.

"Soltad la espada", dice el Sr. Leir, "o él unguirá a tu Reina y te vertirá lo que quede por la garganta". El Sr. Charlock, sostiene el termo brillante como un espejo y comienza a desenroscar la tapa. La punta de la espada de Jo oscila, pasando del Sr. Leir al Sr. Charlock y viceversa. "Prefiero hacerlo yo mismo", dice el Sr. Leir, "pero devorada por nosotros o por esto, ella estará acabada de todos modos". Se pone el sombrero de nuevo en la cabeza, acariciando el borde y el rizo del ala. "Habéis perdido, Jo Gallowglas", dice. "Soltad vuestra espada, marchaos", traqueteo y golpe de la espada de Jo golpeando la alfombra, y el Sr. Leir asiente. "Salvaos", dice él y luego su cabeza se mece hacia atrás.

Su cabeza se mece hacia atrás, su sombrero sale volando, sus brazos se desploman, sin fuerza. Un sordo pop, un enorme crac sin eco, el destello demasiado rápido, un pensamiento tardío. El humo emerge de la boca de la negra pistola en la mano de Jo cuando se mueve para apuntar al Sr. Charlock, las plumas erizadas de color marrón y blanco y negro alrededor de sus ojos, boca entreabierta en un aullido sin palabras cuando páginas rotas brotan en el aire desde el abrigo blanco que se abre aleteando a su lado, páginas revoloteando, cayendo a la deriva en el puente sobre un par de zapatos vacíos blanco marfil, y con un pesado golpe de caída tras estas, una satinada peluca blanca, pelos acrílicos amarillentos por sudor viejo.

El Sr. Keightlinger queda inmóvil, Ysabel salta adelante a través de las páginas que caen, el Sr. Charlock rugiendo arremete detrás de ella, la agarra del brazo y la arrastra entre él y el arma. Ella balancea un brazo en pieles blancas, golpea, "te comeré", dice él gritando, "moleré tus huesos a sal", y la pistola en la mano de Jo se aparta de Ysabel luchando, vacila, apunta al Sr. Keightlinger, que sostiene sus gafas de sol entre ojos bien abiertos y el Sr. Charlock, cuya cara está envuelta en plumas. Él ha bloqueado una mano en el brazo de Ysabel, la tapa suelta del termo traquetea en la otra. "Esto todavía puede", dice él como si dos o tres veces estuvieran luchando por pronunciar las palabras en su boca, y luego ruge. Ysabel lo golpea de nuevo alejándose, y las plumas crujen cuando él mira hacia abajo, frunciendo el ceño, hacia la punta de la hoja que ha abierto un agujero en su camisa blanca, apartando a un lado su corbata. Diez buenos centímetros sobresaliendo de su pecho, justo a la izquierda del centro.

Un giro y un tirón, y Roland saca su espada del cuerpo del Sr. Charlock.

"Jo", dice Ysabel. La pistola en la mano de Jo sigue el cuerpo del Sr. Charlock mientras cae sobre la alfombra. "Gallowglas", dice Ysabel allí delante de ella, levantando el brazo para tomar la máscara en sus manos, la melena se desploma cuando ella la levanta de la cabeza de Jo. Jo baja la pistola, parpadeando. "Kilo", dice el Sr. Charlock, tosiendo esas horribles voces. Sobre manos y rodillas encima de las páginas rotas, plumas cayendo. "Kay", dice y

sus brazos se doblan y caen a su lado. Roland gira su espada para apuntar al Sr. Keightlinger, que se alejaba rápidamente, metiendo sus gafas de sol en el bolsillo de su chaqueta.

"Ysabel", dice Jo, y la máscara cae al puente, e Ysabel se abraza con esos brazos envueltos en pieles blancas, temblando.

Las luces parpadeaban detrás de las puertas de cristal, el timbre y el tintineo de las llaves contra el cristal: "Princesa", dice Roland, y luego, "Majestad. Cazador. Debemos irnos".

La parte superior del termo, desenroscada, cae sin ruido sobre la alfombra moteada. Las cosas que brotan sisean en volutas de humo blanco que se arrastran y se encrespan, son difíciles de distinguir bajo esta luz, se enrollan repentinamente, surge una gota que salpica el aire espeso y ondulante que se extiende hasta Roland cuando él se da la vuelta y frunce el ceño



El espeluznante aire ondulante blanquea y parpadea. Ysabel mira hacia arriba, Jo retrocede, "Qué demonios", dice ella.

Al otro lado, el señor Charlock coronado de plumas mira el termo plateado sin tapa que tiene en la mano. "No fue mi intención", dice, dando la vuelta, "¡Keightlinger!", dice. "¡Kay!"

"¿Qué es eso?", dice Jo.

"Antiguo", dice Ysabel. "Debemos irnos".

Esa cosa se hincha, se agita y derrama más humo en el aire y "¡Maldita sea, Phil!" grita el Sr. Charlock, y cuando intenta dar un paso atrás, cae, su pierna queda atrapada, su pie ha desaparecido y, al gritar, los cristales caen en láminas al resquebrajarse cuando los disparos de arma que detonan debajo llenan la calle, una ola de estruendo hace estallar chispas y luces voladoras que parpadean y se apagan cuando Jo se incorpora sentada. Ysabel en pieles blancas

yace en el suelo y tosiendo. "Tenemos que irnos", dice Jo sobre el alboroto, recobrándose.

"¿Qué es eso?", dice Ysabel, tomando la mano de Jo y levantándose.

"¿Correr?", dice Jo. La forma hirviente de humo, amarillenta, enrojecida, llena el espacio desde la alfombra hasta el cristal, hasta donde había estado el cristal. De la mano va tropezando y corriendo Ysabel, mirando hacia las puertas de cristal cerradas. Por el vestíbulo, Jo señala inclinada hacia la puerta entreabierta, un atisbo de escalera, un estruendo ensordecedor en el suelo que se tambalea y las derriba, Ysabel cae de rodillas y Jo se inclina de golpe, cae hacia atrás, rodando sobre el humo rojo y negro que llena y engulle el vestíbulo, y "Jo", grita Ysabel, pieles blancas ondulando, manos extendidas, y luchando por ponerse en pie, se impulsa, patalea, se avalanza dentro del humo, gritando, estirando los brazos en busca del último trozo de reluciente y parpadeante blanco y su mano se cierra dentro de ello, el vestíbulo, oscuro, girando en las paredes de cristales apoyadas unas contra otras, y los postes blancos, el Puente Celeste y las columnas, la luz de la calle desde abajo, el tramo de alfombra industrial gris moteada, las puertas de cristal cerradas, el resplandor rojo del letrero de Salida, el aire limpio y silencioso, el, el, ella y ella, ella se detiene.

Bajando por el Puente Celeste, espada envainada. Allí, ante ella, máscara de calavera, melena extendida en bobinas flácidas. En la mano, levanta con un tirón una pistola, el cañón negro opaco, la empuñadura enrollada con cinta negra brillante. La deja caer en el bolsillo de su abrigo de cuero pálido. Su otra mano presionada contra su pecho subiendo y bajando en una respiración acelerada y superficial, su boca, abriéndose...

"¿Ysabel?", dice Jo Maguire.

Risa, un grito de Alegría / domingo por la Mañana

Risa, un grito de alegría cuando ellos se cruzan en la oscura y silenciosa intersección, parka negra, gran abrigo verde, sudadera con capucha sobre un camión, botas saltan para aplastar el último trozo de nieve en la cuneta. En el borde de la acera, frente a la pizzería, hay un montón de bicicletas, neumáticos gruesos y blancos, y delgadas barras, manillares de simio sobre una rueda delantera cómicamente pequeña, asientos de banana plateados, doradas y relucientes bicis infantiles en rosas y azules medicinales. Enrollado alrededor de ellas y de una gruesa cadena, una cinta de plástico demasiado larga, impresa con letras negras en negrita, ESCENA DEL CRIMEN - NO PASAR. Colgando frente de la pila con una cadena y pegado con cinta adhesiva a una puerta arrancada de un automóvil blanca, letras que dicen POLICÍA ND y una rosa estampada cerca del fondo. La mujer en camión llama a un tatuaje en la puerta, grita de nuevo cuando el hombre de la parka encuentra un candado en la cadena y le pone una llave. El hombre del abrigo verde se inclina para atrapar la cadena que se afloja. La mujer en camión toma el peso de la puerta del coche, ayudándola a bajar, ruido y roce en la pila.

Retirándose del armarito bajo el fregadero, él se encorva y se frota la parte baja de la espalda, gruñendo y resoplando, de rodillas sobre el suelo amarillo limón. Saca del armarito una lata amarilla que dice «Chica de Club», y una lata blanca que dice «Fuerza de Guardia Profesional», y un puñado de trapos. Se estira hasta el fondo, golpeteo y traqueteo, saca una pequeña aspiradora roja de mano, y luego se pone en pie, bostezando, rascándose bajo la holgada camisa azul. Mete un nudoso pie descalzo en el armarito para sacar un par de alpargatas manchadas de sal, metiendo un pie, luego el otro, y recoge las latas, la aspiradora y los trapos en sus anchas manos, arrastra los pies fuera de la oscura cocina, hacia un largo pasillo sin luz, cruje el suelo y aparece dentro de una gran sala vacía, salvo por un sillón sobrecargado, y una mesita al lado y a través de una pared de cristal, las luces de la ciudad más allá, allí

debajo. Deja las cosas en el suelo y, con un gruñido murmurado, alarga el brazo para tirar de una cadena de tracción y encender una bombilla baja, desterrando la ciudad. Inclinandose, toma la lata amarilla y, sopesando, niega con la cabeza, rocía maicena sobre las manchas de los cojines de la silla.

Ocho personas en el vagón del tren, todas agrupadas allí en el espacio abierto cerca de las puertas, cada una de ellas con una bicicleta, colgadas de los estantes, inclinadas sobre las ruedas traseras, una bicicleta de montaña resistente y un asiento marrón oscuro, un par de castigadas minibicis con sus cuadros relucientes bajo pintura pelada y rayada, una delicada bici de carreras de diez marchas con manillar abatible. El chasquido y el roce de las ruedas sobre los rieles cuando las paredes de un túnel se elevan sobre ellos, y aumentan la velocidad, y la mujer con la bicicleta reclinada abre la boca para dejar salir una nota baja y retumbante. El hombre con una de las minibicis se ríe y se une a ella, y también el hombre con la horrorosa bicicleta con ruedas color púrpura, la nota se convierte en una sílaba, la sílaba una palabra, "Rasgos de personalidad sin corregir", están cantando, una armonía irregular y desigual, "Eso parece el capricho en un niño", y otro que se une, y otro, "puede resultar feo en un adulto completamente desarrollado", a medida que pasan las paredes del túnel.

Aparcada en ángulo junto al bordillo de poca altura del camino de entrada, una furgoneta blanca con panel, la cola escondida bajo la puerta abierta del garaje y la luz que se derrama sobre la sombra del patio. Ella abre las puertas traseras, luego tira de su chaleco negro hacia abajo y vuelve a su lugar, con un ruido sordo y sonoro, sacando una bandeja del estante, levantando una esquina de la toalla para revisar los panes con forma de zapatillas planas con corteza oscura. Con cuidado y con ambas manos, la lleva por un corto tramo de escalones hacia la cocina brillantemente iluminada, suelo amarillo limón, brillantes armaritos blancos. "Una más de estas", dice ella dejándola con esfuerzo sobre la encimera, "y la mantequilla en la nevera", y el hombre del chaleco negro y pajarita, igual que los de ella, asiente y le entrega una taza de café de papel. "Gracias", dice ella, y gira para llenarlo de una gran urna de plata mientras él se dirige hacia la puerta del garaje.

“¡Aquí viene él!”, grita alguien, y los vítores cruzan el estacionamiento, grupos de personas con sus bicicletas que se agrupan alrededor de esta camioneta, esa camioneta sin marcar. Hombres con trajes celestes y Carolina, bígaro, mezclilla y Oxford, medianoche, azul marino, todos cerca del portón trasero de un SUV azul oscuro, recogen las bicicletas que se les entregan, todas ellas de color rosa con los mismos marcos y salpicadas de las mismas flores, amarillas y blancas. Allá abajo, más allá de las puertas oscuras cerradas, la cabina que dice «Zoológico de Oregón» en letras sobre el frontón, sobre el arco de la acera a lo largo del aparcamiento, un hombre solitario con un abrigo largo y oscuro, cabeza al aire y cabello con un copete rosa anaranjado. El cielo sobre un gris perlado, y todos los colores que acechan en su interior.

Vuelos de bicicletas pedaleando en remolino hacia él, que saluda, asiente con la cabeza, entra en el estacionamiento y lo cruza hacia la multitud, hacia la mujer que está allí con la chaqueta de cuero negro y el largo vestido plateado de lentejuelas, como cota de malla, hacia el hombre a su lado con un mono verde que dice «Thomas Thomas» sobre el pecho izquierdo con un elegante bordado negro. "Marqués", dice Lymond, y "El Soames", estrechando la mano, volviéndose para encontrar al Vizconde allí con un traje de azul prusiano, trenzas pálidas atadas cuidadosamente y una bicicleta rosa al hombro. "No debéis pensar en mí como un rival", le dice a Lymond y le ofrece la mano. "Pero lamento que hayáis sido presionado a este extremo, y sin una Reina". Lymond, lentamente, toma su mano y la estrecha. "¿El Duque no envió embajador?", dice Agravante.

"No", dice Lymond.

"Si vuestra madre hubiera logrado una Prometida", dice Agravante. “para casarse con él y sanar esta grieta. Sería él quien corriera este terrible riesgo hoy, en lugar de usted”.

Lymond se da la vuelta, levantando las manos, para mirar a la multitud. "¡Gracias!", los llama, y todos se callan, mecánicos y ciclistas, caballeros y payasos. "Gracias. Por venir con tan poca antelación y tan temprano en la mañana. No está lejos, y hay cosillas al final, té y café y pan recién horneado. Se da vuelta

bruscamente y comienza a caminar subiendo por el largo camino que sale del aparcamiento, hacia la ladera boscosa. todavía espolvoreada de nieve, absorbiendo la fría luz temprana.

"El Vizconde es grosero", dice el Soames Thomas marchando cerca de Lymond por la tranquila calle sinuosa, "pero tiene razón". Las bicicletas dan vueltas y la camioneta y sus suspensores detrás de ellos.

"¿Preferís un Duque, y no un Príncipe, como Rey?", dice Lymond.

"Prefiero una Reina", dice el Soames. "Me prometieron una Reina".

"Esperas maravillas tras los milagros", dice Lymond. "Soy el único Perry, y el último de ellos. Veamos primero si eso es suficiente".

Dirigiéndose al borde de la calle, cruza la acera y el trozo de hierba moribunda hasta la puerta amarilla de entrada, seguido por el Marqués y el Soames y el Vizconde, y el ruido y el tintineo y timbres mientras las bicicletas caen y se detiene detrás de ellos. Lymond saca un sobre acolchado del interior de su abrigo, y del sobre saca una tarjeta de crédito dorada. Dejando caer el sobre, mete la tarjeta en el espacio entre la puerta y el marco, deslizándola hacia abajo, sacudiéndola mientras se apoya contra la puerta. El Soames frunce el ceño ante el Marqués, y el Vizconde sonríe detrás de sus dedos. Un clic, un chasquido, y Lymond abre la puerta. "Mi casa", les grita, "es vuestra", entra y avanza por el largo pasillo seguido por el estruendo de docenas de pasos en la gran sala, vacía salvo por el sillón mullido y la mesita junto a él, y esa gran ventana, y las formas de la ciudad inciertas en la bruma brillante, y más allá de la montaña, una pálida sombra azul se levanta ante los primeros rayos del sol naciente.

"Bueno", dice Lymond, mientras los pasos y el susurro de abrigos, bufandas y guantes, trajes azules y monos verdes se acomodan. Toda esa abigarrada multitud debajo de la ventana, sin saber si mirar las vistas, o a Lymond allí, de espaldas a ellos, con las manos en los brazos del sillón. "Veamos", dice, y girando, se sienta.

N° 21: Gallowglas

un Grito

Un grito corta el silencio en el automóvil, justo a través del ruido del motor, el zumbido de los neumáticos, la señal de intermitente. Ella patealea, clava los pies en el respaldo del asiento delantero luchando por liberar los brazos de los hombres a ambos lados, entre sacudidas de automóvil, una mueca, un golpe y, a su derecha, Leo hace un mohín dedicando una mirada al asiento delantero, "No *hagas* eso", dice. La luz de la calle parpadea, los destellos iluminan su abrigo color ocre, se pierde de nuevo en la penumbra.

"Fuera de práctica", dice Luys detrás del volante.

"Jo", dice Marfisa inclinándose sobre el respaldo del asiento delantero.

"Llévadme de vuelta", dice Jo, respiración agitada y rápida.

"Jo", dice Marfisa de nuevo estirando la mano hacia atrás y abajo, hacia su mano, su rodilla, y "Mira", dice Leo, y "Llévadme *de vuelta*", dice Jo, "demonios, *ahora mismo*" y la mano de Orlando se levanta para darle un revés, ella gruñe, patealea de nuevo, arranca su brazo del agarre de Orlando, Leo la sujeta con fuerza, dando bandazos mientras el coche se tambalea, él vacila, la mano de Orlando se levanta en un puño y Marfisa se estira para agarrarle, "¡No veo!", grita Luys sujetando el volante, agachándose bajo la solapa de su abrigo de piel de oveja, y Jo grita de nuevo. "*¿Por qué?*" grita Leo, y el coche queda en silencio de nuevo. Ruido del motor, chirrido de neumáticos. El aliento jadeante de Jo, demasiado rápido. Las manos de Orlando en su regazo. "*¿Por qué*", dice Leo, "debemos...", la mira, mira más allá de ella, a Orlando, "qué demonios...?", dice, y luego, "*¿que pasó?*"

"No me dijeron lo que pasó", dice Orlando, y Jo dice, con una

mueca en el aliento, "Tú, ya lo sabes", mientras dice Orlando, "simplemente dónde encontrarla".

"¿Y por qué preguntaste dónde encontrarla?", dice Leo, mientras Jo dice: "Lo sabes, ella, ella estaba", y Orlando resopla. "Otra vez esto", dice.

"Déjala hablar", dice Leo.

"Ysabel", dice Jo, y de nuevo, al encontrar su voz, "Ysabel. La... Reina. Princesa. La Prometida", dice ella.

En voz alta, cada vez más fuerte, Leo dice: "No hay tal..." y Marfisa dice "*Leo*" y él se detiene, deslumbrado, "Tú siéntate", dice él. "Abróchate el cinturón de seguridad. Jo", dice. "Gallowglas. No hay..."

"No", dice Jo negando con la cabeza.

"... ninguna Prometida", dice Leo.

"No", dice Jo.

"Es nuestra maldición, todo este tiempo. Sabíamos que este día llegaría, pero..."

"No", ella dice, "no, no, no", su cara se arruga con la palabra, y Marfisa se inclina sobre el respaldo del asiento delantero de nuevo, echando mano una vez más a una rodilla, "Por favor", dice ella, "Jo. Por el amor que te profesó, si no hay nada más. Por favor".

Jo levanta la vista para mirar a Marfisa, su cabello salvajemente blanco y rubio, "El amor", se las arregla a decir, "que profesas", antes de que las palabras se estrangulen en un sollozo y ella patelee de nuevo, y Leo la sujeta, Orlando cae sobre ella, gruñendo, Luys grita y "¡Mooncalfe!", grita Marfisa. "¡Hazle daño y tú y yo nos veremos las caras!"

"Espero", dice Orlando luchando, "daros ese placer". Jo grita de nuevo, le da un codazo en el estómago a Orlando, le pega en la

barbilla a Leo, el coche gira a la derecha, a la izquierda, se tambalea, se inclina hacia adelante y se asienta en sus ruedas. Marfisa se zarandea, Jo se apresura hacia los asientos delanteros antes de que Orlando le agarre del abrigo pálido y Leo se lleve las manos a la cara. Luys apaga el motor y el silencio engulle el automóvil, el susurro de la tela, el chirrido del cuero y el tintineo del metal, los silbidos irregulares del aliento.

"¿Hemos llegado?", dice Luys.

Leo se inclina hacia adelante, una mano sobre el hombro de Jo, su frente contra el respaldo del asiento. "Jo", dice suavemente. "Jo. ¿Puedes?", se inclina cerca de ella, le acaricia el cabello vino tinto. "Tienes que...", dice ella con la cara oculta. Ella solloza. "Tienes que llevarme de vuelta".

"¿Puedes salir del coche?", dice él. "Entrar. Por favor".

"No puedo", dice ella. "No puedo perder".

"Jo".

"No puedo perderla", dice ella. "Por favor. Llévame de vuelta".

quitándose el Abrigo / estupidez estupidez estupidez / Profecía / Sal para un Paladar hastiado

Quitándose el abrigo color mantequilla de los hombros, ella lo deja caer por los brazos inmóviles. Pausando mientras él toma el peso del mismo, arrastrado el lado inferior en sus manos. "¿Qué llevas en el bolsillo?", dice él. Ella no responde. Él dobla el abrigo, con cuidado del peso en él, y lo deja sobre una de las sillas plegables que hay junto a la pared. "Si te sentaras", dice, "podría quitarte las botas".

"Luys", dice ella apartando la vista de la nada para mirarle a los ojos.

Desde afuera, en el pasillo, Leo camina hacia la habitación de techo alto, camiseta blanca metida en pantalones bombachos y un vaso de papel en cada mano. "Desde el amanecer", dice el hombre rechoncho que lo sigue, chaleco de cuero negro sobre camiseta negra, largo cabello oscuro en una trenza reluciente.

"Bueno", dice Leo señalando con una de las tazas a las ventanas altas y estrechas que se alinean en la pared opuesta. "Desde ahora".

“Una hora o más. El primer tren llegó a las veinte. ”

Leo sigue mirando la luz azul grisácea. "Tengo que dejar de llegar a casa tan temprano", dice.

"Es el Príncipe, Milord", dice el hombre del chaleco, y contra la otra pared, Jo cae en una de las sillas plegables y le mira fijamente. "Él quiere sentarse en el Trono. Apostaría su tesoro en ello".

"¿Todo eso?", dice Leo y da un sorbo de café de una de las tazas. Un encogimiento de hombros. "Deja que se levante, Tommy. Entonces tendremos un juego de pelota. ¡Gallowglas!" Viniendo por

la habitación hacia ella, pateando una arrugada copa de plástico rojo. Luys está arrodillado ante ella, ocupado con los cordones de su bota. "Déjanos", dice Leo, y con labios apretados, Luys se pone en pie. Jo le agarra de la mano, la que tiene un poco de cuero alrededor de la muñeca, pero no trata de sostenerla cuando él se aleja.

"Tenemos que hablar", dice Leo.

"¿Aquí?", dice Jo.

"¿Vas a... ", extiende las manos, ambas con tazas humeantes, "empezar a gritar de nuevo? ¿A dañar más tapicería?", le entrega una de las tazas. Ella está negando con la cabeza. "Soy segura", dice ella, "por el momento".

"Vosotros dos", murmura él, y da un sorbo. "Él está en la biblioteca, ha jurado quedarse allí. Pero está decidido a luchar contra ti. ¿Qué es esto, qué?. Jo ¿Qué pasa?" Ella está frunciendo el ceño ante su taza. "Esto está muy, muy dulce", dice ella.

"Está tal y", dice él, "como te gusta. ¡Pandulce! Café solo, cuatro azúcares", dice. "Como a ti te gusta".

"Así", dice ella, "no me gusta", y desde el pasillo sale un chico con una chaqueta bomber marrón y cabello enredado peinado hacia arriba y hacia atrás. "¿Sí?", dice él.

Leo mira a Jo. "Tú quieres, ¿qué quieres? ¿Quieres un café diferente?" Ella niega con la cabeza. "¿Quieres mi café? ¡No importa! ", brama. Pandulce se encoge de hombros y regresa al pasillo. Leo dice: "No sé qué voy a hacer, con vosotros dos", y luego, "el Mooncalfe. Orlando".

"Sí", dice ella. Ha dejado la taza. Se está quitando la bota de su sucio pie. "¿Esto es por mí?", dice Leo. "Esto no puede ser por mí, ahora no. De hecho, eres lo suficientemente estúpida como para llevarlo a cabo, debes de haber encontrado un pretexto. Los tres, juntos, molestáis a la señorita Cheney", y él calla mientras se inclina para sacar de algo del peso del abrigo doblado de Jo, una máscara,

ojos vacíos, dientes cincelados toscamente entintados, melena colgando. "¿Qué demonios has hecho?", dice.

"Yo", dice ella quitándose la otra bota, "tú", y luego, "¿hiciste la fiesta, el Día de Acción de Gracias? ¿Tu fiesta acostumbrada? "

"¿Sí?", dice Leo.

"A la mañana siguiente", dice Jo. Ella está mirando más allá de él, al hombre del chaleco de cuero negro, allí junto a una de las ventanas. "Fui a ver a Vincent", dice Jo.

"¿Erne? ¿Te dio esto?" Leo arroja la máscara de vuelta al abrigo de Jo. "Sé lo que te ha dicho, Gallowglas. Cuánto significa para ti, pero ya hemos hablado de esto. No puedes ser mi Cazador. No es la imagen que necesito proyectar. Ahora no". Un sorbo pensativo. "Pero junta los puntos para mí aquí, entre esto y el Mooncalfe, porque no estoy..."

"El agujero que dejas cuando te vas", dice Jo.

"¿Qué?", dice Leo.

"Necesito una ducha", dice ella con palabras medio estranguladas.



Tosen los tubos, chorros de agua y gorgoteos, sale agua. Debajo de la corriente, ella caída ligeramente de lado, con una mano levantada y fuera presionando el sucio azulejo adornado de espuma, la otra es un puño contra el pecho, los nudillos en el esternón, el jabón se desliza alrededor de ellos, baja por su brazo, su vientre, sus muslos hasta sus rodillas, goteando al fondo de la bañera donde el agua alrededor de sus pies es de un espumoso color marrón oxidado. Jo inclina la cabeza hacia atrás para dejar que el agua, que se ralentiza un poco, le empape el cabello, lo sacude cuando la corriente se reanuda una vez más, su mano todavía presionada

contra su pecho, sobre su corazón, un puño y el agua lavando el jabón de su codo.

Envuelta en una toalla, la sujeta cerrada a su torso, su otra mano frota su cabello oscuro y húmedo. La única luz es del televisor de pantalla ancha que cuelga sobre la amplia cama baja, un desierto tanticolor, arena amarilla, sol blanco, una nalga musculosa enharinada por el polvo, un plato de latón atado a una delicada mano de color marrón oscuro, un cordón rosa arrastrándose, zumbando sobre el polvo, desprendiéndolo para revelar la piel limpia roja y marrón del muslo, de la cadera. "Mi señor. *estáis sucio*", dice la tele.

En la penumbra al borde de la luz intermitente, un tocador, y el reflejo de Jo en el espejo, la toalla fantasmal, su hombro, su mejilla, el brillo de sus ojos. Se inclina sobre la mesa, chaquetas sobre ella, roce de corbatas, se mira a sí misma en el cristal, ojos oscuros a ambos lados de la nariz, esa nariz, su boca es una delgada línea plana, su puño sujeta la toalla en su pecho con nudillos blancos. "Que alguien te haga una limpieza como si fueras un niño pequeño es la cosa más sensual del mundo, creo", dice la televisión. "¿Se siente bien?"

"Sí", dice la televisión.

Ella cierra los ojos. Se abandona, deja caer la toalla al suelo. "Ven a mí", dice la televisión. "No, así". Los dedos de Jo acarician la piel sobre su esternón, sobre su corazón. "Espera un minuto". Jo mira su reflejo, girando para presentar este y aquel ángulo. Las yemas de los dedos, luego el talón de la mano, presiona entre sus senos.

"Estupidez, estupidez, estupidez, estupidez, estupidez, estupidez", la televisión se llena con una mano marrón áspera envuelta en un guante de cintas negras, "estupidez, estupidez, estupidez, un proceso, no un estado", una nueva voz dice "estupidez, estupidez, estupidez", ella se acerca, "un ser humano requiere mucha más información de la que él o ella puede obtener, estupidez, estupidez", Jo se acerca al televisor y lo apaga.

"Estaba viendo eso", dice alguien desde la cama. Una lámpara

blanca y baja en una de las mesillas de noche se enciende, posada sobre las sábanas marrones, la montaña de almohadas, ella desnuda desde las uñas de los pies pintadas hasta el brazo lánguido sobre una cabeza de cabello amarillo muy liso. "Fuiste *tú* quien le sacó a él de la cama". Se sienta, estirándose, bostezando y riendo delicadamente, "Oh, mon poussin" le dice mientras Jo agarra una camisa de la mesa, "qué delicia". La mujer está sentada al borde de la cama ahora. "¿Le sorprendemos cuando vuelva?". La cabeza inclinada maravillosamente. "Aunque no sé *cuánto tiempo* tardará, mon chouchoute. ¿Y tú?" Y Jo se aleja tratando de abotonarse el resto de la camisa, se dirige hacia la penumbra, seguida de una risa ahogada. Al encontrar una puerta, la abre a un corto pasillo blanco muy iluminado y un silencio que amortigua el portazo.

Un momento allí, con la mano en la frente. La puerta detrás de ella, pintada de blanco y un pomo de níquel brillante. La camisa que ha cogido es de un gris cálidamente iridiscente. Ella abrocha otro botón. Sus manos son torpes. Tira de la camisa hacia abajo, ondas de color naranja y rojo se insinúan a la luz, y la puerta en el otro extremo es azul, una reluciente placa de bronce, y ella lleva la mano a la boca, a la barbilla, al pelo.

La puerta azul se abre a una estrecha cocina con una mesa de corte en el centro y un hombre rechoncho secando un plato junto al fregadero bajo una ventana llena de luz gris rosácea. "Jo", dice él ligeramente sorprendido. "¿Algo anda mal?" Chaleco de cuero negro sobre camiseta negra, largo cabello negro en una trenza brillante.

"Yo", dice ella cerrando la puerta tras ella. "Yo", dice de nuevo con las manos a los lados, vacías, quietas.

"¿Pasa algo malo? Leo te", deja el plato, "iba a traer algo de ropa.", examina su rostro inclinando la cabeza, "Debe de haberse distraído".

"Tommy", dice ella. "Tommy Cabezacuero".

"Sí", dice él con el matiz de una pregunta en su voz, ronca por intenso uso. Saca un par de vasos del armarito de arriba. "Jo", dice, "sé que ha sido difícil". Se dirige al refrigerador, y ella da un paso

brusco a un lado, manteniendo la mesa de carnicero entre ellos. "Días pasados. Pero me alegro mucho de que hayas vuelto". Llena un vaso con agua de la espita en la puerta. "Él te ama". Llenando el segundo vaso. "Mucho". Coloca uno en la mesa de carnicero y dice: "Es un mejor hombre cuando está contigo". Empujando el vaso hacia ella, hacia sus manos vacías y quietas. "Será mejor Rey".

"Tengo que dormir", dice ella, "¿un poco de sueño?" Dando un paso atrás.

"Por supuesto", dice él dejando el vaso, "Perdón", dice, "por sacar este tema cuando obviamente estás tan agotada. Hablaremos cuando te despiertes", dice mientras ella ya está dando la vuelta junto a la puerta giratoria hacia una habitación larga y de techos altos pintada de un espantoso color rojo y negro sobre las ventanas altas y estrechas, colocadas una tras otra en la pared frente a ella. El suelo de tablas bajo sus pies descalzos disminuye la velocidad, deteniendo el color del chocolate negro. A un lado, las sábanas blancas y cubiertas junto las paredes suavizan una esquina, y grandes luces, reflectores plateados y una cámara o dos en soportes y trípodes, esperando. Al otro, un cuadrado de sofás, cuero marrón lleno de almohadones y cojines puestos a lo loco alrededor de una mesita ancha llena de botellas y vasos vacíos, tazas, vasos de plástico, una caja de pizza y un par de cajas de cartón de emparedado, y una bandeja de plástico con un un rollo de verduras apartada en un rincón y algunas colas rebozadas de camarones, congelados, colillas de cigarrillos aquí y allá y un cenicero en lo alto, y en el medio una pipa de agua. Y más allá, al otro lado de la habitación, una alcoba, una enorme cama de dosel escondida allí, y brazos desnudos en un abrazo alrededor de una chaqueta de piel de oveja, una nube de cabello salvaje. "¿Marfisa?", dice Jo, y luego, en voz baja, vacilante, "¿Jessie?"

"¿Jo?" dice Marfisa volviéndose. La mujer con la mano posada sobre la cadera de Marfisa, una camiseta sin mangas gris y bragas grises, pelo amarillo, lacio, severo. "Hola, asesina", dice ella.

"Tú", dice Jo, "eres", y luego, pellizcando la boca, mirando a otro lado, "tu hermana".

"Oh", dice la mujer en la camiseta sin mangas, y "¿Qué ha hecho?", dice Marfisa, alejándose, y luego cuando Jo se dirige hacia ellas, pasando de largo, "¿Jo? ¿Qué hizo Ettie?" Pero Jo está subiendo la escalera, hasta el rincón oscuro de un loft bajo el alto techo sin terminar.

"Déja que se enfurruñe", dice la mujer con la camiseta sin mangas, y su mano alcanza la de Marfisa. Marfisa la aparta. "Jo", dice ella al pie de la escalera. "Es domingo. Has estado fuera dos días enteros. ¿Jo?" Marfisa comienza a subir.

En el loft está Jo, de rodillas en medio del espacio cubierto de polvo. Abajo, junto a la ventana blanca cubierta de pintura marrón, una longitud de dos por cuatro de color gris desgastado, ella torcida en el suelo junto a un bloque de ceniza agrietada. Marfisa se queda allí en la escalera, "Estaba loco", dice ella. "El Masón fue a preguntarle de su parte a la señorita Cheney dónde estabas. Yo fui porque", una respiración profunda antes de las siguientes palabras, "tenía que saberlo. Estaba preocupada". Silueta en la bruma, Jo no se ha movido, no responde. "Él nos interrumpió, Jo, el Mooncalfe, para hacer una pregunta. Él había ido a saber de ella dónde se encontraría con su final particular". Ella se inclina por encima de la escalera hacia Jo. "Le dijo dónde encontrarte", dice ella. "¿No lo ves? *ganarás*". Ella golpea el piso polvoriento frente a ella. "Terminarás con él y su control sobre el Rey. Jo, eso es..."

"Su estandarte sobre la ciudad", dice Jo, "su Gallowglas a su lado. ¿Fue Reina por una noche y un día, y yo estuve allí durante un minuto?" La sombra de su cabeza se mueve, gira. "*Que le jodan* a la profecía", dice Jo. "Tú la amabas tanto que dejaste la corte por ella y ahora ni siquiera sabes su nombre".

"Dejé la corte por *tí*", dice Marfisa, pero Jo está de pie, dirigiéndose encorvada hacia la escalera y Marfisa se echa hacia atrás de golpe, se aparta hacia un lado mientras Jo agarra lo que está en posición vertical en la escalera y patea el bordillo del loft, cae al suelo en cuclillas entre una nube de polvo. "Jo", dice Marfisa, bajando tras ella. Jo dobla la esquina, en la alcoba, y la mujer en la camiseta dice: "Espera, Jo, hey"

"¿Dónde están mis cosas?", dice Jo, "mi ropa, mis cajas, mi jodido futón..."

"¿Quizá en tu habitación?", dice la mujer de la camiseta sin mangas. Se ha puesto un par de vaqueros, ha agarrado a Jo por el brazo, con la otra mano en el pecho, en esa cálida camisa gris, junto a la puerta del armario debajo del loft. "Mi, habitación", dice Jo mirando a su alrededor, mirando hacia el loft, "esto no es", y luego, "el, el *balcón*, el que él hizo, que él había hecho para..."

"Jo", dice Marfisa, y "¿Balcón?", dice la mujer en la camiseta sin mangas, y "Jo", dice Marfisa nuevamente. Pero Jo no está mirando a ninguna de ellas, está mirando más allá del sofá de cuero marrón en la larga sala de techo alto, el paquete cuidadosamente doblado al pie de él, apoyado contra él, su espada, su máscara, su abrigo color mantequilla. "Dejaste eso en el salón de baile", dice Marfisa al ver lo que ella ve. "Te los han traído, Jo", dice dando un paso hacia ella, pero Jo está temblando, "Jo", y la mano en su pecho es un puño, y "Hey", dice la mujer de la camiseta sin mangas, soltándola, "Jo..."

Ella empuja a Marfisa y pasa al lado del sofá, recoge el abrigo, aparta la máscara a un lado, mete la mano en un bolsillo para sacar algo no mucho más grande que su mano, un cañón negro opaco envuelto en cinta negra y las letras «Kel-Tec» estampadas en metal mellado. "Jo", dice Marfisa de nuevo, y "Jesús", dice la mujer en la camiseta sin mangas, y un susurro, un roce, Jo se levanta, pasa más allá del caos por la puerta giratoria, un lavabo atornillado a la pared y otra puerta, blanca, con cristales esmerilados, se abre a un baño estrecho donde ella golpea y tira de la cortina de la ducha colgada. "Mierda", y baja por los anillos de la cortina y la barra en la bañera vacía, cae hacia atrás, medio dentro, medio fuera, agarrando el marco de la puerta, la cara atrapada allí en la puerta espejada del armarito de las medicinas, la cara y el hombro, la cálida camisa gris mientras se levanta y levanta el arma, apunta al reflejo de su pecho, apunta al reflejo de sí misma.

"¿Jo?", dice Marfisa aún allí detrás, junto a los sofás, junto a la atestada mesa. "Jo..."

Detonación. Astillas de vidrio y algo cayendo, un estante, latón

danzando en el suelo y el eco sigue una ola que se hunde sin cesar en rocas lejanas, en la habitación de al lado, rebotando, Jo baja el brazo, la mano, el arma. La sangre le gotea de la herida a lo largo de la frente. Marfisa dice algo con las manos en alto, suplicando, Jo se aleja inestablemente, cruza la habitación, paredes rojas, ventanas altas y estrechas llenas de luz nublada de la mañana. Abre la puerta allí abajo, junto a las cámaras que esperan, las luces oscuras en los trípodes. Afuera, en el pasillo, con los pies descalzos sobre un suelo pintado de blanco, baja un tramo de estrechos escalones, se limpia la sangre con la mano libre. Dentro de una habitación llena de estantes de libros y comics, y aquí y allá un estante repleto de homúnculos, figuras de colores brillantes rugiendo unas a otras o a nada en absoluto, y un murmullo de voces en algún lugar al doblar una esquina, pasando una silla sobrecargada. cuero color sangre oxidada con láminas y lienzos pintados y hojas de cartón de Bristol apiladas contra un brazo, y alguien dice "un lunes", Leo, de espaldas a ella, envuelto en una bata de estampados espirales, púrpuras y marrones, dorados y rojos. "Nombrado el martes. Casado el miércoles. Ella esta viniendo, Lando. En el Constructor Imperial. Dos días en tren".

"Una eternidad, hipotecada", dice una voz muy aguda, rica y amargamente suave. "Las Rosas alimentaron a los Motores, siempre". Una mano, levantada hacia el hombro de la bata, dedos acariciando la mejilla de Leo, su cabello. "La necesidad obliga", dice Leo tomando esa mano entre las suyas.

"¿Necesito que me mantengan rústico? ¿Acosado con tus otros bueyes? "

"Mantente donde quieras", dice Leo inclinando la cabeza para un beso, y ahí está el largo cabello negro, la nariz delgada, el parche negro sobre un ojo. "Como lo harías tú", dice Leo, "si ella no estuviera", y otro beso, "de camino".

"No me gusta una cama tan abarrotada", dice Orlando abriendo el ojo sin parpadear, sonriendo. La mano de Jo se aprieta en el agarre de su arma. "Bailarines, malabaristas. Monstruos".

"¿A quién no le gusta un circo?", dice Leo.

“¿Y muerdes algo de fragilidad, Monstruo?”, dice Orlando, con la más mínima sonrisa. “¿La amarga corriente que viertes para salar tu paladar hastiado?”

"Mi", dice Leo retrocediendo, "¿todavía estamos en mi cama? Porque..."

"Se refiere a mí", dice Jo levantando el arma con ambas manos, y Orlando da un paso atrás, y Leo entre ellos gira y gira de nuevo "Espera", dice "espera", y Orlando posa la mano sobre la lacada vaina de su espada y dice "Sólo una palabra, Milord. Y antes de que apriete el gatillo, la tendré destripada".

"¡No!", grita Leo con los brazos en alto, las manos extendidas, alto, alto. "No harás tal cosa. Ninguno de vosotros".

"Lo peor es la mierda que no ha cambiado", dice Jo moviéndose para mantener el arma en Orlando. "¿Cómo está tu pierna, Leo?"

"¿Cuál?" dice Leo, y luego, "Estás sangrando. Gallowglas". Amablemente. "¿Qué has hecho?" Ella se está haciendo a un lado, y de nuevo, Orlando con la otra mano en la empuñadura de su espada, un paño negro áspero envuelto en una empuñadura blanco hueso. "Dame el arma", dice Leo. Ahora está de espaldas a los estantes, y él todavía entre ellos. "Volveremos a nuestra habitación..."

"No", dice Jo, "quiero dormir, ni sola ni con nadie, no quiero", dice, "no tengo hambre, no tengo sed, no tengo ganas. Que Dios me ayude", baja el arma, "no quiero lastimarle. No podría importarme menos si se golpeará el jodido dedo del pie".

"Tu cabeza", dice Leo.

“Solo quiero regresar, Leo. ¿Puedes hacer eso? ”

"¿Dónde?", dice Leo. "¿Regresar a dónde?"

"A Ysabel", dice Jo, y Orlando con un tirón muestra una pulgada

de hoja.

"No sé lo que eso significa", dice Leo.

"Ya lo sé", dice Jo, y se da la vuelta y se dirige a la puerta. La mano de Orlando es detenida por la de Leo, quien está observando a Jo cuando ella se marcha por la puerta más allá, en el pasillo exterior, un parpadeo gris, el tacón de un zapato gris, pisando, ha desaparecido, "¿Jo?", dice Leo. Ella se ha ido. Él suelta la mano de Orlando, y oye el raspado y el golpe de la espada al volver a la funda cuando Leo sale al pasillo, sin luz, excepto por el zumbido rojo de la máquina de Coca-Cola. Baja por los anchos escalones pintados de blanco, una bata flotante de color púrpura y dorado mientras él baja de nuevo hacia el vestíbulo de azulejos en blanco y negro. Esta vacío. La puerta del bar está cerrada con llave, y el comedor vegano, y él abre las puertas delanteras y sale, hacia los escalones de ladrillo, la calle más allá llena de luz tenue, un camión resoplando en la intersección, una caricatura en el lateral, un hombre musculoso y bigotudo con una guitarra. «El Pan Asesino de Dave», dice. Alguien está dentro del refugio de la parada del autobús, apoyado contra un carrito de compras cargado de botellas y latas vacías. Ella no está ahí. Ella no está en ninguna parte.

el hombre gris / Pesadillas / Mucho, excluido; tanto toma forma / su certeza

El hombre gris está de pie en el vestíbulo embaldosado en blanco y negro cuando ella baja por los anchos escalones pintados de blanco, zapatos grises, pantalones arenosos moteados, camisa cenicienta, rostro arrugado como vieja pasta de avena. "Dime que sabes quién es Ysabel", dice Jo, "o paso volando a tu lado".

"Es la Reina que en su locura", dice, "rechazó su corona. Guarda el arma".

Jo dice: "¿Ella está aquí?"

"Una cosa a la vez. Guarda el arma. Bajala. Luego ábrete la camisa".

Jo se detiene en el tercer escalón con el arma en la mano a su lado. "Tengo algo ahí, ¿verdad?", dice ella.

"Debemos asegurarnos", dice.

"No puedo tocarlo", dice ella sentada en los escalones. "Puedo sentirlo. Está frío, un poco. Entumecido". El pesado tintineo de la pistola mientras la baja. "Pero no importa en qué dirección gire o la luz que haya", dice Jo mientras deshace un botón tras otro. "No puedo ver nada ahí". Él se levanta los pantalones para ponerse en cuclillas ante ella, sus rodillas desnudas presionadas juntas. "¿Quién eres?", dice ella.

Él alza la vista con ojos grises azules que nadan en amarillo grisáceo. "Mi nombre es John", dice con voz lúgubre, "y una vez fui Rey de la Ciudad de las Rosas".

"Oh", dice Jo.

Esa mano le separa la camisa y entra en lo que podría ser una

mancha jabonosa. Cuando sus dedos presionan allí, ella abre los ojos de par en par con los hombros encorvados y grita, y cae hacia atrás, contra los escalones.

"Humovivo", dice él sentado en los escalones a su lado, codos sobre las rodillas, cabeza colgando hacia abajo. "Ecos del mundo antiguo, sus últimos aires y vapores sucios".

"Había...", dice ella, "el hechicero tenía un termo, y el termo... había dos tipos". Una gota de sangre de su frente salpica entre sus pies. "¿Uno de negro y otro de blanco? Y uno de ellos tenía un termo".

"Los espejos lo contienen", dice él, "y ciertas cámaras, muy por debajo de la tierra. Puede ser dirigido por lentes o sonido o, si uno es obscuramente cuidadoso, la respiración".

"O yo...", dice ella sentándose.

Su cabeza gris va lentamente de un lado a otro. "Se hace una cáscara para sí mismo, con lo que necesita del mundo. Forma un caparazón, de escamas, y cuando ha terminado, se planta a sí mismo". Mira hacia abajo desde los ojos color barro hasta el pecho de Jo con la camisa abierta. "Dormiré ahí durante meses, o incluso años".

"Estaba pensando que", dice ella secándose la frente con el talón de la mano, "era, que tal vez también me atrapó a mí. Que todo esto era como, mi vida, pasando, mi cerebro fallando, justo antes de ... como una pesadilla". Sus manos, una con sangre, la otra no, dobladas sobre su pecho. "¿Y cuándo se detiene?", dice ella. "¿Cuándo se despierta?"

"Lo haré", dice, "florecerá. Las cosas y las personas que pensabas que se habían ido hace mucho tiempo, olvidadas para siempre, comenzarán a volver a ti." Ella levanta los hombros, temblando, cierra los ojos y sofoca un sollozo. "Fantasmas", dice él, y antes de poner una mano de correosas venas sobre su rodilla, la cierra en un puño y la vuelve a poner en su arenoso regazo. "Pesadillas", dice.

"Pero", dice ella abriendo los ojos. Mirándolo. "La recuerdas".

Su cabeza gris se levanta y cae. "Ella no debería estar aquí", dice. "Todavía no".

"Pero, ella está...", dice Jo, "ella está aquí".

Su cabeza se levanta de nuevo, y sus hombros, "Hace una hora", dice, "o un día, una estrella", y sus dedos dibujan una línea en el aire, desde sus ojos hasta su regazo, "cayó... Puedo mostrarte dónde".

Inestable, se pone de pie, "Pues, ¿a qué estamos esperando?", dice ella, y sacudiéndose las rodillas en los escalones, un clic y un clac cuando levanta el arma.

"Necesitas ropa", dice de pie a su lado. "Zapatos".

"Tengo", dice ella haciendo una mueca, secándose un poco de sangre que le supura del ojo, "cosas, arriba", gira haciendo un gesto con el arma. "Aquí no", dice él, bajando, saliendo al suelo de baldosas en blanco y negro.

"¿Aquí no?", dice ella. Lentamente, cautelosamente, baja las escaleras, siguiéndole. "¿John?"

"Hace frío afuera", dice él con la mano en la barra de seguridad que abre la puerta principal. "Si tuviera un abrigo". Lo empuja para abrirlo. "Pero no está lejos. Lo que tengo en mente. A tres bloques de distancia". Y él pasa.

Noche en el exterior, pero no oscura. "Jesús", dice ella obligando a sus pies descalzos a salir del ladrillo escarchado del porche inundado de nieve en las esquinas. Más nieve cubre la acera donde el hombre gris espera junto a la parada del autobús, y la nieve se extiende profundamente suave e ininterrumpida por la huella de los neumáticos o el rastro a un lado y otro de la calle, y toda la nieve brilla con luz reflejada donde no es una luz misteriosamente luminosa azul. Al otro lado de la calle, el edificio en la esquina sube piso por piso cincuenta o setenta plantas o más, y el edificio detrás

de ese, y detrás de ellos y alrededor de ellos más edificios, los troncos regulares y afilados de un bosque ciclópeo, ochenta pisos, cien, seiscientos metros, mil quinientos o más, la parte superior de ellos perdida en los brillantes vientres de las nubes. Y cada piso forrado de ventanas, en cada ventana una lámpara, y cada lámpara está encendida.



"A él, yo amaba", dice el hombre gris, lentamente, cansado, "como mi mano; a ella como mi aliento". Con los brazos cruzados, se apoya en un mostrador con tablero de cristal, los estantes están iluminados, cargados de pilas de dados en lucite y cromo brillante, un par de petacas plateadas, una caja de seguridad ahuecada La chaqueta hecha jirones dice «Naranja Brillante para el Sudario», una pequeña y elegante pistola de ballesta negra y plateada, sin abrir, inclinada hacia un lado. "Él podía darle algo que yo no podía", dice. "Eso es todo".

"¿Eso es, qué, como un hijo?", dice Jo desde allí, una línea de puertas de persiana, una tras otra, más allá de los estantes de ropa. La del final iluminada en amarillo y rojo. "Las hijas, ¿no cuentan?"

"Podría haber sido fácilmente una hija", dice con un pliegue que desplaza las arrugas de su frente. "Según tengo entendido".

"Pero, Ysabel", dice Jo, su cabeza aparece sobre la parte superior de las puertas del salón, el cabello vino tinto es rojo a esa luz.

Él levanta la vista. "La Prometida", dice. "Los misterios de la Prometida y la Reina no tienen nada que ver con el *nacimiento*". se impulsa atrás desde el cristal. "Su barriga, distendida", sus manos forman una curva ante él, "los sudores, la enfermedad; los cambios en su lengua... ella ya no podía soportar el sabor del hinojo o el estragón. La vista de los huevos la asqueaba. Ella, *exigía* pimientos asados, en yogurt. Y el dolor". Esa cara se tuerce en una expresión, probándose, una mueca que vacila en un gruñido y luego se alisa cuando se dirige a lo largo del mostrador. "El cuerpo, sintiendo lo

que eso hará, incluso diciendo, lo que haría". Más allá de una caja registradora mecánica con un elaborado cameo pintado en la parte posterior, una exhibición de calcetines hasta las rodillas impresos en los costados con lemas que dicen Whisky, Bacon, Kosher, Brooklyn. "Cuando dio luz al niño", y él da la vuelta al final del mostrador ahora, al otro lado, allí junto a la caja registradora eléctrica, monitor oscuro, pequeño deslizamiento oblongo de la tarjeta, "podría una vez más tener estómago para los huevos... Los blancos, al menos. Con estragón". Está mirando por encima de un conjunto de estantes en las sombras detrás del mostrador, desordenadamente llenos de cajas, cestas, trozos de papel y carpetas. "Pero a medida que el niño creció... al principio, pensé, tal vez, que ella simplemente se había vuelto... ¿sometida? Por el estrés de todo eso". Saca de un estante una caja de madera poco profunda y ancha, con la parte superior incrustada de marfil pálido y oro brillante e irregular. "Pero a medida que pasaron los años, se hizo evidente: la alegría de Duenna. La travesura que la llevó una vez a pedirle un baile a mi Cazador, hace mucho tiempo. Los ecos de ellas todavía resuenan en Ysabel ¿cómo podrían no hacerlo?, pero en mi Reina no estaban amortiguados; eran... no. Se ha ido, y nunca volverá". Él pone la caja en el mostrador, el tintineo de la madera contra el vidrio. "Y luego, las historias, desde las marchas del Noreste, de una mujer repugnante vestida de negro, que entraba en las casas, lastimaba a las mujeres, que traía problemas a los niños, cuyos ojos eran como estrellas, cuyas manos de hierro. Y su risa, y las uñas de sus dedos como hoces.

"Ella tiene diecinueve nombres", dice Jo entrando por las puertas de su probador.

"Ella tiene un único nombre", dice el hombre gris, "y ya no es el suyo".

"Pero, quiero decir", dice Jo. Ella usa un vestido camisero, en negro y gris, con puntos rosados y blancos aquí y allá, sobre mallas negras y botas negras. "Las he visto a las dos juntas. A la Reina y la Dama". Empuja un brazo y el otro dentro de una pesada chaqueta negra con una amplia capucha que se reclina, arrugada alrededor de su cuello como una bufanda. "Al mismo tiempo".

"Y el Gammer", dice el hombre gris, y el pliegue ha vuelto a su frente. "Y la Prometida, también".

Ella se acerca al mostrador frente a él con las manos a cada lado de la caja en el cristal. "Ellas son...", dice ella. Luego, "Ella es...". Debajo de un rizo de su cabello tinto oscuro hay un par de vendajes blancos que mantienen cerrada la herida roja en su frente. "Yo", dice ella, "no sabía que..."

Bang, su mano cae sobre el cristal, y ella salta ante el sonido. "Hay tanto", dice, "excluido, cuando se elige una palabra, en lugar de otra, sobre otra, pero también, tanto que yo no había...", ambas manos se juntan sobre la caja, el panal irregular escogido en blanco y dorado en la tapa, "considerado, toma forma, corre el riesgo de abrumarse, cuanto más hablo de esto..." y "John", dice Jo: "John. Por favor. Recuerda. ¿Qué es, qué tiene que ver esto con encontrar a Ysabel y traerla de vuelta? "

"Debes entenderlo", dice, y ha tomado su mano entre las suyas. "No sé, cómo es engendrar un hijo. No podría decirte, lo que hubiera sido, haberlo amado como si fuera mío". Él la suelta, y ella retira su mano hacia sí misma. "Fue a Vincent a quien él volvió, a medida que crecía, para encontrar un padre. Fue en Vincent, mi verdadero amigo, donde encontré amargura, para soportar la dulzura de su infancia".

"John", dice ella.

"Vincent", dice, "mi buen mano derecha, que no pudo ya encontrar más signos de Duenna *que* había amado en mi Reina, en su odiosa sombra. Fue Vincent, mi Cazador, quien le habló a él de su madre, de esa Duenna, ya ida hace tanto tiempo".

"Señor", dice ella.

"¡Le *perdimos!*", grita el hombre gris, y Jo da un paso atrás, parpadeando. "¡Nos abandonó para encontrarla!" Esas grandes manos grises se ciernen inciertas, se posan sobre su rostro. "Terminó", dice. "Él terminó. Aquí". Bajando, temblando, para apoyarse contra el cristal. "Aquí. Aquí. No hubo aquí. Ni entonces".

Un aliento atraviesa bruscamente su nariz y, "Entonces", dice como una lenta losa en una palabra, "luego, en mi pena, mi furia imponente, dejé caer un guante a los pies de mi amargo mejor amigo, y yo mismo perdí".

Y como él no dice nada más, Jo dice "John" y luego "Majestad".
¿Dónde estamos? "

Él alza la vista hacia el cercano techo oscuro. Levanta las manos, las extiende, un bendición para los estantes oscuros de ropa, los carteles enmarcados que no se ven en las paredes, las ventanas llenas de maniquíes con trajes extravagantes que miran sobre la nieve, el gran tigre de peluche descansando en el estante sobre las puertas . "Un lugar", dice, "donde podríamos descansar, cuando hayamos terminado con el mundo".

"Así que", dice Jo, "¿estoy yo, estamos...? Yo, yo no he terminado, no he terminado con nada..."

"¿La amas, Gallowglas?", dice el hombre gris.

Ella mira hacia abajo apoyada contra el cristal. Mira hacia arriba y se encuentra con sus ojos gélidos. "Con todo mi corazón", dice ella.

"Entonces todavía hay una oportunidad", dice. "Abre la caja".

Y Jo levanta la tapa de oro blanco.

El interior forrado de terciopelo amarillo, aquí y allá, tiene un color naranja casi oscuro y está lleno de un revoltijo de cosas. Levanta la vista hacia el hombre gris, saca la primera de ellas, un juego de audio telefónico con un solo auricular, el micrófono torcido, el cable de solo unos centímetros de largo y un cable de cobre que se asoma desde el extremo deshilachado. Ella lo pone en el cristal. A continuación, una tapa de botella, plateada, que dice «Snapple» en la parte superior, «Hecho De lo Mejor de la Tierra». Le da la vuelta. «Hecho real no. 95», dice, «El ciervo rojo habita en la mayor parte de Europa, las montañas del Cáucaso, Asia Menor, partes de Asia occidental y Asia central». Un fino paquete de

cigarrillos con la etiqueta naranja, «Djarum», dice, «Sigarito Kretek». Una octavilla que dice ESPECTÁCULO SECRETO, 30 de septiembre. "Eso fue", dice Jo colocándolo junto a la tapa de la botella, "Ese fue un buen espectáculo. Esa fue la noche que matamos al jabalí".

"Erímatos", dice el hombre gris.

Jo saca un bono de autobús, y luego una página doblada arrancada de una revista hace algún tiempo, y con cuidado de los delicados pliegues, la abre. "El infierno", dice ella alisándolo contra el cristal. Una fotografía llena la página, una mujer tumbada,, chaqueta naranja abierta, medias oscuras anudadas a mitad de sus muslos, ropa interior a rayas azules y blancas estiradas entre las rodillas.

"Lo que hay en la caja es tuyo", dice el hombre gris. "¿Lo has visto antes?"

"Había una", dice ella, "una cartera. Un maletín. Uno de los, fuimos atacadas, en el MAX, por algunos... tipos. Uno de ellos lo tenía. El Duque terminó con él de alguna manera, y estaba lleno de...", pasa la página con la yema del dedo, "esto. Y yo...", y pone una mano sobre el cristal, un dedo en una esquina de la página.

"¿Sí?" dice el hombre gris.

Jo mete la mano en el bolsillo de la chaqueta que lleva puesta y saca su arma. La acuna un momento con ambas manos y luego, con cuidado, la coloca cómodamente en el forro de terciopelo amarillo de la caja. Cierra la tapa. Empuja la caja sobre el vidrio hacia él y recoge lo que ha sacado, el bono de autobús, la octavilla, la tapa de la botella, el auricular, en este o aquel bolsillo. La página, volviéndola a plegar.

"¿Estás segura?", dice el hombre gris.

Ella asiente, luego se detiene, con la página doblada en la mano. "¿Puedo?", dice ella, "¿podría pedir una cosa más?" Está mirando a través del cristal algo en uno de los estantes.

"Podrías", dice.

Ella señala. "¿Los guantes?", dice ella. Junto a uno de los frascos, unos mitones de ciclista, grises y negros. Él se agacha para sacarlos, luego los pone sobre el vidrio frente a ella, planos. Mientras ella mete su mano en uno, está claro que nunca antes se habían usado.

Ella tira y ajusta los dos en su sitio, aprieta y cierra el velcro alrededor de sus muñecas. "Vale", dice ella. "Vamos". El hombre gris asiente.



"Nada de esto", dice él alzando una mano gris, "estaba aquí cuando vine por primera vez". Zapatos y botas chirriando en la nieve azul sin marcas que cubre la calle. "Y ahora", dice, "mira", levanta su cara gris. Las ramas esqueléticas forman un dosel vacío arriba y arriba y más allá de ellos, tras los árboles oscuros que se ciernen sobre las aceras, se alzan edificios de color azul oscuro y negro, puntuados con ventanas iluminadas débilmente blancas y amarillas. "Todos ellos, todos, listos y esperando a alguien a quien yo pudiera salvar, a alguien a quien he atrapado, mantenido, retenido".

"Pero no", dice Jo, "no Duenna", la palabra es un jirón de niebla de aliento expulsada desde una capucha.

"Cuando llegue el momento", dice el hombre gris, manos cruzadas tras su espalda. No lleva abrigo y su camisa cenicienta todavía está abierta en el cuello. "Lymond... todavía es un niño. Él es impaciente. Ciertamente lo fue cuando se le trajo aquí, y cuando rechazó todo lo que yo podía hacer para ayudarlo a regresar a casa".

Y luego, un bloque más o menos después, dice: "Cómo logró eso, para mí sigue siendo un misterio".

Ahora están en la cima de una cresta, y en la siguiente

intersección los árboles se adelgazan, menguan, y los edificios a su alrededor caen con la calle hacia abajo y abajo al grupo de escalones superiores al borde del río, y elevándose a través de él, torres, más torres, torres que trepan una kilómetro o más hacia las nubes cada vez más remotas, y los miles de millares de chispas que brillan centelleando en sus ventanas. Al descender por la pendiente de la cresta, la vista se abre aún más, lanzando arcos y redes de luz, los puentes allí y allá, marchan a lo largo del río, cada uno más grandioso y más glorioso que el anterior. Allí a la derecha, donde las nubes se espesan manchadas de color amarillo ardiente, bordeadas de rojo en todo ese azul y negro y blanco azulado, los edificios debajo con brillantes rojos y naranjas, incluso reflejando platas, reflejos y refracciones, y Jo disminuye la velocidad, se detiene allí en la nieve, mirando a la torre solitaria a un kilómetro más o menos, más alta que todo lo que hay sobre ella, el cristal ámbar reluce en la luz demasiado brillante enmarcada por una piedra rosa que resplandece blanca como las chispas, gotas de luz blancoamarilla, caen y salpican, y al salpicar rebotan desde la parte superior que desaparece, la esquina rota, carcomida, un cráter allí en la cima de la ciudad, un cuenco rebosante, demasiado brillante para mirar.

"Cristo", dice Jo.

"Una estrella, cayó", dice. "Mira lo que ha hecho". Y luego, "yo no iré más allá".

"Pero", dice ella, mirándolo a él, a los edificios a su alrededor, "¿qué hago yo?", mira al río, a la torre en llamas, a él otra vez, "¿Camino hasta allí así sin más? ¿Yo sola? ¿Y la encuentro? Y luego simplemente, ¿qué, nos vamos?"

Él le señala el pecho. "Eso", dice. Él la señala a ella pero está mirando hacia otro lado, hacia la torre en llamas. "Esto, y lo que se ha construido aquí", y su mano barre ahora y su mirada para abarcar todos los edificios, "quizá fue suficiente para atraparla, abrazarla, para evitar que se derritiera". cara sin color a la luz lejana. "Lo que encontraste en la caja debería ser suficiente para llevaros a las dos a casa. Pero. Bastante poco hay para pensar que debería". Él le tiende la bobinita plateada de un cuerno, la campana

ovalada y abollada, el acabado arañado. "Hazlo sonar si es necesario", dice. "Si es absolutamente necesario, vendré y os llevaré a ambas a casa".

"¿Por qué no vienes conmigo? ¿Para asegurarte? ", dice ella. "¿Por qué no vas tú mismo?"

"Está dado que puedas verme sólo tres veces", dice todavía sosteniendo el cuerno. Puede que me veas dos veces más, todavía. Ya me ha visto una vez".

"Oh", dice Jo, y toma el cuerno en su mano.

"Jo Gallowglas", dice mientras ella lo guarda en su chaqueta. "Jo Maguire. No eres lo que yo hubiera elegido, pero", mirándola de arriba abajo, desde la capucha hasta las botas y de vuelta. "Pero tú eres, creo, lo que se necesita".

"Yo, ah", dice Jo. Ella asiente. "Vale".

Ella gira y se pone en camino, en medio de la calle llena de nieve. Los semáforos hacen clic sobre la siguiente intersección, parpadeando en azul sobre la calle que sigue, blanca sobre la calle que cruza. Cuando pasa bajo ellos, mira hacia atrás sobre el hombro. No se le puede ver frente los árboles oscuros, las oscuras plantas bajas de los edificios que han quedado atrás.

arrancado / "¿Ves?" / La caída caerá, Cayó / arriba y arriba y arriba

Arrancada de la mano y las pieles blancas ondeando "¡Jo!", grita ella, golpes de pies descalzos ahora sobre baldosas, haciendo clic con un anillo alrededor del dedo del pie. Pequeños azulejos hexagonales blancos, lindando con un baja tarima ante ella, y en la tarima una bañera blanca que descansa sobre patas con garras, y un tazón plateado sobre una bandeja de cobre, y un cuchillo delgado con una hoja del color del hueso, y ella a su lado, desnuda, con una mano sobre el borde de la bañera, cabello negro brillante recogido para caer detrás de los hombros en ingeniosos rizos.

"¿Madre?", dice Ysabel cerrando sus pieles blancas en torno suyo.

"¿Quizá?", dice ella bajando de la tarima. "Es difícil de saberlo, aquí, ¿en qué dirección te has girado?". Extendiendo una mano. "¿Aún no has venido?" Dedos, acariciando la pieles blancas, enmarañada allí, una mancha de marfil, pegajosa, húmeda. "Oh, Milady", dice ella, "mi niña", tomando su mano en la propia, dándole la vuelta, el corte irregular abierto en el borde, llorando oro lácteo. "Estás herida", dice ella, y presiona sus labios contra la herida, un beso, e Ysabel, con un jadeo, cierra sus ojos brillantes. Cuando separa la boca, la mano está entera, una línea suave y tenue.

"Milady", dice Ysabel abriendo los ojos, y "Sí", dice ella con las manos sobre las pieles. "Madam", dice Ysabel, "¿qué ha pasado? ¿Dónde estamos? "

"Silencio", dice separando las pieles, dejando al descubierto los hombros, los pechos, una mano sobre el pecho, deslizándose por el cuello hasta la mejilla, las uñas cortas y pintadas de un color crema cremoso.

"¿Dónde está Jo?", dice Ysabel, y luego besa su boca, suavemente, gentilmente, y el deslizamiento de ese pelaje blanco baja por sus

brazos para arrugarse alrededor de sus pies.



Baja y baja la colina, y cuando los edificios se cierran a su alrededor otra vez, bloquean la vista de los puentes y del río y de todas las torres, excepto las más inmediatas por delante y sobre ella, pero ahora todo se ve afectado por esa luz, el fulgor en el cielo. Otra intersección, otro semáforo, haciendo clic, y de nuevo las luces son azules en ese camino, y blancas en el otro. Jo mira hacia un lado y otro por las calles vacías, la nieve que la rodea solo se ve empañada por el camino que ha hecho.

Más allá de la siguiente intersección, la calle sube, una pendiente hasta un puente sobre las calles de abajo hasta el torbellino de rampas y rampas de entrada que alimentan la autopista junto al río. Ella cruza en ángulo, hacia la acera que se divide ahí, un carril recorre la rampa, el otro desciende por una estrecha rama de calle que se agacha bajo el puente hacia la oscuridad de allí. En el punto de división, atornillada a la barandilla, una luz de advertencia, dos lámparas blancas colocadas una sobre otra, guiñando, parpadeando, haciendo clic y la nieve es un campo blanco brillante sobre ella, clic y ha desaparecido, sombras azuladas empapadas en negro.

Ella toma la rama izquierda, sube y sube por la rampa hasta el puente.

Las ventanas ahora en las torres por las que pasa están a tres y cuatro pisos del suelo, y en cada ventana hay una luz, y las paredes a través del vidrio de cada una son diáfanas, sin estantes, sin decoración, sin fotografías ni televisión, sin armarios, sin sombras. ¿Un movimiento allí? Ella se detiene, una cabeza recortada, un brazo cayendo. Ella espera allí, en la acera, pero quienquiera que sea no se levanta.

Adelante a la derecha, una rampa de salida desde el puente que alimenta el gruñido de la autopista hacia la derecha, hacia el Norte. y allí, justo antes de su desembocadura, una escalera conduce a un

paso subterráneo peatonal cuyos escalones están libres de nieve, excepto en las esquinas. Al otro lado de la rampa, otra escalera conduce de nuevo a la acera que continúa más allá. Jo está de pie con una mano en la barandilla, mirando hacia las calles vacías, más allá, cruzando el río hacia esas torres imposibles y hacia el resplandor de las más altas de ellas, ardiendo, una antorcha.

A medida que baja los escalones, una quietud se cierne sobre ella, allí bajo la cubierta de la rampa, y queda claro cuán ruidoso había sido el silencio antes. Pasos en algún lugar debajo, el aplauso de una mano, el crujiente chasquido de un fuego ardiendo. Al pie de la escalera, los postes y las vigas de hormigón del puente y las rampas se alzan en el espacio bajo la cubierta. La barandilla es una muralla de hormigón muy por encima de su cintura. El paso subterráneo en sí mismo, un tramo estrecho, ahogado con basura, la nieve flota sobre una pila de ropa allí, pantalones de chándal y una camiseta rosada sucios, envoltorios de alimentos, una sandalia gris en la oscuridad colgando de una de sus tiras de plástico. El camino está bloqueado principalmente por un carrito de compras lleno de hinchadas bolsas de basura y todo envuelto en una lona de plástico azul. Jo está recostada contra la muralla, con los pies todavía en el último escalón, para mirar más allá del carrito. Hay un rollo de fieltro industrial escondido junto a la pared interna del paso subterráneo, un saco de dormir colocado encima, una mancha de cabello fantasmal asomando de una gorra oscura.

Jo se asoma mirando por los intersticios de columnas, vigas y armazones hacia la calle de abajo, y hacia las vías del tren, una hoguera encendida debajo del puente, roja y naranja, amarilla y blanca, deslumbrantes destellos de los rieles pulidos. Un puñado de figuras, alguien pequeño allí justo frente al fuego, una silueta, ligera incluso con un abrigo voluminoso, un roce de grava, otra figura que se aleja de algo, un montón de roca blanca en forma de un ojo, un pico, un ala fija, extendida a la luz del fuego. El largo abrigo de esa figura se abre, la cabeza al aire, el cabello una mata de enredos ingeniosos, negro, flotando mientras levanta una negra mano enguantada para evitar que alguien la siga, está mirando hacia arriba, se detiene cuando la ve allí en el paso subterráneo .

Jo se echa hacia atrás contra la muralla al otro lado de las

escaleras. Crepitar constante del fuego abajo. Mira por encima de la barricada del carrito de compras, a la cama improvisada, a la figura dormida, a la basura, a las puntas de los dedos presionadas contra los vendajes en su frente. Y luego mete la mano en el bolsillo, vuelve a subir las escaleras, hacia la nieve, jadeando.

En la acera mira hacia atrás por donde ha venido, y luego avanza hacia la boca de la rampa, saltando sobre ella, levantando nieve, agarrando la barandilla del otro lado para detenerse, balanceándose. Halo de aliento volando desde el interior de la capucha.

Camina penosamente por la boca de la próxima rampa de acceso, la que se alimenta de la autopista hacia la ciudad, y sube al puente vacío. La nieve que engulle sus botas se sonroja ahora, rosas y oro pálido y luego un naranja estridente que persigue al azul en huecos y partes traseras. Jo levanta la vista. La torre está más cerca, más arriba, el caldero de luz sobre ella burbujea, el aire a su alrededor está empañado, las caras de los edificios son demasiado brillantes, todos blancos y cromados, el resto en la oscuridad. Siguiendo el río, árboles, el río mismo se ilumina como el día, y cada larga sombra se dibuja severamente. Jo mira atrás, allí, en la parte superior del arco del puente, más allá de la maraña de rampas de la autopista, los edificios que se ciernen se extienden hacia el Este y el Sur y hacia las nubes que se alzan. Rompiendo contra ellos, el cielo nocturno sin estrellas se abre más allá, y allá a lo lejos, al Este, en el horizonte, todo el diente pálido de una montaña, la nieve moteada aquí y allá con la raspada roca desnuda y oscura, y sus laderas occidentales incluso ahora calentándose con colores del amanecer, rosas, oro pálido, el más mínimo matiz de naranja, muy lejos.



Ella retrocede, suelta la mano de Ysabel. "¿Ves?", dice ella y, limpiándose los labios con el dorso de la mano, no asiente ni niega con la cabeza. "¿Sí?", dice ella después de un momento.

"Hasta que haya terminado, no se puede hablar de ello", dice ella.

"Y una vez que haya terminado", se encoge de hombros. "¿Por qué hablar de ello?"

"¡Pensé que me había roto!", grita Ysabel. "Me dijeron... que estaba rota".

"Y te dijeron que no lo estabas. Sin embargo, hasta que lo supieras, ¿cómo podías saberlo?" Lleva una mano a la mejilla para cepillar la lágrima que tiembla en el rabillo del ojo. Ella se aleja de la mano, parpadeando, sollozando. "Fue muy duro", dice ella.

"Siempre lo es". Ella retrocede, se aleja hacia la tarima, hacia la bañera.

"¿Dónde está Jo?", dice ella.

"¿Quién?"

"Jo. ¡Jo! No finjas que no la conoces. Estaba justo a mi lado, justo antes de que yo terminara aquí".

Levanta una palanca de porcelana en el grifo, y el agua escupe y salpica en la bañera. "¿Por qué?", dice ella.

"Regresó". Se aleja de las pieles, hacia la bañera. "Ella estaba allí, en el puente. Mató al hechicero. Regresó, cuando todos los demás me habían abandonado, para *salvarme*".

"Nadie os había abandonado, Milady", dice ella sentada en el borde de la bañera.

"Madre", dice ella. "Ella se fue. Cuando no pude convertirlo suficientemente rápido, me dejó que me *ahogara*".

"Lo último que podríamos hacer es ahogarnos", dice ella.

"El Gammer se arrojó sobre la espada más cercana", dice Ysabel, y la mujer dice: "Ella estaba llegando a tu...", pero ella está diciendo, "tal como hizo Padre en su duelo, hace mucho tiempo".

Ella resopla. "¿Y qué te importa a ti ese vanidoso y celoso?"

Ella dice: "Lymond se fue. Para ir a buscarle".

"¡Nadie *se fue!*" grita ella en pie con una mano presionada contra su vientre y el ceño fruncido en su rostro. "Tú te fuiste. Saltaste a tu perdición. Abofeteaste cada mano ofrecida y sonreíste mientras te sacabas del mundo. Y ahora", dice ella, "aquí", y traga, "estamos".

Ella dice: "Marfisa..." y llora, "Tú ...", pero sus rodillas se doblan y cae un brazo que atrapa el costado de la bañera haciendo un golpe sordo, ella se arquea, se dobla, eructa, un carraspeo y un bolo lácteo resbaladizo que brilla de sus labios para caer sobre el azulejo. Ella tose, jalando el aliento. La mujer se inclina sobre ella, con un brazo alrededor de Ysabel, atrapándola cuando ella cae hacia atrás, temblando. La abraza. Recoge un puñado de agua de la bañera, le salpica la cara, le limpia el pecho y limpia los restos de oro fangoso. Ysabel se relaja, se acomoda, su respiración se ralentiza. Temblando, estira el brazo hacia arriba y hacia atrás, rodeándola con los brazos, las dos cabezas oscuras juntas aferradas entre sí al pie de la bañera.

"Jo", dice ella.

"Ella no está aquí. Levanta la vista".

Ella lo hace. Cierra los ojos. No hay techo sobre ellas y el cielo gira lleno de estrellas.

Se pone de pie mientras se desploma contra el costado de la bañera y se acerca a la llave del agua. "Cuántas rondas del año", dice, "hemos mantenido esta ciudad, sin Rey, equilibrada entre Duques petulantes y Condes seniles. Esperando".

"Padre dice que nuestro hermano ha regresado", dice ella apartándose el cabello de la cara hasta detrás de los hombros.

"Padre, hermano", dice ella bajando la palanca, "esposo, hijo", cortando el flujo de agua. "Nuestra espera ha terminado. Los Reyes vuelven. Toma el cuchillo". Y como ella no se mueve, "Recógelo, o

lo haré yo. Sólo una de nosotros puede abandonar este lugar".

Ysabel la mira sorprendida. Ella está sonriendo serenamente, sentada en el borde de la bañera. "¿Cómo creías que comenzó todo?", dice ella levantando un pie, luego el otro, sobre el borde y dentro. Una chispa cae, sisea, estalla cuando golpea el agua, se ennegrece, se hunde, y otra se agrieta cuando golpea el azulejo, se quema y se aleja deslizándose. Chisporroteo y un pop cuando una chispa golpea la bandeja de cobre. Ella levanta el cuchillo, el mango de madera pulida, la hoja del color del hueso. "Estoy... ¿mareada?", dice ella de pie.

"Nos caímos", dice ella tendiéndole la mano. "Estamos cayendo". Ysabel toma su mano. "Vamos a caer", dice ella. La luz de una lluvia constante ahora, golpeteando, chisporroteando, destellando en su cabello negro suelto, deshecho. Cabello negro recogido, un mechón se suelta, crepitando como un fusible. "Dime que este es el final", dice ella. La luz brilla intensamente en la hoja del cuchillo, su brazo se apoya contra el borde de la bañera, la luz salpica moteando sus muslos cuando ella se sumerge en el agua, la luz se atenúa para tiznar con cenizas empapadas que flotan alrededor de ellas. Ysabel encorvada, rodillas hacia su pecho en un extremo de la bañera, el cuchillo en sus manos. La mujer sentada en el otro extremo, inclinada hacia adelante lejos del grifo, con las piernas extendidas, los pies metidos uno a cada lado de las caderas de Ysabel. "Esto no termina", dice ella.

"Dime que volveremos", dice ella. "Dime que seremos Reina".

"Ya éramos Reina", dice ella. "No podemos regresar".

"Solo podemos continuar", dice ella, y "yo no puedo", dice Ysabel, frente apoyada en las manos junto a la empuñadura. "Lo haremos", dice ella. El agua chapotea cuando la mujer se acerca y le besa los dedos. "Mira", dice ella. Míranos. El crujido y el silbido de la luz que cae. La hoja bajando, entre ellas ahora. Manos sobre los hombros, frentes juntas, los ojos verdes parpadea. "Lo que hacemos está mal", dice Ysabel.

"La Magia, eso es lo que está mal", dice la mujer, manos sobre las

manos de Ysabel.

"Estoy asustada", dice ella, y "Estoy aterrorizada", dice la mujer. "Mírame a los ojos", le dice, "mírame a los ojos y pregúntate esto..."

"¿Me amas?", dice la mujer.

Y sus manos sobre sus manos junto a la empuñadura, el cuchillo gira y, presionándose juntas, con un suspiro, la hoja se hunde en su sitio.



En el largo centro comercial de un vestíbulo, sus pasos resuenan en los escaparates vacíos a ambos lados, cortan letras de metal sobre las puertas que deletrean «Freddie Browns, Plaza Teriyaki, Zona de Jugadores». Columnas de granito rosa bajo el entresuelo, casi marrón a esta tenue luz. Un enorme cartel, una mujer en jarras, «Club Atlético Lado Oeste». El centro comercial se abre a un vestíbulo, el armazón allí de un mostrador de seguridad abandonado, pasillos oscuros más allá de la orilla de los ascensores, «pisos 18 - 30», «estacionamiento», dicen letras que brillan sobre cada uno en la piedra pulida, pisos «30 - ∞», «Pisos 1 - 17». Un monitor de televisión, en negro cerúleo, bajo un letrero que dice «Torre US Bancorp», y un cartel al lado dice, «Grill Ciudad de Portland. Planta 30», y el cristal agrietado, tiembla. El suelo bajo sus botas se estremece, un zumbido creciente, un lamento, un creciente y áspero gruñido cuando el todo el edificio alrededor de ella empieza a retumbar, una campanada, una nota tañida de una enorme cuerda de acero y granito, y "Oh, mierda," dice Jo, tropezando hacia adelante, luchando por agarrarse a algo, al mostrador, hay cosas cayendo, chispas y golpes y el ruido del deslizarse de polvo cayendo mientras todo se ralentiza, todo se detiene, todo empieza a asentarse. Ella suelta el mostrador.

"¿Hola?"

La luz se está moviendo, cambiando, iluminando las paredes y el

suelo por el pasillo de la zona central de ascensores, luz reptando, quedando inmóvil mientras va muriendo el ruido. Ella avanza por el suelo agrietado, pasa una placa rota desprendida de la pared, «El Concilio de Construcción Verde de los EEUU», dice, «CALDERO Plata». Un fuerte golpe y ella lanza una mano arriba, una súbita inundación de brillo ardiendo por la longitud de la pared que lava todo color dejando un blanco y dorado y la sombra de algo, una puerta sale despedida, con piruetas al caer mientras la luz pasa a naranja ahora, se enrojece hacia un sombrío fulgor que rebaña las paredes, el suelo, se filtra sobre el granito rosa dorado y sobre Jo allí, oxidando su chaqueta negra, luz brotando de ese último ascensor boquiabierto, llamaradas rebotando, oscilando, encharcando el suelo de allí, blanco sin forma sólo ensombrecido con amarillos, naranjas y dorados. Ella entra en el pasillo y las sombras cambian, echan el vuelo a su alrededor mientras más luz cae del hueco para golpear el techo de la cabina del ascensor desplomado, la confusión de cables y ruedas, y se derrama sobre el suelo. Ella se arrodilla allí, al borde de ese espeso lago de luz, y los broches y costuras de sus botas, los pliegues de su chaqueta, la capucha echada sobre los hombros, su barbilla y nariz y esos vendajes, los remolinos y espirales de su pelo, todo en ella se inunda de amarillo y naranja y destellante rojo. Jo extiende una mano enguantada sobre la luz y esta fluye entre sus dedos extendidos, espesando el aire, ardiendo mientras ella la baja y su forma y sombras quedan engullidas en ese brillo. Un siseo, un chisporroteo, Jo jadea, levanta la mano fuera de la luz hasta su boca y sus dedos gotean brillantina. "Vale", dice ella, labios brillando, sonriendo, "sí". Se frota los ojos húmedos con el enguantado talón gris de la mano, se está relajando, casi riendo. "Vale", dice ella.

Otro edificio retumbante, y más luz se desploma salpicando, cuajada, en grumos, en gotas que caen audiblemente en ese montón de sedimentos de sí misma, rezumando sobre los restos de la cabina del ascensor, fluyendo en regueros sobre el suelo, sobre las botas de Jo, y todo se torna blanco amarillento, sus manos la desgarran con afiladas sombras negras cuando Jo se coloca la capucha agachando la cabeza, y el brillo va desvaneciéndose, el murmullo va muriendo. Con las botas chirriando, ella avanza hacia el hueco del ascensor y, sobre el techo de la cabina, agacha la cabeza, espía hacia arriba. La

luz emerge hacia arriba sobre sus tobillos ahora. En algún lugar muy por encima, una mancha de lo que podría ser una abertura. Ella se tambalea al aferrarse a la jamba deformada y rota de la puerta del ascensor mientras, con un denso ruido de succión, una bota sube liberada de la luz, luego la otra, alzando e inclinando a Jo hacia adelante y a un lado, las suelas brillan, arden mientras sus pies se elevan hacia arriba y cada vez más rápido, "Mierda", dice Jo, y un gruñido cuando su cadera golpea la parte superior del marco del ascensor, sus pies se balancean hacia arriba para golpear la pared del hueco, una mano aún aferrada al marco, sus pies arañando, ascendiendo, luz a su alrededor, y brillantina, "Mierda", dice de nuevo mientras es girada bocabajo lentamente, "oh, mierda, detente, detente", una patada con un pie, ella rebota hacia abajo en el umbral del ascensor, la inercia la hace girar, su otra pierna asciende más rápido por el hueco, siendo arrastrada, extiende como loca las manos atrapando y agarrándose al marco, "Oh, Dios", dice haciendo eco en el hueco y la luz aún cayendo tras ella de arriba abajo. Sus manos se tensan. El agarre cambia, gruñendo y resoplando, ella es izada, un antebrazo bajo lo alto del marco y allí aparece su cara, bajo el marco superior, con ojos desorbitados mientras Jo tira de sí misma hacia abajo, su codo resbala, su mano resbala, su cara ha desaparecido de nuevo, sólo una única mano aferrada, resbalando. "Oh, demonios", dice ella y desaparece hacia arriba y arriba y arriba.

unos pantalones cortos de Jockey / la prenda de la boda / no es la Pistola / esta vez, tal vez esta vez

Pasando dentro de unos pantalones cortos grises de jockey con gruesas costuras blancas, los sube y los coloca en su lugar bajo su firme panza redonda, forrada en blanco como sus muslos, sus antebrazos, a rayas negras. Calcetines de puro nailon negro con ligas tensas en las pantorrillas. A camisa de fino paño blanco y él se abrocha los tres botones inferiores hasta su babero plisado ya está manchado de ceniza. El pantalón, negro, de corte sencillo, costuras exteriores enmascaradas con una simple cinta de satén negro, y él sube dentro del mismo, mete el faldón de la camisa, se pone los tirantes sobre los hombros, los estira y los suelta con un pequeño latigazo. Pesca broches de esmalte plateado y negro de un tazón pequeño sobre la mesa del tocador y se cierra la camisa, dejando los puños desabrochados. Y luego, de la mesa, con cuidado de la ceniza que empolva su parte superior, levanta una corbata de seda negra, delgada, salvo por las protuberancias de mariposa en cada extremo.

"Mierda", dice el Sr. Charlock, el Sr. Leir sopesa la corbata en sus manos.

"¿Crees que ella te deja patinar con un broche?"

"Usted no está aquí", dice el Sr. Charlock levantando el cuello de la camisa y cubriendo la corbata con el mismo.

"Aquí como tú. ¿Cómo de aquí es eso? El doctor Charley jodiendo a Leir".

"Estás muerto", dice Leir con la intención de cruzar un extremo sobre el otro. "Te disparé".

"Todo el maldito tiempo fuiste tú. Todo el maldito tiempo, tú, sentado en el coche, a mi lado".

"Era tan obvio", dice Leir levantando la barbilla para meter un extremo por debajo, "ni siquiera me lo hice saber a mí mismo. Mierda".

"Dale la vuelta".

El hombre detrás de él lleva un traje gris y una camisa blanca abotonada hasta el cuello, y tres agujeros limpios con bordes negros perforados en la parte delantera. Agarra los extremos de la corbata de Leir y la cruza de un lado a otro, pasando hábilmente por encima y por debajo, metiéndola y jalándola con fuerza. "Nunca pudiste cuidar de ti mismo", dice.

"¿Cómo está Phil?", dice Leir. "¿Está bien?"

"¿Phil?", dice Botella John ajustando y arreglando. "¿Quién coño es Phil?"

"El Sr. Kay ", dice Leir. "Dr. Kilo ".

Igualando los extremos del arco, comprueba el ancho con el dedo. "¿Ahora por qué piensas que", dice, "sé algo de tu Dr. Kilo".

"Eres un producto de mi imaginación", dice Leir. "No pude hacer un seguimiento de todo. Supuse que tal vez viste algo, en la confusión".

"Un producto", dice Botella John. "¿Sabes lo que me he estado preguntando, desde entonces, lo que he estado tratando de resolver?" Él retrocede. "Cómo es que a una voluta un humo enterrada en el hielo desde los albores del tiempo se le pone tan dura por Charley Wentworth Leir, de Fugate Fork Kentucky".

"¿La sorteé?", dice Leir sentado en el taburete, levantando un calzador plateado y operando en un zapato de charol negro.

"En qué te has metido esta vez", dice Botella John.

"¿Qué, esto?" Leir desliza su pie en el zapato. "Nada de lo que no

pueda sacarme". Recoge un par de gafas de sol del tocador mientras una chispa fulgurante se apaga. "Las reglas son siempre menos estrictas de lo que piensas". Sopla cenizas de las lentes, la pluma atada al brazo de ella revolotea. "Maldita phantasmata". Se las pone.

Reflejos en los paneles de espejo dorado de las paredes del ascensor, cientos de Leirs uno detrás del otro. Levantan las manos para cepillar los mechones grises de cabello casi con precisión a mitad de camino entre las cejas y la coronilla, y enrolla esos mechones con los dedos, retorciendo, ayudando a los rizos. "Ahora, aunque surgieron muchos desvíos aparentes, aún así seguiría con mi brújula, y no me movería ni un paso de la línea establecida ante mí. Cabronazos". Cada Leir se quita las gafas de sol negras y todos cierran los ojos, frotándose con los dedos y los pulgares. "Pero lo ignoraron y fueron por sus caminos, uno a sus granjas, otro a sus libros, y el resto bien cerca de los mensajeros y los mataron". Las cabezas se hunden, levantan la vista nuevamente. "Y envié delante a sus ejércitos, y destruyó a esos asesinos, y quemó su ciudad", dice. "La boda está lista, pero aquellos que fueron invitados no fueron dignos. Amigo", dice, "¿cómo venís aquí vos, sin una prenda de boda?" Esas gafas de sol se levantan en cientos de manos, y las manos agarran todas esas plumas, las liberan. "Estoy sin palabras", dice. Un retumbar, un estremecimiento, el sonido del ascensor cambiando de tono, acelerando, disminuyendo. "Mujer, ¿qué tengo yo que ver con vos?... mi hora aún no ha llegado". Esas manos se abren, las gafas de sol caen bajo el panel de espejo, un solo par allí en la alfombra a sus pies. "Pícaro", dice Leir, y él las pisotea, rompiendo las lentes, rompiendo en dos la montura. Otro estremecimiento, el traqueteo se ralentiza, se agita, se detiene. "Pues el Arte no es más que la Sacerdotisa de la Naturaleza", dice, "y la Naturaleza, la Hija del Tiempo y... ¿el Tiempo?" Los Leir ante él se dividen por la mitad y se retiran mientras se abren las puertas. "Que le jodan al tiempo", dice mientras la luz se derrama sobre él, "no hay más tiempo sino el ahora y ahora y ahora", y levanta uno de esos zapatos de charol por encima del umbral.

Crujido de vidrio bajo los pies, nódulos cúbicos de ámbar en polvo, blanco plateado, láminas de ello caídas de marcos allí y allá, rosa, blanco de espejo y naranja calor, mellado por tremendos golpes, más allá de ellos un vacío negro rojizo y un viento racheado

y luz, todo luz, una confusión de brillo, las sombras saltan y trepan y se deslizan sobre paredes de yeso irregulares, puntales de acero desnudos, cables sueltos, tuberías retorcidas. El techo ha desaparecido. El piso de arriba ha desaparecido. Las paredes extendidas, distendidas, retorcidas, rotas, desaparecidas. Él alza una mano, la pluma pellizcada en sus dedos, frente a la luz punitiva. Un cráter delante de él, encima de él, en los restos del edificio, una caldera hirviente, una luz se filtra de los bordes del mismo, chapoteando, una estela de estrellas arrojada por el viento, el aullido, el rugido y el sollozo del viento.

"¡Asciendo!", grita, y coloca su mano y pie en un hueco en la pared, subiendo más arriba de los restos. "La forma de un hombre", dice con cuidado de la punta afilada de una barra de refuerzo rota, "armado con una capa de hombre". Poniendo a prueba su pisada en un pedazo de suelo de hormigón rasgado y limpio. "Sostengo en mi mano", está sacando algo del bolsillo de la chaqueta, "una espada desnuda". Se abre camino rodeando la pared desmoronada en la cornisa del suelo, con torpeza, pluma en una mano, tela envuelta en la otra, entorna los ojos ante toda esa luz de abajo, levanta ambas manos, la pluma, el trozo de ropa interior a rayas azules y blancas. "¡Mi operación!", grita. "¡Es por audacia! ¡Malicia! ¡Libertad! "

Dentro de esa luz sin forma, una forma, un rizo, una curva. A la espalda. Un brazo sobre una pierna doblada. Una sombra allí, cabello, cabello negro.

"Milady", dice Leir, bajando las manos. "Sois mía".

Detrás de él, un susurro, un golpe, un crujido y un roce, "Joder", dice alguien, otra persona, "oh, joder", y él mira atrás con atención. Movimiento en la arruinada zona de ascensores, un destello en las sombras proyectadas por toda esa luz, nódulos de vidrio tintineando mientras ella escala el agujero en el suelo reptando sobre el vientre, goteando luz, manchando con ella la alfombra. Su bota encuentra un agarre sólido y ella se detiene un momento, respirando profunda y lentamente. Se recompone, se impulsa y rueda sobre la espalda, parpadea, mira hacia un cielo nocturno sin nubes y lleno de estrellas por todas partes, excepto en el corte negro que se avecina, la silueta en bloque, él inclinándose sobre ella, tendiéndole una

mano y apuntándole con dos dedos doblados hacia atrás frente a la palma, dos dedos extendidos, el pulgar ladeado. "No te muevas, chica", gruñe. "Ni siquiera respire".

"Vale", dice Jo.

"Esto va en serio", dice Leir.

"Vale".

"Esto mata, joder".

"Te creo".

"Vale", dice Leir. "Vale". En cuclillas, esos dos dedos aún apuntando a su cara, su cuello. No muy cerca. A su rostro, sus hombros y brazos, su camisa blanca manchada, iluminada con fuertes cortes que se mueven mientras la mira, su ropa empapada de luz. "Maldita sea", dice él mirando hacia otro lado, hacia el borde del suelo. Esos dedos inquebrantables. "Estás llena de cosas". La mira de nuevo. "¿Cómo has llegado?"

"No lo sé", dice Jo. "Me caí".

"¿Hacia arriba?"

"Sí".

"Vale". Él levanta la mano, esos dos dedos aún la apuntan. En garra, los dedos acurrucados contra la palma, una sola pluma oscura en la luz incierta. "Esto es lo que va a pasar. Tú escoges una mano. Estiras bien y despacio esa mano, abres el abrigo. Me lo enseñas. Si veo la contracción más leve que no me guste, voy a tener que aprender a vivir con la agonía de no saber nunca qué fue lo que pensaste que podrías haber hecho. ¿Nos entendemos?"

"Creo que sí", dice Jo.

"Elige tu mano", dice Leir.

Jo lentamente, desliza con cuidado la cremallera de su chaqueta, el clic de cada diente es claro, distinguible hasta que al final la desengancha con un tirón. Ella está estirando la mano para abrirla cuando él le quita la mano, golpeando su mejilla con esos dedos extendidos, estirando el pulgar, temblor de plumas cuando él empuja. Su otra mano envuelta en algo, un trozo de tela, a rayas, le abre la chaqueta, cuidando de lo que toca. "¿Qué es eso, es alguien...?", dice ella, y él se apoya en ella, presionando el lado de su cara contra la alfombra. "Hacer preguntas", dice, "es moverse, es respirar. ¿Qué es esto? Esta no es la pistola". En la mano envuelta en ropa a rayas blancas y azules, sostiene la pequeña bobina plateada del cuerno, el acabado rayado, la campana abollada. "Habla. Tienes un permiso especial para responder a eso".

"Es un cuerno", dice Jo haciendo una mueca cuando él presiona de nuevo. "Se supone que debe, se supone que nos llevará de vuelta a casa..."

"¿Volver?" Él se levanta de la risa, llevando esos dedos con él. "¿Por qué razón de este mundo querrías alguna vez volver?" Lanza el cuerno al aire, "Espera...", dice ella, pero él sigue su arco con esos dedos y deja caer el martillo de su pulgar. Una exhalación gutural, un crujido de hojalata, el cuerno, aplastado, se pierde de vista. "Por si acaso estabas", dice sonriendo, "pensando que tal vez yo estaba loco. Con lo de los dedos y demás".

"No", dice Jo, y la más leve sacudida de su cabeza. Ella está mirando la otra mano, la mano con la prenda a rayas, luego le mira a él, parpadeando. "¿De dónde...?", dice ella, "¿Qué has hecho con...?", y traga, "Ysabel".

"¿Hecho con?", dice, y esos dos dedos le acarician la barbilla. "Siempre es importante, chati-nena, tener claro quién es quien se ha ido y quién ha hecho bum a quien. Eso es lo que *ella* me hizo a *mí*."

"Tú todavía estás aquí", dice Jo.

"Por lo que siempre estaré eternamente agradecido. Vamos, levántate". Esos dedos la apuntan otra vez. "¡Levántate! Me he dado cuenta de cómo puedes ayudarme". Ella se pone de lado sobre las

manos y las rodillas, empuja hacia atrás y hacia arriba un poco, agachándose. Una ligera descamación y un tambaleo. “Una especie de trato con la dama de la prometida. Dama de Honor”. Sombras arrastrándose sobre él cuando la luz entra en erupción y cae. “Boda en el fin del mundo”. Su mechón gris se sacude, atrapado por el viento. Él cierra esos dedos en un puño, moviéndolos de un lado a otro con una mueca, luego agita la pluma hacia ella, pellizcada ahora entre el dedo índice y el pulgar sin abrir. “Vamos *vamos*”, dice. “En pie”.

Más allá de los ascensores, hacia donde el suelo termina abruptamente, hormigón agrietado y dentado, pilares de refuerzo, paredes y lo que alguna vez fueron paredes en ángulo a su alrededor, el suelo bajo un lago de incandescencia que desvanece las estrellas, que surge del viento, que emerge por las ventanas rotas, a través de las puertas, que cae en una lluvia de chispas, y allí, en el medio, la mano de Jo en la boca, “Ysabel”, dice ella, espalda curvada, el brazo sobre la pierna doblada, el rizo sombreado del cabello.

“En este punto, mi dilema”, dice Leir, y Jo le mira desde la luz. “Eso”, dice, y un gesto de la mano envuelta en tela azul y blanca. “No voy limpiarte toda esa mierda”.

“Es *owr*”, dice ella. “Sólo es *owr*”.

“Solo”. Él mira hacia abajo, sacudiendo la cabeza, sacudiendo los hombros, una risita. “Sólo. ¿Tanto, tan cerca de la fuente? Ahogará un cuerpo, lo arrastrará al coro inefable. Pero.” La mira, botas de espuma ligera, cabello despeinado. “Tal vez no. Así que adelante”. Él agita la pluma sobre el fuego. “Salta a eso”.

Ella dice: “¿Saltar qué?”

“Sube allí”, dice, “y ve y tráela. Tráela de vuelta. Juega a ser héroe, chica. Si no lo logras, tendré que pensar en otra cosa”.

Ella dice: “¿Y si lo logro?”

Él respira exasperado. “La beso, la despierto y me uno a ella en la

felicidad de la boda". La pluma se inclina hacia ella. "Tienes que ver esto como una victoria, por limitada que sea. Yo iba a comérmela ". Mira atrás hacia a la luz hirviendo. "Meterme todo eso dentro. ¿Te lo puedes imaginar?"

Ella dice: "¿Qué pasa si, qué pasa si no quiere casarse?"

"¿Crees que ella tiene *alguna* idea de lo que quiere? ¿Qué puede hacer ella? ¿Para qué es ella?"

"Y", dice ella y tiembla, "¿y tú sí lo sabes?"

Él cierra los ojos, inclina la cabeza hacia atrás, "¿Hueles esto?", dice. "Esto es lo que respiran los dioses". Baja la cabeza, la mira con ojos pálidos sobre las mejillas con hoyuelos. "Espera hasta que abra mis diecisiete ojos". Y luego se ríe, fuerte y percusivo, "No", dice, "ni siquiera, Joliet Kendal Maguire". Otra risa. "Lo juro. Saltarías delante de un camión para salvar un maldito cono de helado, porque esta vez, *esta vez*, quizá mamá o papá lo noten. ¡Te conozco!" Ella le mira fijamente con las manos enguantadas a los lados, donde se pueden ver. "Seguí tus movimientos de vigilia durante tres malditos meses, chica. Pateé los neumáticos de tus sueños. Vas a entrar ahí, y vas a luchar para llegar a su lado porque te aferrarás a la más leve esperanza en el infierno que puedas encontrar para que, tal vez, sólo tal vez puedas tener alguna forma de devolverme esto y salvar el maldito día. Porque, ¿quién sabe? Esta vez, tal vez esta vez, traerá de vuelta a tu hermano".

"Yo no...", dice Jo sin levantar las manos, "No...", y traga, "No tengo *hermano*".

"¡Correcto!", le espeta él inclinándose cerca. "Tu pequeño bebé que nunca fue. ¡Te conozco!" Retrocede y ella se aleja un paso, inestable en el suelo roto. "Así que si veo que empiezas a hacer la más mínima cosilla que yo no supiera que iba a suceder, muerdo la parte superior de este maldito edificio. ¿Me estás oyendo?"

"Yo...", dice ella, "sí, yo...", mirando hacia abajo, "yo, podría...", abriendo y cerrando manos, un escalofrío, "¿fumas?"

"¿Qué?"

"Sólo un cigarrillo rapidito", dice ella. ¿Para calmar mis nervios?"
Sus manos, cuidadosamente inmóviles. "Tú, ah, ¿quieres uno?"

Los dos, acolchados y envueltos por ese tumulto de luz, la camisa blanca de él rayada con cenizas, la falda gris de ella salpicada de blanco y gris rosado, aleteando y arrugada por el viento.

"Sí", dice. Su mano se enrosca alrededor de la pluma y la aprieta contra la palma. "Sí, claro". Dos dedos se extienden. Su pulgar, ladeando. "Vale".

"Están en el...", dice ella levantando una mano, lentamente, "bolsillo delantero derecho, yo sólo", ruido de arrugar el plástico y una sacudida de la mano de él, "Cigarrillos", dice ella, "cigarrillos". En la mano de Jo, temblando, un delgado paquete naranja. "Tengo que hacer...", dice ella, "es un paquete nuevo, tengo que abrirlo..."

"Casi desearía que *hubieras* intentado... ¿qué es eso?", dice. En la mano de Jo que sostiene el paquete, mientras lo está rasgando, algo en una esquina, un trozo de papel arrugado, doblado, una página arrancada de una revista. "Eso es un", dice ella. Jo toma el paquete con la otra mano, sostiene la página doblada justo encima de los dedos de él, una figura de dibujos animados, un dibujo de una mujer, guantes de ópera y medias. "Eso es de un Femlin", dice él. "¿Por qué... qué estás haciendo con una página central en el bolsillo?"

"Lo encontré en un maletín", dice ella. "¿Lo quieres?"

"Despliegala", dice, "Lo despliegas y lo abres, ahora, ahora maldita sea, muéstramela", y ella está pelando cuidadosamente las esquinas y sacándolas, dándole la vuelta para sostenerla, la fotografía que llena la página es de la mujer tumbada, chaqueta naranja, medias oscuras, ropa interior azul y blanca tensa entre las rodillas. "¿Qué es esto?", dice él, su voz se ha vuelto tranquila, plana. "¿Una broma, qué es esto? ¿Crees que esto es gracioso?"

"No", dice Jo. "No, no lo creo".

"Te estás mofando de mí", dice como si dos o tres voces estuvieran luchando por las palabras en su boca, y levanta las manos para apartarse las plumas de la cara, la gran melena de plumas marrones y blancas y negro y opaco rojo ladrillo, y el humo se encrespa desde la parte inferior de la página. Ella la suelta, deja que caiga ardiendo y con fuerza, se da la vuelta cuando él abre los ojos, todos ellos, ella se aleja un paso a toda velocidad y otro, más allá del borde irregular del hormigón, saltando cuando él abre sus bocas, todas ellas, rugido, bramido y un sonido gutural. Girando sobre sí misma, Jo grita, cae y se desploma en su paso dentro de toda esa luz.

Rueda y tropieza cubierta en denso vertido de brillantina, empapada de luz, jadeando, brillando, escupiendo olas de ello que se ondulan por sus codos, sus rodillas y detrás, otro aéreo aullido destructor y todo es viento a su alrededor y todo empieza a temblar. "¡Ysabel!", grita ella poniéndose en pie entre pringosas olas de aquello que se levantan y rompen en brillantes chapoteos, llevando a la deriva los escombros y, delante, la figura aún de costado, negros rizos golpeados por luz. Un aullido emerge hasta la estridencia y todo se desploma treinta centímetros o más para suspenderse ahí un largo momento congelado. Jo avanza vadeando ante ella, todo cae de nuevo y, debajo, ella marcha la rompiente ola de luz que chapotea y se mece y se asienta mientras la roca cae, el cristal se quiebra, mientras las llamas desgarran y trepan.

Allí junto a Ysabel, emerge Jo, hombros ascendiendo, aferrándola entre sus brazos, mirando atrás hacia el borde del suelo, hacia las alas que se extienden allí arriba como el trueno, el fuego, y todos esos ojos. "Ysabel," dice ella. "Despierta. Ysabel. Tenemos que..." Otro estridente coro y ella se encorva cubriendo la espalda de Ysabel cuando todo se desploma una vez más, y un sollozo cuando todo empieza de nuevo poco después, un buuum.

"Ysabel", dice ella. La cabeza de Ysabel acunada en su brazo. Ella limpia luz de ojos cerrados, boca laxa. "Estoy aquí", dice Jo. "El cielo está cayendo", dice y un sollozo de risa cuando otro aullido sube por encima de ellas, "pero estoy aquí", dice ella. "Estoy aquí".

Un destello verde cuando Ysabel abre los ojos

Ese destello verde, mientras ella se sienta en los brazos de Jo, y extiende una mano. Extiende una mano y atrapa allí una polilla entre el pulgar y el índice, una polilla con las alas extendidas y las manchas en sus alas como ojos. Esa polilla, que tiembla cuando ella la aplasta.

El verde, brillante, a medida que las llamas se acercan y ella tira de Jo hacia sí misma, y todo cae una vez más, pero toda la luz sobre ellas se está elevando.

cayendo / si con esto

Cayendo, cayendo con los hombros desplomados, ella despierta de golpe, parpadea. Allí afuera, luces intermitentes, rojas y rojas sobre una hilera de coches estacionados, una camioneta, una minivan increíblemente púrpura a esa luz. Ella se sienta y una áspera manta gris se resbala. Allí en el regazo, su mano, desnuda, y en su mano una mano, la mano de Ysabel, Ysabel envuelta en una manta gris áspera y Jo en la chaqueta con capucha negra. "Hola", dice Jo suavemente.

Agitándose, Ysabel sonríe antes de abrir los ojos. Aprieta la mano de Jo. "Hola", dice ella sentándose, inclinándolas a las dos hombro con hombro, el pelo vino tinto desteñido de oro entre los rizos negros brillantes veteados, aquí y allá, con blanco.

Las luces rojas siguen parpadeando. La ambulancia está aparcada en ángulo en el estacionamiento, justo al lado de la larga línea de unidades de motel de una sola planta. Jo se deja caer por la parte de atrás, botas negras pesadas salpican un riachuelo de nieve derritiéndose, su vestido camiserero, negro y gris, blanco y rosa, brazos apretados para abrigarse, tira de un guante en su mano, gris y sin dedos, envolviendo el velcro alrededor de la muñeca. Mira hacia el cielo azul y negro, sin rasgos distintivos a la luz de la luz artificial. Allí, en la parte trasera del aparcamiento, en la esquina del conjunto separado de unidades de motel, un automóvil pardo con una franja negra a un lado, la puerta del conductor abierta, un hombre sentado allí, sus pies en el pavimento y una mujer apoyada en el maletero envuelta en un abrigo de piel de oveja, su cabello salvaje de color blanco amarillento. "¿Cómo está?", dice ella mientras Jo se acerca lentamente.

"Durmiendo", dice Jo. "Deberías...", pero Marfisa niega con la cabeza, levanta la barbilla, un gesto hacia el edificio principal del motel. "Él está allí", dice ella, y luego, cuando Jo se da la vuelta para mirar, "Gallowglas".

Jo se vuelve. En el asiento delantero, Luys se apoya contra el marco de la puerta, con la cabeza gacha, mirándose los zapatos. Marfisa atrapa una de las manos de Jo entre las suyas y la sostiene un momento, mirándola, sin palabras, a los ojos. La mano libre de Jo se levanta, se posa suavemente sobre la de Marfisa, y Marfisa asiente, una vez, y la suelta.

Esa línea larga y baja de unidades de motel, puertas rojas, ventanas con cortinas, las fauces oscuras de un unidad de aire acondicionado bajo cada una, una y otra vez, hasta esa habitación allí, justo más allá del capó de la ambulancia, los marcos alrededor de la ventana rota y la puerta que falta quemada en negro, los restos de nieve antes de pisotear charcos de hollín brillan en rojo, rojo y rojo. En la puerta, apoyado en su bastón, Leo con su abrigo de color ocre y sin sombrero sobre su cabeza, mirando algo dentro de la habitación. "¿Dónde están todos?", dice Jo.

Sonriendo, él extiende una mano hacia ella, hacia la parte baja de su espalda, su cadera, la acerca allí en la puerta, se inclina y la besa en la boca. "Hola a ti también", dice.

"No, quiero decir", dice Jo, y luego, con las manos enguantadas sobre los hombros de él, le besa suavemente. "Está todo tan tranquilo".

"Tenemos un poco de tiempo", dice él enderezándose. Soltándola. "Bienvenida de nuevo".

"Esto", dice Jo mirando hacia la habitación, "Timmo y Abe, se alojaban aquí".

Leo señala la única cama, un armazón de piel ceniciento cubierto de humo bajo una rueda congelada de manchas de humo impresas sobre la pared, el techo gotea con agua sucia. Lo que una vez fue un ordenador portátil en un extremo, deformado, la pantalla quemada en blanco. "Él estaba sosteniendo lo que quedaba de un, ah, maletín", dice él.

"Pero estábamos, encima del edificio Big Pink", dice Jo mirando hacia atrás, hacia el resplandor. "Y luego, en la... ¿bañera?" Mira

dentro, niega con la cabeza.

"Probablemente te salvó del incendio", dice Leo.

"No, yo, lo que estoy, lo que... ¿cómo... cómo lo hicimos, cómo terminamos...?", y ella respira hondo y temblorosamente, "¿cómo demonios lo *sabías*? ¿Cómo? "

"Esa es la cuestión", dice Leo mirando hacia la ambulancia. "O, al menos, una de ellas". Allí, a la sombra de él, apoyado a un lado, Orlando con su larga falda oscura, su camisa blanca, sus pies descalzos.

"Tú", dice Jo comenzando a avanzar, "aléjate de ahí...", y la mano de Leo sobre su hombro, "Jo", dice él suavemente. "Él sabía dónde estarías y cuándo. Sabía que habría un incendio. Si no nos hubiera dicho..."

"¿Qué es lo que *quieres*?" le dice Jo, y Orlando, empujándose de la ambulancia, dice: "Polvo o sangre, mi némesis".

"¿Jo?", dice Ysabel allí, en la parte trasera de la ambulancia. Marfisa detrás de ella. "Un breve asunto, Milady", dice Leo. "Terminará rápidamente y habrá acabado".

Ysabel mira desde Jo a Leo, y la inclinación más breve de su cabeza. "Yo *gané*", dice Jo. "Te *gané* a ti, dos de tres, no importa cómo quieras contarlo, ya hemos terminado, *hemos terminado* ", y él se ríe y se golpea el parche en el ojo. "Un punto para cada uno, pero los dos todavía estamos de pie", dice. ¿Y el primero de los tres? Un tecnicismo. ¿Realmente quieres ganar puntos? Mi *hoja* acabó en tu *espalda*, Gallowglas". Sus manos se abren, sonrío levemente. "Y te llevaste mi amor, y yo me llevé el tuyo, pero ahora él es el Rey, y ella es la Reina, y para nosotros no queda nada más que sangre o polvo".

"Yo *no* lucharé contigo", dice Jo.

"¿Pues por qué está tu espada ahí en tu mano?", dice Orlando.

Ella baja la vista para ver su mano enguantada sobre una empuñadura lisa envuelta en alambre sin filo, dentro de una red brillante de hebras que se unen en nudos de acero labrado, que se enroscan hasta la gran empuñadura plateada de un pomo y se estira ante ella, recta y verdadera, la brillante hoja. "Yo", dice ella, sin vaina en la otra mano, ni en la cadera. "No lo he hecho", baja la espada y la punta de la misma repica contra la acera carbonizada.

"Yo mismo necesitaré una espada, Monstruo", dice Orlando. "Descuidado, lo sé, pero una de los mías está en manos de un mago ahora, y la otra dentro del padre de mi última inamorata".

"Leo", dice Jo mientras este pasa cojeando agitadamente, levantando una espada larga por el fuerte de su hoja, "Si se debe hacer", dice Leo extendiendo la empuñadura de pomo pesado hacia la mano en espera de Orlando. "Mejor que sea hecho".

Orlando toma la empuñadura y aparta la hoja de la dirección de Leo, un corte alto y abrupto en el aire, y otro, adoptando su posición. "¿Estás asustada?", dice mirando a Jo.

"Sí", dice ella.

"Bien", dice. "Odiaría ser el único que disfruta con esto". Y luego, como ella no levanta su espada, "Tu señal, Gallowglas".

Ella está mirando hacia Leo a su lado, Leo con las manos en el halcón en el extremo de su bastón, luego hacia Ysabel allí en la parte trasera de la ambulancia, envuelta en mantas y con su chaqueta negra, y la mano de Marfisa en su hombro.

"Piensa en tu ira", dice Orlando. "Esos asesinatos sin sentido. El Gammer, el Tirador. El Soames, Gloria y su padre. El tuyo tal vez. Casi. Piensa en Billy, Gallowglas. El pequeño Billy Maguire".

Ella abre los ojos. Levanta su espada en ángulo ante ella, desliza su pie izquierdo hacia atrás, coloca su mano libre contra su pecho. Esperando.

Él suspira. "El miedo a solas tendrá que servir", dice dando un

paso adelante, saltando hacia adelante con la hoja y golpeando como un martillo que Jo para y desvía, sacudiendo a Orlando hacia atrás. Luego, un intercambio de golpes, los golpes salvajes de él se encuentran con sacudidas y tirones, la espada de Jo se mueve solo lo suficiente para atrapar, bloquear y parar nuevamente cuando él retrocede y golpea y retrocede, con cada pase girando en círculo como un trinquete que lo lleva lejos desde la parte de atrás de la ambulancia, lejos de Ysabel. Un último corte desde arriba, parado por Jo, quien se relocaliza en su postura mientras él levanta su espada y la aleja, dejándose deliberadamente al descubierto. "¡Golpéame!", grita él. ¿No eres el Cazador? ¿No te lo encargaron? "

La espada de Jo en ángulo ante ella, su mano libre sobre el corazón.

Los hombros de él caen. Niega con la cabeza. "¿Qué se necesita?", dice. Su único ojo fijo en el de ella cuando ella levanta la vista de la punta de la hoja bajada.

Él dice: "Me pregunto si con esto".

"Jo..." grita Ysabel, y "¡Mooncalfe!" chilla Marfisa, y Jo rompe a correr gritando con la hoja arriba y la empuñadura hacia atrás para una estocada, y "¿Lando?", dice Leo mirando hacia la espada. Mirando hacia su propia espada con el fuerte de la hoja allí, entre las solapas de su abrigo color ocre, en los bordes rasgados del agujero que se ha hecho en su suave camisa de oro de cosecha sin nombre. Con la mano de Orlando en la empuñadura, y la mirada en los ojos de Orlando, la dulce sonrisa en su rostro cuando la punta de la espada de Jo atraviesa su garganta, y la perezosa oscuridad cae a su alrededor, como las cenizas.



"Prefieres un Duque, no un Príncipe, como Rey", dice Lymond. El cielo sobre ellos se ablanda en gris azulado.

"Prefiero una Reina", dicen los Soames. "Me prometieron una

Reina".

"Esperas maravillarte mucho después de un milagro", dice Lymond. Y luego, "¿Pero crees que soy el único Perry?"

"¿Ysabel, la Prometida?", dice el Soames. "¿Su Prometida?" Frunciendo el ceño mientras marcha junto a Lymond por la calle tranquila y sinuosa. "Entonces la línea no se ha roto, como nos dijeron". Las bicicletas en círculos detrás de ellos y la camioneta y sus ganchos.

"Ya veremos", dice Lymond.

Dirigiéndose al borde de la calle, cruzan la acera y el trozo de hierba moribunda, hasta la puerta amarilla de entrada, seguidos por el Marqués y el Soames y el Vizconde, y el ruido de las bicicletas. Saca un sobre acolchado, y de él una tarjeta de crédito dorada, y mete la tarjeta en el espacio entre la puerta y el marco, sacudiendo la cerradura, un clic y un chasquido y abre la puerta. "Mi casa", grita a todos ellos, "es vuestra", y entra. Al final del largo pasillo, el trueno de docenas de pasos, hacia la gran sala vacía, excepto por un sillón acolchado, una mesita al lado, una gran ventana, las formas de la ciudad inciertas en la bruma brillante, y la montaña más allá de un pálida sombra de azul y rosa contra los primeros rayos del sol naciente.

"Bueno", dice Lymond mientras esos pasos se acomodan, el susurro de abrigos, bufandas y guantes, trajes azules, monos verdes. Toda esa abigarrada multitud debajo de la ventana, sin saber si mirar hacia afuera o hacia adentro. De espaldas a ellos, con las manos en el brazo de la silla, "Veamos", dice, y girando se sienta.

El silencio, mientras todos en la sala toman aire.

Y luego un susurro una vez más, con las cabezas bajando, las manos levantadas hacia los corazones, hacia las cejas, como aquí, allí, acá y allá una y otra vez, una rodilla toca el suelo cuando el Rey se levanta de su Trono.

"Hay mucho por hacer", dice sonriendo bajo sus ojos saltones, uno

marrón, uno azul, su pompadour rosa anaranjado. "Comencemos".

N° 22: Majestad

Cuando canta el teléfono / arriba, y Siempre arriba

Cuando canta el teléfono, "quiero que trompetas y violines toquen sobre tambores y piano y animada guitarra", las mantas arrugadas se sacuden y giran y escupen una mano. La mano busca a su alrededor y encuentra el teléfono, interrumpiéndolo a mitad de "revólveres y adrenalina". Se levanta una cabeza, cabello enmarañado vino tinto, corto. Jo abre los ojos.

Totalmente blanco, paredes, techo, más anchos en un extremo que en el otro, ventanas manchadas con pintura vieja sobre los parteluces, dos o tres pisos de altura. Frente a un callejuela, un inacabado complejo de apartamentos, lleno de andamios, contrachapado envuelto en papel verde impreso una y otra vez con logotipos que dicen «Regen Homewrap». Bajo las ventanas, tres o cuatro cajas de madera rubia llena de ropa cuidadosamente doblada. Jo desliza los pies fuera del futón y se pone en pie casi tropezando con unos vaqueros negros descartados, botas negras caídas y vacías al lado, botellero de cristal marrón envuelto en una bolsa de basura de plástico. En la pared junto a la puerta, una espada colgada de una correa de cuero, la vaina de la misma lisa y negra, la sencilla empuñadura envuelta en alambre opaco formando una reluciente red de hebras hiladas en gruesos nudos de acero. Sobre ella, y del mismo clavo, cuelga una máscara de calavera pintada, dientes toscamente cincelados, melena negra cayendo, inmóvil, lo bastante larga para casi rozar el suelo.

Un baño, azulejos blancos, ventanas de vidrio esmerilado. La bañera, esmaltada y alzada sobre patas con garras. Contra la pared junto a la bañera, cubo con tapa blanco, sopera de acero inoxidable cubierta con papel de aluminio, jarra de leche de plástico, botella azul sellada con cera rosa. Jo se escurre fuera de la camiseta sin mangas, la deja en una bola negra sobre azulejo blanco. Sobre el

lavabo, el espejo es un oblongo conjunto de borde irregular en la pared, y atrapados allí, ojos confusos a ambos lados de la nariz, esa nariz. La boca, finos labios ligeramente pálidos. Hay una línea roja de una vieja y desvaída herida en su frente. Su mano al pecho, yemas de los dedos allí presionadas, hundiendo la piel, blanqueándola, temblando. El silbido de un aliento, sus ojos se cierran con fuerza, su mano se aparta de repente.

La cocina es espaciosa, blanca y azul y de acero inoxidable, fina luz gris matinal. Envuelta en una bata a cuadros de búfalo, descalza, pelo mojado, Jo recoge un vaso del fregadero y ojea el poso de leche que anilla el fondo antes de enjuagarlo. Al abrir armaritos encuentra un estante con tazas, baja una. Cerca de un mostrador entre la cocina y la sala abierta; más allá de una jarra de acero inoxidable, allí junto a un ramo que es una profusión de girasoles naranjas y dorados en la cumbre de un esbelto florero de vidrio; Jo empuja hacia atrás la tapa de la jarra, olisquea, se sirve una taza de café. En el otro lado de la jarra, una pila ordenada de papel, quizá de tres centímetros de alto, sujeta en una esquina por un grueso clip de carpeta negra.

Desciende tres bajos escalones hacia la sala abierta más allá, ventanas a izquierda y derecha en paredes que se estrechan en un punto, donde Jo se sienta en una gran silla marrón. Sorbiendo su café, hojea las páginas llenas de banderitas de plástico de color amarillo brillante y rojo que marcan esta línea, aquella caja, y ella se pone a firmar aquí, iniciales aquí, JKM, JKM, Joliet Maguire, JKM. La ventana tras ella da a un nido de ramas desnudas, a una cuña de acera abajo ceñida entre dos calles en ángulo, a una marquesina de teatro frente a la intersección que dice «Brasil 700», «Largo Beso De Buenas Noches 945». De vuelta por la longitud del apartamento pasando la cocina por el pasillo más allá, se abre una puerta silenciosamente. Jo alza la vista. Una silueta allí, cargando algo, una masa de rizos enredados que se iluminan y empalidecen al entrar en la cocina, una nube del color de la crema coagulada. "Marfisa", dice Jo.

Marfisa se sobresalta, mira hacia la sala abierta. Deja su mochila y el bate de béisbol de madera, apoyándolo en la puerta del apartamento. Sacude su abrigo de piel de oveja. "Felicidades", dice

ella poniéndosela.

Jo deja la pluma. "¿Por qué?", dice ella. "¿Qué demonios se supone que significa eso?"

"Ella os ama, Gallowglas", dice Marfisa tomando de nuevo el bate y la mochila. Jo se pone en pie, las páginas caen con un ruido sordo al suelo, "Mira", dice Jo caminando hacia los escalones que conducen a la cocina, "Tú haz lo que vayas a hacer, o no lo hagas, no me importa, pero si le *haces daño, otra vez...*"

"Yo nunca", dice Marfisa, pero Jo sube los escalones, "Si", dice con la mano levantada, y luego "no", dice, "no le hagas daño. O te lo haré yo".

"Lo mismo digo", dice Marfisa abriendo la puerta del apartamento.

La puerta se cierra tras ella. Los papeles esparcidos por el suelo abajo, a la luz del sol. El pasillo oscuro delante.

En la sala blanca, pateando los vaqueros negros fuera del camino, Jo se arrodilla junto al botellero, tira de la bolsa de basura de plástico hacia abajo y hacia fuera. El fondo es resbaladizo con algo viscoso, blanco, espumoso con un brillo de burbujas, un toque de cálido de oro amarillo. Con los dos brazos sobre él, Jo levanta su peso hacia el pasillo, hacia el baño al final. Con cuidado del suelo resbaladizo, baja de rodillas, coloca el botellero junto al cubo y la sopera. Se vuelve a ajustar el cinturón de la bata antes de regresar al pasillo, donde la puerta a la izquierda está abierta ahora, en una habitación pintada de amarillo y blanco está Ysabel apoyada en el umbral con los brazos cruzados en un voluminoso suéter de pescador, un cigarrillo humeante en su mano. Su cabello ha sido cortado bastante corto, poco más que una elegante pelusa negra. Ella abre los ojos enrojecidos. "Entonces", dice ella, y se lleva el cigarrillo a los labios. "¿Vamos a hacer esto?"

"Claro", dice Jo. "Qué demonios".



Noche, y el cielo sobre un oxidado encapotado a la luz de la ciudad, emborronado al final de una larga y concurrida calle junto al cascarón negro de una colina. En el regazo de allí, la calle termina en el porche con columnas de una gran casa amarilla inundada de luz rosa anaranjada, y trepando tras ella, las flores aisladas de las farolas arañadas por ramas desnudas, el sobresaltado verde de las coníferas, y allí, allí arriba, la luz forma charcos sobre las verjas, sobre los bajos edificios de piedra y, sube en zigzag esa colina, serpentea de allí hasta allá en una línea de ascuas, parpadeantes chispas lo bastante brillantes para ahuecar las sombras a su alrededor, marcando un paso lento y majestuoso adelante y atrás, y hacia arriba, siempre hacia arriba, y en las treguas de la prisa del tráfico, cuando los motores están en ralentí y los neumáticos se detienen, cuando la puerta cierra el ruido del bar, cuando el músico callejero en la esquina da el último acorde de su guitarra y aquieta las cuerdas con una mano, alzando la vista, inclinando la oreja, apenas débilmente baja flotando desde esa colina lo que podría ser un centenar de voces o más, esa elevación, ensalza algo similar a una canción.

Agua, chocando / Miércoles por la mañana / Jo, inesperado

Agua chocando dentro de la bañera. Jo la prueba con una mano, ajusta un grifo, recoge el tapón de una repisa cromada junto a la espita y se inclina para hundirlo en su sitio. Se dirige al cubo, la sopera, cuando Ysabel dice: "Lo primero es lo primero".

"Oh", dice Jo. Deshace el cinturón de la bata, pero le da la espalda a Ysabel antes de abrirla, encoge los hombros para colgarla de un gancho junto a la bañera.

"No hubiera esperado modestia", dice Ysabel. Ella está sentada en el asiento tapado del inodoro, fumando el final de su cigarrillo. Jo se gira, cabeza ladeada, manos extendidas en un gesto de exhibición, antes de quedarse junto al cubo. "Cuando quieras", dice ella.

Cigarrillo en la boca, Ysabel se pasa el suéter sobre la cabeza, baja los brazos para dejarlo caer al suelo. Levanta el pie para sacar un anillo de oro de su dedo pequeño. "Tu tatuaje ha desaparecido", le dice colocando el anillo en el alféizar de la ventana. Jo está abriendo los sellos que sujetan la tapa del cubo en su sitio, pero una mano se desvía hacia su vientre. "Supongo", dice ella, "esto, que él no pudo volver a ponerlo. O no se molestó".

"Nunca te quedó bien", dice Ysabel apagando el cigarrillo.

"Era una advertencia", dice Jo, pero la mano de Ysabel está sobre su espalda, deslizándose hacia su hombro. Jo se levanta de golpe, volviéndose para encontrarse a sí misma en un abrazo, Ysabel tirando de Jo hacia sí, la pelusa corta entre rizos color vino tinto.

"Esto es extraño", dice Jo.

"Por supuesto que lo es", dice Ysabel. La suelta, dar un paso atrás. "Nunca lo hemos hecho antes.". Levanta una pierna dentro de la

bañera, ella entra siguiéndola. "Correctamente", dice, y suspira mientras se instala en el agua humeante. "Espera", dice Ysabel, cuando Jo se vuelve hacia el cubo. "Espera".

Jo se sienta en el borde de la bañera y toma la goteante mano de Ysabel en la suya, e Ysabel la acerca para presionar un beso en la palma de la mano. Jo cierra los ojos. "Deja que se llene un poco más", dice Ysabel.



Abruptamente despierta, boca abierta, una palabra no pronunciada, mantas beige, sábana blanca enrollada en sus piernas. Luz gris del día filtrándose por los bordes de una pesada cortina echada. Luz incandescente colándose bajo una puerta cerrada y el aullido de un secador de pelo, y ella se incorpora rodando, codo sobre las rodillas, mano a la frente, la fina y blanca gasa pegada con cinta adhesiva allí, bajo el revuelto cabello vino tinto. Una segunda cama a su lado, edredón vuelto del revés, almohadas en desorden. Traje gris colocado ordenadamente al pie de este, y una camisola amarilla. "¿Ysabel?", dice Jo, aunque suavemente. Tintineo de cristal cuando pone los pies en el suelo, una botella vacía o dos. Camiseta negra sin mangas, ropa íntima negras, pasa con cautela por la baja cómoda repleta de cajas de comida devorada, una botella de vino vacía, bolsas de compras blancas que dicen «Meier y Frank» en letras rojas. Una espada, hoja al aire, la empuñadura protegida por una red de hebras de acero. Jo levanta un borde de la pesada cortina y entorna los ojos hacia el exterior bañado por una fina luz gris. La pared al otro lado de la calle es un mosaico de cuadrados de colores de fotografías antiguas, naranja opaco, gris pálido, gris verdoso opaco, el edificio de ladrillo al lado pintado en un mural, un camello, un oasis, «M.E.Dinihanian e hijos», dice. «Limpieza de Alfombras. Reparación de Alfombras». El secador de pelo se detiene.

La puerta del baño se abre. Ahí está Ysabel, alisando los ingeniosos enredos de su largo cabello negro, atravesados ocasionalmente por rizos blancos. "¿Te he despertado?", dice ella.

"¿Hora es?", dice Jo.

"Después de las nueve", dice Ysabel. "De la mañana". Ella toma la camisola amarilla. "Miércoles por la mañana", dice poniéndosela.

"Ya sé qué...", dice Jo, y luego, dándose cuenta, "Es mañana".

"La Distribución, sí", dice Ysabel, dedos ocupados con los botones. "Mañana por la tarde. Así que hay mucho tiempo, *océanos* para reunir el medhu, convertir el ovr, ver a mi madre, tranquilizar a la nobleza", ella alcanza los pantalones grises, las medias ahumadas.

"¿Hay, algo que necesites?", dice Jo. "¿Que pueda hacer para ayudar?"

Ysabel levanta la vista. Coloca los pantalones al pie de la cama. "No te vayas", dice Ysabel. "No te hagas esto a ti misma". Toma la mano de Jo en la cortina, dejando que la oscuridad vuelva a caer. Jo tira de ella y la acerca, un repentino abrazo. "No tienes que irte", dice Ysabel con la barbilla en el hombro de Jo.

"Sí, tengo que hacerlo", dice Jo inclinándose atrás de todo ese cabello.

"Entonces iré contigo", dice Ysabel besándola suavemente.

"¿Con todo lo que tienes sucediendo?" dice Jo. "Y tú no le conocías a él. En realidad, no tienes que hacerlo", y otro beso. "Sí", dice Ysabel. "Tengo".

Dejándola ir, Ysabel se empieza a vestir, formal, silenciosa, medias y pantalones, chaqueta. Jo vuelve a poner una mano sobre la cortina pero no la levanta. "¿Hay tiempo para el desayuno?", dice Jo. "Tal vez podría ponerme presentable, si me das un minuto".

"Debo ir ahora a asegurar una bañera", dice Ysabel poniéndose una bomber de «Expectator» gris y limón. "Para la conversión. Tú vuelve a la cama. Probaremos el almuerzo".

"Vale", dice Jo. "Almuerzo. ¿Dónde?"

"Te lo haré saber", dice Ysabel poniéndose su largo abrigo blanco. "Una sorpresa. Mi regalo". Un sombrero blanco y holgado en la cabeza. "¿De acuerdo?"

Jo asiente. Cuando la puerta se cierra, cuando está sola, mira hacia abajo, recoge una botella que aún no está vacía. «Jim Beam Honey», dice la etiqueta.



Paseando por una tienda de comestibles, una indistinta silueta por una calle de la ciudad. Él no está mirando la tienda. Tampoco está mirando al otro monitor, el que está lleno de números en columnas, filas resaltadas en amarillo y verde. Algo burbujea, suena, aparece un aviso flotando sobre los números, la oficina de Andy Hornbeck llamando, Contestar, Contestar con Video, Declinar. Otra persona levanta la vista, pasa una mano por lo que queda de cabello, se coloca un pequeño auricular negro en la oreja y le da un toque. "Asociados Mendlesohn", dice. Más allá de los monitores, una oficina acristalada, dentro, un hombre mirando el paisaje urbano, colinas oscuras, suave lluvia gris. "El señor. Mendlesohn está en conferencia", dice Becker. "Puedo tomar un mensaje, o él puede... eso es, sí. Puede. ¿A cualquier hora antes de las dos? Sí, se lo haré saber. Gracias". Toca la barra espaciadora, coloca el pequeño auricular junto al teclado, una elegante pieza de aluminio con teclas blancas impecables, sin impedimento de cable alguno.

Una mujer dobla una esquina de esas paredes de cristal, estudiosa gracilidad, tacones que dan hemorragia nasal y una esbelta falda a rayas. "Arnold", dice ella.

"Becker, en realidad", dice él ajustando el nudo de su corbata, un marrón bruñido con lunares apagados. "Todos, ah, me llaman, sólo Becker".

Ella asiente con la cabeza una vez y dice: "¿Hay alguna forma de

reorganizar las entradas en los informes Nube Rosa y Nube Blanca por fecha de admisión? ¿E imprimirlos?" Maquillaje precisamente invisible, cabello rubio peinado hacia atrás, recogido. "Claro", dice Becker. "Si haces clic en la columna y", apunta hacia la hoja de cálculo, "luego usas el icono de ordenar, puedes..."

"Excelente", dice ella. "Y las impresiones. De cada uno. Gracias".

Becker dice: "Claro".

Ella se dirige a la oficina acristalada y él pulsa una tecla. Observa las filas y columnas desplazarse y reorganizarse. Se levanta cuando la impresora encima de la credenza cobra vida. Páginas en mano, llama una vez a la puerta de cristal, luego entra, "de los menores de treinta años", está diciendo el hombre, "carga, amartilla y encañona las tablas cruzadas", y luego aparta la vista de la lluvia para mirar a Becker, allí, en el umbral. "Toma", dice Becker extendiendo las páginas a la mujer sentada en una esquina del escritorio con tablero de vidrio.

"Ambos informes, Arnold", dice ella.

"Lo son", dice. "Son las dos cosas".

"¿Cinco copias?", dice ella. "Necesito cinco copias. De cada uno".

Y Becker dice: "Claro".

En el cuarto de baño, abre de golpe una puerta de la cabina, se apoya contra una pared pintada de rojo. Se afloja la corbata y se desabrocha el botón superior de la camisa. Desliza y toca la pantalla de su teléfono y se lo acerca a la oreja. "Tenemos que hablar sobre esta situación", dice.

"Llevo aquí tres días", dice, "y no sé qué estoy haciendo o qué piensan ellos que están haciendo, pero no creo que ellos lo sepan tampoco..."

"¿Qué? ¡David, no estoy hablando del almuerzo! Tenemos que..."

"Yo... yo no... no he..." Suspira. "Estrella Roja. Seis en punto. Bebidas, lo que tú digas". Inclina la cabeza hacia atrás cerrando los ojos. "Claro", dice Becker.



En la parte superior de esos anchos escalones blancos, la máquina de Coca-Cola zumba para sí misma, rojo brillante, y delante la foto de una botella de refresco marrón espesamente negruzco atesorada entre hielos. En las rojizas sombras a su lado, una puerta blanca indescriptible con el pomo de cristal facetado. Desde el vestíbulo de abajo llega la voz de Jo resonando, "¡Mis cosas! ¡Cada maldita cosa que me quedaba en este mundo! "

"Pero no hay nada ahí, Milady", dice el hombre del chaleco tweed marrón.

"Tonterías", dice Jo toda de negro, vaqueros negros, botas negras, capucha de su chaqueta sobre los hombros como una bufanda arrugada. Venda blanca y limpia en su frente. Ella se mueve para pasar junto a él, y él le bloquea el camino. "Milady, *por favor*".

"Qué *demonios* hay con esta mujer, mierda", dice ella.

"Yo meramente deseo", dice el hombre del chaleco, y "¡El Estribo!", dice una voz grave por allí. "Gallowglas". Jo gira en redondo y se estabiliza. Un hombre allí en la puerta, bajo un ramo de camisetas teñidas, hombros anchos en una gamuza amarilla y pelo limpio y negro. "¿Cuál parece ser el asunto en disputa?", dice.

"Yo sólo", dice Jo, "¿quieres subir y recoger mis cosas?"

"Ya no hay nada allá arriba", dice el hombre en la puerta, y levanta una mano cuando Jo dice: "¡Luys!" y él dice, "así que no hay daño en dejarte verlo por ti misma. Una banda de cuero atada flojamente a su muñeca. "¡El Mason!", grita el Estribo, pero Luys lleva esa prohibitiva mano hacia un amable ofrecimiento con una sonrisa. Jo no lo acepta.

"No se nos dijo que te esperaríamos", dice el Estribo haciéndose a un lado con el ceño fruncido.

"No puedo estar", dice Jo dirigiéndose a los anchos escalones blancos, *"sentada*, todo el maldito día en ese hotel, mientras ella está fuera, haciendo, *Dios sabe qué"*. En el rellano se detiene, mano contra la pared, y Luys se apresura a tomarla del brazo. "Milady", dice en voz baja. "Estáis borracha".

"Y una mierda lo estoy", dice ella.

"Ha estado bebiendo", dice.

"Llámame Milady otra vez", dice ella liberándose, marchando y subiendo los escalones. "y vas al suelo de un puñetazo".

La vibrante máquina de Coca-Cola. La puerta blanca al lado. Jo rasga y vuelve a ajustarse los cierres de velcro en sus mitones de ciclista, negros y grises. "La contraseña", dice ella.

"No hay nadie dentro para darla", dice Luys. "Adelante".

Jo cierra los ojos, mano en el pomo. "Y Farquahr será dos", murmura y abre la puerta.

La habitación más allá es poco más que un armario. A un lado un cubo con fregonas. "Espera", dice Jo. Un estante de cubículos llenos de tubos de spray y cartones de bombillas. "Yo he visto esto antes". Paquetes de toallas de papel y ganchos de cables de extensión. Ella cierra la puerta. "Sólo hay que..." La abre de nuevo.

"Ha desaparecido", dice Luys, mientras ella dice: "Las habitaciones, todas las habitaciones, las tuyas, mis cosas, estaban...", y él dice: "No has venido por tus cosas, Gallowglas". Los ojos de Jo se cierran, aprieta los labios. "Has venido sola", dice Luys en voz baja, "en autobús, ¿verdad? Con licor en el aliento y sólo la mitad de la mañana perdida". Él toma su mano entre las tuyas. "Le amabas, ¿no?". Los ojos de Jo se abren abruptamente. "O podrías haberle amado", dice. "Haberle llegado a amar. Pero él se ha ido. Jo.

Se ha ido".

"¿Y tú?", dice Jo. "¿Le amabas?"

Él mira hacia otro lado. Le suelta la mano. Pasa a su lado para cerrar la puerta. "Ven conmigo", le dice y se dirige más allá de la máquina de Coca-Cola hacia los escalones.

"Adónde", dice Jo. "¿A dónde vas?" Caminando tras él. "¿A dónde vamos?"

"A por el coche", dice Luys. "A llevarte hasta tus cosas".



Bajo los árboles en una irregular fila se mueven, habiendo dejado las farolas atrás, un centenar de ellas, y otro, y otro más, y cada uno de ellos levanta una mano brillante, y un fulgor de tentáculos de halo estival vagan como el humo a su paso y caen sobre los bordes de sus sombreros, las coronas de sus capuchas, los hombros de sus pesados abrigos y chaquetas de cuero, chubasqueros de nailon y suéteres de lana, y sus bocas abiertas, cantando, una vocal innombrable hacia el remolino de esa perezosa niebla de luz, y el sonido de la misma se eleva lentamente hasta que se desliza toda de una vez en una ululación vertiginosa que rodea los árboles a su alrededor. La luz cae más densamente ahora, sobre raíces y grava, barro y fina hierba, agujas de pino y champiñones, y botas y zapatos y pies embarrados de aquellos que vienen buscando perturbar al pasar la luz caída, la levantan a patadas como polvo mientras siguen adelante, cantando, y aún más luz cae de todas esas manos levantadas.

Las cosas en el Cubo / una sorpresa / Los Hombres en la Ciudad / cómo se hacen las cosas

Las cosas en el cubo son gruesas, espumadas con burbujas iridiscentes alrededor del borde, cremosamente planas en el centro y todo un blanco lácteo calentado con toques de oro. "¿Qué hago?", dice Jo, "¿Lo vierto sin más?"

En la bañera, Ysabel asiente, agua humeando hasta la barbilla, gotas brillando plateadas en la oscuridad de su corto corto cabello. "¿Todo a la vez?", dice Jo. "O lento y constante, ¿quizá extendiendo todo alrededor?"

"Será lento", dice Ysabel. Abre los ojos. "¿Cuál tienes?"

"Uh", dice Jo, mano en el cubo, "esto es del Norte. Luego, ¿supongo que es la Liebre, ahora? "

"Vierte el tuyo primero", dice Ysabel.

"Mío".

"Sí", dice Ysabel cerrando los ojos. "El tuyo".

"Vale", dice Jo. "Vale". Cambia el cubo a un lado, echa mano al botellero y desenrosca la tapa con un pop aflautado. Levanta el peso en sus brazos, vuelve hacia la bañera con pasos laterales y un bum cuando lo posa en el borde, equilibrado en un ángulo en sus manos. "Vale", dice ella. "Aquí vamos". Inclinando el botellero, volcándolo raspando el borde de la bañera, "Uups", y un sonido de pastosa succión rezumante, una gota acumulándose en el pico del balde, hinchándose y hundiéndose, distendiéndose, resbalando por el labio, cayendo reacia en un bucle dentro del agua donde se despliega, nebulosas blancas, ondulantes, se abren en jirones y jirones, extendiéndose sobre Ysabel.



"¿Gallowglas?", dice Luys, chaleco de plumas sobre su camisa de gamuza amarilla.

Por encima de él, Jo está de pie en el rellano, una mano en la barandilla del siguiente vuelo. "Solo hay dos pisos", dice ella. "Este edificio solo tenía dos pisos, afuera".

"Tres uno dos", dice Luys.

"No creo que", dice Jo frunciendo el ceño al pasar a la planta baja, "esta sea una unidad de almacenamiento".

"No", dice Luys. "No lo es".

El próximo vuelo termina en un estrecho rellano, lo bastante grande como para que ambos puedan estar frente a una sencilla puerta marrón. Números negros, un tres, un uno, un dos, sobre una mirilla, bordes oxidados. Jo levanta una mano con los nudillos para llamar, la baja y mira a Luys. El se encoge de hombros. La levanta de nuevo cuando alguien dentro, Ysabel, grita: "¡Está abierta!"

Jo abre la puerta.

La habitación dentro es una cocina bien ventilada, blanca y azul y acero inoxidable, y en el mostrador hay un montón de rosas, amarillas, blancas, rosadas y anaranjadas, moteadas de rojo y blanco, estriadas, un rojo intenso intenso que es casi negro entre las hojas de color verde oscuro. "¿Ysabel?", dice Jo entrando, seguida de Luys. Más allá de ese mostrador, tres escalones bajos, una habitación abierta, ventanas a izquierda y derecha en paredes que se estrechan en un punto y allí está Ysabel con su traje gris, sonriendo. En un sofá a un lado, un hombre con un abrigo de traje marrón, y en los cojines a su lado, un maletín chapado en madera de colores claros. Él se levanta bruscamente cuando Luys inclina su cabeza y hace una reverencia, "Majestad", dice.

"Vais y arruináis la sorpresa, el Masón", dice Ysabel.

"Qué demonios", dice Jo mientras Luys dice, "Ella vino a nosotros muy molesta, Madam. Parecía lo mejor".

"Muy bien", dice Ysabel, su gesto ofrece la habitación a su alrededor, las rosas, la cocina y más allá, detrás de ellos, el pasillo de luces amarillas, puertas abiertas allí y allá. "Bienvenida a casa", dice ella, y Jo gira junto a la puerta del apartamento, asimilando todo eso, "¿Qué...", dice Jo, "has dicho?", y luego, "Perdone", al hombre del abrigo de traje marrón, "tú eres, ¿quién eres? ¿Quién es este?"

"¿No habías conocido a el Absolvedor?", dice Ysabel.

"No, lo siento, no conozco a el Absolvedor", dice Jo.

"Bruno, Milady", dice él asintiendo, bastante bajito, de pie junto a Ysabel. No lleva camisa ni corbata y sus pantalones son de pana arrugada.

"¿Qué piensas?", dice Ysabel, y luego, dando un paso adelante, subiendo los escalones, "vamos", entra en la cocina tomando la mano de Jo, arrastrándola, "ven a verla". Bajo las luces, dos puertas, a izquierda y derecha, "Pensé que tú ibas", dice Jo, mientras Ysabel dice: "Habitaciones separadas, ¿ves? Como dijimos", y a través de un umbral amarillo y blanco, y blanco sobre blanco a través del otro, y: "que ibas a comprar una *bañera*", dice Jo. Bajo la ventana hay una hilera de cajas hechas de pulida madera rubia, un contenedor de vapor, "Espera", dice Jo, "¿es eso...?", pero "Oh", dice Ysabel tirando de Jo hasta el final del pasillo. La puerta se abre sobre azulejos blancos relucientes y vidrio esmerilado y: "la *bañera*", dice Ysabel, la gran bañera esmaltada con patas. "No es un jacuzzi", dice tomando las manos de Jo entre las suyas, "pero", suelta a Jo para ir a abrir la última de las puertas, agachándose bajo una luz amarilla, arrastrando a Jo detrás de ella. En la cocina, Luys las observa, mira hacia la sala abierta y guarda las manos en los bolsillos. Bruno se encoge de hombros y se sienta en el sofá junto a su maletín.

A través de una habitación oscura y angosta, los vacíos ojos de buey de vidrio de la secadora de ropa y la lavadora, "Aquí fuera", dice Ysabel abriendo la puerta en el otro extremo hacia un chorrillo y una leve lluvia, saliendo bajo un dosel, un pequeño porche de madera, un único escalón hacia un bolsillo de hierba amarilla y maleza verde bajo los parapetos a cada lado, y aquí y allá islas de la infraestructura del edificio, una campana extractora, chimeneas, la mayor parte de una caja de ventilador. Tinas de madera que sostienen árbolitos sin hojas, una zona llena de tierra desnuda esperando, un par de sillas Adirondack sin pintar frente a una chimenea de bronce estampada con patas delgadas, y por todas partes, suspendidas en postes y ramas, más cuerdas de lucecitas amarillas. "Tenemos un jardín", dice Ysabel.

"Tú", dice Jo volviéndose, una sombra en la tenue luz, "mudaste", los dedos parpadeaban mientras ella gesticula de vuelta al departamento, "mis cosas".

"Se suponía que tú debías dormir", dice Ysabel.

"Me puse", dice Jo, "ansiosa. Quería hacer algo". Y luego, "¡No me avisaste!" E Ysabel retrocede, parpadeando. "Quería que fuera una sorpresa", dice ella.

"Bueno". Jo mira hacia otro lado, mira a su alrededor. Se limpia los ojos. "Hey. Ha funcionado".

"Esta noche, después de que tú, te despidieras", dice Ysabel acercándose a Jo nuevo, "Te habría traído aquí. A casa. A esto". Jo agacha la cabeza, los hombros se relajan, pasa los brazos alrededor de Ysabel y los de Ysabel alrededor de ella. "Y mañana, juntas, convertiremos el ovr y mañana por la noche lo entregamos otra vez. Para todos". Ysabel junta sus cuerpos, con fuerza. "Lo hemos logrado, Jo. Lo conseguimos".

Jo asiente. Se inclina hacia atrás, en los brazos de Ysabel, "Entonces, ¿qué vamos...?", dice y respira fuerte por la nariz, "¿De qué estamos hablando aquí?, este apartamento. ¿Es nuestro? ¿O sólo la bañera...?".

"Oh", dice Ysabel, una risita, "es más que eso."



Él abre los cierres del maletín en su regazo, levanta la tapa, una carpeta manila, una calculadora, un montón de bolígrafos, un bloc tamaño folio. Saca una carpeta, con cuidado de un par de sobres con ventana transparente no del todo vacíos que vuelve a meter en el maletín. Cierra la tapa, hojea varios documentos grapados, "He tenido que tomar algunas decisiones", dice, "dado los desembolsos obligatorios, las dispensas, las remesas, la cartera no podría... ah, me temo, permanecer intacta. Pero". Su sonrisa es un destello, aparece y desaparece de nuevo. "Hay opciones".

"¿Para qué?", dice Jo en el sofá junto a él, con un panini en la mano, verduras, tomates, suave queso blanco. "¿Qué es todo esto?"

"Tu fortuna", dice Bruno presentando los documentos que ha seleccionado.

"Mi", dice Jo, "¿qué?" Levantando una página. "Esa es una proyección trimestral", dice. "Emití varias de ellas, bajo diferentes...", esa sonrisa de nuevo, aparece-desaparece, "¿suposiciones?"

"Trimestral", dice ella, sándwich a la deriva hacia su boca. No da un mordisco. "Eso es lo que viene cada, cada tres meses".

Él arruga la frente, un ceño que no se aleja. "Hay", dice él, "posturas más agresivamente líquidas que tomar", dice revolviendo las páginas en las manos.

"Yo no...", dice Jo alzando la vista hacia Ysabel allí en la cocina, "entiendo. ¿Qué es todo esto?"

"Deja que el Absolvedor te explique", dice Ysabel con un abrigo blanco en las manos. "Él es muy bueno con todos estos rituales y encantamientos y, a diferencia de otros", desliza los brazos en las mangas, "es eminentemente confiable".

"Su Majestad es muy amable", dice Bruno, y luego se lanza tras las páginas que caen al suelo mientras Jo a su lado salta sobre sus pies, con la mano en el pecho, "¿Vas a salir?", grita.

"Debo ahora", dice Ysabel recogiendo el pelo hacia atrás y acomodando su sombrero blanco en la cabeza, "ir a ver a mi madre. Otra cita. Debería estar de vuelta con tiempo suficiente".

"Esto es...", dice Jo cruzando la habitación, "no puedes simplemente...", sube los escalones hacia la cocina y "Estarás bien", dice Ysabel. "Tú hazle tus preguntas a el Absolvedor, escucha sus consejos". Ella toma la mano libre de Jo en la suya. "No hay que hacer nada de inmediato. Hablaremos, sobre todo, esta noche, mañana..."

"Si pudiera, Madam", dice Bruno reuniendo páginas, "se requiere algunas firmas, resoluciones, poder notarial", pero Ysabel dice: "Lo cual

podría esperar hasta mañana o pasado mañana", y Bruno, mirando hacia arriba, asintiendo, dice: "Por supuesto". Apila algunas páginas sueltas. "Sí, Madam". Las encuaderna con un clip.

"¿Me necesitas contigo?" dice Jo.

"Es mi madre, Jo", dice Ysabel. "Si termino llegando tarde...", y abre la puerta del apartamento. Una mujer espera en el rellano, poderosamente construida, gruesos brazos cruzados en un chándal amarillo con ribetes blancos. "Majestad", dice ella asintiendo con la cabeza, desplegando los brazos, "Su gracia". Su cabello muy corto va teñido de un virulento amarillo pálido.

"¿Ysabel?", dice Jo.

"Si llego tarde", dice Ysabel en la puerta, "nos vemos allí. El Masón. ¿Puedes estar a disposición de el Cazador, en caso de que ella requiera un conductor? "

"Por supuesto, señora", dice Luys sentado en el mostrador junto al montón de rosas.

"Listo", dice Ysabel saliendo al rellano. La mujer del chándal se inclina para cerrar la puerta.

"Listo", dice Jo mientras los pasos descienden por las escaleras exteriores. "Vale", dice ella. Se gira para mirar hacia Luys, hacia el mostrador, hacia Bruno, allá abajo en el sofá. Las páginas del maletín en su regazo. "Vale", dice de nuevo. "Esta, esta fortuna. Esos números. En diez palabras o menos. ¿De dónde vienen? "

"Esto", dice Bruno vacilante, tanteando el terreno, "siempre ha sido del Sureste, Milady".

"Pero qué es esto", dice Jo dejando su sándwich en el mostrador y bajando a la sala abierta. "¿Todo eso de dónde...?" Y luego, frunciendo el ceño, se da la vuelta y mira hacia la puerta del apartamento. "Rentas, hipotecas", dice Bruno, "propiedades inmobiliarias, tierras y su capital asociado", pero, "Milady", se dice Jo a sí misma, "gracia", girando de nuevo, allí en esa habitación, "Sureste", dice ella mirando a Luys, quien se mira las manos.

"Hostias", dice Jo Maguire.



"Un bonito discurso", dice él circunspectamente, "palabras airoas sobre la honestidad del trabajo, la inmundicia del lucro. Creí que os referías a ellos, en ese momento". Su cabeza bronceada es bastante

calva, mejillas canosas con barba blanca. "Entonces, ese hijo de perra se marchó y me dejó sosteniendo el papel". Los labios del hombre a su lado se fruncen ante eso, y él sonrío, señalando con su vaso para enfatizar: "Qué delicadeza, Pinabel", dice. "Yo utilizo el término de manera aconsejable... ella lo parió, ¿no? ¿O debo tener cuidado ahora, sobre cómo hablo de los Gammers? "

El hombre a su lado niega con la cabeza, trenzas blancas que rozan los hombros de su traje azul pálido. "Sólo cuando nuestro anfitrión sea tan libertino con el vino", dice mirando por encima de la larga y pesada mesa que domina la habitación y la ciudad dispuesta sobre ella, diáfanas torres blancas recortadas y formadas junto al núcleo de espuma que recubre un amplio rizo azul del río, atravesado aquí y allá por los delicados tramos de puentes. "Además, os habéis dejado una casa", dice.

"Un desastre", dice el calvo, "una ruina. Una bofetada en mi cara". Su traje, como la mayoría de los demás en la habitación, es oscuro, un azul marino sutilmente salpicado de gris y negro. "Como si él fuese a lograr algo sin mi banco".

"Entonces volverá, si tiene que lograr algo", dice Agravante. "Y puede que te vuelva a abofetear, Welund. Los reyes nunca aman a sus acreedores".

"Caballeros", dice un hombre al frente de la sala, y las conversaciones se acallan, las atenciones se giran. Es bajo, grueso y tiene la barba descuidada en la barbilla demasiado limpia para ser una ocurrencia tardía. "No hay necesidad de presentaciones", dice. Una chaqueta tweed holgada sobre una sudadera verde botella con una O amarilla brillante. "Todos, todos compartimos una preocupación por cómo esta ciudad", agita la mano, una distraída bendición sobre las torres, "crece", dice al hombre a su lado, uno alto, de barbilla afilada, nariz afilada, finas gafas negras como un constante entornar de ojos. "El sr. Killian aquí presente", dice el hombre de la sudadera. Ese hombre de rasgos afilados se inclina para escuchar lo que le murmura un hombre que señala el pesado reloj de oro en su muñeca. El hombre de rasgos afilados asiente. "Yo quería que ustedes", dice el hombre de la sudadera volviéndose hacia todos esos hombres de traje oscuro, de pie alrededor de la ciudad, "escucharan lo que tiene que decir".

"Gracias, Rudy", dice el hombre de rasgos afilados acercándose a la cabeza de la mesa, ajustándose las gafas. Su traje de botones altos es de un gris más claro que la mayoría del resto de la habitación. "Me gustaría pensar que", dice, "la mayoría de ustedes ya me conocen. Ciertamente,

yo conozco a todos ustedes. Pero es la primera vez que muchos de nosotros nos encontramos. Me llamo George Killian. Seré el próximo alcalde de Portland. Me gustaría decirles lo que eso significa para ustedes".



Un meandro de adoquines en un trozo de jardín, hojas muertas, hierba seca, botas negras pisoteando, botas de trabajo marrones la siguen, apresuradas, "Milady", dice, y ella se detiene tan bruscamente que él casi choca con ella. "no...", dice ella, "me llames así".

Él asiente, traga saliva con las grandes manos abiertas a ambos lados de ella. "Jo", dice. "¿Estás segura de...?", pero ella está subiendo los escalones delanteros, está llamando a la puerta amarilla, "¡Ray!", grita ella. "¡Lymond!" Trasteando en el pomo, la puerta se abre. "Milady", dice Luys haciendo una mueca, y luego "Jo, espera..." pero ella ya está dentro.

Y dentro, un pasillo largo, el zumbido de un compresor de aire, el chanc chanc chanc de una pistola de clavos. Jo, con su chaqueta negra, irrumpe en una habitación alta y ancha, una gran pared curva de cristal y árboles negros que caen al exterior en un abismo de nubes sin forma. El compresor de aire se apaga hacia el silencio y la solapa y el chasquido de las láminas de plástico translúcidas cubren un marco de dos por cuatro construido alrededor de un gran agujero cuadrado cortado en el suelo a un lado. Un hombre con pulcro mono estudia cuidadosamente un nivel. Jo vuelve a llamar "Lymond". Al otro lado, un sillón bajo una lona de plástico azul, una mesita al lado, el único mueble que no es la radial en la mesa, el compresor, la pila de madera. Un segundo hombre dobla una esquina del marco, su cabello de color rosa anaranjado, su suéter manchado de serrín. "El Cazador", dice. "El Masón. Que agradable sorpresa. Y un momento tan bueno como cualquier otro, ¿para un descanso?" El hombre con el mono baja el nivel, se quita el polvo de las manos mientras Luys agacha la cabeza, "Majestad", dice, y, "Maldición, Lymond", dice Jo. Lymond suprime la sonrisa. "Jo, ven", dice. "Camina conmigo. El Masón, ¿si dejas que Scuppernong te lleve a la cocina?" Levanta una esquina de plástico para revelar la parte superior de una escalera de aluminio apoyada en un borde de ese gran agujero cuadrado. "¿Después de ti?", dice él con la mano engullida en un voluminoso guante de trabajo.

A través del suelo, bajo la casa, el suelo cae abruptamente aquí, fuertes zancos cuadrados se elevan desde pilares de hormigón para encontrar vigas y contrafuertes de bordes ásperos, arriostramientos entrecruzados, toda la madera del color del café viejo. La escalera descansa sobre una plataforma construida con madera nueva amarilla, en voladizo sobre la caída vertiginosa, la casa arriba, las nubes abajo, los techos húmedos de las otras casas, los árboles negros y el goteo de la lluvia caída. "Dime que no eres tan estúpido", dice Jo mientras Lymond baja de la escalera. "Quería una cubierta", dice él pasando con cuidado al lado de ella hacia el borde de todo. "No quería estropear la vista".

"Sureste", dice ella.

"Sí", dice él dándole la espalda, enderezándose, suspirando. "Tú vas a ser una Duquesa".

"Así como así".

"Habrá una ceremonia, mañana, en la Distribución... tú, Linesse, Doble Thomas". Él está mirando hacia abajo, sonriendo, para sí mismo. "La nuestra es una Corte terriblemente nueva. Pero sí", dice. "Así como así".

"Y tú, ¿vas, tal vez ibas a preguntarme?" y "Jo", dice él bruscamente. Ella retrocede. "¿Qué dices tú, del dinero?", dice. "¿Poder?" Mira sobre su hombro, se gira para mirarla. ¿Que nunca más tendrás que preocuparte por el techo encima de tu cabeza? ¿Tu próxima comida? "

"Eso no es lo que yo..."

"Salvaste a la Reina, Gallowglas. Salvaste la ciudad. No somos unos desagradecidos".

"¡No es eso!", grita ella. "No es por eso que lo hice".

Levanta la frente sobre esos ojos saltones, uno marrón y otro azul. "Pues, dime por qué", dice.

"Yo", dice Jo, y un repentino y tembloroso movimiento de cabeza, mira hacia otro lado, "era", dice, "lo correcto". Ella necesitaba... alguien, yo tenía que hacerlo".

"Y ella todavía te necesita", dice Lymond. "Estamos muy lejos de aquello, y vivieron felices por siempre jamás".

"Yo", dice Jo.

"Sureste", dice Lymond mirando hacia atrás sobre la caída, los árboles, la lluvia, "el feudo más grande y rico de la ciudad, sin una sucesión clara y segura, caerá. Habrá luchas internas, y se llevarán la ciudad con ellas". Sus manos en esos guantes voluminosos se aprietan detrás de él. "¿Pero un héroe? ¿Amado por la ciudad? ¿Estrechamente unido al Rey y a su Reina? "

"Yo", dice ella, un chillido, el jadeo de una carcajada.

"El Halcón fue tu señor, Gallowglas. Luchaste por él y cuando fue abatido, te vengaste rápida y terriblemente. Nadie habría...", y ella lo golpea, dándole un fuerte golpe en el hombro, "¿Es así como esto funciona?", chilla ella y él rueda con el impulso y tirando, ella le agarra, aferrándose a su suéter polvoriento, "¿es así cómo se hacen las cosas?" Ella se aleja de él, "No puedo hacer", dice ella. Inestables, los dos, allí en el borde. "hacer esto. No puedo".

Él agarra un zanco, se alisa la chaqueta, "Puedes", dice relajando su espalda, soltándola. "Y vas a hacerlo. No estás sola, Jo".

Ella resopla. "Sola", dice ella, "Y una mierda que no estoy sola", pero él se quita un guante de la mano, "¿qué estás...?", dice ella. Él lanza el guante a la plataforma entre ellos. "Guoh", dice ella, "hey, yo no te he...", y luego él empuja su mano desnuda sobre el zanco, en el borde astillado, siseando cuando lo golpea. "Estamos juntos en esto", dice él levantando su mano, y la herida rasgada en el talón es de un feo color rojo, rojo oscuro, sangre, sangre roja que mana de su palma y baja por su muñeca.



Subiendo la ladera bajo los árboles, cruzando y volviendo a cruzar una limpia carreterita, dando la vuelta, circulando el lomo de una subida, ellos salen bajo un cielo abierto sin estrellas, sin luna por encima, un pequeño estacionamiento vacío ante ellos, y el halo anaranjado de las farolas cambia, se amarillea, calentándose en intermitentes destellos de luz que portan en sus manos, hinchándose cuando sus voces se hinchan en un sonoro grito coral. En uno de los extremos del espacio, una barandilla y una rampa que desciende por el costado del mismo hacia una rotonda de vegetación, una pendiente hacia un bajo escenario con fachada de piedra, un tramo de grava negra, ante él y todo alrededor, se eleva en desmoronados acantilados de roca negra atrapada en nudosas raíces de árbol. Ellos bajan esa rampa, silenciosamente ahora salvo por el susurro de sus abrigos, el roce y el golpe sordo de sus pies. Más de ellos se dispersan sobre la cancha de baloncesto de arcilla roja al final, apartando atrás las sombras con su luz, fusionándose y mezclándose en una multitud que se detiene, esperando, mirando hacia el escenario desnudo bajo el diáfano cielo muy por encima.

"Lo haré", dice Ysabel / Lo último que tiene / Cómo y por qué

"Lo haré", dice Ysabel, sentándose, agua chapoteando sobre ella, "en un minuto, voy a hacerlo". Suspira. "Sumergirme. Hasta que esté hecho. El ovr". Extendiendo los brazos desde el agua, ella toma la mano de Jo entre las suyas, brillando, resbaladiza. "Podría llevar un rato".

"Define rato", dice Jo.

"¿Minutos?", dice Ysabel. "Unos minutos. Nada más. No debes preocuparte".

"Bajo el agua", dice Jo.

El agua tiembla a su alrededor, la superficie se arruga, y ya en las gruesas nubes blancas debajo brillan chispas. "Ysabel", dice Jo, cambiando su agarre de la mano de Ysabel a su muñeca, y "Estaré bien", dice Ysabel, "Jo", dice ella: "Jo, confía en mí" y "lo hago", dice Jo. "En esto", dice Ysabel, "confía en mí".

"Lo hago", dice Jo.

"¿Tú?", dice Ysabel. "¿tú?", Pero ella muerde la siguiente palabra, se da la vuelta, y su otra mano rompe la piel del agua, una ola de vapor se levanta para limpiarse los ojos y las mejillas cubiertas de agua, sudor y lágrimas, "Nunca es, yo siempre, yo siempre *lo supe*, antes ", dice ella. Mira hacia arriba, esos inmensos ojos verdes, el mechón negro de su cabello rapado.

"Ysabel", dice Jo.

"No ahora", dice Ysabel.

"Sí", dice Jo.

"¿Sí?", dice Ysabel con el agua lamiendo su barbilla, y "Sí", dice Jo otra vez, mientras Ysabel dice: "¿me amas?"

"Por supuesto", dice Jo. Mirando hacia abajo. Traga. Su otra mano presionada entre sus senos, los dedos planos contra la piel. "Te amo", dice ella.

Ysabel vuelve a agachar la cabeza con un sollozo, una sonrisa. "Yo también te amo", dice ella, y aspira una profunda y temblorosa deglución de aire y, con las mejillas abultadas, ojos cerrados, se sumerge de pronto bajo el agua. Su mano, lo último de ella, se desliza hacia abajo, y Jo está con esa mano, dentro de la blanca penumbra arremolinada.



Una espada corta y recta, la empuñadura envuelta en cuero blanco amarillento con mango largo, gavilanes y pomo pesado y liso. El suelo donde ha sido clavada está chamuscado, la madera rayada es negra y áspera como el carbón en un limpio anillo alrededor de la hoja. Ysabel está de espaldas a ella, con un largo abrigo blanco, coloreado por las luces navideñas que parpadean en la ventana, con el sombrero blanco en las manos. Su cabello cayendo sobre los hombros, rizos negros enredados aquí y allá con ramitas blancas. Ella mira expectante el tramo de escaleras que desciende a esta gran sala delantera. Junto a la puerta de entrada hay una mujer de poderosa constitución que espera con un chándal amarillo y ribetes blancos, y desde algún lugar más atrás de la casa, los resbaladizos acordes de guitarra suben y bajan.

Pasos arriba, un murmullo, una tabla del suelo gime. Zapatillas de deporte negras, vaqueros negros que descienden con cuidado, llevando el tic-toc, tic-toc de unos pulidos tacones negros, largas faldas negras balanceándose como una campana. El hombre de los vaqueros negros se hace a un lado cuando la mujer se detiene, recogiendo en el último escalón, con la mano en el poste de Newel, la mano en la cadera. Un largo abrigo negro abotonado hasta un toque de cuello blanco en su garganta. Pelo largo brillante,

casi completamente blanco, retorcido en una despiadada espiral de trenzas. "El Carro", dice ella, y la mujer de amarillo asiente. Y luego, "¿Pero dónde está vuestro hermano? ¿No ha venido el Rey a verme a mi exilio? "

"No seas tan dramática, madre", dice Ysabel.

"Es el final de mí, te das cuenta".

"¿Has empacado?", dice Ysabel. Su madre gesticula distraídamente, y Robin Buenamigo, todo de negro, coloca la pequeña bolsa negra que lleva sobre el escalón a su lado. "Ya me queda muy poco", dice Duenna.

"Tu salud", dice Ysabel. "Familia. Una ciudad, restauradas".

"Ya veo", dice Duenna levantando la barbilla, labios tensos. Y luego, "Majestad te queda bien".

"El coche está esperando, madre", dice Ysabel, mientras se lleva el sombrero a la cabeza. El Carro toda en amarillo abre la puerta principal.



El ruido en el bar, la multitud, el piano y el bajo en algún lugar por encima de todo, y Becker se inclina sobre la mesa de pie entre ellos, sobre las bebidas, sobre lo que queda de su martini, sobre la otra bebida, rojo oscuro en un vaso rechoncho, Un rizo de cáscara de limón. "¡Ya te lo he dicho!", dice. "¡No tengo ni idea de lo que estoy haciendo!"

"¿Quién la tiene?", dice Kerr frente a él, pelo oscuro y desordenado, camisa a rayas en rojo y marrón, pesado reloj de oro en la muñeca. "Estás ganando más del doble de lo que ganabas por menos de la mitad del trabajo. ¿Qué hay que entender?", da un sorbo, se encoge de hombros, bebe de nuevo.

"Pero, ¿por qué?", dice Becker.

"¿Porque me gustas?", dice Kerr, y él sonrío y él ríe. "¡Tienes talento!", dice poniendo una mano sobre la de Becker. "Un ojo agudo, una cabeza fría y ¿quién sino yo he visto eso?" Engulle el resto de su bebida.

"Te pediré otro", dice Becker de repente, alejándose de la mesa, y Kerr lo observa, burlón, desconcertado.

"Gin martini", dice Becker cuando consigue llamar la atención de la camarera, "y un Sazerac". Ella asiente, busca vasos, botellas, y él golpea la barra con los dedos, toma una servilleta de papel y la dobla una y otra vez. "¿Te conozco?", le dice al hombre en la barra a su lado, que mira hacia abajo, con los bigotes colgando a ambos lados de la boca, los extremos de ellos juntos y con pesadas cuentas irregulares de peltre opaco. "Esa", dice el hombre en voz baja, "es una pregunta que debes responder tú mismo".

"Vale", dice Becker desplegando la servilleta. "Tú me conoces. Cada vez que levanto la vista me estás mirando. A mí".

"No es sólo eso". Él lleva una chaqueta azul ajustada sobre los hombros. "No", dice Becker alisando la servilleta en un plano. "No, no lo es".

"Mi nombre es Pirocles", dice el hombre de la chaqueta azul. Posa una mano plana durante un momento sobre la servilleta, entre las manos de Becker, y cuando la levanta, queda una bolsa de plástico transparente, casi vacía, salvo por una pizca de polvo en una esquina. "Qué demonios", dice Becker alzando la vista, parpadeando, "¿Drogas? Yo no..."

"No es droga", dice Pirocles. "Magia. Lo último que tengo. Viértelo en un vaso de agua esta noche y bébelo antes de acostarte. Y mañana, entonces, si recuerdas", mano sobre el hombro de Becker, y Becker no se aparta, ni se asusta, "ven al Monte Tabor, a medio camino entre la puesta del sol y la medianoche. Los embalses, en las laderas del Suroeste".

"Martini", dice la camarera colocando un vaso. Becker asiente con la cabeza hacia ella, lo toma y, cuando mira hacia atrás, esa chaqueta azul se aleja entre la multitud. Él da la vuelta, mira por encima de la colisión de personas hasta ver la mesa de pie junto a la ventana, Kerr apoyando un codo sobre ella con el teléfono en la oreja. Becker sorbe su bebida y se guarda la bolsita en el bolsillo.



"Espera", dice Duenna con su abrigo negro allí en la acera, junto a las bicicletas estacionadas en un revoltijo en la linde del patio.

"Madre", dice Ysabel en los escalones con su abrigo blanco, un pie en el estrecho porche delantero.

“Quedan tres semanas hasta el Solsticio. Tres semanas enteras. ¿Por qué no esperamos y lo hacemos correctamente? ”

"Mañana por la noche tenemos la Distribución", dice Ysabel.

"Pero", dice Duenna atónita, "¡Tú, tú tienes que reunir al pueblo, debes reunir una ofrenda completamente nueva! No tienes tiempo para despedirme como..."

"Está todo", dice Ysabel, "bien en mano, madre". Baja un escalón. La casa detrás de ella, el pelado revestimiento rosa, las pequeñas luces colgadas a lo largo de la barandilla del porche. "¿Tan pronto?", dice Duenna, y "La necesidad obliga", dice Ysabel, tensa, y "¡No!", grita Duenna con las manos alzadas frente a Ysabel.

"Madre", dice Ysabel nuevamente.

“¿Por qué no podemos quedarnos, las dos, cada una a cada lado? ¿Por qué no podemos ir tú y yo de regreso al otro lado del río? ¿Como estábamos? ”

"Es la hora", dice Ysabel.

“¿Como hemos hecho durante tanto tiempo?”

La puerta principal de la casa se abre y el hombre que sale es alto, con un traje a rayas de carbón. "Majestad", dice, y una reverencia a Ysabel, quien asiente a cambio. Duenna se lleva una mano a la cara, a los labios. "Chazz", dice en voz baja.

"Ah", dice él con una sonrisa. "Milady. Estoy mejor. "Una mano a su pecho allí, justo debajo de su garganta envuelta en un cuello alto y negro. "El Diablo, ya sabéis". Sus pantalones se enrollan en los tobillos, los pies con lazos en las puntas con alitas negras y brillantes. Su mano flota en un gesto hacia la puerta principal que se abre de nuevo, la gente sale uno por uno al porche, todos vestidos de negro, camisas negras, suéteres negros, chaquetas y abrigos negros, y todas sus caras manchadas de rojos, azules, amarillos y negros, rictus densamente dibujados en espantoso blanco. Hombro con hombro a lo largo de la barandilla, silenciosos, quietos, mientras detrás de ellos una última figura, encorvada, con el bastón en la mano, avanza revolviendo su andrajosa capa negra y su cabello blanco suelto flotando ligeramente en el aire. "Lo estáis", dice ella, "Lo habéis", y Duenna rompe a llorar.

La mujer en el porche levanta el bastón, nudoso y gris, opaco como la madera a la deriva, lanzándolo hacia abajo para hacer ruido ante Duenna. Paso a paso, paso a paso, pasa junto a Ysabel, quien se echa hacia atrás fuera de su camino, un pie descalzo empuja bajo la capa para apartar el palo, y Duenna levanta la cabeza, sollozando y gimiendo sin palabras. Ella estira una mano hacia la mejilla de Duenna y Duenna se gira, su propia mano se levanta para agarrarla, apretarla, sostenerla. "Has venido", dice Duenna, y un trago, un hipo.

Ysabel mira hacia otro lado, hacia el Diablo, hacia los payasos, esperando inexpresivos.

Harapientos andrajos, abrigo negro liso, cabezas de pelo blanco inclinadas juntas, enredadas y trenzadas, asintiendo al unísono. "Prendedla", dice uno de ellos.

El Diablo asiente, retrocede, mientras dos de los payasos avanzan

hacia los escalones, uno pequeño y redondo, otro más alto con la cabeza envuelta en un pañuelo negro. Se detienen allí a cada lado de Ysabel esperando pacientemente en los escalones de abajo, y se miran el uno al otro, miran al Diablo, a las figuras en la acera vestidas de negro, coronadas de blanco. "¡Prendedla!", grita el otro de ellos y, con un encogimiento de hombros, Ysabel levanta ambas manos hacia arriba y afuera. Los payasos, con cautela y ternura, cada uno agarra una muñeca.



Subiendo por la escalera, hacia la habitación alta y ancha, la pared de cristal completamente negra, al final del pasillo, con las botas ruidosas. Ella agarra el marco de una de las puertas laterales y se detiene bruscamente, una cocina brillantemente iluminada, armaritos blancos relucientes, suelo amarillo limón. Luys, sentado a una mesa con su camisa de gamuza amarilla. De pie en el fregadero, el hombre con el mono pulido, lavándose las manos. "¿Vienes?", espeta bruscamente Jo, y Luys mira hacia arriba, sobresaltado, asintiendo, se inclina para recoger su chaleco de esquí marrón en el suelo a sus pies.

Ella ya está en el coche cuando él sale por la puerta principal. La cabeza de Jo inclinada hacia atrás y los ojos cerrados. El apósito en su frente es un destello pálido en la oscuridad. Él se sienta al volante y cierra la puerta.

"Todavía no hay respuesta", dice ella con la mano en la rodilla y el teléfono en la mano.

"Jo", dice él, pero ella lo mira. "¿Tú lo sabías?", dice ella. "Quiero decir, ¿tenías alguna idea?"

Manos en el volante. Un poco de banda de cuero atada flojamente alrededor de una muñeca. "Tenía mis esperanzas", dice.

"Esperanzas", dice ella. "Vale". Mete el teléfono en su chaqueta. "Bueno", dice ella. "Hay un lugar donde necesito estar".

"No tenéis más que decirme dónde", dice Luys encendiendo el motor.



Escupiendo el vino que se vierte en su boca; negro en la oscuridad, iluminado hacia un rojo cuando salpica sus mejillas, su garganta, violeta sobre su camisola amarilla, tosiendo; ella se ríe. Las sombras pasan, una mano se extiende, verde aglutinado en dos dedos que le presionan el párpado, manchado, el otro, otra mano densamente roja sobre su boca, más brillante que el vino que le mancha la barbilla. Ella se aparta agachando la cabeza, sacudiendo su cabello hacia atrás, rizos pesados y húmedos. Una figura retroiluminada se pone en cuclillas delante de ella, con un nebuloso halo blanco enredado, una intensa luz se inclina sobre un hombro desnudo, el pecho vetado de azul y el pezón marrón. Dedos nudosos le agarran la barbilla, las mejillas, las uñas grises puntiagudas hacen hoyuelos en su piel, la giran de un lado a otro. Otra figura detrás de ella, carne desnuda inclinándose a la luz. Dedos nudosos y uñas planas soportan el peso de todo ese cabello. "Memento", dice el uno. "¡Malhvydh!" El otro.

"Sí", dice ella. "Lo sé".

Tiran de ese pelo en un mechón, tirando, tiran de ella hacia atrás, tiran hacia adelante, ella hace una mueca, "Nakoirano", dice uno, y "Riagave", el otro, y "Sí", dice ella. "Sí".

"Mer, mr-no. Murnan, Mimir".

"Caw. Cwo cwi caw. Tráelos".

Un susurro, un paso. "Th'art", dice el uno, y "Vos rul'st", el otro. "Cómo, vos sois" y "Pues, la norma". Manga negra, una mano sujeta por las cuchillas unas tijeras. Ella abre los ojos. La figura ante ella toma las tijeras por la articulación y las pasa con el mango primero a la figura que está detrás. "No", dice ella luchando contra su

chaqueta que tira hacia abajo, que le ata los brazos, "esto ha de parar", dice ella, pero su cabeza es tirada hacia atrás, su cabello se tensa, "¡Recuerda!"

"Vos sois"

"Sabed esto"

"Memento".

"Remordimiento".

"Lo soy", dice ella, "debéis, esperad", pero esas uñas grises se clavan en sus mejillas de nuevo, "Vos sois regia, hija mía".

"Tu norma, mi Reina".

"Memento".

"Regere".

"Cómo".

"Y por qué".

"Lo soy", dice ella de nuevo. Indistintas entre ellas, las caras pintadas flotan en la oscuridad. Ella asiente. Ella dice: "Sí, seré". Ella dice: "Lo soy".

"Vos sois regia", el susurro en un oído. "Vos sois regia", susurra el otro. Tijeras levantadas, hojas extendidas con un roce de metal. El cabello levantado, enrollado casi una vuelta, con el mechón sujeto. Los dedos clavados, apretando. Sus ojos, cerrándose mientras las cuchillas muerden.



Esperando bajo el diáfano cielo muy por encima, agitándose

mientras aquí y allá alguien, otra persona, atraviesa la multitud hacia el escenario desnudo, a un lado, subiéndose a él, un hombre con un traje pálido brillando en azul a la luz, y él levanta su mano brillante hacia todos ellos, su cabello blanco tocado con oro cuelga en temibles mechones hasta los hombros. Detrás de él, una alta mujer con un vestido de lentejuelas que brilla como el agua, como la luz de las estrellas, como cota de malla, con los brazos y los hombros desnudos, con el pelo muy corto gris metalizado. Allá, montando los escalones al otro lado del escenario, un hombre bajito, corpulento, traje tweed marrón y verde y una máscara de malla en la cabeza, y cuando levanta las dos manos hacia arriba, hay vítores, gritos y silbidos de la multitud. Y allí, alzándose en medio con vaqueros negros, chaqueta negra abriéndose cuando se para en el escenario girando, camiseta roja, y en su mano enguantada oscura una máscara, una calavera blanca de ojos vacíos, dientes toscamente dibujados, una larga melena negra rozando el suelo de piedra del escenario. El ruido de la multitud decrece, se desvanece, de vuelta a esa quietud susurrante, y la luz crece ahora incluso cuando la multitud se separa arrastrando los pies y se gira mirando atrás, hacia donde se está rompiendo esa luz. Con una gabardina amarilla sobre una camisa blanca lisa, cabello rosado desteñido por el brillo, el Rey, Lymond, saludando a todos, estrechando manos mientras camina por el pasillo que han hecho, y a su lado, con su largo abrigo blanco, Ysabel, la Reina.

Jo, derrumbada / Dios te compre / Besos y besos de nuevo / No Promesa rota / Sangre. Sudor. Lágrimas

Jo, derrumbada en azulejo blanco, espolvoreado por todas partes con oro, mano presionada contra el pecho, cerrándose, relajándose, alzándose cuando ella abre los ojos, "Auh", dice ella. Echa la mano hacia el borde de la bañera y la piel entre sus senos está limpia, pálida, el polvo cae cuando se levanta, crujiendo bajo sus dedos, chirriando bajo su muslo, su rodilla, cuando se mueve, sus costras aferradas, húmedas, caen en grumos más oscuros. La bañera llena de polvo, mojado, una orilla que ondula, tiembla, se desmorona hacia arriba cuando unos dedos se liberan. "Ysabel", dice Jo, un graznido, agarrando la mano, tirando, aparece una barbilla, labios escupen, se mueven, ojos parpadean, un brazo se libera, hombro, pecho y garganta, un siseo de polvo escupido que reptaba debajo, alrededor y detrás de ella cuando Ysabel se sienta temblando, sollozando, riendo silenciosamente. Jo está apartando polvo de esos ojos, esas mejillas, el vello reluciente de ese cabello corto, esa boca, e Ysabel presiona un beso triunfante en la punta de sus dedos.

Veleidosamente, Jo avanza a través de la estival luz de matequilla hasta la bata que cuelga de un gancho en la pared, la pared de azulejos blancos salpicada, mojada en una gran flor irregular de oro alrededor de la bañera. Oro sacudido de los pliegues cuando ella excava en un bolsillo de la bata, sacando un arrugado paquete naranja de cigarrillos y un librito de fósforos.

Pop y chispa, Jo enciende un cigarrillo, se sienta en el borde de la bañera. Sacude la cerilla. Le ofrece otro cigarrillo a Ysabel, quien se esfuerza contra ese suave peso dorado para llevarlo a sus labios. Jo extiende el suyo, tocando con el ascua brillante el de Ysabel, e Ysabel da una calada hasta que, con un crepitar, se enciende. Inclina la cabeza hacia atrás, ambas manos descansan inertes sobre todo ese oro.

"Vamos a necesitar una bañera más grande", dice Jo, y farfullando, tosiendo, Ysabel empieza a reír.



Firma con su nombre, Jo Maguire, su mano se suspende allí un momento, con el bolígrafo sobre la pesada página dorada. Tres nombres escritos encima del suyo, "Thomas Thomas", dice ella. Luys, a su lado, mira atrás hacia el pasillo con papel tapiz amarillo, candelabros de latón brillantemente iluminados, un ramo de flores encima de una vieja consola de caoba, lirios rosados y blancos, lanzas de gladiolo verde pálido, allí junto a las luces intermitentes de un módem de cable. La puerta frente a ellos drapeada con cortinas rojas y la luz brilla en los soffitos de toda la habitación interior, bancos acolchados de verde en apretadas hileras frente a un catafalco cubierto de blanco. El ataúd de color marrón claro, con accesorios cobrizos, la tapa abierta, yace dentro un hombre en sobrio traje gris, largo cabello peinado como un brillo oscuro sobre la almohada. Manos pálidas cruzadas sobre el pecho, sin más.

En la segunda fila, una mujer encorvada con un hinchado abrigo de invierno, cabeza agachada y pelo corto color del hierro. Al fondo de la habitación, la única otra figura con una chaqueta verde con cremallera hasta la barbilla, una gorra de malla marrón que dice «Freightliner» delante, y está mirando directamente a Luys, quien asiente firmemente y se vuelve hacia Jo, hacia el cuerpo que descansa ante ellos. Levanta las cejas, frunce los labios. "Lo conozco", dice él en voz baja, pero su voz profunda lleva el silencio. "El bromista del Duque". Susurrando, ahora.

"Frankie", dice Jo en voz baja. "Reichart".

Luys retrocede. "Yo", dice él, "yo he de...", y otro paso atrás. Él gira. Avanza por el pasillo, se sienta al fondo de la habitación frente al hombre de la chaqueta verde, que se inclina para decir, en voz baja: "Buenas tardes para usted, señor". Jo sostiene un arrugado paquete naranja de cigarrillos en la mano.

"Su gracia", susurra Luys. El hombre de la chaqueta verde niega con la cabeza. "Diríjase a mí directamente, señor, si es tan amable. Sólo se trata de mí, y del sindicato después de todo".

"El Soames", dice Luys. Jo está metiendo la mano en el ataúd, metiendo un cigarrillo en el bolsillo del pecho de ese traje.

"Inusual", dice el Soames. "lo que se demoran, ¿cuándo se han ido?". Luys no asiente ni mueve la cabeza. Jo sale al pasillo, ahora está arrodillada, sus botas crujen, mano en el banco mientras le dice algo a la mujer encorvada, inmóvil cuando Jo se inclina hacia ella. La mujer mira hacia arriba, se repite a ella misma.

"Ella debe entender", dice el Soames. "Su gracia, quiero decir. Fue un accidente. Él creyó defender a su amigo; Swift sólo pensó en defenderse a sí mismo... cuando vio la sangre, roja, en su espada...", y niega con la cabeza. "No hay que tomar represalias", dice, "es lo que queremos que ella entienda". Jo se detiene en medio de lo que está diciendo cuando la mujer comienza a hablar, levantando su cabeza color hierro para expresar una opinión tras otra, y solo unas pocas palabras pueden conseguir formarse con su voz quebradiza, "no", "tú" y "culpa".

"Sra. Reichart, por favor ", dice Jo de pie, retrocediendo. La mujer en el banco mira hacia otro lado con un movimiento de cabeza, y Jo se marcha abruptamente con las cortinas rojas ondeando en su estela mientras Luys se pone de pie.

Saliendo deprisa por la puerta principal de la funeraria, cabeza gacha, capucha echada, manos en los bolsillos, Jo se dirige por los escalones delanteros hacia el estacionamiento, en su mayoría vacío. La puerta principal se abre de nuevo, aparece Luys, que la sigue y acelera el paso en la esquina de la gran casa de ladrillos, donde ella se detiene de repente. Detrás de una pantalla de cobertura, el automóvil de color pardo con la franja negra en el lateral, y estacionado junto a él, ahora un SUV blanco, molduras doradas, vidrios polarizados, la parte trasera abierta, Una mujer allí con un chándal amarillo, y un hombre con mono azul, entregándole un cubo de plástico blanco. Rodeándolos, Jo se dirige hacia el otro lado del SUV, la puerta trasera se abre allí, discretas luces

interiores, una pernera de pantalón gris, un relleno de limón y gris, "Llegas tarde", dice Jo acalorada con una mano en la jamba de la puerta, y sus ojos se abren del todo, su cara queda laxa, "Hostia Puta", dice ella.

"Pido disculpas", dice Ysabel apoyando la espalda en el asiento trasero de cuero blanco, sus mejillas y frente todavía manchada con rastros de color, su chaqueta rasgada, su camisola manchada. "Prometí que estaría aquí para ti".

"Te has cortado el pelo", dice Jo con una mano en el pecho.

"Hice que me lo cortaran", dice Ysabel con inmensos ojos verdes. "¿Cómo ha ido...?", y niega con la cabeza, "¿Cómo estás tú?", dice ella.

"Oh", dice Jo mirando hacia otro lado. Luys está afuera, en la esquina de la casa, esperando. "La madre de mi ex novio me ha dicho que me vaya al infierno en su funeral. Pero bueno...", se baja la capucha y mira hacia Ysabel con el vendaje blanco pegado a la frente, "¿Al parecer llevo yo la mitad de la ciudad? "

"Un quinto", dice Ysabel, pero Jo grita: "¡Por qué no dijiste algo! ¡Por qué no me lo *dijiste!*"

"Yo quise", dice Ysabel, y el SUV se sacude cuando se cierra el portón trasero. Allá afuera, en el espacio sombreado, el Soames escucha a medias lo que el hombre del mono azul le está diciendo. "Yo quería", dice Ysabel, "que tuvieras la oportunidad de decir adiós antes de verte atrapada en todo esto".

"Deberías haber *preguntado*", dice Jo retrocediendo.

"No pensé que tuviera", dice Ysabel cerrando los ojos.



"¿Dónde queréis ir?", dice Luys señalando un giro, operando el

embrague y la palanca de cambios con cierta concentración. Y una manzana más tarde, Jo dice: "No lo sé. ¿Qué hace un Duque, en tiempos como estos?" Y luego, "Duquesa". Y luego, "¿Qué hago?"

Luys señala otro giro.



"¿Habrá algo más, Madam?", dice el Carro todo de amarillo dejando el cubo junto a la bañera.

"No, Iona", dice Ysabel en el pasillo. "Me llevaré yo misma a la cama".

"Por supuesto", dice Iona. "Estoy justo abajo, si necesitáis algo".

Después de un momento, Ysabel asiente.



"Una vista del demonio", dice Jo recostándose contra el capó del automóvil. Más allá de la verja, una vertiginosa caída de escalones hacia un depósito de tinta debajo, y luego las luces, las luces de la casa y las luces del porche, los letreros y los escaparates, las farolas, una horrible rejilla rota, suavizada aquí y allá por racimos oscuros en blanco y maleza de la sombra de los árboles, todo ello rodeado por una oscura línea de una cresta, a bloques y bloques de distancia. Más allá de toda la brillante neblina del centro, grupos de luz amontonados bajo el cielo negro y blanco, y allí una torre solitaria a la derecha, una silueta salpicada de ventanas iluminadas irregularmente, y alineada en la parte superior de un rojo brillante y verde. "Tenemos que hablar", dice ella y deja caer la chispa de su cigarrillo a la acera. "No puedo", dice ella.

"¿Milady?", dice Luys sentado a su lado con las botas puestas en el parachoques.

"Nunca voy a conseguir que no hagas eso, ¿verdad?"

"Yo...:", dice con las grandes manos sobre las rodillas, un poco de banda de cuero atada a la muñeca. "Resistiré el poder del opresor con brazo y mano poderosos. Restauraré el bien afligido por el mal". Levanta la vista hacia ella. "Combatiré la artimaña y la malicia y el desprecio". Esos ojos, grandes, de color pardo. "Y mostraré a mi señora el respeto que le corresponde". Una de sus manos sobre el pomo de plomo de una espada muy larga, la empuñadura y el ricasso envuelto en cuero, la punta contra la acera, y él inclina la cabeza, inclinando el peso hacia ella y, temblando, Jo suelta el aliento que está conteniendo y se inclina cerca, se inclina hacia abajo, para besarle suavemente el nudillo.



En el mostrador, junto al montón de rosas, una botella de vidrio azul sellada con cera rosa, una tarjeta blanca apoyada en el mostrador, un simple dibujo en tinta azul de la cabeza de un sabueso. Ysabel deja la tarjeta plana, negando con la cabeza hacia ella. Al quitarse los zapatos, toma la botella y se la lleva, baja por el pasillo oscuro hasta el brillante baño blanco al final, donde la deja en el suelo junto al cubo con tapa, la jarra de leche de plástico, la sopera envuelta en papel de aluminio.

Se quita la camisola, la deja, granate y amarilla, en el azulejo blanco. Se apoya contra el lavabo, los ojos verdes parpadean en el irregular reflejo del espejo en la pared. Dedos a una barbilla delicada, levantados para cepillar la elegante pelusa negra. Ella mira de repente hacia el pasillo oscuro, parpadeando. Esperando un momento. Dice algo, un aliento apenas formado, ni siquiera un susurro, "¿Jo?"

Abrigo blanco sobre los hombros y cerrado hasta el cuello, más allá de los vacíos ojos de buey de la lavadora y la secadora, a través de la puerta que se encuentra bajo el dosel. Un fuego arde en la chimenea de bronce estampada, y alguien está sentado en una de las sillas Adirondack, con las piernas largas recogidas para

proyectar una sombra, una silueta con halo de fuego blanco y dorado a la luz del fuego. "Mi Reina", dice Marfisa.



Besándole y besándole de nuevo, la respiración de él contenida mientras ella extiende un brazo desnudo de debajo de su separado abrigo blanco para agarrar el brazo de ella, la acerca tirando y él gruñe, la mano enguantada de ella bajo el chaleco de él, dentro de su camisa, agarrando el ancho cinturón marrón de él mientras ella le besa el cuello, mientras ella presiona un delicado beso en los labios temblorosos de ella, insegura sobre lo que decir.

"Sí", dice él cuando ella alza la vista hacia él y luego, densa, "por favor", cuando ella cae pesadamente de rodillas en la hierba moribunda, abrigo de piel de oveja alrededor de sus pies con medias, y él se sube al capó del coche para darle espacio a ella, tumbado sobre un codo mientras ella le desabrocha los pantalones vaqueros con el cinturón colgando en la mano de ella, la mano de ella en ese cabello blanco dorado mientras ella la besa allí, en la parte superior del muslo, "Sí" dice ella: "sí, por favor".

"Oh, demonios, sí", dice ella, se abre la puerta del coche mientras el abrigo blanco de ella cae de los hombros, jadeando cuando es agarrada en brazos, yace de espaldas sobre la hierba, sentándose pesadamente en el asiento trasero mientras él se inclina sobre ella, apoyado contra el asiento delantero levantado, manos en los botones de los vaqueros de ella, ella le besa una vez más antes de rodar sobre sus manos y rodillas, besa esa espuma, el vientre de ella, esa lamida en un pezón, ese encuentro con la boca de ella, dejada laxa y una risa débil al rodar sobre la hierba, pataleando al quitarse los pantalones que se enredan a sus piernas mientras él la ayuda a tirar de sus vaqueros negros por sus caderas, mientras ella se agacha para tirar de ella hacia arriba, "Hace frío", dice ella.

La mano de ella sobre la de él entre sus muslos, las botas de él rozando el pavimento mientras ella se aleja riendo, mientras ella se avalanza poniéndose en pie, él sisea, ella se muerde el labio, la

mejilla de ella vibra, el talón de la mano de ella se hunde en el vinilo cuando una puerta se abre de golpe y la siguiente, un golpe y un chirrido tras un resbaladizo silbido y el coche se balancea, las caderas de él bombean, hombros, brazo extendido contra el techo, cabeza encajado en un ángulo incómodo, "Espera", dice ella, y un alarido de deleite que suena como una bofetada, la mano de ella agarra el brazo de ella, "Contento", dice ella, jadeando, él vacila, arremolinándose por el pasillo para girar y chocar juntas, "ahí", está diciendo ella, "prueba", entonces ella gime, ella la deja darle la vuelta, yaciendo de espaldas mientras ella se estira alrededor del abrigo de piel de oveja, y el rostro de él está firme, su mano abraza la cadera de ella, gruñendo, los dedos de ella le desabrochan los pantalones a ella, gusaneando debajo, los chillidos de ella amortiguados por el asiento, el suspiro de ella, en los brazos de ella.



La puerta mosquitera cruje, él la mantiene abierta con el pie, da palmaditas en el abrigo, tanteando buscando las llaves. La mano sobre su hombro, el pesado reloj de oro. "Yo podría", dice Kerr, una pequeña sonrisa astuta.

"Tú podrías", dice Becker mirando hacia abajo, y esa mano se mueve, se levanta, cuando él dice, "pero".

"Pero", dice Kerr apoyándose contra el revestimiento extrañamente pálido a la luz de la farola.

"Tengo", dice Becker y él suspira, "Un trabajo. Por la mañana".

"Hey", dice Kerr. Un dedo bajo la barbilla de Becker. "Existe un trato básico en este mundo. ¿De acuerdo?" Becker le mira. "O tomas", dice Kerr, "o te toman", y besa a Becker, da un paso atrás con una sonrisa cada vez más amplia ante la sonrisa de Becker. "Comienza a tomar".

"Mañana", dice Becker y retrocediendo, de nuevo, "De acuerdo", dice Kerr asintiendo. "Mañana". Volviéndose, alejándose, baja las

escaleras.

Abriendo con llave la puerta principal, pasa dentro. Allí, junto a la mesita con tablero de cristal, Becker vacía los bolsillos, pantalones y abrigo, coloca una billetera, un teléfono, un llavero, una bolsita de plástico, un puñado de calderilla, se detiene, una moneda de un cuarto de dólar girando hasta caer golpeando contra el tablero de cristal. Él recoge la bolsita. La mira, allí en su palma.



"Eso es lo que hay dentro", dice él inclinándose sobre ella, con la camisa amarilla desabotonada y la bota de ella en su regazo. "Lo que lloramos, lo que sudamos, lo que sangramos", y "Lo sé", dice ella, "Lo entiendo, lo hago", tendida en el asiento trasero, vaqueros abiertos, "Yo es que", dice ella, temblando, abrazándose a sí misma, "No lo entendía".

Él se mueve más cerca de ella, tintineo de la hebilla del cinturón y el roce del chaleco contra el vinilo. Con una mano sobre ella, dos dedos torcidos, llenos de algo que brilla en la oscuridad. "Se desvanece, rápidamente, a menos que sea arreglado", dice él.

"Convertido", dice ella, agitándose con algo que podría ser una carcajada.

"Sí", dice él. "Pero". Apartando a un lado suavemente la gasa torcida en la frente de ella, la cinta se despega. "Recién derramado", dice concentrado en sus dedos, frotando la herida allí, fea, abierta, rojo oscuro. "Es tan poderoso como cualquier pizca de polvo", dice él.



Llena el vaso hasta el borde, luego vuelve a colocar la botella de leche en el refrigerador, cierra la puerta y apaga la intensa luz blanca. Deja el vaso lleno allí junto al fregadero, toma la bandeja y

se dirige de regreso por el pasillo, con los vasos chocando, hacia la parpadeante habitación amarilla y blanca, hacia los rizos y los charcos de luz de las hileras de velas ardiendo a lo largo del armario, los alféizares de las ventanas, y coloca la bandeja en la cama junto a Marfisa de lado, apoyada sobre un codo. Descartando su voluminoso suéter, Ysabel se acuesta desnuda bajo las mantas, cuidando de la bandeja, "Este cordial", dice, "debes probarlo. Un eau de vie", toma uno de los vasos altos y estrechos de algo vagamente verde en esa luz, "infundido", y Marfisa se lo quita, "con una esencia de abeto".

"Abeto", dice Marfisa dudosa, y luego, "¿qué se supone que es esto?", con un gesto de su vaso sobre el resto de la bandeja, el taco de pan, el queso, el plato de aceitunas, moradas y negras y verde hierba. "Pensé", dice Ysabel, "que tal vez tuvieras hambre".

"Milady", dice Marfisa y dreña el vaso, y lo vuelve a colocar cuidadosamente en la bandeja, junto al barril de madera de cedro. "No he venido aquí para volver".

"Pero no te has ido", dice Ysabel con su vaso en la mano.

"Lo intenté", dice Marfisa, e Ysabel cierra los ojos. "Lo intenté. Salí al bosque hasta que olvidé mis palabras", y su mano en la mano de Ysabel. "Me desperté en un motel de Gresham. Pensé en huir, puse un pie en los escalones de un autobús. Mi hermano, mi propio Mango, me dio dinero para irme". Su mano se aparta. "Se lo lancé a la cara".

"Lo intentaste", dice Ysabel, las palabras a medias, alzándose de un susurro, "y fallaste. Y ahora el Rey ha vuelto. Y tú, podrías besarme", y sonrío, "en la calle, para que todos lo vean", estirando la mano hacia la mano de Marfisa. "Y no una promesa rota".

"Tu hermano no puede ser Rey", dice Marfisa.

"Se sentó en el Trono", dice Ysabel.

"¡Qué importa eso, Milady, cuando se ha sentado maquinando en sus deliberaciones! Con mi hermano, y la infiel Linessé, y la silla

vacía del Sudeste..."

"El Gallowglas", dice Ysabel.

"¿Cómo?", dice Marfisa y luego mira hacia otro lado, hundiéndose con el asentimiento de Ysabel, el pelo blanco como una nube concentrada en las almohadas. "Di lo que piensas", dice Ysabel sorbiendo su cordial.

"No sostendrás esta ciudad por mucho tiempo", dice Marfisa. "Aunque puedas convertir el ovr".

"Puedo", dice Ysabel. "Lo haré".

"Se volverán contra ti", dice Marfisa. "Mi hermano ha escrito a otras Cortes, para buscar a cualquier Princesa de repuesto..."

"Lo sabemos", dice Ysabel.

"Una nueva Prometida", dice Marfisa mirando a Ysabel, "para que el Rey regrese".

"Pues vuelve", dice Ysabel. "Toma tu espada de nuevo. *Ayúdanos*".

Marfisa se sienta apoyada en un codo. "Me dijeron que", dice ella. "Nunca me arrodillaré ante otro Rey". Y luego, "Milady, venid conmigo". Ysabel bebe el resto de su cordial y deja su vaso, tintineando. "Ven conmigo", dice Marfisa, y luego, "Ysabel", dice ella. "¿Me amas?"

E Ysabel se inclina para besarla, Marfisa comienza a retroceder, y Ysabel la persigue, sin prestar atención a la bandeja, besándola cerca, más cerca y abajo.



"Yo quería", dice ella, dirigiéndose al maletero del coche pardo,

"hablar". Brazos desnudos alrededor de ella.

"Sí", dice él apoyado en la puerta abierta. "Lo dijiste. ¿No tienes frío? "

"Antes", dice Jo. "Quería hablar antes de que nosotros, hiciéramos, eso".

"Si volvemos al coche", dice Luys, "podría encender el calentador", pero "No", dice ella extendiendo la mano. "Dame las llaves". Y luego, "Luys. El Masón". Y dando un paso hacia el guardabarros trasero, él se las entrega. "La semana pasada", dice ella tomándolas de su mano. "Esa noche. Cuando nosotros, los tres". Dice temblando, su otro brazo todavía envuelto alrededor de ella.

"Sí", dice Luys.

"No fui del todo honesta", dice ella sosteniendo una de las llaves, bronce oscuro ante sus dedos.

"Esta es una llave del automóvil", dice Luys después de un momento.

"Del *maletero*", dice ella. "Jessie tenía las llaves del coche, o Pandulce. *Esta* es la que él siempre guardaba, en un bolsillo, en su persona, el lugar más seguro, decía él, de la ciudad ", y ella mete la llave en la cerradura del maletero. "La única razón por la que estuve en aquella cama aquella noche fue para que cuando se fuera a dormir. Cuando te fueras a dormir. Yo podría conseguirla y venir aquí. Mirar con seguridad".

"¿Mirar, qué?", dice Luys, mano apoyada en el maletero, y luego, como ella no aparta la mirada, él lo hace, se moviéndose incómodo, levantando y ocultando la mano. "La máscara", dice ella. "Que llevaste, aquella vez".

"Yo no quise hacer eso", dice él, una mano frotando la otra.

"No me malinterpretes", dice Jo. "Me alegra que lo hicieras". Gira la llave en la cerradura. "Pero. La vi, aquel día, cuando me presentó

al personal. La vi o creí verla. Estaba bastante segura de haberla visto". Sus manos en la tapa del maletero. "Pero no fue hasta aquella noche, la semana pasada. Frankie estaba allí. ¿Lo sabías? Lavando platos. Fue la última vez". Temblando, ella respira hondo. "No fue hasta que él dijo... bueno. Que me puse nerviosa", y abre el maletero.

Dentro, un par de cajas, una forrada con una bolsa de basura, sosteniendo un gran botellero de vidrio marrón. Saca de entre ellas una máscara que podría engullir media cabeza, blanca, toscamente pintada con gruesas líneas negras para parecerse a una calavera sonriente, y una melena de pelo largo y negro que se agita cuando la levanta con un sofocado sollozo, ella cierra los ojos con fuerza.

"¿Jo?" dice Luys. Se inclina hacia el coche, sale con su abrigo negro, se queda allí sosteniéndolo en sus manos mientras ella se reclina en el borde del maletero abierto, con la máscara en la rodilla. "Había *desaparecido*", dice ella con la cabeza gacha. "Perdida". Su otra mano un puño contra su corazón. "La dejé caer", y la melena cruje junto a sus pies, "en algún lugar, *otro lugar*". Mira hacia arriba, mira atrás. "Él te dio la llave, ¿no?", dice ella.

"Él", dice Luys frunciendo el ceño, "me pidió que condujera, sí". Se acerca con el abrigo en las manos. "Al motel. Jessie se había ido inesperadamente y..."

"Ese bastardo", se dice a sí misma. "Él lo sabía. ¿Cómo podría haberlo sabido? "

"Milady", dice, "no lo entiendo", pero ella está negando con la cabeza, está girando, colocando la máscara de nuevo en el maletero, enrollando la melena derramada que la sigue. "¿Milady?"

"Vale", dice ella. "De acuerdo. Lo haré". Está despegando la bolsa de basura del cuello del botellero, tirando de un parche pegajoso y, arrugando la cara, retrocede, "Ese, olor ", dice agitando una mano, buscando una palabra, "ese, fermento, eso es el, el.. ", y Luys a su lado ahora dice "Lleva ahí una semana o más. Se echa a perder, si no se arregla".

"Entonces, ¿es inútil?", dice ella retrocediendo mientras él asiente con la cabeza, una vez, y ella da la vuelta, da la espalda, "De acuerdo", dice ella, y "vale, eso no es, podemos sencillamente", dice ella, y "está bien, yo voy a", dice ella, y luego grita: "¡Yo voy a!"

Y allí, con el abrigo en las manos, Luys dice: "¿Qué vais a, Milady?"

"Congelarme", dice ella dando una carcajada, quitándole el abrigo. Asintiendo con la cabeza hacia el maletero abierto mientras desliza un brazo dentro de una manga, "Vamos a encontrar un lugar donde podamos verter eso", dice, "y luego", y se ríe, "vamos a viajar por el, el...", agita su mano de nuevo, "¿el reino? ¿Supongo?" Ella pasa a su lado de repente, luego se avalanza hacia el maletero y lo cierra de golpe, "¡Traeremos más!", grita ella. Pasa de largo el coche ahora, hacia la acera, "Alguien tiene que estar levantado todavía", dice ella. Volviéndose allí y, detrás de ella, la verja, y más allá debajo, las luces de la ciudad llena de noche, y sus mejillas húmedas brillan, pero está sonriendo, riendo de nuevo, "Así es como funciona, ¿verdad? ¿Sangre, sudor? ¿Lágrimas? ¿Nuestra ofrenda a la Reina?"

Y Luys, el Masón, asiente. "Sí, su gracia", dice.



Todo ese cabello de oro blanco se extiende sobre una rodilla doblada no tan pálida como su mejilla húmeda, los dedos blancos de frío contra el cálido vientre desnudo, acariciando gentilmente un borrrón de pelo, cabello negro más largo que el mechón que cubre el cuero cabelludo entre sus propios muslos separados y, mientras ella se deja caer sobre las mantas enredadas, sal derramada, aceitunas caídas, cierra los ojos, se muerde el labio, agarra ahora esa cadera hacia arriba, forcejeando, golpeando las sábanas, tirando un delicado vaso al suelo y desde el pasillo, Jo levanta la mano para llamar, pero hay un lamento, un gimiente sollozo, Jo abre la mano, la baja. En su otra mano, la máscara, la melena de esta enroscada en sus dedos. Más allá de la puerta cerrada, un susurro, un

murmullo, ella retrocede, la cadencia de una pregunta, una sílaba de respuesta, Jo se agacha, levanta en su mano libre el peso del botellero envuelto en una bolsa de basura de plástico, chapoteando débilmente cuando ella entra en la habitación al otro lado del pasillo, sin iluminar, paredes blancas. Ella baja el botellero.

Se queda allí inmóvil, por un momento.

El semáforo, cambiando, alterando y regresando a medida que el tráfico se arrastra, afuera, el sonido distante de este, silenciado.

Jo alza una mano y se cepilla el pelo. Está sonriendo. Se da vuelta, cuelga la máscara allí, en la pared, sobre la espada que cuelga de su correa de cuero. Se desabrocha el cinturón, se pisa y quita las botas, las deja junto al futón, se encoge de hombros para quitarse el abrigo negro, sale luchando de los vaqueros negros que deja caer al suelo. Saca algo del bolsillo de su abrigo, su teléfono, y gatea bajo las sábanas para darle vida con el pulgar, brilla una foto, Jo e Ysabel mejilla con mejilla, Ysabel con una mano en el cuello vuelto de su abrigo, mirando de reojo a Jo, quien sonrío amplia y directamente a la cámara, el brazo desenfocado en la parte inferior y en la parte superior, el reloj del teléfono dice «03:07, jueves, 1 de diciembre». Ella desliza un dedo y toca, ajusta la alarma a las siete de la mañana, deja el teléfono en el cajón junto a la cabeza del futón. Un agudo chillido frente al pasillo a través de ambas puertas cerradas y ella reprime una carcajada con la palma de la mano, agitándose bajo las mantas, la cabeza acurrucada sobre las almohadas.

Solo unos pocos minutos más pasan antes de que su hombro se hunda, su mano se vuelque, su respiración se modere, se suavice, dentro del sueño.

"¡Mi pueblo!"

"¡Mi pueblo!", grita el Rey mientras sube al escenario allí en el medio junto a Jo. "Todos vosotros que llamáis a esta ciudad hogar". Extiende los brazos mientras los aplausos comienzan a sonar abajo, a redoblar, a crecer. "¡Aquí estamos!", grita ante la creciente aprobación. "¡Vuestra corte, de Rosas!". Dando un paso hacia un lado, extiende una mano hacia el hombre bajo en traje tweed con la gorra de malla en la cabeza, "¡El Soames!", grita el Rey. "¡Por el Norte!", Y el Soames levanta las manos cruzadas sobre la cabeza ante los vítores y gritos. Dando un paso hacia la otra, inclinándose, hace un gesto hacia la mujer allí abajo con su vestido plateado, "El Yelmo", grita el Rey, "¡por las Marchas del Nordeste!" Y ella inclina la cabeza. "¡El Mango!", grita el Rey, mientras el hombre del traje azul pálido da un paso adelante, y los aplausos aumentan aún más, profundizándose, atronadores. "¡Por el Suroeste!" Y luego, tomando la mano de Jo en la suya, "¡Por el Sureste!" Su voz retumba. "¡Nuestro Cazador!" Allá abajo, al final del escenario, la Reina con su abrigo blanco sube los escalones, se dirige hacia el centro, pasando a el Soames, con su largo abrigo blanco, su cabeza rapada coronada de blanco, sombrero holgado, su mano extendida para alcanzar la otra mano extendida del Rey. "Y", grita, "os presento a", tomando su mano entre las suyas, "mi hermana", y los aplausos, los vítores son ensordecedores ahora, "¡Vuestra Reina!"

Y cuando puede hacerse oír de nuevo, "Todos vosotros", dice, "todos vosotros que os lavasteis en esta orilla hace tanto tiempo, a la luz de un amanecer que nunca antes se había visto". Jo baja la vista hacia su mano en la de él, la de él sobre la de ella, firme, familiar, y la marca roja allí, en el borde, un antiguo corte largo tiempo sanado. "¡Quien disteis voz a una palabra que nunca antes se había dicho, y la enviasteis sonando en el día. ¡Esta noche!" Y la luz que llena esa pequeña rotonda está creciendo, más cálida, más brillante, iluminando a todos ellos, desterrando el cielo arriba, "¡Aquí!" grita el Rey, "¡Y ahora!" Y Jo mira más allá de él, a la Reina, a Ysabel, sosteniendo la otra mano. "¡Mi pueblo!", grita el Rey. "¡Levantad vuestras manos, vuestras voces, con las mías!" Y

alza las suyas en el aire, y las de ellos con él, mientras el pasillo irregular dejado en la multitud, ante ellos, demasiado brillante casi para mirarlo, un refrigerador en el aire sobre los anchos brazos de el Yunque, la tapa quitada, y el Masón a su lado, y el Diablo, el Carro, Galleta con su largo abrigo marrón, cada uno de ellos metiéndose en el refrigerador y sacando puñados de luz, arrojándolos, gránulos y glóbulos, lentejuelas y chispas, iluminando las manos brillantes y relucientes que los atrapan, y los rostros hacia arriba, sonriendo, riendo, llorando, vitoreando, gritando, sollozando, rugiendo, mientras el Rey grita, sus palabras se pierden en el ruido, mientras la Reina, mientras Ysabel, cierra los ojos, inclina la cabeza hacia atrás, lo asimila todo, mientras la máscara se sacude y se retuerce en la mano de Jo, la melena salta y azota, y en la ciudad, Philip Keightlinger se sienta sobre un colchón desnudo, descuidada barba de caoba, y alcanza un par de gafas de sol, y Jessie Vitaly envuelta con una chaqueta de esquí y una manta de lana mira al hombre dormido en el asiento del conductor a su lado, Lach o Luke, o Lago, y Guthrie enciende la luz en una cocina vacía, se queda allí, parpadeando, toca un brillo, y Petra B se envuelve con más fuerza en sábanas a rayas mientras las lágrimas brotan de sus ojos, y Vincent Erne, que se extiende a lo largo de un sofá despeluchado, ronca ligeramente, rostro relajado, gancho quieto, y en una habitación llena de literas todas ocupadas, Suzette, Gloria Lunes mira fijamente las camas de muelle sobre ella, observando el susurro al otro lado del pasillo, y Tim Carroll pasa cinta adhesiva sobre la parte superior de otra caja, pero respira hondo, mira hacia arriba, parpadea, al más leve eco de ese sonido, y en la estación de tren, una mujer sentada en un banco, con la cabeza envuelta en una bufanda con flecos, y a sus pies una jaula con paredes de nailon de gasa transparente y las sombras de mariposas durmiendo dentro, revisa su reloj de bolsillo y frunce el ceño.

Algún tiempo después, Pirocles mira hacia arriba, se pone en pie junto al refrigerador devastado, se dirige al reluciente césped, pasa por un montón de gente aquí y allá, algunos hablando en voz baja unos con otros y todos mirando hacia la luz tenue en sus manos. Allí, en la rampa que baja del estacionamiento, un hombre con una gabardina gruesa, sombrero en sus manos, y lo que queda de su cabello se levanta un poco en una ráfaga gélida, y pisando fuerte, sin correr, Pirocles se abre camino hacia arriba, hacia él, para

besarle y besarle de nuevo.

"¿Qué es esto?", dice Becker cuando Pirocles le entrega una bolsa de plástico llena de polvo.

"Ya te lo dije", dice Pirocles. "Magia". Y luego dice: "Pero es tarde y hace frío, y debería llevarte a casa..."

"No", dice Becker, "todavía no", y suspira. Se apoya contra Pirocles y le besa, abrazándose el uno al otro.

Descárgate la Serie en Castellano

Primera Temporada

- Episodios 1-11, Vol I: "Despierta...":

[Vol I en artifacts.webcindario.com](http://artifacts.webcindario.com)

- Episodios 12-22, Vol II: El Fulgor del Día:

[Vol II en artifacts.webcindario.com](http://artifacts.webcindario.com)

Segunda Temporada

- Episodios 23-33, Vol III: En el Reino de la Buena Reina Dick : (disponible en febrero de 2020):

[Vol III en artifacts.webcindario.com](http://artifacts.webcindario.com)

- Episodios 34-44, Vol IV: en preparación en: thecityofroses.com